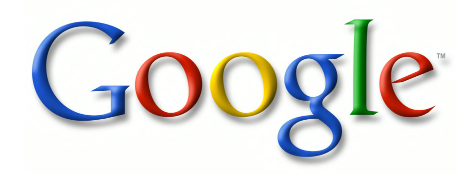
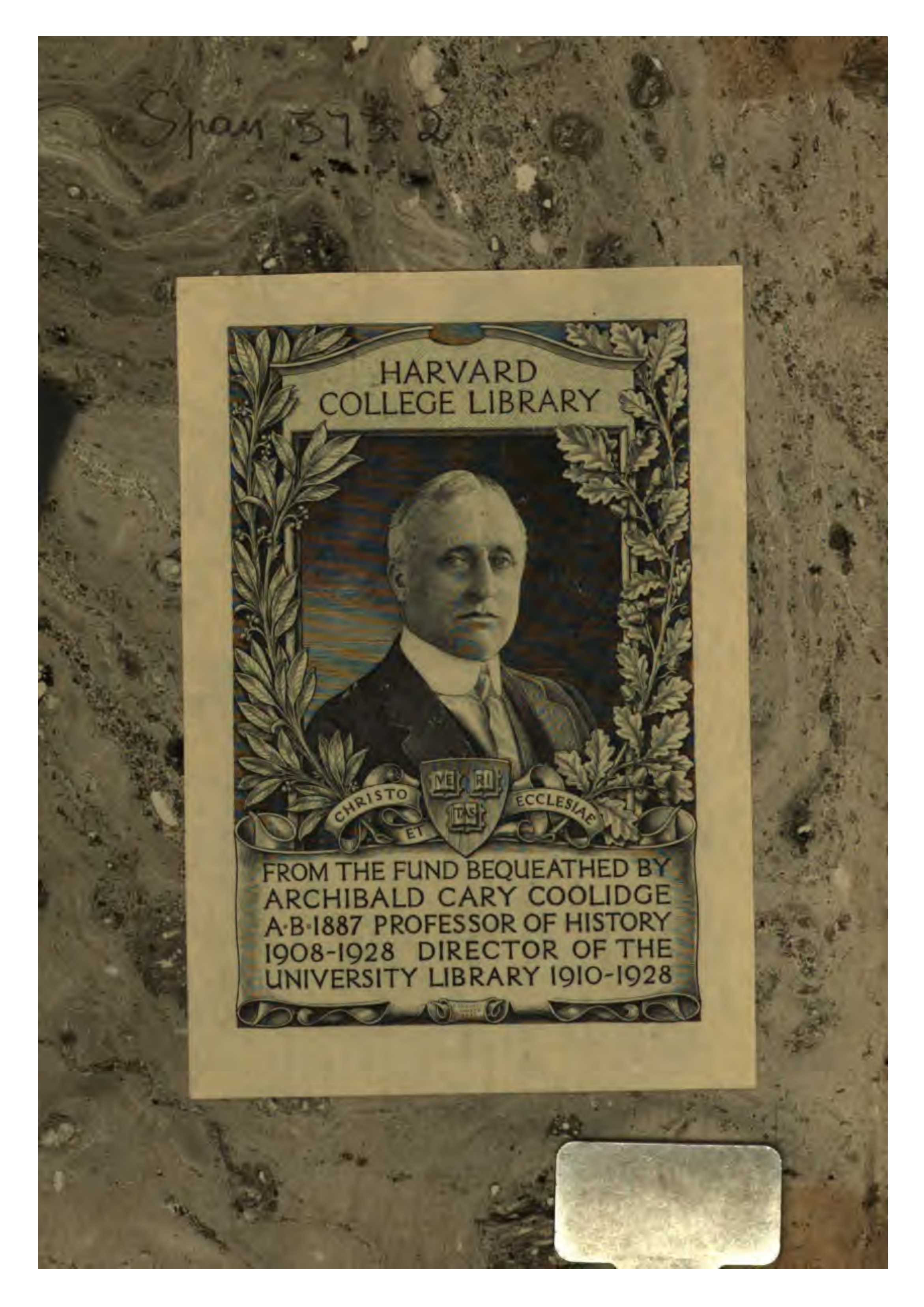
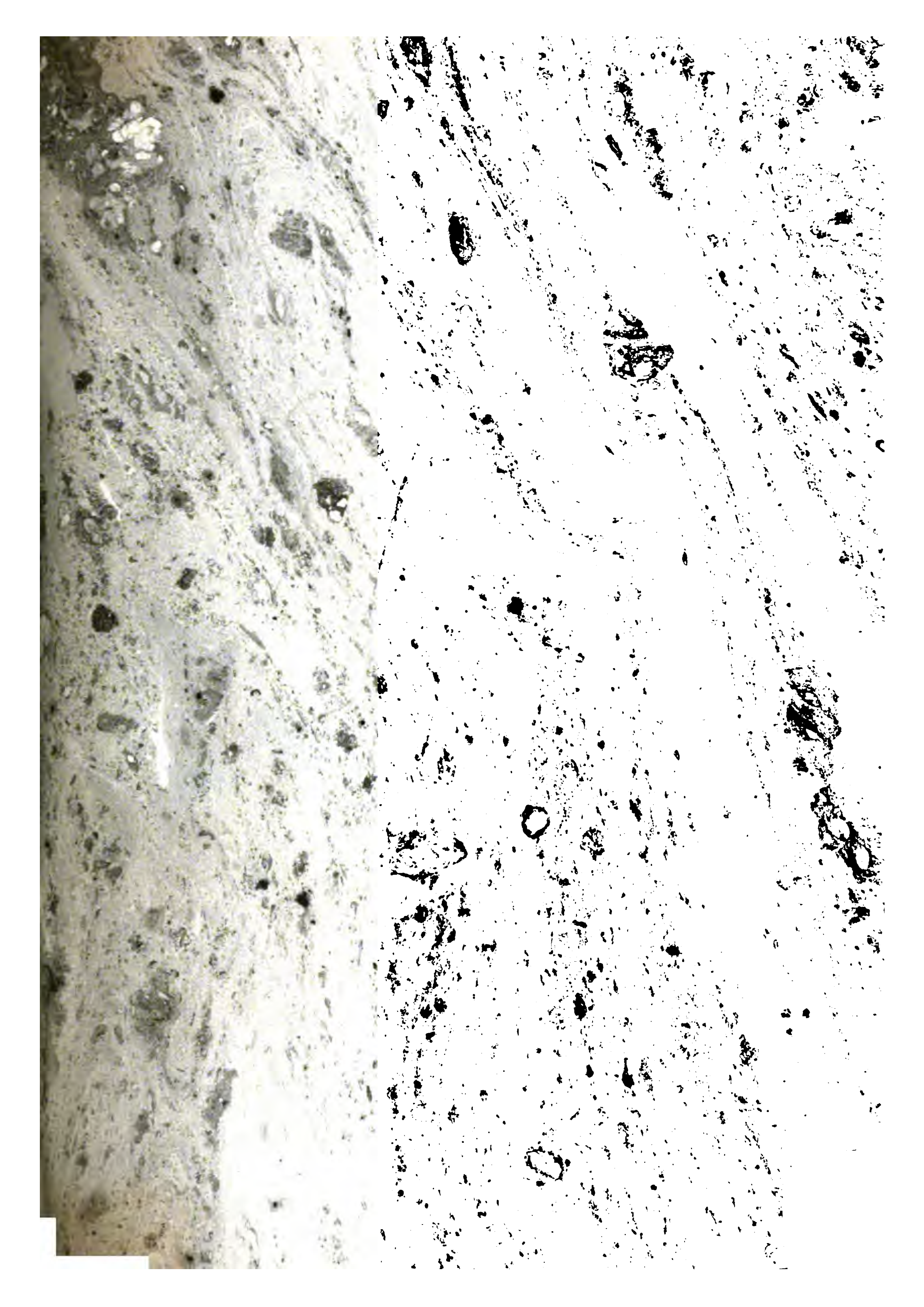




Span 37.2
HARVARD
COLLEGE LIBRARY
VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE
FROM THE FUND BEQUEATHED BY
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
A·B·1887 PROFESSOR OF HISTORY
1908-1928 DIRECTOR OF THE
UNIVERSITY LIBRARY 1910-1928



VALENCIA ÁRABE

VALENCIA

ÁRABE

POR

DON ANDRÉS PILES IBÁRS

REGENTE DE LA NORMAL DE MAESTROS
DE SEGOVIA,
HIJO ADOPTIVO DE CULLERA,
PREMIADO POR LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
É INDIVIDUO
CORRESPONDIENTE DE LA MISMA.



TOMO I

VALENCIA—1901

IMPRENTA DE MANUEL ALUFRE

PELLICERS, 6.

DEDICATORIA

Al Illmo. Ayuntamiento de la Ciudad de Cullera

Illmo. Sr.:

Si cuando esa población ostentaba el título de villa, modesto. sí, pero honroso, llenábame de noble orgullo el ser hijo suyo por adopción, ¿cuánto mayor no he de sentirle ahora, cuando el mérito de su gloriosa historia le ha dado títulos sobrados para ser elevada á la categoría de ciudad? Bien quisiera ser digno del alto cuanto inmerecido honor con que me favoreció la bondad de esa ilustre Corporación; mas ya que con el talento no lo pueda conseguir, no dejaré de intentarlo al menos con la voluntad. Acepta, Illmo. Ayuntamiento, representación la más genuína de esa mi amada patria adoptiva, este pobre obsequio que en su altar deposita el más humilde de sus hijos.

El Autor.

Segovia, 12 de Mayo de 1901.

PRÓLOGO

No doy á este libro el título de Historia, porque más bien le cuadra el de Apuntes ó Notas; pero no me atrevo á llamarle así, por temor á que este proceder se atribuya, no á la convicción que abrigo del escaso mérito que encierra, sí á modestia afectada, siempre más odiosa que el propio orgullo: corra, pues, con el que impensadamente, y porque alguno tuviera, le puse de Valencia Árabe, por indefinido y vago que resulte.

Bien revela esta indicación que aquí no ha de buscarse un trabajo que responda con fidelidad al significado de la palabra Historia tomada en su acepción más genuína: no un cúmulo de noticias depuradas en grado tal que adquieran la categoría de axiomas; no entre ellas la trabazón y enlace tan ajustados que á la vista se ofrezca, cual todo, sin solución de continuidad el conjunto; no la manifiesta relación entre los hechos y sus causas; no el exacto desarrollo del plan divino en su aplicación al género humano.

Ello reclama que al hombre se le observe en todas las manifestaciones de su actividad; que no sea tan sólo objeto de estudio el curso de los acontecimientos políticos, si bien es innegable que, de ordinario, constituyen ellos la resultante de todas aquellas manifestaciones: la religión, leyes y costumbres, las ciencias, letras y artes, la agricultura, industria y comercio..., todo esto, y aun algo más de orden secundario, ha de abarcar un libro de Historia, para que merezca este nombre; porque sólo así se descubren las causas donde en realidad existen, pues todas las facultades, cuál más, cuál menos, influyen en la marcha de los pueblos, como es la resultante el efecto común, la suma de todas las fuerzas concurrentes; sólo así se comprende si el hombre cumple una ley, de que mal puede estar exento, cuando hasta en la mera materia

nada hay que se sustraiga á una regla; sólo así se explica por qué á la observancia de esa ley está vinculada la prosperidad de nuestra especie y por qué es secuela indefectible de su transgresión la inestabilidad en la vía del progreso, á semejanza del cuerpo en que la vertical que pasa por su centro de graveded cae fuera de la base que le sustenta.

Sólo ajustada la Historia al concepto acabado de exponer es útil, y llena, además, todas nuestras aspiraciones: para el que busca en ella esparcimiento y grato solaz, ofrece escenas más interesantes y cuadros no menos animados que la misma novela; tiene para el hombre pensador, el mérito de mostrarle el origen y punto inicial de los sucesos; es para quien ama la educación moral, limpísimo espejo en que la humanidad se refleja con el atractivo de la virtud ó con la repulsión del vicio; para el hombre que tiene conciencia de que lo es, para el hombre religioso, Dios se le muestra guiando la humanidad á su destino á través de generaciones no siempre dóciles á su voluntad, como piloto hábil que aun en medio de las encrespadas olas de un mar embravecido conduce la nave al puerto.

Mis aspiraciones, en harmonía con las aptitudes y fuerzas que poseo, son bastante más humildes: ya que nuestros arabistas de profesión, que muy competentes los hay valencianos, desdeñan, según parece, engarzar preciosas noticias que escaparon á la diligencia de nuestros cronistas, interesantes relatos que ulteriores descubrimientos han puesto de manifiesto, valiosos materiales que en gran copia se han aportado al pie de un monumento aún por levantar, yo, simple obrero, animado de un buen celo, en alas del afán por depositar mi pobre óbolo en el altar de la Patria, intento narrar, con llaneza y sin atavíos, en orden cronológico y á modo de escuetos anales, del más hermoso período de nuestra historia, de un pueblo que ya no es y habitó en nuestros hogares, aquellos episodios cuyo conocimiento deparóme la suerte, ó que á costa de algunos desvelos, no pocos afanes y penosos esfuerzos he adquirido. ¡Ojalá que lo imperfecto de esta labor despierte dormidas energías! ¡Quién sabe si para gloria de Valencia y esplendor de España habré contribuído con este ensayo á que en no lejano día asome quien, poseyendo las dotes necesarias, consigne cual cumple en los anales de la Historia los fastos de nuestra incomparable región!

Por más que, midiendo la desproporción entre el verdadero objeto de

la Historia y mi insuficiencia para poderle alcanzar, jamás tuve tal pretensión, no, por ello, he dejado de inspirarme en tan alto ideal, aunque descontado tenía que los resultados, aun vaciado el trabajo en más estrecho molde, habían de ser quedarme á la honesta distancia que media entre el modelo acabado y su copia más imperfecta.

Así, por lo que dice relación al esclarecimiento de las noticias, á la apreciación de calidad en los materiales, los he sometido siempre que ha sido posible (y en muchas ocasiones lo ha sido) á la por todos reconocida como mejor prueba, á la piedra de toque de versiones tan diferentes cual son el testimonio árabe y el cristiano, no, por cierto, muy distanciados en lo que atañe al fondo, en lo que afecta á lo íntimo y esencial.

Tanta importancia concedo á esta especie de contraste, y muchos convendrán conmigo en que la tiene muy grande, que tal vez se llegue á juzgar que incurro en nimiedad: porque, no satisfecho con dar á conocer el espíritu, digámoslo así, del texto original, desconfiando de mí mismo, para evitar que de mis labios salgan, involuntariamente, desfigurados los hechos, transcribo, de autores árabes, extensos párrafos, vertidos, como es consiguiente, al habla castellana, por quienes entre nosotros gozan de alta y merecida reputación de expertos en labor tan difícil; y de los cronistas nuestros, sendos trozos latinos, al pie de las páginas, á guisa de notas. No es de esperar haya quien malicie no ser esto algo más que uno de tantos recursos para llenar algunos pliegos.

Desde los mal compaginados fragmentos que, por fortuna, se conservan de Isidoro de Beja, del tiempo de la invasión sarracena, hasta el último codicilo de Jaime el Conquistador, es decir, en el transcurso de cinco siglos y medio, rara vez se verá interrumpida la versión latina; y á la par con ella marcha el testimonio árabe, que comienza con el Ajbar Machmuâ, manuscrito, según se cree, el más antiguo de la historia de nuestros muslimes, y acaba en los muy preciosos datos de Aben al Abbar, testigo de mayor excepción, por haber asistido al término de la dominación agarena en Valencia.

Entre los varios autores á quienes cito, es digno de especial mención el de la *Historia de Denia;* de *El Archivo*, revista de ciencias históricas cuya importancia nunca se encarecerá bastante; de los *Monumentos históricos de Valencia y su Reino*, en que hasta hoy se han publicado las

con justicia encomiadas *Antigüedades de Valencia* del P. Teixidor, y, por último, de la *Historia de Gandía*, próxima á darse á la estampa, ó ya en prensa, según ésta anuncia.

El ilustre é ilustrado canónigo de la Basílica Metropolitana de Valencia, cronista de Alicante y académico de la Real de la Historia, el doctor D. Roque Chabás y Lloréns, que es el autor en cuestión, ha puesto en claro, con la maestría que le distingue, las más intrincadas y arduas cuestiones de nuestra historia. Ha desvanecido, por de pronto, el error que sobre una soñada cultura mahometana se padecía, preocupación nacida, más bien que al calor de la ignorancia, casi siempre disculpable, del ostensible y marcado empeño en algunos por mermar al Catolicismo, principio civilizador por excelencia, su innegable superioridad sobre todo otro principio; firme, sin embargo, en su propósito de no rebasar la línea del justo medio, no vacila en arrostrar las iras de quienes, animados de un celo indiscreto, de resultados contraproducentes, como ya demostró el erudito Feijóo, cuya pura ortodoxia nadie pondrá en duda, desconsiderados con quien ha consagrado su vida entera á expurgar de lunares que no embellecen, nuestras glorias patrias, se empeñan en arrimar á una obra imperecedera de suyo, carcomidos puntales, temiendo una ruina que no ha de sobrevenir, de lo cual es augurio infalible la lógica abrumadora de los siglos.

Otro de los trabajos del sabio canónigo que nunca se tendrán en la debida estima, es su acabado estudio sobre los muzárabes valencianos. Sin negar en absoluto que los muslimes invasores fuesen tan cerriles y lanudos como sus antepasados del desierto, según ha dicho con frase feliz un autor musulmán, ni que las posteriores avenidas de almoravides y almohades dejaran de ser tan bárbaras como hoy lo son los mahometanos de allende el mar, prueba con documentos fehacientes y con argumentos irrecusables, que en nuestro suelo hubo cristianos, no sólo hasta bien entrada la dominación sarracena, sinó hasta en vísperas de la misma reconquista.

Ha corregido inseguras pinceladas en cuadros hábilmente pintados, y ha conseguido, con imperceptibles retoques y de no-nada, al parecer, acentuar el claro-oscuro de la acertada combinación de luz y sombra, hacer más salientes las figuras, que resultaran visibles como en justicia les correspondía: un Çeid, v. g., estimado antes por cristiano incierto,

que luégo resulta católico efectivo y real, convencido, y, como tal, fervoroso; una doña Teresa Gil de Vidaura, valga también por ejemplo; que, de manceba primero del Conquistador, según la fantasearon, entiéndase bien, románticos novelistas y trovadores, que hasta pudieron invocar en su apoyo producciones cuyo argumento no es la verdad relativa, aparece ahora que, con arreglo á la legislación entonces en vigor, fué tan mujer legítima de don Jaime, cuanto pudieron serlo sus dos primeras esposas, doña Leonor de Castilla y doña Violante de Hungría, y tan monja ella, abadesa ó no abadesa, como fraile su último marido.

Sería interminable si á consignar fuera muchos y muchos otros títulos que al Sr. Chabás le asisten para la admiración y reconocimiento de muchos, pero con especialidad, de los buenos valencianos. Diré, por conclusión, que tampoco ha dejado de poner mano en la difícil tarea de dar fijeza cronológica á los interesantes episodios de que es protagonista é historiador el rey D. Jaime, episodios narrados, es cierto, con una sencillez é ingenuidad que encantan, pero con tanto desorden y abandono en cuanto á la expresión de tiempo, que era obra de romanos acomodarlos á las épocas en que se realizaron. Esa labor, iniciada con bríos por Diago, no descuidada por el P. Teixidor, proseguida por Tourtoulón, extranjero admirador de nuestras glorias, ha tenido, si no su perfeccionamiento acabado, un gran paso de avance con el empuje que le ha dado el docto canónigo. En medio de las dudas á que se prestan los diversos cómputos seguidos en los siglos medios, en lo cual, justo es confesarlo, fueron más afortunados nuestros muslimes; tan desvanecidas están, que si alguna sombra queda, en retirada, es sólo en el período comprendido entre la Natividad y la Encarnación del Señor, última é infranqueable guarida en que se ha metido un enemigo á quien por todos lados se le acosa.

Causará extrañeza á muchos, que, siendo tan general el descrédito en que va envuelto el nombre de Conde, cuando los más se guardan de mentarle en su apoyo, sean tantas las citas que de él hago. Nótese, sin embargo, el buen cuidado que tengo en no dejarle solo; pues á manera de centinela de vista casi siempre le acompaña algún otro autor que inspira confianza. Son frecuentes los pasajes cuya certeza queda testimoniada á la vez por Conde y por el más implacable de sus detrac-

tores, el holandés Dozy. Ya caerá el lector en la cuenta de que si, en tales casos, Conde yerra, podrá decirse de su compañero aquello del ciego que se deja guiar de otro ciego. Pero ya se van convenciendo muchos de que no es tan fiero el león como Dozy le pinta, de que muchos de los errores que en Conde se descubren, los compartieron con él, ó los originales que tuvo á la vista, ó las deficiencias que van anejas á toda obra que, muerto el autor, se publica por vez primera. Después de todo: ¿quién tiene, aun en lo humano, la dote de infalibilidad? ¿No obligó Simonet á Dozy á que rectificase conceptos equivocados?

Casiri, Conde, Chabás, Chabret, Dozy, Fernández y González, Malo de Molina, Moreno Nieto y, por modo principal, el malogrado Pons, me han suministrado materiales para dar á este libro carácter distinto del que suelen tener las obras de su clase. Ya no son los guerreros tan sólo quienes absorben la atención del lector; largas listas de literatos, geógrafos, historiadores, médicos y naturalistas, harán menos dolorosa la lectura de nuestros fastos. Hora es ya de que se estudien, por igual cuando menos, las conquistas del corazón y del entendimiento, más eficaces y menos sensibles que las de las armas.

Á fuer de agradecido, debo consignar en este lugar, que me ha parecido el más oportuno, mi reconocimiento al sabio cuanto bondadoso catedrático de Árabe en la Universidad Central, D. Francisco Codera, quien, defiriendo gustoso á ruegos, que también agradezco, de D. Pedro Roca, ha puesto á mi disposición el libro inédito del mencionado Pons sobre médicos y naturalistas. Tenía razón el Sr. Codera al anunciarme que no serían muchos los datos del citado libro que para éste podría utilizar. No pasan, con efecto, de veinte las biografías de que he tomado apuntes; pero ese mismo silencio es para mi tan elocuente y significativo como si hubieran sido copiosos los datos recogidos. Hay que renunciar una vez más, en presencia de la realidad, á la seductora imagen de un soñado progreso, de una instrucción que no hubo, de una civilización imaginaria. Fuera del Cristianismo, ó no hubo adelantos, ó si los hubo permanecen estacionarios como las aguas que dejó estancadas fuera del cauce un río salido de madre.

La epigrafía, que tanta utilidad presta á la Historia tratándose de períodos como el romano, es de escaso ó ningún provecho en el caso presente. Más cuidadoso de los intereses eternos que de los temporales

el pueblo musulmán, mejor dicho, desentendiéndose casi en absoluto de las cosas terrenas, apenas habría dejado huella de su paso por nuestro suelo, si no fuese por los abundantes nombres geográficos de raiz arábiga que aún se conservan y por lo mucho que dejaron escrito sus sabios. De inscripciones suyas apenas llegan á media docena las conocidas en nuestro reino: en Valencia, Manises, despoblado de Xara (ermita de Santa Ana, junto á Simat de Valldigna), Denia, partida de Benimasot (distrito de Cocentaina) y Elche (1). Si en alguna de ellas asoma fecha, ó es de ningún valor, ó es de tiempo de moriscos: así que de ninguna utilidad, ó poco menos, son á la Historia las sentencias tomadas del Corán que contienen. Mucho habrá contribuído á que desapareciesen algunas la natural inquina de los cristianos; pero cabe atribuir la parte principal al escaso ó ningún interés que los propios muslimes tuvieron por que su memoria se transmitiese por ese medio á la posteridad: pruébalo el que utilizaron para ello el barro corrido, no la piedra natural, como los romanos.

Esto no obstante, aun es tan considerable el número de fechas que aquí van apuntadas, que resulta bien reducido el de los años que dejan de consignarse, circunstancia ésta, dicho sea de paso, por la cual el nombre de Anales, si se hubiera aplicado á este libro, estaría tan justificado como tratándose de obras que con dicho título son conocidas. Ahora bien: como las fechas vienen á constituir otros tantos centros en derredor de los cuales giran los acontecimientos, el intervalo de fecha á fecha supone, en orden á la relación entre los sucesos, una distancia fácil de franquear á la razón, sin necesidad de que la imaginación supla, con sus fantásticas creaciones, huecos y vacíos, ó faltos de realidad, ó apenas perceptibles.

Por manera que, superponiendo esa serie de acontecimientos, cuyo principio se descubre, cuyo término es conocido y cuyos puntos intermedios se ven, con la recta que figura el progreso, línea cuyos extremos asoman, el inicial, en la cuna de nuestra especie, en el «creced y multiplicaos», y el que marca el remate, en el «sed perfectos como mi Padre, *que está en los Cielos*», si aquella serie coincide con dicha recta, que la razón vislumbra y la revelación proclama, que comenzó

(1) *El Archivo*, I, 219; V, 306; III, 293; II, 23; III, 42 y IV, 118.

en el Paraíso y acabará en el Cielo, habrá progreso en la dominación agarena; mas, si de esa línea se aparta, la obra musulmana será en sí factor negativo, por más que, negativo y todo, multiplicado por otro, no suyo, que también sea negativo, producirá una cantidad positiva, distinta, bien se comprende, del Islamismo: que la ley de economía, que preside á las fuerzas físicas, no puede menos que regir á otras energías, que ni están faltas de realidad, ni ceden, por cierto, en importancia al mundo de la materia.

Las consideraciones expuestas bastarán á que se comprenda que hay aquí un problema, que yo planteo, mas no resuelvo, que siento las premisas de un silogismo, pero que no deduzco la consecuencia. Y si á veces algún tanto declaro cuál es mi criterio, es con el fin de contrarrestar opiniones que estimo aventuradas en razón de su poco ó ningún fundamento, con el de neutralizar argucias hijas del apasionamiento, no argumentos que descansan en base firme.

La dominación sarracena ¿fué una necesidad? ¿contribuyó al progreso de nuestro país? ¿fué instrumento de corrección á un pueblo decadente que quedó regenerado para la obra de la civilización?

Y cierro estos preliminares, tan imprescindibles como enojosos, recordando lo que al comenzarlos dije. La empresa, aun reducida á su expresión más modesta, supera al alcance de mis facultades. Suplico, pues, benevolencia al lector, siquiera sea en gracia á los buenos propósitos que me animaron al acometerla, al deseo de hacer algo en obsequio al hermoso suelo en que nací, comarca privilegiada de España, la Patria amada.

A. Piles Ibárs

Segovia, 12 mayo de 1901.



VALENCIA ÁRABE

Primera parte

Desde la Invasión hasta la Disolución del Califato

(713-1038)

CAPÍTULO I

INVASIÓN

713

RESEÑA GEOGRÁFICA: el libro de *Idacio Lemicense*, la *Hitación de Wamba*, el *Codice Ovetense* y la división de Yúsuf el Fihri. Diócesis de la provincia Cartago Spartaria. *Bigastro y Elche; Denia, Játiba, Valencia, Valeria* y *Segorbe; Tortosa.*—ESTADO POLÍTICO Y SOCIAL DE ESPAÑA durante las postrimerías de la monarquía visigoda: los males del sistema electivo: Witiza y Achila: Rodrigo.—El clero. Sin-deredo y Opas.—Connivencia de los judíos con los árabes.—Indiferencia de los hispano romanos —El conde don Julián.—La Arabia: MAHOMA: propagación del Islamismo.—El califa Walid. Muza ben Noséir: Tarif Abú Zora: TARIK BEN ZIYED.—TEODOMIRO: su fidelidad, valor é ingenio. [illegible] y *capitulación de Oribuela:* el *reino* y *tierra de Todmir.*—CORRERÍA DE TARIK desde Tortosa hasta Denia.—Cultura, moralidad y tolerancia de los árabes.—Lamentos del único autor testigo presencial de la ruina de España.

Por escasos é inseguros que sean los datos que arrojan la hoja del códice ovetense que existe en el Escorial, escrita en el año 780, extracto latino, al parecer, de las divisiones hechas por [Y]úsuf al Fihri (747-756) y Okba (739-741); la llamada [Hi]tación de Wamba (672-680), adulterados fragmentos [qu]e restan del libro de Idacio Lemicense (390-470)

y el XVI concilio de Toledo, celebrado el año 693; ellos constituyen el único guía para orientarnos en el conocimiento de la geografía de nuestra región durante el período de la invasión sarracena.

La analogía entre el libro de Idacio y la división de Yúsuf salta á la vista con sólo confrontar la última, que exponemos en el texto, con el primero, que puede verse al pie de la página (1). Copiamos, como es natural, la parte que nos interesa, como propia de nuestra región. Principales ciudades de la segunda provincia, Tolaitola, llamada antes de Cartagena: Tolaitola, Úbeda, Bayeza, Mentiza, Wadiacix, Basta, Murcia, Bocastra, Mula, Lorca, Auriola, Elixe, Xátiba, Denia, Lucante, Cartagena, Valentia, Valeria (cerca de Cuenca), Segovia, Segobrica, Ercabica (Arcos, junto á Medinaceli), Wadilhijara, Secunda (Sigüenza), Ocxima (Osma), Colounia, Cauca (Coca, en Segovia) y Balancia (2).

Daremos ahora á conocer la «Hitación de Wamba». Para mejor acomodar estos datos á los sucesos que á comienzos del siglo VIII se desarrollan en el oriente de España, presentaremos en dos grupos las diócesis enclavadas en dicha región: en la parte meridional aparecen Elche y Bigastro; y en el resto, Játiba, Denia, Valencia, Valeria, Segorbe y Tortosa. Ésta, comprendida en la Tarraconense, provincia cuya deno-

---

(1) *Nomina ciuitatum Ispanie sedes episcopalium. In provincia cartaginiensis spartarie:* Toleto: oveto: biuata: mentesa: acci: basti: urci: begastra: iliorci: ilici: setabi: dianio: ualentia: ualeria: segobia: segobriga: arcabica: compluto: segontia: oxuma: palencia. (El Archivo, IV, 105).

(2) Conde. *Hist. de la Dom. de los Árabes en España*, I, 37.

minación se trocó luégo en la de Sarkosta (Zaragoza).

Bigastro se dilataba desde *Pugilla* (Pozo-rubio, norte de Albacete), hasta *Losola* (quizá Torrevieja); y desde *Serta* (castillo de Selda, confín de la provincia de Murcia con las de Almería y Granada), hasta *Lumba* (Hondón de los Frailes y Estrecho de las Ventanas, nordeste de Abanilla). Elche se extendía desde *Orola* (Orihuela), hasta *Usto* (Agost, al este de Monóvar); y desde *Beta* (Pétrola), hasta *Lumba*.

Denia limitaba con *Sosona* (Jijona) y *Ninita* (Sierra Aitana, entre Sella y Confrides); y con *Silva* (la Selva) y *Gili* (Torre Aguiló, al este de Villajoyosa). Játiba tenía por confines: *Usto* y *Moleta* (El Molatón, noroeste de Almansa y nordeste de Higueruelas); *Togola* (Cogullada, cerca de Carcajente) y *Ninita* (1). Para Valencia estaban: *Silva* (Chelva) y *Murvetum* (Sagunto); *el mar* y *Alpont* (Alpuente). Para Valeria: *Alpont* y *Tarabuela* (¿Teruel?) (2). Para Segorbe: *Modo* (Moya) y *Tarabuela; Toga* (junto á Espadilla) y *Briga* (Sinarcas). Y para Tortosa: *Portella, Denia* (?), *Tormoga* y *Catena* (3).

Bien se descubre que las más de tales adscripciones no tienen otro fundamento que razones de semejanza en los sonidos, no despreciando, como es lógico, la situación de los lugares cuyos nombres nuevos responden á los antiguos. Al parecer, la línea divisoria tre ambas secciones, coincide con la que puso tér-

(1) El Archivo, IV, 105 y 106.
(2) Escolano, II, 5.
(3) Flórez, *España Sagrada*, VII, 58 y 210; VIII, 172.

mino á la contienda entre Jaime I y Alfonso X. Abdeláziz, hijo de Muza, no pasa más al norte de Orihuela; de los dominios de Teodomiro era Alicante, y á esta amelia (jurisdicción ó provincia) pertenecía Callosa de Ensarriá. Tárik, en su marcha de norte á sur, se detiene en Denia. Entre Denia y Callosa estaba también el límite de las conquistas de Aragón y Castilla.

Algunos puntos más señala uno de nuestros venerandos fueros: «desde Fuente la Higuera á Burriaharón; desde allí, á Almizra y al puerto de Biar, que parte término con Villena; desde allí, hasta la Muela y hasta el mar, que parte con Busot y con Aguas». En la limitación que del reino de Valencia se hizo por los años 1565 á 1572, quedan aclarados algunos puntos de la anterior demarcación: desde Garamoxent, castillo muy enriscado puesto á una legua larga al oeste de Mojente, hasta el puerto; desde el puerto hasta Almansa; desde Fuente la Higuera hasta la sierra de Borea-harón, comprendida entre el repetido puerto y la Fuente; Almizra debe ser un cabo de la sierra en cuyo otro extremo está Villena; desde el puerto de Biar, por la sierra del mismo nombre, hasta la del Cid, al este de Elda, y desde la punta Raneza, cuatro leguas al oeste del mar, hasta la desembocadura del riachuelo que baja de Aigües. Tenía la dicha línea sobre 15 leguas (1).

Fuerza es contentarnos con demarcación tan insegura, de igual modo que dejamos de empeñarnos en

(1) El Arch., IV, 374 y 375.

precisar la línea que limita el alcance de nuestra vista al extenderla por espacioso horizonte.

La «Hitación», obra, al parecer, del siglo XII, nos da, cuando menos, los nombres de las diócesis cuyos prelados concurrieron al concilio de Toledo celebrado el año 693: algún fondo, pues, de verdad encierra; y esos mismos nombres se repiten en la primera división que de nuestra península hicieron los árabes. Al concilio XVI acudieron: Eppa, ú Opas, de *Elche;* Marciano, de *Denia;* Isidoro II, de *Játiba;* Gaudencio, de *Valeria;* Witisclo, de *Valencia*, y Anterio, de *Segorbe* (1).

Descrito, siquiera sea con líneas poco salientes, el teatro de acción de los sucesos que pronto vamos relatar, expondremos, aunque sea también á la ligera, algunas generalidades acerca del estado político y social que precedió, si no fué causa de la tremenda jornada en que sucumbió la España cristiana.

Nunca la integridad de territorio en una nación, y hasta su misma independencia, corren más grave peligro, que cuando en ella se agita la discordia civil. Varios motivos puede haber para producirla, pero ninguno tan ordinario como la ambición de mando, máxime cuando con ella se aspira á la más encumbrada magistratura. Influye no poco en ese desequilibrio el sistema de gobierno por que el país se rige.

Las monarquías, con sus reyes, y con sus presidentes las repúblicas, casi todas fueron, en un principio, electivas; más tarde acabaron, con especialidad aquéllas, por ser hereditarias. Ello es muy lógico, pues

(1) Flórez, *España Sagrada*, loc. cit.

que, en teoría, nada hay tan puesto en razón como la elección del más digno, para el mando supremo; la experiencia, con sus lecciones, no menos duras que elocuentes, ha obligado á restringir cada vez más el alcance de aquella bellísima utopia. No poco ha contribuído á tal metamórfosis, justo es confesarlo, el egoísmo de los reyes en transmitir como patrimonio de familia intereses generales que tienen bien distinto carácter. También este abuso tiene en su abono argumentos no despreciables.

De los funestos males de la elección estuvo en todo tiempo tocada la monarquía visigoda; y á la postre dieron al traste con ella, sometiendo á dura prueba de ocho siglos la virtualidad de esta nación, nunca feliz, grande siempre. Dos bandos se disputan el trono; apartada de él la parcialidad vencida, no repara en buscar aliados, así fueran éstos los más temibles, para de nuevo escalar el puesto de que se la desposeyera: el interés personal se antepone á los de religión y patria; y si el principio cristiano, y civilizador por esencia, no sucumbe, es porque la verdad no perece; y si el sentimiento nacional surge con mayores bríos, es porque lucha á la sombra de la Cruz.

Después de un reinado de quince años, murió Witiza en el invierno de los años 708 y 709. Como Égica asoció á Witiza en el mando, Suintila á Racimiro, Sisebuto á Recaredo II, Leovigildo á Hermenegildo y Recaredo I, y Liuva I á Leovigildo; Witiza había confiado á su hijo predilecto Achila el gobierno de las provincias Narbonense y Tarraconense, si bien bajo el cuidado de un prócer, llamado Rechesindo, do-

tado de gran prudencia y versado en los negocios públicos, y hermano, tal vez, de Witiza.

A la muerte de éste, en pacífica posesión del trono, quedó por sucesor Achila, niño aún, que en febrero de 709 comenzó por acuñar moneda en Tarragona y Narbona. Tutor del niño-rey lo fué Rechesindo. Unidos á éste quedaron: la reina viuda; otros dos hijos, Olmundo y Artavasdes; un hermano del monarca difunto, don Opas, arzobispo de Sevilla, y otro personaje, Sisberto, si no hermano, muy afecto á la familia del rey muerto.

Como desde Wamba había, de hecho, no de derecho, sustituído, en virtud de la asociación del sucesor al mando, la monarquía hereditaria á la electiva, este falseamiento del principio de sucesión arrancó manifestaciones de protesta á muchos magnates, amigos de restaurar, decían, las leyes y costumbres antiguas. Los derechos de Achila fueron defendidos valerosamente por Rechesindo. Año y medio gastaron en estéril lucha los del bando contrario al monarca entronizado; y, al cabo, en una gran reunión, convocada al efecto, salió proclamado rey el famoso don Rodrigo, hombre muy versado en las cosas de la paz y de la guerra, y que tenía á la sazón el mando de la Bética: «hombre resuelto y animoso, que no era de estirpe real, sino caudillo y caballero» (1).

La proclamación de Rodrigo se hizo hacia el verano de 710. Poco antes, la reina viuda, con sus dos hijos, expulsados de Toledo, se había refugiado en

(1) *Ajbar Machmud*, fol. 52.

Galicia. En un encuentro habido entre Rechesindo y Rodrigo, con quien estaban los más diestros hombres de armas, fué aquél vencido y muerto. La familia de Witiza tuvo que huir al Africa, y su patrimonio fué aplicado al fisco. Entonces, según el autor de quien tomamos estas noticias (1), comienza la fama de Witiza á convertirse de gloriosa en infame, en contemporizador él con licencias en el clero y amigo de judíos.

Si había ó no corrupción en el clero, dícenlo el único escritor contemporáneo con aquellos calamitosos sucesos, y los hechos, confirmados, de un don Opas y de otros prelados, que, á trueque de conservar la temporalidad de sus dignidades, no vacilaron en condenar como imprudentes á mártires hoy venerados en los altares: y cuando el mal afecta á la cabeza, los otros miembros no suelen estar exentos de dolencia. «En el año 711, el sexto del califa Walid, escribe *El Pacense*, el obispo metropolitano Sinderedo no estimula con el celo de la santidad á los ancianos y venerables sacerdotes á quienes encuentra en la diócesis puesta bajo su gobierno; sino que, impulsado por Witiza, no cesó, durante el reinado de éste, de causarles continuas vejaciones. Poco después, temeroso de la invasión de los árabes, apartándose del ejemplo de sus mayores, obrando, no como pastor, sino cual mercenario, abandona las ovejas de Cristo y se traslada á Roma» (2). Ocupaba la cátedra de San Pedro el siro Constantino, cuya exaltación fué

(1) Saavedra (D. Eduardo). *Estudio sobre la Invasión de los Árabes en España*, II, p. 24-37.

(2) *Isidoro de Beja*, 35.

el 25 marzo de 708, y murió en 9 abril de 715. Sinderedo, Opas, Hostigesio y algunos otros, como que debian sus prosperidades á la perniciosa ingerencia del poder secular en los asuntos privativos de la Iglesia, cuidaron más bien de favorecer los intereses políticos de sus protectores, que de los eternos. Fueron: ó pastores que abandonaban cobardes la grey cuando el lobo saltaba en el aprisco, ó miserables que luchaban contra el lábaro santo de la Cruz y en defensa de Mahoma, ó infames que excomulgaban á quienes confesaban á Cristo derramando generosos su sangre. Prelados de tal índole ¿cómo no serían capaces de transigir con licencias en el clero que fuese de su parcialidad?

Hecho repetidas veces mencionado por los cronistas árabes es la connivencia de los judíos españoles con los invasores de la Península. Varias fueron las ciudades cuya custodia, después de conquistadas por los mahometanos, fué confiada á los israelitas. Pudo Witiza no ser amigo de los israelitas; pero de la amistad entre la familia del penúltimo rey godo y los amigos de los judíos, hay pruebas demasiado concluyentes para que deje de admitirse por hecho el más evidente. La representación del pueblo deicida en España atesoraba en el pecho grandes odios que vengar, y difícil era que la víbora dejase de inocular letal ponzoña en el momento en que se le ofreciera ocasión propicia.

Hubo, por último, en los visigodos una falta impolítica en alto grado: transcurrió siglo tras siglo sin que se produjera la fusión entre las gentes que pobla-

ban la Península. La separación entre dominadores y dominados, entre godos é hispano-romanos, subsistió hasta la desaparición de don Rodrigo. En la venida de los árabes, no vieron los españoles sinó el cambio de señor. Luégo abundan ya los apellidos españoles arabizados. Harto divididas estaban las gentes de este reino para que su conservación se prolongara mucho tiempo.

¿Qué faltaba, pues, á este carcomido árbol para que se viniera al suelo? Que de cualquier lado soplase viento algo impetuoso. El vendabal del Islamismo arreciaba del otro lado del Estrecho y amenazaba desencadenarse sobre la mísera é infortunada España. La traición facilitó el paso. «Contra Agila llamó Atanagildo á los imperiales, á costa de dejarles entre las manos buena parte del territorio; contra Suintila trajo Sisenando á los francos á precio de oro; desventuradamente ensayó Paulo igual recurso contra Wamba; y como Justiniano II reinaba en Bizancio por la ayuda de búlgaros y esclavones, así los adversarios de Rodrigo pusieron su esperanza en la vecina costa de África, donde se habían amparado.» Era gobernador de Ceuta, en la España Tingitana, el conde don Julián, ya dependiente de Bizancio, ya de la Península, ya tuviese independencia propia. Existiera ó no el ultraje inferido al conde en la persona de su hija, asunto del cual hablan diversos cronistas árabes, es lo cierto que al amparo de don Julián se acogió la familia de Witiza, y que el gobernador de Ceuta acabó por entenderse con Muza ben Noséir para proteger á la familia proscrita. Ésta y el conde tuvieron en la Península largas

posesiones concedidas por Muza, y respetadas por los demás emires (1).

Conozcamos ahora el nuevo pueblo que durante nueve siglos, desde 711 hasta 1609, sentó su planta en nuestro suelo.

En el ángulo sudoeste de Asia se extiende una vasta península cuyas costas besan los mares Pérsico, Índico y Rojo. Elevadas y largas cordilleras y extensísimas llanuras forman su superficie. Climas los más variados se experimentan en aquel país; las estaciones seca y lluviosa se suceden en regular contraste; vegetación exuberante y estériles arenales hállanse contiguos. Esa península es la *Arabia*.

Sus moradores, aparte el nombre que toman del país en que viven (2), llámanse también *agarenos* é *ismaelitas*, de Agar é Ismael, esclava é hijo de Abraham. También los invasores de España se llamaron *muslimes* ó *musulmanes* (creyentes). Nosotros los conocemos, además, por *mahometanos*, ó seguidores de la doctrina del pseudo-profeta, por *moros* (de Mauritania) y *africanos* (de África), regiones de donde inmediatamente pasaron á España.

Toda religión, desde el Sabeísmo hasta la fundada por el divino Salvador, tuvo en aquella península secuaces. A principios del siglo VII habíase llegado al más alto grado de superstición. Un hombre extraordinario destierra el Paganismo; mas no para sustituirle

---

) Saavedra, loc. cit.—Dozy (Investig., II) sostiene que el conde tenía el imperio de Bizancio el gobierno de Ceuta.

) Los *árabes* son llamados, además, *sarracenos*, no de Sara, mujer de aham, sino de *Sarchia*: ú oriente.

con dogmas cuya totalidad sea más aceptable que la idolatría. Hacia el año 570 nace en la Meca el compilador de heterogéneos principios religiosos; al lado de sublimes verdades, tomadas del Evangelio, aparecen monstruosos errores, preocupaciones hijas de la ignorancia, consejos al calor de los cuales crecen instintos crueles, preceptos que halagan á las más bajas pasiones: recursos no mal discurridos para que surgieran numerosos prosélitos, y para que la nueva religión con rapidez se extendiera.

La familia de *Mahoma*, ese es el nombre del innovador, estaba al cuidado del Casbah, templo edificado, al decir de los musulmanes, por Abraham. Era su tribu una de las más poderosas, la de los Coraixitas. Dos años contaba Mahoma cuando Abdallah, su padre, bajó al sepulcro; la madre, Amina, sobrevivió poco al marido. El huérfano fué entregado á una nodriza. Todo el patrimonio del niño lo constituían una esclava etíope y cinco camellos. Después paró en poder de su tío Abú Taleb, mercader; y mercader fué también el sobrino. Ya joven, revelaba talento y era de gracioso continente, por lo que, siendo él de veinticuatro años, se prendó de sus gracias Cadigia, opulenta viuda que contaba cuarenta años, al servicio de la cual, y en calidad de mancebo, había entrado Mahoma. La coyunda del matrimonio hizo común la suerte de entrambos.

En sus viajes mercantiles crecieron sobremanera los bienes terrenos. No eran éstos, sin embargo, los que llenaban el corazón de Mahoma. Al acabar cada excursión, retirábase á parajes solitarios, y consagraba

á la oración y meditación horas interminables. El arcángel Gabriel le visitó y mandóle predicase el *Islamismo* (consagración á Dios). Contra el más grosero Fetichismo, que tenía 300 ídolos en el Casbah, donde tampoco faltaba el sacrificio de víctimas humanas, sentó este principio fundamental de monoteísmo: «no hay más Dios que Dios» (la ilaha íl-la állaho); y á favor del falso profeta quedó la terminación: «Mahoma es nuestro enviado» (Mohámmadon raçulona). La oración, el ayuno, la limosna y la peregrinación, fueron los primeros preceptos.

La persuasión, la propaganda pacífica, dió mezquino resultado: el número de conversos no pasó más allá del pequeño círculo de la familia del Profeta: la mujer; la hija, Fátima, casada con Alí; Abú Becr, suegro de Mahoma; Omar y Zaid. Hízose necesario aumentar, corregir y enmendar el código sagrado, y el arcángel siguió entregando más hojas sueltas escritas. El Profeta las coleccionó en *suras* ó capítulos, y formó el *Corán* (la Lectura), libro religioso, jurídico, civil, militar, etc., confuso embrollo de materias, sin orden ni concierto. La poligamia, sancionada y reglamentada por la religión; y el *gihed* ó guerra santa, tras la cual asomaban las delicias del paraíso, poblado de encantadores huríes, de eternal virginidad, próximo y seguro premio reservado á quien sucumbiese en campo de batalla, fueron poderosos estímulos para que del cieno brotase el sinnúmero de muslimes, que pronto poblaron porción considerable de la haz de la tierra.

Pero, como nadie es profeta en su patria, y Maho—

ma en la suya atentaba á los beneficios materiales que las ofrendas presentadas en el templo de la Meca rendían á su familia, sús parientes fueron los primeros en perseguirle. Huyó á Yetreb, que desde entonces se llamó *Medina*, esto es, la Ciudad por excelencia. Fué la huida ó *Hegira*, el 16 de julio del año 622 (1). Dos años más tarde se apoderó de la Meca y derribó los ídolos. Todas las tribus arábigas se agruparon en torno suyo. Cuando se disponía á invadir la Siria y la Persia, la muerte le sorprendió junto á su amada Ayescha, en lunes, 12 de rabié primera del año 11 (7 junio, 632).

Dos años bastaron al *califa* (vicario) Abú Becr para que sus tropas invadieran la Siria y la Persia. Omar se hizo dueño del Egipto, y murió en dilhagia del año 23 (oct.-nov. 644). Othmán, que murió á manos de conspiradores (655-56) extendió las correrías al norte de África. Durante el reinado de Yezid ben Moaviah (680-83), el caudillo Ôkba llegó á combatir á Tánger y pereció en la empresa. Al ocupar el trono Walid, á la muerte de Abdelmélic su padre (8 oct. 705); en consideración á que el caudillo Muza ben Noséir, el futuro conquistador de España, había llegado hasta el Atlántico y tocado en los grandes desiertos (697), le confirmó en el gobierno de Ifrikiya y países contiguos. En el año 89 (708-9) escribía al califa noticiándole que toda la tierra del Magreb quedaba

(1) Para verificar las fechas de la Hegira, nos valemos de las tablas que D. Francisco Codera y Zaidín acompaña á su *Tratado de Numismática Arábigo-española*.

sujeta y tributaria. Lanzóse contra la España Tingitana; pero la valerosa defensa de los cristianos mandados por el conde don Julián, le obligó á desistir de la empresa (1). Los *sarracenos* no tardarían en lograr, merced á la traición, lo que no habían podido alcanzar con las armas.

Por entonces ocurrió la muerte de Witiza; la sucesión de Achila no tuvo buena aceptación del pueblo, y se eligió á Rodrigo. Los escritores árabes, sin excepción, refieren, con sencillez, el agravio que el rey infirió al conde don Julián en la persona de su hija, ofensa á la cual se atribuye el repentino cambio en el gobernador de Ceuta: de celoso defensor que hasta entonces había sido de la España Tingitana, se trocó en aliado de los mahometanos. Parécenos que otra debió ser la causa de la mudanza: pues que, comparadas las fechas de la proclamación de don Rodrigo (verano de 710), y de la sumisión del conde á Muza, á fines del año 90 (noviembre de 709), resulta la venganza anterior al agravio. Lo cierto es que don Julián estimuló á Muza á que procurase la conquista de España (2).

Consultado el califa Walid acerca de tal empresa, éste aconsejó se explorase con las debidas precauciones la costa española. En ramadhan del año 91 (julio de 710), el liberto Tarif Abú Zora desembarcó en el punto que de su nombre se llama Tarifa, con 400 hombres, 100 de los cuales eran de caballería, según un

(1) *Ajbar Machmud*, p. 4.

(2) Ibídem, p. 5.

autor árabe (1), y, según otro (2), con 400 peones y 100 ginetes. Pasaron el Estrecho en cuatro barcos. Hizo una correría á Algecira al Hadra (la Isla Verde), recogió cautivas mujeres tan hermosas cual nunca los moros habían visto; y con mucho botín, regresó sano y salvo al África. El entusiasmo por la conquista de España rayó hasta el delirio en los muslimes.

Utilizando los mismos bajeles desembarcó al pie de la roca de Calpe el caudillo Tárik ben Ziyed, persa del Hamadán, ó de la tribu de Sadif, con 7.000 muslimes, berberiscos y libertos en su mayor parte. Desde entonces la montaña de Calpe se llama Gibraltar (Gebal-Tárik). El pasaje del futuro conquistador de Valencia se hizo el año 92 (oct. 710-11); un sábado de xaâban (may.-jun.), según unos; algo antes, el 5 de récheb (28 abril), según otros (3).

Distraído don Rodrigo en apaciguar á Pamplona (4), pocas fueron las tropas cristianas que pudieran oponerse á las correrías de los molestos agarenos. El duque Teodomiro, cuyo valor se había probado ya en los reinados de Égica y Witiza, desbaratando á los griegos bizantinos, que con pujante armada traían resolución de sublevar y esclavizar la provincia Aurariola, antes Orospeda, de la cual era gobernador, es el primero en acudir á atajar el paso del invasor (5). Con 1.700 combatientes, sostiene tres días algunas

(1) Ibídem, p. 6.

(2) Al-Makkari, t. I, p. 159.

(3) *Ajbar*, p. 7.—*Al-Mokkari*, I, 159.

(4) Ibíd.

(5) *El Pacense*, 38.

escaramuzas con los musulmanes; y, como era de esperar, fué vencido y puesta en fuga su reducida hueste. Entonces avisó á don Rodrigo del grave peligro que España corría: «Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de África, yo no sé si del cielo ó de la tierra: yo me hallé acometido de ellos de improviso. Resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada; pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo. Ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra. Ruégoos, Señor, pues tanto os cumple, que vengáis á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar. Venid vos, Señor, en persona, que será lo mejor» (1).

El aviso causó espanto en Rodrigo, y con ejército que se hace subir á cien mil combatientes corrióse al mediodía hasta reunirse con las pocas tropas que mandaba Teodomiro. Tárik en tanto había pedido refuerzos á Muza, y éste se apresuró á enviarle 5.000 soldados. Pocas eran, por aguerridas que fuesen esas fuerzas, para contrastar el empuje de las cristianas. Entre los musulmanes estaba don Julián, con bastante gente del país, la cual señalaba los puntos indefensos y servía el espionaje. A pesar de ello, Teodomiro hizo prodigios de valor, y en las sangrientas escaramuzas que hubo entre ambas huestes, el triunfo quedó por los cristianos, como asegura el Anónimo Latino (2). Los ocho días de continuo batallar comenzaron el domingo, restando dos noches de ramadhán (19 julio);

(1) Conde, I, 9.
(2) *El Pacense*, 38.

y el triunfo de Tárik, ó la defección de los parciales del hijo de Witiza, entre los cuales se contaba el obispo de Sevilla, don Opas, fué en domingo, 5 de xawal (26 de julio) (1).

Envidioso Muza de la gloria alcanzada por Tárik, asegurado que hubo el gobierno de África, del cual encargó á su hijo Abdeláziz, vino á España en ramadhán del año 93 (jun.-jul. 712). Por Sidonia, Carmona y Sevilla, marchó á Mérida, que se rindió el día del Fitr, salida del ramadhán, principio de xawal del 94 (30 junio, 713).

Durante el sitio, vino de África Abdeláziz, con un refuerzo de 7.000 caballos y muchos ballesteros berberíes (2). Para apaciguar á Sevilla, que se había sublevado, le envió Muza; acabada felizmente la comisión, recibió encargo de continuar la conquista por la parte meridional (3).

Antes de la rendición de Mérida fué la capitulación de Teodomiro en Orihuela. Contra los muslimes hacía frontera el caudillo de los cristianos Todmir, Tadmir, Theudimer ó Teodomiro, «varón amador de las Sagradas Letras, admirable por su elocuencia y experto general» (4). De esto dió claras muestras en los reinados de Égica, Witiza y Rodrigo. Tuvo la gloria de fundar en España, después de la Invasión,

---

(1) *Ajbar*, p. 9.—*Al-Makkari*, p. 165.—Conde, I, 10.

(2) Conde, I, 13.

(3) En este punto, hay más conformidad entre Conde, el texto de *El Pacense* y *Ad Dhabi*, que entre éstos y *El Ajbar* y *Al-Makkari*.

(4) *Fuit enim Scripturarum amator, eloquentia mirificus, in præliis expeditus.* (*El Pacense*, loc. cit.)

el primer reino cristiano. No se contentó con retirar las reliquias del destrozado ejército junto al lago de Janda, sino que, al entender que contra él se dirigían las armas de Abdeláziz, luchó en los parajes donde el terreno le era favorable, no empeñando batalla formal ni aun en campo llano, porque sus tropas, aunque numerosas, peleaban con flojedad. A pesar de sus altas cualidades de mando, Abdeláziz, que comprende la conveniencia de aniquilar aquel núcleo de ejército, logró alcanzarle en campo raso, la llanura de Lorca, al parecer: los musulmanes hicieron una matanza tal, que casi exterminaron á los cristianos. No todo estaba perdido; aun quedaba la inagotable astucia de Teodomiro.

Con los pocos soldados que pudieron escapar del desastre, se retiró á Orihuela, cuya defensa dejaba mucho que desear. Viendo que las escasas fuerzas que le quedaban de nada le servían, ordenó que las mujeres dejasen sueltos sus cabellos, armólas de cañas que semejasen lanzas, é hizolas subir á las murallas, para que pareciesen un ejército, mientras él pactaba las paces con el enemigo. Salió, pues, como parlamentario, cuando admirado estaba Abdeláziz al verse ante una ciudad dispuesta á resistirle, lo cual él no se prometía. Fué el mensajero bien recibido del caudillo árabe; pidió la paz y le fué otorgada; «y no cesó de insinuarse en el ánimo del jefe del ejército musulmán, hasta conseguir una capitulación para sí y sus súbdi-os, en virtud de la cual se entregó pacíficamente todo l territorio de Todmir, sin que hubiese que conquis-ar poco ni mucho: y se les dejó el dominio de sus

bienes» (1). Conozcamos ahora la famosa capitulación (2).

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Escritura de Abdeláziz, hijo de Muza, hijo de Noséir, para Teodomiro, hijo de Ergobaudo, según la cual éste se acoge á la paz bajo la garantía de Dios y su profeta (á quien Dios salude y dé la paz). Ni él ni sus nobles tendrán obligación de seguir á ningún jefe; ni será destituído ni arrojado de su gobierno; y ninguno de ellos será muerto ni cautivado; ni serán apartados de sus hijos ó mujeres; ni serán molestados en su religión, ni quemadas sus iglesias; ni quedará sustraído de su dominio lo que cultive por sus esclavos, sus fieles ó colonos quien se haya sometido á este pacto. Y queda libre en las siete ciudades de Orihuela, Valentela, Alicante, Mula, Begastro, Anaya (3) y Lorca, á condición de que no se dé asilo á nuestros fugitivos ni á nuestros contrarios, ni se hostigue á nuestros protegidos, ni se nos oculten las noticias que haya de nuestros enemigos. Tanto él como sus nobles pecharán cada año un dinar, cuatro almudes de trigo, cuatro almudes de cebada, cuatro azumbres de mosto, cuatro azumbres de vinagre, dos azumbres de miel, dos azumbres de aceite; y la mitad de esto

(1) *Ajbar*, p. 13.—*Al-Makkari*, p. 166.

(2) Utilizamos la versión del Sr. Saavedra, c. VI.

(3) Luis del Mármol (2, 10) confunde á Valentila con Valencia, y á Anaya con Denia. Lo propio, respecto de la primera, hace don P. Sandoval (*Notaciones sacadas de escrituras y memorias antiguas*, etc., p. 83). Es de notar que los dos atribuyen la conquista de Orihuela á Abdeláziz, y no á algún subordinado de Tárik, como leemos en el *Ajbar* y *Al-Makkari*, y también en algunos de nuestros historiadores generales.

los siervos. Fueron testigos, Otmán, hijo de Abú Abda, el Coraixí; Habib, hijo de Abú Obeida, el Fihrí; Abdallah, hijo de Maicera, el Fahmí, y Abú 'l Cásim, el Hodzalí. Fué escrito en el mes de récheb del año 94 de la Hégira (3 abr.-mayo, 713).»

El primero en publicar este famoso documento fué Casiri, que lo encontró en Dhabbi. Le copió en su historia de los hombres del Andalos, conservada en la Biblioteca del Escorial. El tratado debió conservarse en los archivos de las iglesias ó mezquitas de Orihuela. En algunos autores llega á determinarse el día de la fecha, 4 de récheb (6 de abril), y no el 5, como equivocadamente traduce Dozy, al igual que al señalar la rendición de Mérida. De ese pacto hace mención el Pacense (1).

Acerca del valor y alcance de la capitulación, sustántanse dos opiniones bien encontradas, por los señores Saavedra y Fernández Guerra. Dice el primero: «Teodomiro no creó ni conservó un reino independiente, ni un estado tributario, como los muchos que hubo en la Edad Media en España, y en los cuales el príncipe pagaba un subsidio determinado y único á su vencedor; aquí el tributo era personal de todos los habitantes, como súbditos del Califa, salvo que se les dejaba el uso de su libertad y de sus bienes, con el ejercicio de su autonomía en el gobierno de sus ciudades. De autonomía parecida gozaban los cristianos de otros pueblos, que obedecían á sus condes y obis-

---

(1) Casiri, II, 106.—El Arch., IV, 101.—*Ajbar*, p. 240 (ap.)—*Investig.*, I, 98.—*El Pacense*, loc. cit.—Conde, I, 15.

pos; pero en Orihuela se hizo la dignidad inamovible y hereditaria, á diferencia de otras partes, en que el jefe se cambiaba á voluntad de los gobernantes...... La extensión de los dominios de Teodomiro no abarcaban tampoco una provincia gótica entera, según se ha dicho, ni siquiera la totalidad de la actual de Murcia; pues, de lo contrario, no se hubieran podido reservar para el Califa las tierras regadas por el Segura, más tarde distribuídas á los soldados egipcios de la expedición de Balch, que en tiempo de Abú'l Jatar se mostraron tan amigos de Atanagildo, hijo y sucesor de Teodomiro..... No es esto negar ni rebajar el mérito real y efectivo de los cristianos del sudeste, sino colocarlo en su justa medida: el jefe godo no pudo soñar en restauración ni independencia política, y se contentó con la puramente administrativa y religiosa» (1).

Del Sr. Fernández Guerra: «Admira, suspende y pasma al invasor el ver tan bravamente guarnecida á Aurariola; teme y brinda con la paz. Admítela y conciértala el Duque *Rey* con buenas condiciones; y afianza desde aquella hora por *reino suyo* cristiano y pacífico *su misma provincia*, tributario de los alárabes..... *El reino de Teodomiro* limitábase á *la provincia Aurariola*..... El territorio de las siete ciudades condales de Teodomiro se identifica á maravilla con el de las siete diócesis eclesiásticas..... Al año 579 corresponde la división de España en ocho provincias famosísimas, que se nombraron Galecia, Asturia, Antrigonia, Iberia,

(1) *Estudio sobre la Invasión*, etc., c. VI.

Lusitania, Bética, Hispalis y *Aurariola*, si reducida, fértil y admirable por su belleza» (1).

Por lo visto, los dominios de Teodomiro sí abarcaban una provincia entera. Ya se verá por qué causa se hizo la distribución de tierras á los egipcios de Balch, y cómo se reparó tal infracción del pacto de 6 abril de 713. La forma del tributo pagado á los califas por Teodomiro y sus súbditos, tuvo casos análogos entre los señores de Valencia para con los reyes cristianos; y nadie negará que los almoravides, en el año 1122, período al cual nos referimos, no fuesen dueños de la ciudad del Turia. Diremos, por último, que en El Pacense, única autoridad en que se apoya el conocimiento de Atanagildo, sucesor de Teodomiro, ni consta que éste fuera padre de aquél, ni que por herencia ocupase el trono.

Concluyamos, antes de anudar el hilo de la interrumpida relación de los sucesos ocurridos ante Orihuela, con la reseña geográfica de la Tierra de Todmir. Sus plazas fuertes formaban en la ciudad de Valentela, antecesora de Murcia, como una cruz figurada por la línea de Alicante, Orihuela, Valentela y Lorca, junto con la de Anaya, Valentela, Mula y Bigastro, apoyándose unas á otras y defendiendo todas á la capital (2).

En los geógrafos é historiadores árabes aparece bien deslindada la región de Todmir, que se extendía desde Cartagena á Alicante, y desde Chinchilla y Segura hasta la Sierra Mágina, cerca del Guadalbu-

---

(1) El Arch., IV, 99-107.

(2) Saavedra, loc. cit.

llón, frontera de la de Jaén. Sus ciudades eran: *Orihuela*, capital de la Oróspeda y suntuosa residencia del duque, fortificada por los visigodos; *Valentila*, confundida con Valencia por varios autores, lo mismo que Anaya con Denia; *Lecant*, cuya jurisdicción abrazaba á Callosa; *Mola*, de la cual todavía quedan vestigios de su antigua denominación, en Mont-roy, junto á Villaricos; *Anaya*; quizá el *Ello*, en el Monte Arabí; *Begastro*, cuya hitación queda señalada, y *Lorca*, una de las más famosas villas de Murcia, como escribe Ar-Razi (1).

Firmado ya el convenio, el parlamentario cristiano se descubrió á Abdeláziz, quien, lejos de mostrar disgusto, alabó la prudencia del duque; y comieron juntos aquel día, como si de largo tiempo fuesen amigos. Venida la noche, Teodomiro se entró en Orihuela, y ordenó que, á la hora del alba del día 7 de abril, se abriesen las puertas de la ciudad. A la mañana siguiente salieron Teodomiro y sus principales caudillos á recibir á Abdeláziz y los más notables de entre los suyos. Entrados en Orihuela, maravillóse el hijo de Muza de las pocas tropas que la guarnecían, y preguntó á Teodomiro la causa de la falta de fuerzas, cuando tan numerosas eran las que un día antes coronaban los muros. Reveló el duque la estratagema, y mereció, según Conde (2), la aprobación de los muslimes, al paso que en otros autores (3) se lee que

(1) El Arch., IV, 103-105.
(2) P. I, c. XV.
(3) *Ajbar*, p. 13.—*Al-Makkari*, p. 167.

á los mahometanos les pesó lo hecho; mas todos convienen en que cumplieron lo estipulado. Tres días los obsequió Teodomiro, y luégo se retiraron, por las sierras de Segura, á Baza, Guádix, Jaén, Elvira, Granada, Antequera y Málaga.

Lograda la conquista de Mérida, á fines de xawal (últimos de julio de 713) Muza se dirigió á Toledo, donde encontró á Tárik. Restituido á éste, por orden de Walid, el mando de las tropas que para gloria del Islam había guiado al combate, dispuso Muza que sin dilación partiese Tárik hacia la España oriental. Buscó las fuentes del Tajo; atravesó las sierras de Arcábica (Arcos, junto á Medinaceli), Molina y Sigüenza, y bajó á las vegas y campos regados por el Ebro. Puso sitio á Zaragoza, que resistió hasta que con su hueste acudió Muza. Mientras éste enseñoreaba la Tarraconense, Tárik bajó por el Ebro á Tortosa; y luégo, siguiendo por la costa con dirección al mediodía, entró en Murviedro, Valencia, Játiba y Denia, las cuales se sujetaron á las condiciones del Islam, quedando sus moradores, bajo la fe y amparo de los muslimes, dueños pacíficos de sus bienes. Fortuna fué para esta comarca, se encargara su conquista á Tárik, y no á Muza. La avaricia de éste y la prodigalidad de aquél, fueron causa de que mútuamente se acusaran á Walid como defraudadores del quinto del botín que al califa correspondía. Ambos fueron llamados á justificarse á Damasco, y en sáfer del año 95 (26 oct. 23 v. 713) salieron para Oriente (1).

(1) **Apéndices del *Ajbar*, p. 225.—Conde, I, 17.**

Tan rica en detalles como es la sumisión del reino de Todmir á las armas agarenas, es pobre, cual se acaba de ver, la del resto de la comarca valenciana; y no es que falten los suficientes para poner el relato de la conquista del norte y centro á la altura del de la parte meridional, sinó que esa narración se apoya en autoridad que inspira escasa confianza. Parécenos que no debemos omitir esa relación, por fabulosa que parezca, ya en consideración á que ulteriores descubrimientos han venido á probar la certeza de hechos antes apreciados como falsos, ya porque hasta en los sucesos juzgados por más apócrifos, de ordinario suele encerrarse cierto fondo de verdad. Obligación del historiador es, sin embargo, en tales casos, prevenir al lector del peligro que corre al otorgar crédulamente su asenso á sucesos sombreados con la duda, ó cuya falsedad resulta confirmada hasta la evidencia.

En el año 1589 publicó Miguel de Luna una «Historia verdadera del rey don Rodrigo» que supone traducida de una crónica árabe escrita por cierto Abulcásim Tarif Aben Tarique, testigo presencial de la Invasión. Dicha historia, según alguno de nuestros ingénuos cronistas, se tradujo por orden de S. M. (Felipe II), del arábigo, de la librería de San Lorenzo del Escorial, donde estaba incógnita y sepultada (1). Las márgenes están llenas de citas de palabras del original, para abonar lo dicho en la historia, algunas de las cuales citas delatan al falsario. No obstante el valor negativo del tal libro, antiguamente le utilizó Lope

(1) Escolano, l. II, c. XV.

de Vega, y en tiempos más recientes, Washington Irving (1).

Cuenta el real ó supuesto Abulcásim (2), que Muza y Tárik no encontraron en largos trechos seria resistencia hasta Zaragoza, que tampoco se obstinó en la defensa. Formando ejércitos separados, después de cruzar y repasar los Pirineos, siguieron la costa del Mediterráneo, sin detenerse en ninguna parte hasta parar en una llanada, donde se alzaba, á cuatro millas pequeñas del mar, una hermosa ciudad, Valencia, rodeada de muchos jardines y arboledas, y dotada de aguas corrientes, cuyo conjunto alegraba en extremo la vista.

Pusieron los muslimes sitio á Valencia; y, al ver que se les resistía, enviaron un mensajero á los sitiados prometiéndoles dejarlos vivir en paz, sin hacerles agravio ni zozobra, si se rendían, como había hecho el resto de España. Un centinela, apostado en una torre del muro, ni dió oídos al mensaje ni avisó al gobernador de la ciudad. Disparó el cristiano su arco, y herido se retiró al campamento el soldado moro. Sentido Tárik de tanto descomedimiento, ordenó á sus tropas diesen el asalto; mas los cristianos se defendieron con tal valor, que obligaron á retirarse á los mahometanos, con pérdida de 250 combatientes. De los valencianos murieron 80.

Ignoraba el gobernador, Agrescio, el incidente del mensajero y del centinela; y, como viese que la guarni-

---

(1) **Saavedra.** ***Invasión, etc.,*** **c. III.**
(2) **Lib. II, cap. XIV y XV.**

ción de Valencia no alcanzaba á resistir un largo cerco y que sola ella no podía subsistir en medio de tanta morisma, envió un parlamentario al caudillo sarraceno excusándose del percance ocurrido al moro y pidiendo tres días de tregua para resolverse en semejante conflicto. Tárik otorgó lo que Agrescio había solicitado, y de común acuerdo pactaron estas condiciones de rendición: los cristianos entregarían la ciudad, pero quedarían salvos é inmunes, en posesión de sus bienes, y sería respetada su profesión religiosa; y los que no se acomodasen con estas condiciones, podrían marchar, con sus mujeres y familia, al punto que mejor les pareciera, para lo cual se les daría salvedad y guiaje. Firmada por ambas partes la capitulación, las llaves de la ciudad fueron entregadas á Tárik, y él dejó, con suficiente guarnición, á Abú Maicera el Hozdalí (1). El caudillo árabe tomó el camino de Murcia y se retiró á Córdoba.

Esta relación tiene muchos puntos de contacto con la de Conde. Sabido es que este autor, desde que con notoria injusticia fué tratado por Dozy, merece poco crédito á extranjeros y nacionales. Ya comienza á reconocerse su mérito, y creemos no está lejano el día en que se le conceda reparación completa. Con esto no queremos decir que su obra no adolezca de lunares, muy naturales si se tienen en cuenta las circunstancias que concurrieron en la producción de su obra.

(1) Más adelante se le llama Abulcácer el Hodzalí, nombre que se aproxima al de uno de los caudillos que suscribieron la capitulación de Orihuela, *Abulcasim el Hodzalí*; así como el de *Maicera* es el patronímico de Abdallah el Fahmí, otro de los testigos.

El comportamiento de los invasores era el que la prudencia aconseja á los que aun carecen de fuerza para imponer su yugo. Conducta que se sintetiza en la alocución de Abu Becr, sucesor de Mahoma, á las tropas que con Yezid partían á la conquista de Siria: «Si Dios os da la victoria, no abuséis de ella, ni tiñáis vuestras espadas con la sangre de los rendidos, de los niños, de las mujeres y de los débiles ancianos. En las invasiones y correrías, no destruyáis los árboles, ni cortéis las palmeras, ni abatáis los verjeles, ni asoléis sus campos ni sus casas. Tomad de ellos y de sus ganados lo que os haga falta; tratad con piedad á los abatidos y humildes; no empleéis ni doblez ni falsía en vuestros tratos con los enemigos; y sed siempre, para con ellos, fieles, leales y nobles; cumplid religiosamente vuestras palabras y promesas; no turbéis el reposo de los monjes ni destruyáis sus moradas.» Esta misma templanza y moderación trocábase en crueldad contra los vencidos que osaron resistir á los muslimes: «Arrasad las ciudades y fortalezas que puedan servir de asilo á vuestros enemigos; oprimid á los soberbios, á los rebeldes y á los que sean traidores á vuestras condiciones y convenios; tratad con rigor á muerte á los enemigos que con las armas en la mano resistan á las condiciones que nosotros les impongamos» (1).

Hasta los más entusiastas admiradores de la tolerancia sarracena, hanse visto obligados á confesar que invasores sólo eran generosos cuando no contaban

) Conde, I, 3.

un triunfo seguro (1). Dignas de consignarse son las palabras de Dozy, cuyo amor á todo lo que trasciende á enemiga contra la pura ortodoxia, es harto manifiesto: «Desde que los árabes afirmaron su dominio, observaron los tratados menos escrupulosamente que cuando su poder no estaba aún bien establecido. Sucedió en España lo que en todos los países que los árabes conquistaron: su dominación, de dulce y humana que había sido en un principio, degeneró en un despotismo intolerable... Los conquistadores de la Península siguieron al pie de la letra el consejo del califa Omar, que había dicho crudamente: «Nosotros debemos *comernos* á los cristianos y nuestros descendientes deben *comerse* á los suyos mientras dure el Islamismo.»

Contra la gratuita afirmación de que los árabes vinieron á la Península «saturados de mil conocimientos adquiridos durante sus correrías» (2) están los testimonios del tantas veces citado Saavedra, según el cual había ya aquí, entre los cristianos, «una gente cuya ilustración es innegable» (3); de Dozy, que trata á los invasores de cerriles, zafios é ignorantes (4); de Lafuente y Alcántara, que sostiene ser de fines del siglo IX el primer cronista árabe español (5), cuando al tiempo de la Invasión teníamos nosotros á Isidoro de Beja, tan alabado por el arabista holandés; de Pons, que escribe haber transcurrido 254 años desde la Inva-

(1) Saavedra, pág. 128.
(2) Marzal.—*Cultura Árabe Española*, p. 11.
(3) Obra citada, c. VI.
(4) *Investigaciones*, t. I, c. III.
(5) *Ajbar* (Apéndices), p. 221.

sión hasta que Al Háquem II mandó recopilar la historia de los Moros (1), etc.

La moral mahometana ha merecido á doctos arabistas el título de «moral de manga ancha» (2). Y del amor á la libertad en los musulmanes, es prueba irrefragable la mitad de la especie humana más digna de solícitos cuitados, la mujer, obligada á compartir con odiadas compañeras el tálamo nupcial, sepultada en el harem, convertida en instrumento de placer, en cosa cuya custodia está confiada á seres desgraciados en quienes se practica execrable mutilación, la más contraria á la naturaleza.

Europa, cristiana, y Africa, musulmana, son barómetro del valor civilizador de las religiones fundadas por el divino Jesús y el pseudo-profeta Mahoma.

Razón tenía Isidoro de Beja al llorar con amargas lágrimas y lastimero acento la ruina de España: «¿Quién podrá narrar tanta calamidad? ¿quién contar tan inesperada invasión? Que, aunque todos los miembros se convirtiesen en lenguas, no podría la naturaleza humana referir tantos y tan grandes males, la inmensa ruina que España ha padecido. Para que con breves palabras haga comprender al lector el azote, diré: «Cuantas innumerables calamidades ha causado al mundo, en sus infinitas regiones y ciudades, el enemigo inmundo y cruel, desde Adán hasta ahora; cuanto se refiere de Troya destruída; cuanto padeció Jerusalén, anunciado por los pro-

---

) *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, b afía n.º 1.

, Ribera, *Textos aljamiados*, Prólogo, III.

ſetas; cuanto se consumó en Roma, ennoblecida con el martirio de los Apóstoles: todos esos y tan grandes estragos ha padecido España, en algún tiempo deliciosa, y ahora tan desgraciada, en su honor y en su renombre....» (1).

(1) *Isidoro Pacense*, 37.

CAPÍTULO II

WALÍES DEPENDIENTES DE DAMASCO

(713-754)

Supuestos walíes de Valencia: hechos que se les atribuyen.—Confirma el Califa el pacto de Orihuela.—Árabes y berberiscos, beledíes y sirios.—Abdelmélic ben Katan: los Beni Cásim: Alpuente.—Abuljatar: infracción del pacto de Orihuela: Atanaildo, su protesta: los sirios, campeones del derecho.—Yúsuf el Fihrí: partido que sigue Valencia.—Ciudades de la provincia Tolaitola.

AUNQUE no de poca importancia, no son muchos los acontecimientos ocurridos en esta región propios del periodo comprendido entre la Invasión y la venida de los Ommiadas al Andalos, que historiadores y cronistas, árabes y cristianos, registran. Ese vacío le llena, en parte, con su imaginación, el Abulcásim: si, por casualidad, acierta con tal ó cual nombre, en alguno que otro hecho aislado, al pretender por nuestra parte concordar el conjunto con sucesos estimados como auténticos, hay que cejar en la empresa agotadas las energías que con semejante intento se emplearon.

Ya queda dicho que Abdeláziz ben Muza fué á la comarca de Todmir y la conquistó, lo mismo que á Granada y Málaga. También está hecha relación de (, dejada á un lado la enemiga que había entre] za y Tárik, encargóse éste de la vanguardia, y] ieron á la conquista de Aragón. Entraron en Bar-

celona, penetraron en Narbona y llegaron hasta el Ródano. Desde los Pirineos retrocedieron, y poco después no quedaba á Muza otra comarca que someter al Islam, sinó Galicia. En tal empresa andaba ocupado, cuando obedeciendo á un segundo aviso del califa Walid ben Abdelmélic, volvió á Sevilla, dejó como gobernador de España á su hijo Abdeláziz, y en dylcada del año 95 (ag. sept. de 714), pasó el mar, junto con Tárik, para ir á Oriente. Ya llegados allá, murió Walid y le sucedió en el imperio su hermano Suleimán, que fué proclamado á mediada luna de giumada postrera del año 96 (25 de febrero de 715) (1).

Durante el gobierno de Abdeláziz, supónese que ocurrió el hecho siguiente:

Sujetada toda España, el general Muza se volvió á su gobierno de África, y Tárik se fué á la corte del Califa. Quedó por gobernador de España Abdeláziz. Estando en Sevilla con poderoso ejército, tuvo aviso de que el gobernador de Valencia, llamado Abulcácer el Haudalí (¿Abu Cáim el Hadalí?), natural de Arabia la Feliz, se había alzado y rebelado con toda esta tierra, y hacía mucho daño en las comarcanas. Recibió la noticia el gobernador general de España, y sintió gran contrariedad, por ser ese movimiento el primero que se intentó contra el Amir al Mumenín (el Príncipe de los Creyentes). Alzó el sitio que tenía puesto á Sevilla, y con 10.000 infantes y 800 caballos, tomó el camino de Murcia, donde se le unió, con más

(1) *Al Makkari*, I, p. 172-174.—Conde, I, 18.

tropas, su alcaide Ibrahim el Azcanderí, y siguieron con dirección á Valencia. Animoso el Haudalí, no esperó á que llegasen las fuerzas mandadas por Abdeláziz; salió á su encuentro, pero fué vencido y prisionero. Cortada que le fué, como á rebelde, la cabeza, fué, para escarmiento, puesta sobre una de las puertas de la ciudad; ésta fué saqueada por la soldadesca. Hecha averiguación de los alcaides y capitanes que habían tenido parte en el alzamiento, en todos se hizo pública justicia. Se nombró nuevo walí, y lo fué un caudillo famoso llamado Muhámad ben Becr. Pacificada Valencia, el gobernador general volvió á Andalucía (1).

El nombre del supuesto walí rebelde, llamado antes *Abumacer el Audali,* participa de los de dos caudillos que suscribieron la capitulación de Orihuela; parécese la denominación última *Abu'l Cácer el Haudalí,* en cuanto al nombre y al determinativo de tribu, á la de *Abu Cdim el Hadalí.* En Al-Makkarí (2) se lee que, conquistada Mérida, Abdeláziz fué con un ejército contra Sevilla, que se había rebelado y la conquistó *de nuevo.*

Mal remate tuvo el gobierno de Abdeláziz. El motivo fué que, habiéndose prendado de Egilona, mujer de Rodrigo, la tomó por esposa. De tal modo condescendió con los deseos de la viuda del último rey godo, que hasta llegó á hacer uso de las insignias reales, lo cual fué, naturalmente, interpretado en el

---

Escolano, lib. I, cap. 21 y 22.
Tomo I, pág. 171.

sentido de que había abrazado el Cristianismo y aspiraba á restaurar el gobierno de España con independencia de los califas. Ello fué bastante para que le acometieran y mataran en récheb del año 97 (marzo de 716) (1).

No por la muerte de Abdeláziz, sinó por el advenimiento del califa Suleimán quizá, ó porque fuera condición indispensable para la validez de la capitulación acordada entre Teodomiro y el hijo de Muza, acude el soberano de la Aurariola ante el Príncipe de los Creyentes, á cuyos ojos aparece el príncipe cristiano como hombre muy prudente, y le colma de beneficios, no siendo el de menor importancia la confirmación del pacto que antes había celebrado con Abdeláziz. La capitulación permaneció estable hasta los tiempos de Isidoro de Beja (754), sin que el lazo del convenio se aflojara, ni dejasen de respetarle los sucesores de los árabes que realizaron la conquista. Motivo tuvo Teodomiro para volver gozoso á sus estados, y razón poderosa asistía á sus súbditos, para dar gracias á Dios, pues, en medio de tiempos tan calamitosos, les había concedido un príncipe de tan nobles prendas, siendo la principal la constancia en la verdadera fe (2). Aquí se ve cuán equivocado va Luis del Mármol (3), cuando, como copia Escolano (4), «después de roto el rey don Rodrigo, los moros se dividieron en tres ejércitos, para combatirnos á la par

(1) *Ajbar*, p. 20.—Apéndices, p. 226.
(2) *El Pacense*, 38.
(3) Lib. II, c. 10.
(4) Lib. II, cap. 15.

por todos los cuarteles de España, sin darnos espacio (1). El uno destos se encomendó *á un* RENEGADO *godo, llamado* TUDEMIRO.»

Así como el bueno de Abulcásim nos cuenta la rebelión del primer walí de Valencia y la muerte que aquél tuvo, alarga el gobierno del segundo hasta el año 111 de la hégira, que corresponde al 730 de la era cristiana. Durante su largo waliato, caso raro en tiempos tan revueltos, hubo diferentes califas, y muchos más gobernadores generales de España. Suleimán falleció en 10 de sáfer del 99 (22 septiembre 717); Omar, en 25 de récheb de 101 (10 febrero 721); Yezid, en 25 de xawan de 105 (27 enero 724), é Hixem, en 6 de rabié segunda de 125 (6 febrero 743). Mayor es el número de los walíes generales de España. A Abdeláziz siguieron: Ayub, que acabó en dilcada del 97 (agosto 716); Al-Horr, en ramadhán del 100 (mar.-abr. 719); Aç-Çamh, en dilagia de 102 (junio 721); Abderrahmán, en sáfer de 103 (agosto 721); Anbaça, en xaavan de 107 (enero 726); Ôdzra, en xawal de 107 (febr.-mar. 726); Yahya, en rabié 1.ª de 110 (jun.-jul. 728); Hodzaifa, en xaaban de 110 (nov.-dic. 728); Ôtsman ben Abi Niça, en muhárram de 111 (abr. 729); Al-Haitsam, en dilcada de 111 (en.-febr. 730); Mohámmad, en sáfer de 112 (mar.-abr. 730), y Abderrahmán al Gafekí, en ramadhán de 114 (oct. 732).

Copiemos á Abulcásim. Á la muerte del califa Ya-) al Manzor, en el año 725 (¿Yezid?), el gobernador

) Esto también se lee en el *Ajbar*, p. 10.

general de aquí (¿Anbaça?) trató de alzarse con el mando de España. Varios fueron los walíes que se negaron á reconocerle, el de Valencia, Muhámad Aben Becr, entre ellos. Hizo más éste: pactó treguas de un año con el de Zaragoza, y al frente de 6.000 infantes y 1.200 caballos, quiso apoderarse de Murcia (¿y el respeto á la tierra de Todmir?); pero su walí, Ibrahim el Azcandarí, se previno aliándose con el de Baeza. Tuvieron un encuentro en el río Segura, cerca de Murcia, y el resultado se mantuvo indeciso el primer día; se empeñó el combate al amanecer del siguiente, y á las tres de la tarde Abú Becr tuvo que escapar á uña de caballo. De una caída y por el disgusto de la derrota, murió á los pocos días (730).

Se alzó con el mando, atosigando á un niño de pocos años que dejó Aben Becr, un deudo suyo, llamado Abú Bácer ben Becr; pero los cadíes de Murviedro y del Valle de Ricote, Alí el Cinhigí y Alí Berit Huchman, no sólo se negaron á reconocerle, sinó que se declararon vengadores de la muerte del niño.

Vinieron contra Valencia y la estrecharon con vigoroso sitio. Quiso el de Murviedro sacar partido de la revuelta; reclamó auxilios de su pariente Hassán, walí de Túnez, y tuvo el Cinhigí á sus órdenes 12.000 infantes y 1.500 caballos. Su consocio Alí Berit Huchman adivinó la bastarda intención de su aliado y se alejó de los muros de Valencia, merced á cuya retirada pudo escapar su tercer walí y refugiarse en Zaragoza.

Tiempo fué el transcurrido desde la Invasión hasta el del gobierno de Ôkba, del mayor desorden; pero no hallamos en ningún autor relación de sucesos con

los cuales guarden analogía los que acabamos de anotar.

Más fundamento tiene la de los sucesos aquí ocurridos desde enero de 741 hasta mayo de 745, ó, sea, durante los waliatos de Abdelmélic ben Katan, Balch ben Bixr, Tsaalaba ben Çalama y Abuljatar al Hoççam ben Dhirar. La concordancia entre Escolano y los modernos arabistas es manifiesta; y no lo es menos la que existe entre los últimos y el Pacense.

«Luis del Mármol y los demás modernos, que siguen á otros coronistas arabes, no hazen mención de successos de Valencia hasta el año 740, en que cuenta Mármol, que después de Óccuba, que governaba en Córdoba, el halifa Gualid embió, por virrey, un alárabe llamado Abubéquer, con grande ejército, por apaziguar algunas discordias que andaban encendidas entre los caudillos moros de las provincias de España. Mas ellos no le quisieron obedecer; y viniendo á juntarse los de Córdova con los de Toledo, Aragón y Valencia, le dieron batalla y le mataron; y aun tentaron de quitar la obediencia al halifa de Arabia, y hazer halifa en España de por sí. Lo qual, sabido por Gualid, mandó aprestar una gruesa armada en Egypto y otra en África, y las embió sobre España con su general Reduán, que se dió tan buena maña en reducirla, que sin derramamiento de sangre sosegó los pueblos alterados, y los tornó á la obediencia del Halifa (1).»

Ôkba ben al Hachchach aç Çelolí murió en sáfer

1) **Escolano, II, 16.**

de 123 (dic. 740-en. 741) (1); y el califa Yezid, sucesor de Walid ben Yezid, fué proclamado en 28 de giumada 2.ª de 126 (18 abril 744) (2). El walí enviado á España muerto Ôkba, fué Abdelmélic ben Katan; no *Abú Becr*, sí *Áben Bixer*, ó sea Balch, que vino en auxilio de Abdelmélic. Éste, después de acabar con la insurrección de los berberiscos, que, como sus hermanos de África, habían también elegido su Imam, fué sorprendido por Balch y crucificado. Valencia, y todo el oriente de España, siguió el partido de los Beni Cásim. Muerto Balch, aunque vencedora su hueste, el dominio musulmán amenazaba extinguirse aquí en medio de la anarquía en que la tenían revuelta árabes y berberiscos, beledíes y sirios, cuando Walid y el gobernador de África, Hantala ben *Sefuán* (el *Reduán* de nuestros cronistas), atendiendo las súplicas de los honrados muslimes de España, pusieron remedio al mal y sin efusión de sangre. Esto, que muy en síntesis apunta Escolano, está en harmonía con lo que vamos á exponer más por extenso.

Cercano á la muerte Ôkba, designó por sucesor á Abdelmélic ben Katan, quien, al fallecer Hixem, en 6 de rabié postrera del 125 (6 febrero 743), fué confirmado en el cargo. Los berberiscos derrotaron en las riberas del río Masfa (África), á los caudillos árabes Thaalaba ben Çalema, Baleg ben Baxir y Hantala ben Sefuan. Apurado Balg en Ceuta, donde se había refugiado, solicitó amparo del emir Abdelmélic, quien se

(1) *Ajbar* (Apénd.), 241.
(2) Conde, I, 31.

complació en hacer más desesperada la situación de los sirios: crueldad que luégo costó cara al emir de España.

Los berberiscos españoles, cansados de la postergación de que eran objeto, no obstante haber sido ellos quienes habían cargado con el peso principal de la conquista, provocaron un alzamiento al saber la prosperidad de las armas de los berberiscos africanos. Estalló la insurrección en todo el norte de la Península, menos en Zaragoza, donde los árabes estaban en mayoría. Permanecieron fieles al emir, Córdoba, donde estaba de gobernador Abderrahman ben Ôkba, y Toledo, cuyo walí era Omeya, hijo de Abdelmélic. Valencia siguió el bando de Abdelmélic, lo mismo que toda la España oriental, cuyos gobernadores y alcaides eran amigos y hechura suya (1). De la común parcialidad de Zaragoza, Toledo, Valencia y Córdoba, habla también Escolano (2).

La necesidad obligó á Abdelmélik á solicitar el paso de Balch á España, no sin estipulación de condiciones entre beledíes y sirios. Merced al valor de éstos, la insurrección berberisca fué sofocada en sangre. Ni sirios ni beledíes se cuidaron entonces de cumplir el pacto convenido. Los últimos quisieron obligar á sus auxiliares á que se embarcaran en expediciones parciales en Algeciras; y los sirios se opusieron á ello, no mostrándose dispuestos á repasar el mar sinó juntos y desde Todmir ó Elvira. La mal

(1) Dozy. *Historia*, I, 11.—Conde, I, 30.
(2) Loc. cit.

cicatrizada herida del odio enconado que mútuamente se tenian, se abrió de nuevo. Aprovecharon los sirios el abandono en que vivia en Córdoba el emir, para arrojarle del palacio y proclamar á Balg gobernador de España (20 septiembre 741), al principiar el mes dilcada de 123 (1). Abdelmélik fué crucificado entre un cerdo y un perro.

Del infortunado Abdelmélik eran descendientes los Beni-Càsim, poseedores de vastos dominios en las cercanías de Alpuente, en nuestra provincia. Cerça de Castellón de la Plana hay un pueblo que conserva el nombre de tan antigua como poderosa familia. Las ambiciosas esperanzas de los hijos de los *defensores de Mahoma*, se redujeron, por lo que toca á una de sus ramas, à un pequeño estado enclavado en el ángulo noroeste de nuestra provincia (2). Cúpole también la triste gloria á ese rincón, de ser el albergue del último califa Omeya.

No fué de larga duración el gobierno de Balch. Los hijos de Abdelmélik, ó sean Katan y Omeyya, con los mismos berberiscos, á quienes se habian unido para vengar la afrentosa muerte dada á su anciano padre, se encontraron con Balch en las inmediaciones de Córdoba. En el combate fué herido de tanta gravedad el caudillo sirio, que falleció á los pocos dias, xawal de 124 (ag.-sept. 742) (3).

Muerto Balch, los sirios nombraron por su jefe á

(1) Dozy, loc. cit.—*Ajbar* (apéndices, p. 238).—Conde, I, 30, dice fué en fin del año 125.

(2) Dozy, loc. cit.—*Al Makkari*, II, p. 11.

(3) *Al Makkari*, II, p. 13.

Tsaâlaba ben Çabema. Los gobernó bien, mas hubo de retirarse á Mérida, pero en una salida, sorprendió á los sitiadores y les hizo muchos prisioneros. La suerte que á éstos esperaba tenía poco de lisonjera. Cuando no tenían otra esperanza que la de ser cortadas sus cabezas, un incidente imprevisto los salvó del peligro. A los diez meses de waliado de Tsaâlaba, ó sea en récheb de 125 (mayo 743), siendo califa Walid ben Yezid, fué Abuljatar Hoçam ben Dihrar al Kelbí, nombrado walí por Hantala ben Sefuán, gobernador de África. Su bandera salvó de una muerte segura á los prisioneros beledíes y berberiscos (1).

Al walí nombrado por Hantala ben Sefuán, el *Reduan* de nuestros cronistas, le cupo la gloria «de darse tan buena maña en reducir á España, que sin derramamiento de sangre sosegó los pueblos alterados, *y los tornó á la obediencia del Kalifa* (2).» «No obstante su genio militar, era buen poeta; y en los primeros tiempos de su mando, se mostró equitativo y justo, *obedeciéndole toda España* (3).» «Era Abuljatar un noble siriaco, natural de Damasco, y *todos le atendieron y prestaron obediencia,* siriacos y beledíes. Dió libertad á los prisioneros y cautivos, llamándose, por esta causa, su ejército el de la salvación, y *aunándose todas las voluntades.....* Acomodando á los siriacos en las diferentes comarcas, *aquietóse el estado de los españoles* (4).»

Dió en feudo á los sirios tierras del dominio pú-

(1) *Al Makkari*, II, p. 14.
(2) Escolano, loc. cit.
(3) *Al Makkari*, loc. cit.
(4) *Ajbar*, p. 46.

blico, ordenando á los siervos que las cultivaban pagasen desde entonces á los sirios el tercio que de las cosechas habían venido satisfaciendo al Estado. Los egipcios se establecieron en los distritos de Ocsonoba, de Beja y de Todmir (1). Cuando vieron las tierras señaladas tan semejantes á las de los países de donde procedían, dieron gracias á Dios de su venturoso estado y bendijeron á Muza ben Noséir y á Balch ben Bexir, que tantos bienes y fortuna les habían facilitado (2).

El repartimiento de tierras de Todmir se hizo con infracción del pacto de Orihuela, convenido entre Teodomiro y Abdeláziz ben Muza (6 abril 713). Poco antes había muerto el duque-rey, y ocupó el trono el príncipe Atanaildo, de quien no dice el texto de el Pacense fuese hijo de Teodomiro, como asegura el sabio académico don Eduardo Saavedra (3). Tan aventurada opinión es admitida también por Dozy (4). La versión que del texto en que todos han bebido la interesante noticia hace el académico Sr. Fernández Guerra, es traducción libre de un pasaje del Anónimo Latino:

«A Teodomiro sucedióle Atanaildo, opulentísimo entre los magnates, y entre ellos el más pródigo de las riquezas, generosidad que le valió ceñir la corona, *electiva de suyo.* Devorábanse, por aquellos días, los invasores unos á otros en exterminadora guerra civil,

(1) Dozy.—*Historia*, I, 11.
(2) Conde, I, 33.
(3) *Estudio sobre la Invasión de los Árabes en España*, c. VI.
(4) *Historia*, III, 10.

pretendiendo el berberisco, el egipcio, el siro, el árabe, cada cual de por sí, que sólo á él le pertenecía esquilmar y empobrecer la tierra avasallada. Con resolución de apaciguarlos vino aquí el gobernador Abuljatar, acudiendo al expediente gustoso á la tiranía, de oprimir y desangrar al débil oprimido. «Tomó (dice Rasis) á todos los christianos que eran en Espannya, la tercia parte de quanto avien, así en mueble como en raiz, et diólo todo á los que vinieron con él.» Eso sí, liberal y artístico, puso atención grande y especial esmero en que cada una de las invasoras tribus lograra acomodarse y fincar, sin desembolso ninguno, por supuesto, en región semejante á la suya nativa. Los egipcios *(misr)* quedaron repartidos por la Alpujarra; y los que no cupieron allí, por la provincia de Todmir ó Murcia. A desafuero semejante, opuso, enérgico, Atanaildo lo pactado entre Abdeláziz y Teodomiro (713), con la sanción del califa Suleimán (715); pero el soberbio y desvanecido gobernador le multó, como á irrespetuoso y desobediente, en más de dos millones de reales. Por fortuna, las huestes de siros que arribaron dos años antes con el caudillo Balch para atacar el desenfreno de los berberíes, hácense campeones del derecho, y en horas todo lo preparan, de suerte que Atanaildo vuelve á la gracia de Abuljatar y sube á mayor grandeza todavía. No descuidó el príncipe godo enviar sus mandaderos al califa Meruán pidiéndole nueva confirmación de los tratados, la cual obtuvo llena de gozo para España. Durante cuarenta y dos años ni siquiera se aflojó el menor de los benéficos lazos en esta capi-

tulación de Teodomiro, según afirma Isidoro Pacense (754); antes bien, por benignidad de los califas, vióse templada la dureza del pactado tributo (1).»

Poco se alargó el período de tranquilidad: así como la imparcialidad de Abuljatar logró la pacificación, su amor de tribu dió margen á tenaz lucha entre yemeníes y moraditas. So pretexto de que no había obrado en justicia en cierta cuestión un individuo de su tribu y otro de otra, Somail, que sentía el despecho de no haber recaído en él el nombramiento para el gobierno de Zaragoza, se unió con Tsuaba ben Yézid; hicieron

---

(1) *El Archivo*, IV, 106.—Véase ahora el texto latino, advirtiendo que transcribimos el párrafo relativo á Atanaildo y el que le precede, porque á ambos comprende la paráfrasis del Sr. Fernández Guerra. «Nomine Theudimer, qui in Hispaniæ partibus non modicas Arabum intulerat neces, et diu exagitatis, pacem cum eis fœderat habendam. Sed etiam sub Egica et Witiza, gothorum regibus, in Græcos qui æquorei navalique descenderant, sua in patria de palma victoriæ triumphaverat. Nam et multa ei dignitas et honor refertur, necnon et á christianis orientalibus perquisitus laudatur, cum tanta in eo inventa esset veræ fidei constantia, et omnes Deo laudes referent non modicas: fuit enim Scripturarum amator, eloquentia mirificus, in præliis expeditus, qui et apud Almiralmuminin prudentior inter ceteros inventus, utiliter est honoratus, et pactum quod dudum ab Abdallaziz acceperat, firmiter ab eo reparatur. Sicque hactenus permanet stabilitum, ut nullatenus á successoribus Arabum tantæ vis proligationis solvatur, et sic ad Hispaniam remeat gaudibundus.—39. Athanaildus, post mortem ipsius, multi honoris et magnitudinis habetur. Erat enim in omnibus opulentissimus dominus, et in ipsis nimium pecuniæ dispensator; sed, post modicum, Alhoozzam, rex, Hispaniam adgrediens, nescio quo furore arreptus, non modicas injurias in eum attulit, et in ter novies millia solidorum damnavit. Quo audito exercitus qui cum duce Belgi advenerant, sub spatio ferè trium dierum omnia parant, et citius ad Alhoozzam, cognomento Abulchatar, gratiam revocant, diversisque munificationibus remunerando sublimant.»

Don Emilio Lafuente (Apéndices *Ajbar*, p. 149, n.°1) y Dozy (Investig., I, 1), sustentan la opinión de que estos dos párrafos están fuera de su lugar, y que pertenecen á otro capítulo de la crónica de Isidoro de Beja, ya perdido, ó á otra crónica distinta.

prisionero, en el Guadalete, á Abuljatar, y le llevaron preso á Córdoba, en récheb de 127 (abr.-mayo 745). Abderrahmán ben Haççan logró libertar de la cárcel á Abuljatar. Cuando más inminente era una batalla, el buen sentido prevaleció sobre la pasión, y Tsuaba fué confirmado en el waliato, á fin de récheb (principios de mayo).

Tranquilo poseedor del waliato Tsuaba, su parcial Samail, con nombre de walí de Zaragoza, tomó para sí el gobierno de las provincias orientales, entre las cuales se contaba Valencia.

Ese cambio frecuente de gobernadores llegó de nuevo á cansar á los muslimes. A la muerte de Tsuaba (septiembre de 746), después de cuatro meses de anarquía, fué elegido, por consejo de Samail, en rabié segunda del año 129 (dic. 746-en. 747), Yúsuf al Fihrí.

No, por la elección de Yúsuf, se logró la ansiada pacificación. Abuljatar se sublevó, pero fué vencido, y la cabeza le fué cortada. También se rebeló Abderrahmán ben Alkama al Lajmí, el mejor caballero de España, gobernador de la frontera de Narbona, y hombre de gran esfuerzo y que gozaba de gran crédito. Todos estos alzamientos tenían su apoyo en los cristianos muzárabes (1). Los cristianos aprovecharon la interminable guerra civil de los muslimes para adelantar en su noble empresa de la reconquista. En el año 133 (750-751) eran ya de su dominio Asturias, Galicia y gran parte de León; y en el 136 (753-754),

(1) *Al Makkarí*, II, p. 16 y 17.

tros principales y 74 ciudades ó diócesis, equivalentes á otros tantos condados (1). Era natural: la inmensa mayoría de los habitantes eran todavía cristianos. En las más de las ciudades seguían los obispos renovándose. Así, en Játiba, por ejemplo, lo eran en 697, Jacobo II, que pudo ser contemporáneo con la Invasión; en 729, Pedro II; en 731, Acacio; en 803, Juliano, y en 826, Severino II (2). Ya se hará mención de un obispo muzárabe de Elche.

Tres años llevaba de gobierno Yúçuf, cuando en Oriente una revolución entronizaba á la familia Abassida (25 oct. 749). Meruán II pereció en un combate (6 agosto 750). Los Ommiadas fueron casi exterminados. Yúçuf, aunque gobernaba con independencia de los califas, aún fué confirmado por Meruán. Entonces fué cuando Amir ben Amrú, sacando partido del cambio de dinastía, solicitó del abbassida Abdallah la destitución de Yúçuf, y se apoderó de Zaragoza (754), de donde arrojó al hijo de Samail. Los capitanes de las fronteras llevaron sus banderas hacia lo interior, y toda la España oriental se perdió para Yúçuf (3).

Y ¿cuál era la situación de los muzárabes, ó cristianos que vivían entre musulmanes? Continuaron viviendo según sus propias leyes y bajo autoridades instituídas con arreglo á su antiguo código. Ejercían el poder eclesiástico superior los obispos y metropolitanos, llamados *betharcath* (patriarcas) por los mahometanos. El poder civil le tenían magistrados elegidos

(1) Gebhardt, II, 5.
(2) Boix.—*Xátiva*, Sætabis Goda.
(3) Conde, I, 38 y 40.

en conformidad con los principios del Fuero Juzgo, y conservaban los antiguos nombres de *condes*, *duques*, etcétera: conocían de las causas civiles y criminales, juzgaban á los cristianos según sus leyes, y sin intervención de los musulmanes decidían sus pleitos; ellos eran también los recaudadores de los tributos que habían de pagarse al fisco árabe y de los particulares que á sí mismos se imponían (ó para la conservación de sus iglesias, ó para atender á los gastos de muchas poblaciones exclusivamente ocupadas por cristianos), con la sola vigilancia de un alcaide musulmán (1).

Eran los dominadores muy pocos, y muy débiles á causa de su interminable guerra civil. Los cristianos eran muchos, pero dormían tranquilos, alucinados con una tolerancia hija de la necesidad. Cuando los muzárabes despertaron de su torpe sueño, era ya tarde para llevar á cabo una empresa justa que al principio les hubiera sido bien fácil realizar.

---

(1) Gebhardt, P. III, c. IV

CAPÍTULO III

FUNDACIÓN DEL EMIRATO DE CÓRDOBA

(755-787)

Abderrahmán ben Moâwiya, los hijos de Yúsuf en Valencia y Todmir, para oponerse al Omeya: Samail, vencido, huye á Todmir: último esfuerzo de Yúsuf en Lecant y Todmir.—Traslación del cuerpo de San Vicente Mártir: situación de los muzárabes en general: iglesia de los muzárabes valencianos.—Venida de Abderrahmán á Valencia: el Sekelebi en Tortosa.—Vasta conjura contra el Emir: desembarco y derrota del Eslavo.—Abderrahmán I en Denia: sumisión de Cásim el Fihrí.—Los walíes de Valencia y de Todmir juran á Hixem por sucesor de Abderrahmán: el reino de Todmir.—Un literato árabe gobernador de Alcira.

os jekes de las tribus árabes, sirias y egipcias aquí establecidas, convencidos de la inevitable ruina que, de persistir la anarquía, al Islam amenazaba en España, y sabedores de que se habia salvado de la implacable saña de los Abassidas un solo vástago de los Ommeyas, refugiado á la sazón no lejos de Ceuta, entre los zenetas, á él acudieron para que empuñara el timón de esta nave, pronta á zozobrar.

En el mes de rabié 2.ª del año 138 (1) (13 septiembre-11 octubre 755), desembarcó, en Almuñécar, Abderrahmán ben Moâwiya (2). Yúsuf, que en fin del año 137 (15 junio 755) habia, al rendirse Zaragoza, acabado con la insurrección que habia arrancado á su

---

(1) En Conde (II, 5) se lee 10 de rabié 1.ª (23 agosto); y en el *Ajbar* (apéndices, 239), á principios de rabié 1.ª ó 2.ª (agosto ó septiembre).

(2) *Ajbar*, fol. 80.

poder el ángulo nordeste y costa oriental de España, tiene noticia de la venida de Abderrahmán estando de regreso de Aragón, en Wadaramla, cincuenta millas al norte de Toledo, y se apresta á resistir al intruso (ad Daghel); para lo cual, al mismo tiempo que dió órdenes á su hijo Abderrahmán á fin de que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, y él, con Samail, allegaba gentes de las provincias de Mérida y Toledo, envió á sus hijos Muhámad, á la provincia de Valencia, y al Cásim, á la de Todmir, para que previniesen la gente de ellas y en ellas mantuviesen su partido (1). Esto es prueba, no sólo de que toda esta comarca había sido recobrada por Yúsuf, sinó de que la autonomía del estado que fundara Teodomiro, ó no existía, ó estaba ya en una dependencia lastimosa. Y esta verdad, indicada por el falsario Abulcásim y confirmada por el injustamente desprestigiado Conde, está puesta fuera de duda por el mismo Dozy (2).

El joven príncipe lleva ceñida á sus banderas la palma de la victoria. Yúsuf es derrotado, y las huestes vencedoras llegan hasta Córdoba, á la cual estrechan con apretado cerco. Solicita el Fihri el socorro de su fiel amigo Samail para hacer levantar el sitio; sábelo Aben Moâwiya, confía el mando de las tropas que circunvalan á Córdoba á Temam, y con 10.000 caballos vuela al encuentro del ejército enemigo, numeroso y aguerrido, y capitaneado, además, por caudillos tan expertos como Samail y Yúsuf. La batalla de Muzara,

(1) Conde, II, 4 y 6.
(2) *Historia*, I, 16.

dada el día de la Fiesta de las Víctimas, 10 de dilagía de 138 (14 mayo de 755), fué terrible para Yúsuf y Samail: dejaron el campo cubierto de cadáveres, y cada uno huyó por donde mejor pudo: para el occidente, Yúsuf, y para la tierra de Todmir, Samail. Córdoba abrió sus puertas á los vencedores, y al día siguiente, sábado, Abderrahmán fué proclamado emir de España. Comprendieron Yúsuf y Samail que era temeridad oponerse á la fortuna de Abderrahmán, y pactaron con él tratos de avenencia; y, concedidos, entraron juntos en Córdoba (julio 756). Para Conde, se ajustó y otorgó la avenencia el miércoles, á 2 de rabié 2.ª del año 139 (3 septiembre 756). Se retiraron los vencidos á tierra de Todmir, donde mandaba Muhámad Abulaswad, hijo de Yúsuf, y después á la de Toledo (1).

Contra el convenio celebrado, Yúsuf se rebeló el año 141 (mayo 758-759). Pudo reunir un ejército de 20.000 combatientes, de los cuales eran los más beledíes, y también algunos sirios, y luégo se corrió á la tierra de Todmir, ó de Lecant (2), donde se había hecho fuerte el principal núcleo de tropas rebeldes. Abdelmélic, general de Abderrahmán, le alcanzó, en los campos de Lorca, y Yúsuf murió cubierto de heridas y rodeado de crecido número de cadáveres. En *Ajbar* se lee que Yúsuf pudo escapar después de la derrota y que, reconocido á cuatro millas de Toledo,

---

(1) *Ajbar*, fol. 84-88.—Dozy, I, 15.—Conde, II, 6-8.

(2) Dozy traduce Fuente de Cantos (I, 16), y lo mismo el Sr. Lafuente Alcántara, en la versión del *Ajbar* (Apéndices, p. 253).

le fué cortada la cabeza. Al año siguiente, 142 (759-760), Samail murió estrangulado en la cárcel (1).

Ya apartado el peligro de dos rivales tan poderosos, hubo de defenderse contra las tentativas de los Abbasidas. Antes vamos á tratar el asunto de la traslación del cadáver de San Vicente. Al mismo tiempo que Abderrahmán, libre, siquiera sea momentáneamente, de cuidados interiores, pactaba, con ciertas condiciones, parecidas á signo de vasallaje por parte de los cristianos, en 3 de sáfer de 142 (5 junio 759), paz y seguro (2), comenzó á lanzar la máscara de tolerancia que se venía dispensando á los muzárabes. Muy dignas de consideración son las reflexiones que acerca de tal asunto hace autor cuyo entusiasmo por la causa musulmana es harto manifiesto.

«Para ser justos, debemos añadir que si esta conquista fué un bien bajo muchos aspectos, fué un mal bajo de otros. Así, el culto era libre, pero la Iglesia estaba sometida á una dura y vergonzosa servidumbre. El derecho de convocar concilios, como el de nombrar y deponer á los obispos, había pasado de los reyes visigodos á los sultanes arábigos, lo mismo que en el norte pasó á los reyes de Asturias; y este derecho fatal, confiado á un enemigo de la religión cristiana, fué para la Iglesia fuente inagotable de males, de oprobios y de escándalos. Cuando había obispos que no querían asistir á un concilio, los sultanes hacían sentar en su lugar judíos y musulmanes. Vendían la dignidad episcopal al mayor postor: de modo que los cristianos tenían que confiar sus más caros y sagrados intereses, á herejes ó libertinos que, aun durante las fiestas más solemnes de la Iglesia, concurrían á las orgías de los cortesanos árabes, á incrédulos que negaban

(1) *Ajbar*, fol. 88-91.—Conde, II, 10-12.—Dozy, loc. cit.
(2) Conde, II, 11.

públicamente la vida futura, ó á miserables que, no contentos con venderse, vendían también á su rebaño..... Desde que los árabes afirmaron su dominio, observaron los tratados menos escrupulosamente que cuando su poder no estaba aún bien establecido..... Habiendo aumentado la población de Córdoba con la llegada de los árabes de Siria, y hallándose las mezquitas demasiado pequeñas, los sirios opinaron que debía hacerse en Córdoba lo que en Damasco, en Emesa y en otras ciudades de su país, esto es, quitar á los cristianos la mitad de sus catedrales para convertirlas en mezquitas (1)..... Además, como los doctores (muslimes) enseñaban que el gobierno debía manifestar su celo religioso aumentando las contribuciones á los cristianos, tantas extraordinarias se les impusieron, que ya en el siglo IX muchas de sus poblaciones se encontraban hambrientas. En otras palabras: sucedió en España lo que en todos los países que los árabes conquistaron: su dominación, de dulce y humana que había sido en un principio, degeneró en un despotismo intolerable. Desde el siglo IX los conquistadores de la Península siguieron á la letra el consejo del califa Omar, que había dicho crudamente: «Nosotros debemos «comernos» á los cristianos, y nuestros descendientes deben «comerse» á los suyos mientras que dure el Islamismo» (2).

Los muzárabes valencianos tuvieron, como es consiguiente, la suerte que cupo á los del resto de España. El moro Rasis escribe en su crónica, que cuando el primer Abderrahmán estuvo en Valencia en 760, huyeron los cristianos de ella con el cuerpo de San Vicente Mártir, y le colocaron en el *Promontorio Sacro* de Portugal, llamado en adelante, por esta razón, *Cabo de San Vicente*. De otras dos traslaciones se

(1) Los árabes solían llamar á Sevilla *Hemesa*, y á Elbira la de Granada, *Damasco*, y á Jaén, *Quinserina*, como recuerdo de las ciudades de su patria (Conde, II, 9, nota). Por igual razón llamaron *mar de Siria* al Mediterráneo.

(2) Dozy, *Historia*, II, 2.

hace mención: al monasterio de Castres (Francia), en 855, y á Capua (Italia), en 970. Resulta, de todo esto, que, en testimonio de españoles, portugueses, franceses é italianos, se veneró en aquellos tiempos en Valencia tan sagrada reliquia. Dozy publicó un calendario arábigo-cordobés con su traducción antigua latina. Es del año 961, y está dedicado á Al Háquem II, hijo del primer califa español. Dicho calendario bilingüe prueba lo vivo que estaba el culto de San Vicente entre los muzárabes españoles de aquel tiempo, y parece insinuar que la gran fiesta (22 enero) era en Valencia.

Según parecer de uno de nuestros cronistas, que dice seguir en esto á Mármol, Béuter y otros, los muzárabes de Valencia habitaron el cuartel de la parroquia de San Bartolomé, y tuvieron por iglesia la del Santo Sepulcro, monasterio entonces de Basilios ó Benitos, y ahora parroquia de San Bartolomé (1). Más atendibles son las razones que militan en favor de que fuese templo de los muzárabes valencianos San Vicente de la Roqueta. Según Aimonio, monje de Castres, al llegar á Valencia su compañero Audaldo, encargado de retirar el cuerpo del Santo, se hospedó en el suburbio, casi abandonado por los cristianos, cuya iglesia estaba arruinada. Pero en 1172, al poner sitio á Valencia Alfonso II de Aragón, la iglesia de San Vicente aun se conservaba, pues ella, con sus *diezmos* y primicias y demás derechos, quedaba á disposición del abuelo de Jaime I. De ahí que Alfonso II

(1) Escolano, II, 15.

concediese, en octubre de 1177, al monasterio de San Juan de la Peña la iglesia de San Vicente, «que era entonces, como oportunamente apunta el P. Teixidor, la iglesia matriz y como catedral, á cuyo prelado, que es el obispo, y á su cabildo, pertenecen los diezmos.» En 1212 aun continuaba en posesión de la referida iglesia el monasterio de San Juan de la Peña; y cuando Valencia estaba en vísperas de su reconquista por los cristianos, tenían éstos su iglesia en San Vicente de la Roqueta, distante un kilómetro de la puerta más próxima, la de la Boatella, ó de San Vicente. Siendo práctica constante de los mahometanos no permitir edificación de nuevas iglesias á los cristianos, habiendo estado siempre abierta al culto la de San Vicente de la Roqueta, esa, y no la de San Bartolomé, pudo ser la de los muzárabes valencianos (1).

Digamos ahora, con brevedad, lo que acerca de una de las traslaciones leemos en uno de nuestros cronistas. Tomándolo del moro Rasis, dice que en el año 759 toda España, excepto Valencia, estaba ya avasallada al rey Abderrahmán; y para someterla, partió al frente de un grueso ejército. Temerosos los muzárabes valencianos de que el Emir repitiese aquí las profanaciones que en otros puntos habia cometido con las reliquias de los santos, trataron de poner en salvo las de San Vicente Mártir, y, al efecto, las trasladaron secretamente y por mar al Algarbe. La ciudad se le rindió, pero fué fieramente castigada por la obstinación en

(1) El Archivo, IV, 14-17. Al llegar al punto de la Reconquista, anotaremos mayores particularidades, tomadas de los *Monumentos Históricos de Valencia y su Reino* (lib. V, cap. IV).

resistir su imperio. Después de imponer á sus habitantes, en castigo, pechos y tributos, dió la vuelta á Córdoba (1).

La Poesía, que suple naturales deficiencias, las reclamadas por la severidad histórica, arrancando á la paleta de la imaginación vistosos colores, ha tomado por argumento el que acabamos de reseñar; y echando mano, con poco acierto, en verdad, de fechas, que con frecuencia suele también equivocar la Historia, nos presenta el siguiente y animado cuadro:

Corría el año 780. Ocupaban los muzárabes valencianos un barrio extremo de Valencia: agrupados vivían en torno á la iglesia del Santo Sepulcro, hoy San Bartolomé. Un domingo, después del medio día, algunos muzárabes se habían reunido en el indicado templo, como para deliberar sobre gravísimo asunto. Un decreto de Abderrahmán I ordenaba se convirtiesen los templos de Cristo en árabes mezquitas. Un venerable sacerdote, el último deán de la catedral, propone se tome el cuerpo del Santo, se le traslade al Grao y sea transportado á tierra de Asturias.

Diez ó doce días más tarde surcaba una nave el Mediterráneo, cruzaba luégo el estrecho gaditano y paraba, por fin, al pie del Monte Sacro. Allí quedaron el sagrado depósito y el deán y numerosos muzárabes de la ciudad del Turia. Levantaron un humilde templo, donde fueron instalados los venerandos restos mortales del invicto mártir, y en torno del pequeño

1) Escolano, II, 16.

templo alzaron pobres chozas que les sirviesen de rústico albergue.

Hacia el año 1112, reinando en Portugal su primer monarca cristiano, Alfonso Enríquez, un caudillo moro, Abulhassán, penetró hasta la colonia cristiana, hizo cautivos á sus míseros habitantes y hasta los cimientos arrasó chozas y templo. Entre los prisioneros que el regio lusitano nieto de Alfonso VI hizo en la famosa batalla de Campo-Ourique (25 julio 1139), contábanse algunos de aquellos infelices cristianos reducidos á cautiverio. Oyó el relato de sus infortunios conmovido el rey, y formó propósito de recoger el cuerpo del Santo. Dueño ya de Lisboa (1148), hizo por mar un paseo hasta el Promontorio Sacro, y, guiado por aquellos cristianos, descubrió, bajo bóveda cubierta de escombros, el ansiado tesoro. En 1173 fué su traslado á la iglesia mayor de la capital del reino, y tres años después se le llevó á Braga (1).

---

(1) *Tradiciones Españolas* (Bibl. Encicl. Pop. Ilustr.), I, 153-168.

El estudio sobre un sepulcro que hasta 1865 estuvo sirviendo de pila en el patio de la ciudadela de Valencia y que en la actualidad se conserva en el Museo de Pinturas de la misma, merece ser conocido, por lo que reproducimos lo que guarda estrecha relación con el asunto de la traslación de los restos del invicto mártir.

«El sepulcro es de piedra y afecta la forma de una caja rectangular, sin tapa, con las siguientes dimensiones, que bastan, por sí solas, á determinar el carácter sepulcral del monumento: longitud, 1'91 m.; latitud, 0'63, y profundidad, 0'57.

»Aunque carece de inscripción, puede también precisarse su carácter cristiano, por los símbolos que en el frontis ostenta esculpidos, tales como el crismón, que representa la persona de Cristo; la cruz, por la muerte y martirio; la láurea, por la victoria; las palomas, por el dolor de los vivos; el

La venida de Abderrahmán á Valencia fué en el año 768. Tranquilo ya de los cuidados que le dieron Yúsuf y sus hijos, pues las rebeliones de éstos, en 760, 762 y 766, fueron ahogadas en sangre, causáronle continuo malestar las tentativas de los Abassidas, para

---

ciervo, por la humildad, y el cordero, por la redención. El primero de ellos, ó sea, el monograma de Cristo, no se ha hallado en ningún monumento gentílico, á no haber sido superpuesto, porque forma parte de la composición.

»No se necesitan grandes conocimientos arqueológicos para referir, desde luégo, este sepulcro cristiano á la época romana: su estilo no deja lugar á duda; y fácil es hallar similares que lo comprueben en cualquiera de las importantes colecciones que dan á conocer los sepulcros de este género, muy en particular los hallados en las catacumbas de Roma.

»Lo que importa es averiguar la fecha del monumento: y ésta ha de ser determinada por los símbolos que aquél lleva esculpidos. El crismón afecta una forma característica de los siglos III y IV; la cruz latina fué de rarísimo uso en los monumentos anteriores á Constantino, y la sencilla composición del dibujo no prevaleció muchos años después de la paz dada á la Iglesia por este Emperador. Con tales datos, que se desprenden del estudio comparativo de otros sepulcros de indubitada fecha, podemos reducir la del que ahora nos ocupa, á fines del siglo III, ó principios del IV.

»Pero hay probabilidades todavía de mayor precisión. Los cristianos de Valencia fueron indudablemente los que ejecutaron esta monumental obra, puesto que su magnitud, peso y olvido en que estuvo, obligan á rechazar la idea de que fuese modernamente importada de muy distinto lugar. Ningún indicio hay que permita reconocer la existencia de cristianos en Valencia antes del siglo IV. Nuestra ciudad, como importante colonia romana que era, se inspiraba en los mismos sentimientos paganos del Imperio: no han quedado restos ni memorias de catacumbas; sufrieron persecución los cristianos en el año 304, y no pudieron practicar una decente sepultura hasta la paz dada por Constantino en 312, según afirma el inmortal poeta Aurelio Prudencio. Ahora bien: ¿puede admitirse que antes de esta última fecha labraran tan ostentoso sepulcro? En manera alguna: y he aquí, por consiguiente, fijado el origen de éste en los primeros años de la paz cristiana.

»Lo notable es que á ninguno de nuestros historiadores, eclesiásticos y profanos, antiguos y modernos, haya llamado la atención un testimonio de semejante importancia, cuando tanto y con tal calor se ha defendido la autenticidad de otros coetáneos.

»Tan espléndida sepultura debió estar destinada á contener los restos mortales de algún cristiano esclarecido y eminente en virtud ó en jerarquía. No se

quienes Abderrahmán era *ad Daghel*, un intruso. Diez gruesos bajeles, en los cuales venía el caudillo Abdallah ben Habib el Sekelebí, aportaron á la desembocadura del Ebro al principio del año 151 (en.-feb. 768). Los alcaides de la comarca de Tortosa dieron aviso al

---

sa be que en aquella época hubiese obispos en nuestra ciudad ni que floreciese algún santo ni algunas de esas eminencias que dejan siempre en la historia la huella de su paso. Pero ¿á qué otro pudieron dedicar los cristianos de Valencia sus primeras prodigalidades sino al invicto mártir San Vicente, pasmo y admiración de toda la cristiandad? ¿Qué otro sepulcro puede ser éste que el mencionado por el príncipe de los poetas cristianos en su inspirado himno al glorioso diácono? Esto es tan lógico y natural, que lo único de extraño es que nadie haya pensado en semejante probabilidad.

»Dicen las actas, que los fieles de nuestra ciudad sepultaron en la arena, y con sigilo, el cuerpo de San Vicente Mártir, adornando de continuo con flores aquel lugar, para distinguirlo en todo tiempo; y que, obtenido el triunfo por Constantino, construyeron una espléndida sepultura, sobre la cual levantaron sagrado altar y su correspondiente basílica, cuyo emplazamiento corresponde á la actual iglesia denominada de San Vicente de la Roqueta.—La veneración que en tiempo de los árabes dieron los cristianos al sagrado cadáver, se revela por las siguientes palabras del moro Rasis: «E quando él (Abderrahmán) entró en Valencia, tenien y los christianos que y moravan un cuerpo de un hombre que habíe nombre Veceinte e honrávanlo como si fuese Dios. E los que tenien aquel cuerpo, facien creyente á otra gente, que facíe ver los ciegos, e fablar los mudos e andar á los zopos.»

»Pero el temor de que el citado Abderrahmán se apoderase de él, obligó á los cristianos á extraerlo furtivamente de la ciudad, quedando, por consiguiente, vacío el sepulcro desde el siglo VIII, en que se verificó esta traslación; pues no es posible suponer, dadas aquellas circunstancias, que los devotos cristianos llevaran también consigo, en tan largo viaje, la monumental sepultura.

»Cuando Jaime I conquistó á Valencia, puso un especial cuidado en sustituir la antigua iglesia que contuvo los restos del santo mártir, con otra más suntuosa. Después sufrió el edificio diversas restauraciones, y modernamente fué demolido en parte para regularizar la calle. En alguna de estas obras debió ser trasladado el venerado sepulcro al no muy distante lugar que ocupó en la ciudadela» (1).

(1) *El Archivo*, I, 314-316, tomado de *Las Provincias*, diario en cuyas columnas publicó el trabajo don José Martínez Aloy.

walí de la ciudad, y éste, á los gobernadores de Tarragona y Barcelona. Al tener noticia del desembarco Abderrahmán, seguido sólo de sus caballos zenetas y de los wazires y caudillos que se hallaban en Córdoba, partió hacia tierra de Todmir y de Valencia, engrosando, al paso, su hueste. Antes de llegar el Emir á Valencia, supo que el ejército rebelde que había desembarcado en los Alfaques había sido roto y disperso por el walí de Tortosa, y que los africanos vagaban por los montes, por no haber podido reembarcarse, pues las naves habían sido incendiadas por la flota salida de Tarragona. Quiso el Emir, no obstante las halagüeñas noticias, proseguir su marcha, por visitar las ciudades que tan buen servicio le habían hecho. Así lo hizo: fué á Tarragona y á Barcelona, y por Huesca, Zaragoza y Toledo volvió á Córdoba, siendo el día de su entrada en ella día de gran fiesta (1).

Desde los montes de Afrank hasta las costas de Andalucía púsose en conmoción la España oriental diez años después. Uno había transcurrido desde que Abderrahmán sofocara, como él sabía hacerlo, una insurrección abortada estando él en Badajoz, cuando en Todmir se levantó Abderrahmán ben Habib el Fihrí, llamado el Eslavo, quien escribió á Suleimán el Arabí, de la tribu de Quelb, que estaba en Barcelona, invitándole á que abrazase su causa. Contestóle bien Suleimán; pero, en vista de que éste retrasó el auxilio prometido, el Eslavo le atacó, bien que con mala ·rte, pues fué vencido y obligado á retirarse á

) Conde, II, 18.

Todmir, adonde el Emir acudió y asoló su comarca. Un traidor, natural de Oreto, asesinó después al Fihrí (1).

No fué éste un movimiento aislado, sinó que tenía grandes ramificaciones, y que, á no haberse descubierto el plan, hubiese, de un solo golpe, acabado con el poderío de Abderrahmán ben Moâwiya. Los miembros de la conjura eran los ya dichos Suleimán ben Yacdhan el Arabí, gobernador de Barcelona, y Abderrahmán ben Habib, yerno de Yúsuf el Fihrí, apellidado el «Eslavo»; además, Muhámad Abulaswad, hijo de Yúsuf, que muchos años había estaba encerrado en una cárcel de Córdoba. Descuidaron los guardas y carceleros su custodia y, compadecidos, le permitieron gozara de la luz del sol. Fingióse ciego, y pudo engañar á sus guardianes. Muhámad aprovechó el descuido, y, en inteligencia con sus parciales, pasó el Guadalquivir á nado, y, en caballos que le tenían preparados, llegó sin obstáculo á Toledo (2).

Los tres caudillos marcharon á Paderborn (777), residencia de Carlomagno, y le propusieron una alianza contra el emir de España. El Emperador franquearía el Pirineo con numerosas tropas; el Arabí y sus aliados le reconocerían por soberano, y el «Eslavo», reclutadas tropas berberiscas en África, las conduciría á la tierra de Todmir y secundaría el movimiento del norte enarbolando el estandarte del califa abassida, aliado de Carlomagno.

(1) *Ajbar*, fol. 94-95.
(2) Dozy, *Historia*, I, 16.—Conde, II, 21.

Conde refiere lo que Dozy confiesa ignorar, ó sea, la parte de España en que debía operar Muhámad el Aswad. El fuego de la rebelión se inició en las sierras de Cazorla y Segura. En ellas se desplegaron las banderas de los Fihríes, á cuya sombra se recogieron 6.000 soldados aguerridos y bien armados. Al mismo tiempo que Abderrahmán salía de Córdoba contra los rebeldes, avisó á los walíes de Todmir y de Jaén, para que fuesen á deshacer las taifas de enemigos. El incendio se propagó á la serranía de Ronda, en la cual andaba Cásim, otro hijo de Yúsuf, y en los montes de Jaén, el caudillo Hafila. Sin resultado decisivo se prolongó por mucho tiempo esta guerra.

El «Eslavo», siguiendo el plan acordado, desembarcó, con un ejército berberisco, en la tierra de Todmir. Pidió socorros al Arabí, y éste, sin negarlos, contestó que su acción se reduc 1 á obrar en combinación con Carlomagno, que no nabía atravesado aún el Pirineo. El no extinguido odio entre fihritas y yemenies recrudeció de nuevo. Culpáronse de traición el «Eslavo» y el gobernador de Barcelona; salvó el desembarcado en Todmir la distancia que los separaba, y en el encuentro fué derrotado el caudillo del ejército berberisco, que se retiró á la tierra de Todmir. Poco después, la traición, comprada, tal vez, por Abderrahmán, le libraba de aquel enemigo.

Tampoco tuvo mejor resultado la tardía venida de Carlomagno. Su retirada por Roncesvalles es famosa, ıes los vascos probaron una vez más que no impuemente se cruzan en són de guerra sus desfideros.

Aconsejaban á Muhámad Abulaswad sus parciales, que se entregase á merced del Emir, que le pidiese perdón y excusase su fuga de Córdoba. Muhámad contestaba que una fuerza secreta se lo impedía. Suplicáronle que si la batalla se empeñaba, que, al menos, se pusiese en salvo apelando á la fuga. Dos días después, ó sea el 4 de rabié 1.ª de 168 (24 septiembre 784), por traición del que mandaba su ala derecha, 4.000 de sus compañeros sirvieron de pasto á los lobos y á los buitres junto al Guadialhamar. Un año más tarde murió Muhámad en Alarcón (1).

Aun quedaban Cásim, el hijo menor de Yúsuf, y Hafila. Sosteníanse en la tierra de Todmir, y Abderrahmán acudió á apagar aquel fuego. La persecución activa de los walíes de aquella región dió por resultado que Cásim cayera prisionero. Visitó el Emir el castillo de Segura, especie de ciudad inaccesible edificada en la cumbre de un monte de cuya raíz nacen dos ríos tan caudalosos como el Guadalquibir (el Río Grande) y el Guadalabiad (el Río Blanco), el antiguo Táder, el actual Segura. Éste bañaba, por último, la población Almodwar. Desde Segura pasó Abderrahmán á Denia, y allí le fué presentada la cabeza del infortunado Hafila. Se trasladó á Lorca, después á Murcia, donde se detuvo algún tiempo, y, por último, á Córdoba, en la cual hizo su entrada corriendo ya el año 170 (jul. 786-jun. 787). A los pocos días de llegar á la capital, le presentaron cargado de cadenas el hijo menor de Yúsuf. Abderrahmán, considerando la incons-

(1) Dozy, loc. cit.—Conde, II, 22.

tancia de la suerte humana, le miró con ojos de lástima, pues de su natural era compasivo. Cásim imploró perdón y besó, en señal de humildad, la tierra á los pies del Emir, y éste mandó le quitasen los hierros. Cásim, á quien Abderrahmán dió largas posesiones en tierra de Sevilla, se mantuvo siempre en obediencia á su bienhechor (1).

Al fin del año 170 (junio de 787) hizo Abderrahmán se congregasen en Córdoba los walíes de las seis provincias, Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia, los gobernadores de las doce ciudades principales y los veinticuatro wazires de éstos, para que prestasen juramento de fidelidad á su hijo Hixem como sucesor del imperio. La postergación de que fueron objeto Suleimán y Abdallah, hermanos mayores de Hixem, fué causa de larga guerra civil que tuvo, en parte, por teatro la región de levante. Pocos días después de la jura, partió el Emir á Mérida, y allí bajó al sepulcro el 22 de rabié 2.ª del año 171 (10 octubre 787) (2).

Las fáciles entradas y salidas de los musulmanes en armas en la tierra de Todmir, suponen que el reino que aun se conservaba en tiempo de Isidoro de Beja (754), había dejado de existir. Presúmese que Atanahildo, ó sus sucesores, se entendieron con los señores de España. Al detenerse el célebre Almanzor en Murcia cuando su expedición á Cataluña (985), se hospedó en casa de Aben Khattab, ya fuese simple particular,

1) Conde, II, 23.
2) Conde, II, 24. En Casiri (II, 33) se lee que Hixem sucedió á su padre año 172, ó sea, el 30 de septiembre de 788.

ya tuviera el cargo de cáhdi. Las propiedades del murciano eran grandísimas, y sus rentas, enormes. Cliente de los Omeyas, procedía probablemente de origen visigodo; y, acaso, descendía de Teodomiro. En tiempo de Aben al Abbar (siglo XIII), los Beni Khattab se suponían árabes; pero sus antepasados del siglo X no pensaban aún en arrogarse semejante origen (1).

El primer literato árabe de quien sepamos floreció en nuestro país, fué Rhatis ben Solimán ben Abdelmélic Abu Solimán, al cual dedica elogios Aben al Abbar. Según Rasis, entró en España con Abderrahmán ben Moâwiya; fué gobernador de Alcira y Cabra, y luégo tuvo con el mismo emir la dignidad de wazir (ministro). Reinando Hixem, con quien tuvo igual cargo, bajó al sepulcro (2).

(1) Dozy, *Historia*, III, 10.
(2) Casiri, II, 33-40.

CAPÍTULO IV

GUERRAS DE SUCESIÓN

(787-852)

Rebelión de Zaid ben Hozain ben Yahya el Ausari: muerte del wali de Valencia: muerte de Zaid.—*Primera guerra de Sucesión:* derrota de los principes rebeldes: Abdallah el Valenciano.—Enseñanza obligatoria del idioma y escritura árabes á los muzárabes.—*Segunda guerra de Sucesión:* retiranse hacia Todmir los rebeldes: su derrota, y muerte de Solimán: refúgiase Abdallah en Valencia: honrosas condiciones de paz.—*Al Háquem I en Valencia.*—El reino de Todmir islamizado.—*Tercera y última guerra de Sucesión;* vése obligado Abdallah á correrse á tierra de Todmir y encerrarse en Valencia: sitiala Abderrahmán II: la mezquita de Bab Todmir: generosidad del Emir, y terminación de la guerra: Abdallah, señor de Todmir: supuesto origen de Gandia.—*Despotismo de los Emires:* las madrisas ó escuelas públicas: la circuncisión obligatoria á los muzárabes.



CON preferencia á Conde, hemos venido utilizando los trabajos de su impugnador Dozy (1). El carácter propio de las obras de ambos autores nos pone en el caso de alterar el orden en aquella preferencia. Dozy es tan propenso á generalizar, á remontarse á las regiones de la filosofía de la Historia, como Conde lo es á no despreciar los más menudos detalles; y nosotros necesitamos en adelante más de éstos que de las consecuencias que el autor holandés deduce de premisas no siempre bien sentadas. Con este procedimiento, fácil es obte-

(1) Hoy, sin embargo, está ya comprobado que es calumniosa la especie que fuera Conde un falsificador. Cotejados sus manuscritos con los origiles de que se sirvió, se ha observado entre ellos la más exacta conforlad.

ner un instrumento acomodaticio, fácil es desnaturalizar los hechos, tergiversar conceptos, revestirlos con ropaje que no es el suyo propio. A pesar de la mal disimulada inquina que ya desde las primeras páginas descubre el arabista holandés contra ciertas cosas, á las cuales, ó no ha comprendido bien, ó á sabiendas las calumnia, no renunciamos en absoluto á utilizar su valioso concurso, echando mano de los materiales que él aporte y en la medida que la oportunidad y la prudencia de consuno aconsejen.

Desde Mérida se trasladó Hixem á Córdoba, y, obligado del comportamiento dudoso de sus hermanos Solimán y Abdallah, walíes respectivos de las provincias Toledo y Mérida, fueron sus primeras medidas ordenar á los gobernadores y cadhíes se tratara á sus hermanos como rebeldes. Entonces se reprodujo un fuego que equivocadamente se consideraba ya extinguido.

En el último capítulo se habló de la parte que en los sucesos de allende el Ebro tuvo Abderrahmán ben Habib el Fihrí, llamado el Eslavo, que desembarcó con un ejército en la tierra de Todmir. Disgustados entonces el Arabí y el Eslavo, llegaron á las manos, y la fortuna no sonrió al último, el Fihrí. Inconstantes en sus odios y amistades, por subordinar sus actos á las necesidades del momento, pactaron luégo alianza, y juntos se alzaron con Zaragoza contra Abderrahmán ben Moâwiya. Contaban con el apoyo de Carlo Magno, y contra él, como contra el Emir, lucharon después cuando uno y otro intentaron arrebatarles la presa. La ambición de Al Hozain no consentía compañero en el

mando, é hizo asesinar en la mezquita y en viernes á su consocio Al Arabí. Si bien Carlo Magno se había visto obligado á retirarse de los muros de Zaragoza con las manos vacías, el Emir apretó tanto á Al Hozain, que éste pidió la paz, y le fué concedida, entregando en rehenes á su hijo Zaid.

Era Zaid de ánimo no apocado y mañoso, y tuvo trazas para huir y reunirse al día siguiente con su padre, que se rebeló de nuevo en Zaragoza. Combatida ésta otra vez por el Emir, á tanta estrechez se vió reducida, que sus moradores imploraron la clemencia del soberano y le entregaron el rebelde, quien pagó con su cabeza el haberlo sido del motín (1). El hijo Zaid, que vivía retirado en Murviedro, deseoso de llevar adelante la bandera de la rebelión, aprovechó la guerra de sucesión, muerto el primer Omeya; hizo un llamamiento á los yemeníes, á quienes había favorecido, y, con el auxilio de tales tropas, fué á Tortosa, se apoderó de la ciudad y destituyó á su gobernador, Yúsuf el Keicí.

Apenas tuvo noticia de ello Hixem, dispuso que el walí de Valencia corriese á Tortosa para sofocar la insurrección. Reunió el walí la caballería de la ciudad y, al paso, recogió la de Murviedro y la de Nules. No esperó Zaid llegasen á Tortosa las tropas enviadas contra él: salió á su encuentro, y en la empeñada lucha que se trabó, fué derrotado y hubo de apelar á la fuga, si no fué esto una de tantas estratagemas que fácil-
:nte discurría su astucia. Lo cierto es que tras las

(1) *Ajbar*, fol. 96 y 97.

vencidas tropas de Zaid se precipitó el wali de Valencia, y cayó en una emboscada. De ambas partes fué grande la matanza, pero el daño que los valencianos padecieron fué mayor, por cuanto su gobernador quedó muerto en el campo de batalla, y ellos, diezmados y abatidos, hubieron de replegarse al punto de donde habían salido.

Dícese por unos, que el walí muerto se llamaba Muza ben Hodeira el Keicí, y que esta triste jornada ocurrió en el año 172 (jun. 788-may. 789). Dícese más: que, avisado del desmán el rey Hixem, para cortar el ánimo y osadía á los rebeldes, encargó á los walíes de Granada y de Murcia que enviasen sus gentes á Valencia y que, unidos á su nuevo gobernador, Abú Otmán, escarmentasen á los rebeldes. En el año 174 (mayo 790-791), Abú Otmán venció á Zaid, el cual murió en la batalla, y su cabeza, enviada á Córdoba, fué mandada poner por Hixem en un garfio del muro.

Barcelona, Huesca, Tarazona y Zaragoza, que se habían sublevado, abrieron sus puertas. Agradeció Hixem los buenos servicios del gobernador de Valencia, y le mandó esperase en los montes de Afranc, adonde se le enviarían refuerzos. Coincidió con tan próspera campaña la terminación de la guerra provocada por los hermanos del Emir (1).

Casiri habla de ésta: «Abdallah ben Abderrahmán ben Moâwiya, más conocido por *el Valenciano*, se

(1) Abu Alcatir, VI, 80-81.—Aben Adharí.—Al Makkarí.—Conde, II, 25-27.—Las dos primeras citas están tomadas de la *Historia de Sagunto*, por don Antonio Chabret, I, 158-159.

apropió, muerto su padre, el principado de Valencia. A esta ciudad se retiró, reducido por Hixem y renunciados los derechos de aquél al trono. Renovada la disensión, huyó á Toledo, donde su hermano Solimán se habia rebelado. Vencidos los dos, fueron enviados al África, é Hixem, gozando ya de tranquilidad, consagró sus afanes á la buena administración de sus estados y á la propagación de su imperio, hasta que, después de un reinado de siete años, nueve meses y dieciocho días, murió en el de la Hégira 180 (mar. 796-797) (1).»

Clara ya y manifiesta la rebelión de sus hermanos, mientras Abdallah se encargó de conservar á Toledo, Solimán salió á oponerse al Emir, que desde Andalucía acudía á apagar aquel incendio. Solimán fué vencido en Hisn Bulche (?), y obligado de los campeadores de Córdoba, se replegó á tierra de Todmir el año 173 (may. 789-790). Defendíase con tesón en Toledo el Valenciano; pero, al ver que su hermano Solimán no le auxiliaba y que la plaza tenía apurados todos los medios de defensa, él mismo, disfrazado, fué á Córdoba y se entregó en brazos de Hixem. El Emir le concedió que pudiese morar en una casa, situada en ameno sitio y en las cercanías de Toledo. No faltaba sinó reducir á Solimán, que andaba en tierra de Todmir levantando los pueblos y allegando gentes. Acudió con buen ejército Hixem y confió la vanguardia á su hijo el joven é impetuoso Al Háquem. Éste sorpren-(, en los campos de Lorca, al ejército de Solimán

Casiri, II, 33.

en ocasión de hallarse este príncipe ausente. Las tropas rebeldes fueron vencidas antes de que pudiese acudir el ejército de Hixem. Recibida por Solimán la inesperada noticia del desastre de sus armas, después de vacilar acerca de la resolución que tomaría, emprendió la marcha hacia Denia. En las cercanías le alcanzaron los campeadores de su hermano, y se entró en Alcira, «Gezira-Xúcar, lugar fuerte y rodeado del río.» Escribió á Hixem le recibiese en su gracia con iguales ú otras condiciones que á Abdallah. El Emir se holgó mucho de este allanamiento, y concertaron: que Solimán viviría en Tánger ú otra ciudad de Almagreb, y que con el producto de sus posesiones de España podría adquirir otras en Berbería. Dícese que de Hixem recibió, por sus posesiones, sesenta mil mitcales ó besantes de oro. La avenencia se concluyó el mismo año en que Abú Otmán, el walí de Valencia, venció al rebelde Zaid ben Husein, ó sea, en 174 (may. 790-791 (1).

Casiri, tomándolo de Aben al Abbar, encarece la buena administración á que Hixem I se consagró ya tranquilo de la guerra que le habían suscitado sus hermanos. Fué, pues, una de sus medidas, poner en Córdoba y en otras ciudades de España enseñanzas de la lengua arábiga, y obligar á los cristianos á que no hablasen otra ni escribiesen con caracteres latinos (2). Esa disposición dictatorial y atentatoria á derechos que estaban al amparo de pactos solemnes, no sabe-

(1) Conde, II, 26.
(2) Idem, II, 29.

mos haya arrancado censura alguna al profesor de Leiden, así como tiene calificativos los más duros contra los Concilios Toledanos, por las disposiciones contrarias á los judíos. Tampoco se han fijado en ella los que condenan la pragmática dada en 1566 por Felipe II contra los moriscos, cuando no hizo sinó imitar el ejemplo que ocho siglos antes le diera Hixem I. De la ley en cuestión habla el historiador arábigo Abu Meruan ben Haiyan, dictada contra millones de españoles, cuando la de los Concilios sólo abarcaba á algunos miles de judíos, y la de Felipe II, á pocos más moriscos ya familiarizados con el idioma y caracteres españoles, por el trato frecuente con los cristianos. Cristianos y musulmanes obraron como acostumbran todos los pueblos: fueron tolerantes mientras no echaron profundas raíces en el país conquistado; fueron tiranos y opresores, cuando contaron con fuerzas para imponer su idioma y creencias: aspiraron á esto mismo, porque la unidad nacional es difícil de conservar donde no hay unidad religiosa, á menos que el escepticismo sea el virus que corroa las entrañas del país.

Toda opresión provoca levantamientos: la de Felipe III dió margen á la sublevación de los moriscos; la de los Omeyas causó la insurrección de los *mulados* ó renegados. Hixem I murió el 12 de sáfer del año 179 (7 mayo 795).

Dos días después fué aclamado por rey su hijo Al ıquem, apellidado Al Mudhaffar (Vencedor feliz y ›rtunado). No fué más afortunado ni más feliz, ›pero, que el padre ni el abuelo, en cuanto á las

pretensiones de sus tios Solimán y Abdallah. Ni el uno ni el otro se lanzaron á la lucha sin probabilidades de buen éxito.

Abdallah no reparó en aliarse con Carlo Magno. En los Anales de Eginhardo se lee que en el año 797, de regreso el Emperador á su palacio de Aix, recibió en él á Abdallah, sarraceno, hijo del Emir Aben Moâwiya, que venia de África. Como Abdallah vivia, con arreglo á la paz que puso fin á la guerra con Hixem, en la Península, su venida de Mauritania, para lo cual no estaba facultado, supone que su ida allá lo fué en secreto y para tener inteligencias con su hermano mayor Solimán, que vivia en Tánger desde 790. Carlo Magno recibió allí á un embajador de Alfonso II el Casto, rey de Asturias y de Galicia, y después de la entrevista que celebró con sus hijos Pepino y Luis, envió éste á la Aquitania, y con él mandó que fuese el sarraceno Abdallah, quien después, como él mismo deseaba, fué puesto en España y en manos de hombres que eran de su confianza (1).

Como se ve, los pretendientes no se aventuraron á una intentona, sin seguridad de que Al Háquem se veria envuelto en tales dificultades de que no saldria bien librado. Mientras que Abdallah excitaba á la rebelión á los pueblos de las provincias Toledo, Todmir y Valencia, que no respondieron mal, pues, particularmente, en la última contaba con numerosas simpatías; Solimán, que habia con sus grandes riquezas logrado reunir en Tánger un buen ejército, desembarcaba en

(1) Eginh. Annal., ad ann. 797.

España, como es natural, allí donde tenía más partido, probablemente en Valencia y Denia; y, como hijo mayor de Abderrahmán ben Moâwiya, se proclamó emir. A marchas forzadas corrió á Toledo, y se unió á su hermano Abdallah.

No intimidó al Emir el porvenir incierto de una guerra larga, peligrosa y sangrienta, y marchó hacia Toledo. En sus inmediaciones estaba, cuando le llegó noticia de que la provincia Sarkosta se le había sublevado: ya se tocaban las consecuencias de la entrevista que en Aix había tenido Abdallah con Carlo Magno; y, como este peligro era mayor que la insurrección de sus hermanos, con ser ésta tan grave, envió á uno de sus mejores caudillos á que reforzase al walí de Zaragoza. Esto sucedió entrado el año 181 (mar. 797-feb. 798). Como los walíes del país comprendido entre el Ebro y los Pirineos estaban acostumbrados á vivir con cierta independencia, seguían la política de inclinarse al bando que les ofrecía mayor seguridad para conservarse en sus gobiernos; y, al presumir que entonces no saldría bien Al Háquem, todos se declararon contra el Emir. Penosa impresión causó en éste la noticia, dejó algunas tropas que mantuviesen el sitio de Toledo y partió hacia la España oriental con la flor de su caballería.

La ausencia del Emir facilitó que el ejército de sus tíos se acrecentase con numerosos voluntarios que de Valencia y de Todmir les acudían. Pueblos y comar-
.. enteras se adherían á su bando. Había frecuentes
nbates con los walíes de Mérida y de Córdoba, pero
eran decisivos. En tanto, la campaña de Al Háquem

habia tenido feliz resultado; y, dominada la España oriental, lo cual le valió el título de *Almudhaffar* (Vencedor feliz y afortunado), volvió á Castilla seguido de aguerridos soldados, acostumbrados á las penosas fatigas de la guerra y que, en punto á valor, podían competir con los mejores soldados del mundo. Desde entonces mejoró la suerte de las armas contra sus tios: los venció y echó de tierra de Toledo, y los obligó á retirarse á tierra de Todmir y de Valencia. Esto ocurrió el año 183 (feb. 799-800).

Entrado el año siguiente (feb. 800-en. 801), llegó con poderoso campo á la tierra de Todmir el emir Al Háquem, y estando en Chinchilla, recibió la satisfactoria nueva de que Toledo se habia rendido á las tropas leales, parte de las cuales acudió á reforzar el ejército de Al Háquem. Así y todo, todos sus esfuerzos sólo alcanzar lograron durante algunos meses contener, mas no vencer, al partido de sus tios, con los campeadores de uno de los cuales, Solimán, sostuvo algunas escaramuzas. Aquella situación no podia prolongarse, y ambos contendientes se resolvieron á fiar al resultado de una batalla general el desenlace de aquella guerra.

Movió su cuartel general de Chinchilla el Emir, y como de común acuerdo se trabó largo combate, pues que se mantuvo por espacio de tres dias, y muy encarnizado, ya que el campo, para alegre pasto de aves y carnívoras fieras, quedó sembrado de cadáveres. Peleábase con tesón por uno y otro campo, pero la suerte de la victoria permanecía sin inclinarse á ninguno de los dos ejércitos. Á la tarde del último dia,

el primer cuerpo de ejército de Solimán fué desbaratado, á pesar del valor que dicho príncipe y su hermano Abdallah desplegaron, demostrando que no en vano corría por sus venas sangre de Abderrahmán ben Moâwiya. Solimán acude á rehacer sus desordenadas tropas; se opone al avance de sus enemigos, y él solo restaura el equilibrio de fuerzas. Corre entonces á su lado *el Valenciano*, que aquellos momentos eran supremos. Ebrio de furor Al Háquem al observar que un puñado de valientes es el único obstáculo que impide la marcha al carro de la victoria, antes declarada á su favor, pónese á la cabeza de sus terribles zenetas y acomete desesperadamente al núcleo en que sobresalen las interesantes figuras de sus tíos. En momento tal, una flecha atraviesa el cuello de Solimán, quien cae del caballo y es atropellado y muerto por su propia caballería. Abdallah, que presencia el contratiempo, desespera del triunfo; es arrastrado por sus vencidas huestes, y el campo fué teatro de la más horrible matanza.

Sobrevino la noche, que puso tregua á tanta desolación, y facilitó al príncipe rebelde la retirada á los montes; se corrió hacia Denia, y no paró hasta refugiarse entre sus entusiastas valencianos. Contaban los vencedores con que al alumbrar la nueva aurora completarían su obra; mas apareció el siguiente día, y sólo reinaba el silencio de los muertos. Mostraron alegría, porque el anterior triunfo no le adquirieron á poca ›sta. Mayor contratiempo habían experimentado los ›ntrarios: entre los cadáveres se descubrió el del tío l Emir. Amargo desconsuelo se apoderó de Al Há-

quem al contemplar tan triste trofeo: derramó sobre él abundantes lágrimas, y no alzó de allí el campo hasta darle honrosa sepultura.

No era menguada la hueste que con Abdallah se había metido en Valencia, donde era muy amado. Comprendieron sus habitantes que era temeridad oponerse á la feliz estrella del Emir, y exhortaron al príncipe rebelde á que entrara en avenencia con el sobrino. Él, por evitar á la ciudad las calamidades que de continuar la guerra la amenazaban, sacrificios inútiles además, envió sus mensajeros á Al Háquem ofreciendo desistir de sus pretensiones, quedar á merced del Emir y pasar á vivir en Africa ú otro cualquier sitio. Y, como en el soberano había interés en que la guerra acabase aquel mismo año, otorgó la paz con estas condiciones: que Abdallah morase donde quisiera y le entregara en rehenes sus hijos.

La caballerosidad del vencedor para con el vencido, hacia quien sentía entrañable cariño, por el gran parecido que tenía con su padre, se demostró con permitirle viviese en alguna casa de campo en Valencia ó en Todmir, y señalarle de rentas mil mitcales al mes y cinco mil al fin de cada año. Perdonó, además, á todos los jekes y wazires que habían seguido la parcialidad de sus tíos, y, amén de hacer merced á todos los caballeros africanos que del ejército rebelde quedaban, admitió á no pocos en su guardia. Abdallah pasó á Tánger, trajo á sus hijos Esfâh y Cásim y los entregó al Emir, que los recibió con señaladas muestras de amor y dió al mayor por esposa á su propia hermana, Al Kinza (el Tesoro), cuyo nombre cuadraba

con sus recomendables dotes, pues era discreta y hermosa.

Terminadas felizmente estas guerras, Al Háquem hizo en Córdoba su triunfal entrada en fin del año 184 (enero de 801) (1).

Es notable la conformidad que con la relación de Conde guarda la de Escolano: «Á los principios (del reinado de Aljatan), pasaron de Berbería, donde se habían entretenido, sus dos tíos, Suleimán y Abdalla, con grande favor de alárabes y africanos, á hacerle guerra. Abdalla se apoderó de todo el reino de Valencia: desde ella salían á correrle la tierra al sobrino. Suleimán se metió en el de Toledo, y acabó con los toledanos, que tomasen su voz y matasen á los de Aljatan. Mas Aljatan le vino á buscar y le venció en batalla; y, quedándose Abdalla por rey de Valencia, se le rindió é hizo su vasallo. En conformidad de las paces, embió sus hijos á la corte de Córdoba por que se criasen en ella, y casó el uno con una hermana de Aljatan... Fué tratado que Abdalla (Valentín, señor de Valencia) se quedase con título de rey, y que le diese Aljatan tanta tierra en el contorno de Valencia, que le pudiese rentar diezisiete mil morabatines» (2). Tampoco disuena la relación que con el laconismo acostumbrado hace Casiri, siguiendo á nuestro paisano Aben al Abbar: «Llegada á oídos de Solimán y de Abdallah la nueva del fallecimiento de Hixem, con crecida flota surcaron el mar y disputaron el trono á

1) Conde, II, 30 y 31.
2) Lib. II, cap. 16.

Al Háquem. En combate que sostuvieron por espacio de tres días, Solimán fué muerto; y Abdallah emprendió la fuga con las tropas africanas y se retiró á Valencia» (1).

Incansable el Emir, partió á las fronteras de Afranc (Francia), pues los cristianos llegaban en sus algaras hasta Tortosa. Después de siete meses de sitio, Barcelona cayó en su poder en fin del año 185 (enero de 802). Entró en Zaragoza y en Pamplona, ocupó á Huesca, por las riberas del Ebro bajó hacia Cataluña, recobró á Tarragona, y cerca de Tortosa derrotó al traidor Bahlul. Aseguradas las fronteras, vino por Tortosa á Valencia; y por Játiba, Denia y Todmir se restituyó á Córdoba, en la cual hizo su entrada el año 188 (dic. 803-804) (2).

No cejaban los cristianos de Afranc en su noble y tenaz empeño de arrancar al Islam la provincia Sarcosta. Pusieron sitio á Tortosa, y el Emir hizo que su hijo Abderrahmán, que estaba en Zaragoza, fuese, con cuanta gente pudiese, á libertar aquella plaza. Iguales órdenes se comunicaron al gobernador de Valencia. Reunidas las dos huestes bajo el mando de Abderrahmán, los sitiadores, capitaneados por Ludovico Pío, el marqués de la Gothia y algunos condes de la Marca Hispana, el de Barcelona, entre ellos, tuvieron que alejarse dejando el campo cubierto de cadáveres, para agradable pasto de las aves y carnívoras fieras. Fué esto el año 193 (oct. 808-809) (3).

(1) Casiri, II, 33.
(2) Conde, II, 32.
(3) Conde, II, 35.

Hemos visto que durante las mencionadas guerras de sucesión, leales y rebeldes cruzaban la tierra de Todmir. Este hecho no es, sin embargo, una prueba concluyente de que no subsistiese el reino fundado por el príncipe cristiano: esas y mayores arbitrariedades puede cometer la violencia, sin que resulte menoscabado el derecho. Otra razón aduce, en testimonio de haber cesado dicho reino, don Aureliano Fernández Guerra:

«Á principios del siglo IX, escribe el sabio académico, había dejado de existir el reino católico é independiente de Teodomiro, sin duda por la apostasía de muchas familias ambiciosas de cargos públicos, ó atentas á no pagar el duro tributo que pesaba sobre los fieles. Ya hacia el año 814 aparecen allí cadhíes, ó sean jueces eclesiástico-civiles, por donde se ha de suponer islamizado el territorio: consecuencia, quizá, de las guerras de que fué palenque reinando Hixem y su hijo Al Háquem, á quienes una vez y otra disputaron la corona los príncipes Suleimán y y Abdallah, prole de Abderrahmán, fundador del imperio de Córdoba» (1).

Con efecto: al fin del año 198, ó principios del siguiente (agosto 814), murió en Todmir el cadhí de aquella tierra Fadel ben Amira ben Raxid el Canení, varón insigne que, por su virtud y nobleza, fué muy estimado de Al Háquem. Por memoria del padre y por la misma integridad y doctrina del hijo, también llamado Abú Alafia, dióle el Emir el mismo cadhiazgo de Todmir. Murió el hijo el año 227 (oct. 841-842), y también fué confiado el cadhiazgo á su hijo Aben ıdal (2).

(1) *El Archivo*, IV, 107.
(2) Conde, II, 35 y 44.

Otra razón más concluyente y decisiva de haber acabado dicho reino apunta el Sr. Fernández; pero el lugar oportuno donde ha de hacerse constar, no es éste.

Turbulento fué el reinado del primer Al Háquem, casi todo él gastado en lucha con los muzárabes y mulados ó renegados cristianos. La tolerancia musulmana se ponía ya de relieve en matanzas como la famosa «jornada del foso» en Toledo, año 190 (nov. 805-806), y la no menos horrible destrucción del arrabal de Córdoba, el jueves, 14 de ramadhán del año 202 (26 marzo 818), suceso éste relacionado, como se verá, con los supuestos orígenes de Gandía. El carácter turbulento de los árabes se revela en sublevaciones como la de Mérida, donde Esfâh, hijo de Abdallah el Valenciano, sin consideración al estrecho parentesco con el Emir, ni al señalado favor que de él recibiera casándole con la bella y discreta Al Kinza, como una de tantas prendas que afianzasen la paz tras las revueltas de Valencia, no repara en rebelarse contra su primo y cuñado, movimiento que acabó pacíficamente merced á la oportuna intervención de la esposa de Esfâh y hermana de Al Háquem. Éste, que fué implacable con los cristianos, tanto como indulgente con los muslimes, no fué sin propiedad llamado Al Mudhaffar, pues, como él mismo decía en elegantes versos á su hijo Abderrahmán, se había servido de la espada para juntar sus provincias desunidas, como de la aguja el sastre para coser los pedazos de tela. «Te dejo pacíficas mis provincias, hijo mío, decía al suyo: son un lecho sobre el que puedes dormir tranqui-

lo.....» (1). En este vaticinio se engañó: á su muerte, ocurrida el jueves 25 de dilagia del año 206 (21 mayo 822), la guerra civil ensangrentó nuestro suelo, repitiéndose aquí la escena del comienzo de los reinados de los primeros Hixem y Al Háquem.

«El emir Abderrahman ben Al Háquem comenzó á reinar cuando el estado estaba tranquilo y firme, y dedicóse exclusivamente á sus diversiones y placeres, viviendo como uno de los habitantes del paraíso, donde encuentra reunido todo lo que puede desear el alma, y halagar los sentidos» (2).

También, como su padre y como su abuelo, comenzó el reinado envuelto en la discordia que el primer Abderrahmán legó á sus sucesores. Así relata la última guerra de sucesión nuestro Escolano: «En el año 820 de Cristo Nuestro Señor, comenzó á reinar un moro llamado Abderrahmán, que fué el segundo de aquel nombre de los reyes de Córdoba y heredero del rey Aliatan, su padre, que falleció el año 819 (3). Y el belicoso Abdalla, rey de Valencia, que con buenos partidos habia asentado de nuevo paces con Aliatan, las rompió con el hijo, recién heredado. Sobre que vinieron á batalla, y, saliendo vencido el de Valencia, vino á ella y murió. Entonces Abderrahmán envió por sus mujeres é hijos, y dióles hacienda y tierras, que fueron dellos para siempre, excepto el reino, que se quedó con él» (4). En cambio, tuvo, el corto

(1) Dozy, *Historia*, II, 4.—*Ajbar*, fol. 104.

(2) *Ajbar*, fol. 105.

(3) En la computación de los años de la Hégira, hay equivocación, por [tom]ar como base un año de la era cristiana que no es el verdadero.

(4) Lib. II, cap. 17.

tiempo que sobrevivió, la tierra de Todmir: «Abdalla, muerto Al Háquem, y elevado al solio su hijo Abderrahmán; recogidas de África nuevas huestes, reprodujo la guerra civil. Abderrahmán, celebradas paces con él, le dió en feudo la ciudad Todmir, y allí, por fin, murió Abdallah el año 208 (may. 823-824)» (1).

Conozcamos mayores detalles de dicha guerra y su conclusión:

Apenas supo Abdallah ben Abderrahmán ben Moâwiya, residente á la sazón en Tánger, que su sobrino Al Háquem había muerto, como la nieve de sus canas no hubiese aún entibiado el fuego de ambición que en su pecho ardía desde la juventud, vino con crecido ejército á España y se proclamó Emir, mas sólo en el campo y lugares abiertos, no en las ciudades y castillos murados. También confiaba, aunque fué en vano, en el auxilio de sus hijos, Esfâh y Cásim, que tanta privanza tuvieron con el Emir difunto y de quien protección tanta recibieron.

Salió contra el príncipe rebelde el nuevo rey, le venció en algunas escaramuzas y encuentros de poca monta, y fuéle empujando, primero, á la tierra de Todmir, y, por último, á Valencia. Puso á ella estrecho sitio Abderrahmán, con ánimo de no alzarle hasta que en sus manos cayera su porfiado tío. Por fortuna para éste, hallábanse en el campo de los leales sus hijos Esfâh y Cásim, quienes, movidos, al parecer, del deseo de poner pronto término á la guerra civil, habían acudido á la hueste de Abderrahmán. Bien conocían

(1) Casiri, II, 33.

ellos la natural clemencia y generosidad del Emir; fundados en ello, prometíanse de sus gestiones el más lisonjero resultado, y el cielo, siempre propicio á los buenos deseos, bendijo su obra.

Reducido Abdallah al último extremo, aun quiso probar fortuna, siquiera fuese por vez postrera. Un jueves manifestó á sus tropas hacer una salida, con toda su gente, contra los de Córdoba; y, al efecto, dijo á sus soldados: «Mañana, si Dios quiere, compañeros míos, haremos nuestra oración de juma (viernes), y, con la bendición de Allah, partiremos el sábado, y pelearemos, si fuere su divina voluntad.»

Llegado el viernes, día para pedir á Dios manifestara su voluntad, congregó sus huestes Abdallah frente á la mezquita de *Bab Todmir* ó *Puerta de Murcia*, les hizo una plática, y, acabada, añadió: «¡Oh nobles compañías de varones! Que Dios os sea misericordioso. Creed que nos conviene pedir á su divina bondad, que nos enseñe el camino que debemos seguir, y el partido que nos conviene tomar, sin otra pretensión que conformarnos con su divina voluntad. Yo espero de su clemencia que nos la muestre y nos haga entender lo que más conviene.»

Alzando, en ademán de súplica, sus manos al cielo, pronunció estas palabras: «Dios mío, Señor Allah: si tengo razón y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame victoria contra él; y si él tiene más ıdado derecho al trono que su tío, bendícele, y no rmitas las desgracias y horrores de la guerra y disdia que hay entre nosotros; apoya su poder y

estado, y ayúdale.» Todos los de la hueste, y muchos de la ciudad que allí estaban presentes, contestaron: «así sea.»

En aquel mismo instante, comenzó á soplar un viento muy frío, impropio del clima, de los más apacibles, y de la estación, el verano. Un súbito accidente derribó en tierra al anciano Abdallah y le privó del uso de la palabra. Acabóse sin él la oración pública, le trasladaron al alcázar, y sin habla permaneció algunos días. Cuando Dios le soltó la lengua, dijo á sus caudillos y wazires: «Dios ha declarado este negocio: así, que no quiera Dios que yo intente cosa contra su divina voluntad.»

Al punto escribió al Emir declarándole su sumisión, envió un wazir al campo sitiador llamando á sus hijos, y mandó abrir las puertas de la ciudad. Entregadas las cartas á Abderrahmán, Esfâh y Cásim, éstos, habida licencia del Emir, montaron á caballo y corrieron á la ciudad, al mismo tiempo que ya su padre, por aviso que de ello le dió el wazir, salía á recibirlos seguido de sus caballeros.

En compañía de Abdallah salieron sus hijos llevando en medio al venerable anciano. Partieron hacia el pabellón de Abderrahmán; y cuando llegaron, Esfâh y Cásim se apearon, asió el uno de la brida del caballo de su padre, y el otro, para que éste descabalgara, echó mano del estribo. Entraron á Abdallah á presencia del Emir; fué aquél á besar la mano al rey, y Abderrahmán le recibió en sus brazos y le dispensó toda suerte de honras. Paz perpetua quedó asentada entre ellos, y al hijo del primer Abderrahmán le fué

concedido el gobierno y señorío de Todmir por los días que el anciano viviese, que no fueron muchos, pues allí falleció dos años después, en el de 208 (may. 823-824). Parte de la gente que con Abdallah había venido de África, quedó en Todmir, y parte volvió á Tánger (1).

Razón tuvo el ilustrado académico Sr. Fernández Guerra al escribir: «Rebelado el anciano Abdallah contra el nuevo monarca Abderrahmán II, sobrino suyo, vuelve á ser vencido, sométese, y, como prenda de paz, recibe el gobierno y señorío de Todmir (821). Así vino á tierra la generosa obra de Teodomiro y Atanaildo» (2). Cuando Esfâh y Cásim dieron á Abderrahmán noticia de haber fallecido su padre, el *Emir*, les concedió que heredasen todos sus bienes (3).

En el relato anterior se hace mención de una puerta de Valencia llamada *Bab Todmir*, ó *Puerta de Murcia*. Ésta debía corresponder á la actual calle de San Vicente, cuyo portal llamábase antes, *Puerta de la Boatella*. Es probable fuese, por la orientación de la misma, la antiquísima *Puerta Sucronense*. El Sr. Malo de Molina fija la situación de la *Boatella*, en las inmediaciones de San Martín, entre las calles de Cerrajeros y el Horno de la Pelota. En cuanto al significado de la palabra *Boatella*, que el Sr. Malo quiere sea *Casa de Dios* (Beit-al-lah) (4), tiene en contra la autorizada opinión de don Julián Ribera, quien, sin darnos su

(1) Conde, II, 38.
(2) *El Archivo*, IV, 107.
(3) Conde, II, 39.
(4) *Rodrigo el Campeador*, Apéndice, 163.

equivalencia, se contenta con acudir á Aben al Abbar, que escribia el nombre no recurriendo al *Beit-al-lah*. El distinguido orientalista apunta no ser aquel nombre palabra árabe, sinó, como lo indica la terminación, diminutivo lemosín (1). Y al parecer del último remite el suyo el ilustrado académico Dr. D. Roque Chabás (2). Ya se ofrecerá ocasión oportuna de insistir sobre tan interesante asunto de topografía local.

De la suerte que cupo á los soldados que de África se trajo Abdallah, habla Escolano: «Como el rey don Ramiro de León (debe ser Alfonso II) hiciese treguas con Abderrahmán (824), que duraron muchos años, los árabes que moraban en el reino de Valencia y habian servido en la guerra al rey Abdallah contra Aliatan y también al sucesor, impacientes del ocio, pidieron á Abderrahmán que les diese licencia para ir á conquistar algunas provincias de cristianos; y, puesta á punto una buena armada, tomaron la derrota de la isla de Córcega, con un caudillo llamado Mumén Abdimaro. Y, como cuentan algunos historiadores, se apoderaron de buena parte de la isla; pero vino armada de Italia contra ellos, y, matando á Mumén en batalla,

---

(1) *El Archivo*, I, 211.

(2) *Monumentos Históricos de Valencia y su Reino*, lib. I, c. IV.

El propio autor de los *Monumentos* nos da en trabajo anterior la etimología de la palabra *Boatella*. «La Boatella de los árabes era el mercado de don Jaime, como lo había sido de los moros y, acaso, de los romanos; pues la Boatella de Valencia, lo mismo que la Boatella de Urgel (Bofarull, *Condes de Barcelona*, I, 22), era el *forum Boarium* de los latinos, que, aunque propiamente toma el nombre de los toros, *boves*, sirve generalmente para señalar el *mercado de ganados*, que es donde se tenía el mercado general cada semana en Valencia (*El Archivo*, IV, 270).»

los echaron de toda la isla el año del Señor, 826. Otra vez armaron los propios alárabes, y ganaron la isla de Candía» (1). Coincide Dozy con nuestro cronista en cuanto á la fecha de pasar á dicha isla musulmanes procedentes de España, mas no en la circunstancia de que fuesen los africanos compañeros de Abdallah. Después de la horrorosa matanza decretada por Al Háquem contra los moradores del arrabal de Córdoba, obligó á que saliesen de España los habitantes que quedaron. Unos 15.000 de ellos tomaron el rumbo de Egipto, se apoderaron de Alejandría y, aunque atacados diferentes veces, supieron mantenerse hasta el año 826. Obligados á capitular por un general del califa Mamún, se comprometieron á pasar á Creta y acabaron su conquista (2).

Y en otra parte escribe el mismo Escolano: «Viendo los moros valencianos la quietud de sus príncipes, motivada por las treguas del rey de León don Ramiro I con Abderrahmán II, rey de Córdoba, determinaron continuar sus conquistas capitaneados por Mumén Abdimaro; pero, muerto éste en una batalla en Córcega, fué elegido capitán *Candaix* Achape, quien dió sobre Creta el año 827, á la que llamaron sus secuaces, para recuerdo de su conquistador, *Candaix* ó *Candía*. Á fines de aquel siglo ó principios del inmediato, perdieron la isla, y retirados á este reino, atraídos por las dulzuras de la patria, se establecieron en la Conca de Zafor, y fundaron una población que

---

(1) Lib. II, c. 17.

(2) Dozy, *Historia*, II, 4.—Conde, II, 36.

titularon *Candía*, en memoria de los triunfos que alcanzaron en aquella isla» (1).

Mayor antigüedad, al parecer, tiene Gandía, como se desprende de las siguientes palabras: «Que no la fundaron los cristianos después de la Reconquista, está fuera de duda. Su nombre, que no tiene resabios de árabe, nos demuestra que tampoco la fundaron éstos. Los restos romanos allí encontrados, le dan seguramente más antiguo abolengo» (2).

Tampoco es cierto que fuesen largos los años de paz de que gozó este país, si alguna tuvo, después de la sumisión de Abdallah. En la tierra de Todmir hubo una guerra, que duró siete años, entre yemenitas y maádditas. Cuando, por astucia y por sorpresa, se apoderó de Toledo el Emir, antes de que Hixem ó Hachim tomara ruidosa venganza (828), en el distrito de Murcia tenía su campo Abdderrahmán (3). Porque si bien es cierto que consagró parte de sus cuidados á obras laudables, tales como la de dotar con buenas rentas las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades (4), no lo es menos que su yugo se hizo insoportable á los cristianos, que recibían agravios bien reales: contra ellos se expidieron órdenes que herían sus convicciones religiosas y su dignidad personal, por ejemplo, el declarar la circuncisión igualmente obligatoria para ellos que para los musulmanes (5).

(1) Lib. VI, cap. XX.
(2) *El Archivo*, I, 363.
(3) Dozy, *Historia*, II, 5.—Conde, II, 42.
(4) Conde, II, 40.
(5) Dozy, *Historia*, II, 6.

La persecución más feroz se había desencadenado contra los infelices muzárabes. El mismo día en que la muerte asaltó al tirano Abderrahmán, al anochecer del jueves, último día de sáfer del año 238 (20 agosto de 852) (1), pudo descubrir, desde el terrado de su palacio, los mutilados cuerpos de algunos mártires, clavados en postes á las orillas del Guadalquivir.

---

(1) Conde, II, 45.—Dozy señala por fecha de la muerte el 22 de septiembre (II, 9).

CAPÍTULO V

LUCHAS POR LA INDEPENDENCIA

(852-912)

RESEÑA GEOGRÁFICA DEL MORO RASIS.—*Tudemir*: Orihuela, Alicante y Benicadell.—*Valencia*: Játiba, Alcira, Valencia, Murviedro y Burriana.—*Ríos*: el de Valencia, el Júcar y el Segura.—EL TERCER REY DE VALENCIA: traslación del cuerpo de San Vicente: sumisión de Todmir y Valencia al emir Muhámad I.—Los NORMANDOS en Orihuela é inmediaciones de Valencia.—*Theudeguto*, obispo de Elche, en el concilio de Córdoba.—Los RENEGADOS: trágico fin de Zeid ben Cásim: el príncipe Mondhir en Valencia: *Daisam y Aslami*.

ANTES de reseñar los hechos acaecidos durante los reinados de Muhámad I, Mondhir y Abdallah que interesan á nuestro reino, por haber tenido en él su teatro y de los cuales tenemos conocimiento, creemos pertinente exponer la descripción que de la región de Levante hace el moro Rasis, geógrafo el más próximo á dichos sucesos.

Es su verdadero nombre Áhmed ben Mohámmad ar Razi, más conocido por *at Tarigi*, esto es, *el historiador por excelencia*. Nació el año 274 (may. 887-888) y murió en récheb del 344 (oct.-nov. 955). Tan grande como la fama de que goza, es lo poco que de él nos queda. Sólo una obra suya se conserva en una traducción española, ó sea, la primera parte del libro conocido bajo el título «Crónica del Moro Rasis». La versión castellana de la «Descripción de España» se hizo sobre una traducción portuguesa, y no se sabe

por quién. La versión al idioma lusitano, hoy perdida, se escribió de orden del rey don Dionisio (1279-1325) por el clérigo Gil Pérez y con el concurso de muchos moros: y, como, al parecer, ni el clérigo entendía el árabe, ni los moros sabían bien el portugués, la traducción había, por fuerza, de resultar imperfecta (1). Como se verá en la parte que alcanza á nuestra región, la descripción está plagada de errores, fáciles de subsanar con la superior ilustración de los lectores. Así y todo, resulta el primer trabajo de geografía regional que encierra curiosos pormenores. Copiemos ahora la descripción siguiendo la marcha de sur á norte, ó sea, el orden mismo que se siguió por los sarracenos al invadir nuestro territorio.

«Parte el término de Jaén con el de Tudemir. Et Tudemir yaze al sol de levante de Córdoba. Et Tudemir es muy presciado lugar et de muy buenos árboles, et toda su tierra riega el río (Segura), como face el río de Nil en la tierra de Promisión. É ha buena propiedad de tierra natural, que ha y veneros de que sale mucha plata. Et Tudemir ayuntó en sí todas las bondades de la mar et de la tierra. Et ha y buenos campos, et buenas villas et castillos, et muy defendidos. De los cuales es el uno Lorca; et el otro, Murcia, et el otro, Auricla, que es muy antiguo lugar, en que moraron los antiguos por luengo tiempo; et el otro es Alicant. Et Alicant yaze en la sierra de Ben al Catil (Benicadell), et de ella salen otras muchas sierras, en que ficieron muchas villas buenas, et en que labraban muchas buenas telas de paños de seda; et los que y moraban, eran muy sotiles en sus obras. Et una de las cibdades es Cartagena (2), á que llamaban los moros al Quero-

---

(1) Pons, *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, núm. 23.

(2) Los árabes escriben de igual modo *Cartagena* que *Carseyana* ó *Carteya*, ciudad que estuvo edificada al pie de Gibraltar (Dozy, *Hist.*, II, n. A).

ne; et otro es un puerto á que llaman de Uca, et es muy bueno et muy antiguo. Et de Tudemir á Córdoba hay andadura de siete días de homes á caballo, et catorce á huestes.

»Parte el término de Tudemir con el de Valencia. Et Valencia yaze al levante de Tudemir et al levante de Córdoba. Et Valencia ha muy grandes términos et buenas villas que la obedescen. Et las bondades de los que en ellas moran son muchas. Et Valencia ha en sí la bondad de la mar et de la tierra; et es tierra llana; et ha grandes sierras en su término; et ha otrosí grandes villas fuertes et castillos, et con grandes términos. De los cuales es el uno el castillo de Tierra (?), et el otro es el de Al Gecira (Alcira). Et Valencia yaze sobre el río de Chúquer. Et en su término yaze un castillo á que llaman Xátiba: et Xátiba yaze cerca de la mar; et es muy antigua villa et muy buena. Et el otro es un castillo á que llaman Morviedro, que es lugar muy presciado, et muy bueno, et muy fermoso et muy deleitoso; et fallan en él rastros de población muy antigua; et en Morviedro ha un palacio fecho sobre la mar, por tan gran maestría, que mucho se maravillan las gentes de lo que veen por qué arte fué fecho. Et ayúntase el término de Morviedro con el de Borriana: et Borriana es tierra muy abondada, et es toda regantía; et ha y muchas naturas de buenas fructas et de buenas naturas. Et en el término de Valencia ha tantos castillos, que sería gran sciencia en los contar todos; et otrosí ha y tanto azafrán, que abondaría á toda España; et dende lo lyevan los mercaderes á todas las partes del mundo. Et de Valencia á Córdoba ha doscientos y dos migeros (1).

Una de las equivocaciones que saltan á la vista, es la de situar á Valencia sobre el río Júcar, circunstancia que únicamente concurre en cuanto á Alcira ó Cullera. Valencia tiene su asiento junto á otro río, acerca de la significación de cuyo nombre, en tiempo de los árabes, reina diversidad de opiniones. *Uuad-al-*

---

(1) La autenticidad de la «Crónica del Moro Rasis» ha sido probada en la Memoria de don Pascual Gayangos. Véase el tomo VIII de las Memorias de la Real Academia de la Historia, p. 40.

viar vale tanto como «río de los lugares cenagosos,» cual son aquellos en donde nace; *uad-al-ud'yar*, «río de las cavernas», por las que atraviesa el Turia hasta el Salto de Chulilla, y *uad-al-abiad*, «río blanco». Esta significación tiene, para su acepción, dificultades tales como la de no ser legítima ni frecuente la corrupción de la *d* en *r*. El P. Cañes, en su Diccionario español latino arábigo, adopta la lectura *uad-al-aviar*, «río de los pozos»; igual lectura se le da en unas papeletas ó apuntes conservados en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Á pesar de esto, el autor que apunta dichos datos, fundándose en razones de consideración, se atiene al primer significado de *uad-al-viar*, esto es, «río de los lugares cenagosos.» Es de advertir que uno de los arroyos afluentes del Turia, al cual se une cerca de Ademuz, se llama «Río Blanco».

Un distinguido arabista, tratando de la etimología de la palabra *Turia*; dice que ésta puede venir del vascongado *Zuria* ó *Tzuria*, que significa *Blanco*. En el siglo IV, Avieno le cita con el nombre *Canus*, el que seguramente tenía entre los hispano-latinos de aquel tiempo. En el del bajo latín y en las lenguas románicas, dicha palabra equivalía á la nuestra, *Blanco*. De ahí que, para el aludido arabista, nada más lógico que el que los árabes aceptasen dicho determinativo, con la denominación *Guadalaviar*, que también significa *Río Blanco* (1). Según el etimologista á quien primero hacemos referencia, no ha visto en ninguna crónica árabe tal nombre aplicado el Turia (2). El de *Río*

(1) *El Archivo*, IV, 143-144.

(2) Malo, *Rodrigo el Campeador*, Apéndice, 153-154, nota.

Blanco, ó sea *Guadalaviad*, teníale el Segura, según el Nubiense, á quien tradujo Conde (1). De igual modo se llamaba el Serpis (2).

No será de sobra recordemos que el río más caudaloso de nuestra región, el Júcar, es el único que, á través de las generaciones que en ella tuvieron asiento, conserva su primitivo nombre íbero.

Digamos, para acabar esta descripción á que brinda la oportunidad, que en todo tiempo los árabes encarecieron la belleza, fertilidad y apacible clima del suelo valenciano. «Alabado sea Dios, porque nos ha dado esta tierra», tenían estampado las monedas del siglo XII (3). En sentidos versos ponderaba sus envidiados privilegios el poeta que lamentaba el asedio puesto por los cristianos del Cid. Y esto mismo repetía con su atildada dicción nuestro Aben al Abbar, cuando su coetáneo Jaime el Conquistador calificábala, con su elocuente sencillez, de «la mejor tierra del mundo...»

Y, á fin de que no haya dudas respecto «al palacio de Morviedro fecho sobre la mar por tan gran maestría que mucho se maravillaban las gentes de lo que veían por qué arte fué fecho,» diremos que no era otro que su grandioso teatro romano (4), fábrica de un pueblo cuya cultura superaba en mucho á la de los muslimes.

Con la proclamación de Muhámad I, hecha en agosto ó septiembre de 852, coincidió la muerte de Abdelmélic ben Habib, á una crónica del cual es pro-

(1) Conde, II, 23.
(2) Escolano, VI, 20.
(3) Gebhardt, III, 9.
(4) Chabret, *Sagunto*, P. I, c. XV.

bable pertenezca un relato de la venida de Muza ben Noséir, copiado por nuestro cronista Sandoval. Es notable que nuestros modernos arabistas no se hayan fijado en el autor español, cuando especifica la sumisión de Orihuela y su provincia en términos casi idénticos á lo que descubrimientos ulteriores y estimados como originales han fijado como cierto (1).

Contemporáneo con Muhámad, fué el llamado *tercer rey de Valencia*. También de él hablan con bastante uniformidad nuestro Escolano, á quien tan poca importancia se concede, y Dozy, que de tan justa y alta reputación goza. Véase lo que dice el primero:

«Estuvo el reino de Valencia por el rey Abderrahmán hasta el año 832, en que Muza Abenhcázin, ó Bencásim, dió batalla con un ejército innumerable de paganos al rey don Sancho García de Sobrarbe y le mató en ella. Fué Muza, tercero rey de Zaragoza, é hijo de padres cristianos, según Blancas; y, habiéndose tornado moro, se alzó contra el rey de Córdoba, y puso debajo de su imperio á Toledo, Zaragoza, Tudela, Huesca, Valencia y buena parte de España en diferentes tiempos: tanto que tuvo presumpción de llamarse Miramamolín. Mármol le hace hijo de padre alárabe, y lo confirma con el sobrenombre de Abencácim, que quiere decir hijo de Cácim, nombre propio de moro. Éste fué el tercero rey de Valencia, y comenzó á reinar sobre ella el año 832; y dice Blancas, que aún vivía en el de 842. Mármol cuenta que en el año 850 fué la toma de Toledo, y que prosiguiendo desde allí sus conquistas hasta Zaragoza, Huesca, Cataluña y Francia, vino á morir en el año 855 á manos de los españoles y del rey don Ordoño de León. Que, según esto, la tierra primera en que reinó fué Valencia. Mahamete, rey que ntonces era de Córdoba, como entendió la muerte de Muza, só con poderoso ejército á cobrar las ciudades de Zaragoza y

(1) Pons, *Ensayo*, etc., núm. 1.

Valencia que Muza tenía ocupadas, y las redujo á su dominio. Y, como en el año 857 el rey don Ordoño fuese sobre Zaragoza y se la quitase á los alárabes, con los lugares comarcanos; en el siguiente de 858, Mahamete envió sus alfaquís y embajadores á pedir socorro á los reyes de África contra los cristianos. Los cuales enviaron gran número de infantería y caballería. Los de Tingitania entraron en España por Gibraltar, y los de Túnez, por el reino de Valencia; y, recogiendo la gente dél, se juntaron todos en Córdoba en el año 859. Dieron la batalla al rey Ordoño y venciéronle: de que salió tan soberbio Mahamete, que se entró por Castilla la Vieja haciendo diabólico estrago; y, atravesando Navarra, corrió la tierra de Francia hasta la ciudad de Tolosa; de donde se volvió á Andalucía á invernar; y después de muchas guerras murió en Córdoba el año 880» (1).

La autoridad musulmana fué acatada en las grandes ciudades, y no en todas; era disputada en las demás partes, y casi se la desconocía en las provincias lejanas. El espíritu turbulento y anárquico de los árabes contribuyó á que en Aragón, provincia que bajo la dominación arábiga se llamaba «la frontera superior», una antigua familia visigoda, la de los Beni-Cásim, fundase un principado independiente. Cuando la Invasión, apostató de la religión cristiana, y, hechos clientes del califa Walid, sus individuos conservaron los vastos dominios que poseían en la margen derecha del Ebro. En la primera guerra de sucesión, Muza I, hijo de Fortún y casado con una hija de Íñigo Arista, primer rey de Pamplona, siguió el bando de Hixem y arrebató Zaragoza á los adversarios del Emir. Al Háquem I, que consiguió someter á todos los rebeldes, no pudo subyugar á los Beni-Cásim, que dejaron

(1) Escolano, II, 17.

de reconocer el poder de Córdoba. A mediados del siglo IX dicha familia alcanzó tanta importancia, gracias á las relevantes dotes de Muza II, que podía sostener la competencia con las casas soberanas (1).

Su nombre era Muza ben Zeyat el Godaí (2), lo que revela su origen godo, y había nacido cristiano; renegó de la fe, y con toda su familia abrazó el Islamismo. Por eso se le conoce también con la denominación de «Muza el Renegado» (3). Siendo gobernador de Tudela, mandaba los ejércitos de Abderrahmán II cuando iban á asolar las fronteras francesas. Indispuesto con un caudillo que gozaba de favor con el Emir, se sublevó, hizo alianza con el rey de Navarra y derrotó el ejército del Emir. Tuvo éste necesidad de su auxilio contra los normandos, que en 844 se habían apoderado de Sevilla, y, si bien de pronto se mostró rehacio á las súplicas de Abderrahmán, luégo cayó de improviso sobre aquéllos y los obligó á embarcarse. Cuando subió al trono Muhámad I, era dueño de Zaragoza, de Tudela, de Huesca, de toda la frontera superior, y hasta Toledo había hecho alianza con él, ciudad de la cual era cónsul su hijo Lope. Siguiendo una política muy acomodaticia, lo mismo volvía las armas contra el conde de Barcelona, que contra los soberanos de Castilla y de Francia. El monarca de ésta Carlos el Calvo, nieto de Carlo Magno, pudo comprar á precio de oro una paz bochornosa. El mismo Emir no pudo

(1) Dozy, *Historia*, II, 10.—*Investigaciones* (Ensayo sobre la Historia de los Tódjibitas, etc.)

(2) Conde, II, 48.

(3) Lafuente, II, 11.

arrancarle Toledo, de cuyos muros hubo de retirarse Mondhir, hijo de Muhámad, batido por Muza. Pudo éste darse aires de soberano, sin que nadie se atreviera á contrastárselo; y siéndolo de hecho, no vaciló en arrogarse el pomposo título de «tercer rey de España» (1). Ahí está, sin duda, el título de *tercer rey de Valencia* que también le conceden nuestros cronistas regionales. Cierto es también que Valencia, como enclavada en la provincia Tolaitola, siguió casi siempre la suerte de ésta, inclinada, además, en todo tiempo á desprenderse del poder central, para constituirse en estado autónomo, favorecida á ello por la Naturaleza como ningún otro país del mundo.

Esa misma prosperidad de Muza II le malquistó con sus auxiliares los cristianos, entre los que se contaba entonces el rey de Asturias, Ordoño I. Enemistado con éste, tal vez por su avenencia con los navarros, con quienes estaba disgustado Ordoño, estaba otra vez en buenas relaciones con Muhámad, como lo prueba el hecho de que, deseando el Emir propagar el Islam y contener el incesante avance de los cristianos, encargó á Muza allegase gentes y penetrara en tierras de Francia. De la empresa volvía cuando el rey de Asturias destacó un cuerpo de tropas sobre Hisn Albeida, en la Rioja, y el mismo Ordoño salió contra Muza. Éste sufrió la más espantosa derrota en el monte Laturce, junto á Clavijo, y la victoria es atribuída, por error, á Ramiro I. No murió entonces

(1) Unde, ob tantæ victoriæ causam, tantum in superbia intumuit, ut se á suis *tertium regem in Hispania* appellari præceperit (Sebast. Salm. Chr., n. 26).

Muza, como se ha dicho: pues, si bien recibió tres golpes de lanza, medio vivo, y merced á la generosidad de un amigo que tenía entre los contrarios y que le facilitó un caballo, pudo escapar. Quien acabó allí sus días, como dicen Escolano y nuestros historiadores generales, fué el primer rey de Navarra, Sancho García, aliado de Muza II. Esto fué el año 240 (854-855).

Los émulos de Muza en la corte de Muhámad, atribuyeron á los tratos de aquél con los cristianos, el desastre y la pérdida de Albaida, en la Rioja. El Emir le depuso á él del gobierno de Zaragoza, y del de Toledo á su hijo Lobia ó Lope. Éste buscó la protección de Ordoño, en cuya corte se refugió cuando Toledo, después de una guerra de tres años, cayó en poder de Muhámad, en el de 245 (abr. 859–mar. 860).

Valencia siguió la suerte de la capital de su provincia, pues ella y su vecina Todmir estaban sumisas el año 252 (en. 866–867) al poder central de Córdoba. Muhámad, que trataba á los cristianos con verdadera saña, pudo infundir miedo en los de Valencia, que bajo el dominio de Muza II, cristiano en el fondo, vivirían con la tranquilidad de que pudieran gozar los súbditos de Ordoño. Á su tiempo se atribuye una de las traslaciones del cuerpo de San Vicente Mártir: natural era que los muzárabes se afanasen por evitar la profanación de tan preciada reliquia.

Dos monjes franceses, Usuardo y Odilardo, que pertenecían á la abadía de San Germán de los Prados, llegaban á Córdoba el año 858. Hilduino, su abad, los había enviado á Valencia para que buscaran el cuerpo del Santo. Informados, en el camino, de que la

sagrada reliquia había sido trasladada á Benevento (Italia), desde Barcelona torcieron la marcha hacia Toledo, en armas á la sazón contra el Emir (1).

Dos años después (860) Muza murió á manos de su yerno Izrac, walí de Guadalajara. Después de la muerte de este hombre extraordinario pudo Muhámad recobrar á Zaragoza, y á Valencia, añade Escolano; pero, como observa oportunamente Dozy, el gozo del Emir fué poco duradero. Diez años más tarde, los hijos de Muza, apoyados por los habitantes de la provincia y al amparo de Alfonso III de Asturias, arrojaron á los musulmanes (2).

Como si fuesen pocos los males de que ambas comarcas se vieron afligidas con los de la guerra acabada de narrar, otra calamidad vino al mismo tiempo á hacer más amarga la situación de las poblaciones asentadas en el litoral. También aquí hicieron sentir sus estragos los *normandos*. Eran de la misma raza y del mismo idioma que los Francos, divididos en dos grandes familias desde que una parte de ellos abrazó el Cristianismo. Bárbaros é idólatras aún los normandos, la pasión de combatir, la necesidad de una vida errante y la insaciable sed de botín, los impulsaban á bajar de sus montañas y á abandonar sus islas en busca de aventuras. Eran, por así decirlo, la retaguardia de las naciones que invadieron el Imperio Romano, y no eran más cultos y civilizados que los suevos, vándalos y alanos. En frágiles embarcaciones

(1) Dozy, *Historia*, II, 9.

(2) *Historia*, II, 10.—*Investigaciones*, Ensayo sobre la Historia de los Todjibitas, etc., I.

se lanzaban, siguiendo las costas, á merced de las inconstantes olas del proceloso Océano; penetraban por la desembocadura de los ríos en lo interior de la tierra; por las márgenes hacian talas espantosas; acuchillaban á los infelices que tenian la dicha de no quedar cautivos, sin respetar á mujeres, niños ni ancianos, ni aun á los animales domésticos; recogian toda clase de ganado; incendiaban las casas, y se complacian, sobre todo, en degollar á los sacerdotes, en robar los ornamentos sagrados y en profanar los templos, que convertian en establos.

El año 843 devastaron la costa comprendida entre los ríos Tajo y Guadalquivir, con 54 naves: y Abderramán II mandó, para evitar tales estragos, que hubiese en el litoral capitanes de veredas con cierto número de correos á caballo que prontamente avisasen el arribo del temido enemigo y al momento transmitiesen las órdenes del gobierno. Para perseguir á las naves normandas, mandó construir en Cádiz, Cartagena y Tarragona, numerosos bajeles.

Ello no obstante, visitaron, con 62 barcos, el año 859, las costas meridionales de España. Ahuyentados por la caballería que en su persecución envió Muhámad, pasaron al litoral africano; pero volvieron al nuestro, en el año 860. Hicieron el desembarco en la costa de Todmir, después que una tempestad que los sorprendió en la travesía les hizo perder algunas naves. Entraron por la desembocadura del río Segura, avanzaron hasta Orihuela, cuya guarnición huyó despavorida, y se posesionaron del castillo. Retrocedieron por el Guad al Abiad (Segura) al mar de Siria (Médi-

terráneo); le surcaron hacia el norte y fueron á parar más abajo de Arlés, en la Camarga, delta formado en la desembocadura del Ródano. Allí pasaron el invierno de los años 860 y 861.

Desde aquel punto, convertido en centro de operaciones, mejor dicho, en nido de aves de rapiña, ó en cueva de foragidos, corrieron nuestras costas de levante, y la misma Valencia pudo presenciar la devastación más horrorosa en sus inmediaciones. Claramente lo expresan las palabras del obispo Prudencio: «Estos dacios, moradores del Rodano, llegan hasta Valencia causando ruinas; y desde ella, ya saqueadas sus inmediaciones, vuelven á albergarse en el punto en que antes fijaron su asiento» (1).

No fué muy afortunada dicha expedición para los normandos. En la tempestad que los sorprendió antes de la llegada á Orihuela, de 62 bajeles se les extraviaron unos 40. Al embocar, en la retirada á su país, por el estrecho de Gibraltar, tropezaron, frente á Medina Sidonia, con una escuadra de Muhámad, y, obligados á combatir, perdieron otros cuatro bajeles cargados de riquezas, dos de los cuales fueron pasto de las llamas (2).

Pruebas más duras habían de soportar los infelices muzárabes. A los padecimientos que les causaban los enemigos de la Cruz, se agregó otro más sensible sufrimiento: tuvieron que apurar el cáliz de amargura al

(1) «Hi vero Dasi, qui in Rodhano morabantur, usque ad Valentiam civitatem vastando perveniunt; unde, direptis quæ circa erant omnibus, revertentes, ad insulam in qua sedes posuerant, redeunt».

(2) Dozy, *Investigaciones*, 2.ª invasión de los Normandos.

verse calificados de imprudentes por indignos obispos que andaban en buena amistad con los gobernantes musulmanes. No bastaba á los desdichados la presencia de los fanáticos sectarios de Mahoma; eran poco las medidas para que abandonasen sus nativos idioma y escritura; tenian que aguantar la tiranía de arrancarles sus pequeñuelos para ser educados en las madrisas ó escuelas de los dominadores y habian de soportar la ignominia de obligarlos á la circuncisión.... ¿Cómo no habían de sacudir una dominación con la que se tenían en completo olvido solemnes pactos de sumisión? El sordo rumor que precede á toda conmoción, percibióle Muhámad, y quiso conjurar la tormenta valiéndose de menguado instrumento, cual eran algunos obispos especie de lobos con piel de oveja mètidos en el aprisco.

Hostigesio, que lo era de Málaga y había convertido su palacio en inmundo lupanar, que se apropiaba las limosnas y oblaciones de los fieles, que excitaba al Emir á que impusiese nuevas gabelas á los cristianos de su diócesis, que malversaba los bienes del clero y que propalaba herejías acerca de la naturaleza de Cristo...., ese mónstruo de iniquidad instó á Muhámad para que convocase un concilio en Córdoba, y se celebró el año 862. Pretendía el infame obispo se condenara á Samsón, integérrimo y celoso defensor de la fe cristiana: el dolo, la violencia, ejercidos sobre tímidos ancianos, lograron de pronto el resultado que el prelado malagueño perseguía; provocada, empero, nueva declaración, los débiles é incautos se retractaron de la primera, y prevaleció la inocencia. *Theudeguto,* obispo

de *Elche* (1), asistió, con los de Cabra, Medina Sidonia, Écija, Almería y Córdoba, á ese concilio (2). Todavía eran, no obstante las naturales y frecuentes apostasías, muy numerosos los muzárabes en nuestro reino. Señales de vida les veremos dar bien pronto. A mediados del siglo XII, uno antes de la reconquista, aun dieron que hacer á los almoravides. Una orden de expulsión dictada entonces, los redujo á la nada. No de otro modo se arranca planta cuyas raíces son profundas.

Gran consuelo es para los que no ven otro remedio sinó en lo alto, saber que los mártires que entonces derramaron su sangre por confesar en público á Jesús, hoy son venerados en los altares; y que los indignos obispos que se empeñaron en que esos honores no se les concedieran, tienen sobre sí el estigma de la reprobación temporal y eterna.

Los muzárabes, que, no por serlo, dejaban de ser ciudadanos, y los *renegados*, cristianos de corazón, aunque débiles, pero no malvados, comprendieron que era llegado el momento de sacudir el yugo. Se insurreccionaron los cristianos y renegados de las montañas de Málaga, y la sublevación se extendió á toda la Península. No fué ajeno al alzamiento parte de nuestro reino, que en la parte meridional del mismo se mantuvo enhiesta la bandera de la libertad hasta el momento en que prevaleció el despotismo. El orden cronológico reclama se haga mención de un hecho en

---

(1) Flórez, *España Sagrada*, VII, 234.
(2) Lafuente, P. II, c. 11.

el que, erradamente al parecer, intervienen como protagonistas un walí de Valencia y el nuevo Viriato español.

Corría el año 252 (en 866-867), y hacía dos que el héroe que intentó restaurar la independencia nacional, arrojado de Andalucía, había provocado la insurrección en la provincia Sarkosta. Sus armas habían avanzado hasta el Ebro, y, para contener su marcha, había el Emir ordenado á su nieto Zeid ben Cásim, que, con la gente de Murcia y Valencia, secundara el movimiento del ejército mandado por Muhámad, que había llegado á Toledo.

Comprendiendo Omar ben Hafsún, que ése era el nombre del héroe, la desigualdad de sus fuerzas para resistir al Emir, escribió á éste suplicándole paz y amistad, y que si le auxiliaba con las gentes de Valencia ó con las de la frontera oriental, él rompería, para bien del Islam, con los cristianos de Afranc. El cronista árabe á quien sigue Conde, exclama: «¡Soberano Alah, que cuanto tienes determinado, en tus ciertos y eternos juicios, el trastornar un estado, ó la ruína y calamidad de un pueblo, te agrada el poner la culpa de ello en nuestra ignorancia, y nosotros mismos damos prisa y armas á nuestros enemigos, ó corremos apresurados al precipicio á despeñarnos!».

Cayó Muhámad en la red: ofreció á Omar ayudarle con las tropas que acaudillaba Zeid ben Cásim, y al tiempo que el Emir retrocedía á Andalucía, ordenaba á su nieto siguiera las órdenes del rebelde. Avanzó, pues, el joven é inexperto príncipe, cuya edad frisaba en los dieciocho años, hasta los montes de Alcañiz, é,

incorporado á Omar, confiado dormía una noche, con sus soldados de Murcia y de Valencia, cuando de improviso cayeron sobre ellos los rebeldes, y los leales perecieron en su mayor parte, sin que escapara el mismo Zeid, que sucumbió defendiéndose con un valor impropio de sus tiernos años. El príncipe heredero Mondhir tomó terrible venganza en los de Omar (1).

El tantas veces citado autor holandés traslada al año 883 el alzamiento de Omar y señala, como teatro de sus operaciones, las provincias meridionales. Si realmente ocurrió el suceso acabado de relatar, el traidor pudo ser, no Omar, sinó Lope, ú otro de los hijos de Muza el Renegado, cuando no fuera este mismo, cuya muerte alargan algunos al año 257 (nov. 870-871). Para oponerse á Lobia, ó Lope, que era, como su padre, caudillo de mucho valor y experiencia, hubo necesidad de que Mondhir acudiera varias veces al norte de la Península, en una de las cuales, el año 270 (jul. 883-884), vino á Valencia desde Toledo, con la caballería de Andalucía, y marchó á Tortosa, donde se detuvo (2).

¿Á qué causa pudo obedecer el que el ejército de Andalucía no viniera, como de costumbre, por Todmir? En dicha comarca había repercutido el grito de guerra lanzado por Omar (880-881), el héroe español que por espacio de treinta años desafió á los invasores de su patria y que en más de una ocasión hizo

(1) Conde, II, 50, 51 y 52.
(2) Idem, II, 57.

temblar á los Omeyas en su trono. También tuvo eco en el resto del país valenciano el grito del nuevo Viriato (1). Pero donde estaba el más poderoso núcleo de patriotas, era en Todmir; y donde se defendieron invocando el mágico nombre de libertad los últimos, fué en las escabrosas sierras que forman la línea divisoria entre las modernas provincias Alicante y Valencia. En ellas se mantuvo hasta el año 928, cuando menos, dos antes que Abderrahmán III pacificara sus estados, el jeke Aslamí, señor de Alicante y Callosa, calificado, como Omar, de bandido por los realistas, á quienes una y otra vez hicieron morder el polvo. También al principio de este siglo daban ese epíteto y otros no menos denigrantes los franceses y afrancesados á los valientes guerrilleros que luchaban contra los que, cometiendo mil felonías, habían invadido nuestro suelo. Si, como árabe el caudillo Aslamí (2), era de origen poco noble, la calidad de Omar ben Hafsún, ó Aben Hafsún, no era sinó de gran estima: su quinto abuelo era visigodo, llamóse Alfonso y llevó el título de *Conde* (3). Fué el mantenedor del fuego sagrado en Todmir, su señor el jeke Daizán ben Ishac, que allí se resistió hasta el año 916, en que Orihuela se rindió á las armas de Abderrahmán III (4).

Muhámad I, que murió el 4, 5 ó 6 de agosto de 886, pues los autores no están de acuerdo, no pudo ver sofocado el alzamiento. Lo propio sucedió

---

(1) Dozy, *Historia*, II, 18.
(2) Ibídem, 18.
(3) Ibídem, 11.
(4) Ibídem, 17.

á Mondhir, que acabó sus días en junio de 888. Su hermano y sucesor Albdallah vióse á principios de 891 en situación tan comprometida, que apenas le quedaba sumiso su propio palacio.

La mejor harmonía había reinado entre Omar ben Hafsún y Daizán, el jeke de la provincia Todmir. Pruébalo el hecho siguiente: sentado ya en el trono Abdallah, vino de Necur (África) un segundón de la familia allí reinante, para tomar parte en la guerra santa. Apenas desembarcó, fué atacado por Omar, todos los de su escolta fueron muertos, y él solo pudo incorporarse al Emir. Combatió luégo contra Daizán, y perdió la vida (1).

Por desgracia para la causa nacional, el acuerdo entre ambos caudillos se rompió cuando más apurada era la situación del Emir. Como Omar hiciese cortar la cabeza á Khaír, señor de Jódar y aliado de Daizán, sólo aquél, pudo Abdallah derrotarle, el 16 de abril de 891. Hubo un corto respiro para el Omeya. De excelentes cualidades Daizán y Omar, cada uno por su lado procuraron anular los efectos del descalabro.

Por la dulzura de su carácter, por su gran generosidad, habíase Daizán conquistado el afecto de sus inmediatos vasallos. Escribía elegantes versos, pero no menos experto capitán que hábil poeta, supo organizar un numeroso ejército, del cual eran parte 5.000 caballos. Tanto llegó su prosperidad á inquietar al Emir, que contra él corrió la voz de que iban desti-

(1) Dozy, *Historia*, III, 2.

nadas las tropas reales que en 895 tantos estragos causaron en los sublevados cristianos de Sevilla.

Era Omar cristiano en el fondo de su alma; pero, á imitación de Recaredo, no juzgó prudente hacer de sus creencias pública declaración, sinó cuando creyó, equivocadamente, asegurado el triunfo de la nobilísima causa que defendía. Al volver al gremio de la Iglesia (899), trocó su nombre por el de Samuel. Las aguas del bautismo recibieron sus padres, y su hija Argentea voló con la palma del martirio al cielo en el reinado del primer califa (931). Un año antes, en el 898, hubo momentos en que los buenos muslimes juzgaron perdida su causa en España, al tratar los Beni Cásim, señores del norte, de entenderse con Omar, dueño del mediodía. No pudo, por desgracia, la alianza llevarse á cabo. Sin embargo, la insurrección era todavía imponente cuando la muerte sorprendió á Abdallah, al principio de rabié 1.ª del año 300 (15 octubre de 912) (1).

1) **Dozy, *Historia*, II, 16, 17 y 18.—Conde, II, 67.**

CAPÍTULO VI

CALIFATO DE CÓRDOBA

(912-1002)

Sométese la región de Levante: Daïzán y Aslami: Abderrahmán III.—*Batalla de Simancas*; el wali de Valencia: los Beni Gehaf.—*Los eslavos:* los Beni Cásim.—*Al Háquem II:* su educación por el valenciano Ozmán el Moshafi: influencia del cadi valenciano Abderrahmán ben Gehaf: canales de riego en Valencia.—*Hixem II:* caída del hágib Giafar ben Ozmán y ensalzamiento de Almanzor: vigésima tercia expedición: esplendidez de Ahmed ben Al Khattab.—*Hombres célebres:* Abu Abdallah: Aben al Maxath Al Motacim Bihla: Abderrahmán Abu Matreph: Aben Al Faradhi.—Las *macboras* ó cementerios musulmanes de Valencia.



EL 5 de rabié 1.ª del año 300 (20 octubre de 912) fué con general alegría aclamado por sucesor de Abdallah su nieto el joven Abderrahmán, hijo de una cristiana llamada María. Comenzó su reinado entrando en tierra de Toledo; y, no contándose allí seguro Aben Hafsún, se retiró á la España oriental. Por más que el caudillo cristiano tenía á sus órdenes los hombres más aguerridos de esa región y de las sierras de Elbira y de Todmir, fué vencido, y desde Guadarrama hasta Murcia, en todas partes se reconoció al legítimo soberano (1).

Corriéronse los rebeldes á tierra de Todmir, y con incansable actividad los perseguía Al Mudhaffar, tío del monarca: Orihuela, centro de operaciones del

(1) Conde, II, 68.

caudillo Daizán, fué conquistada el año 916 (1). Pidió el valeroso Al Mudhaffar que se le permitiera tratar sin blandura á los de Omar, que se habían refugiado en las fragosidades de las sierras. Abderrahmán, convencido de las razones de su tío, escribió á los alcaides de las comarcas de Valencia y de Todmir, que tuviesen prevenido su contingente de guerra, porque él en persona visitaría y allanaría la tierra (2).

La muerte vino entonces, año 917 (3), á librar de su más peligroso enemigo á Abderrahmán. El terrible Omar, que por espacio de treinta años tuvo en jaque el poderío musulmán, acabó sus días. Fué héroe cual no le tuvo España desde los tiempos de Viriato, pues su rebelión tuvo carácter de levantamiento general para sacudir el yugo mahometano. Cristiano fué él, cristianos fueron sus padres, y por confesar en público á Cristo Argentea su hija, voló, en 931, al cielo con la palma del martirio. Gran satisfacción despertó en Córdoba la muerte de Omar, pues, con tal accidente, podía la insurrección darse por terminada en plazo no lejano (4). Cúpoles á las comarcas de Todmir y Valencia la gloria de que en ellas resonara por último el grito de libertad é independencia.

Después del 21 de marzo de 918, Abderrahmán III, seguido de la caballería de Andalucía, entró en tierra de Todmir y visitó sus ciudades Murcia, Orihuela,

---

(1) Conde, l. c.—Dozy, *Historia*, II, 18.
(2) Conde, II, 70 y 71.
(3) Conde pone la fecha de su muerte al fin del año 306 (2 Junio 919) 72).
(4) Dozy, *Historia*, II, 17.

Lorca y Cartagena, en todas las cuales fué recibido con vítores y aclamaciones. Los principales de ellas solicitaban del Emir los admitiese en su hueste. Entró también en Elche y Denia, pasó á Játiba, y vino á descansar en Valencia, donde se detuvo algunos días.

Las manifestaciones de alegría se repitieron en Murviedro (primavera de 918) (1), Nules y Tortosa. Remontando el curso del Ebro, subió hasta Alcañiz, y desde allí, hasta Zaragoza, que acabó por abrir sus puertas. La expedición del Emir no tuvo por objeto el recreo ni el conocimiento de sus dominios, sinó acabar con una insurrección que en bien poco estuvo no acabara con la dominación sarracena en España (2).

Aún transcurrieron algunos años hasta que se logró la pacificación. En 924 fueron obligados á someterse muchos rebeldes del país valenciano (3). A la rendición de Jaén asistió la hueste de Todmir; y la de Valencia, al sitio de Toledo. Hasta que la hueste de Valencia no estuvo junto á la ciudad del Tajo, Abderrahmán no se puso en camino. Sometida Toledo (927), antes que las tropas leales entrasen en la ciudad, fueron despedidas las de Valencia (4).

Por más que en general la comarca de Levante reconociera el dominio del Emir, la sumisión del país aún no era completa. En 928 hubo necesidad de enviar un ejército que acabase con las correrías del jeké Aslamí, señor de Alicante y de Callosa. Era el rebelde,

(1) Chabret, *Sagunto*, I, 12.
(2) Conde, II, 71.
(3) Dozy, *Historia*,
(4) Conde, II, 73.

al decir de los árabes, un bandido del peor género, quien, con capa de religiosidad, supo encubrir instintos los más perversos. Llegado á la vejez, so pretexto de que no en otro queria entender sinó en la salvación de su alma, era asiduo en la asistencia á las manifestaciones externas del culto; mas ello no era obstáculo á que de cuando en cuando causara estragos en las tierras de sus vecinos. Muerto Abderrahmán su hijo, en quien habia delegado sus funciones, el cual pereció luchando con las tropas del Emir, encargóse nuevamente del mando, que ya le fué de corta duración: el caudillo Áhmed ben Ishac le tomó una á una todas sus fortalezas, le obligó á pedir la paz, y fué, con toda su familia, conducido á Córdoba (1).

Libre ya de cuidados Abderrahmán III, ordenó que desde el viernes, 16 enero de 929, se le dieran en las oraciones y actos públicos los titulos de *Califa, Príncipe de los Creyentes y Defensor de la Fe*. La Numismática confirma eso mismo: en las monedas de Abderrahmán desde el año 316 (feb. 928-929), aparecen los sobrenombres *Amir al Muminin* y *An Nasir lidin Allah* (2). Desde esa fecha, no antes, comienza el Califato de Córdoba. No falta quien le dé mayor antigüedad, aunque sin salir del reinado de Abderrahmán III: «En el año 302 (julio 914-915), mandó el rey Abderrahmán An Nasir mudar el cuño de la moneda de oro y de plata. Sus antecesores habian conservado el mismo tipo y forma de la moneda de

(1) Dozy, *Historia*, III, 2.
(2) Codera, *Tratado de Numismática Arábigo-Española*, sección tercera, I

los Califas de Damasco....., y (Abderrahmán) ordenó que se pusiese por un lado su nombre y títulos, y por otro la confesión de la unidad de Dios y la misión profética..... Asimismo hizo poner en sus títulos en ella el de *Imam*, ó *Príncipe de la Religión*, como hacían los Califas de Oriente» (1).

Los cristianos del Norte no cejaron en su noble empresa de arrancar comarcas á los dominios muslimes, no obstante que aquéllos ya no contaban en su auxilio con las guerras intestinas de sus enemigos. Las huestes de Todmir y de Valencia concurrieron á la famosa batalla de Simancas, que á tanta altura puso el nombre de Ramiro II.

Para repeler las continuas y atrevidas incursiones del rey de León, publicó Abderrahmán III el algihed ó guerra santa. En el tercer cuerpo de ejército y á las inmediatas órdenes del Califa, iban las huestes de que va hecho mérito. El walí de Valencia quedó con Abdallah ben Gamrí, quien, con 20.000 muslimes tenía sitiada á Zamora.

En la sangrienta batalla del 5 de agosto del año 939 (2) (no del 22 de julio, ó sea, tres días después del eclipse de xawal del año 327, como asegura Conde, que, sin duda, toma esta fecha del Masudí), pereció á la vista de Abderrahmán III, que mandaba el cuerpo de reserva, en que estaban las huestes de Todmir y de Valencia, el cadí de ésta, Gehaf ben Yemen. No quedó sin recompensa para su

(1) Conde, II, 68.

(2) La víspera de los santos Justo y Pastor (Sampiro, c. XXII y XXIII).

familia el sacrificio del cadi. Estando de regreso en Córdoba el Califa, después que en Mérida despidió aquellas huestes, dió á Giafar, el hijo, el mismo cargo eclesiástico-civil que el difunto habia desempeñado (1).

Tiene, pues, razón la Crónica General, cuando, al relatar los hechos del Cid que interesan á nuestra región, afirma que los ascendientes de Aben Gehaf, el mandado quemar por Rodrigo, en mayo de 1095, habían desde tiempo muy antiguo desempeñado en Valencia las funciones de cadi. «Era de buenos omes, ca sus abuelos é su padre, des que fuera Valencia de moros, siempre fueron alcaides uno empós de otro fasta su tiempo: e eran omes sabios é muy ricos» (2).

Hijo del cadi Giafar, el recompensado á causa de la muerte de su padre en 5 agosto de 939, pudo ser Abderrahmán ben Gehaf, que fué cadi de Valencia durante el reinado de Al Háquem II. De su importancia hablaremos al tratar de dicho reinado. Conócense de Abderrahmán dos hijos, Abdallah y Giafar. Tuvo Abdallah un hijo, también llamado Abderrahmán, nacido el año 383 (febrero 993-994) y muerto en el 472 (1079-1080). De él cuenta Ad Dabi, que fué cadi de Valencia, que pertenecía á un linaje que se distinguía por su principalidad y ciencia, y cuyos individuos se sucedían unos á otros en el gobierno de la ciudad. De su sobrino Abu Ahmed Giafar Aben Gehaf ya nos ocuparemos detenidamente en su lugar oportuno, ó sea, al narrar los hechos de Rodrigo Díaz de

(1) Conde, II, 80 y 81.
(2) Crónica general, fol. 324.

Vivar. Es, como se ha visto, notable la concordancia entre Conde, la General y un distinguido arabista valenciano, todos ellos conformes en cuanto á la importancia de los Beni Gehaf, célebre familia de entre la esplendorosa nobleza musulmana de Valencia (1).

En el Ajbar Machmua se dá la razón de esa derrota y se señala el comienzo de la influencia de los *eslavos* sobre la de la orgullosa aristocracia árabe. Lo uno y lo otro importa sea conocido, por la relación que tiene con sucesos privativos de nuestra región.

«El Califa, á quien Dios perdone, se acabó de entregar á los placeres, y sus triunfos le llenaron de vanidad. Desde entonces concedió los empleos al favor y no al mérito; eligió para ministros á personas incapaces, é irritó á los nobles elevando á las más altas dignidades á hombres salidos de la nada..... Los generales de noble alcurnia acordaron entre sí dejarse derrotar, proyecto que llevaron á cabo en la campaña del año 326 (2). El Califa, que había llamado á sus banderas un número inmenso de soldados y que había gastado enormes sumas en esta expedición, la había bautizado de antemano con el nombre de *campaña del poder supremo*; pero sufrió la más vergonzosa derrota. Durante muchos días consecutivos los enemigos persiguieron á sus soldados de etapa en etapa, llevando la muerte por todas partes y haciéndoles un gran número de prisioneros. Muy pocos oficiales lograron reunir bajo sus banderas una parte de sus soldados dispersos y volverlos á conducir á sus hogares. Desde entonces el Califa renunció acompañar al ejército cuando iba á campaña, y desde aquel día sólo se ocupó de sus placeres y de sus barcos» (3).

Al cesar la aristocracia árabe de tener importancia

(1) *El Archivo*, I, 349-357.
(2) Debe ser 327 (octubre 938-939).
(3) Ajbar, fol.

en los negocios del Estado, los Beni Cásim, descendientes del gobernador de España Abdelmélic ben Katan (741), se retiraron á Alpuente, provincia de Valencia, donde tenian vastos dominios. Todavía queda en la de Castellón un pueblo que se llama Beni Cásim (1).

¿Y quiénes eran los eslavos, que llegaron á dominar en toda la región de Levante? (2). Al principio el nombre de eslavos se aplicaba á los prisioneros que los pueblos germánicos hacían en sus guerras contra las naciones así llamadas, y que vendían á los sarracenos españoles. Con el tiempo, cuando se comenzaron á comprender bajo el nombre de eslavos una multitud de pueblos que pertenecían á otras razas, se dió este nombre á todos los extranjeros que servían en el harem ó en el ejército, cualquiera que fuese su origen. Según el precioso testimonio de un viajero árabe del siglo X, los eslavos que tenía á su servicio el califa español, eran gallegos, francos (franceses y alemanes), lombardos, calabreses y procedentes de la costa septentrional del Mar Negro. Algunos habían sido hechos prisioneros por los piratas andaluces; otros habían sido comprados en los pueblos de Italia; porque los judíos, *especulando con la miseria de los pueblos*, compraban niños de uno y otro sexo y los llevaban á los puertos de mar, donde naves griegas y venecianas iban á buscarlos para llevárselos á los sarracenos; otros, esto es, los *eunucos*, destinados al servicio del harem,

(1) Dozy, *Historia*, IV, 362.
(2) Ibídem, IV, 1.

llegaban de Francia, *donde había grandes manufacturas de eunucos dirigidas por judíos.* Era muy famosa la de Verdún; y había otras en el Mediodía.

«Como la mayor parte de estos cautivos eran pequeños, cuando llegaban á España, adoptaban fácilmente la religión, la lengua y las costumbres de sus señores. Muchos de ellos recibían una educación esmerada: de suerte que más adelante gustaban de reunir bibliotecas y componer versos. Siempre habían sido numerosos los eslavos en la corte y en el ejército de los emires de Córdoba; pero nunca lo fueron tanto como en tiempo de Abderrahmán III. Su número se elevaba entonces á 3.750, según unos; á 6.087, según otros, y hay quien los hace subir á 13.750.

»Esclavos ellos, tenían, sin embargo, otros esclavos á su servicio, y poseían tierras muy extensas. Abderrahmán los invistió con las más importantes funciones militares y civiles; y, en su odio hacia la aristocracia, obligó á las gentes de alta alcurnia, que contaban entre sus ascendientes los héroes del desierto, á humillarse ante estos advenedizos, á quienes despreciaban soberanamente» (1).

Abderrahmán III, el primer califa español, murió en la noche del miércoles, 16 octubre de 961, y dejó por sucesor á su hijo Al Háquem, segundo de este nombre.

Se ha dicho, y no sin motivo, que cuando la Historia calla está la humanidad de enhorabuena. Concretándose dicha ciencia en la antigüedad, y hasta en nuestros mismos tiempos, salvo muy contadas excepciones, á narrar los hechos que fascinan al vulgo, amigo de sucesos ruidosos, tales como guerras, y despreciando el curso de la cabeza y del corazón,

(1) Dozy, *Historia*, III, 3.

cuyas conquistas se realizan en el silencio y sin efusión de sangre; poco interés ofrecería á nuestros lectores el reinado del segundo califa, si la ilustración de los mismos no comprendiese que fuera de las desgarradoras escenas del campo de batalla, es donde ha de buscarse de ordinario el verdadero y legítimo progreso.

No pequeña parte de la gloria de Al Háquem II alcanza á Valencia, pues que valenciano fué su maestro. Las sabias lecciones de Ozmán el Moshafí, sacaron á un aprovechado discípulo, al más ilustrado y benéfico de los califas españoles. Contribuyendo en no poco la educación del príncipe, y gracias también al natural desarrollo de los acontecimientos políticos, es lo cierto que las ártes de la paz tuvieron una protección que hasta entonces no se les había dispensado, y el efecto de esta preciosa labor, por lo que atañe á las letras, pudo en nuestra región palparse durante el reinado del indefinible Hixem II.

Fué durante el reinado de Al Háquem II cadí de Valencia, Abderrahmán ben Gehaf, y de la estimación que en la corte se le tenía, es testimonio el hecho siguiente: un príncipe destronado del norte, llamado Ordoño, vino á implorar la ayuda del Califa. En el trayecto salieron varios destacamentos de brillante caballería, para festejarle y otorgarle los honores debidos á su alto rango. Por indicación del Califa salieron á recibirle en las inmediaciones de Córdoba, con numerosos regimientos, los cadíes de Valencia y de Guadalajara. Ellos fueron también, después de la solemne pública recepción en el palacio de Az Zahra, en la

cual se prometió el apoyo al príncipe cristiano, los designados para acompañarle y restablecerle en el trono (1).

Entonces llegó el Califato al apogeo de esplendor. Al Háquem recordó, al efecto de hacer lo menos cruentos posible los necesarios horrores de la guerra, las obligaciones del muslim en ella; prohibió el uso del vino, muy generalizado al amparo de ciertos pretextos, y mandó arrancar las viñas, hasta dejar sólo una tercera parte, para pasa, arrope y otras composiciones lícitas y saludables; y á beneficio de la prolongada paz de que disfrutó, acudió al fomento de la agricultura. No tuvo en olvido, como es consiguiente, la canalización para el riego, y fueron abiertas, como en otras provincias, acequias en la de Valencia. Este buen rey, como dicen sus justos ó apasionados admiradores, trocó en rejas de arado y en azadones las lanzas y espadas; y volvió los espíritus inquietos y guerreros de los muslimes en pacíficos pastores y campesinos (2).

¡Cuán pocos han sido los gobernantes que hayan tomado á empeño resucitar los hermosos tiempos de la Arcadia! ¡Bendito sea el valenciano Ozmán, que supo formar tan noble corazón en el nobilísimo Al Háquem!

Así como el sentimiento de humanidad fácilmente nos hace otorgar aplausos á todo lo que dice favor á nuestra especie, el espíritu de justicia, que debe presidir á quien sólo viene obligado á relatar hechos, nos pone en el caso de moderar los entusiasmos que en

(1) *El Archivo*, I, 249-250.
(2) Conde, II, 90 y 94.

nosotros despierta el cuadro que, como él sólo sabe hacerlo, ofrece á nuestra contemplación el sapientísimo Conde.

No faltan quienes ciegamente, ó movidos á impulsos de espíritu sectario, mal de que no juzgamos exento á dicho autor, como puede verse en el prólogo de otro libro suyo, establezcan parangón entre la influencia cristiana y algunas otras, saliendo, como de intento se propuso, no bien parada la primera. Porque es en nosotros un deber ineludible dejar las cosas en su puesto, hacemos nuestras las siguientes observaciones, muy pertinentes al caso de la influencia sarracena en la propiedad material de nuestro suelo.

«Quisiéramos que se nos hubiera demostrado fuesen los árabes los que establecieron los riegos de la provincia, pues nos viene cuesta arriba que los esfuerzos individuales de aquel pueblo apático (el árabe) realizasen lo que suponen no pudieron hacer los ricos poseedores de los *latifundia* romanos. Sería de desear mayor certidumbre respecto á la trasmisión de las costumbres agrícolas, industriales y comerciales, pues no vemos en lo que se propone relación de continuidad. Muchas cosas son ahora tales espontáneamente, porque salen de su naturaleza íntima, no por propagación. Veámoslo.

»Viene la Reconquista, y los lugares fuertes son ocupados exclusivamente por cristianos, y los pequeños y rurales, por los moros, que tienen, además, morerías en las capitales. Los cristianos, catalanes ó aragoneses en su mayor parte, seguían, naturalmente, el estilo de su país, acomodándose á las exigencias del suelo y clima valenciano. Los moros, aislados, poca influencia :ieron en sus vecinos, superiores en civilización, con sus pre-iiones de dominio sobre aquéllos. Nótese que los moros no ieron nunca cristianos á sueldo, y el amo es el que impone la na de la labranza, y no el criado.

»Pero demos por sentado que los moros nos trajeran de Marruecos, ó los árabes, de los desiertos, el modo de regar artificialmente los campos, aprovechando las aguas de los ríos, y que fueron tan buenos agricultores, que llegaran á convertir en un verjel la provincia.... ¿Cómo se explica que al ser arrancados de cuajo y trasplantados á estas regiones los catalanes y aragoneses, no se convirtió en páramo todo este reino?» (1).

Para los que hayan tenido ocasión de registrar nuestros archivos, no será tarea pesada precisar las fechas á partir de las cuales arranca la apertura de canales de riego en la región de Levante. Ignoramos si en el resto de la Península sucedería lo propio, y á pensarlo así nos inclinan los comunes elogios con que se envuelve la decantada prosperidad del suelo valenciano y la de toda España en los tiempos de Al Háquem II. Entiéndase qne no tenemos empeño en eclipsar el brillo de las glorias árabes; sentimos, por lo contrario, no pequeño cariño á sus cosas, pues difícil es dar un paso, sin tropezar con mil y mil restos suyos.

Á la muerte de Al Háquem II, ocurrida á 2 de sáfer del año 366 (30 de septiembre de 976), subió al trono su hijo Hixem II, cuyo reinado fué de los más largos, pues alcanza hasta el 22 de abril de 1013, en que Suleimán «hizo de él lo que se ignora, pues nunca más pareció vivo ni muerto, ni dejó sucesión sinó de calamidades y discordia civil» (2).

Hijo del sabio berberisco valenciano Ozmán de

(1) *El Archivo*, IV, 190-191.—Tampoco son despreciables las reflexiones que en el mismo libro (II 232-235) se hacen acerca de la influencia sarracena en la prosperidad agrícola de nuestro reino.

(2) Conde, II, 108.

Moshafi, maestro de Al Háquem II, el más ilustrado de los califas españoles, fué el poeta Giafar, desgraciado ministro de Hixem II y que preparó la exaltación del famoso Almanzor (1).

La personalidad del desdichado é inepto Hixem II, fanatizado é intencionadamente embrutecido por el omnipotente ministro y la sultana madre Zobh, ó Aurora, viuda de Al Háquem II, queda oculta en el serrallo y envuelta en las sombras del misterio. Reaparece luego dando rienda suelta á instintos de crueldad, esparce la semilla de que surgen los reinos de Taifas ó de las Pequeñas Dinastías, y, sin que á ciencia cierta nada se sepa, yace poco después sepultado por siempre en la noche del olvido.

Para tropezar con algo que para nosotros encierre algún interés, hemos de trasladarnos al año 985, fecha de la vigésima tercia expedición del llamado por antonomasia Al Manzor (El Victorioso). Llamóse Muhámad ben Abdallah ben Abu Ahmer el Moaferí; era biznieto de Abdelmélic de Wasit, que con Tárik entró en España, y abuelo de Abdeláziz, el primer emir independiente que tuvo Valencia. Por su afabilidad, gentileza, valor y consumada prudencia, comprendió la viuda que convenía depositar en sus manos las riendas del Estado.

No faltó quien censurara, bien que en secreto, la elección: y fué Giafar ben Ozmán, que miró la elevación de Muhámad como menosprecio de sus ...andes y antiguos servicios. Y, como el mayordomo

(1) *El Archivo*, I, 169.

y ministro de Sobehia rompiera los pactos de paz que el último califa tuviera con los cristianos de Asturias y del resto de España, y, en cambio, entrara en amistad con los que fueron enemigos de Al Háquem II, las murmuraciones y censuras del ex-hágib Abulhassán Giafar ben Ozman el Moshafi y de algún otro, fueron en aumento. El poeta valenciano fué puesto en prisión, y sus bienes quedaron aplicados al fisco el año 368 (978-979) (1).

El año 985 resolvió Almanzor volver sus armas contra Cataluña, feudo del rey de Francia, sabedor de que ésta era presa de la anarquía feudal y que mal podía, por tanto, auxiliar á los condes catalanes. Hasta entonces habían los califas respetado el ángulo nordeste de la Península, pues no ignoraban que al combatir al territorio habían de medir también sus armas con las de allende el Pirineo.

Después de reunir crecido número de tropas y seguido de unos cuarenta poetas que cantasen sus victorias, salió de Córdoba el 12 de dilhagia del año 374 (5 mayo de 985). Pasó por Elbira, Baza y Lorca, y vino á parar en Todmir. Allí se detuvo hasta que acudiesen las gentes y naves del Algarbe. Estuvo aposentado en casa de Áhmed ben Al Khattab ben Dagim, amil de la ciudad, según unos, y simple particular, según otros. Sus propiedades eran grandísimas, y enormes sus rentas. Era cliente de los Omeyas y, lo más probable, de origen godo. Acaso descendía de Teodomiro, el príncipe que en abril de 713 acabó

(1) Conde, II, 96 y 97.

capitulación tan honrosa con Abdeláziz ben Muza. En la primera mitad del siglo XIII, los Beni Khattab se suponían árabes; pero sus antepasados del siglo X no pensaban siquiera en atribuirse semejante abolengo.

Trece días estuvo Almanzor hospedado en casa de Áhmed. Durante ellos, el hágib, los caballeros y caudillos, y los jinetes y peones de los mismos, tuvieron abundante comida, y jamás por segunda vez se presentó en la mesa del ministro manjares de que ya hubiese comido ni vajilla de que ya hubiera hecho uso. La esplendidez de Aben Khattab llegó al extremo de servir delicados baños de agua de rosa y con profusión de aromas á los principales caudillos. En blandos lechos de preciosos paños de seda entretejida con oro se entregaban al sueño.

Por más que Almanzor estuviese acostumbrado al lujo, causóle admiración el que Áhmed había desplegado. De ahí que exclamara ante sus caudillos y caballeros: «En verdad que Áhmed no sabe aposentar gente de guerra; yo me guardaré de enviar por aquí tropas de algihed ni fronteros, para quien sus arreos son las armas, y el descanso, el pelear. Pero también es cierto que no ha nacido para vulgar pechero un hombre de tan generosa condición: y, así, en nombre de nuestro señor, el rey Hixem, yo le hago franco de pagar tributos durante su vida.»

Cuando Almanzor estuvo de regreso en Córdoba, convidó á Khattab, le honró mucho, le tituló «el bsequioso,» le regaló una linda esclava de su alcázar hizo que el Califa le otorgara grandes privilegios. ›lvió el cadí á su amelia ó gobierno no descontento

de la buena recompensa á su nada común generosidad. Tampoco faltó de entre los poetas que formaban el corteo de Almanzor, quien perpetuase con elegantes versos el suceso: fué el trovador Omeya ben Galib.

Contemporáneo de Áhmed fué Abu Becri, caballero muy favorecido de la reina madre, y tan rico, que se contaban como suyas en tierra de Todmir más de mil alquerías (1).

Dejando á Murcia, alcaidía de Todmir, prosiguió Almanzor su marcha hacia el norte, engrosando el ejército con tropas de á pie y de á caballo que recogió al paso por Valencia, Tortosa y Tarragona. Después de haber batido al conde Borrell II, llegó delante de Barcelona el miércoles, 1.º de julio; y el lunes siguiente, día 6, la tomó por asalto. Conquistada la ciudad condal, en la marcha hacia Córdoba por lo interior de España, despidió las huestes de Todmir y Valencia (2).

Como si los laureles de las glorias militares hubieran nacido para entrelazarse con los de las letras, asoman los primeros frutos de la nunca bastante alabada administración de Al Háquem II.

Abu Abdallah, hijo de padre valenciano, fué muy competente y feliz en juzgar de las cosas ocultas y venideras. Aziz Bihla, rey de Egipto y el segundo de los califas fathimitas, le distinguía con su familiaridad en los consejos y prestaba el mayor asentimiento á sus indicaciones. En gracia ante el monarca superó

(1) Conde, II, 97.
(2) Dozy, *Historia*, III, 10.—Conde, II, 98.

en mucho á los mismos egipcios. Acabó sus días en la primavera de 996 (1).

También es digno de mención Aben al Maxath. Por las recomendables dotes que le adornaban, sobre todo por la manera con que explicaba el Corán, se captó las simpatías de Almanzor: de ahí que le confiara la dirección de importantes funciones administrativas, tales como los cadiazgos de Écija, Osuna, Carmona, Morón, Jaén y Valencia. Murió el año 397 (septiembre 1006-1007) (2).

Floreció, igualmente, en el siglo IV de la Hegira (912-1008), Muhámad ben Man ben Somadeh, de la familia Abu Yahya, de los Todgibitas, llamado Al Motacim Bihla y Al Watec Bihla. Nacido en Zaragoza, cuyo gobierno tuvieron su padre y su abuelo, walí que fué éste de Huesca; cuando la guerra civil, se amparó en Valencia, junto á su primer emir, Abdelàziz, á quien poco después dió en matrimonio una hija (3).

En el siglo X de nuestra era, un autor árabe, Abderrahmán Abu Matreph, escribió un libro de Agricultura, en el cual trata, principalmente, de las plantas que nacen en el litoral de Denia, no pasando por alto, como es consiguiente, las laderas del Mongó, al que da ya el nombre *Caun*, como el Nubiense. Del libro del autor granadino, varón docto y de buenas costumbres, nada más se sabe (4).

(1) Casiri, I, 407.

(2) Pons, *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, núm. 61.

(3) Casiri, I, 40.

(4) Casiri, II, 130.

Algo semejante á la ninguna utilidad que á nuestro reino resulta de la obra del citado autor, ocurre respecto del historiador Abèn al Faradhi. Nació en Córdoba en dilcada del 351 (diciembre de 962); en el 382 (992-993) se dirigió á Oriente y, á su regreso, reinando ya el Modhi Bihla (el conciliador de los ánimos desavenidos), ó sea Muhámad II (marzo de 1009), desempeñó el cadiazgo de Valencia. Ésta y Todmir siguieron el bando de Muhámad ben Hixem. Al escribir el docto biógrafo cordobés su erudita crónica de los sabios moros españoles, no había de olvidarse de los valencianos, entre quienes vivió. La desgracia quiere que no haya aparecido aún ningún códice de la obra de Aben al Faradhi, muerto en 20 abril de 1013, al apoderarse de Córdoba los berberiscos (1).

Por ningún lado asoma la influencia civilizadora de los mahometanos en nuestro reino, hasta que llega para el Califato la época más tormentosa. Mientras los elementos naturales del país no se asocian á los dominadores, ni un solo autor arábigo-valenciano figura en la serie de sabios musulmanes españoles. Ese hecho innegable prueba hasta la evidencia, que no fué la cultura mahometana la que civilizó el país, sinó que el progreso cristiano aún despidió algunos destellos, no obstante la acción refractaria del Islamismo.

Al producirse la amalgama arábico-hispana, aparece la larga serie de sabios valencianos. Muy del caso es señalemos, siquiera sea con la generalidad que permiten los datos, el sitio adonde fueron á repo—

---

(1) Pons, núm. 71.—*El Archivo*, I, 209.—Conde, II.

sar los restos mortales de la mayor parte de esos sabios.

Cuatro ó cinco eran las macboras ó cementerios musulmanes de Valencia: el de las *Chozas* ó *Cabañas* (macbora al jiamí), el de la Puerta Boatella, el de la Puerta de la Culebra y el de la Mossala. Su situación correspondía: el de las Cabañas, al término de la calle San Vicente; el de la Boatella, á la plaza de San Francisco; el de la Culebra, á las afueras del portal de Valldigna, y el de la Mossala, estaría, tal vez, en las de la Xarea, hacia el levante, no lejos del Fosar de Benimaclet. Así se desprende de algunas biografías sarracenas y del libro de apuntes para el repartimiento de Valencia (1).

Mientras vivió el ministro favorito de la sultana Sobehia, mantúvose fuerte y vigoroso el imperio fundado por Abderrahmán I, afirmado en la dinastía por Abderrahmán II y robustecido por Abderrahmán III, en cuyo tiempo sucumbió la independencia española. Muerto Almanzor el lunes, 16 de julio de 1002, á consecuencia de las heridas que recibió en la para el Islam funesta jornada de Calatañazor, ó el 10 de agosto del mismo año, efecto de su avanzada edad, sonó para el Califato la señal de su próxima ruina (2).

---

(1) *El Archivo*, I, 209-219.
(2) Conde, II, 102.—Dozy, *Historia*.

CAPÍTULO VII

Disolución del Califato

(1002-1031)

Abderrahmán Sanchuelo, padre del primer emir independiente de Valencia.—Los señores eslavos de la región de levante siguen la parcialidad de los Omeyas.—El hágib Wadha logra de Hixem II la concesión de alcaidías y tenencias perpetuas á favor de los eslavos de Todmir, Cartagena, Alicante, Denia y Játiba.—Modhafar, Mobarac y Lebib, señores de Valencia y de Tortosa.—El alcaide Aben al Faradhí.—La Salhá.—Solemne proclamación de Abderrahmán IV en Valencia.—Abd el Wahidi, walí 'l codá de Játiba.—Hixem III en Alpuente.—Ilustre genealogía de los Beni Cásim.

A la muerte de Almanzor, Hixem II tráspasó las funciones del ministro á su hijo Abdelmélic al Mudháfar; y no lo hizo del todo mal el nuevo hágib, pero la estrella de los Meruades declinaba con marcha apresurada al ocaso. No sin sospechas de haberle envenenado su hermano Abderrahmán, tan presuntuoso como inepto, murió en Córdoba en octubre de 1008.

Al morir Mudháfar en la flor de sus años, le sucedió su hermano Abderrahmán, odiado de los faquíes, porque su madre era hija de un conde de Castilla ó de Navarra, llamado Sancho, de donde le vino al hágib el título despectivo *Sanchuelo*; porque amaba con pasión los placeres y hacía pública ostentación de impiedad, y porque se le acusaba de haber sido él quien con una manzana envenenada había causado la muerte á su hermano.

Había en los musulmanes otro motivo de disgusto. Elevado Almanzor á la cumbre del poder con el apoyo de la formidable clientela de los generales bereberes y eslavos, éstos eran objeto de gran aversión por los árabes de alta alcurnia, que se veían alejados del mando.

Una imprudencia de Sanchuelo ocasionó su caída y mísero remate. Pidió á Hixem II, que no tenía hijos, le declarase sucesor. El Califa, después de alguna vacilación y previa consulta á varios teólogos, que opinaron favorablemente, accedió, por noviembre del mismo año 1008, á la pretensión del hágib. Al cundir la noticia de semejante atrevimiento, el odio de los cordobeses llegó al colmo.

No tardó sinó dos meses el producirse una revolución, principio de la porfiada guerra civil que acabó con el Califato. El viernes, 14 enero de 1009, salió Abderrahmán á campaña contra los leoneses: las nieves le obligaron á cejar en la empresa. El martes, 15 de febrero, estalló en Córdoba la insurrección, y en menos de veinticuatro horas se derrumbó el poderío de los clientes ameríes, que eran numerosos y fuertes. El 26 de febrero, Muhámad el Mohdi Bihla despojaba del trono á su primo Hixem II, y gracias á los ruegos de Wadha, le perdonó la vida, si bien le condenó á reclusión perpetua.

Abandonado de los suyos Abderrahmán Sanchuelo, se sometió á Muhámad el 4 de marzo. Envió á Córdoba su harem, compuesto de 70 mujeres. No tardó él tampoco en llegar á la capital del Califato. Un día después, martes, 18 de récheb de 399 (17

marzo de 1009), era asesinado Sanchuelo, padre del primer emir autónomo de Valencia, y clavado en una cruz (1).

Ya aclamado por rey Muhámad II, como primer acto de soberanía ordenó la salida de la guardia africana. Berberiscos y zenetas se opusieron con las armas en la mano, pero fueron vencidos y expulsados de la ciudad el 7 de junio. La cabeza del jefe fué lanzada fuera del muro. Eligieron por vengador á Suleimán, primo del decapitado, y, considerando que eran pocas sus fuerzas, reclamaron auxilios del rey de León, Alfonso V; derrotaron á Muhámad II el 7 de noviembre, y tuvo él que refugiarse en Toledo, de donde era walí su hijo Obeidaláh. Suleimán hizo su entrada en Córdoba el 7 de diciembre.

Por mediación del hijo, alcanzó Muhámad socorros de Ramón y Armengol, condes de Barcelona. Cuando Suleimán supo que Muhámad, con escogida gente de Toledo, Valencia y Murcia y de catalanes, se acercaba á marchas forzadas, quiso oponérsele y fué derrotado. Hizo Muhámad su entrada en Córdoba. Creyéndose ya seguro, despidió á sus auxiliares catalanes. Trató, en una salida, de acabar con los africanos, pero experimentó la más espantosa derrota y se vió obligado á encerrarse en la capital (2).

El fiel Wadha juzgó aquél el momento más oportuno para libertar á su amo, Hixem II. Hízolo así el domingo 21 de julio de 1010, puesto de acuerdo con

(1) Dozy, III, 13.
(2) Conde, II, 106.

los eslavos, y el hijo de Al Háquem II fué restablecido en el trono (1). El pueblo, que ya le tenia por muerto, al verle prorumpió en estruendosos vitores y aclamaciones. Como primer acto de su restauración hizo cortar la cabeza á su primo Muhámad II y lanzarla fuera del muro. Ya dijimos que durante el corto reinado del primo de Hixem II, desempeñó el cadiazgo de Valencia Aben al Faradhí.

Wadha fué desde entonces el árbitro de la voluntad de Hixem II, que le nombró su hágib. La influencia del ministro con el Califa llegó á su apogeo, cuando venció también á Obeidalah, que desde Toledo y movido á excitaciones de Suleimán, acudía á vengar la muerte de su padre. Hixem le llenó entonces de recompensas y le concedió, para sus eslavos y amiries, alcaidias y tenencias perpetuas: entre otras, los gobiernos de Todmir, Cartagena, Alicante, Almería, Denia y Játiba, y confirmó en otras á los que las tenian (2).

Ya al salir Wadha de Córdoba para oponerse al paso del hijo de Muhámad II, dejó el mando de la gente de la capital á los caudillos eslavos Tahor y Anbaro, ó sean, el Modháffar y Mobarac, quienes á principios del siglo V de la Hegira (1009) aparecen como señores de Valencia. El historiador Aben Bassam es el único que habla de ellos. Primero fueron esclavos de Mojarec el Amirí, quien, á su vez, debió serlo de Almanzor, ó de Almudháfar su hijo. Eran, al parecer, encargados de la acequia de Valencia, antes del año

(1) Dozy, III, 14.
(2) Conde, II, 108.

401 (1010), en que entraron al servicio del wacir Abderrahmán ben Yazir. De una moneda suya consta que en el 407 (1016-1017) eran ya dueños de Valencia. El poeta Abu Obadlah les dedica unos versos. Los valencianos se rebelaron contra ellos, robaron el palacio de Mobarac ó Anbaro, quien siempre ocupa lugar preferente, y proclamaron á Lebib, también eslavo y señor de Tortosa (1).

De ellos se valió Wadha para ahuyentar de Córdoba á los africanos de Suleimán el año 401 (1010-1011). Como Suleimán invocara el auxilio de los walíes de la España oriental, Wadha recurrió á Alí ben Hamud, gobernador de Ceuta, á quien prometió la sucesión de Hixem. Encontrada la carta en que contenía la promesa, el Califa le hizo cortar la cabeza (16 octubre de 1011), y le sustituyó en el cargo de hágib con Khairán, eslavo señor de Almería. Á pesar de la diligencia y valor del nuevo ministro, Suleimán entró en Córdoba el lunes, 6 de xawal de 403 (20 de abril de 1013). Entre los muchos que entonces sucumbieron víctimas del furor africano, se cuenta al sabio Aben al Faradhí, autor de un precioso diccionario biográfico y cadí que había sido de Valencia durante el reinado de Muhámad II el Mohdi. El voto que había formulado en un momento de entusiasmo religioso se había cumplido: había alcanzado la palma del martirio. Dos días después, Suleimán era dueño del palacio de Hixem II. Á pesar de las súplicas que par conservar su vida hicieron los eslavos que formabar

(1) Dozy, IV, Cronología de los príncipes musulmanes del siglo XI.

su servidumbre, lo que de él hizo Solimán, no se sabe (1).

Desde el principio de la guerra civil, muchos gobernadores se habían declarado independientes. La toma de Córdoba por los berberiscos dió el último golpe á la unidad del Imperio. Los generales eslavos se apoderaron de las grandes ciudades del Este. Á esos tiempos alcanza la fundación de un estado que juega papel importante en los sucesos que posteriormente se desarrollan en nuestro reino. Entrado el año 404 (julio 1013-1014) el eslavo Aslao ben Razin, ó sea Abu Mohámed Hodail I ben Khalaf ben Lope ben Razin, reedificó y pobló el fuerte y villa de Santa María de Oriente, que, de su nombre, se llamó Santa María de Aben Razin, ó Albarracin, capital de la Sahla (la Llanura), cuyos dominios se extendían por parte de las actuales provincias Teruel, Castellón y Valencia (2).

Khairán, curado secretamente de sus heridas, se amparó en Orihuela, entre sus parciales y amigos. Pasó á Ceuta el año 405 (julio 1014-junio 1015) é hizo que el señor de ella, Aly ben Hamud, ayudase á sacar de la prisión á Hixem II, ó á vengar su muerte. Vino Aly, y se le unieron todos los alamiríes. Dícese que entonces, creyendo Suleimán que el encarcelado Hixem II era el fautor del levantamiento de gentes enemigas, le asesinó. Quiso Suleimán venir á batalla formal, y sin poderlo evitar, fué vencido, por defec-

Dozy, Historia, III, 15.—Conde, II, 108.—Pons, núm. 71.
Dozy, *Historia*, IV, Cronología, etc.—Conde, II, 109.

ción de los suyos; y en Córdoba fué, por orden de Aly, degollado el domingo, 17 de junio de 1016, sin que se le pudiese arrancar la confesión del fin que había dado á Hixem II (1).

Á fines del mismo año, Khairán hizo se proclamase Califa al auxiliar africano, pues Aly sostenía que Hixem II le había nombrado príncipe heredero del trono hispano-musulmán. Entonces fué cuando el walí ó gobernador de Denia, siguiendo el ejemplo de casi todos los de las provincias, se negó á reconocer la autoridad de los Beni Hamud y se declaró independiente en su waliato. Entonces fué cuando Mugehid, de quien hablaremos más por extenso, emprendió las conquistas de las Baleares y de Cerdeña. En el año siguiente 408 (mayo 1017–1018), le vemos ya en la Península, tomando parte en la empresa de restablecer la dinastía legítima (2).

Despechado Khairán porque Aly, temiendo de su influjo en Córdoba, le mandó retirarse á su gobierno de Almería, concibió el proyecto de restablecer la antigua dinastía de los Omeyas. Buscó un pretendiente, y le encontró, por marzo de 1017, en la persona de un biznieto de Abderrahmán II, del mismo nombre de su bisabuelo y que á la sazón vivía en Valencia (3).

Abderrahmán ben Muhámad ben Abdelmélic ben Abderrahmán an Nasir, llamado al Mortadhí y Abu 'l Motaraf, era, además de insigne caballero de los Omeyas, hombre virtuoso, de grandes riquezas, liberal y

(1) Conde, II, 109.
(2) *El Archivo*, II, 297-298.—Conde, II, 110.
(3) Dozy, *Historia*, III, 17. Era biznieto de Abderrahmán III.

de buen ánimo, por lo que en toda Andalucía se le amaba. El solo nombre del biznieto de Abderrahmán el Grande, el primer Califa, bastó para que muchos le prometieran el apoyo, de cuyo número fué Mondhir, gobernador de Zaragoza, de los Beni Háchim, que marchó con su aliado Ramón, conde de Barcelona, hacia el Mediodía.

El solemne acto de la proclamación de Abderrahmán IV se hizo en la ciudad de Valencia, desde donde, unidos los contingentes de los walíes aliados, marcharon hacia Córdoba. El walí de Denia, siempre dispuesto á favorecer las empresas de los amiríes, tampoco negó su concurso á la obra de Khairán (1).

Los defensores de la legitimidad fueron derrotados cerca de Baza, y el hágib tuvo que esconderse, por lo que le contaron por muerto ó preso. Con gran alegría súpose por los suyos cuál era su paradero, le envió Abderrahmán algunos caballeros para que le acompañaran y juntos le entraron como en triunfo en Almería. Allí se reunieron los alcaides de Denia, Todmir, Játiba y muchos alameríes y eslavos. No sólo Valencia y Zaragoza siguieron la voz de Abderrahmán IV, sinó también Tortosa, Tarragona y otras provincias, cuyos walíes enviaron sus cartas de obediencia. Los muslimes españoles, que siempre oyeron con cariño el nombre de los Omeyas, aceptaron con júbilo la proclamación de Al Mortahdi; y su entrada en Almería fué un día de gloria.

Preparábase Aly á combatir con Abderrahmán IV,

El Archivo, II, 298.

que se hallaba en Jaén, y tenía á punto en las afueras de Córdoba sus guardias y acémilas, cuando al tomar un baño, el 17 de abril de 1018, le ahogaron en él los eslavos que le servían. Mientras los berberiscós andaban discordes respecto del sucesor de Aly, por querer unos á Yahya y otros á Cásim, hijos ambos de aquél; Khairán y Mondhir, en reunión del 30 de abril, á la que concurrieron muchos jekes y faquíes, resolvieron que el Califato fuera electivo, y ratificaron la elección de Abderrahmán IV (1). Poco después fué éste derrotado, cerca de Granada, por Zawi, gobernador de la ciudad, que seguía la parcialidad de los Beni Hamud. Los ejércitos coligados se desbandaron; y, aunque murió el Califa, aún siguieron hacia Córdoba Khairán y Mugehid, al intento de ocuparse en la sucesión del Califato. Se separaron sin venir á acuerdo, y el walí de Denia, después de apoderarse de Tortosa, que abandonó muy pronto, volvió á sus dominios (2). Tan breve fué el reinado de Abderrahmán al Mortahdi, que no se sabe se conserve de él moneda ninguna (3).

Tras los breves reinados de Abderrahmán IV, hermano de Muhámad II, proclamado aquél en ramadhán de 414 (noviembre-diciembre 1024) y que sólo ocupó el trono 47 días; de Muhámad III, que escuchó los elegantes discursos de Abdel Wahidí de Córdoba, walí 'l codá de Játiba (4) y oriundo de Cabra, monarca

(1) Dozy, *Historia*, III, 16.—Conde, II, 111.
(2) *El Archivo*, II, 298-299.
(3) Codera, *Tratado de Numismática*, sección 3.ª
(4) Conde, II, 115.

que no reinó más de diecisiete meses, y de Yahya ben Aly, que murió en batalla el 7 de muhárram de 417 (28 febrero de 1026), llegamos al de otro biznieto de Abderrahmán III, hermano aquél de Abderrahmán IV: llamábase el príncipe, Hixem ben Muhámad ben Abdelmélic ben Abderrahmán an Nasir. Al ser proclamado, en fin de rabié 1.ª de 417 (21 mayo de 1026), tomó el título de Motad Bihla.

Á la muerte de Yahya ben Alí (28 febrero de 1026), atravesado por la lanza de Aben Abed, de Sevilla, disgustados de la dominación africana los cordobeses, se reunió el mejuar ó consejo supremo, y, merced á las solicitaciones del wacir Abu 'l Hezamí, prestóse oído á los emisarios de los señores eslavos del este, Mugehid, de Denia, y Khairán, de Almería, cuyos embajadores les prometieron el auxilio de sus amos, si se atrevían á sacudir el yugo africano. En mayo de 1026 cumplieron su ofrecimiento, y los africanos fueron lanzados de Córdoba. Desavenidos los príncipes auxiliares, en 12 de junio se retiró á Almería el caudillo Khairán y poco después Mugehid á Denia, sin que hubieran llevado á cabo el restablecimiento de la monarquía legítima.

Abu 'l Hazm ben Djahawar, el más influyente del consejo, puesto de acuerdo con los jefes de las fronteras, se resolvió á elevar al trono á Hixem, hermano primogénito de Abderrahmán IV. Contaba más que éste cuatro años, y tenía á la sazón 51, pues había ..do en el 364 (septiembre 974-975). En abril 1027 prestaron á Hixem III juramento de obedien- los habitantes de Córdoba; pero aún se gastaron

cerca de tres años en allanar las dificultades para ocupar el trono (1).

Como á su hermano Abderrahmán IV le alcanzó la proclamación en Valencia, él recibió el ofrecimiento de la corona estando retirado en un rincón de nuestra provincia. Á la muerte de su hermano se refugió en Hisn Albonte (2), ó sea Alpuente (3), junto á Abdallah ben Cásim el Fihrí, alcaide de aquella fortaleza.

No era despreciable el abolengo del alcaide Aben Cásim; y tanto más digna de admirar es la protección que dispensara al Omeya, si se tiene en cuenta que sus antepasados sostuvieron encarnizada lucha con Abderrahmán I. Los señores de Alpuente descendían de Abdelmélic ben Katan el Fihrí, que fué dos veces emir de España por los califas de Damasco. Vino á la Península en ramadhán de 114 (octubre-noviembre de 732), y duró su gobierno, la primera vez, hasta xawal de 116 (nov. de 734), y la segunda, desde sáfer de 123 hasta dilcada del mismo año (enero-septiembre de 741).

Por su mala conducta, pues era de carácter despótico é injusto en sus sentencias, fué relevado primero, por más que se había distinguido en la guerra con los vascones. Se sublevó contra Ôcba, que vino á reemplazarle y tuvo que abandonar el Andalos; pero, á la venida de Balch, con los sirios, le venció é hízole crucificar, en Córdoba, al otro lado del Guadalquivir, y entre un perro y un cerdo.

(1) Dozy, *Historia*, III, 17.
(2) Conde, II, 117.
(3) Dozy, loc. cit.

Hermano de Abdelmélic era el padre de Yúsuf. Yúsuf fué el último gobernador que tuvo España á la venida de los Omeyas; y su padre, ó sea el hermano de Abdelmélic, vino á España con Habib ben Abú Obeida el Fihrí, uno de los testigos que subscribieron, en abril de 713, el pacto entre Teodomiro y Abdeláziz (1).

Con la muerte de Abdelmélic concluye el importante papel que en la historia musulmana desempeñan los hijos de los «defensores de Mahoma». Se convencieron, tras tantos reveses, de que sus ambiciosas esperanzas eran irrealizables. Numerosos y ricos, vivieron condenados á la obscuridad en sus vastos dominios. Descendientes del gobernador Abdelmélic eran los Beni Cásim, que poseían vastos dominios cerca de Alpuente, provincia de Valencia. En el siglo XI, los Beni Cásim eran señores independientes en el pequeño estado en que vivía retirado Hixem III. Cierto es que aquélla fué la época en que, hundido el califato de Córdoba, todo propietario territorial se daba aires de soberano (2).

Todavía puede precisarse cómo tenía tanta importancia entonces el protector del último Omeya. «Y hay en Andalos otra frontera además de ésta (el poniente), en la que no se estableció Aben Abed, y en ella está el país de As-Sahla (la Llanura), que lo tomó para sí Hodzail ben Jalf ben Ratsim en el primer año de la quinta centuria (1010), cuando el llama-

(1) *Ajbar Machmua.*
(2) Dozy, *Historia*, I, 342-343.

miento de Hixem (II), y se apellidó Muiiad ed Daula y murió en la guerra en el año 50. Después de él reinó su hermano Jisaam ed Daula Abdelmélic ben Khalaf, sin que dejara de haber emir allí hasta que se apoderaron de ella los almorabides, quitándosela de sus manos cuando se apoderaron del Andalos. Y de aquella frontera es el pueblo de Albont (Alpuente) y Aled'ya (Aliaga). Se apoderó de ella Abdallah ben Cásim el Fihrí cuando la división de los reinos, y se apellidó Nodhzam ed Daula; y él fué el que ayudó á Hixem (III) cuando estaba con él, y, á su vez, éste le nombró walí de la aljama de Córdoba; y desde aquí se volvió á su frontera, muriendo en el año 21 (1030). Después de él reinó su hijo Mohámed Ioman ed Daula, que sostuvo guerra con Mugehid (de Denia); y después de éste reinó su hijo Ahmed Hodhad ed Daula, que murió en el año 40 (junio 1048-1049). Reinó luégo Abdallah Ionaj ed Daula hasta que lo destronaron los almorabides en el año 85 (febrero de 1092-1093)» (1).

Ya que del anterior precioso fragmento de Aben Jaldún venimos en conocimiento de los sucesores del que amparó á Hixem III, parécenos oportuno apuntar la protección que el hijo del walí de la aljama de Córdoba prestó á los literatos.

Llamábase el hijo, según queda dicho, Abú Abdallah Mohámmad ben Abdallah ben Cásim. En carta que Aben Rabib el Temení, de Cairoán (en África), dirigía á un primo de Aben Hazam, se lamentaba de

(1) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, págs. 65-66.

la negligencia de los españoles en perpetuar las noticias de sus sabios, las hazañas de sus personajes ilustres y las biografías de sus reyes. Por encargo del Aben Cásim señor de Alpuente, contestó nuestro Aben Hazam á la acusación depresiva del autor africano.

Después de saludar á su antagonista y de hacerse cargo de las inculpaciones lanzadas contra los españoles, le arguye que había aquí una asamblea literaria de hombres versados en todas las ciencias, un alcázar do residía toda suerte de excelencias, una mansión de toda elegancia y pulcritud, una morada de todo honor y dignidad: la corte del ilustre y honrado Abú Abdallah Mohámmad ben Abdallah ben Cásim, señor de Alpuente.

Algo más allá en la defensa fué el primo da Aben Hazam, pues que éste había muerto. Después de rebatir los argumentos del Temeni, evidencia las ventajas que España presenta sobre África, y acaba demostrando la superioridad literaria de los españoles con una relación de las obras concernientes á teología, jurisprudencia, ciencia de las tradiciones, gramática, lexicografía, poesía, historia, medicina, filosofía y biografía que se poseían en España (1).

De perfecto acuerdo con la relación de Aben Jaldún, son las indicaciones que acerca de los sucesores del protector de los sabios hace Dozy. Dice que le sucedió su hijo Ahmed ad Hod ad Dola, quien reinó ta 1049; y á éste, su hermano Abdallah II Djana

Pons, *Ensayo*, etc., p. 400-402.

ad Dola (1049-1092), quien alcanza los tiempos de Rodrigo Díaz de Vivar (1).

Puesto que del último Omeya nos toca el comienzo de su corto reinado, justo es consignemos sucintamente lo más notable.

Retirado vivía en agreste rincón de nuestra provincia el último vástago de los Meruanes. Era sabio, y, por lo mismo, se había alejado de Córdoba, aquel hervidero de ambiciones desapoderadas, lugar de crímenes espantosos, ciudad corroída por los vicios. Mensajeros de la capital del Califato corrieron á anunciarle la, para otros menos avisados, grata noticia; mas él recibióla con tristeza. Pretextando su avanzada edad, rehusó aceptar el más honroso cargo con que un pueblo en masa le brindaba. Á su noble alma era doloroso abandonar la tranquila existencia que en aquella soledad se deslizaba. Tampoco ignoraba que los males del Imperio eran incurables. Ruegos y más ruegos doblegaron su voluntad; pero aplazó su ida á Córdoba hasta que contuviese las correrías que con impunidad practicaban Alfonso V de León y García Sánchez de Castilla.

Día de inmenso júbilo fué para Córdoba el 18 de diciembre de 1029. En él hizo su triunfal entrada Hixem III. Apiñada multitud le rodeaba; en todos los semblantes estaba pintada la alegría; vítores y aplausos resonaban por doquiera: era la momentánea satisfacción que experimenta el enfermo postrado en lecho del cual no ha de levantarse. Aquel pueblo, amigo de

(1) *Historia*, IV, p. 362.

escenas ruidosas, no pudo apreciar el mérito de un hombre que vestía ropas humildes y montaba en mal caballo.

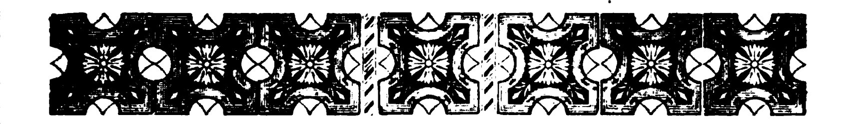
Era Hixem bueno y dulce, pero también, débil, irresoluto é indolente. Amaba los placeres de la mesa, é idolatraba á sus mujeres é hijos. Brillaban en él felices disposiciones para la vida doméstica; su mano no estaba acostumbrada á empuñar el timón del Estado. Su falta de costumbres políticas quedaron al descubierto en la primera recepción de palacio: pensamientos vulgares se descubrieron en su mente, frases incoherentes asomaron á sus labios: quedaron sin contestar los brillantes discursos con que le saludaron. Tuvo el mal gusto de elegir para su primer ministro á un pobre hombre que en sus primeros años había sido tejedor.

Á la vez que eran objeto de la predilección del Califa las casas de los pobres, los hospicios y las escuelas, trató de corregir con mano fuerte los abusos. Quiso reducir á la obediencia los walíes; pero ellos, que, como medida política, acariciaban con larguezas á sus inmediatos súbditos; que en calidad de reinos hereditarios transmitían sus posesiones á los hijos, y que acuñaban moneda, signo de la realeza, desoyeron la voz del deber. Se empeñó, durante dos años, en someterlos, y no pudo; apeló luégo á la persuasión, y le despreciaron. Hubo de resignarse á que los acontecimientos empujaran la nave al paraje que en el libro destino estaba señalado.

Estalló un motín, y el ministro fué degollado. El ico se apoderó de Hixem, y corrió, con sus muje–

res, á ampararse en una torre. «Haced de mí lo que os plazca, pero respetad á mis mujeres», gritaba el infeliz. Burló la vigilancia de los que, no teniendo valor para matarle, le habían confinado en una cárcel. Salió de ella el año 422 (diciembre 1030-1031). Paró, por fin, en Lérida, que estaba en poder de Solimán ben Hud, y allí le alcanzó la muerte en diciembre de 1036 (1).

(1) Dozy, III, 17.—Conde, II, 117.



Segunda Parte

Desde la disolución del Califato hasta la Reconquista.

(1038-1232)

CAPÍTULO I

REGIÓN DE LEVANTE DURANTE LA PRIMERA DINASTÍA DE DENIA

(1013-1076)

Mugéhid, liberto de Al Manzor.—Walí de Denia.—Declárase independiente.—Su fidelidad á la dinastía legítima.—Dominios de Mugéhid.—Sus expediciones marítimas: á las Baleares, á Cerdeña, á Italia.—Benedicto VIII.—Contrariedades que sufre Mugéhid.—Vuelve á las Baleares y á España.—Su amistad con los condes de Barcelona.—Toma parte en la proclamación de Abderrahmán IV.—Abdeláziz, primer emir de Valencia.—Causa de la enemistad entre Abdeláziz y Mugéhid.—El de Valencia hereda á Zohair, de Almería.—Vasta extensión de los dominios de Abdeláziz.—Muerte de Mugéhid.—Su carácter.—Sus hijos Alí y Hazan.—Casamientos entre los príncipes musulmanes de esta región.—Guerras entre los emires de Toledo y de Sevilla.—Distinta parcialidad que siguen Valencia y Denia.—Amistad de Alí con los condes de Barcelona.—Abdelmélic, sucesor de Abdeláziz.—Fernando I de Castilla y de León sitia á Valencia.—Al Mamún, emir de Toledo y suegro de Abdelmélic, despoja de sus estados á éste y los agrega á Toledo.—Al Moktádir, de Zaragoza, se apodera de Denia.

Uno de los libertos á quienes Almanzor hizo se diese esmerada instrucción en el Corán, fué el cordobés de origen *rumi* ó cristiano Mugéhid, fundador del emirato de Denia. Había sido *...ula* ó familiar del hágib Abderrahmán Sanchuelo, ...o de Almanzor y padre del primer emir de Valencia; ...l mismo día en que Muhámad II fué muerto (21

julio 1010), con todos los libertos amiritas salió de Córdoba. Al año siguiente (1011) fué confirmado á título de perpetuidad en el waliato de Denia por el fiel Wadha. Decapitado éste por orden del ingrato Hixem II (octubre del mismo año) y vencido el hágib Khairán (abril de 1013), era de presumir que Hixem habría muerto á manos del africano Suleimán. Ocasión oportuna se ofreció á Mugéhid para realizar sus sueños de gloria; y, para declararse independiente, bastóle trocar el título de walí, que hasta entonces usara, por el de hágib, que tuvo Almanzor, y acuñar moneda en su nombre. La fidelidad de Mugéhid á la dinastía legítima de los Omeyas, declåranla con exacta conformidad los escasos datos que arrojan la numismática, pues en todas sus monedas se reconoce como *Imam*, ó jefe supremo de la religión del Estado, á Hixem II, aceptando la farsa de los Abbadíes, y la historia, que presenta al emir de Denia siempre dispuesto á restaurar el imperio de los Meruanes.

Pero los estados de Mugéhid Edim ben Abdallah, que tomó los bélicos sobrenombres de Abu'l Geix (padre del ejército) y Al Muafec (el que prospera por la gracia de Dios), eran sobrado reducidos para que llenasen su ambición. Mudháffar era gobernador de Valencia; de Játiba lo era Mobarac, y de Murcia, Khairán. No es ello decir que, aunque corto en extensión el territorio de Denia, dejase de encerrar riquísimos pueblos, tales como Bairén (castillo de San Juan, junto á Gandía), Oriba (Oliva ú Orba), Attaya (Altea), Cocentania (Cocentaina), Potrós (Pedreguer, ó Petracos, junto á Laguar), Zácram (Sagra), Forcosa

(Barcheta, la de Alcoy) y algunos otros, cuya principal riqueza entonces, como ahora, consistía en pasa, higos y almendras.

La situación de Denia, la capital, dotada de un hermoso puerto, á que daban los árabes el significativo nombre de *Sommam* (ave de paso), convidaba á surcar el Mediterráneo. Desde la cumbre del inmediato *gebel Caon*, el *mons Caon* de los latinos, el alto Mongó, descubríase en día sereno una de las islas *Yebisath* (las Baleares), y hacia ellas se lanzó el que sería famoso pirata del Mediterráneo (1).

Confió la custodia de sus posesiones continentales á persona que fuese capaz de regirlos en tiempos tan revueltos. Al efecto, echó mano de Abdallah el Moaití, quien, huyendo el año 403 (julio 1012-1013) de la persecución de Suleimán, se había refugiado en Denia, y á quien Mugéhid le había tratado con gran consideración, hasta el punto de darle parte en el gobierno. Acabó Mugéhid por resignar, en giumada 2.ª de 405 (diciembre de 1014), el mando supremo en él: ó, lo que es igual, por mandato del soberano se le juró obediencia, se hizo por él chotba ú oración pública en los púlpitos ó mimbares y se acuñó moneda. Mugéhid no recobró la autoridad suprema de que entonces voluntariamente se despojaba, hasta que en 1018, habiendo fallecido Al Moaití, volvió á Denia (2).

---

(1) *El Archivo*, I, 251-254.

(2) *El Archivo*, II, 298.—Conde, de acuerdo con Al Makkarí, dice: «En ...a mandaba Abdallah el Moaytí, y era llamado rey y labraba moneda con ...ropio cuño, pero no pasó mucho tiempo en venir de Mayorcas el señor ...uellas islas, Mugéhid, que le privó de la soberanía y le desterró de Denia,

Después que Mugéhid preparó una buena flota, con sus gentes y otras que tomó á sueldo, acompañado de Al Moaití, navegó, en ramadhán de 405 (marzo de 1015), hacia las islas Baleares, se apoderó fácilmente de ellas y las fortificó. La ambición del caudillo dianense era insaciable. Obrando también de acuerdo con Al Moaití, preparó una escuadra de 120 velas, y en rabié 1.ª del año siguiente (agosto-septiembre de 1015), pasó á la isla grande de los rumíes (cristianos) llamada Cerdeña. Por fuerza de armas ocupó la mayor parte de ella y se apoderó de sus fortalezas (1).

Toda la isla cayó en poder del atrevido corsario, excepto la capital, Caller. Tampoco en Cerdeña se detuvo el caudillo dianense. Entrado el año 1016, aprovechando la ausencia del emperador Enrique II, ó sea, mientras los pisanos sometían en Regio de la Pulla á los sarracenos de Calabria, desembarcaron los de Mugéhid en Toscana, se apoderaron de una extensión considerable del país y se establecieron en Luni, castillo del obispo de Milán. Una noche sorprendió Mugéhid á la misma Pisa, y de ella se hubiese apoderado, si una heroína, llamada Kinzica, no hubiese llamado el pueblo á las armas, logrando los ciudadanos rechazar y ahuyentar á los invasores, no sin que la ciudad experimentase dolorosos estragos (2).

---

y se pasó á tierra de Cutema y no volvió á alzar cabeza en este mundo, que allí falleció, año 432 (II, 117).» Si Al Moaití hubiese usurpado el poder supremo, no se hubiera Mugéhid contentado con imponerle el destierro.

(1) Es admirable la conformidad entre Ad Dabi (*El Archivo*. V, 94) y Conde (II, 109).

(2) Dice Cantú (Hist. Univ. X, 3) que el hecho de la sorpresa de Pisa, si es

Temió el Papa, Benedicto VIII, mejor guerrero que pontifice, el peligro que amenazaba á la misma Roma. Reunió á todos los obispos y vizcondes de las iglesias. Como entonces no se trataba para el Supremo Pastor sinó de defender á sus ovejas de los asaltos de lobos rapaces, él mismo se puso al frente de numerosos cruzados y marchó contra los que se habian establecido en Luni. Tampoco descuidó equipar muchos barcos para que cortasen la retirada al enemigo. Conocidas de Mugéhid estas disposiciones, temió caer vivo ó muerto en poder de los cristianos, y aún pudo escapar con muy pocos de los suyos. El resto del ejército sarraceno peleó con obstinación y hasta logró durante los tres primeros dias grandes ventajas; mas al cuarto tuvo que ceder, y experimentó tan espantosa derrota, que, confusos y desordenados los infieles al verse cercados por todas partes, todos ellos quedaron en el campo de batalla. El número de los muertos no se pudo contar, ni valuar el precio del botin. Entre los despojos se encontró una diadema que valia mil libras de oro, y el Papa la regaló á Enrique II. Cayó en poder de los cristianos la reina, la mujer del jefe sarraceno, y fué decapitada. Irritado Mugéhid, sintiendo, más que todo, el trato inhumano dado á su esposa, envió al Papa un costal de castañas, como dando á entender que en el verano siguiente volveria contra él con igual -·mero de soldados que el de los objetos contenidos el saco. Recogió el pontifice el guante, contando

to, dió origen á la *Fiesta del Puente*, batalla que todos los años se empeñaba ›re el puente del Arno, y que, aunque fingida en cuanto á la intención, con ·cuencia paraba en verdadero y luctuoso combate.

con que podia dignamente contestar á semejantes jactancias: le remitió un costal de trigo, ó de maiz, para indicarle cón cuántos guerreros se proponia rechazarle si volvia otra vez, no contento con su primera expedición.

Viendo el Papa la necesidad que habia de ahuyentar de Cerdeña á los soldados de Mugéhid, quienes no sólo habian amenazado á la misma Roma, sinó que sorprendieron y saquearon á Génova, se habian apoderado de Tarento y habian llegado hasta las murallas de Salerno; consultado el parecer del Sacro Colegio y demás clero, envió el obispo de Ostia como legado á Pisa en súplica de colaboración contra el enemigo común. Los ruegos del Pontífice no se perdieron en el vacio: los nobles y feudatarios de Pisa suministraron naves y soldados; la república de Génova, los Malespina, marqueses de la Lunigiana y hasta el conde de Mútica en España (1), equiparon una escuadra. Los pisanos, que habian alcanzado del Papa el privilegio de la Cruzada y recibido el estandarte de San Pedro, despertaron el entusiasmo en Génova, cuyo auxilio reclamaron, y los soldados de ambas repúblicas pusieron á Mugéhid, que habia sido proclamado rey de Cerdeña y habia alli alzado fortalezas y reunido un numeroso ejército, en el trance de abandonar aquella su amada presa.

---

(1) Según la crónica de Ademar, por entonces llegaron los normandos á Cataluña bajo el mando de Rogerio. Entraron al servicio de Ermesinda, la cual gobernaba en nombre de su hijo menor el condado de Barcelona. Dice que pelearon contra muchos príncipes sarracenos, entre los cuales se contaba Mugéhid, señor de Denia y de las Baleares, el mayor pirata de su época, destructor de Pisa y dueño de Cerdeña (Dozy, *Los Normandos en España*, VII). ¿Sería Rogerio el conde de Mútica?

Volvamos ahora á las fuentes arábigas, que suministran mayor copia de datos acerca de Mugéhid hasta que vuelve á Denia. El mismo año en que, por consejo del eslavo Khairán, fué en Córdoba aclamado Ali ben Hamud como rey de España (13 de giumada 2.ª de 408=13 noviembre de 1017), Mugéhid, que estaba en Cerdeña, notó que á los entusiastas y frecuentes aplausos con que antes le aclamaban sus tropas, cansadas del clima de la isla, de la prolongada ausencia de España y de la porfiada guerra que los cristianos les hacían, sucedieron mal comprimidas murmuraciones contra su ambición y codicia. «No bastan, decían, á este emir las riquezas y fertilidad de sus estados en lo más ameno y delicioso de España y en las islas Yebisath, y pasa el bravo mar acometiendo sus continuos y grandes peligros por hacer nuevas adquisiciones. Y de todas ellas ¿qué provecho redunda á los que con tanto trabajo seguimos sus banderas y servimos á sus temerarias intenciones? El ser despojo de la muerte y pasto de las voraces fieras.»

La desmoralización de un ejército es manifiesta cuando discute y aprecia las órdenes de sus caudillos. Se le rebeló la milicia y marchó á engrosar las filas de los rumíes. Gran muchedumbre de éstos, naturales de la isla y auxiliares de la coalición provocada por el Santo Padre, se aproximaban, apoyados, á la vez, por nerosa flota. Pensó entonces abandonar lo que ya e escapaba de las manos, Cerdeña, y volver á Espapara aniquilar la facción adversa de los Hamudíes; ya era tarde, porque los rumíes le salieron al uentro.

Allegó cuantas riquezas pudo, en objetos preciosos, cautivos y ganados, y, no obstante el parecer en contrario de Abu Harub, almirante de la escuadra sarracena, que le aconsejaba era preferible aventurar en tierra el riesgo de una batalla con el enemigo á entregarse á merced de las olas del mar, prontas á embravecerse, por amenazar furiosa tempestad, entró en sus naves. De repente se levantó un viento impetuoso. Olas como montes se alzaron, y tan pronto las naves subian hasta las nubes, como caian en lo profundo de los abismos. La siniestra luz del relámpago se mezclaba con el horrisono bramar de las aguas y el pavoroso retumbar del trueno. Por todas partes y á cada instante no asomaba sinó la imagen de la muerte.

Contra el parecer del jefe de la escuadra se habia entrado en un mal puerto, y las naves iban una á una á estrellarse en la costa: de modo que los rumies no tenian otro trabajo que coger á los náufragos, para hacerlos prisioneros ó cebar en ellos sus armas sedientas de venganza. Tenia Mugéhid el corazón traspasado de pena, más que á causa del peligro que él corria, por la tristísima suerte que cabia á aquellos infelices. Cada vez que una nave caia en poder de los enemigos, rompia á llorar, lanzaba desgarradores gritos y proferia terribles amenazas contra los que á mansalva ejercitaban los más feroces instintos. A pesar de las extraordinarias manifestaciones de dolor á que se entregaba Mugéhid, ni los vientos cesaban, ni el mar recobraba la deseada calma. Entonces se acercó Abu Harub á Tabit el Guageni, y le recitó estos versos:

«Llora el pobrecito: ¡que Dios no le perdone jamás!
»Miradle, llora; llora por cobardía, y no por otra cosa.»

Y continuó en prosa: «Ya le había advertido yo que no se metiese aquí, pero no quiso escucharme» (1).

Las escuadras de Pisa y Génova abordaron á Cerdeña y, favorecidas por los cristianos allí residentes, fueron reconquistando la isla, hasta el punto de obligar á Mugéhid á que abandonase buena parte del cuantioso botín de que se había apoderado. Al ser arrojados los sarracenos, quedaron en poder de los cristianos la madre de Mugéhid y el hijo de éste, Alí, que más tarde se sentó en el trono. La madre, como cristiana que era, prefirió permanecer entre los de su profesión religiosa, cuando Mugéhid quiso rescatarla. Alí, por quien hubo el padre de pagar crecida cantidad, abrazó el Islam. Se empeñaron los pisanos en ceder á sus auxiliares de Génova el tesoro cogido á los mahometanos, obsequio á cuya aceptación se negaron los genoveses; ofrecieron la soberanía de Cerdeña al Emperador de los Romanos, y la Santa Sede los invistió con el dominio de la isla (2). Cantú

---

(1) El relato anterior es casi idéntico en Conde (II, 110) y en Ad Dabi, por lo que es seguro que en este pasaje aquel autor ha bebido en buenas fuentes (*El Archivo*, V, 94-95).

(2) Muchas de estas noticias están tomadas del Cronicón Ugeliano, como vamos á ver: «Anno 1017. Venerabilis Benedictus, papa, una cum universo clericatu et senatu, legatum ostiensem episcopum ad civitatem pisanam misit, ut Mugettum, regem, de Sardinia expelleret.—1020. Mugettus recepit castrum Loannis, quod sub mediolano episcopatu erat. Et in alio anno Mugettus in S[illegible]niam est reversus. Et pisani, iterum, cum januensibus, fugaverunt eum, e[illegible]saurum quem secum tulerat, habuerunt, et totum januensibus, conventi[illegible] concesserunt; aliter vero venire noluerunt.—1050. Mugettus, rex, cum [illegible]o exercitu reversus est in Sardiniam, et edificavit civitates et coronatus e[illegible]i. Pisani, vero, una cum Romana Sede firmati, inde cum privilegio, et cum

dice que Cerdeña fué repartida entre los vencedores (1).

«Así que á duras penas salvamos nuestras vidas, concluía Tabit, con pocas naves. Mugehid volvió á las islas de España» (2). «Sosegada la tempestad y recogidas las reliquias de la flota, volvió el emir á las islas Yebisât, donde descansó y se reparó de aquella grave calamidad» (3).

Hay que despreciar los anacronismos é inexactitudes que arrojan los cronicones cristianos, haciendo guerrear todavía á Mugéhid, cuando ya había bajado al sepulcro. Tampoco quedó prisionero el padre, sinó su hijo Alí, que, según los cronistas árabes, acompañó á Mugéhid en la desgraciada expedición de Cerdeña y cayó en poder de los isleños á causa de haber embestido en la playa el barco que le conducía. Siete años de edad contaba al caer en poder de los cristianos, y fué rescatado, por una gruesa suma, el año 423 (marzo 1023-1024), ó sea, cuando tenía dieciséis ó diecisiete años. Es de presumir que se trataría de catequizarle al Cristianismo en los diez que permaneció en poder del señor á quien en el reparto del botín cupo en suerte, pero luégo fué por su mismo padre instruído en el Islam; y, circuncidado, vióse afligido de enfermedad grave. Yacut afirma que Mugé-

---

vexillo sancti Petri accepto, invaserunt regem, et ceperunt illum et totam terram, et coronam Romano Imperatori dederunt, et Pisa fuit firmata de tota Sardinia á Romana Sede. No falta quien haya escrito *castillo de Juan* (Joannis) por *castillo de Luni*.—(*El Archivo*, II, 299-300).

(1) Cantú, *Hist. Univ.*, X, 3.—Berault-Bercastel, *Hist. Gen. de la Iglesia*, XXX, 45.

(2) *El Archivo*, V, 94-95.

(3) Conde, II, 110.

hid era rumí ó de origen cristiano: hijo fué, con efecto, de cristiana, á la cual conservaba en su compañía; y al caer, con toda la familia del Emir, prisionera en Cerdeña, no quiso ser rescatada, prefiriendo vivir entre la gente de su religión (1).

Fuese por afecto ó por razón de Estado, pues muchos eran sus súbditos muzárabes en la Península y en las Baleares, Mugéhid tuvo estrechas relaciones de amistad con los condes de Barcelona. En un documento del hijo, se lee que viviendo el caudillo de Denia llamado Mugéhid, por mediación del obispo de Barcelona, cuyo nombre era Gislaberto, redujo y sometió las Baleares á la jurisdicción y diócesis de Barcelona, estableciendo y mandando que ningún clérigo, cualquiera que fuese su grado, establecido en dichas islas, solicitara de otro prelado que el de Barcelona algún orden sagrado, ó unción de crisma, ó consagración del mismo, ó dedicación de templo, ú otro servicio de cosa eclesiástica» (2). Esto, como veremos, pudo ser antes de la expedición á Cerdeña, pues luégo aparece un conde Centilio de Mútica en España (3), que pudo ser Rogerio, el jefe de los normandos entrado al servicio de Ermesinda, la cual, en nombre de su hijo menor, gobernaba el condado de Barcelona (4), luchando contra Mugéhid en Cerdeña, y el emir dianense ocupando en 1018 á Tortosa y luchando con los condes de Barcelona (5).

(1) *El Archivo*, II, 300-301; V, 9, 90 y 95.
(2) Chabás, *Hist. de Denia*, P. II, aclaración IV.
(3) Cantú, *Hist. Universal*, X, 3.
(4) Dozy, *Los Normandos en España*, cap. VII.
(5) *El Archivo*, V, 95.

Las Baleares siguieron, desde entonces, unidas á la suerte de Denia. Gobernador de Mallorca, por los emires de Denia, durante el reinado de Mugéhid, lo fué un sobrino del atrevido corsario. Abdallah, que así se llamaba el walí, desempeñó su importante cargo durante quince años, ó sea hasta que en el de 428 (octubre 1036-1037) murió el hijo del hermano de Mugéhid. El sobrino fué reemplazado en el gobierno de Mallorca por el liberto Al Aglab, *maula* del propio Mugéhid y sujeto de su entera confianza. Al frente del gobierno se hallaba aún cuando la muerte sorprendió á Mugéhid. Según Aben al Abbar, fué, durante el mismo reinado, walí de Mallorca un murciano llamado Muhámad ben Rosc Abul Abbás, que murió en 440 (junio 1048-1049) y que bien pudo ser el Áhmed ben Raxik, de quien habla el historiador Abdel Wahid. ¿Sería gobernador antes ó después de Abdallah y del Aglab, ó sólo de parte de las islas sujetas al emir dianense? (1).

En prueba de la fidelidad de Mugéhid á la dinastía legítima de los Omeyas, está el hecho del interés que por aniquilar á la parcialidad de los Hamudíes mostró cuando la suerte comenzó á mostrársele adversa en Cerdeña. El 30 de abril de 1018 le vemos en Valencia tomando parte en la proclamación de Abderrahmán IV, al Murtadhá, á quien prestó juramento. En el mismo año, poco después, fueron derrotados Mugéhid, Khairán y otros de la facción amirita, por Zawi, en la vega de Granada, y allí murió el Califa (2).

(1) *El Archivo*, II, 300-301; V, 95.—Conde, III, 1.
(2) *El Archivo*, II, 298, V.

Por entonces comienza á figurar en Valencia Abdeláziz Abu'l Hasán ben Abderrahmán ben Abi Áhmer, hijo de Abderrahmán el Sanchol, muerto en una cruz el 17 de marzo de 1009, y nieto del célebre ministro Almanzor, que falleció en 1002. El año 412 (abril 1021-1022) era walí y señor de Valencia. Lebun y Mobaric, señor de Murviedro (que también llegó á serlo de Tortosa) el primero, y de Játiva el segundo, gobernadores que fueron de Valencia antes de serlo el nieto de Almanzor, en tiempo de Suleimán (1009–1016), tenían el año 412 por Abdeláziz dichas ciudades. Era tan político, que acabó por ganar á todos los alameríes, y, en especial, á Zohair, todos le miraban como su príncipe y los heredó á todos; y era tanto su poderío y nobleza, que se intituló amir (rey) y al Manzor (el Victorioso) (1). Por entonces también Mugéhid ocupó á Tortosa y, poniendo en juego á Almuaití, se proclamó emir de dicha ciudad y de Denia, Mallorca, Menorca é Ibiza. Esto fué el año 413 (abril 1022–marzo 1023) (2). Dícenos Conde que «en Denia mandaba Abdallah el Moaití, y era llamado rey y labraba moneda con su propio cuño. Pero no pasó mucho tiempo en venir de Mayorcas el señor de aquellas islas, Mugéhid, que le privó de la soberanía y le desterró de Denia; y se pasó á tierra de Cutema (África), y no volvió á alzar cabeza en este mundo, que allí falleció año 432 (1040-1041)» (3). Esa misma

---

Dozy, *Historia*, IV, 1.—Conde, III, 1.
El Archivo, V, 95.
P. II, c. 117.

noticia confirmala Aben Jaldún (1). Sin embargo, parece lo más probable lo que afirma un historiador, según el cual, al arribar, desde las Baleares, al puerto de Denia Mugéhid y tener noticia del fallecimiento de Al Moaití, que había muerto durante la ausencia del emir, asumió nuevamente la soberanía, de que antes se había desprendido (2).

No obstante la muerte de Abderrahmán IV, al Murtadhá, siempre los amiritas dispuestos á restaurar la dinastía legítima de los Omeyas, en mayo de 1026 se dirigieron Mugéhid y Khairán hacia Córdoba; sin embargo, desconfiando uno de otro ambos caudillos, el de Almería se dirigió en junio hacia la capital del Califato, y el de Denia, algo más tarde (3). Khairán, cuyos dominios abrazaban también el reino de Murcia, en el cual estaba comprendida casi toda la actual provincia de Alicante, murió el año 1028, ó sea, á la entrada de Aben Hamud en Córdoba. Entonces Zohair, también amirí, ocupó por fuerza de armas el trono. Mientras vivió Zohair, hubo buenas relaciones entre los primeros emires de Valencia y de Denia (4).

Poco después murió, por causa bien rara, el emir de Sevilla. Su hijo Muhámad estaba casado con una hija de Mugéhid, y era la más querida de sus 870 mujeres. Al dar á luz un niño, el abuelo paterno consultó á los astrólogos acerca de lo porvenir del recién nacido. Fuéle contestado que en el ocaso de la vida

(1) *El Archivo*, V, 95.
(2) *El Archivo*, II, 298.
(3) *El Archivo*, V, 95.
(4) Dozy, *Historia*, IV, 2.—Conde, III, 1.

palidecería su antes feliz estrella. Afectó en tal grado á Aben Abed el triste vaticinio, que de pesar murió en la noche penúltima de giumada 1.ª de 433 (24 enero de 1032) (1).

Tres años más tarde aún obran de acuerdo Mugéhid y Abdeláziz. En las guerras entre los emires de Sevilla y de Toledo, se dió á conocer como aliado del último, el emir de la Sahla, cuya capital era Albarracín, ciudad fundada el año 404 (julio 1013-1014) por el eslavo Aslao ben Razín, ó sea, Abu Mohámed Hodail I ben Khalaf ben Lope ben Razín. El emir de Toledo Ismail ben Dhi'n Nun, de familia berberisca, y que se había hecho dueño de aquella ciudad en 1036, aspiraba nada menos que á la soberanía total de España. Aliados el de Toledo y el de Albarracín, los dos despreciaron el aviso de Gewar para que le reconociesen como califa; y hasta fueron afortunados en la campaña de Andalucía. Despechado por la derrota el emir de Sevilla, hizo que un esterero de Calatrava, de gran semejanza con Hixem II, dijera ser este mismo infortunado príncipe; y, aunque los más se resistieron á admitir la superchería, fué motivo bastante para que Calatrava se rebelase contra el emir de Toledo. Logró Ismail recobrar aquella ciudad; mas el fingido Hixem pudo refugiarse en la corte de Aben Abed, y como á legítimo califa le juraron, entre otros, en noviembre de 1035, los emires de Valencia y Denia (2). Esto mismo acusan las monedas de Denia acuñadas en 436 (julio 1044-1045), último año

---

1) Conde, III, 2-3.
2) Dozy, *Historia*, IV, 1.—Conde, III, 1.

del reinado de Mugéhid (1). Lo propio ocurre con las de Valencia; pero es de notar que, si bien en una del año 435 (agosto 1043-julio 1044), décimoquinto del reinado de Abdeláziz Al Mansor, este emir procla- ma á Hixem II, á los remates de su reinado reconoció por Imam á Abdallah, siervo de Allah, nombre simbó- lico ó verdadero de algún califa de Oriente (2).

El rompimiento de relaciones entre Mugéhid y Abdeláziz, asegura Dozy que ocurrió á la muerte de Zohair, después de la derrota que éste experimentó el 3 de agosto de 1038. Entonces, el de Valencia, cuñado de Zohair, so pretexto de que era de justicia el que el emir de Almería le devolviese los estados, pues había sido cliente de su familia, se apoderó de ellos, desper- tando su prosperidad el encono del emir de Denia (3).

El literato Muhámad ben Somadeh, de la familia Abu Yahya, de los Todjebitas, llamado Al Motacim Bihla y al Watec Bihla, nacido en Zaragoza, cuyo gobierno habían tenido su padre y su abuelo, al producirse la sedición de los árabes dejó el gobierno de Huesca y se amparó en Valencia junto á Abdeláziz. Poco después dió en matrimonio una hija al emir valenciano (4). Para que más afianzada quedase entre ellos la amistad, el de Valencia dió por esposas dos hijas suyas á Abulahuas Man y á Samida Abu Otba, hijos de Muhámad. Éste, acabadas las bodas, se embarcó para Oriente, y á poco túvose noticia de que

(1) Codera, *Tratado de Numismática Arábigo-Española*, sección 4.ª, cap. 8.
(2) Ibídem, cap. 6.
(3) Dozy, *Historia*, IV, 1-2.—Conde, III, 1.
(4) Casiri, I, 40.

habia perecido ahogado. Abdeláziz puso por adelantado suyo en Almería, al yerno Abulahuas (1).

La fidelidad era en aquellos tiempos prenda muy rara. Aprovechando Mugéhid la ida de Abdeláziz á Almería, atacó sus dominios de Valencia. Tuvo el emir de ésta que abandonar á Almería y trasladarse á la ciudad del Turia para establecer la paz con Mugéhid; pero mientras tanto, el yerno Abú'l Ahuas Man se declaró independiente, y por emir le reconocieron, entre otras ciudades, Lorca, Baeza y Jaén (1041) (2).

Nada más sabemos del primer emir de Denia, si no es que falleció el año 436 (julio 1044-1045), según Aben Jaldún (3). También tuvo Mugéhid sus aficiones á la literatura; y bueno será demos á conocer el retrato moral del insigne caudillo, tal y como nos le pintan los escritores árabes:

«Fué Mugéhid el héroe entre los emires de su tiempo, el erudito entre los reyes de su siglo por los conocimientos que adquirió en las ciencias coránicas. Él cultivó tales ciencias desde su adolescencia, y desde los principios de su carrera hasta la edad madura. Las muchas guerras en que se vió envuelto por tierra y por mar, jamás le distrajeron de tales estudios, en los cuales vino á ser modelo de doctrina único, más bien que raro. Su corte fué más escogida y frecuentada que cualquiera otra, porque él honraba la ciencia y el ingenio. Doctos en varios ramos del saber corrieron hacia él desde Córdoba y desde otras grandes ciudades, y permanecieron gustosos á su lado, erigiendo las tiendas á la sombra de su poderío, hasta el punto que pudieran compararse

---

Conde, III, 2.
Dozy, *Historia*, IV, 3.—Conde, III, 2-3.
El Archivo, V, 96.

con ejército de generosos corceles puestos en fila y prontos á la carrera.

»Y, sin embargo, Mugéhid, siendo tan culto y literato, vino á ser el crítico más rígido que hubo en el mundo tocante á poesía, el hombre menos accesible á los poetas y el más sospechoso que hubo jamás contra los rapsodas. Cuando iba alguno de éstos á recitarle alguna composición, Mugéhid se la desmenuzaba palabra por palabra para encontrar algún defecto, ya fuese la impropiedad de la frase, ó bien el plagio: no se le escapaba una rima que cojease. Mas si te ocurría que salías sano de tales tormentos y llegabas á conseguir su benevolencia, con todo esto, no llegabas á sacarle un cuarto ni tenías que pensar en recibir cualquier friolera como regalo. De aquí que los poetas se retrajeron de alabarle, y su nombre no se conserva en los versos.

»A pesar de esto, fué tan esforzado guerrero, que bien puede comparársele con firmísima roca. Fué el más docto del mundo en la ciencia de las lecturas alcoránicas. No se rodeó jamás de caballeros que no fuesen valientes á toda prueba. Tampoco se esforzó nunca por acreditarse de espléndido. Cuando alguno trató de inspirarle esta virtud y, no consiguiéndolo, le reprochó el vicio contrario, Mugéhid alargó un poco la mano: así que apareció bajo dos aspectos distintos, ya como generoso, ya como tacaño: diríase que se esforzaba por hacer cuanto bastaba para que no se le tratase de avaro y miserable. Con el transcurso del tiempo, cambió muchas veces de conducta, de forma que mezcló lo bueno y lo malo: vésele unas veces austero, y otras, disoluto. Absorto en los ejercicios de piedad y lleno de escrúpulos, rechaza á veces hasta la sombra de toda mala costumbre, sólo ocupado en adquirir y descifrar viejos pergaminos; y luégo, en otras ocasiones, aparece licencioso y violento, no tratando siquiera de ocultar la lascivia ni los vanos antojos, no privarse del vino ni de otras diversiones menos honestas, vivir como ajeno á toda grande empresa y aun á todo deber. Por lo demás, todos los reyezuelos españoles de aquel tiempo eran así» (1).

(1) *El Archivo*, V, 93-94.

La habilidad política de Mugéhid no sólo se revela por sus actos realizados en vida, sinó que se traduce en su previsión para dejar asegurada en sus descendientes la posesión de los dominios que conservaba él al morir en su ciudad de Denia el año 1044. Como razón de estado, explotó, al igual que todos los reyezuelos de su tiempo, los enlaces matrimoniales suyos y los de sus hijos. Así, vemos que casó una hija con Muhámad, hijo del emir de Sevilla, y otra, con el de Almería; su hijo Alí casó con una hija del príncipe de esta ciudad y con otra de Al Moktádir ben Hud, emir de Zaragoza (1). No dejó de comprender la necesidad apremiante en que estarían sus sucesores de auxiliarse de los príncipes amiritas y todjibitas. Pero, como por encima de los cálculos de la previsión humana están los designios de la Providencia, el mismo medio puesto en juego por Mugéhid para afianzar el trono en su hijo Alí, contribuyó á que le fuera arrebatado.

Dejó Mugéhid dos hijos, Alí y Hazán, y, al parecer, quiso dividir el reino entre los dos hermanos. Según resulta de algunas monedas y de una ligera indicación de autor árabe, Hazán debió ocupar por algún tiempo el trono. Sin embargo, la desavenencia surgida al fallecimiento del padre, si es que la hubo, cesó pronto, ya que un año después vemos que Alí, á imitación de Mugéhid, acuña monedas en Denia y en las Baleares.

El Hazán, hijo de Mugéhid, no puede confundirse otro emir del mismo nombre que reinó en Málaga

(1) Conde, III, 1 y 5.—*El Archivo*, I, 378; II, 301; V, 96.

y Ceuta desde 431 (1039) hasta 434 (1043). En las monedas de Hazán de Denia se reconoce el imanato de Hixem II, como hizo Mugéhid; mientras que el de Ceuta se da á sí mismo los títulos de *amir al muminin* y de *imam* (1).

Lo que fué de Alí hasta que su padre le rescató del poder de los cristianos que le cautivaron en Cerdeña, ya se ha visto. De él dice un reputado cronista arábigo: «No sé que hubiese uno más probo que Alí, ni más limpio de fama, ni más continente en la vida doméstica. No bebía vino ni se familiarizaba con los que le bebían; cultivaba las ciencias y respetaba á sus amantes» (2).

En tiempo de Alí vivió una insigne poetisa, Ommo'l Kiram, hija de Aben Man, de Almería, yerno de Abdeláziz el de Valencia y suegro de Alí. Es digna de mención, entre sus composiciones, la dedicada al bello Samar, de Denia (3). No de menos fama ni de menos justa celebridad goza Abú Amrú Othman ben Said, alamí y almocrí, más conocido por Al Serafí, y también por el Dianense. Era natural de Córdoba, donde nació el año 371 (julio 981-junio 982), y murió en Denia, á los setenta y uno de su edad, ó sea, en la feria 7, á 15 de xawal de 444 (sábado, 6 febrero de 1053). El año 397 (1006-1007) hizo un viaje á Oriente, y en Karván y en el Cairo, donde se detuvo

(1) Codera, *Tratado de Numismática Arábigo-Española*, sección IV, capítulo VIII.—*El Archivo*, I, 378; IV, 6, 25 y 26.

(2) *El Archivo*, I, 379.

(3) Chabás, *Historia de Denia*, I, 190. Allí puede verse una de sus poesías, vertida del francés al castellano en no malos versos.

cuatro meses, oyó á muchos de los más célebres maestros. De regreso á España (1009), después de su peregrinación á la Meca, puso cátedra en Denia, donde se dió á conocer como uno de los mejores comentadores del Corán. Su amena conversación y la gran pureza de costumbres le captaron general simpatía, que se demostró en su entierro, yendo presidido por el mismo Alí el fúnebre cortejo (1).

Ya asegurado Alí en el trono, el primer asunto en que tuvo que entender, fué en el de arreglar el gobierno de las Baleares. Á la muerte de Mugéhid, el liberto Al Aglab, que desde el año 428 (octubre 1036-1037) estaba al frente de ellas, habiéndose dedicado á la piratería y á correr tierras de cristianos, pidió á Alí permiso para ir en peregrinación á Oriente. Le obtuvo, y, llegado á Denia, su señor le dispensó del oficio; y confirmó en el cargo de gobernador de las islas, á Suleimán ben Markián, yerno de Al Aglab y por éste nombrado. Suleimán se mantuvo en el cargo cinco años, ó sea, hasta su fallecimiento, en 1050 (2).

Abén Jaldún, de quien son estas indicaciones acerca del gobierno de las Baleares, supone que á Suleimán sucedió Mobaxir; sin embargo, parece lo más probable que entonces fué nombrado para dicho waliazgo Al Mortadha Abdallah, lo cual está plena-

---

(1) Aunque sus obras excedían en número á 120, sólo se tiene noticia de éstas: I, Libro de los tumultos y batallas sangrientas: II, un Fihrist. III, Clases (·ectores y maestros de lectura alcoránica. Y IV, Método fácil de leer el (án, donde trata extensamente de las varias interpretaciones del Corán, s iendo los siete métodos más notables. Pons, n.º 91.—Casiri, I, 504; I 10, 130 y 145.

El Archivo, II, 302; V, 95-96.

mente confirmado en numerosas monedas acuñadas á su nombre, por la expresión clara de un cronicón cristiano y por ligeras citas de cronistas muslimes. La misma numismática acusa que continuaba en el gobierno cuando Alí fué depuesto del trono por su suegro Al Moctádir; y es de suponer que, á consecuencia de tan deplorable suceso, se constituyera en régulo independiente (1).

Dice Aben Jaldún que después recayó el gobierno de las Baleares en Mobaxir, titulado Násir ad Daulah, ó sea el Nasiredolus del poema de Lorenzo Vernés. Era Mobaxir oriundo de la región oriental de España, y, cautivo en su niñez y hecho eunuco, luégo vino, con los prisioneros de Cerdeña, á poder de Mugéhid. En marzo de 1115 se apoderaron de Mallorca los pisanos, y del año 507 (junio 1113-1114) se conservan monedas de Mobaxir ben Suleimán. En las de Mobaxir y en las de Suleimán se reconoce el imamato de Abdallah, nombre del califa que por entonces reinaba en Oriente (2).

Por rastrear el tiempo en que las Baleares estuvieron dependientes de Denia, nos hemos alejado bastante del punto en que dejamos los sucesos de la Península. Veamos ahora lo que ocurría en Valencia á mediados del siglo XI.

Como ya indicamos, estaban entonces muy en boga los casamientos entre los príncipes de las dinastías reinantes: los resultados no fueron siempre los

(1) Codera, obra citada, sección IV, cap. VIII.—*El Archivo*, II, 302.
(2) Codera, l. c.—*El Archivo*, II, 302; IV, 8; V, 96.

que se prometían, y ocasión tendremos de observar que, por lo que respecta á Valencia, fueron de efecto contraproducente. Abdeláziz, el emir de Valencia, casó á Abdelmélic, su hijo, con una hija de Al Mamún, emir de Toledo desde el año 430 hasta el 468 (1038-1075) y señor de Cuenca, á cuyo territorio pertenecía también la parte de la actual provincia de Valencia comprendida en aquella diócesis. Al parecer, Abdeláziz era feudatario del de Toledo por el territorio de Cuenca.

En guerra Al Mamún con los caudillos de Córdoba y de Sevilla, quiso hacer una terrible entrada en Andalucía. Al efecto, el año 440 (jun. 1048-1049) escribió á sus alcaides y á su yerno Abdelmélic, como también al walí que en Cuenca tenía el emir de Valencia, que le enviasen las huestes de la expresada comarca del Júcar, de Alarcón y de Chelva. El mismo Abdeláziz aconsejó á su hijo no desatendiera las órdenes del suegro, y hasta escribió á sus alcaides que acompañaran al de Toledo en la expedición.

A Gehwar, que quiso castigar á los que habían jurado por legítimo califa en noviembre de 1035 al fingido Hixem II, ó sea, el esterero avecindado en Calatrava, comenzando por los más débiles (y como tal consideraba á Husam Daulah ben Huzeil Abú Muhámad, señor de Albarracín), no lográndolo, pues antes le alcanzó la muerte (viernes, 15 agosto-14 septiembre de 1043), le sucedió su hijo Muhámad IV (1).

Conocedor Muhámad IV de los grandes preparati-

---

(1) Conde, III, 2 y 3.

vos del de Toledo, no descuidó buscar aliados, y los encontró en los emires de Sevilla y del Algarbe (jul.-ag. de 1051). Aun cuando los comienzos de la campaña fueron favorables á Al Mamún y á sus aliados de Valencia y de Sahlá, en muy sangrienta batalla, debido á la fuga que emprendieron las tropas auxiliares de Valencia, sufrió el de Toledo la derrota más espantosa, no obstante la tenaz resistencia qu los albarracineses opusieron. Allí se distinguió ya, por su valor personal y alta habilidad estratégica, el privado del emir de Sevilla, el famoso Aben Omar, de quien más adelante habremos de ocuparnos (1).

¿Qué bando seguía en esta encarnizada contienda el sucesor de Mugéhid? Alí, que comenzó por llamarse *Ikbalo ad Daulah* (Fortaleza del Estado) y agregó más adelante á este título el no menos pomposo de *Moizzo ad Daulah* (el que honra al Estado), títulos que mal conforman con sus actos, pues nada se sabe acerca de las causas que pudieran merecerle tales dictados, gustaba poco, al parecer, de guerras y enemistades. A lo más, conservó las relaciones de amistad que su padre mantuvo con los emires de Sevilla y con los condes de Barcelona. Como su padre, reconoció de pronto el *imamato* del falso Hixem II; á partir del año 467 (ag. 1074-1075), aceptó el de Abdallah, siguiendo el ejemplo de Al Motámid, de Sevilla (2).

En testimonio de la amistad que Alí conservó con los condes de Barcelona y de su tolerancia con los

(1) Conde, III, 3 y 4.

(2) *El Archivo*, I, 378-379; IV, 7-8.—Codera, l. c., sección IV, capítulo VIII.

muzárabes residentes en las Baleares y término de la jurisdicción de Denia, en 26 de diciembre de 1058 (7 de las kalendas de enero), año 450 de la hégira, decía:

«En el nombre de Dios Todopoderoso, Yo, Alí, caudillo de la ciudad de Denia y de las islas Baleares, hijo de Mugéhid, caudillo que fué de la misma ciudad, oído el parecer de mis hijos y de mi consejo, entrego y doy á la sede de Santa Cruz y Santa Eulalia de Barcelona, y á su prelado Gislaberto, las iglesias y obispado de nuestro reino, así en las Baleares como en Denia, para que por siempre queden en la jurisdicción eclesiástica de Barcelona. Por manera que todos los clérigos, presbíteros y diáconos, moradores en dichos lugares, de cualquier dignidad y edad que fueren, no puedan, desde hoy en adelante, pedir á ningún otro obispo, orden, ni consagración de crisma, ni servicio de cualquier cargo eclesiástico, como no sea al obispo de Barcelona ú otro á quien él designare. Y si alguno, lo que Dios no quiera, con dañada intención procurare quebrantar ó anular esta donación, incurra en la ira del rey del cielo y quede fuera del amparo de toda ley, permaneciendo ello, no obstante, firme y estable en todo tiempo. Esta carta de donación fué hecha en Denia, por orden de Alí y con asentimiento y firmas de sus hijos y de los de su corte, el 26 de diciembre del año citado (1).

Tuvo buen cuidado el obispo Gislaberto de que esta concesión, que en sí no tenía fuerza canónica, fuese reconocida y aceptada por los obispos que acudieron á la dedicación de la catedral de Santa Cruz y Santa Eulalia (2); pues aprueban la concesión del señor de Denia los obispos de Arlés, Magalona, Narbona y Urgel,

De este curioso diploma, acerca de cuya autenticidad no cabe dudar, han tratado Dameto, Z , Diago, el P. Cayetano de Mallorca, Villanueva, Flórez, Victor Balaguer y Chabás (Hist. de D , I, 191-193, y 265-269; *El Archivo*, I, 379; II, 303; V, 9).

) *El Archivo*, I, 379.

presentes en Barcelona con motivo de la inauguración del templo catedral (1). Compréndese que, á causa del aislamiento y escasez de relaciones entre los muzárabes mallorquines y los cristianos peninsulares, desaparecieran las de dependencia que ligaban al clero de las Baleares con el prelado ó prelados del continente de quienes fueron en otro tiempo súbditos religiosos, y que, para desvanecer las dudas ó cuestiones que se suscitaron, buscó Gislaberto la protección laica, impetrando, al efecto, la protección de los príncipes musulmanes en cuyo territorio moraban los muzárabes susodichos (2).

Poco más vivió el primer emir de Valencia. Á su muerte, ocurrida el año 452 (1060), ocupó el trono su hijo Abdelmélic, llamado *Al Mudháfar* (el Victorioso), título que le cuadra tan bien como á su contemporáneo Alí los retumbantes que el último adoptara. Ya se vió que Abdeláziz reconoció durante gran parte de su reinado el imamato del falso Hixem II, y que, según acusa una moneda del Museo Arqueológico, á la postre prescindió del nombre de aquel califa y adoptó el de Abdallah. Abdelmélic al Mudháfar, ó también Ath Tháfir, reconoce, en el primer año de su reinado, por *Imam Amir al Muminin*, al referido *Abdallah* (siervo de Allah) *Aben Aglab*. De Al Mudháfar se conocen monedas de los años 455, 456 y 457 (diciembre 1064-1065), pues su suegro Al Mamún, de Toledo, le depuso á fines del último año (3).

(1) *El Archivo*, V, 9.
(2) *El Archivo*, II, 303.
(3) Conde, III, 3.—Codera, obra citada, sec. IV, cap. VI.

Entre los escritores notables que sobresalieron durante el brevísimo reinado de Al Mudháfar, figuran Abdelmélic ben Gaznín, nacido en Guadalajara, quien, pudiendo escapar de la cárcel de Toledo en que le puso Al Mamún, se vino á Valencia, pasó á Córdoba, y de allí á Granada, donde murió el año 454 (en. 1062-1063) (1); y Abú Abdallah Muhámad ben Meruán ben Abdeláziz, nacido en Córdoba. Tanta era la sabiduría del último, que bien joven tuvo el gobierno de Valencia durante el reinado de Abdeláziz; y el hijo, Abdelmélic, no sólo le respetó en el cargo, sinó que le elevó al envidiable puesto de hágib ó primer ministro. Del resultado que para el Emir tuvieron sus consejos y de la tristeza y desesperación que le produjo la desgracia de su señor, pronto hablaremos (2).

Entre suegro y yerno no reinaban las mejores relaciones, como lo prueba el hecho arriba apuntado de refugiarse en Valencia los que escapaban de Toledo. El poder absorbente de Al Mamún, como más tarde le manifestó también Al Moktádir, tenía al emir de Valencia en una dependencia humillante. Quiso el de Toledo lavar la ofensa que sus armas habían padecido cuando su anterior entrada en Andalucía. Con tal motivo escribió á sus alcaides, al nuevo emir de Valencia y á los walíes de Murcia, Cuenca y algunos otros, que se le reuniesen con sus respectivos contingentes. El wazir de Valencia, ó sea, Abdallah Muhámad ben Meruán, aconsejó á su señor que no le

(1) Pons, núm. 96.
(2) Casiri, II, 30.

convenía declararse enemigo de un rey tan poderoso como el de Sevilla, con quien, además, estaban aliados sus vecinos los señores de Castellón (?), Murviedro, Játiba, Denia y Almería. Abdelmélic siguió al pie de la letra el consejo de su ministro, y excusó, con frívolos pretextos, el auxilio á su suegro. Al Mamún se llenó de saña al tener noticia de la determinación de Al Mudháfar y se propuso hacerle pagar caro el atrevimiento. Una incursión de cristianos en la vega del Turia, le impidió poner en obra su venganza tan pronto como él hubiese querido.

Fernando I de Castilla y de León, después de hacer sentir el peso de sus armas sobre Coimbra y en las comarcas del Duero y del Mondego, quiso que también Valencia experimentara los efectos de su acción. Se dirigió al territorio de la antigua Celtiberia; taló campiñas, saqueó poblados, quemó cosechas y destruyó cuanto fuera de las ciudades amuralladas encontró al paso. Paseó victorioso sus pendones, pues siempre arrolló á la morisma, y cual avalancha irresistible, avanzó, en la primavera del año 1065, hasta las mismas puertas de Valencia.

Por más que allí estaba encerrado el débil é indolente Abdelmélic Al Mudháffar, pronto comprendieron leoneses y castellanos que no era empresa fácil la de tomar aquella ciudad, ceñida de altos baluartes y nutrida de numerosos defensores, suministrados éstos en gran parte por el mismo Al Mamún. Los cristianos apelaron entonces á una estratagema que no estuvo lejos de darles el resultado que ansiaban. Simularon, como desconfiados ya de rendir la ciudad, una retirada hacia

el norte, hacia las lomas de Paterna, distantes como una legua.

Cayeron los muslimes en el lazo tan hábilmente preparado. Con su rey á la cabeza y engalanados con sus mejores ropas, salieron en tropel siguiendo á los que suponían fugitivos, que, en su concepto, no de otro se trataba que de repartirse el abundante botín que en el campo dejaría el enemigo. ¡Cuál no sería la sorpresa de los ilusos, al ver, cuando ya estuvieron alejados de los muros de la capital, que los cristianos volvieron cara y acometían con irresistible empuje! La llanura quedó sembrada de cadáveres muslimes, y si Abdelmélic logró penetrar en el recinto de la capital de sus dominios, tuvo que agradecerlo á la velocidad del corcel que cabalgaba.

Se renovó el sitio. Poco más podían los cuitados moros alargar la defensa, cuando el marido de doña Sancha se sintió atacado de la enfermedad que le llevó al sepulcro. «No quiso Dios, exclama un autor moderno, darle la alegría de que viese ondear los estandartes de León y Castilla sobre los muros de la ciudad del Turia; y el monarca hubo de regresar á su capital resignado, como cumplía á su religiosidad, á los altos designios de la Providencia». La retirada del ejército cristiano se hizo antes del día 9 de dilagia del año 457 (12 noviembre de 1065). Poco más vivió Fernando I: el 24 de diciembre estaba ya en León, y el 27 entregó su alma al Eterno (1).

(1) Dozy, *Historia*, IV, 8. Dicho autor, que sigue á Al Makkari y á Ben Baam, coloca, como éstos, tales sucesos en el año 456 (diciembre 1063-64), siendo de llamar la atención que uno y otro nombran á *Paterna*, como

Irritado sobremanera Al Mamún, pretextando auxiliar al emir de Valencia, por juzgarle incapaz de conservar su reino, con el mayor sigilo reunió su caballería, y á marchas forzadas se dirigía contra Valencia; mas, sabedor de que los cristianos la tenían sitiada, se detuvo en Cuenca hasta que leoneses y castellanos volvieron á sus tierras. Sin comunicar á nadie su determinación, caminó de noche y de día, entró en Valencia cuando menos se esperaba; ocupó el alcázar por sorpresa, defendido por Abú Wahib ben Lebún; se apoderó de las torres, y depuso á su yerno del gobierno y soberanía de Valencia y de sus dependencias. Esto fué el mencionado 9 de dilagia, ó sea, el 12 de noviembre de 1065. Así quedó el reino de Valencia unido al de Toledo, estado de cosas que duró hasta la muerte de Al Mamún (junio de 1075), envenenado en Córdoba.

Merced al cariño que el de Toledo profesaba á la esposa del emir destronado, hija suya, le envió desterrado al castillo de Chelva con cargo de walí. El proscrito, con su familia y acompañado del walí de Cuenca y del señor de Santa María de Aben Razín, que no quisieron abandonar en el día del infortunio al amigo, se trasladó al lugar del destierro. El ministro de Abdelmélic, el aventajado literato Abú Abdallah Muhámad ben Meruán, al ver las fatales consecuencias que sus consejos habían traído á su señor, murió clavándose un puñal en el pecho (1).

---

nosotros (Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, p. 60 y 63).—Conde, III, 5, da la fecha que coincide con la de las crónicas cristianas.

(1) Casiri, II, 30.

No falta autor que diga haber sido el emir Al Mudháffar traicionado por su primer ministro Abú Becr ben Abdeláziz, por lo que éste recibió, en recompensa, el gobierno de Valencia, y que el emir destronado tuvo su encierro en Cuenca (1). De esa opinión disiente otro escritor, según el cual, Al Mamún dejó en Valencia por walí, para que la tuviera en su nombre, á Isá ben Lebún ben Abdeláziz ben Lebún, que era de los arrayaces de Murviedro y de sus parciales. Ambos historiadores convienen, sin embargo, en que desde entonces quedó Valencia agregada al reino de Toledo (2).

Fin semejante tuvo la primera dinastía de Denia. El dia 20 de febrero de 1069, sábado, falleció Motádhid de Sevilla, eterno rival del de Toledo. También murió durante el mismo año el señor de la Sahlá, el conocido por Aben Aslao, Abú Muhámad Huzeil Aben Razín; y le sucedió su hermano Abdelmélic ben Khálaf Abú Meruán. Así que Al Mamún tuvo conocimiento de haber muerto el sevillano, encendióse nuevamente la guerra. Al Mamún, allegadas gentes de Valencia y de Albarracín, seguido de las huestes de Murviedro, Játiba, Denia y Cuenca, más los auxiliares castellanos, entró por tierras de Murcia y de Todmir. El principado de Murcia había formado parte de los estados de Zohair; luégo, del reino de Valencia, y era independiente en la época que nos ocupa.

Durante los reinados de Zohair, Abdeláziz y Abdelnélic, había gobernado el territorio, á nombre de

(1) Dozy, *Historia*, IV, 8.—*Investigaciones*, El Cid de la Realidad, 3.
(2) Conde, III, 5.

éstos, Abú Becr Áhmed ben Tahir, árabe de la tribu de Cais. Muerto en 1063, ocupó el puesto su hijo Abú Abderrahmán ben Tahir, inmensamente rico, pues poseía la mitad del territorio; y, aunque muy ilustrado, disponía de pocas tropas, circunstancia que hacía de fácil conquista su principado. Cometió la imprudencia de abandonar el partido de la neutralidad, y se afilió al bando de Motámid, el emir de Sevilla. De ahí que Al Mamún invadiera el territorio de Murcia, de cuya ciudad se apoderó, lo mismo que de Orihuela y Mula. Aben Tahir tuvo, pues, que ponerse bajo la fe y amparo de Al Mamún, si bien con buenas condiciones. Sosegadas estas cosas, el vencedor volvió á Toledo, dejando bien recompensados á sus auxiliares, muslimes y cristianos (1).

Durante el reinado de Alí floreció Abú Omar ben Abdelbar, nacido en Córdoba el 30 de octubre de 978. Visitó las regiones occidental y oriental de la Península, permaneció algunos años en Denia y también estuvo luégo en Valencia y Játiba. Fué, al parecer, cadí en Lisboa y Santarén. En Játiba acabó sus días el 3 de febrero de 1071. Puesto que en nuestro reino residió largos años y en él terminó su existencia, bien podemos considerarle como una de nuestras glorias. Dejó escritas una porción de obras, una de educación, entre ellas (2).

---

(1) Dozy, *Historia*, IV, 11.—Conde III, 5-6.

(2) Se le atribuyen: I. Tratado del completo conocimiento de los compañeros del Profeta.—II. Libro de las Perlas: compendio de la vida y guerras de Mahoma.—III. Libro de las Memorias para las creencias religiosas de los sabios de las provincias.—IV. Libro del ornato de las asambleas y de la fami-

Era por entonces conde de Barcelona, Ramón Berenguer I, pues que murió en 27 de mayo de 1076. Éste acudió en auxilio de Al Motámid, figurando, por tanto, en opuestos bandos el emir de Denia y el conde de Barcelona, fenómeno raro. «No deja de causarnos extrañeza el ver á Alí y al conde de Barcelona pelear en opuestos bandos, exclama un historiador; pero sobre la amistad, aunque cuente largos años, suele poner la política sus necesidades. Lo que dió motivo á esta anomalía, no está á nuestro alcance el poderlo apreciar ahora, que son pasados muchos siglos y nos vemos privados de las noticias que podrían darnos alguna luz» (1). Es lo cierto que el haber tomado Alí, pacífico de suyo, parte en aquella contienda entre los emires de Toledo y de Sevilla, fué causa de su total ruína.

Aben Omar, astuto ministro de Al Motámid, había pactado las negociaciones con Ramón Berenguer I; y, como éste, al ver que las tropas sevillanas no acudieron á libertar á Murcia cuando estaba asediada de las tropas de Al Mamún y sus auxiliares, se creyera víctima de un engaño, se retiró á sus estados respirando venganza contra el supuesto traidor. Para apla-

liaridad del que asiste á ellas.—V. La intención y el propósito de conocer las genealogías de los árabes y de los bárbaros.—VI. Selecta: sobre la historia de los tres faquíes.—VII. Excitación para referir los orígenes de las tribus y el conocimiento de las genealogías.—VIII. Fihrist.—IX. Lo que es suficiente acerca de los nombres de los conocidos por la cunia entre los hombres ciencos.—X. Lo que se ha de evitar del Corán.—XI. Al Tacadha.—XII. Al nhid.— XIII. Al Cafí.—Y XIV, una disertación pedagógica, probablente.—(Pons, biografía núm. 111).

(1) Chabás, *Historia de Denia*, II, 4.

carle y retirar un hijo de Motámid, que en rehenes tenía el Conde, fué Aben Omar á Barcelona. Prosiguiendo su empresa de sembrar la discordia entre los enemigos de su señor, llegó á Zaragoza, donde reinaba Al Moctádir, suegro de Alí. Al paso por Lérida, de cuya ciudad era gobernador Al Mutamín, hijo de Al Moctádir, suscitó allí ciertas discordias y persecuciones de familias poderosas, las cuales, obligadas á abandonar la ciudad y salir de aquella tierra, se ampararon en la corte de Alí.

Aben Omar incitó entonces al emir de Zaragoza contra el de Denia, cuyo corazón tan nobles sentimientos de hospitalidad albergaba. El príncipe de Zaragoza, mientras el zizañero Omar ocupó algunos fuertes, en xaban del año 468 (marzo-abril 1076), después de atropellar los derechos de la noble hospitalidad de Alí, le venció en sangrienta batalla é intentaba entrar en Denia para dar muerte á los refugiados en ella. Enviado por Moez ad Daulah, señor de Almería, con cuya hija estaba casado Alí, llegó al campo de Al Moctádir con un alcaide con cartas en que rogaba al emir de Zaragoza desistiese de aquella guerra que tanto le desacreditaba, por tratar de derramar sangre inocente, y que emplease contra los enemigos del Islam, que infestaban las mismas fronteras de Zaragoza, sus vencedoras insignias. Estas razones persuadieron al rey, que volvió á sus tierras, pero confiando la frontera de Denia á dos alcaides suyos de Bardania. Éstos, que eran hijos de Sahail, llamados Ibrahim y Abdelgebar, engañados por Aben Omar, vendieron las fortalezas, que tampoco pararon en manos de los walíes Isá ben

Lebún y su hermano Abdallah, que las ambicionaban por caer cerca de sus señoríos. Esta es una versión (1).

Semejante á ésta, aun cuando menos rica en detalles, es la de que Al Moctádir de Zaragoza, se apoderó de Denia en xaban del año 468 de la hegira destronando á Ikbalo ad Daulah Alí ben Mugéhid; lo cual está confirmado, como ya dijimos, por la numismática, por no pasar de aquella fecha las monedas que de Alí han llegado á nuestros días (2).

En Aben Jaldún se lee: que, casado Alí con una mujer de la dinastía de Al Moctádir ben Hud, señor de Zaragoza, este mismo le hizo salir de Denia é ir á Zaragoza, y que Alí murió, poco más ó menos, al mismo tiempo que Al Moctádir, hacia el año 474 (junio 1081-1082). Otra versión del propio autor es la de que Alí, queriendo escapar de Al Moctádir, cuando éste trataba de echarle la mano encima, llegó á Bugíah, donde se detuvo al ladod el señor de aquella ciudad, Yahya ben Hamud, y allí murió.

Continuaremos copiando del mismo autor la suerte que cupo á la familia del infortunado Alí. Cuando en Denia cayó su gobierno, aprovechando Mobaxir, el gobernador de Mallorca, aquel torbellino de guerras civiles, se declaró independiente; compadecido de la suerte de la familia de su señor, la envió á pedir, y, enviada que le fué desde Denia, le tributó grandes honores. Mobaxir murió en el trigésimo cuarto año de su reinado y poco antes de que los condes de Barcelona se apoderasen de Mallorca, el año 508 (1114-1115).

(1) Conde, III, 6.
(2) Dozy, *Loci de Abbadidis*, II, 106.—*El Archivo*, IV, 26.

Téngase en cuenta la opinión, no destituída de fundamento, de que el agradecido príncipe fuese Al Murtadhah.

Un hijo de Alí, titulado Sirach ad Daulah (lámpara ó espejo de la Dinastía), permaneció por algún tiempo cerca de los condes de Barcelona, quienes entablaron pactos con él y le ayudaron á recuperar algunas fortalezas. Poco sobrevivió á estos triunfos, por cuanto el año 469 (agosto 1076-julio 1077) murió á causa del veneno que le hizo propinar el inhumano Al Moctádir (1).

Por el mismo tiempo en que cesa la primera dinastía de Denia, comienza la segunda que ocupa el trono de Valencia, por haberse declarado independiente á la muerte de Al Mamún. En el próximo capítulo, trataremos de la tercera dinastía de Valencia, más los hechos que incidentalmente se comprenden privativos del emirato de Denia (2).

(1) *El Archivo*, II, 302 y V, 96.

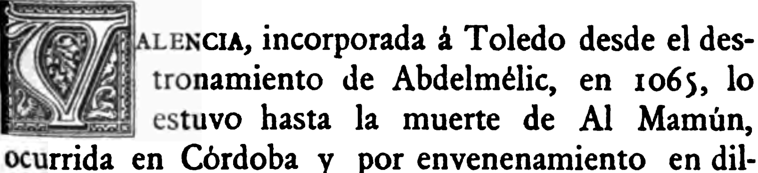
(2) Conde (III, 7), y lo mismo Casiri (II, 45), aseguran que el zizañero Aben Omar, ministro del emir de Sevilla, logró enemistar con el emir de Toledo, al wizir de Murviedro, Abú Isa Lebún ben Lebún, cuya lealtad á Al Mamún le valió el gobierno de Valencia al ser depuesto Abdelmélic en 469 (agosto 1076-julio 1077); y con sus dos hermanos Abu Muhámad Abdallah y Abu Zaji, abandonaron su patria y estado. Fueron bien recibidos por el emir de Sevilla, que les ofreció cadiazgos y gobiernos. En el mismo año falleció Abu Isa, y Abu Muhímad y Abu Zaji fueron respectivamente gobernadores de Lorca y de Úbeda. Las intrigas de Aben Omar dieron lugar á que Abdelmélic recobrara el cetro, y al morir, al año siguiente, 470 (julio 1077-1078), había declarado por sucesor á su hijo Abu Becr, confirmado en sus tenencias al walí de Cuenca, Said ben al Faraig, y á otros walíes, y puesto alcaides de su confianza en Liria, Chelva y Gandía. Hay en esto una confusión lamentable de nombres, sucesos y fechas, como indica Dozy (*Loci de Abbadidis*, t. I, p. 100). De Abú Isa ben Lebún se hablará al referir los hechos del Cid relacionados con Valencia.

CAPÍTULO II

DINASTÍAS 2.ª Y 3.ª DE VALENCIA.

(1076-1086)

Abu Becr ben Abdeláziz, tributario de Al Mamún, y después independiente.—Paga tributo á Alfonso VI.—Tentativas de Aben Omar, ministro del emir de Sevilla, contra el reino de Murcia.—Aben Tahir se refugia en Valencia.—Proclama de Aben Omar á los valencianos, para que se subleven contra su emir.—Mondhir, emir de Denia, Lérida y Tortosa.—Guerras con su hermano Mutamin, emir de Zaragoza.—El Cid derrota á Mondhir en Almenara.—Morella y Alcalá de Chisvert.—Otra derrota junto al Ebro.—Correría de Mondhir por Consuegra hasta Medina del Campo.—Prisión de Aben Omar.—Carta que le envía el emir de Valencia.—Casamiento de Mutamin, hijo de Mutamin, con una hija del emir de Valencia.—Reinado de Ozmán.—Guerra civil.—Es depuesto Ozmán.



VALENCIA, incorporada á Toledo desde el destronamiento de Abdelmélic, en 1065, lo estuvo hasta la muerte de Al Mamún, ocurrida en Córdoba y por envenenamiento en dilcada del año 468 (junio-julio 1076), sexto mes después de haberse hecho dueño de aquella ciudad (1).

El primer ministro de Abdelmélic al Mudháffar había recibido de Al Mamún, en recompensa del engaño para con su amo y del apoyo que había prestado al de Toledo, el gobierno de Valencia. Once años tuvo el cargo Abu Becr ben Abdeláziz; y á la muerte de Al Mamún, que tuvo por sucesor á su nieto Cádir, demasiado débil para contener á sus vasallos, en la

(1) Dozy, *Historia*, IV, 10.—El Cid, II, 3.—Conde, III, 7.

obediencia se apresuró á declararse independiente y á ponerse bajo la protección de Alfonso VI. Prometió pagar á éste un tributo anual; y, como el patronato del Emperador fuese precario, Alfonso, que no reparaba en vender sus clientes y estados de los mismos, cuando en ello descubría algún interés, enajenó, en el mismo año 1076, el gobierno de Valencia, por cien mil monedas de oro, á Moctádir, el emir de Zaragoza, que acababa de apoderarse del emirato de Denia (1).

Púsose Alfonso VI en camino para Valencia. Incapaz para defenderse Aben Abdeláziz, salió solo y sin armas al encuentro del monarca cristiano; y supo ser tan elocuente, elocuencia que bien pudo consistir en buenas monedas contantes y sonantes, que decidió á Alfonso á abandonar su proyecto y á romper el pacto celebrado con Al Moctádir. También pudo obligar á Alfonso á desistir de su propósito la idea de que vender Valencia, equivalía á matar la gallina de los huevos de oro (2).

Por la relación que con los sucesos ocurridos en nuestro reino tiene la historia de Cataluña, conviene saber que en 27 de mayo de este mismo año, 1076, murió Ramón Berenguer I. Pro indiviso dejó los estados á sus hijos Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, hermanos gemelos nacidos en 1053.

Proseguía en tanto la guerra entre Toledo y Sevilla, y después de tres años de inútiles esfuerzos, logró Motámid reconquistar á Córdoba (4 de septiembre

(1) Dozy, *Investigaciones*, El Cid de la realidad, III.
(2) Dozy, l. c.

de 1078). Pudo luégo el astuto Aben Omar, ministro del sevillano, alejar el peligro de que Alfonso VI se apoderase de los dominios de Motámid.

Quiso Aben Omar hacer algo más por su soberano. Trató de agregar á sus dominios el reino de Murcia, que primero había formado parte de los estados de Zohair, después, del reino de Valencia, y ahora constituía un principado independiente. Era el príncipe que reinaba allí un árabe de la tribu de Cais llamado Abu Abderrahmán ben Tahir. Aunque era muy rico, pues poseía la mitad del territorio, contaba con escasas tropas para defender sus dominios.

Sabedor de esto Aben Omar, pues pudo apreciarlo cuando pasó por allí para avistarse con el conde de Barcelona Ramón Berenguer II, llamado Cap d' Estopa, á causa de su abundante y blanca cabellera, quiso aprovechar la amistad que ya entonces trabara con algunos nobles murcianos, que estaban dispuestos á vender á Aben Tahir, no obstante ser nada común su reconocida cultura.

Presentóse á Ramón Berenguer II y le ofreció diez mil doblas de oro si le ayudaba á conquistar á Murcia. Para el más exacto cumplimiento del contrato, el Conde entregó en rehenes á un sobrino, y Aben Omar prometió que Raxid, hijo de Motámid, quedaría en poder de Ramón si el dinero ofrecido tardaba en entregarse.

Cumplió el Conde su promesa y atacó á Murcia; omo el de Sevilla, con su natural indolencia, tardaen cumplir á Ramón Berenguer II la entrega del ero, el príncipe catalán se creyó engañado y, colé-

rico, hizo prender á Aben Omar y á Raxid, que estaban en su compañía. Trataron los soldados sevillanos de libertarlos, mas fueron batidos y obligados á retirarse. Los dispersos pudieron poner en conocimiento de Motámid, que había llegado á la orilla del Guadiana menor, aquel suceso, y Motámid retuvo prisionero al sobrino del Conde. Diez días después Aben Omar recobró la libertad y, admitido á la presencia del Emir, logró apaciguar al Conde devolviéndole su sobrino y entregándole, además de las diez mil doblas estipuladas, otras veinte mil, aunque de baja ley, fraude que de pronto no descubrió el catalán.

Aben Omar, no obstante el fracaso de su primera tentativa contra Murcia, la intentó de nuevo, solicitado, según decía, por algunos nobles de aquella tierra. Continuando sus jornadas, llegó cerca de un castillo llamado Balch, nombre del caudillo de los árabes sirios venidos á España en el siglo VIII. Juntos los dos, marcharon á poner sitio á Murcia, y poco después se les rindió Mula, pérdida gravísima, pues iban por allí los víveres á Murcia. Rindióse esta ciudad, Aben Tahir fué preso y los habitantes prestaron juramento á Motámid.

Aben Omar, que á la sazón estaba en Sevilla, corrió á Murcia, y comenzó á darse aires de soberano. Esto, unido á que Aben Tahir contaba con un amigo muy poderoso, el emir de Valencia, Abu Becr ben Abdeláziz, fué causa de la total ruina del ensoberbecido ministro.

Quiso Aben Omar congraciarse con el príncipe depuesto, pero Aben Tahir rehusó sus obsequios y le

ofendió recordándole su humilde cuna. Le hizo encerrar en el castillo de Monteagudo, á una legua de Murcia. El emir de Valencia influyó con Motámid para que se diera libertad á Aben Tahir; pero Aben Omar, no obstante la orden del sevillano, le retuvo preso. Abu Becr ben Abdeláziz puso en juego todas sus mañas, y Abu-Tahir salió del castillo y se refugió en Valencia. Presa de furor Aben Omar, excitó á los valencianos á que se rebelasen contra su emir, enviándoles, al efecto, el siguiente poema:

«Habitantes de Valencia: sublevaos todos contra los Beni Abdeláziz, proclamad vuestras justas quejas y elegid otro rey, un rey que sepa defenderos contra vuestros enemigos. Ya sea Mohámed ó Áhmed (esto es, sea Juan ó sea Pedro), siempre será mejor que ese visir que ha entregado vuestra ciudad al oprobio, como un marido sin vergüenza que prostituye á su propia mujer. Ha ofrecido asilo al que ha sido abandonado por sus propios súbditos. Haciéndolo, os ha llevado un pájaro de mal agüero, os ha dado por conciudadano un hombre vil é infame. ¡Ay! es preciso lavarme la cara en la que una muchacha sin brazalete me ha dado un bofetón. ¿Crees escapar, Aben Abdeláziz, á la continua venganza de un hombre que marcha siempre en persecución de su enemigo y que continúa su ruta, aunque no le alumbre ninguna estrella? ¿Con qué astucia puede sustraerse á las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni Omar que lleva tras sí un bosque de lanzas? ¡Esperad verlo llegar enseguida rodeado de un innumerable ejército! ¡Valencianos: os doy un buen consejo: marchad como un solo hombre contra ese palacio que cubre tantas infamias tras de sus muros; apoderaos de los tesoros que encierran sus cuevas; derribadlo hasta los cimientos de modo que sólo las ruinas atestigüen que existió un día!»

Al tener Motámid conocimiento de esta compo-

sición, ya muy irritado contra Aben Omar, la parodió así:

«¿Con qué astucia podrá sustraerse á las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni Omar, de esos hombres que se prosternaban antes con inaudita bajeza á los pies de todos los señores, de todos los príncipes, de todas las testas coronadas, que se creían dichosos cuando recibían de sus amos una parte algo mayor que los demás criados; que, despreciables verdugos, cortaban las cabezas á los criminales, y que se han elevado de la condición más ínfima á las dignidades más altas?»

Esta paráfrasis llenó de gozo al emir de Valencia y puso furioso á Aben Omar, que no vaciló en empañar la honra de Motámid con las calumnias más viles; y, á pesar de que sólo enseñó el libelo á sus más íntimos, no pudo evitar que uno de ellos, judío emisario de Aben Abdeláziz, se procurase una copia y la enviase al emir de Valencia. Por medio de una paloma fué enviada al de Sevilla (1).

Obligado Aben Omar á abandonar á Murcia, pues las tropas pidieron las pagas atrasadas y se le sublevaron, se retiró á la corte de Alfonso VI. De allí huyó á Zaragoza, y entró al servicio de Moctádir. Trasladóse á Lérida, y volvió á Zaragoza, apenas muerto Moctádir (octubre-noviembre de 1081) (2). Un mes más tarde (6 diciembre), Ramón Berenguer II fué asesinado por orden de su hermano, Berenguer Ramón II, á quien veremos tomar parte activa en los importantes sucesos del Cid relativos á Valencia, pues el Fratricida se trasladó en 1097 á Tierra Santa á expiar su horroroso crimen.

(1) Dozy, *Historia*, IV, 11.—Conde, III, 8.
(2) Conde, l. c.

Repartió Moctádir sus estados entre sus hijos Mutamin, á quien cupo Zaragoza, y Mondzir, titulado Imado-d-Daulah, que heredó el trono de Denia. De ninguno de los reyes de Taifas han llegado, fuera de su padre, tantas monedas hasta nuestros dias, todas ellas de vellón y cobre, y en ellas se declara simplemente *hágib*. El dictado Imado-d-Daulah, significa *columna del Estado* (1).

Al Mondhir fué instituído heredero, no sólo de Denia, sinó también de Lérida y de Tortosa. Esa división del territorio español en sinnúmero de pequeños estados, fué causa de guerras interminables, lo mismo entre musulmanes, que entre cristianos. Unos y otros príncipes buscaban valedores, así entre los de su creencia religiosa, como entre los que la profesaban distinta.

Mutamin y Mondhir, en vez de valerse como hermanos, desde que se sentaron en el trono, se trataron como enemigos, y buscaron aliados. Del emir de Zaragoza lo fué Rodrigo Díaz de Vivar, y con el de Denia se unieron Sancho Ramírez, rey de Aragón y de Navarra, y Berenguer Ramón II, conde de Barcelona.

Al célebre castellano le vemos, como confirma el fuero de Sepúlveda, en su país natal el año 1076. En los primeros meses de 1081 se puso al servicio de Moctádir, después de haber estado algún tiempo en Barcelona. Desavenido, sin que se sepa la causa, con Berenguer Ramón II, se dirigió á Zaragoza, y el Emir le dió favorable acogida.

Al Mutamin utilizó el auxilio de Rodrigo orde-

(1) *El Archivo*, IV, 26-27.

nándole que talase y corriese las tierras de Sancho Ramírez. Quiso éste impedir las algaras de Rodrigo, y en ocasión en que el rey estaba á la vista de Monzón y había jurado que el castellano no entraría en dicha villa, el Campeador entró en ella, sin que Sancho ni su aliado Berenguer osaran estorbarle el paso.

Convenía al emir de Zaragoza reconstruir el castillo de Almenara, entre Lérida y Tamariz. Hizolo Rodrigo; y, como su presencia estorbase á Mondhir, éste se concertó con los condes de Barcelona y de Cerdaña, y con los señores de Vich, Ampurdán, Rosellón y Carcasona. Juntos fueron á sitiar á Almenara, y Rodrigo, en vista de que el cerco se prolongaba, fué á apoderarse del castillo de Escarps, entre el Cinea y el Segre. Cuando lo hubo conseguido, recibió aviso de que los sitiados se hallaban en grave apuro, por escasez de agua principalmente, y dió aviso á Mutamin, con quien tuvo una entrevista en Tamariz. Quería el Emir que Rodrigo atacase á los aliados, pero el Campeador aconsejó se les diese alguna cantidad con tal que se retirasen. Con sorpresa de Rodrigo, rechazaron la proposición, é indignado aquél, los atacó con el denuedo y prontitud que acostumbraba; no tuvieron tiempo para defenderse: fueron degollados en gran parte, y el resto apeló á precipitada fuga. Fué inmenso el botín, y entre los muchos prisioneros que hizo, fué uno Berenguer Ramón II, á quien dió libertad cinco días después. Mutamín hizo que al vencedor se le recibiera en Zaragoza en medio de las más entusiastas aclamaciones de triunfo y le otorgó distinciones que ni á su propio hijo había concedido,

llegando á darle honores de señor de todo el reino (1082).

Los estados de Mondhir continuaron siendo objeto de las devastaciones de Rodrigo. Después de haber permanecido algunos meses junto á Alfonso, á quien fué á consolar por la traición de que fué objeto en Rueda (9 junio 1084), cuando se convenció de que el corazón de su rey aún no estaba curado de la herida que recibió con la jura de Santa Gadea, volvió á Zaragoza, mereciendo de Mutamin la buena acogida que siempre le dispensara. Acordaron hacer daño á Sancho Ramírez, que otra vez estaba sobre Monzón, y con la prontitud de sus ataques, en el breve espacio de cinco días taló la tierra, entró en la villa y con cuantioso botín y seguido de muchos prisioneros volvió cubierto de laureles á Zaragoza.

La devastación se dejó sentir enseguida en los estados de Mondhir, el emir de Denia. Taló Rodrigo los campos de Tortosa, llegó á Morella y la sitió, se apoderó del castillo de Alcalá de Chisvert y allí se fortificó. Mondhir entabló alianza con Sancho Ramírez, y asentaron sus reales no lejos del campamento de Rodrigo, junto al Ebro. Sancho le ordenó desalojase los estados de Mondhir, y Rodrigo le contestó que si sus intenciones eran pacíficas, no sólo le dejaría pasar, sinó que aún le daría cien caballeros para que le acompañasen; y que, en otro caso, no se movería de donde estaba. Los dos príncipes se sintieron de la contestación, y emprendieron su marcha contra el intrépido castellano. Empeñada furiosa batalla, por largo rato se mantuvo indecisa la victoria;

mas, al fin, redoblaron sus esfuerzos los soldados del Campeador, y el triunfo quedó por suyo. El campo quedó cubierto de cadáveres, los aliados se pusieron en fuga, dejando en poder del vencedor dieciséis nobles aragoneses (1), dos mil soldados prisioneros y un inmenso botín.

Mutamin le recibió en Zaragoza con los honores acostumbrados: el entusiasmo de los moros llegó á extremo tal, que hasta los mismos hijos del Emir salieron á esperar al invicto caudillo á cuatro leguas de la capital, al pueblo llamado Fuentes de Ebro, para aclamarle y festejarle. Este memorable triunfo ocurrió entre la rota de Rueda y antes de la muerte de Mutamin, ocurrida en el año 478 (abril 1085-1086). Le sucedió su hijo Mostahín, á cuyo servicio pasó Rodrigo (2).

A pesar del descalabro sufrido, no desistió de la guerra el emir de Denia. «En este treceno año (1085, á contar desde el 1072, en que murió Sancho II), ovo batalla el rey don Alfonso con Aben al Fange en Consuegra, e fué vencido Aben al Fange, e metióse en el castillo: e en esta batalla morió Diego Rodríguez, su fijo del Cid Ruy Díaz. E luego, en este año, lidió Alvar Fáñez con este Aben al Fange en Medina del Campo. E, según cuenta la estoria,

(1) El obispo Ramón Dalmáu, el conde Sancho Sánchez de Pamplona, el conde Nuño de Portugal, Gustio hijo de Gustio Nuño Suárez de León, Anaya Suárez de Galicia, Calvet, Inigo Sánchez de Montecluso, Simón García de Boil, Pipino Aznar, su hermano García, Illán Pérez de Pamplona, nieto del conde Sancho, Fortún García de Aragón, Sancho García de Alcaraz, Blasco García, mayordomo del rey, y García Diéguez de Castilla.

(2) Historia Leonesa.

dize que tenia don Álvar Fáñez dos mil e quinientos de cavallo, e Aben al Fange, quinze mil; mas, por la virtud de Dios, venció don Álvar Fáñez, e dió un gran golpe Aben al Fange de la espada en el rostro, e fué muy maltrecho e muy quebrantado. E don Álvar Fáñez fincó mucho honrado» (1).

El nombre de Aben al Fange, que da la Crónica General á Mondhir, es el mismo de Al Fagio, corrupción de la palabra Al hágib, título que realmente tuvo, como puede verse en sus monedas.

Las tropas de Álvar Fáñez no eran sinó una parte de las de Alfonso VI, ocupado á la sazón en el sitio de Toledo, destacadas para contener el avance del terrible Mondhir. Peleando el hijo de Rodrigo por don Alfonso, no es extraño que el padre también estuviera ocupado en la importante empresa contra Toledo, y que nada se sepa de sus expediciones desde 1085 hasta 1088, en que celebró, con objeto de apoderarse de Valencia, un convenio con Mostahin.

Abu Ahmer Jucéf al Mutamin «honró y confió (á Aben Omar) empresas de intriga y adquisición de fuertes de frontera en lo de Valencia y Murcia.» Quiso, pues, procurar á Mutamin la posesión de Segura. El rey de Sevilla, temeroso de que descubriese sus secretos y negociaciones, encargó su prisión, lo cual consiguió por industria de Abu Becr ben Abdeláziz, de Valencia.

(1) Crónica General, f. 309.—De la muerte del hijo del Cid se lee en la genealogía de Rodrigo: «Este mío Cid ovo por mugier á doña Kimena, nieta del rey don Alfonso, filla del conde don Diego de Asturias, et ovo della un fillo et dos fillas, et el fillo ovo nombre Diago Rozy, et matáronlo en Consuegra los moros.»

Fué preso el 2 de julio de 1085, en el castillo de Segura. Esta fortaleza había logrado conservarse independiente desde los tiempos en que Moctádir se apoderó de los estados de Alí, el emir de Denia. Un hijo de este príncipe llamado Siradj-d-Daulah, la poseyó por algún tiempo; y, como acababa de morir, los Beni Sohail, tutores de sus hijos, querían vender Segura á cualquier príncipe vecino. Allí, pues, mediante hábil estratagema, quedó Aben Omar en poder de los Beni Sohail.

Resolvieron venderle al mejor postor, juntamente con el castillo, y ambos pararon en manos de Motámid. Cargado de cadenas se le condujo hacia Córdoba. Por todas partes le insultaba el populacho, y el emir de Valencia envió un judío, gran andador, para que le diese unos versos que contra él escribió, y le alcanzó en Caria Jumín, cerca de Córdoba, donde entró el viernes 6 de régeb (28 octubre.) Llegado á Sevilla, el mismo Aben Ábed le cortó la cabeza al principio del año 479 (abril de 1086) (1).

En el mismo año en que ocurrió la prisión de Aben Omar, murió el príncipe Mutamin, á quien el infortunado ministro prestaba últimamente sus servicios de intriga; y le sucedió en el trono su hijo Áhmed al Mostahín. Poco antes de morir el padre, casó el hijo con una hija del emir de Valencia, esperando por este medio heredar á Abu Becr ben Abdeláziz. Las bodas fueron de lo más suntuoso que se conoció en España. El casamiento le utilizó el emir de Valencia,

(1) Dozy, *Historia*, IV, 10 y 11. —Conde, III, 8.

para tener, en Mutamin, un aliado poderoso contra Alfonso VI, que había vendido Valencia á Cádir, último emir de Toledo.

Véase el relato que de las bodas hace un autor árabe: «Y luégo que la hija del noble uatsir Abu Becr ben Abdeláziz fué conducida á Zaragoza con toda la pompa necesaria para desposarse con Al Mostahin Bil-lah, Al Mutamin Bil-lah invitó á los más nobles y principales de Andalos, á los héroes más bravos y distinguidos, á los escritores, hadgibes, uatsires y emires, para que asistiesen á las bodas; y todos contestaron á su llamamiento y se apresuraron á concurrir; y hubo convites y fiestas, en términos que durante ellas en Zaragoza no se pudo entregar nadie al sueño; y no fué tan magnífico en sus fiestas Al Maamún (el califa Abbasida) cuando se casó con Burán, la hija de Al Hasan. Le acudieron riquezas considerables, y todo lo que deseó lo logró abundantemente: y el mundo le prodigó lo útil y lo superfluo, y reunió en él las alegrías de todas sus gentes; y Zaragoza abrió á los deseosos de placeres todos sus hipódromos.»

Entre los que se excusaron de asistir á las bodas, á causa de su extremada vejez, se cuenta á Aben Tahir, quien escribió en tal sentido una carta á Mutamin (1).

Poco después murió Aben Abdeláziz, tras un reinado de diez años, en el de 478 (abril 1085-1086). Le sucedió su hijo Ozmán el Cadí, sin duda porque desempeñó este cargo durante la vida del padre. Abu Becr había gobernado primero como walí de Al Ma-

(1) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, II.

mún, el emir de Toledo; y luégo se reconoció tributario de su hijo Cádir, si bien obrando con cierta independencia.

Ya enemigos en vida del padre Ozmán y un hermano, á su muerte se disputaron el gobierno, pues ambos contaban con partidarios. De ahí que muchos se inclinaran á reconocer la soberanía del emir de Zaragoza. Prevaleció, por fin, el de Toledo, que, como argumento el más poderoso, se acercó á Valencia seguido de numeroso ejército castellano.

Al aproximarse las tropas auxiliares de Cádir, se apaciguaron las disensiones en Valencia, reunióse la asamblea de notables y fué depuesto Ozmán, el hijo mayor de Abu Becr ben Abdeláziz, temiendo que al Cádir los entregase á Alfonso (1).

---

(1) Dozy, *El Cid de la realidad*, 3.—Malo, *Rodrigo el Campeador*, II.

CAPÍTULO III

YAHYA AL KÁDIR, ANTES DE LA VENIDA DEL CID

(1086-1089)

Yahya ben Dzin Nun, al Kádir Billah.—Sale de Toledo para Valencia.—Hospédase en Cuenca.—Los Beni Faraig.—Muerte de Abu Becr ben Abdeláziz.—Guerra civil entre sus hijos.—El gobernador de Murviedro.—Yahya y Álvar Fáñez en Serra.—Es depuesto por la aljama el cadí Ozmán.—Entrada de Yahya en Valencia.—Privanza y prudencia de Aben Lebún.—Falsos obsequios de los valencianos á Yahya.—Pídenle que despida á los auxiliares castellanos.—El impuesto de la cebada.—Aben Mahcor, gobernador de Játiba.—Sitianla Yahya y Álvar Fáñez.—Pide socorro Aben Mahcor al emir de Denia.—Retírase de Játiba el emir de Valencia.—Llega hasta las puertas de Valencia Mondhir.—Vese obligado á retirarse á Tortosa.—Crueldad de las tropas de Álvar Fáñez.—Son encarcelados los hijos de Abu Becr.—Logran huir á Murviedro.—Yahya escribe á Yúsuf ben Taxfin.—Parte que toma en la jornada de Zalaca.—Sitia Mondhir á Valencia.—Prudente consejo de Aben Tahir.—Mostahin, emir de Zaragoza, y el Cid obligan á Mondhir á levantar el sitio.—Disgusto que recibe Mostahin.



la muerte de Al Mamún, ocurrida en dilcada del año 468 (jun.-jul. de 1076), le sucedió en el trono su sobrino Al Kádir, como lo prueba el hecho de que del mismo año 468 hay monedas del último acuñadas en Toledo (1). Llamábase Yahya ben Dzin Nun, y tenia por título Al Kádir Billah (El Poderoso por Dios) (2). Acerca del grado de parentesco con Al Mamún, reina la mayor diversidad de pareceres: la opinión más admitida es la del arzobispo don Rodrigo, que dice era hermano de Hixem, también apellidado Kádir, inmediato sucesor de Mamún; y, muerto Hixem, ocupó el

(1) Codera, *Tratado de Numismática Arábigo-Española*, sección IV, 5.
(2) Malo, *Rodrigo el Campeador*, Apéndice XX.

trono Yahya. Su carácter duro y cruel, hizole perder los dos tronos en que se sentó, el de Toledo y el de Valencia (1).

Ya en dilcada de 472 (may.-jun. de 1080) se alborotó la plebe de Toledo, y tuvo que huir á Cuenca, que también era de sus dominios, lo mismo que buena parte de la provincia de Valencia. Imploró el auxilio de Alfonso VI: dos años duró el sitio que á la ciudad del Tajo puso el rey de Castilla, y el Emir quedó restaurado en el trono. So pretexto de ayudarle contra sus enemigos, le fué poco á poco arrancando el oro y las fortalezas; y, temiendo el Emir un acto de desesperación de los suyos, le ofreció, por último, á Toledo, mas con pacto «de ganar á la rebelde Valencia reduciéndola á sumisión, y que se abstuviese de defenderla, para que él redujera por la fuerza á su obediencia al régulo que la mandaba» (2).

En muhárram de 478 (29 abril-28 mayo 1085), ó, como se lee en la Crónica General, el 25 de mayo, hizo su entrada en la ciudad el rey de León y de Castilla. Mientras tanto, Yahya, que era muy supersticioso, consultaba en un astrolabio la hora favorable para emprender su marcha, lo cual le atrajo las burlas de musulmanes y de cristianos. Los castillos se le cerraban, y las posadas le despedían; halló, por fin, un asilo en la fortaleza de Cuenca, cerca de sus parientes los Beni Faraig, quienes, entre los walíes de su reino, le eran más afectos y le facilitaron la entrada

(1) Ibídem.
(2) Malo, l. c.

en Valencia. Uno de ellos llegó á dicha ciudad y, utilizando las mañas propias de los políticos de baja estofa, hízose íntimo amigo de Abu Becr ben Abdeláziz, al objeto de observar cuál fuese el estado de los ánimos (1). Era entonces cuando se celebró la boda del hijo del emir de Zaragoza con la hija del de Valencia; y, «como el mundo rueda siempre y las órdenes de Dios son perennes y tienen siempre cumplimiento, llegó la noticia de la muerte de Aben Abdeláziz, y de que, con este motivo, sus hijos se disputaban el gobierno de la ciudad. Entonces salió Aben Dzin Nun para Valencia, con más precipitación que los katás se precipitan sobre el agua; y llegó á ella como llega el celoso cuando sorprende los coloquios de dos amantes» (2).

El emisario Aben Faraig, que, hospedado en casa de Abu Isa ben Lebún, gobernador de Murviedro, había, aunque en vano, tratado de sondear las disposiciones del emir de Valencia, á la muerte del mismo corrió á Cuenca para comunicar á Yahya tan alegre nueva. Cansado de tantas pretensiones Abu Isa ben Lebún, trató de retirarse á su castillo de Murviedro; pero su amigo íntimo, el cátib ó secretario Abu Mohámed Abdallah el Aroschi, hízole desistir del propósito, y convinieron en esperar el desenlace de aquellos sucesos y en auxiliarse mútuamente, si era necesario. Con objeto de tener, si las circunstancias lo reclamaban, más desembarazado el paso y más

(1) Malo, l. c.
(2) Malo, *Rodrigo el Campeador*, II.

seguro el asilo, envió sus mujeres, hijos, parientes y allegados, á Murviedro, Castro, Santa Cruz y otros castillos suyos (1).

Ido ya á Cuenca el emisario Aben Faraig, reunió Yahya sus tropas y las de sus parciales. Reclamó de Alfonso VI el cumplimiento de la promesa. Recibió de

---

(1) Era Abu Isa ben Lebún uno de los más notables poetas de España. Para muestra de sus composiciones, copiamos algunos fragmentos de sus versos. Desde una de las piezas ó habitaciones más elevadas del alcázar de Murviedro, de donde se dominan los alrededores de la ciudad y en uno de esos días en que á la alegre campiña se la ve vestida de sus adornos primaverales, las nubes como el brocado reflejaban espléndidos colores; al contemplar Abu Isa ben Lebún aquellos deliciosos huertos de admirable y peregrina belleza, respirar los gratos aromas y suaves fragancias que despedían y ver descollar entre los árboles el granado de encendidas flores tintas en sangre, que alegra el corazón de los comensales, compuso los versos siguientes:

«Ea, ea, comensal amigo, corran en círculo las copas del espirituoso vino: acaso ¿no ves las flores que matizan el campo,

«La rosa y el narciso, que traen á la memoria los gratos amores,

«La flor del granado, que recuerda la sangre fresca de los campos de batalla,

«Y el suave jazmín de límpida corola, que semeja las gotas del rocío de la mañana?»

En otra ocasión estaba bebiendo en compañía de los wazires y altos empleados de la administración en Lorca, en casa de su hermano. Era una de esas tardes en que, al propio tiempo que llovía como si el cielo llorase sobre la tierra, los valles se engalanaban con sus vistosas tintas, donde la flor del narciso lucía sus galas, la luz pálida y azafranada del sol poniente doraba las alturas y los montes; era, en fin, el despedir brillante de hermosísima tarde como el atractivo cerrar de unos ojos heridos de intensa luz, y escribió á su amigo Aben al Yesa, que estaba ausente:

«¡Ah, amigo mío! si hubieses estado aquí en esta tarde hubieses visto de tiempo en tiempo derramar á las nubes la grata lluvia que hace correr el agua por sus cauces naturales.

«La tierra amarillenta y azafranada que las nubes con sus gotas cubrían, figuraba extensa superficie dorada que salpica una lluvia de perlas.»

Como ya se verá, á trueque de las rentas de un año cedió sus estados al señor de Aben Razín. Arrepentido luégo, lamentó su pasada grandeza, y el infortunio hízole arrancar sentidas notas á su envidiable lira:

él un lucido cuerpo de ejército mandado por Álvar Fáñez, que, después de la conquista de Toledo, había estado de embajador en la corte de Sevilla. Con las tropas auxiliares capitaneadas por el pariente del Cid, se dirigió á marchas forzadas hacia Valencia, no parando hasta Serra, donde sentó sus reales. Desde allí dió aviso

---

I

Atrás. ¡Dejadme que corra
Al ocaso y al oriente!
¡Venga el fin de mi dolor
Ó venga pronto la muerte!
Un cubil y un hueso bastan
Para que el can se contente;
Mas el águila real
Será menester que vuele.
Desde lo sumo del aire
En que altanera se cierne,
Con los penetrantes ojos
Campos busca, espía reses,
Ó remontándose al cielo
La tierra de vista pierde;
Yo como el águila vivo,
Volando, aspirando siempre.
Cuando una región me cansa,
El mejor de los corceles
Me lleva cual torbellino
Á otras regiones y gentes.
Los amistosos consejos
No consiguen detenerme;
Espuelas doy al caballo,
Voy donde nadie se atreve,
Soy como el sol, que en un punto
Del ancho cielo amanece
Y en la extremidad opuesta
Entre las ondas se duerme.

II

¿Dónde se ocultan los soles
Que cerca de mí lucieron
Mientras que el mundo envolvían
Las sombras en negro velo?
¿Dó las noches que á tu lado
Pasé con dulce misterio
Cuando dormía el celoso
Y no espiaban sus celos?
¡Qué placer cuando tu diestra
El vaso me daba lleno
Del áureo vino, encendido
Cual flor del algarrobero!

III

Seguidme al desierto, amigos,
Para que busque en la arena
De la mansión de mi amada
Las ya derruídas piedras.
Recordar quiero las noches
Que alegre pasé con ella,
Y llorar el tiempo hermoso
Que para siempre se aleja.
Lozano vástago verde
Entonces mi vida era,
Que crece en planta jugosa
Y se dilata con fuerza.
Á mí en paz con el destino
Dichas lograba completas;
Rico vino me escanciaba
Mañana y tarde mi bella.
Estrechándola en mi seno
Ébrio de vino y terneza,
Beber pensaba en sus ojos
El fulgor de las estrellas.
El deleite sobre ambos
Quiso desplegar su tienda;

de su llegada á los valencianos y les hizo grandes promesas (1).

Reunióse en consejo la aljama de la ciudad para deliberar sobre la pretensión de Yahya. De común acuerdo resolvieron acceder á sus deseos, y no porque les halagase tener por señor á quien acababa de perder

Allí pláticas sabrosas,
Risas, cantares y tiernas
Caricias, y dulces besos,
Y el sonar de la vihuela,
Y tener en abundancia
Cuanto la mente desea,
Á fin que el anhelo, en goces,
Apenas nacido, muera.
¿Quién pensara que venía
El infortunio tan cerca?
No hay que fiar, ¡oh fortuna!
En tus falaces promesas.
Quien gusta licor suave,
Nunca las heces sospecha.
Me embriagaste con tus dones
Trastornando mi cabeza,
Y luégo de hiel amarga
Me diste la copa llena.
¡Cuánto dolor sobre mí
Desde aquel instante pesa!
¡Ay, cuánta noche de insomnio
Pasé sintiendo mis penas!
¿Cómo pensar que mis planes
En mi daño se volvieran?
¿Por qué me castiga el cielo?
¿Por qué culpa me condena?
Cuando me llamó la gloria
No reposé hasta tenerla,
Llevando en nobles arranques
Á todos la delantera.
Aunque era cruel fortuna,
Justo es que yo te agradezca
Que arrancaste de mis ojos
Alucinados la venda.
Antes soñando vivía;
Ya tu mano me despierta
De los hombres y del mundo
Mostrándome la vileza.

IV

Basta, basta, ya del mundo
Para siempre me separo;
Sus mentiras no me ciegan,
He roto todos sus lazos;
Ya mi horizonte limita
De un pobre huerto el vallado.
En mis libros, confidentes
Y amigos tan sólo hallo;
Noticias me dan del mundo
Y de los siglos pasados.
Y su tesoro de verdades
Me ofrecen y desengaños;
Mas sentiré que en la huesa
Le den los hombres descanso,
Sin saber qué corazón,
Qué ingenio habrán sepultado.

(Chabret, *Sagunto*, Apéndices).

(1) Crón. Gral. f. 314 y 315.—Las poblaciones llamadas Serra más próximas á Valencia, eran las de Náquera y la de Turís. Los autores opinan que sería la primera.

un reino, sinó por evitar los males que, en caso de oponerse, sobrevendrían á la ciudad. Fué otro de los acuerdos de la aljama deponer del mando de cadí á Ozmán, el hijo de Abu Becr; y, dado cumplimiento al mismo, se avisó á Yahya, que Valencia, incluso el gobernador de su castillo, Abu Isa ben Lebún, le reconocía por soberano. El mismo gobernador, cuyas gestiones habían allanado el camino al trono á Kádir, fué acompañado de los notables de la ciudad á Serra para noticiar al nuevo rey la resolución, y á la vez le manifestó que no demorase la entrada en Valencia (1).

Hízose ella en medio de las aclamaciones de la muchedumbre, y el Emir, con sus mujeres, fueron aposentados en las mejores piezas del alcázar, las cuales Aben Lebún tenía preparadas. También los nobles ocuparon lujosas habitaciones, y los ballesteros y demás soldados se alojaron en la plaza situada entre el castillo y la mezquita. Álvar Fáñez y sus tropas castellanas se albergaron en Ruzafa. Al temor que infundían aquellos cristianos cubiertos de hierro y cuyas largas espadas centelleaban á los rayos del sol, era debido, más que al afecto, el entusiasmo demostrado en el recibimiento.

Lo primero que Yahya dispuso fué nombrar su primer ministro, ó wazir mayor, al señor de Murviedro. Por más que en público le honraba mucho, pues el pueblo le profesaba general estimación, interiormente sentía hacia él cierta prevención, por la gran intimidad que tuvo con Abu Becr, el emir difunto. A la perspi–

(1) Malo, *Rodrigo el Campeador*, II.

cacia de Aben Lebún no escapó que las atenciones que le prodigaba el Emir dejaban de ser sinceras: buen político el ministro, se decidió, después de algunas vacilaciones, á desempeñar con toda lealtad su cargo; y tal vino á ser su proceder, que Yahya le cobró gran afición y formó propósito de no retirarle su gracia ni seguir otro consejo que el suyo. Le colmó, además, de toda suerte de favores (1).

Los moros señores de los castillos deshacíanse en tales obsequios al Emir, que éste, á ser menos avisado, pudiera darse por satisfecho del amor de sus súbditos y de la firme estabilidad de su trono. Aquellos agasajos iban sólo encaminados á que despidiese, por innecesarias, las tropas auxiliares, cuyo sostenimiento era la ruína de la ciudad, pues costaban al día 600 dinares ó monedas de oro.

Manifestóse al rey, que, pues de buen grado se había aceptado su señorío, ningún inconveniente había en que Álvar Fáñez y los suyos abandonasen á Valencia. Yahya, que además de notar que aún daban de cuando en cuando señales de vida los bandos en que la ciudad estuvo dividida, comprendió que bajo el velo de tan halagüeñas manifestaciones se ocultaban intenciones no tan lisonjeras, en vez de acceder á la petición, como los ordinarios tributos no bastasen al sostenimiento del ejército cristiano, añadió uno más, que vino á poner el colmo á la desesperación de los valencianos. So pretexto, ó porque en verdad lo reclamase el pasto de la caballería auxiliar, gravó á nobles y

(1) Crón. Gral. l. c.

plebeyos con el para ellos inusitado pecho de *la cebada*. En són de burla saludábanse al topar los unos con los otros diciendo «daca la cebada»; y hasta amaestraron al perro de una carnicería á ladrar cuando le acosaban con el consabido estribillo: por lo que en tono satírico exclamaba un poeta de aquel tiempo: «á fé que no es sólo ese perro el que rabia en la ciudad cuando se pide la cebada» (1).

Tan predispuestos estaban los ánimos de todas las clases á la rebelión, que bastaba una sola chispa para que se produjese un incendio general. Una guerra indiscreta y de éxito fatal, vino á hacer estallar la insurrección. Todos los señores de castillos enclavados en la jurisdicción de Valencia se habían apresurado á acudir á la corte para rendir al Emir personalmente vasallaje. Hubo uno, sin embargo, el de Játiba, llamado Aben Mahcor, que, desoyendo órdenes apremiantes de Yahya, se concretó á felicitarle enviándole, por conducto de un mensajero nombrado al efecto, una carta y añadió varios regalos. Excusó su no comparecencia, con sus muchas ocupaciones; pero que constase tenía el castillo por Yahya y que no tenía inconveniente en cumplir su voluntad; y que hasta haría entrega del mando, si el Emir así lo quería, siempre que Yahya atendiera á su subsistencia (2).

(1) Crón. Gral., f. 315.

(2) Ibídem.—De Aben Mahcor hablan también incidentalmente los autores árabes. De él dice Aben Bassam, que cuando Mutámid hizo poner en 1084 en prisión á visir Aben Omar, era ya gobernador de Játiba y pidió, con otros muchos, el indulto del infortunado ministro. «Si no nos es infiel la memoria, escribe Dozy, Aben Bassam ha copiado la carta que Aben

Irritó sobremanera al Emir la contestación, por creer que en su fondo había mal encubierto espíritu de rebeldía. Con todo, no quiso arrojarse á castigar lo que él juzgaba desacato á su majestad, sin antes tomar consejo de su ministro. Aben Lebún dijo que convenía disimular, antes que lanzarse á una aventura peligrosa, por la inseguridad en el buen éxito y por lo expuesta á gravísimos contratiempos. No lo entendió así el Emir, y se apartó del cuerdo parecer de su leal ministro: era que los hijos de Abu Becr, que ya habían vuelto á la gracia del rey, ansiosos de perderle y émulos de la privanza que gozaba Aben Lebún, al ser consultados, obraron con perfidia é insistieron en que era atentatoria á la dignidad de la realeza la respuesta del walí de Játiba y en que no era prudente quedara sin castigo (1).

Previendo Aben Mahcor la tormenta que iba á venirle, se había preparado á la defensa fortificándose en el castillo, en las torres y en buena parte de la villa. Acompañado de Álvar Fáñez corrió Yahya contra Játiba, y fácil le fué apoderarse de la parte baja de la población, por haberla abandonado el rebelde. No sucedió lo mismo con el castillo, donde Aben Mahcor

---

Mahcor escribió á Mutámid en esta ocasión, y tenemos á la vista el extracto de otra que Mutámid hizo escribir en respuesta á la de Aben Mahcor. Este extracto se encuentra en la enciclopedia de Nawairî, man. de Leyden, núm. 273, p. 549. El gobernador de Játiba se halla allí nombrado por error Aben Yahfur; mas, por lo demás, la pronunciación de la Crónica es enteramente exacta, pues los árabes de España apenas dejaban percibir la *h*, dando, además, al *wau* el sonido de *o* (Investigaciones, *El Cid según los documentos modernos*, 1.ª parte, las Fuentes, II).

(1) Ibídem.

resistió por espacio de cuatro meses, á pesar de los combates, escaramuzas y asaltos, y de la escasez de bastimentos, principalmente de agua. Esta contrariedad inesperada por Yahya, le encendió en cólera contra los hijos de Abu Becr: prendió á uno de ellos y á un judío mayordomo del otro hermano, y para alimentar durante un mes al ejército castellano, les quitó cuanto tenían, con lo cual respiraron un poco los valencianos (1).

Cuando Aben Mahcor apuró todos los medios de defensa, antes que rendirse al emir de Valencia, recurrió á una resolución extrema: propuso á Mondhir, el emir de Denia, entregarle Játiba, si acudía en su auxilio. Aceptó Aben Hud el ofrecimiento, y, para alentar en la resistencia á los setabenses, envió á su general *Al Aisar* (El Izquierdo). Entró este caudillo una noche en la alcázaba, y allí encontró al gobernador de Al Menara, que también había acudido al lado de Aben Mahcor (2).

Mientras tanto, el emir de Denia reunió otro ejército cristiano para oponerle al de Álvar Fáñez: tomó, al efecto, á sueldo al barón de Cervellón, Giraldo de Alemany, que tenía á sus órdenes muchos caballeros catalanes. Marchó hacia Játiba, y no atreviéndose el emir de Valencia á sostener un choque con las tropas acaudilladas por Mondhir, batióse en retirada hacia Alcira, y poco después entraba en Valencia cubierto de oprobio. Mondhir agregó Játiba á sus dominios, y

(1) Crón. Gral., f. 316.
(2) Crónica General, l. c.

Aben Mahcor pasó á vivir en Denia, cuyo emir le trató con gran consideración y le dió muchas posesiones (1).

Natural era que Mondhir procurase sacar de la retirada de Yahya el mayor partido posible. Franqueó por Alcocer, desaparecido en el siglo XVIII, el paso del Júcar, atravesó la fértil llanura que se extiende hasta Valencia, y sentó sus reales en la Xarea, nombre también de una puerta de la ciudad situada por donde hoy se alza la parroquia de Santo Tomás. Allí había una mezquita donde los moros celebraban sus fiestas. Mondhir se aproximó aún más á Valencia, á fin de reconocer su sitio. Temeroso Yahya, rodeado de sus amigos y valedores, observaba desde el muro los movimientos del enemigo. Álvar Fáñez, con sus escuadrones formados, estaba dispuesto á rechazar á las tropas catalanas, si le provocaban al combate. El emir de Denia tuvo durante algunos días en continua alarma á los valencianos; y, viendo que la ciudad no abría las puertas, como se le había prometido, alzó el sitio y marchó á Tortosa, sitiada por Sancho Ramírez, rey de Aragón (2).

Pasado el peligro, volvió el emir de Valencia, obligado por la necesidad, á sus ordinarias exacciones. Apremiándole Álbar Fáñez á que le satisficiera las pagas atrasadas, Yahya, exhausto de recursos, propuso á los castellanos se establecieran en su reino; y, admi-

(1) Ibídem.

(2) Ibídem.—Malo (Apéndice, XVIII).—*El Archivo*, I, 217.—Chabás, *Mon.*, l. I, c. IV.

tida por el caudillo cristiano la proposición, tuvieron él y sus soldados extensos terrenos (1).

Divulgada esta noticia, muchos moros abjuraron de su religión y tomaron partido por Álvar Fáñez. Como voluntarios que sólo obraban por el cebo del sueldo, de la rapiña ó del botín, eran malhechores del peor género. «Las taifas de Álvar Fáñez (dice un escritor árabe), ¡maldígale Dios y maldígalos á ellos también!, cortaban á los hombres y á las mujeres sus partes... Eran todos los más malos de los muslimes, y los malvados, y los sin vergüenza, y los viciosos de los mismos, y, además, muchas gentes de las comarcas de los cristianos... Sostuvieron contra los muslimes muchas algaras, y violaron sus haremes, y mataron sus hombres, y forzaron mujeres y niños, abjurando muchos de ellos el Islam, y despreciaron la religión del Profeta ¡la paz de Dios sea con él!; hasta el punto de vender un muslim cautivo, por un pan, ó por un vaso de vino, ó por una libra de pescado; y al que no se rescataba él mismo, le cortaban la lengua, ó le sacaban los ojos, ó le echaban perros de presa...» (2). Esto mismo se lee en la Crónica General: «e davan un moro por un pan e por un terrazo de vino.» Estas tropas, llamadas *ad Dawar*, se reunieron después al Cid Campeador. Valencia, como dice la misma Crónica, estaba «como en poder de cristianos». De ahí que, desesperados los moradores de hallar remedio á sus males, la abandonaban, y las tierras perdieron su valor

(1) Ibídem.

(2) Malo, *Rodrigo el Campeador*, Apéndice XXI.

acostumbrado. Álvar Fáñez, contando á sus órdenes con un tan crecido ejército de moros y de cristianos, salió por la parte de Burriana á correr las tierras del emir de Denia, y volvió á Valencia con riquísima presa de ropas y de ganados.

La opresión se dejó sentir más sobre los que tenían mayor poder. Ya queda expuesto que los hijos de Abu Becr, á consecuencia del fracaso contra Játiba, sufrieron las iras de Yahya y fueron encarcelados. Hasta el gobernador de Murviedro, sin que rompiera su amistad con el Emir, vivía apartado de la corte.

Gracias á la intervención del judío que había sido embajador de Castilla en Valencia durante el corto reinado de Ozmán, éste, por mediación de Alfonso VI, vivía como en libertad y en buenas relaciones con Álvar Fáñez. La generosidad de Alfonso tenía poco de desinteresada, puesto que el beneficio á Ozmán no le alcanzaba sinó mediante la promesa de entregar cada año al rey de Castilla treinta mil monedas de oro; así y todo, por más que Yahya en apariencia trataba bien á Ozmán, teníale como preso en su propia casa.

Cuando el hijo de Abu Becr supo que Aben Lebún y el judío le esperaban en Murviedro, rompió una pared y, disfrazado de mujer, escapó una noche; pasó el día oculto en la huerta; á la noche siguiente montó en un caballo que le tenían preparado y se refugió en Murviedro. Convino con el judío en entregarle entonces, como así lo hizo, quince mil monedas en dinero, sortijas, collares y telas preciosas, y las otras quince mil, cuando, disfrutando de entera libertad en Valen-

cia, percibiera las rentas de sus posesiones. El judío volvió á la corte de Alfonso.

Ya el otro hermano de Ozmán había, por mediación del emir de Zaragoza, recobrado la libertad; y los caballeros moros, sabedores del sitio en que los Beni Abdeláziz se habían refugiado, allí acudieron, por no tener en Valencia seguras sus vidas ni sus haciendas.

De igual modo que Alfonso VI tenía avasallado al emir de Valencia, estábalo igualmente el de Sevilla; y, como toda la España musulmana presentía la total destrucción que de ella tenía pensada el rey de Castilla, no viendo esperanza de salvación en la Península, se tomó la extrema resolución de entregarse en brazos de los fanáticos almoravides, dueños á la sazón del norte de África. Fué el emir de Valencia uno de los muchos que subscribieron la misiva en que se solicitaba el auxilio de Yúsuf ben Texufín, el rey de Marruecos (1).

En el interlunio de rabié primera del año 479 (30 junio de 1086) vino Yúsuf á España, con tanta gente, «que sólo su Criador puede contarla... La fama de esta venida de los moros almoravides voló al campo y hueste del rey Alfonso, que estaba sobre Zaragoza; y luégo levantó el cerco pensando salir al encuentro del rey de los muslimes. Hubo Alfonso su consejo con los caudillos y escribió al rey de los cristianos Aben Radmir (Sancho Ramírez), ¡maldígale Alah!, y al Barhanis (Alvar Fáñez), que el primero tenía cercada á medina Tartuxa (Tortosa), y el segundo andaba en

(1) Conde, III, 11.

tierra de Valencia; y los dos vinieron con sus gentes en su ayuda, y se juntaron con él» (1).

En la para los cristianos funesta jornada de Zalaca, ocurrida el 14 de récheb del año 479 (23 octubre de 1086), el rey Yahya formaba parte de la hueste de Sevilla, y Álvar Fáñez, de la segunda de Alfonso VI. Diez mil cabezas de cristianos fueron en Valencia testimonio triste y elocuente del triunfo alcanzado por los muslimes (2).

«Alfonso el tirano ¡quebrántele Dios sus miembros!, escribe un historiador árabe, sufrió aquella derrota tan memorable en día de viernes. Entonces se volvió á su país ¡maldígale Dios!; pero llevaba yá los brazos cortados, y su imperio había yá finalizado. Con este motivo, se ensanchó libremente el pecho de Yahya ben Dzin Nun, respiraba el aire vital con facilidad y se regocijó de que aún le quedase sangre en las venas; y entró en la alianza con Emir al Moslemín, como lo habían hecho los demás príncipes (3).

Se vé que Yahya, aunque ocultamente se entendiera, como todos ellos, con el jefe de los almoravides, aparentó sumisión á Alfonso VI mientras Álvar Fáñez estuvo en Valencia; y luégo, inclinándose del lado que mayores ventajas le ofrecía, se emancipó del soberano de Castilla. Si bien quedó libre de las terribles mesnadas de Álvar Fáñez, no tardó en ver confirmados sus temores de que, sin la protección de los castellanos, pronto se le rebelarían los gobernadores de sus castillos.

---

(1) Conde, III, 15.
(2) Conde, III, 16.
(3) Malo, *Rodrigo el Campeador*, Apéndice XX.

Pocos días después de la jornada de Zalaca, Yúsuf volvió á África á causa de habérsele muerto un hijo. En cuanto los cristianos se aseguraron de la marcha de Yúsuf, se diseminaron por la España oriental, y comenzaron sus correrías por Zaragoza, dirigiéndose luégo á Valencia, Denia, Játiba y Murcia. Eran dueños de Aledo, fuerte á maravilla, y las algaras que desde allí hacían, eran más terribles que las tronadoras tempestades.

El emir de Sevilla, Motámid, con tres mil ginetes que le había dejado Yúsuf, aprovechó el espanto que de los vencidos se había apoderado, y reconquistó á Uclés, Huete, Consuegra, Cuenca y otros. No estuvo tan afortunado en lo de Murcia: le salieron al encuentro ciertas compañías de cristianos y le desbarataron, y se retiró á Lorca. Allí le obsequió su gobernador, Muhámad ben Lebún, pariente del de Murviedro, que tenía por Motámid aquella ciudad y había peleado como bueno en Zalaca. También Abu Isá ben Lebún murió en la guerra santa al año siguiente, 481 (marzo 1088-1089). Clamaba el emir de Sevilla por el inmediato retorno de Yúsuf; pues «en especial le hablaba de las algaras del Cambitor (Campeador), príncipe cristiano que infestaba las fronteras de Valencia» (1).

Entrado ya el año 1088, cansados de su emir los moros valencianos, se le sublevaron, y los más principales llamaron á Mondhir, para dársele por vasallos. Con gentes suyas y con algunos catalanes que tomó á sueldo, salió de Lérida para Valencia al mismo

(1) Conde, III, 18.—Chabret, *Sagunto,* I, 165, n.

tiempo que encargó á un tío suyo acudiese desde Denia, con otro ejército, en día prefijado hacia la ciudad del Turia. Temiendo Yahya verse combatido á la vez por las dos huestes, aprovechó para atacar á la de Denia la circunstancia de haberse ella adelantado al día que se le señalara; pero fué vencido y obligado á encerrarse en la ciudad.

Mondhir tuvo noticia del triunfo de los suyos cuando no estaba de Valencia sinó á una jornada. Durante la noche se aproximó á ella con ánimo de combatirla; sin embargo, por causa que se ignora, dejó de hacerlo, y permaneció en la inacción durante algunos días. Vióse Yahya reducido á tan extrema necesidad, que resolvió salir del apuro entregándose á los sitiadores; mas de ello le disuadió Abderrahmán ben Tahir, el ex-rey de Murcia, y le aconsejó que solicitase la protección de los reyes de Castilla y de Zaragoza (1). Dicho Abderrahmán vivió largo tiempo, «en términos de sobrevivir á los principales régulos de sus días, y presenció la calamidad de los muslimes en Valencia causada por el tirano Campeador ¡quebrante Dios sus miembros!» (2). El emir de Valencia, siguiendo los consejos de Abderrahmán ben Tahir, había enviado mensajeros á los reyes de Castilla y de Zaragoza. Por entonces había llegado á la corte de Mostahín el arráez Aben Canón, que procedía de Cuenca, y fué uno de los que salieron de Valencia: para proponer al emir de Zaragoza que él haría de

(1) Crón. Gral., f. 321.
(2) Malo, *Rodrigo el Campeador*, Apéndice XX.

modo que la ciudad se le entregase, é igualmente Segorbe, de cuya fortaleza era gobernador un hermano suyo. Mostahin dió oídos á la embajada é hizo concierto con el Campeador para venir sobre Valencia: convinieron en que serían de Rodrigo las riquezas que se ganaran, y de Mostahin la ciudad. Emprendieron, pues, la marcha, con 400 jinetes el Emir y con 3.000, más 4.000 peones más, el Campeador. Cuando Mondhir tuvo conocimiento del acuerdo, resolvió abandonar su proyecto; mas no alzó el sitio hasta que su tío estuvo cerca. En este año, 481 (mar. 1088-1089), murió en la guerra santa el cadí Abu Isa ben Lebún; y por octubre del mismo año, 1088, ocurrió una gran avenida del Guadalaviar, la cual devastó á Valencia y destruyó el fuerte de su puente.

Hallándose Mondhir con fuerzas inferiores á las de sus enemigos, hizo de la necesidad virtud: no se apartó de Valencia hasta que envió á Yahya un mensaje diciéndole que, no sólo levantaba el sitio, sinó que quería trabar amistad con él, con tal que no rindiera la ciudad á Mostahin, y que, unidas las huestes de Denia y de Valencia, no habría en el mundo príncipe, por poderoso que fuera, que se atreviese á derribar del trono á Yahya. Harto comprendió Al Kádir la causa á que obedecía el cambio de conducta en Mondhir; sin embargo, firmó con él capitulaciones de amistad, y el emir de Denia se retiró á Tortosa (1).

No tardaron en llegar á Valencia los aliados, y

(1) Malo, *Rodrigo el Campeador*, Apéndice XXI.—Crón. Gral., f. 321, v.

Yahya, ignorante del pacto que existía entre Rodrigo y Mostahín, salió á recibirlos como á sus libertadores, les agradeció la señalada prueba de amistad que con el socorro le daban, hizolos aposentar en la huerta mayor del arrabal llamada Villanueva, «que era adonde agora están los barrios de los Tintes, hacia el monasterio de la Corona,» (1) y poco después, en su propio alcázar.

En vano esperó Mostahín á que se le entregase el castillo de Segorbe, y otro tanto le sucedió respecto de Valencia. Reclamó de Rodrigo el cumplimiento de las promesas hechas por él y por el arráez de Cuenca; pero el Cid se negó á ello alegando que Yahya era vasallo ó tributario del rey de Castilla, su legítimo soberano, y añadiendo que acceder á sus deseos equivalía á despojar de Valencia á Alfonso VI, en lo cual no podía consentir, á menos que Mostahín declarase la guerra á aquel soberano, único caso en que Rodrigo ayudaría al rey de Zaragoza contra el de Castilla (2).

No porque Rodrigo contrariase los deseos de Mostahín, dejó éste de sacar su partido, pues Yahya le dió, como en feudo, el castillo y villa de Liria, y contra aquellos á quienes el emir de Zaragoza quiso castigar, empleó el Cid su brazo. Con todo, volvió despechado á la capital de sus estados, alimentando aún, sin embargo, el intento de dominar á Valencia: para lo cual, dejó en ella, so color de que prestasen

(1) Escolano.—Malo (Apéndice XXIII) sostiene que estaba en San Juan de la Ribera.

(2) Crón. Gral., f. 321, v.

auxilio á su emir, uno de sus capitanes con varios jinetes, á fin de que le tuviesen al tanto de los sucesos que ocurrieran y de que le sirvieran de punto de apoyo en ocasión oportuna.

Esto sucedió antes de marzo de 1089.

CAPÍTULO IV

Yahya al Kaadir protegido por el Cid.

1089-1092.

Sitio de Jérica.—Habilidad del Cid.—Pasa á Castilla.—Vuelve á Valencia.—Torres-Torres.—Rodrigo ahuyenta de Valencia al conde de Barcelona.—Expedición á los montes de Alpuente.—Pretende unirse á Alfonso VI, y no lo consigue.—Elche, Polop, Tárbena y Ondara.—Su entrada en Valencia.—Burriana y Morella.—Tobar del Pinar.—Paz con Berenguer Ramón II.—El Campeador en el Puig.—Muerte de Mondhir.—Su hijo Suleimán.—Los Beni Betyr ó Aben Moncad.—Protección que les dispensa el Cid.—Tributos que percibía el Cid.—Sitio de Liria.—Se une Rodrigo á la expedición de Alfonso VI contra Andalucía.—Enemístanse rey y vasallo.—Benicadell.—Enfermedad de Yahya.—Marcha el Cid á Zaragoza.—Sitia Alfonso VI á Valencia.—Venganza de Rodrigo.—Hácense dueños de Murcia y de Denia los almoravides.—Aben Gehaf.—Revolución que provoca en Valencia.—Asesinato de Yahya.

Durante las negociaciones de Mostahín y del Cid en Valencia, comprometióse el señor de Murviedro á entregar este castillo al emir de Zaragoza. Como Aben Lebún no diera cumplimiento á su promesa, encargó Mostahín á Rodrigo le castigase. El Campeador emprendió contra Jérica sus operaciones, castillo enclavado en la jurisdicción de Murviedro y centro que podría servir de base contra la misma capital de los dominios de Aben Lebún. Aunque Jérica estaba desprovista de defensores y de víveres, no, por ello, dejó de presentar tan firme resistencia, que Rodrigo prescindiera de formalizar un sitio en toda regla.

Siguió Aben Lebún el ejemplo de Aben Mahcor, el gobernador de Játiba: cuando se vió en el mayor

apuro, hizo saber á Mondhir, que si lograba romper el cerco, se le declararía su vasallo. Voló el emir de Denia en auxilio de Jérica, y Rodrigo tuvo que levantar el campo. Es más: por temor de que Mondhir se dirigiese contra Valencia, se retiró á ella.

Entonces puso el Cid en juego su gran habilidad para obrar con entera independencia, en medio de tantos enemigos que aspiraban al dominio de Valencia. Prometió á Yahya defenderle contra todos, si á nadie hacía entrega de la plaza; ofreció á Mostahín, é igualmente á Mondhir, guardarla para cada uno de ellos; y al rey de Castilla decíale que era su servidor y vasallo y que sustentaba en provecho de Alfonso aquellas guerras, por cuanto entretenía y debilitaba á los moros, mantenía á costa de los mismos un ejército cristiano y esperaba poner pronto á Valencia en poder de su amado monarca. Libre de enemigos el Campeador, se ocupaba en hacer algaras por los países limítrofes. Al preguntarle por qué obraba así, «dezíe él que porque oviese qué comer» (1). Dice el libro de donde tomamos las noticias que á continuación apuntamos, que «las guerras llevadas á cabo por Rodrigo, sus compañeros y soldados, no todas están en él escritas» (2).

Es lo cierto que el Cid se dirigió entonces á la corte de Castilla y fué muy bien recibido por Alfonso, que le guardó las más exquisitas atenciones. Le dió los castillos Dueñas, Gormaz, Ibia, Campos, Gaña, Bribiesca y Berlanga; y, además, le otorgó privilegio de

1) Crónica General, fol. 321.
2) Crónica Leonesa.

de que serían para él y para sus sucesores las tierras y fortalezas que arrancase á los moros.

Entrado ya el año 1089, ó sea, en la era 1127, reunido en Castilla un ejército de 7.000 combatientes, se encaminó hacia el reino de Valencia, atravesó el Duero, sentó su campo en un lugar llamado Fresno, marchó luégo con su ejército y fué á parar á Calamocha, en territorio de Albarracín. Allí celebró la Pascua de Pentecostés (13 mayo). Solicitó con él una entrevista Al Issaam ad Dahula, señor de Santa María, y la tuvieron en la misma Calamocha: el musulmán se declaró tributario de Alfonso VI (1).

Prosiguió Rodrigo su marcha hacia Valencia y descansó en un valle, el de Torres-Torres (2), próximo á Murviedro. La venida del Cid no podía ser de mayor provecho al emir Yahya. Desengañado Mostahín de que no podía con el Campeador para la posesión de Valencia, hizo alianza con el conde Berenguer Ramón II. Vinieron ambos sobre la ciudad, y mientras el de Barcelona combatía á la ciudad, Mostahín hizo dos campos atrincherados en el Puig y en Liria, pretendiendo levantar otro en la Albufera: los tres fueron dados al emir de Zaragoza cuando con el Cid vino á libertar á Yahya (3).

Apenas Berenguer supo que la hueste castellana se acercaba, se llenó de miedo y alzó el sitio. Sus soldados desahogaron su enojo profiriendo contra

(1) Crónica Leonesa.

(2) Risco le llama Torrente, pero es Torres-Torres, ó sea el Tales, ó Tares, de la Crón. Gral., fol. 321 v.

(3) Crón. Gral., fol. 321.

Rodrigo palabras de burla y supliendo la impotencia con amenazas de cautiverio, cárcel y muerte, que, por cierto, nunca pudieron realizar. Súpolo Rodrigo; mas, por consideración al parentesco entre el conde y Alfonso, no le quiso atacar. Se concretó á rogarle alzase el sitio. Después de algunas contestaciones vinieron á acuerdo, conviniendo en que el conde se retiraría de Burjasot (Borg as sort), donde estaba, á Requena, y desde allí, sin tocar en tierras de Zaragoza, á Barcelona. Dejó, pues, en paz á Valencia, y más que de prisa fué á Requena, de donde se trasladó por Zaragoza á sus dominios (1).

El Cid, que durante esas negociaciones no se había movido de Torres-Torres, se encaminó á Valencia, sin que tampoco Mostahín le estorbase el paso. Ya en Valencia, Yahya le envió un mensaje y muchos regalos. Establecieron pacto de que Rodrigo pelearía contra todos los enemigos del emir, sometería á los gobernadores que se habían sublevado, depositaría en Valencia la presa que hiciese y en ella tendría su centro de operaciones. En cambio, Yahya le pagaría mil monedas de oro al mes; esto es, se le hizo tributario. El señor de Murviedro siguió el ejemplo del emir de Valencia (2).

Después marchó el Campeador hacia las montañas de Alpuente, donde reinaba Djanâh ad Daula Abdallah. Sucedió á su hermano el año 440 (1048-1049) y reinó hasta el 485 (1092-1093), en que los almoravides

(1) Crón. Leonesa.—Crón. Gral., l. c.
(2) Crón. Gral., l. c.—Crón. Leonesa.

absorbieron sus dominios. Guerreó en ellos el Cid causando horrorosa devastación, y allí permaneció gran parte del año. Luégo paso con su ejército á Requena, donde también se detuvo mucho tiempo. Después obligó á los gobernadores de castillos á que satisficiesen al emir de Valencia las pagas atrasadas, lo cual, por congraciarse con el Cid, se apresuraron á cumplir (1).

A excitación del emir de Sevilla había desembarcado en España Yúsuf ben Texufin en la luna de rabié primera de 481 (mayo-junio de 1088). Enseguida escribió á los emires españoles convocándolos á la guerra santa y señalando para punto de reunión los campos de Aledo (Murcia). Era éste un castillo fuerte á maravilla y puesto sobre un monte alto y escarpado en una peña tajada. De todas partes había acudido innumerable muchedumbre de muslimes, entre los cuales se contaba el esforzado Muhámad ben Lebún ben Içа, el gobernador de Lorca. La guarnición cristiana, formada de 12.000 infantes y 1.000 caballos, se defendía con tesón admirable (2).

Comenzó, sin embargo, á escasearles el agua, y lo que no habían los sitiadores alcanzado con las armas, iban á lograrlo por la falta que experimentaban los cristianos. Súpolo Alfonso VI, y se propuso salvarlos. Escribió á Rodrigo diciéndole que tan luégo recibiera la carta se pusiera en camino para Aledo, socorriera á sus defensores y peleara con Yúsuf y con los demás sarracenos que combatían el castillo.

(1) Crón. Gral., l. c.—Crón. Leonesa.
(2) Conde, III, 18.

Rodrigo contestó por conducto de los mismos que le trajeron el aviso: «Venga el rey mi señor, según ha prometido, que yo preparado estoy á socorrer de buen grado el castillo; suplícole, sin embargo, tenga la bondad de darme conocimiento de su venida».

Al instante salió de Requena el Campeador y pasó á Játiba. Allí le alcanzó un mensajero del rey, el cual le dijo que Alfonso estaba con gran ejército, de 18.000 combatientes, en Toledo. Y, como se le hubiera dicho que esperase en Villena, por donde con seguridad pasaría el monarca, se trasladó á Onteniente y allí se detuvo por ser más abundante en pastos que Villena; mas, para estar al tanto del paso del rey, envió destacamentos á la expresada villa y á Chinchilla. Estas medidas fueron de ningún efecto, porque, apartándose Alfonso del itinerario que había anunciado, bajó por distinto camino al Segura.

Gran disgusto padeció Rodrigo al saber que el rey ya iba delante. Desde Hellín, donde tuvo la noticia, corrió, ansioso de averiguar el paradero del monarca; adelantándose con unos pocos á los suyos, llegó á Molina. No esperaron los muslimes la llegada del ejército castellano, sinó que, á la fama de su venida, Yúsuf, habido consejo, se fué retirando hacia Lorca; y, no creyéndose seguro en España, en Almería se embarcó para África. Hasta cien caballeros sacó de Aledo Alfonso: todos los demás habían perecido de hambre ó peleando. Esto fué ya entrado el año 483 (marzo de 1090) (1).

Rodrigo, muy abatido, pasó á Elche, donde estaba

(1) Crón. Leonesa.—Conde, III, 19.

su ejército. Con permiso suyo, algunos de los soldados que se trajo de Castilla, regresaron á ella. Alfonso volvió á Toledo. Los émulos del Cid le acusaron al rey de vasallo infiel, pérfido y traidor, y de que si no se había unido á la expedición, fué con propósito de que los castellanos murieran á manos de los sarracenos. Alfonso, que bien poco había de menester para irritarse contra el Campeador, mandó se le privase de los castillos, villas y honores que le había otorgado; hizo que se le despojara hasta de su mismo patrimonio, y, no respetando ya nada, ordenó se le tomara todo el oro y plata que se descubriera fuesen suyos, y que su mujer é hijos fueran encarcelados. El enojo que por tan injustos atropellos se apoderó de Rodrigo es indecible. Al momento envió al rey por mensajero á uno de sus más fieles servidores, para que por las armas probase la inocencia de Rodrigo. Cuatro testimonios diferentes presentó el enviado del Cid; mas el rey se negó á dar satisfacción alguna.

En Elche estaba Rodrigo el día de la Natividad del Señor (25 diciembre de 1090). Celebrada allí dicha Pascua, siguió hacia el norte por la costa, y llegó á Polop, castillo en que había una cueva llena de dinero. Le sitió y combatió, y al cabo de pocos días fué tomado por asalto. Encontró gran cantidad de oro, plata y telas preciosas; y, con tantas riquezas, siguió hasta el puerto de Tárbena, á poca distancia del cual, ya en la jurisdicción de Denia, en el sitio llamado Ondara, reparó un castillo y le hizo fuerte (1).

(1) Crónica Leonesa.

Allí tuvo el ayuno de la Cuaresma y celebró la Pascua de Resurrección (13 abril de 1091). Bien dice la Crónica general que entonces fué á guerrear con el señor de Denia y de Játiba; que cerca de la primera pasó el invierno; que cada día enviaba sus algaras á correr la tierra; que causó tantos males y quebrantos, que desde Orihuela hasta Játiba «non fincó pared», y que con infinitos cautivos y presa de vacas, ovejas y muchas otras cosas, vino á Valencia, vendió lo que quiso y tomó lo que él y sus terribles soldados habían de menester (1).

El emir de Denia, en cuyo territorio estaba Rodrigo, le envió en solicitud de paz un mensajero: establecida que fué, se apartó de allí el Cid y vino hacia Valencia. Cuando el emir de ésta supo que el de Denia había pactado paces con el Cid, llenóse de miedo, y, celebrado consejo con los suyos, envió muchos regalos al caudillo castellano: la amistad entre los dos quedó afirmada. De igual modo, recibió Rodrigo innumerables tributos de todos los castillos rebeldes al rey de Valencia, que parece desdeñaban su imperio (2).

Al tiempo que el Campeador entraba en Valencia, Mondhir salió de Lérida y Tortosa y vino á Murviedro. Al saber el emir de Denia que entre Rodrigo y el de Valencia se habían pactado las paces, poseído de espanto, salió de Murviedro á media noche y se alejó. El Cid, queriendo hacer una correría hacia Tortosa, salió del territorio de Valencia y llegó á Burriana. Allí

(1) Crón. Gral., f. 321, v.
(2) Crónica Leonesa.

supo que Al Hágib, ó Mondhir, andaba en tratos con Sancho Ramirez, con Berenguer Ramón II y con Armengol, conde de Urgel, para arrojarle de su tierra y obligarle á salir de su reino. Pero ni el rey de Aragón ni el conde de Barcelona se mostraron dispuestos á escuchar los ruegos del emir de Denia.

Rodrigo se detuvo en Burriana inmóvil como piedra, esto es, sin preocuparle las gestiones que en contra suya practicaba Mondhir. Después se corrió hacia el norte y subió á los montes de Morella, donde habia, no sólo abundancia de pastos, sinó también innumerables rebaños. Al ver Mondhir que le estragaba la tierra, «ca non le avie dejado nin pan, nin podiese sembrar», solicitó el auxilio de el Fratricida, y éste, ya recibida gran cantidad de dinero, con su ejército salió al instante de Barcelona y se corrió hacia Zaragoza. Por fin, puso su campo en Calamocha, territorio de Albarracín (1).

Acompañado de unos pocos el conde, se adelantó hasta Daroca, donde estaba Mostahín, el emir de Zaragoza, y habló con él al objeto de establecer paz. No sólo consiguió esto, sinó que recibió además algún dinero. Mostahín, atendiendo á los ruegos del conde, marchó con él á la Rioja, donde estaba Alfonso VI, y le pidieron que les facilitase soldados contra Rodrigo; pero el rey de Castilla se negó á ello. Entonces, Berenguer, con sus compañeros de armas, Bernardo, Giraldo de Alemany y Dorea, seguidos de numeroso ejército, fueron á parar á Calamocha.

(1) Crón. Gral., f. 321.

Rodrigo estaba acampado en Tobar del Pinar, valle en el cual sólo podía penetrarse por una cañada muy angosta. El emir de Zaragoza, bien fuese por amistad, ó por estar á la ganancia con el vencedor, le dió aviso de que estuviese preparado á luchar con el conde de Barcelona. Rodrigo, como dice la General, contestó: «venga, ca esperarlo he»; ó, como dice la Leonesa: «Rodrigo con sonrisa contestó al mensajero: doy expresivas gracias á mi fiel amigo Mostahín, el emir de Zaragoza, porque me ha revelado el propósito de atacarme que abriga el conde de Barcelona; pero desprecio al conde y á todos los suyos, y muy á gusto, confiado en Dios, le espero aquí: si viene, tenga por cierto que combatiré» (1).

Berenguer, seguido de su crecido ejército, llegó por la montaña hasta cerca del sitio en que Rodrigo había acampado, y clavó sus tiendas no lejos de las del castellano. Una noche envió espías que explorasen la situación del Cid, y hallaron que la tenía al pie de un elevado monte. Al día siguiente escribió á Rodrigo una carta concebida en estos términos: «Yo, Berenguer, conde de Barcelona, junto con mis soldados, digo á tí, Rodrigo, que hemos leído la carta que enviaste á Mostahín, á quien dijiste que nos la mostrase, y en ella hacías mofa de nosotros y nos llenabas de vituperios, cosa que nos hizo encender en ira. No eran pocas las injurias que en otras ocasiones nos inferiste, por lo cual ya sentíamos contra tí grandísimo enojo. ¿Cuánto mayor no le abrigaremos ahora, cuando de

(1) Crón. Gral., f. 322.—Crón. Leonesa.

nosotros acabas de hacer mayores burlas y escarnios? Aún obra en tu poder el dinero que ha poco nos has quitado; y Dios, que es poderoso, nos vengará de tantos agravios. Más grave es todavía el habernos comparado á nuestras mujeres; y, no queriendo que tú ni los tuyos hagáis tanta burla, rogamos y suplicamos al Señor, que te ponga en nuestras manos, para probarte que valemos algo más que nuestras mujeres. También dijiste al rey Mostahín que si no íbamos á combatirte, saldrías tú á nuestro encuentro antes de que él volviese á Monzón, y que si retrasábamos el salirte al paso, tú nos buscarías. Encarecidamente te suplicamos que no nos vituperes por semejante causa; que hoy no hemos bajado adonde estás, porque hemos querido cerciorarnos de la presencia de tu ejército: ya vemos que al amparo de ese monte no rehuyes la pelea. También vemos que los montes, los cuervos, las cornejas, los gavilanes, las águilas y toda suerte de aves, son tus dioses, porque más confías en sus augurios que en Dios; nosotros, pues, creemos y adoramos á un solo Dios, el cual nos vengará de tí y te entregará en nuestras manos. Mañana, Dios mediante, nos verás muy cerca de tí y aun enfrente de tí. Si eres el mismo Rodrigo á quien llaman guerrero y Campeador, saldrás al llano á nuestro encuentro y te apartarás de ese monte; y, si así no lo hicieres, mereces te llamen, en castellano, *alevoso*, y en catalán, *bauzador* y *embustero*. De poco ha de servirte la ostentación que haces de tu poder; iremos contra ti y no hemos de apartarnos hasta que pares en nuestras manos muerto, ó cautivo y aprisio-

nado con cadenas de hierro. En fin: haremos de tí *al-baraz*, aquello mismo que escribiste haber hecho tú de nosotros. Y Dios vengará á sus iglesias, lás cuales rompiste y violaste.»

Leída que fué dicha carta en presencia de Rodrigo, al instante mandó escribir otra, que fué remitida al conde. Decía así: «Yo, Rodrigo, junto con mis compañeros, á tí, Berenguer y á los tuyos, salud. Sabe que oí tu carta y quedo enterado de su contenido. Por lo que respecta á lo de la carta que escribí á Mostahín y á que en ella hacía mofa de tí y de los tuyos, es cierto. Hice burla, y aún la hago. Te diré el motivo: cuando estuviste con Mostahín hacia Calatayud, le dijiste que por miedo á tí no me atrevía á penetrar en estas tierras. Los tuyos, á saber, Ramón de Barán y otros caballeros tuyos, repitieron esto mismo haciendo burla en Castilla ante el rey Alfonso y en presencia de castellanos. Tú mismo, estando con Mostahín, dijiste al rey Alfonso que me habías de combatir, que vencido me arrojarías de las tierras de Mondhir y que no me atrevería á esperarte en ellas; pero que, por amor al rey, habías dejado de hacerlo hasta ahora, pues era yo su vasallo. De ahí que no pudiera contener la risa, y aún la tengo, y que os haya comparado á vuestras mujeres, pues sólo fuerzas de mujer mostráis. Ahora no puedes excusar pelear conmigo, si es que así lo deseas. Si lo rehuyes, todo el mundo me tendrá en la estimación que merezco; y si quieres salir á mi encuentro, ya he venido, y no te temo. Supongo que no ignoras el daño que os he causado. Tampoco yo ignoro que has hecho pacto con Mondhir y que te dió

dinero para que me expulsases y arrojases de sus dominios. Creo, pues, que vienes obligado á cumplir tu compromiso, pero que no te atreverás á hacerlo: no temas lanzarte contra mí, que te espero en lo más llano de estas tierras. También te aseguro que de nada os ha de aprovechar el rehuir el combate. Si os atrevéis, no he de negaros el sueldo que acostumbro pagaros. Y, si no venís, escribiré al rey Alfonso y enviaré mensajeros á Mostahín diciéndoles que cuanto prometiste y te jactabas de realizar, por miedo á mí dejaste de cumplirlo. Y no sólo á dichos dos reyes, sinó que también á todos los nobles, cristianos y moros lo haré saber: bien que todos ellos saben que te hice prisionero y que en mi poder obra aún el dinero tuyo y el de tu gente. Ahora te espero sin temor en este llano: si te atreves á venir contra mí, te mostraré parte de tu dinero, no para tu provecho, sinó para tu daño. Te has jactado, con vanas palabras, de tenerme en tus manos vencido, prisionero, ó muerto: esto, pues, está en la mano de Dios, no en la tuya. Con gran falsedad me llamaste *aleve*, según el fuero de Castilla, ó *bauzia*, con arreglo al de Francia. Nunca yo lo fuí; quien lo fué, según consta, es uno á quien tú conoces, y no le desconocen cristianos ni moros. Pero dejémonos de palabras, y, como es costumbre entre buenos caballeros, decidan las armas tales cuestiones. Ven, no tardes. Recibirás la paga que acostumbro darte.»

La lectura de esta carta encendió en cólera y rabia á Berenguer y á los suyos. Tuvieron consejo y decidieron que á la noche siguiente fuesen algunos solda-

dos al monte á cuya falda tenía Rodrigo sus tiendas, y que subiesen á la cumbre y la ocupasen: pensaban así romper el campamento castellano y apoderarse de sus tiendas. Venida la noche, ocuparon el monte, sin que Rodrigo lo supiese.

Al amanecer del día siguiente, el conde y los suyos corrieron hacia el campamento cristiano lanzando gritos. Rodrigo, vista la villanía del enemigo, bramando de coraje, mandó á los suyos se vistiesen al momento las lorigas y que, ordenadas las haces, estuviesen á punto. Acometió Rodrigo á la del conde, y la rompió y venció en el primer encuentro. Sin embargo, estando el Cid peleando, cayó del caballo; pero su cuerpo quedó ileso, aunque maltratado.

No por tal incidente dejaron sus soldados de seguir luchando, sinó que continuaron con mayor esfuerzo, hasta que el conde y su ejército fueron vencidos. Los muertos fueron innumerables; el conde y 5.000 soldados suyos quedaron prisioneros, los cuales fueron conducidos á la presencia de Rodrigo.

Éste mandó que Berenguer y algunos otros, á saber, Bernardo, Giraldo Alemany, Ramón Murón, Ricardo Guillem y algunos otros, fueran tenidos á buen recaudo. Los soldados de Rodrigo entraron en el campamento enemigo: recogieron muchos despojos, vasos de oro y de plata, telas preciosas, mulos, caballos, lanzas, lorigas, escudos y otros muchos objetos, todo lo cual fué por entero presentado á Rodrigo.

Viéndose Berenguer herido y cautivo en poder del Campeador, fué humilde y confuso á pedir misericordia á Rodrigo, que estaba sentado en su tienda. Con

muchos ruegos le pidió perdón; mas el castellano no quiso recibirle con benignidad, ni aún le permitió sentarse en su tienda, sinó que mandó que sus soldados le custodiasen fuera de la tienda; hizo, sin embargo, que se le proporcionaran solícitamente alimentos. Por fin, le consintió que volviese libre á sus estados.

Pocos días después, ya recobrada por Rodrigo la salud, convino con Berenguer y con Giraldo Alemany, en que por su redención pagarían 80.000 doblas de oro de Valencia. Los demás prisioneros se obligaron á entregar dentro de algún tiempo cierta cantidad. Volvieron luégo con el dinero del rescate; y, como no tuvieran lo bastante para completar la cantidad, dejaban en rehenes á sus hijos y padres. Enternecido Rodrigo con semejante escena, no sólo les permitió que fuesen libres á sus tierras, sinó que les perdonó lo que faltaban á entregar. Reconocidos ellos á tanta magnanimidad, dieron gracias á su nobleza y piedad, prometieron, á la vez, servirle con todo lo suyo, y gozosos volvieron á su tierra (1).

Rodrigo se dirigió después hacia Zaragoza, y en un lugar llamado Salarca, ó Schacarca, inmediato á aquella ciudad, se detuvo por espacio de dos meses. Pasó luégo á Daroca, donde había abundancia de pastos y de ganado. Allí estuvo mucho tiempo, pues adoleció de grave enfermedad. Entonces Rodrigo envió algunos de sus caballeros con cartas para Mostahín, á quien encontraron en Zaragoza, y se las entregaron. Hallábase también allí Berenguer Ramón II.

(1) Crón. Gral., f. 322.—Crón. Leonesa.

Al saber éste que aquellos caballeros eran enviados del Campeador, habló con ellos y les dijo: «Saludad de mi parte á mi amigo Rodrigo, pues quiero ser su amigo y auxiliarle en todas sus necesidades: no dejéis de manifestárselo».

Ya recobrada la salud, los mensajeros le dieron á entender lo que el conde les habia dicho. Mas él negóse á condescender con lo que Berenguer pretendía. Sorprendidos los allegados del Cid, le dijeron: «¿Qué es esto? ¿qué mal te ha causado el conde, para que rehuses establecer alianza con él? Le has tenido vencido, prisionero y cautivo; le has arrebatado sus tributos y riquezas, ¿y te niegas á tener paz con él? No eres tú quien la quiere, sinó él.» Tales razones inclinaron, por fin, el ánimo de Rodrigo, y prometió que los deseos de el Fratricida se verían cumplidos. Sabida por el conde y por los suyos la resolución del Campeador, se alegraron sobremanera.

Entonces salió de Zaragoza Berenguer y acudió al campamento del héroe castellano: allí se estableció paz y amistad entre los dos. Puso el conde todos sus dominios bajo la protección del burgalés, y juntos bajaron hasta la costa. Rodrigo sentó sus reales en Burriana, y Berenguer, apartándose de él, cruzó el Ebro y volvió á su tierra. El Campeador permaneció allí algún tiempo, y se vino á Cebolla (gebal, ó montaña) ó el Puig, donde celebró la Pascua (28 marzo de 1092) (1).

Dice la Crónica General, que cuando el señor de

(1) Crón. Leonesa.

Denia y de Tortosa tuvo noticia de la rota que su aliado había experimentado en Tobar del Pinar, hubo grandísimo disgusto, de que adoleció y murió. Su reinado duró nueve años, pues comenzó á reinar al fallecimiento de su padre, Moctádir, en el 474 (junio 1081-1082). Dice muy bien un historiador, que «fué su vida una continua guerra. Atacado por todos lados, á todos hace frente, ya sea el rey de Zaragoza, ó bien Rodrigo de Vivar, ó al Cádir de Valencia, ó el poderoso monarca de Castilla; bien vengan solos, ó ya se junten en su daño: nunca consiguen que se declare vencido, pues, infatigable siempre, reune recursos, allega gentes, contrae alianzas, y siempre presenta la frente al enemigo; y no sólo se defiende, sinó que va lejos á presentarle el ataque, conduciendo sus haces en persona» (1).

A diferencia de su padre, que reconoció, según acusa la numismática, el imanato de Hixem II, no menciona en las suyas imanato alguno, si bien se contenta con el modesto título de ministro (háchib, fagib ó fange), muy usado en la época de los reyes de taifas y por éstos, como antes por los primeros ministros de los Omeyas. Mondhir toma, además, el dictado sultánico de Columna del Estado (Imado-d-Daulah).

Dejó Mondhir un hijo de pocos años, llamado Suleimán Cido-d-Daulah (Salomón, Príncipe del Estado). También, como su padre, se ó tituló sencillamente *háchib* y no reconoció imanato de nadie. De su

(1) Chabás, *Hist. de Denia*, II, 5.

tutela se encargaron los Beni Betyr, uno de los cuales se encargó del gobierno de Tortosa; otro, del de Játiba, y un primo, del de Denia (1).

El Cid volvió á Valencia, y dijo «que él apremiarie á cuantos señores eran en la Andalucía (España), de manera que todos serien suyos.» Entonces llegó á su apogeo de gloria. Comprendiendo los Beni Betyr que mal podrían conservar los estados de Suleimán sinó estando en paz con el Cid, se pusieron humildemente bajo su protección y le prometieron cuanta contribución les impusiese. El Cid les pidió 50.000 maravedíes al año: lo aceptaron, y túvoles la tierra, desde Tortosa hasta Orihuela, en su defendimiento y á su mandato.

Además, le daban: Abezay (Aben Hodzail), señor de Albarracín, 10.000; Aben Cásim, señor de Alpuente, otros 10.000; el de Murviedro, 8.000; el castillo de Segorbe, 6.000; el de Jérica, 4.000; el de Almenara, 3.000, y el de Liria, 2.000. Pero «en aquel tiempo non pechó Liria, ca era del señorío de Zaragoza; é el Cid tenie en corazón de lidiar con él.» No tardó en ponerlo en práctica (2).

Por más que Berenguer Ramón II le motejó en su carta de impío, la piedad religiosa del Cid salta á la vista en no pocos sucesos de su vida. «E de Valencia tomaba el Cid 12.000 maravedís cada año, é, más, de cada 1.000, ciento para un obispo, que decíen *Alat al Marian* (debe leerse *al Matrán*=obispo) por su arábigo:

---

(1) Crón. Gral., f. 323.
(2) Grón. Gral., fol. 323.

así que lo que el Cid mandaba en Valencia, eso era fecho; e lo que él vedaba, eso era vedado» (1).

El castillo de Liria, por más que hubiera sido dado por Yahya en calidad de feudo á Mostahín, venía obligado á pagar cada año 2.000 maravedíes, adinares ó monedas de oro. Como se negara á su cumplimiento, Rodrigo trató de hacerle entrar en razón. Próximo á Valencia, le puso sitio, y no con ánimo de alzarle pronto, puesto que allí distribuyó con largueza víveres á sus soldados. Tuvo, sin embargo, que apartarse por haberle llegado cartas de la reina de Castilla (doña Constanza) y de los amigos del Cid exhortándole á que se uniera á la expedición mandada por Alfonso VI contra Andalucía: ese acto, le decían, le reconciliaría con el rey. Por más que Liria, obligada de los frecuentes combates y del hambre y de la sed, no podía tardar en rendirse, Rodrigo no desoyó el ruego de los amigos y de la reina, siempre dispuesto á probar su lealtad á su monarca (2).

Haciendo el Cid largas jornadas con su ejército, encontró el de Alfonso VI en Martos, territorio de Córdoba. Al tener noticia de su llegada, el rey salió á recibirle y le otorgó las mayores honras. No tardaron mucho en separarse desavenidos.

El rey fijó su campamento en lo alto del monte; y Rodrigo, para mejor defenderle, hizo poner en el llano sus tiendas. Entonces, tocado de envidia Alfonso, dijo á los suyos: «Ved y considerad cuánta injuria y

(1) Crón. Gral., l. c.
(2) Crón. Leonesa.

afrenta nos ha inferido Rodrigo. Acaba de unirse á nuestro ejército después de un largo camino, y llega fatigado; y sin embargo, planta sus tiendas delante de las nuestras.» Todos ellos, tocados del mismo mal, émulos mal disimulados del Cid, respondieron al rey que tenía razón y que Rodrigo pecaba de sobrado presuntuoso. El rey permaneció allí durante seis días.

Dice la Crónica Leonesa que Yúsuf, rey de los almoravides (mohabitas), sabedor de que le esperaba Alfonso, poseído de espanto y no atreviéndose á medir sus armas con las de los cristianos, huyó con su ejército alejándose de aquel paraje. La General no habla de tal expedición. Es de notar que Yúsuf, después de levantar el sitio puesto á Aledo, se volvió al África, en ramadhan de 483 (octubre-noviembre de 1090), y no vino á España hasta el 496 (octubre 1102-1103). Es cierto, según testimonio de un historiador árabe, que en el año 485 (febrero 1092-1093) reunió Alfonso sus ejércitos y corrió el país de Jaén. Una donación de que habla el P. Risco, fechada el 12 de junio de 1092, habla de una jornada que entonces se hacía contra los moros (1).

El autor árabe dice que Alfonso experimentó tan seria derrota, que los muslimes tuvieron aquel triunfo como el más brillante después del alcanzado en Zalaca. En tal caso, se explica el mal humor de que Alfonso se hallaba poseído al regreso á Toledo (2).

Al llegar á Úbeda, junto al Guadalquivir, mandó

(1) Malo, *Rodrigo el Campeador*, II.—Risco, *Hist. de Rodrigo Díaz*, IX.
(2) Malo, l. c.

Rodrigo que allí fijaran sus tiendas los suyos. Alfonso, fundándose en malas razones, le increpó con palabras duras. Montado en cólera, quiso y decretó que se le aprisionara. Por más que Rodrigo tuvo de ello algún conocimiento, dejó hablar al rey; pero, llegada la noche, se apartó con bastante miedo y volvió á su campamento. Muchos de los suyos le abandonaron y fueron á engrosar el ejército de Alfonso.

Mientras el rey volvía á Toledo respirando venganza contra el Campeador, éste, poseído de tristeza, pudo, tras muchas dificultades, entrar en el reino de Valencia. Permaneció allí por largo tiempo. Habiendo tropezado con un castillo, llamado Benicadell, que los moros habían demolido, le puso en admirables condiciones de defensa, así en muros y torres, como en víveres y número de soldados. Dicho castillo, tan célebre en los tiempos del Cid como en los de Jaime I de Aragón, estuvo en opinión de un docto arabista, en la sierra de Mariola (1).

Desde Benicadell bajó el Cid á Valencia. Como Yahya padeció una larga enfermedad, hasta el punto de que todos le juzgaban como muerto, hubo el Cid de cargar con el peso del gobierno (2). En tanto, las armas de los almoravides estaban pujantes bajo la dirección de Aben Aixa. Ya en 25 de xaban del año 484 (12 octubre de 1091), al apoderarse de Almería, se congratulaba, en carta que escribió á Yúsuf, de que en poco más de un año, cinco reinos habían sido

(1) Crón. Leonesa.
(2) Crón. Gral., f. 323.

avasallados, y que sólo le faltaba dominar los de Denia, Valencia y Zaragoza. Ya entrado el año 485 (febrero 1092-1093), recibió aviso de que continuara sus conquistas comenzando por Denia. Las dotes del caudillo africano eran las más á propósito para que los deseos de Yúsuf se vieran realizados, sin que ello requiriera el empleo de las armas: porque, siendo «muy esforzado y virtuoso, sabio, justo y de apacible trato,» hizo con su moderación y prudencia tantas conquistas como con las armas (1).

La entrada de los almoravides en Murcia, despertó en Valencia impresiones muy distintas. Los sarracenos corrieron á aquella ciudad para que Aben Aixa no se detuviera en su marcha, sinó que prosiguiera hasta libertarlos del yugo de los cristianos; Rodrigo solicitó de Mostahín una entrevista para contener el avance de los africanos. Dejó en Valencia, en la Alcudia (Tosal), una buena guarnición, á su wazir Aben al Faraig, al obispo don Jerónimo, francés de nación, con muchos cristianos, y á un enviado de Sancho Ramírez, rey de Aragón y de Navarra, con 40 caballeros (2).

Salió el Cid hacia Morella, donde, según la Crónica Leonesa, aún estaba el 25 de diciembre. Sucesos de gran importancia se desarrollaron en la ciudad del Turia mientras Rodrigo anduvo fuera de ella. No pudiendo Alfonso VI apoderarse del Cid, resolvió castigarle arrebatándole á Valencia. Ello equivalía á despojarle de la más hermosa de sus posesiones, á herirle en la fibra más sensible de su corazón.

(1) Conde, III, 21.
(2) Crón. Gral., f. 323.

Comenzó por entenderse con las repúblicas de Génova y Pisa, para que con sus escuadras impidiesen á Valencia todo auxilio por mar. No desoyeron sus ruegos, y 400 barcos se presentaron en las costas de Levante; pero, como en Valencia y en las demás plazas del litoral habia cundido la noticia, su presencia fué de ningún efecto; además, una tempestad los puso en dispersión (1).

Alfonso, que habia acudido por tierra con numeroso ejército, no llegó á tiempo de ver la armada auxiliar; y tuvo que retirarse más que deprisa á Castilla, por reclamarlo la defensa de susestados. El Campeador se irritó y dejó sentir en laRioja el rigor de su venganza.

Estando en Morella, donde celebró solemnemente la Pascua de la Natividad, le visitó uno que le prometió entregarle el castillo de Borja, poco distante de Tudela. Yendo por el camino, le salió al paso un mensaje del emir de Zaragoza anunciándole que Sancho Ramírez le tenía desde el año anterior (1091) en gran opresión. Cambió Rodrigo de camino, y con unos pocos se trasladó á la corte de Mostahin. No se detuvo allí, sinó que pasó á Fraga y pudo avenir al rey de Aragón con el emir de Zaragoza. Rodrigo se detuvo en dicha ciudad bastante tiempo. No permanecieron allí ociosas sus armas.

Sentido de que Alfonso VI, tras echarse con su ejército sobre el castillo del Puig, pidiese á los gobernadores de los demás castillos de Valencia el tributo

(1) Malo, III.—Apéndices, XXI.

de cinco años que debían pagar al Cid, y, como las respetuosas protestas de que al principio hizo uso no lograran detenerle, hizo una entrada en la Rioja, que era provincia del rey de Castilla. Gobernaba dicho país el conde don García Ordóñez, enemigo del Campeador. Salió de Zaragoza con numeroso ejército Rodrigo. Entró en tierras de Calahorra y de Nájera. Se apoderó de Alberite y de Logroño. Taló y abrasó con el mayor furor aquel país, y causó en los cristianos gravísimos daños. Y luégo se dirigió sobre Alfaro, que no tardó en ser suyo.

Allí le llegó aviso de García Ordóñez, diciéndole que si se detenía una semana, le darían batalla el conde y los suyos. Contestó Rodrigo que venía gustoso en ello. Desde Zamora hasta Pamplona se recogieron infinitos soldados, que llegaron hasta Alberite; pero la imperturbable serenidad del Cid llenó de miedo á su enemigo, y tuvo por más acertado retirarse del sitio que Rodrigo ocupaba. Entonces salió de Alfaro el Cid y regresó á Zaragoza, donde permaneció muchos días agasajado y honrado por el Emir (1).

Al tiempo que Alfonso abandonaba las inmediaciones de Valencia, las naves de Génova y de Pisa se dirigieron sobre Tortosa, obrando en combinación por tierra con Sancho Ramírez y con Berenguer Ramón II; pero Dios la protegió y se retiraron de ella sin lograr sus intentos.

Los almoravides, mandados por el caid Muhámad ben Aixa, después de tener un encuentro con los

(1) Crón. Leonesa.—Malo, *Rodrigo el Campeador*, Apéndice XXI.

cristianos, en que éstos fueron derrotados, destronaron al emir de Murcia y se dirigieron contra Denia, como así lo había dispuesto Yúsuf. Su régulo huyó por mar y se refugió entre los Hamudíes, cuyo rey era entonces An Náhser ben Gálnaas, el cual le protegió y dispensó honores.

«Embió luégo (Aben Gehaf) sus mandaderos á Aben Axa, el adelantado de los almoravides, que era señor de Murcia, que viniese e que le daríe á Valencia; e ovo su consejo cómo el alcaide de Algezira de Júcar que embiase á decir otrosí á Aben Axa que se apresurase á venir, ó que embiase su alcaide con poder, e que veniesen para Algezira, que es cerca, e que se verníe luégo á Valencia. Aben Axa, cuando vió los mandaderos, apresuróse á venir; e por quantos castiellos pasó por la carrera, todos se dieron á él e le obedescieron. Cuando el alcaide de Denia sopo como veníe aqueste Aben Axa e como se le oviesen los castiellos todos dados, non osó y fincar, e apoderóse Aben Axa en Denia.»

Estando Davud Aben Aixa en Denia, de la cual, así como de Játiba, siendo su gobernador Aben Moncad, se apoderó el almoravide sin mucha dificultad ni efusión de sangre, el cadí de Valencia, Aben Gehaf, fué á buscarle y le pidió que se viniese con él á Valencia; mas no pudo lograr sinó que le diese algunos soldados al mando del caid Abu Náhser. Aben Aixa, se lee en Conde, partió desde allí á Secura (quizá Júcar, ó Alcira, como dice la General) (1).

«E embió á Algezira de Júcar el su alcaide e apoderóse de ella. E quando este mandado llegó á Valencia, fuxeron todos los cristianos que estavan y del Ruiz Díaz mío Cid, e el obispo que era y del rey don Alfonso, e el mandadero que estaba otrosí del

(1) Conde, l. c.—Malo. *Rodrigo el Campeador*, Apéndice XXI.

rey don Ramiro (Sancho Ramírez) con los 40 cavalleros; e lievaron lo que podieron lievar de lo suyo, e non quesieron y fincar.

»Estonces ovo grand miedo Aben al Farax, e non sabíe qué fazer. El rey de Valencia non cavalgava nin parescíe fuera; mas se sabíe que era guarido de aquel mal que oviera. E Aben al Farax iva e veníe al alcázar, e fizo entender al rey la cuyta en que estavan. E ovieron su consejo que sacasen sus averes de Valencia e que se fuesen. E embiaron á un castiello que dezíen Segorbe muchas bestias cargadas de aver, e de sus riquezas, e de sus cosas, con un sobrino de Aben al Farax; e embiaron otrosí otras muchas cargas á un castiello que dizen Benaecab (al Acab, ú Olocáu), que quiere dezir el castiello del Águila, e que fuese en encomienda del alcaide que le teníe. E embiaron luégo mandado á Zaragoza, al Cid, que viniese. E el Cid detóvose en Zaragoza, según ha dicho la estoria: e pasaron bien veinte días en este bollicio» (1).

De perfecto acuerdo con la General, dice Conde que «pasó el ejército (almoravide) á Valencia y la cercó. Defendía esta ciudad el rey Yahye ben Dilnûn ayudado de los cristianos, que eran sus aliados, ó, más bien, sus señores. Como valiente y sabio caudillo, defendió y disputó, con sangrientas salidas y rebatos, la entrada en ella. Viendo que era imposible mantenerla, los cristianos se retiraron de ella; y al Cádir, ayudado del esforzado caudillo Aben Táhir, señor de Tadmir, la defendió hasta la muerte. Y hubiera costado mucho tiempo y mucha sangre entrar en ella; pero, por inteligencias con el cadí de la ciudad, Áhmed ben Gehaf al Maferí, se abrieron las puertas de la ciudad, y los almoravides entraron espada en mano haciendo gran matanza en la gente de al Cádir; y el mismo príncipe pereció con muchos nobles

(1) Crón. Gral., f. 324.

caballeros peleando como un león» (1). Dejando á un lado la hipérbole del valor y de la soñada sucesión de al Cádir á Yahya, que son un mismo personaje, bastante queda de realidad en el fondo. Sigamos copiando á la General, ya que tan abundantes y tan seguros detalles nos proporciona.

«Movióse aquel alcaide Aldebahaya, que era en Algezira alcaide, á la prima noche, con 20 cavalleros de los almoravides e otros tantos de Algezira con ellos, e venieron todos vestidos de unas vestiduras por que semejasen almoravides. E amanescióles en Valencia á una puerta qual dizen la Puerta de Tudela (2); e truxeron sus atambores; é sonó por toda la villa que veníen bien 500 cavalleros almoravides. E Aben al Farax ovo gran miedo, e fuése para el alcázar á verse con el rey: e ovieron su consejo que cerrasen las puertas de la villa e que non se reptasen fasta que viesen qué era. E cerraron las puertas e pusieron sobrel muro peones e ballesteros que guardasen.

»E fueron los omes del rey á casa de Aben Jaf, aquel que avemos dicho que enviara por el señor de los almoravides, e llamáronle que saliese; e él estaba tremiendo en gran cuyta, que non osava salir. Desí llegó 'l ayuda de los de la villa: e quando vió qué compaña tenie que le ayudaríe, salió; e fué contra el alcázar con aquella compaña, e encontráronse con aquel Aben al Farax, aquel alguacil del Cid, e presiéronle.

»E fueron todos los de la villa á las puertas, e embiaron los omes del rey dende. E queríen abatir las puertas, mas non podieron; e pusiéronles fuego, e ardieron; e otros echaron sogas por el muro, e acogieron los almoravides dentro.

»Estonces el rey vestióse con vestiduras de mujer, e salióse del alcázar en compañía de sus mujeres, e metióse en una casa pequeña cerca del llano. E los de la villa metieron aquel alcaide de los almoravides en el alcázar: e robaron quanto y fallaron

(1) Conde, l. c.

(2) Frente á la via de San Vicente estaba la *Puerta de Taulet* (El Archivo, III, 224).

por las casas del rey, e mataron un cristiano que guardava la puerta e otro que avíe y de Sancta María de Albarrazín que guardava una de las torres del muro. Ésta fué una de las principales por que se perdió Valencia e toda su gente fasta que la ganó el Cid. E en una casa pequeña estudo el rey acogido.

»Des que este alcaide fué metido en el alcázar, tornóse Aben Jaf á su casa. E quando vió que todo el puebro tenie con él, e que 'l ayudavan, e que eran todos de su parte e á su mandamiento, e vido que tenie preso á Aben al Farax, alguacil del Cid, cresció mucho su corazón e enloquesció. E presciábase, que desdenaba á los otros que eran tan buenos como él e mejores, porque oviera todas las cosas que cobdiziaba; pero diz que era de buenos omes, ca sus abuelos e su padre, des que fuera Valencia de moros, siempre fueron alcaides, uno em pos de otro, fasta su tiempo: e eran omes sabios e muy ricos.

»Desí sopo este Aben Jaf como el rey de Valencia non era ido de la villa, empezó 'l á buscar, e fallólo ascondido en aquella casa pequeña, con ya quantas mujeres de las suyas. E quando saliera este rey del alcázar, sacara consigo, de sus tesoros, del más presciado e nobre aljófar que podríe ser, que lo non podríen fallar en ningún logar tal nin tan mejor; otrosí de piedras presciadas, e de zafires e de esmeraldas. E sacara una arqueta que era toda de oro, muy llena de todas estas cosas. E tenie en su cinta un sartal de piedras preciosas e de aljófar: tal, qual nunca rey oviera nin cosa tan rica nin tan preciada como aquel sartal era. E diz que fué de Seleyda (Zobaiha), mujer que fué de Aben ar Rexit (Harún ar Raschid), el que fué señor de Belcab (Bagdad); e que pasó después á los reyes Benivoyas (los Omeyas), que fueron señores de Andalucía; e después fué este sartal, de Alí Maimón (al Mamún), señor que fué de Toledo; e oviera 'l este Yaya, rey de Valencia.

»De aquel sartal e de las otras cosas muy preciadas que tenie este que fué rey de Valencia, cresció 'l á Aben Jaf gran cobdicia, e luégo cuidó en su corazón cómo lo averíe e no 'l sopiese ninguno. E asmó que non podríe ser encobierto, si no 'l matase. E puso sobrél guardas que 'l guardasen todo 'l día e la noche, e

que 'l matasen. E quando fué la noche, cortáronle la cabeza aquellos que lo guardavan. E mandólo echar en una laguna que era cerca de su casa. E tomó aquel tesoro e apoderóse dello; e aquellos que lo guardavan, otrosí lo que pudieron aver, ascondiéronlo e toviéronselo.

»E fincó el cuerpo en aquel logar onde lo mataron, fasta otro día mañana. E vino gran compaña, e tomó el cuerpo e puso 'l en las trezes (unas angarillas) del lecho, e cobrió 'l con una acitara (gualdrapa) vieja, e llevó 'l fuera de la villa, e fizo 'l una fuesa en un logar do yazíen los camellos; e soterráronle allí, sin mortaja, como á otro ome vil.» (1)

De conformidad con esto se lee en autor árabe, á quien, sin duda, ha copiado Conde: «El faquí Abu Áhmed ben Gehaf, que por entonces era cadí en Valencia, cuando vió que el ejército de los almoravides se acercaba y se cercioró de que por otro lado estaba este tirano (el Cid), á quien Dios maldiga, excitó los ánimos á una rebelión y quiso imitar las agudezas del ratero cuando hay bulla y ruido en el mercado; y deseó llegar al poder engañando á los dos contendientes, pero olvidó el lamido del zorro y las dos cabras monteses. Y antes de realizar este proyecto, rogó al Emir al Moslemín (Yúsuf ben Taxfín) que le diese algunos pocos de sus soldados; y con ellos sorprendió el palació de Ben Dzin Nun, hombre duro é inicuo al par que negligente, que se miraba desamparado de sus mejores compañeros y cuyo poder se bamboleaba en términos de no tener más defensores que sus lágrimas ni nadie que le llorase sinó el hierro de su lanza. Entonces le mató, dicen que por manos de uno de los

(1) Crón. Gral., f. 324.

Beni Jadidí, deseoso de vengar á sus parientes, que, ó habían perecido á las órdenes de al Cádir, ó les había privado de sus honores. Y con ocasión del asesinato de Ben Dzin Nun al Cádir, dijo Abu Abderrahmán ben Tháher:

«¡Oh, tú, el que tienes un ojo azul y otro negro: vete despacio, porque has cometido un grave crimen! Hıs asesinado al rey Yahya y te has vestido su túnica. Llegará el día de darte tu merecido, sin que tengas poder bastante para impedirlo» (1).

Según un autor, la muerte de Yahya ocurrió en el año 845 (febrero 1092-1093) (2); y de la carta que Rodrigo escribió á Aben Gehaf, se desprende que fué á la salida del ramadhán de dicho año, en la noche del 4 al 5 de noviembre de 1092 (3). Pero esta fecha no concuerda con el hecho de la acometida de Alfonso VI á Valencia, ni con la permanencia del Cid en Morella el 25 de diciembre del mismo año.

A ser cierto lo que dice Conde, el mismo Abderrahmán ben Táhir no se limitó á lamentar el triste fin de quien se había sentado en dos tronos; sinó que después de la horrible muerte que padeció Aben Gehaf, se trasladó á Murcia y se llevó consigo los restos mortales de Yahya y les dió honrosa sepultura (4).

(1) Malo, l. c.—Conde, III, l. c.
(2) Conde, III, 21.—Malo, *Rodrigo el Campeador*, apéndice XXI.
(3) Crón. Gral., f. 324.
(4) Conde, III, 22.

CAPÍTULO V

PERÍODO REPUBLICANO

(nov. 1092-jul. 1093).

Tiene el Cid conocimiento de la muerte de Yahya.—Su venida al Puig.—Sitio de esta fortaleza.—Incapacidad de Aben Gehaf para el mando.—Cartas de Rodrigo al cadi.—Orden comunicada por el Cid á los castillos de la jurisdicción de Valencia.—El señor de Murviedro entrega los suyos al de Albarracín.—Algaras en la huerta de Valencia.—Respeto y consideración á los trabajadores del campo.—Ejército de defensa en Valencia.—Guerra civil en la ciudad.—Los Beni Guáchib.—El alcaide de Carlet.—Fomenta Rodrigo la discordia en la ciudad.—Procura ganarse al cadí.—Se apodera del tesoro enviado á Aben Aixa.—Rendición del Puig y reedificación de la villa y castillo.—Establece Rodrigo su campamento en la Derramada.—El watsir de Mostahin.—Apodéranse los cristianos de la Villanueva.—Toma de la Alcudia.—Sométese Valencia al dominio de Rodrigo.



CURRIÓ la aciaga muerte de Yahya al Cádir en el año 485 (feb. 1092-1093) (1), á la salida del ramadhán, ó sea en la noche del 4 al 5 de noviembre de 1092, como lo indica la carta de Rodrigo á Aben Gehaf, según luégo se verá.

Los criados, eunucos y soldados que permanecieron fieles al infeliz Yahya, huyeron al Puig, castillo que estaba á la sazón en poder de un natural de Albarracín, que tenía la fortaleza en nombre de los Beni Cásim. Á los salidos de Valencia los recibió un judío llamado Al Mojife.

Algunos otros, partidarios también de Yahya, fueron á Zaragoza, donde se hallaba Rodrigo, á ponerle al tanto de los sucesos ocurridos en Valencia. Al ins-

(1) Malo de Molina, apéndice XXI.

tante emprendió la marcha hacia Valencia y se encaminó al Puig, cerca de cuyo castillo estableció su campamento. Se le unieron los partidarios de Yahya que habían abandonado á Valencia, pactaron alianza con él y se pusieron incondicionalmente á sus órdenes (1).

Según la versión árabe, «tan luégo como esto (lo sucedido en Valencia) llegó á noticia del Campeador, que se encontraba cercando á Zaragoza, se encolerizó, y su ánimo se irritó, y cesó en él la amistad de Aben Gehaf; porque Valencia, en su opinión, estaba en su obediencia, pues Al Cádir le pagaba de tributo cien mil adinares (2) por año. Caminó, pues, desde Zaragoza hasta Valencia, y la sitió por espacio de veinte meses, hasta que la tomó por fuerza» (3).

Dice el autor á quien acabamos de citar, que Rodrigo estaba cercando á Zaragoza, ó que estaba enemistado con Mostahín; mientras que en la Crónica General no consta semejante falta de harmonía, lo cual confirma otro autor árabe. Después de la muerte de Yahya, cuenta lo que sigue: «Cuando Ájmed ben Yúsuf ben Hud, el que en estos mismos momentos se agita en Zaragoza, se cercioró de que los soldados de Emir al Moslemín (Yúsuf ben Taxfín) salían de todos los desfiladeros y se subían por todas partes á los puntos más elevados, excitó á un cierto perro de los perros gallegos (un cristiano de los de Castilla), llamado Rodrigo, y apellidado el Campeador. Era éste un

---

(1) Crónica General, f. 324, v.

(2) Medio millón de reales, según la equivalencia de Malo de Molina.

(3) Malo de Molina, l. c.

hombre muy sagaz, amigo de hacer prisioneros y muy molesto. Dió muchas batallas en la Península, y causó infinitos daños de todas especies á las thaifas que la habitaban, y las venció y las sojuzgó. Los Beni Hud, en tiempos anteriores, fueron los que le hicieron salir de su oscuridad. Le pidieron su apoyo para sus grandes violencias, para sus proyectos viles y despreciables; le habían entregado en señorío ciertas comarcas de la Península, y puso su planta en los confines de sus cinco mejores regiones, y plantó su bandera en la parte más escogida de ellas, hasta el punto de robustecer su imperio; y, semejante á un buitre, depredó las provincias cercanas y las más apartadas. Al ver (Ájmed) lo que les sucedía (con la venida de los almoravides), temiendo la caída de su reino y cerciorándose de que sus asuntos iban mal, trató de poner al Campeador entre él y la vanguardia de los ejércitos de Emir al Moslemín, y le facilitó (á Rodrigo) el paso para las comarcas de Valencia, y le proporcionó dinero y le mandó después hombres. Descendió, pues, á las inmediaciones de Valencia, en donde se aposentaba la discordia y sus habitantes estaban divididos, á causa de que el fakih Abu Ájmed ben Gehaf, que por entonces era kaadhi en Valencia, cuando vió el ejército de los almoravides que se acercaba y se cercioró de que por otro lado estaba este tirano (Rodrigo), á quien Dios maldiga, excitó los ánimos á una rebelión.....»

El mismo autor, después de narrar la muerte de Yahya, añade: «Y luégo que terminó su proyecto Abu Ájmed y que, según su modo de ver, estaba firme su poderío, estallaron tumultos, y las puntas de

las espadas se volvieron irritadas unas contra otras, porque, como se veia obligado á dirigir su vista hacia los asuntos públicos del reino, que no los habia manejado antes, estaba en la oscuridad de sus secretos; y, debiendo arreglar la marcha de los asuntos administrativos, no tenia ciencia para abordarlos con presteza y para entrar en lo estrecho de sus sinuosidades. Él no sabia más que hacer comprender la ley á los litigantes, conducir al combate los negros pendones, declarar la mayor solemnidad de los contratos entre si y escoger (la verdad) entre diversos testigos. Se cuidaba sólo de recoger lo que restaba aún del tesoro de Ben Dzin-Nun y se olvidaba de reunir soldados y de atender á los asuntos de sus provincias» (1).

De la incapacidad de Aben Gehaf para el manejo de las riendas del Estado, da, en consonancia con el autor árabe, testimonio la Crónica General: «Abenjaf estava en su casa con muy lozano continente de rey, e non tornava cabeza en ninguna cosa de quanto era menester para mantener su estado que él cuidava tener. E metia mientes en librar sus cosas e en poner guardas que le guardasen en derredor de su casa, los unos de noche, e los otros de dia. E ordenó cuáles fuesen escribanos de su poridad (sus ministros) que le fiziesen las cartas para embiar. E escogió de los omes buenos de la villa que oviessen á estar con él e guardarle. E quando cavalgava iban muchos cavalleros e monteros con él armados. E quando iba por la calle

(1) Malo de Molina, apéndice XX

davan las mujeres grandes alegrías con él, e salían á otearle, e pagávase él mucho destas vanidades: e fazíe todas sus cosas como por rey; e esto fazíe por abajar preyto de un su hermano que era alcalde de la villa; e por mostrar que él era señor; e no 'l preciaba nada, nin mandava, nin vedava, fueras que le dava que espendiese él e toda su compaña mucho escasamente» (1). Pocos son aquellos á quienes no deslumbra y desvanece el mando supremo, y aun el no supremo.

Habia Rodrigo, según apunta la Historia Leonesa, salido de Alfaro y llegado á Zaragoza, donde permaneció durante algún tiempo muy honrado por Mostahin. Estando luégo en camino para Valencia seguido de su ejército, tropezó con un mensajero, el cual le anunció que los almoravides habian llegado á las comarcas de Levante, las cuales habian sido devastadas, y que habian entrado en Valencia, en cuya posesión seguian; y, lo que era más de lamentar, los propios súbditos de al Cádir, rey de Valencia, le habian traicionado, y habia sido muerto. Al oir Rodrigo esto, marchó velozmente hacia el Puig, y al instante le puso sitio. Esto, que explica por qué sentó sus reales junto al castillo, como se lee en la General, termina, con arreglo al escritor árabe: «si Rodrigo no hubiese llegado tan pronto á las inmediaciones de Valencia, los almoravides se hubieran adelantado hasta ocupar toda España, sin escapar Lérida y Zaragoza» (2).

---

(1) Crónica General, l. c.
(2) Historia Leonesa.

Aunque fué breve la resistencia que el Puig opuso á Rodrigo, duró lo bastante para que coincidiera con los primeros ataques contra Valencia. «E embió (Rodrigo) su carta á Abenjaf desdenadamente: e dezie en la carta, que ¡loado Dios que le ayudara ayunar su quaresma e que cumpliera su ayuno con buen sacrificio en matar su señor! E embiava 'l reptar que fiziera muy mala cosa en echar la cabeza de su señor en la laguna, e el cuerpo al muladar, e soterrarle. E en fin de la carta embió 'l dezir que le diese su pan que dejara en Valencia en su almacén.»

Contestó Aben Gehaf, que el trigo habia sido todo robado; que Valencia era del emir de los almoravides, y que si él queria estar á las órdenes de Yúsuf ben Taxfin, Aben Gehaf interpondria su valimiento para que el Emir le recibiera. Este insulto llenó de indignación á Rodrigo: tuvo por «necio e por torpe» al cadi, esto es, por incapaz para conservar el reino de que violenta é injustamente se habia apoderado. Escribióle de nuevo anunciando grandes amenazas; denostaba al cadi y á sus parciales y juró que no dejaria de la mano causarle el mayor daño que pudiese, hasta dejar vengada la muerte del rey de Valencia (1).

Enviada la carta al cadi, pasó aviso á todos los castillos situados en derredor de Valencia, para que abasteciesen de provisiones con abundancia á su ejército, y esto sin demora, so pena de que el que retrasara cumplir la orden experimentaria su enojo. Entre

(1) **Crónica General, fol. 324 v. y 325.**

tantos, sólo el señor de Murviedro, hombre entendido y previsor, se opuso al mandato del Cid.

Abu Exa Aben Lupón, como le llama la General, y de quien ya hablamos al relatar la venida de Yahya á Valencia, sabía bien que, ya hiciese lo que el Cid mandaba, ya se resistiera á cumplirlo, no podría conservar sus estados y que nadie sería capaz de impedirlo. Envió, pues, á decir al Cid que sus órdenes serían cumplidas; pero al mismo tiempo escribió al señor de Santa María de Albarracín manifestándole que quería estar bajo su dominio y que viniese á entrar en posesión del castillo de Murviedro y de los otros que estaban comprendidos en su término. Aconsejábale, además, que mantuviera buenas relaciones con el Cid, y terminaba la carta haciendo constar que él, Aben Lupón, no quería cuestiones con Rodrigo y que deseaba unirse al ejército del señor de Albarracín.

Mucho se alegró el de Santa María de Oriente, y al instante marchó á entregarse del castillo de Murviedro. Esto ocurrió pasados veintiséis días después de la muerte de Yahya, ó sea en 1.° de diciembre de 1092. Se avistó luégo con Rodrigo, con quien pactó alianza bajo estas condiciones: los gobernadores de sus castillos venderían al Cid cuantos víveres hubiere de menester para su ejército; él compraría el botín que Rodrigo recogiera en tierras de Valencia, y no recibiría el de Santa María mal ni guerra en sus castillos.

Se extendieron documentos en que se diera fe del mutuo contrato, y el de Albarracín volvió á sus tierras dejando en su nombre un gobernador en Murviedro.

Aben Lupón le acompañó, con sus mujeres é hijos, sus haberes y su hueste, seguro de que ganaba mucho, pues escapaba con su cuerpo; y que no quería tratos con el Cid (1).

También de este suceso hablan los cronistas árabes. En Casiri se lee: «Abu Isa ben Lebún Dulvazratin, uno de los domésticos é intimos familiares del rey Yahya ben Di 'l Nun, obtuvo el gobierno de Sagunto, más conocido por Morviedro, y entre los árabes, Murvéter. Después, cediéndolo á Abu Meruán Abd el Málec ben Razin, de Santa María de Oriente, marchó á Sevilla, donde se recuerda el dia en que murió. Tuvo tres hermanos: Abu Mohámmed Abdallah, gobernador de Lorca; Abu Vaheb, prefecto de la corte de Valencia, y Abu Schiag, capitán de Úbeda, cuyas vidas el mismo Aben Lebún narró en verso» (2).

«El señor de Santa María de Aben Razín, que era Abu Meruán Abdelmélik ben Huzeil, aliado y pariente de al Cádir, excitó á los arrayaces de Murbíter, Xátiba y Denia, que asimismo estaban ofendidos de los almoravides, y todos éstos se juntaron con Ruderik, caudillo de los cristianos, conocido por el Cambitor, que se preciaba de ser amigo y aliado del rey al Cádir, de Abu Meruán y de sus parientes. Juntaron una escogida tropa de caballeros y peones, así muslimes como cristianos, y, acaudillados del Cambitor, cercaron la ciudad de Valencia» (3).

Comenzaron, con efecto, las operaciones contra Valencia haciéndose en su huerta dos algaras al dia: una, por la mañana, y la otra, á la caida de la tarde. Se

---

(1) Crónica General, f. 325.
(2) Casiri, II, 30.
(3) Conde, III, 22.

robaban ganados, y eran reducidos á cautiverio cuantos eran encontrados con armas en la mano. Ordenó Rodrigo, sin embargo, que ningún daño se causara á los que se dedicaban á las faenas del campo: para el más exacto cumplimiento de esta disposición exigió juramento á los caballeros, adalides y almocadenes. Encareciòles que los halagaran y les asegurasen que podían entregarse tranquilos á sus ocupaciones. Decía que, así, cuando llegase el tiempo de la recolección del trigo, si ellos, los sitiadores, padecían algún contratiempo, tendrían con que alimentarse; y, aun cuando no les vinieran bastimentos de otro lado, tendrían con qué sustentarse algún tiempo.

Á la vez sostenían el cerco puesto al Puig, pero tan apretado, que nadie podía entrar ni salir. Los moros estaban seguros de que no habían de defenderse largo tiempo, y sólo aspiraban á una resistencia honrosa. Es más: habían secretamente pactado con Rodrigo que se le entregarían; y no podían prolongar mucho la defensa, por cuanto los víveres les escaseaban. Muy al revés ocurría en el campamento de Rodrigo: allí era depositado cuanto los almogávares robaban en las inmediaciones de Valencia; era llevado á vender á Murviedro, con arreglo al convenio con el señor de Albarracín, y volvían á la hueste muchas recuas cargadas de alimentos. La abundancia reinaba en el campo cristiano. Así se pasó algún tiempo (1).

La situación de Aben Gehaf era cada vez más comprometida. Organizó un ejército de defensa con los

(1) Crónica General, l. c.

caballeros valencianos que habían sido vasallos de Yahya, con los otros que se fueron á Denia y con los almoravides que de esta ciudad vinieron capitaneados por Abu Násir: en total, trescientos. Manteníalos con el trigo que había dejado Rodrigo, con las rentas del patrimonio real y del almojarifazgo y con algunas otras.

La presencia de los almoravides no le era de mucho agrado, por lo que «desdenava á su alcaide e nunca los metió en su consejo de ningún fecho que querie fazer, nin dava por ellos nada.» Los almoravides, viendo que, dueño Aben Gehaf de Valencia, procuraba crearse una situación independiente, se disgustaron, y, en su despecho, no vacilaron en entrar en componendas con los enemigos del cadi y en fomentar la guerra civil dentro de la ciudad. Pusiéronse de acuerdo con los «fijos de Aboégib» y tenían sus conciliábulos; y, como esto lo trasluciese Aben Gehaf, enojóse con ellos.

Dozy (1) y Malo de Molina (2) quieren que los Aboégib fuesen los Beni Táhir. Cierto es que éstos no estaban contentos del trato que les daba Aben Gehaf. El ex-walí de Murcia Abderrahmán ben Táhir escribía á un primo del ensoberbecido cadi: «En cuanto á tu primo, aumente Dios su talento, desde que realizó su rebelión, con la cual cree haber alcanzado hasta las estrellas y haberse sobrepuesto á los reyes, me miraba de mal ojo y me juzgaba envidioso y su rival; pero maldiga Dios á quien envidie la gloria de su rebelión:

---

(1) **Investigaciones, II, *el Cid de la realidad*, V.**

(2) ***Rodrigo el Campeador*, III.**

«Ella no era á propósito sinó para él, y él no era á propósito sinó para ella.» Después ha descargado sobre mí el lleno de su poder y me ha prodigado todos los sinsabores que han estado en su mano; y, con todo esto, he devorado en silencio el dolor de su proceder y he despreciado sus intenciones; he cuidado de su bien y no me he vindicado de sus malas obras; pero hoy ha querido, por la maldad de sus pensamientos, que se colme la medida con sus falsas interpretaciones y sus violencias. Estoy próximo á una cosa extraña que no sé apreciar y cuya causa desconozco. Cuando se le ha presentado mi mensajero deseando saber sus opiniones, se ha mostrado serio y disgustado, se ha incomodado y vuelto la espalda; sin embargo, me he contenido conservando la estimación y obrando de un modo digno. En verdad, que el respeto por Abu Ájmed me ha hecho obrar así, sin que sus procederes para conmigo me hayan impulsado..... ¡Que la elevación de Aben Gehaf no te perjudique, y que su caída te sea agradable! Porque los que son como él, no tienen larga duración ni se sostienen mucho tiempo, y nunca obran con descanso» (1).

Acerca de los «fijos de Aboégib» sostiene otra opinión uno de nuestros arabistas modernos (2):

«Boégib, dice, es transcripción casi literal, según la antigua ortografía, de la palabra *guáchib*. *Los fijos de Aboégib* de la Crónica, se nos presentan como jefes de un partido que cifraba la salvación de Valencia, no en entregarla al rey de Zaragoza, como antes se

(1) Malo de Molina, apéndice XX.
(2) Don Julián Ribera, catedrático de Árabe en la Universidad de Zaragoza.

la habían entregado al de Toledo; no en que campase por sus respetos una familia de antigua prosapia, orgullosa y decadente, los Beni Gehaf, que se creían bastantes á sí propios para librarla del conflicto; sino en que se sometiera á los almoravides, excitando á las masas populares, más religiosas y fanáticas, para que no consintieran las debilidades de los gobernantes con el cristiano Rodrigo...

»Ellos, es verdad que se hacían pasar por Caisíes y, como tales, por árabes de pura raza; pero fueron tantos en aquellos tiempos los que se daban esa clase de abolengo cuando convenía á sus intereses ocultar la obscuridad de su origen español, que es menester no dar crédito á pies juntillas á todo aquello que de ese respecto nos quieran decir...

»La nobleza de los Beni Guáchib era de fecha reciente, modernamente adquirida: pues, á menos que se hayan perdido los pergaminos ú olvidado el nombre de sus abuelos, no es posible encabezar su genealogía conocida, con personaje que haya vivido más allá del siglo IV de la Hégira (913-1008); ni su casa solariega, si los árabes la tenían, había de estar muy distante de esas encantadoras riberas del Guadalaviar, cuyo ambiente templan las suaves brisas del Mediterráneo...

»Omar ben Guáchib, que es el primero de quien tenemos noticia, nació muy á los principios del siglo V. Dedicóse con afán al estudio de las tradiciones mahométicas, y hubo de distinguirse de tal manera, que vino á ocupar una de las principales magistraturas en el gobierno de la ciudad de Valencia. Murió en el año 470 de la Hégira (julio 1077-1078)...

»Su hijo, Abu 'l Hassan Mohámmed, fué uno de los hombres más queridos y populares en esta ciudad, y gozaba fama bien merecida por su carácter generoso y liberal y por la escrupulosa honradez en el ejercicio de sus cargos. Ocupó la alcaldía de Valencia, con atribuciones para nombrar los alcaldes de Alcira, Murviedro, etc. Murió en el año 519 (1125-1126)...

»El nombre de Guáchib es tan raro, que no recuerdo haberlo visto usado fuera de esta familia; y las noticias de los individuos de la misma no pudo leerlas Dozy, por haber sido publicadas

con posterioridad á sus trabajos. De fijo que no hubiese dudado, si hubiera sabido que existió esa familia valenciana» (1).

Seguían, en tanto, por mañana y tarde, las algaras de los cristianos y sus aliados en la huerta, ó *munya* (2) de Valencia, y, por más que trataba Aben Gehaf de impedirlo con sus 300 caballos tomados á sueldo y los demás de la ciudad, quedaban siempre escarmentados, pues «matavan los cristianos muchos dellos: así que en la villa cada día fazíen llanto e davan vozes por los muertos que metíen cada día.»

Entre los caballeros moros á quienes se cautivó entonces, se hace mención de un rico-home alcaide de Alcalá, «que era cerca de Torralva.» Después de someterle á grandes castigos, se obligó con el Cid: á pagarle diez mil maravedíes al año, á entregarle unas casas que tenía en Valencia, llamadas de Añaya, de modo que si se apoderaba Rodrigo de la ciudad, dichas casas serían suyas (3).

Malo de Molina, fundándose en que cerca de la Torralba situada, dice él, entre Jérica y Viber, no hay ningún Alcalá, se inclina á pensar que fuese Torralba de los Sisones, en Aragón (4). Si hubiera conocido dicho autor los apuntes ó anotaciones para la reparti-

(1) *El Archivo*, IV, 86-91.

(2) En la General se lee: «El Cid toviera por bien de fazer omenaje á los cavalleros, e á los adalides e á los almocadenes, que non faríen mal á los de tierra de *Moya* nin á los labradores (f. 325).» Malo de Molina (Rodrigo el Campeador, III) opina con Dozy, que en el original árabe diría *Moya*, y que se pronunciaría *Monya*, pronunciación de la voz árabe *al munya*, que significa *huerta*.

(3) Crónica General, f. 325 v.

(4) El Cid Campeador, l. c.

ción del reino de Valencia, habría caído en la cuenta de que uno de los valles del mismo era el llamado de *Alcalá*, ó de *Carlet*, cerca del cual había entonces un pueblo llamado *Torralba*. Son varias las ocasiones en que se hace la indicación de Torralba en dicho libro: *Eleidua*, alquería del valle de Alcalá, *cerca de Torralba*; *Torralba, cerca de la alquería de Eleidua* (1). Formaban parte de ese valle: Turís, Serra (subsiste el castillo, en término de Turís), Montroy, Real ó Rahal, Monserrat, Lombay, Catadáu, Alfarb, Aledua (también se conserva sólo el castillo, al norte del río y enfrente de los tres últimos pueblos), Torralba (sin rastro ninguno), Carlet y Alcudia: es decir, el valle regado por el río que forman el Magro y Buñol unidos hasta que desemboca en el Júcar cerca de Algemesí. El señor de Torralba de los Sisones, ya fuese el de Albarracín ó el de Zaragoza, estaba en paz con Rodrigo; probable es que no lo estuviese el de Carlet, próximo á Alcira y de su jurisdicción casi siempre, pues Alcira, Cullera y Játiba estaban en poder de los almoravides, enemigos del Cid.

En todas esas correrías murieron muchos caballeros de Valencia y también de los almoravides; mas no, por ello, daba la ciudad trazas de rendirse. Hábil político el Cid, y zizañero, además, sólo reservaba á las armas los asuntos que no podía ventilar con la diplomacia. Sabedor, pues, de la desavenencia que había entre los Beni Guáchib y el cadí, procuró con gran secreto entenderse con Aben Gehaf. Envióle á decir que si quería ser señor de Valencia, le ayudaría con todas sus fuerzas,

(1) *El Archivo*, III, 88 y 95.

según hizo con Yahya, y que á ello estaba dispuesto con una sola condición: la de que hiciese que los almoravides abandonasen la ciudad. No pareció mal al cadi la proposición de Rodrigo, y pidió consejo á Aben Faraix, ex-alwatsir de Yahya y del Cid, y á quien aún retenía preso Aben Gehaf. Aben Faraix aconsejó al cadi que siguiese la línea de conducta trazada por el Cid. Aben Gehaf contestó á Rodrigo á satisfacción de éste.

El cadi empezó entonces á emplear medios indirectos con que apremiase á los almoravides á huir de Valencia. Escaseábanles cada día los víveres, y no porque se careciese de ellos, pues los había en abundancia. La situación del cadi era, sin embargo, tan comprometida, que á cada momento variaba de resolución.

Aben Aixa, general almoravide que estaba acantonado en Denia y á quien, sin duda, infundían no poco respeto los soldados del Cid, envió repetidas cartas á Aben Gehaf pidiéndole parte de los tesoros que pertenecieron á Yahya, con objeto de enviar recursos á Yúsuf ben Taxfín, quien así podría organizar un buen ejército, venir de África y libertar á Valencia. Reunió Aben Gehaf todo el pueblo, y después de encontrados pareceres, pues la aljama se inclinaba á cumplir las órdenes de Aben Aixa, mas no los jóvenes y la plebe, el peso del voto de Aben Gehaf inclinó los ánimos de todos á enviar el dinero á Denia.

Reunióse, pues, una buena suma, aunque nunca se pudo averiguar el total á que ascendía. Los portadores del caudal, y mensajeros á la vez, fueron: un hijo de Abdeláziz, tal vez el emir de Valencia antes de

Yahya; uno de los Beni Guáchib; un pariente de Aben Gehaf; otro, llamado Albaga ben Orab, y Aben Faraix. Salieron de Valencia guardando las mayores precauciones, á fin de que el Cid no dificultara la marcha.

Pero Aben Faraix tuvo buen cuidado de que Rodrigo lo supiese, y al efecto le envió un mensajero. El Cid destacó caballeros que siguiesen los pasos de los que salían para Denia, y no tardaron en apoderarse de cuanto los mensajeros llevaban. Agradeció sobremanera el buen servicio de Aben Faraix y prometió recompensarle con buen galardón (1).

El castillo del Puig, rudamente combatido, se rindió entonces á las armas cristianas. Rodrigo construyó y pobló allí una villa, la rodeó de muros y de torres muy altas, y la dejó bien abastecida de víveres. Fueron sus habitantes los que acudieron de las poblaciones inmediatas, que llegaron en gran número. Esto fué antes del mes de julio de 1093 (2). De conformidad con esto, se lee en la General: «E en esta sazón dió el alcaide de Jubala (Gebal ó Puig=montaña) el castiello al Cid, e fincó él con el Cid. E dejó el Cid su alcaide en Jubala, e vínose con él con toda la hueste para Valencia, e posó en una aldea que dezien la Derramada.» Debía estar entre el Grao y la Villanueva de entonces.

Llegado el mes de julio de 1093, ó sea cuando los trigos estaban para segar, Rodrigo se adelantó hacia Valencia y fijó sus reales junto á la ciudad. Mandó quemar todas las aldeas que estaban en su

(1) **Crónica General, fol. 325 v. y 326.**
(2) **Historia Leonesa.**

vega, principalmente las que pertenecían á Aben Gehaf y á su familia (1); redujo á cenizas los molinos y barcas del río; hizo segar los trigos, cercó por todas partes la ciudad y derribó cuantas casas y torres halló

(1) Del libro del Repartimiento consta que en la vega de Valencia había estos raffales ó rahales: Abenadin, Abenhapdulmech, Abenimanhor, Abenjehuir, Abimbedel, Abinferro, Abingeme, Abinmoérez, Abinsancho, Abixalbeto, Abrahitel, Acehuy, Alagací, Alarif, Albacaf, Albogadir, Alborgí, Albuysí, Alcurantí, Almatarí, Alpontí, Amambro, Amogeyt, Axacobí, Axavich, Axat, Axeta, Axuterní, Benicabo, Benimocreín, Canac, Carpesí, Fayo, Habeneme, Henna, Hoyx, Lomerí, Ludea, Oezmen, Pinos, Ralimichaclí, Saxón y Terraç. Y las siguientes alquerías ó aldeas y partidas: Abenyamar, Addaya, Adorep, Ahlarei, Alaquaz, Alaxebí, Albalat al Fauquia, Albalat aç Ciflia, Albirayatz, Alboayal, Alboixech, Alboradix, Alburxech, Alfaçar, Alfara, Alfofar, Algeroç, Algezir, Alhara, Alhaz, Aliozar, Almaçafes, Almaçalla, Almacera, Almagdel, Almuçal, Alquellelim, Alqueixia, Alule, Amagrel, Andarella, Ared al Maxaraquí, Arriola, Aucel, Beilota, Benanel, Benaynó, Benexejut, Beniacaf, Beniadet, Beniador, Beniamen, Beniaya, Benibahari, Beniçaca, Benicayxe, Benicalapec, Beniçamo, Beniçanó, Benicidaví, Benicuçen, Beniemen, Beniferri, Beniloco, Benilopo, Benimaçot, Benimglet, Benimahabar, Benimahabet, Benimahor, Benimoraix, Benioreix, Benitahán, Benivolesar, Benixaix, Benixanut, Benixent, Benjahaf, Benjayó, Benjair, Benjemén, Berialfamen, Boatella, Borbatur, Borgaladí, Borjaçot, Cahadía, Cactus, Campanar, Canaxet, Cortexí, Cárcer, Carpesa, Cassén, Castellón, Cilla, Cinquayros, Cocellas, Coscoylar, Cot de Rambla, Chilbella de l'Algarbia, Favara, Fernalis, Foyos, Gayubel, Godayla, Ladea, Maçalfaçén, Maçalmardá, Maçalterraç, Maçamagrel, Maçamoyos, Maçarroyos, Maçlata, Malilla, Mançelnázar, Manises, Marchilena, Meliana, Mençel Açen, Menimanhor, Millerioia, Moncada, Mormán, Naquarella, Oylla, Oteil, Pala, Pardínez, Paterna, Pe Benjadet, Perancisa, Petra, Petraher al Fauquia, Petraher Aciflia, Piccacén, Portade, Quart, Rambla, Rascayna, Raycol, Rayosa, Ribarroya, Ruçafa, Roteros, Roylo, Rusayna, Trage, Truylar, San Vicente, Villanova, Xilbella, Zoayr y Zuaqua Caxac. (*El Archivo*, III, 96-97). Jaime I señaló por límites de la ciudad de Valencia, los términos de Cullera, Alcira, Monserrat, Turís, Buñol, Chiva, Olocau y Murviedro. Pasaron muchos años sin que los mojones se fijaran; y al dar esto, como no podía menos, lugar á escisiones y graves altercados entre Valencia y aquellas poblaciones, Jaime II dió comisión, en 1.º de Marzo de 1321, a Guillermo Bosch, vecino de Játiva y á Enrique de Quintavalle, para señalar la línea divisoria. (*Hist. de Cullera*, págs. 265, 266 y 288).

al paso. La piedra y la madera eran enviadas al Puig para la construcción de la villa y reedificación de la fortaleza (1).

Al ver los moros de Valencia que sus campos eran devastados y que las casas situadas en las afueras quedaban destruídas, enviaron mensajeros al Cid rogándole que les otorgase la paz, pero había de consentir en que los almoravides continuaran ocupando la ciudad; y Rodrigo contestó que, á menos que los africanos no marcharan, de ningún modo tendría paz con los valencianos. Negáronse á la petición del Cid y se encerraron en la ciudad (2).

Llegó entonces al campamento cristiano un ministro del rey de Zaragoza con sesenta caballos (3), y dijo al Cid que Mostahín le enviaba con una gran suma destinada al rescate de los cautivos moros, lo cual hacía movido á lástima y por tener galardón de Dios en la otra vida. Otro era el objeto de la venida del ministro: vino á tratar con Aben Gehaf para que entregase Valencia al emir de Zaragoza y éste le defendería contra el Cid y contra cuantos le guerreasen; pero que había de expulsar de la ciudad á los almoravides. No se pudo acabar nada, y el mensajero de Mostahín anunció que no tardaría en arrepentirse, por haber dejado de seguir su consejo (4).

Al segundo día de la llegada del ministro de Mostahín, acometió el Cid con su ejército al arrabal

(1) Crónica General, f. 326.
(2) Historia Leonesa.
(3) Malo de Molina, l. c., dice que los jinetes eran 300.
(4) Crónica General, l. c.

de Valencia llamado Villanueva, al norte del río, en el paraje donde hoy se alza San Juan de la Ribera. Fué la embestida tan violenta, que entró por fuerza de armas, y fueron muchos los muslimes españoles y almoravides los que allí sucumbieron. Los vencedores se entregaron al pillaje, y fué muy cuantíoso el botín que se recogió en dinero y en toda otra suerte de riquezas. Las casas fueron derribadas, y la madera, transportada al Puig. Se dejó allí guardas que impidiesen recobraran los moros el arrabal (1).

Al día siguiente se acometió á otra parte de la ciudad, ó, más bien, á otro arrabal de la misma situado al mediodía del Guadalaviar, llamado Alcudia, hoy día conocido por el Tosal. Numerosos eran los moros que le defendían; pero los cristianos entraron con denuedo por enmedio de ellos matando á muchos de los enemigos. Tropezó entonces el caballo del Cid, y el cabalgador quedó desmontado; recobró el caballo y volvió á montar, y la carnicería en los muslimes fué tanta, que, espantados, comenzaron á replegarse á la ciudad.

Al mismo tiempo que duraba el fragor del combate en la Alcudia, una parte de las tropas de Rodrigo acometieron á los moros que defendían la puerta de Alcántara ó del Puente (2) y dieron muerte á muchos de los que estaban sobre el muro. Pero entonces las mujeres que estaban en las torres y los moros que coronaban

(1) Historia Leonesa.—Crónica General, l. c.

(2) Recuérdese que el puente estaba destruído desde la avenida en octubre de 1088, según se lee en el *Quitab al Ictifá* (Malo de Molina, apéndice XXI).

el muro lanzaron contra los cristianos nutrida granizada de piedras y dieron tiempo á que salieran de la ciudad muchos caballeros, los cuales sostuvieron junto al río, y en el paraje donde estuvo el puente, una terrible batalla que duró desde la mañana hasta el medio día. Después de dejar el campo cubierto de cadáveres de enemigos, el Cid volvió á su campamento.

A la caída de la tarde se renovó la acometida al arrabal de la Alcudia, y puso el Cid en tanta apretura á los moros, que éstos temían que de un momento á otro los cristianos entrarían por fuerza. Clamaron los muslimes con el amán, ó sea gritando ¡paz! ¡paz! Gran alegría causaron en Rodrigo estas voces. Permitió que saliesen á conferenciar con él los del arrabal, y les otorgó cuantas seguridades le pidieron. Aquella misma noche se apoderó del arrabal; puso en él sus guardias; mandó á su ejército que no se causara daño ninguno á los rendidos, amenazando con cortar la cabeza á quien sus órdenes contraviniera, y se retiró á su campamento.

Al amanecer del día siguiente volvió á la Alcudia. Hizo que se congregasen sus moradores; templó con palabras de consuelo el dolor que padecían; dióles seguridades para sus vidas y haciendas, y les prometió que les haría bien y merced, que no los oprimiría, que cada uno podría con tranquilidad entregarse á sus ocupaciones y que no les exigiría otro tributo que el diezmo de los frutos, según permitía la ley del Korán.

Puso un almojarife moro, llamado Aben Abdús, á quien constituyó en administrador de sus derechos

y en recaudador de los tributos que allí había de percibir. La buena organización dada por Rodrigo al arrabal, dábale semejanza de ciudad. Dió seguro á cuantos á él acudiesen. Comestibles y toda otra suerte de mercancías, en gran abundancia eran llevados allí de todas partes (1).

Esto mismo dice con breves palabras la Historia Leonesa: «Los hombres que habitaban en la Alcudia, se sometieron á Rodrigo y se sujetaron á su señorío é imperio. Ya subyugados, los restituyó en paz libres con todos sus bienes.» Y añade: «Los moradores de Valencia, al ver esto, llenáronse de espanto; y al instante, de conformidad con lo que Rodrigo pidió, los almoravides (moabitas) fueron expulsados de la ciudad, y los valencianos quedaron sometidos al yugo del Cid. Y él permitió á los almoravides retirarse á Denia libres, en paz y tranquilos.»

Dice la General, que de tal modo estrechó á Valencia el Cid, que prohibió la entrada en ella y que tampoco de ella podía salir nadie. El temor se apoderó de sus moradores, y no sabían qué consejo seguir. En alto grado estaban ya arrepentidos de no haber puesto en práctica el consejo del ministro del emir de Zaragoza. También á los almoravides ponía en cuidado la falta de recursos que de día en día notaban, así en ellos como en los otros caballeros.

Á todo esto, los tratos de acomodamiento entre Aben Gehaf y Rodrigo, aunque sostenidos con gran secreto, no se habían interrumpido. Los almoravides,

(1) Crónica General, fol. 326 y 326 v.

los demás caballeros y todo el pueblo, con el apremio de la necesidad, se reunieron para ver de salir de aquella situación angustiosa; y no hallaron otro medio que el de establecer paz con el Cid, cualesquiera que fuesen las condiciones, siempre que quedasen en la ciudad y durase la tregua hasta que viniese orden y contestación de Yúsuf ben Taxfín.

Enviaron aviso al Cid de que querían entrar en avenencia con él. Á lo cual contestó que estaba dispuesto á ello, con tal que echasen de la ciudad á los almoravides, pues, de otro modo, no tendrían tregua ni composición con él. Hízose saber á los africanos la exigencia del Cid: ellos, ya disgustados del trato que se les daba, contestaron que también ellos querían marchar y que nunca para ellos había asomado dia tan feliz. Salvada esta dificultad, pactáronse las siguientes bases de paz: 1.ª los almoravides saldrían de la ciudad dándoles salvo-conducto; 2.ª Aben Gehaf daría al Cid el valor del trigo que tenía en Valencia cuando la muerte de Yahya, y además los diez mil maravedís mensuales que percibía (1), pagados desde el comienzo de la guerra y también en lo sucesivo; 3.ª los arrabales que él había tomado por fuerza de armas serían suyos, y 4.ª su hueste, mientras permaneciera en la tierra, tendría su residencia en el Puig.

Enseguida salieron de Valencia los almoravides, y se les socorrió y dió caballeros que los acompañasen y

(1) En la General se lee *mill maravedis;* pero, como Dozy observa (Investigaciones, II; *El Cid de la realidad*, III), fundándose en que lo que dicen el *Kitab al Ictifá* y la *Crónica del Cid,* es un error del copista ó del editor, y debe leerse *diez mil*.

pusiesen en salvo. Los moros quedaron en paz. El Cid, con su hueste, se retiró al Puig, y no quedaron de los suyos en la Alcudia sinó los que habían de entender en el gobierno de la misma, juntamente con el moro almojarife que había de cobrar sus rentas (1).

De la retirada de los caballeros almoravides da también cuenta Abu 'l Hassán, escritor contemporáneo: «Se separó de él (Aben Gehaf) la pequeña y escogida partida de almoravides que le servía de sostén; y á las gentes les hizo creer, con este motivo, que su modo de obrar había sido bondadoso para con ellos, y que era malvado el de los que calificaba de enemigos presentes» (2).

---

(1) Crónica General, fol. 326 v.
(2) Malo de Molina, apéndice XX.

CAPÍTULO VI

PERÍODO REPUBLICANO

(*Continuación*).

(Jul. 1093-mar. 1094).

Provocación del Cid al jefe de los almoravides.—Inteligencia de Rodrigo y de Aben Gehaf con los caudillos de Játiba y de Cullera.—Castigo al de Alcira, por negarse á entrar en la coalición.—Correría hasta Villena.—El Cid en Benicadell.—Tratos de Aben Razin con Sancho Ramirez: incursión de Rodrigo en tierras de Albarracin.—Aproxímase á Valencia un ejército de almoravides, y sus moradores se rebelan contra el Campeador.—La munia de Aben Abdeláziz.—Caída de Aben Gehaf.—Indicaciones topográficas.—Precauciones de defensa contra los almoravides tomadas por el Cid.—Retirada de los almoravides.—Apurada situación de Valencia.—La elegía y comentarios sobre ella de Al Bataxi.—Abdallah ben Hayán.—Arterías de Aben Gehaf para suplantar en el mando á los Beni Guáchib.—Inteligencias del cadi con el Cid.—Son reducidos á prisión los Beni Guáchib.—Exaltación de Aben Gehaf.—Carta de Abderrahmán ben Táhir.

Aben Gehaf procuró enseguida cumplir con Rodrigo el compromiso contraído. Convino con los señores de los castillos comprendidos en el término de Valencia, en que le pagasen el diezmo de los productos del campo y de las demás rentas. Era entonces la época de la recolección de los frutos. El Cid buscó personas competentes que los aforasen y que tomasen á su cargo el cobro del trigo en los graneros. Designó mayordomo sobre dichos hombres; por cada oficio agregó dos cristianos al almojarife, y, además, nombró un fiel, ó secretario, para que llevase la contabilidad: «ordenó muy bien su almojarifazgo» (1).

(1) Crónica General, fol. 327.

Poco antes de retirarse á Denia los almoravides que había en Valencia, Yúsuf había escrito al Cid prohibiéndole la entrada en la ciudad del Turia. Encendido en cólera el Campeador, le contestó despreciándole y haciendo burla de sus palabras. Para más picar el orgullo del caudillo almoravide, escribió á los gobernadores y capitanes de España manifestándoles que Yúsuf, por miedo no pasaba el mar ni se atrevía á venir á Valencia. Sabido ello por el jefe de los almoravides, mandó congregar un numeroso ejército en África y que sin dilación viniese á España. Rodrigo dijo entonces á los hombres de la ciudad: «Valencianos: ós concedo treguas hasta el mes de agosto. Si en ese tiempo Yúsuf viniese y os socorriera y me venciera arrojándome de estas tierras y librándoos de mi imperio, servidle á él y quedad bajo el suyo; mas si sus fuerzas no alcanzan á tanto, estaréis bajo mi señorío.» No descuidaron los moros en enviar en tal sentido sus cartas á Yúsuf y á los demás caudillos almoravides de España (1).

No tardó Rodrigo en tener aviso de que los almoravides estaban para venir sobre Valencia y de que su detención sólo obedecía á que había de capitanearlos el mismo Yúsuf. Puso la noticia en cuidado al caudillo cristiano, y discurrió el medio de impedir la venida de los africanos. Con el mayor secreto dijo á Aben Gehaf que no diera acogida á los almoravides, porque si venían, acabaría el señorío del cadi sobre la ciudad; y más valía que él le tuviese, que no otro

(1) Historia Leonesa.

para lo cual le ayudaría contra cuantos trataran de hacerle daño.

Agradó á Aben Gehaf el consejo, y al instante buscó medios para que los deseos del Cid se vieran cumplidos. Habló con los capitanes almoravides que tenían los castillos de Játiba y de Cullera, y acabaron por establecer alianza de mútua defensa. Acudieron á Valencia, y con gran secreto se cerró y firmó el trato. También cuidó el cadi de ganarse al capitán almoravide de Alcira, llamado Aben Maimún; mas no pudo conseguirlo. El Cid envió contra él sus huestes, que talaron los campos, y, por último, al castellano del Puig para que pusiera sitio á Alcira. El trigo fué segado y depositado en el Puig.

Éste había adquirido las condiciones de una gran ciudad, con buen caserío, iglesias y torres. Allí estaban guardados los diezmos y demás riquezas del Cid. Reinaba la abundancia en todas las cosas necesarias á la vida. Maravillábanse las gentes de que en tan poco tiempo hubiera aquella población crecido y prosperado tanto (1).

Como en la General, al tratar de los caudillos almoravides que entraron en inteligencia con Aben Gehaf, se diga *Cobaira* y más adelante *Cervera*, que pudieran confundirse respectivamente con Corbera y con Cervera, no son de despreciar las razones que han obligado á Dozy y á Malo á leer en uno y en otro caso *Cullera*. «Hay, en verdad, escribe el historiador holand , un Cervera en el reino de Valencia; pero se encuen-

Crónica General, fol. 327.

tra cerca de Morella, y los almoravides no habian aún penetrado hasta allí. Hay también un Corbera á cinco leguas de Valencia, sobre el río Júcar: y se puede creer que se trate aquí de este último sitio; pero la Canción (verso 1.375) habla, en otra ocasión, de un castillo que llama *Guyera*. Ésta no puede ser sinó *Cullera*, junto á la desembocadura del río Júcar; y yo creo que, en nuestro texto, se trata de la misma fortaleza. Véase por qué: 1.º Edrisí habla de Cullera; 2.º el lugar en cuestión debe haber sido un castillo, una fortaleza, ya que allí se encuentra un capitán y una guarnición, pues Edrisí dice, con efecto, que el castillo de Cullera es muy fuerte; y 3.º cuando se adopta esta explicación, compréndese por qué se lee una vez *Cobaira* en la General: el lector habrá leído *Cobira*, en vez de *Colira*, equivocación muy frecuente en los manuscritos árabes» (1).

El señor Malo, que rarísima vez disiente de Dozy, opina de igual modo que éste (2). Y, si la razón caligráfica y la estratégica abonan el pensar de tan eximios autores, la fonética confírmala hasta desvanecer toda duda en contrario. La *c* y la *g*, así en nuestro idioma, como en el latino, se sustituyen con harta frecuencia; y el pronunciar *y* por *ll* es caso muy común en ambas Castillas. Por último: la gran importancia que Benicadell (Peña Cadiella), Játiba y Cullera tenían entonces, revélase en que aparecen tan asociados en el Poema

(1) Esta aclaración no se encuentra en la versión al castellano. Pued verse en el t. II de *Recherches*, p. 166 y 205, y en la nota XXII del Apéndice.
(2) Rodrigo el Campeador, III.

del Cid (1), como en la General los de Játiba y Cullera.

Hecha esta digresión, proseguiremos el relato narrando el castigo impuesto por Rodrigo al señor de Albarracín, del cual hablan igualmente la General y la Historia Leonesa. Ésta refiere otra empresa del Cid, pasada por alto en la General.

Mientras Rodrigo andaba conjurando, de acuerdo con Aben Gehaf, la tormenta que asomaba con la ira despertada en Yúsuf, abandonó las inmediaciones de Valencia; y, escarmentado el capitán almoravide acantonado en Alcira, contando con la protección de los de Cullera y de Játiba, se trasladó, con el ejército, á Benicadell (Pinnacatel), pasando también á Villena (Belliena). Devastó aquel territorio, hizo muchos cautivos, fueron inmensos los despojos, y los víveres que pudo recoger, considerables. Depositó en el castillo de Benicadell el botín, dejó en él una buena parte del fruto de la correría y retornó hacia Valencia.

Poco tiempo permanecieron ociosas las armas del invicto castellano. Salió de Valencia y subió hacia las fuentes del Guadalaviar, pues el señor de Albarracín le había negado el tributo. Causó en aquel país terrible estrago, se apoderó de cuantos frutos allí encontró, é hizo que fuera depositado en el Puig. Luégo se restauró á dicho punto (2).

Véase ahora cómo refiere esa devastación la General y la causa que la motivó. El señor de Albarracín

(1) Versos 1.169, 1.172, 1.173 y 1.174.

(2) Historia Leonesa. Dozy ha leído en ella *Albarracin, qui ei «venditus» fuerat*, en vez de «*mentitus*».

hizo avenencia con Sancho Ramírez, de Aragón, para que le ayudase á ganar á Valencia, y, en recompensa, daría á Sancho grande haber, entregándole, por adelantado y en prenda de la alianza, el castillo Torralba de los Sisones, poco distante de Daroca (1). Nada ganaron los moros, pues perdieron dicho castillo. Rodrigo, que tuvo conocimiento de la alianza, juzgó que le hacía traición el que antes había pactado ser su amigo, y resolvió castigarle de una manera ejemplar.

Después que hubo depositado en el Puig los frutos robados en el campo de Alcira (2), movió su ejército sin que á nadie descubriera el objeto de la nueva correría. En una forzada marcha que hizo de noche, se trasladó junto á Santa María de Albarracín, y aun al nacimiento del Guadalaviar ó «á la fuente». Los naturales de la comarca, fiados en la amistad que con el Cid tenía su señor, vivían descuidados. Sorprendióles la algara que se hizo por toda la tierra, en la que todo fué robado. Fueron muchos los cautivos; y el ganado vacuno, lanar y caballar que se recogió, inmenso. Todo lo hizo Rodrigo conducir al Puig. Fué tanto el botín, de trigo como de todo lo demás, «que se fenchió Jubala, e Valencia e todo su término, del ganado e de los cativos que llevaron.»

En una escaramuza que el Cid sostuvo con doce caballeros moros, quedó él herido de gravedad en el cuello y le mataron dos caballeros de los suyos; pero

(1) Dozy, *Investigaciones*, «El Cid de la realidad,» VI.—Malo, l. c.

(2) No sabemos cómo Malo ha podido leer *Liria* en la *Algecira del Júcar* de la Crónica General.

de los contrarios no se salvaron sinó dos. En todas estas empresas se gastaron como unos tres meses, ó sean los de julio, agosto y septiembre (1).

Ya pasado el mes de agosto, los habitantes de Valencia supieron por cierto, que los almoravides, en numeroso ejército, acudían á socorrer á Valencia y á romper el yugo que le tenía puesto Rodrigo; y al momento se sustrajeron al pacto que con él tenían, declarándosele rebeldes y enemigos (2).

Cundió por la capital la voz de que la hueste de los almoravides se acercaba á ella, que ya se hallaba en Lorca y que venía acaudillada por un yerno de Yúsuf, Abu Becr ben Ibrahim (3), por no ser posible la venida del Emir, á causa de una enfermedad que padecía. Tales nuevas causaron entre los de Valencia inmensa alegría.

Los enemigos del cadi hablaban de él con menosprecio y anunciaban que se vengarían. Todo esto ponía en gran cuidado á Aben Gehaf. Con el mayor secreto despachó un mensajero al Cid anunciándole que enseguida regresase á la ciudad. Rodrigo, que aún estaba sobre Santa María de Albarracín causando cuantos males podía, cejó en la empresa, y con el ejército se vino para el Püig.

Allí acudieron al momento los gobernadores de los castillos de Játiba y de Cullera y Aben Gehaf. Confirmaron la alianza ofensiva y defensiva que los unía

---

(1) Crónica General, f. 327.
(2) Historia Leonesa.
(3) Dozy, *Investigaciones*, l. c.

y acordaron enviar una carta á Abu Becr, el caudillo de los almoravides, para intimidarle con estas noticias: que el Cid había pactado con Sancho Ramírez que éste le ayudaría; que si los almoravides llegaban á Valencia, tendrían que luchar con 8.000 caballeros cristianos cubiertos de hierro, los mejores guerreros del mundo, y que si se atrevía á lidiar con ellos, que continuara la marcha, pero que mirase bien lo que hacía.

Con el doble objeto de probar hasta qué punto estaban dispuestos los valencianos á estarle sumisos y de significar á los almoravides la adhesión que le tenían, hizo á Aben Gehaf una demanda bien singular: que le permitiera pasar con una parte de su ejército, para estar algunos días, á la huerta que era de Aben Abdeláziz (1), situada junto á la ciudad. La otra parte de su hueste estaba en Ruzafa. El cadi condescendió con la petición de Rodrigo, y éste pidió, además, que se abriese en el huerto una puerta, porque tenía la entrada «por unos logares estrechos, por unas calles muy angostas; e el Cid non se querie meter por aquellas estrechuras.»

Dicho huerto ó *munia* estaba en el paraje donde más tarde se construyó el Real, palacio destruído por los franceses en 1811, en el terreno que hoy se conoce como jardín del Real patrimonio, cercado por la parte de Benicalaf y Benimaclet por tortuosos callejones, los que daban estorbo al Cid, y despejado por el lado del río. Esta huerta, aunque más próxima al portal que

(1) Nieto de Almanzor.

luégo fué de la Trinidad, conducía á la puerta de Bel-sahanes ó de la Culebra, portal de Valldigna (1).

Á todo cuanto el Cid pidió, prestóse gustoso Aben Gehaf: púsolo en conocimiento de los de su casa, mandó abrir la puerta solicitada por Rodrigo, y convinieron los dos en el día en que el Campeador sería huésped de Aben Gehaf. La puerta se abrió, «aderezóla muy bien e fizo poner muchos estrados de muchas ropas preciadas, e mandó echar juncos por toda la cerca de la casa e fizo muchos manjares bien adobados.»

Todo el día estuvo Aben Gehaf esperando la venida de Rodrigo, y Rodrigo no vino. Llegada la noche, excusó su falta con estar algo indispuesto, y rogó no se tomara á mal el que no hubiese acudido. Aben Gehaf, despechado, como es consiguiente, abandonó el huerto y se entró en la ciudad: «e el Cid fizo 'l por ver qué dirien los de la villa, e si se quejarien por ello: e así fué, que se quejaron, ende, mucho los fijos de Aboégib e todo el puebro; e se querien alzar contra Aben Gehaf; mas non osaron, por miedo del Cid; nin querien aver más desabor con él de lo que avien, por miedo que les astragase quanto avien fuera de la villa» (2).

La ansiada venida de los almoravides no llegaba: un día se decía «ya están ahí», y al siguiente decían

(1) Malo de Molina, apéndice XXI.

(2) Cree Malo que el nombre de Real que aún conserva el paraje del uerto ó huerta, será de alguna casa ó palacio de recreo que allí tendrían los eyes de Valencia; derívase, sin embargo, de *Raffal*, ó *Raal*, ó *casa de campo*, nombre aplicado á muchos caseríos, entre los cuales podemos citar, por jemplo, á *Raffal* de Montroy, también hoy llamado *Real*.

«ya no vienen». Así pasaron algunos días. Y cuando la murmuración por el desaire del Cid al cadi se había calmado, de improviso entró Rodrigo en la huerta y se apoderó del arrabal ó raffal que junto á ella se alzaba. Los moros, sus moradores, no mostraban gran disgusto al tropezar á cada momento con los cristianos de la hueste.

Entonces llegó á Valencia aviso cierto de la proximidad del ejército libertador: los almoravides estaban en Lorca y se venían hacia Murcia haciendo largas jornadas. Estas noticias tenían lleno de satisfacción al bando enemigo de Aben Gehaf, los Beni Guáchib.

El cadi no sabía cómo acallar los murmullos que contra él se producían. Y, por prevenirse para cualquier revuelta, decía que él no había cedido en absoluto la huerta al Cid, sinó tan sólo para que en ella se solazase algunos ratos. Hizoles saber que deseaba romper la alianza con Rodrigo y que le enviaría á decir que buscara quién cobrase sus rentas, pues él quería desentenderse de semejante encargo: esto es, que se hallaba en un todo identificado con el pueblo. Sin embargo, no pudo reconciliarse con él.

La gente se inclinó del bando enemigo: tumultuosamente y en altas voces así lo declaró, mostrándose dócil á los consejos de los Beni Guáchib. Resolvieron cerrar las puertas de la ciudad. Cuando Aben Gehaf oyó esto, no se atrevió á oponerse á tan atrevida resolución. «E entonces se comenzó la guerra del Cid de cabo con los de Valencia, e fueron desavenidos con él e desacordados». Habiendo durado el sitio nueve meses y terminado á mediados de junio de 1094,

y la guerra, veinte meses, que comenzaron á contarse en noviembre de 1092, habiendo ya transcurrido once, el sitio debió comenzar en octubre de 1093.

Para la más clara inteligencia de los hechos que durante el mismo ocurrieron, no pecarán de supérfluas algunas noticias de topografía local. Algo se dijo sobre las macboras ó cementerios muslimes de Valencia (1). Para formarnos idea aproximada de lo que entonces era la capital de nuestro reino, expondremos lo que acerca de sus muros, puertas, mezquitas, mercados, valladares y puentes han escrito diligentes investigadores.

Del muro que la rodeó desde los dos primeros califas, cuando menos, hasta 1356, pueden determinarse como puntos principales: la torre de Ali Bufat, ó del Temple, á buscar, por la calle del Horno del Vidrio, la de la Congregación, plaza de las Comedias, por junto á la Universidad, plaza de las Barcas y teatro Principal, á la plaza de San Francisco; desde allí, por la acera de la derecha, á la calle de Barcelonina, plaza del mismo nombre, por la de Cajeros y calle de San Vicente, á salir, cortando el Trench, al actual Mercado; por delante de la Lonja, calle de la Bolsería y plaza del Esparto, á encontrar el portal de Valldigna, aún en pié, calle del Horno Quemado, plaza de Santa Cruz, calle de Santa Eulalia, la de Roteros, margen derecha del río, á cerrar por la plaza de Trinitarios (2).

Del libro de notas para el repartimiento, se ve que

(1) Terminación del c. VI de la 1.ª parte.
(2) *El Archivo*, V, 411.

había entonces, y también en los tiempos del Cid, las siguientes puertas: la de *Boatella*, al poniente, que corresponde á la calle de San Vicente, inmediaciones de San Martín, entre las calles de Mañáns ó Cerrajeros y Horno de la Pelota, llamado en otro tiempo, de la Boatella; la de *Exerea*, al mediodía, enfrente de Ruzafa, en lo que hoy es puerta de la Congregación ó de Santo Tomás; la *Bab as Scharki*, ó de levante, también llamada *Bab al Birac*, ó Puerta de la Hoja, que corresponde al Portal de la Trinidad; y la de la *Culebra*, ó *Bab al Janesch*, la Belsahanes de la Crónica General, situada antes de llegar á Serranos, en la Espartería, frente al rabat llamado entonces *al Cudia*, ó Tosal, en la parroquia de San Miguel, y corresponde al actual Portal de Valldigna.

Estas cuatro puertas merecían tal nombre ó de *Bab*, según el Sr. Malo de Molina; á diferencia de otras más pequeñas que comunicaban con el campo y estaban reforzadas con fortalezas, por lo que se las llamaba *Borg*, ó torres. Por su importancia, no puede contarse entre estos portillos el *Bab az Zahar*, ó Puerta de la Aurora, situada en el Temple, convento en que más tarde fué convertido el palacio del rey moro. Allí estaba la alta torre de Ali Bufat (¿Ali Abu Fadl?), célebre por la elegía de que luego se hablará. Otra puerta era la de *al Gadá*, que tal vez fuese *la Ferrisa*. Digna de llamar la atención es la llamada de *al Cántara*, ó del Puente (1).

(1) En cuestión de etimologías de los nombres de las puertas, no siempre están de acuerdo los autores. *Boatella*, es *Beit al lah*, ó Casa de Dios, para

Equivocadamente se ha creído que tomaría el nombre de algún puente tendido sobre el río. Si así fué, esto es, si en otros tiempos le hubo, de la Crónica del Cid se desprende que no le había entonces, y sí unas barcas para vadear el río. Tampoco el rey D. Jaime hace mención de puente alguno. Por el testamento de Bernardo Cardona, otorgado en Valencia á 6 de diciembre de 1254 (VIII idus), y por el de Ferrando Pérez, hijo de Çeid, de 22 de octubre de 1262 (XI kalendas novembris), se deduce que ya por entonces había dos puentes. Vistos ciertos privilegios concedidos á Valencia, resulta que en 1279 se estaba construyendo un tercer puente, el de la Trinidad ó de Catalanes, y se pretendía hacer otro, también de piedra, para pasar del Temple al Real. Uno de los dos que con anterioridad á éstos se restableció, fué el de Serranos, del cual se cree que existían los asientos de piedra, y sólo tramadas de madera en tiempo de moros, lo cual está confirmado con la avenida de que habla el *Quitab el Ictifá*, ocurrida en octubre de 1088. El de Catalanes se llamó así, porque en la distribución de calles que se hizo por D. Jaime, tocó á los de Lérida la que venía á parar á dicho puente; y el de Serranos tomó este nombre porque correspondía á la calle ocupada por los nuevos pobladores venidos de Teruel, y no porque tuviera dirección hacia la Serranía.

Malo; Ribera cree que es diminutivo de nombre lemosín. *Xarea* es, para aquel autor, así como *puerta judiciaria*; el último le desmiente, y trata de señalar varios significados. Cree Malo que *Valldigna* se deriva de *Bab el din*, y Ribera lo contradice. Más de acuerdo están respecto de *Bab al Birac*, *Bab az Zahar* y *Bab al Aix* ó *Janesch*, el autor de «Rodrigo el Campeador», y el de los «Monumentos Históricos de Valencia y su Reino».

Era, más bien, la puerta de Al Cántara una torre destinada á defender el puente que ponía en comunicación aquella parte de la ciudad con el campo. El puente servía para salvar la acequia de Ruzafa, cuyas aguas daban empuje á las que salían por las cloacas ó valladares.

Según Béuter, el valladar mayor se dividía en dos brazos al exterior de los muros: el primero entraba por la Espartería, se dirigía al Mercado de hoy, al Trench, calle de Calabazas, de San Vicente, Barcelonina, Tránsits y Barcas, y en el Colegio de Santo Tomás se reunía el otro brazo, que, partiendo de la calle de la Cerrajería ó Calderería, venía por la de Al Fandech á Santa Cruz, Roteros, Temple, Gobernador, Comedias y Nave: unidos los dos brazos, salía la acequia ó valladar común á fecundar las huertas de Ruzafa.

Otra puerta célebre era la de Roteros, ó de Troteros, por donde dice la General que se sacó el cadáver del Cid al abandonar en 1102 los cristianos á Valencia. Se hallaba en las inmediaciones de la que hoy se dice de Serranos, por el horno y carnicerías de Roteros (1).

Existiendo medio año después de la conquista, en abril de 1239, varias iglesias, éstas fueron mezquitas. Había ya entonces las iglesias, ó mezquitas purificadas, Santa María de la Seo, San Andrés, San Bartolomé, Santa Catalina, Santa Cruz, San Esteban, San Jorge, San Lorenzo, Santa María Magdalena, San Martín, San Miguel, San Nicolás, San Salvador, Santa Tecla y Santo

(1) Crón. Gral., fol. 361.—*El Archivo*, III, 224.—Malo, apéndice XXIII.

Tomás. Se citan, además: la de la Boatella, que nos recuerda el interesante pasaje de la tercera guerra de sucesión de que se habló en el capitulo IV de la primera parte; la de Roteros, la situada en Alcalïphi, y es de creer que también tuvieran las suyas las órdenes militares y las mendicantes. Todas esas parroquias se establecieron al entrar los cristianos, y acaso fueron designadas todas al mismo tiempo, incluyendo la de San Miguel, suprimida para fundar la Moreria y que, al desaparecer ésta, volvió á ser una de las parroquias. La mezquita mayor fué convertida en catedral, lo mismo en tiempo del Cid que en el de Jaime I. El anacronismo de que se hace cargo el autor de quien utilizamos estas indicaciones, al comparar la donación del Cid á la catedral y su obispo con la fecha de la entrada de Rodrigo, le explica satisfactoriamente el P. Risco, explicación confirmada con los hechos de 1098 relatados en la Historia Leonesa. En ambas ocasiones fué dedicada á la *Bienaventurada siempre Virgen María*, y no á San Pedro, como lo prueba el documento de donación hecha por el Cid y confirmada por su esposa, y la inscripción sobre la puerta de la segunda pieza de la sacristia principal. El peligro de ruina de que amenazaba la primitiva catedral, obligó á fabricar el segundo templo, cuya primera piedra fué puesta en 22 de junio de 1262 por el obispo Fray Andrés de Albalat (1)

1) Malo de Molina, apéndice XXIII.—*El Archivo*, I, 211.—Chabás, *numentos Históricos de Valencia*, t. I, l. I, c. III y IV; l. II, c. I y II.—Al .mpo de la Reconquista, y es probable que también en tiempo del Cid, ·bía muchísimas mezquitas en Valencia. Se concedieron algunas para casas hasta para establos (*El Archivo*, VI, 243).

De los muzárabes valencianos queda probado que vivían en el arrabal de San Vicente de la Roqueta. Resta, pues, digamos algo también sobre los judíos, que hasta 9 de julio de 1391 formaron parte del vecindario de Valencia. Además de las cuatro grandes puertas, de las que sólo quedan las torres de Cuarte y de Serranos, había ocho portillos: uno de ellos se llamaba de los *Judíos*. Su extensa barriada estaba comprendida entre la calle del Mar y el Valladar Viejo, en lo que es hoy plaza de las Barcas. En donde se edificó el convento de Santa Catalina de Sena, al otro lado del Valladar, estuvo el cementerio judío. El portillo de los Judíos se llamó *dels Cabrerots* (?), y también de San Andrés, por estar en el recinto de esta parroquia. Ni de judíos ni de muzárabes valencianos se hace mención expresa en la parte de la Crónica General concerniente á los hechos del Cid: el silencio que de los muzárabes guarda no desvirtúa en nada lo dicho acerca de su existencia en aquellos tiempos en la revista que con frecuencia venimos citando (1).

El mercado público de los moros no estaba en la hoy llamada Plaza de la Constitución y demás plazuelas que rodean á la catedral; estaba, desde remotísimas edades, en la Boatella. En 1261 estaba inmediato al convento de las Hermanas de la Penitencia, desde donde se extendía hasta la puerta de la Boatella, por la que se iba al monasterio de San Vicente. En concesión de Jaime I, de 1271, dice que el mercado estaba junto á la Puerta Nueva, al remate de la calle de

(1) *El Archivo*, V, 408-409.

mismo nombre ó de San Vicente. En 1274 dispone se tuviera mercado donde siempre se celebró, ó sea, desde el cementerio de San Martín, hoy calle de San Fernando, hasta ciertas casas situadas, lo más probable, junto á San Juan (1).

Hecha esta descripción, que si en un todo no se ajustara á la realidad, tampoco se apartará mucho de ella, volvamos á apuntar los hechos cuya relación quedó interrumpida.

Se tuvo otro aviso de que los almoravides habían llegado á Játiba. En Valencia despertó la noticia gran alegría, pues ya sus naturales se tenían por salidos de la gran cuita en que estaban. El Cid, con tales nuevas, abandonó la huerta de Aben Abdeláziz y se trasladó al paraje llamado la *Xarosa*, donde estaba su hueste, y sentó allí su campo. Vaciló un momento entre aguardar en aquel punto al enemigo, ó salir á su encuentro, y, por fin, se resolvió á esperarle allí. No descuidó, empero, utilizar toda clase de medios para impedir la llegada de los almoravides: mandó derribar los puentes, que no podían ser los del río, pues no los tenía, é hizo inundar la vega, no dejando descubierto de agua sinó un camino muy angosto.

Otro mensajero hizo saber á los de Valencia que ya el ejército libertador estaba en Alcira. El entusiasmo en la ciudad del Turia rayó en delirio: todos subieron á las torres para descubrir la hueste africana. Sorprendióles en este cuidado la noche, y, aunque era muy scura, pudieron descubrir, por las muchas hogueras

(1) *El Archivo*, IV, 269-270.

que habían encendido los almoravides, ó por las que servían de aviso en las atalayas, que el ejército de salvación estaba cerca de Alcáçer (1). Los moros dirigían sus preces á Alá, y, por aquello de «á Dios rogando y con el mazo dando», al mismo tiempo que suplicaban al Eterno ayudase á los africanos, estaban ellos preparados á salir y robar las tiendas y aposentos del Cid cuando hubiese comenzado el combate entre muslimes y cristianos.

«Mas Nuestro Señor Dios dió tal agua aquella noche, qual nunca ome vió, nin tan fuerte diluvio.» Noche fué aquélla de terrible ansiedad en los valencianos. Confiaban descubrir las banderas amigas á las primeras ráfagas de luz del nuevo día; mas «non vieron ninguna cosa; e fueron muy maravillados e muy cuitados, e non sabien qué fazer: e estovieron así como la muger que está de parto, bien fasta hora de tercia.» Á las nueve de la mañana se les desvaneció toda sombra de esperanza. Tuvieron aviso de que los almoravides habían desistido de venir á Valencia, y desde Alcácer habían emprendido la retirada. Los valencianos «estonçes se tovieron por muertos; é andavan así como beodos: de guisa que non entendíen el uno al otro; e denegreciéronse sus rostros así como si fuesen cobiertos de pez; e perdieron toda la memoria, así como el que cae en las ondas del mar» (2).

---

(1) La Crónica General dice *Baçer*.—Malo de Molina y Dozy lo traducen por el nombre apuntado en el texto.

(2) Crónica General, fol. 328.—Dozy (l. c.), con el afán de cercenar mérito á todo lo que sea español, dice que las palabras que acabamos de transcribir, son de autor árabe á quien sigue.

¿Cómo, estando tan próximos á Valencia los almoravides, no llegaron á ella? Aben Aixa, el caudillo africano acantonado en Denia, y los valencianos refugiados en ella escribieron á los «fijos de Aboégib», que los almoravides no se habían retirado por miedo ni por cobardía, sinó porque en su marcha les habían faltado los víveres y porque las aguas torrenciales les habían estorbado el paso; pero que se preparaban de nuevo á emprender otra expedición para libertar á Valencia de la opresión de Rodrigo: que se esforzasen y no entregasen la ciudad á los cristianos (1).

El P. Risco es de parecer que el miedo á las espadas cristianas fué la causa de la retirada. Eso mismo se lee en la fuente que él ha utilizado para la mayor parte de las noticias. «Cuando Rodrigo se cercioró de que los valencianos se le habían rebelado quebrantando el pacto que con él habían establecido sitió la ciudad y la combatió rudamente por todos lados. Sábese que el hambre causó en ella horrorosos estragos. Un ejército de almoravides corrió á socorrerla y llegó de ella á muy corta distancia; pero, poseídos de espanto al saber que tendrían que medir sus armas con el Cid, utilizaron las sombras de la noche para retroceder al punto desde el cual emprendieran la marcha» (2).

Cuanto fué el abatimiento de los moros, tanto fué el valor en que se encendieron los soldados de Rodrigo. Se arrimaban al muro y, con voces de trueno y con amenazas de relámpago, gritaban á los muslimes:

---

(1) Crónica General, fol. 328 v. y 329.
(2) Historia Leonesa.

«falsos, traidores, renegados, dad al Cid Ruy Díaz la villa, ca non podedes escapar con ella.» Los moros, amilanados, guardaban sepulcral silencio. Y ya los artículos de primera necesidad comenzaron á picar alto (1).

Por más que el rompimiento con el Cid no fué de una manera franca y abierta, procedían como enemigos declarados. De lo que pertenecía á Rodrigo, robaban lo más que podían, y, auxiliados de sus mujeres, depositábanlo en sus casas. De ahí que el Cid, al convencerse de la retirada de los almoravides, volvió á aposentarse en la huerta de Aben Abdeláziz, ó del Real, y mandó á sus soldados que, en desquite, robasen los arrabales de la ciudad. Sus moradores, atemorizados, entráronse en Valencia, juntamente con sus mujeres é hijos y cargando con lo más que pudieron llevar. Los de la ciudad siguieron el ejemplo, y los cristianos derribaban las casas, no respetando sinó aquello que estaba al alcance de los arcos apostados en el muro, y, aun así, aprovechando la obscuridad de la noche, prendían fuego á lo que durante el día no pudieron destrozar. Por más que los moros, para estorbar el peligro del fuego, retiraron á la ciudad la madera de los edificios arruinados, los cristianos volvían y cavaban hasta los cimientos: así hallaron riquezas, ropas y silos de trigo.

---

(1) Valían: un cahiz de trigo, 12 maravedís de oro; 1 de cebada, 6 maravedis; 1 *marón* (medida de aceite), 1 maravedí; 1 arroba de miel, 1 $^1/_2$ maravedís; 1 quintal de higos, 5 maravedís; 1 arroba de algarrobas (fruto del algarrobo), $^1/_2$ de maravedí; 1 arroba de queso, 2 $^1/_2$ maravedís; 1 libra de carnero, 6 dineros de plata, y 1 libra de vaca, 4 dineros de plata (Crónica General, f. 328).

El ejército cristiano se extendió entonces en torno de la ciudad, y, como los moros tratasen de impedirlo, menudeaban los combates. Las cartas de Aben Aixa y de los valencianos residentes en Denia, dieron ánimo á los sitiadores. Empeñados los Beni Guáchib en aniquilar á la parcialidad de los Beni Gehaf, condenada entonces al ostracismo, culparon de la retirada de los almoravides al cadi. Aben Gehaf y los suyos acechaban ocasión de derribar del poder á sus contrarios. Al malestar de la discordia intestina se agregó la rápida subida de precios en los alimentos (1).

El ejército cristiano se había ido aproximando de tal modo á la ciudad, que ésta se vió como ceñida de un anillo de hierro: nadie podía entrar ni salir de ella. Se mandó cultivar los campos y que el almojarife de la Alcudia (Tosal) percibiese el tributo que venían obligados á pagar sus moradores. «Aquella puebra que fizo el Cid en el Alcudia, era así como villa; e los moros que y moravan, estavan seguros que les non farie ningún tuerto, nin les tomava ninguno de lo suyo nin de sus heredamientos. E fizo y tiendas e mercados para todas las mercaderías. E venien y de todos los logares que eran ende en derredor, e enriquesció mucho los que moravan en aquella puebra. E fazien tan gran justiçia e tan gran derecho, que nunca y ovo ninguno que oviese querella del Cid, nin de su almojarife, nin de ningún otro ome suyo: e

(1) Valían: cahiz de trigo, 18 m.; de cebada, 9; de panizo, 18; de legumes, 9; quintal de higos, 8; arroba de aceite, 10; de miel, 9; de queso, 3; algarrobas, ²/₃; de cebollas, 1; libra de carne, 8 dineros de plata, y de ..a, 6 (Crónica General, f. 329).

juzgávalos según su ley de los moros e según se solíen juzgar; e non les apremiava. E con esto que les fazíe fizoles aquel logar muy rico e muy bueno.» Así sabía gobernar Rodrigo en tiempo de paz. La tranquilidad y la abundancia reinaban en las poblaciones sujetas á su dominio: la seguridad imperaba también fuera de ellas.

Por entonces se supo que ya los almoravides habían abandonado á Denia y se habían retirado á su tierra: había, pues, que renunciar á toda esperanza de socorro. Los señores de los castillos de la comarca, faltos del auxilio que con la venida de los africanos se prometían, volvieron muy humildes al Cid á renovar con él la amistad. Rodrigo, por más que descubriese cuánto había de hipocresía en aquella sumisión, «recibiólos e segurólos a quantos quissiesen andar por los caminos, que andodiessen seguros.»

De ellos se valió Rodrigo para hacer más apurada la situación de Valencia. Pidióles sus ballesteros y peones para combatir la ciudad, y no hubo uno que desoyese el mandato. Creció de este modo en tal grado el ejército sitiador, que los sitiados se vieron en trance el más apurado. Nadie podía salir ni entrar y «estavan en las ondas de la muerte.»

Un moro «muy sabio e muy entendido» subió á la torre más alta, la de Ali Bufat ó del Temple, y expresó con esta elegía la tribulación que padecía Valencia (1):

---

(1) La traducción libre en verso, se halla en el *Romancero del Cid*, página 207, edición de Barcelona, 1884. Dice así:

«Apretada está Valencia,
puédese mal defensar,
porque los almoravides
no la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro viejo,
que solía adivinar,
subiérase á un alta torre,
para bien la contemplar.
Cuanto más la mira hermosa,
más le crece su pesar.
Sospirando con gran pena,
aquesto fué á razonar:
(1 y 2).—¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!
(3).—Si Dios de tí no se duele,
digna de siempre reinar,
tu honra se va apócar,
y con ella las holganzas
que nos suelen deleitar.
(4).—Las cuatro piedras caudales
do fuiste el muro á sentar,
para llorar, si pudiesen,
se querrían ayuntar.
Tus muros tan preminentes,
que fuertes sobre ella están,
de mucho ser combatidos
todos los veo temblar.
(5).—Las torres, que las tus gentes
de lejos suelen mirar,
que su alteza ilustre y clara
los solía consolar,
poco á poco se derriban
sin podellas reparar;
(6).—y las tus blancas almenas,
que lucen como el cristal,
su lealtad han perdido
y todo su bel mirar.
(7).—Tu río tan caudaloso,
tu río Guadalaviar,
con las otras aguas tuyas,
de madre salido ha;
(8).—tus arroyos cristalinos
turbios ya siempre vendrán,
tus fuentes y manantiales
todos secado se han.
(9).—Tus verdes huertas viciosas
á ninguno gozo dan,
que la raíz de sus hierbas
bestias roído las han;
(10).—tus prados de cien mil flores
olores de sí no dan,
mustios andan y marchitos,
sin color ni olor están.
(11).—Aquel honrado provecho
de tu playa y de tu mar,
en deshonra y daño torna,
¡mal te puede aprovechar!
(12).—Los montes, campos y tierras
que tú solías mandar,
el humo de los sus fuegos
tus ojos cegado han.
(13).—Es tan grave tu dolencia
y tanta tu enfermedad,
que los hombres desesperan
de salud poderte dar.
(14).—¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!
¡Dios te quiera remediar!
que muchas veces predije
lo que agora veo llorar».

(1) «Valencia!... Valencia!... Vinieron sobre tí muchos quebrantos e estás en hora de morir; pues si ventura fuere que tú escapes, esto será gran maravilla á quienquier que te viere.

»Ay! pueblo de Valencia: venidas son sobre tí muchas tribuciones e muchos quebrantos del gran poder de nuestros enemigos, que nos cuidan astragar en derredor, ca estamos en hora de perescer; e será gran maravilla si desto podemos estorcer; e

todos aquellos que desta vez nos vieren libres desta cuita (lo que non puede ser) lo ternán mucho por extraño.

(2) »E si Dios fizo merçed algún logar, tengo por bien de lo facer á tí, ca fueste nombrada alegría e solaz en que todos los moros folgaban e avíen prazer e sabor.

»E, por ende, pido yo merçed á Dios, que, así como él fizo muchos miraglos e muy grandes e tan maravillosos fechos como éste en que nós estamos, que así nos libre él desta vez del poder destos nuestros enemigos en este logar que nos dió gran folgura, e alegría e solaz en que todo el puebro de Valencia vevimos á gran praçer de nós.

(3) »E si Dios quisier que de todo en todo te ayas de perder esta vez, será por los tus grandes pecados e por los grandes atrevimientos que oviste con tu sobervia.

»Ca de todo en todo non vernie sobre el puebro de Valencia esta tribulación nin lo vençerien sus enemigos, sinón por los sus muy grandes pecados e por la muy gran sobervia que mantovieron; e por este pecado han á perder tan nobre cibdad como Valencia, en que eran apoderados.

(4) »Las primeras quatro piedras cabdales sobre que tú fueste formada, quiérense ayuntar por facer gran duelo por tí, e non pueden.

»Por las quatro piedras cabdales, digo yo en el mi corazón, que se quieren ayuntar por facer muy gran duelo, e non pueden. E esto digo yo por la primera piedra cabdal sobre que Valencia fué formada: que es por nuestro señor el rey, que te mucho preciaba. E la segunda piedra, el infante fijo de nuesto señor el rey, que cuidava heredar á Valencia e ser señor della. La tercera piedra es el rey de Zaragoza, que era mucho amigo e consejero de nuestro señor el rey, que se duele tanto de Valencia como si él la perdiese. La quarta piedra es el muy nobre Arráyaz, vasallo e consejero de todos sus fechos de nuestro señor el rey. E por cada uno destos nombres, ya fuerte piedra cabdal sobre que estavas, Valencia, muy bien segura e bien guardada, e por el muy nobre muro que sobre estas cuatro piedras fué levantado, digo yo por el muy nobre puebro de Valencia, que era de las muchas

gentes muy escogidas, que eran fuertes, e ricos e servíen bien su señor e amparavan á Valencia, e agora son astragados.

(5) »Las tus muy altas torres e muy fermosas, que de lueñe paresçien e confortavan los corazones del puebro, poco á poco se van cayendo.

»Por las muy altas torres, digo yo por los muy ricos-omes, e nobres e mucho-honrados defendedores de nuestro señor el rey e de tí, Valencia, con muy gran lealtad: así eres tú, Valencia.

(6) »Las tus brancas almenas que de lueñe muy bien relumbravan, perdido han la su lealtad con que bien paresçíen al rayo del sol.

»Por las tus brancas almenas, e resplandientes al rayo del sol, digo yo por las palabras de estos nobres señores que las dezíen con entendimiento de que se aprovechara el tu puebro, e era más apuesto en los fueros e en las otras cosas que por estos señores nos dava nuestro señor el rey, e porque las sus palabras eran dichas con derecho e con razón, paresçíe bien el tu puebro: así eran resplandientes e brancas de muy gran apostura, porque semejavan almenas del tu puebro, bien así como esta cibdad non podíe ser sin almenas apuesta sin las merçedes e sin los demostramientos de tan nobres señores á Dios, que es rayz de justicia, se tiene por servido de quanto en tí fazíen.

(7) »El tu muy nobre río cabdal Guadalaviar, con todas las otras aguas de que te tú muy bien servíes, salido es de madre, e va onde non deve.

»Valencia: por el tu río cabdal, digo yo por el muy noble libro de los otros fueros que en tí eran, Valencia: ca, bien así como los árboles é las otras cosas de que los omes han govierno de vianda, que se non pueden mantener sin agua, así el tu puebro, Valencia, non puede ser mantenido sin este libro de nuestra ley, onde sabíen muchos governadores para tí e todo el tu reyno en cómo devíes obrar, de que agora andamos desordenados e obramos de lo que non devíemos obrar.

(8) »Las tus açequias muy cralas e á las gentes mucho aprovechosas, se tornaron torvias, e, con la mengua de las limpiar, van llenas de muy gran cieno.

»É por las tus açequias cralas e fermosas de que te tú aprovechavas cada día, digo yo por buenos alcaydes que en tí eran, que davan muy buenos juizios, que es cosa muy crala juyzio derecho, de que el puebro era muy bien governado e mantenido en justicia e en derechura de igualdad, cada uno en su derecho, que eras muy bien governada de derecho govierno.

(9) »Las tus muy nobres e viciosas huertas que en derredor de tí son, el lobo rabioso les cavó las rayzes, e non pueden dar frucho.

»Por las muy nobres huertas, dezíe yo e digo de todo mi corazón, por las grandes alegrías que rescebíamos cada día en el muy noble puebro de tí, Valencia, e de los grandes vicios que avemos entre nos cada uno con sus compañas en los buenos casamientos que fazíamos á nuestros fijos e á nuestros parientes, de que rescebíemos después muy grandes honrras e acrescimiento de linage, que es muy buen frucho de huertas, e con los otros praçeres que se levantan por esta razón; e por el lobo ravioso que cava las rayzes á las tus huertas por que non puedan dar froles, digo yo por el muy fuerte enemigo que avemos en el Cid, que es muy poderoso e nos astraga cada día con poder de cavallería.

(10) »Los tus muy nobres prados en que muy fermosas froles e muchas avíe, con que tomava el tu puebro muy grande alegría, todos son yá secos.

»Por los tus muy nobres prados, digo yo por las muy grandes riquezas del tu puebro, Valencia, de que ellos eran abondados, e siempre andavan compridos de alegría; e agora todo lo han perdido manteniendo guerra. E, por las muy nobres froles que en el reyno eran, digo yo por los muy sabios omes que en puebro moravan, e agora son muy más.

(11) »El muy nobre puerto de mar de que tú tomavas muy grande honrra, ya es menguado de las nobrezas que por él te solíen venir á menudo.

»Por el tu muy nobre puerto de mar, digo yo por nuestro señor el rey, que nos aduzíe al puebro de Valencia muchas merçedes e libertades, en que hay todas las cosas que le pidamos.

para honrra del puebro de Valencia, onde éramos libres, e ricos, e bien estimados e sin ninguna mala sujeçión, de los cuales sujetos non deben aver fijos d'algo; e por este puerto nos solíen venir tan grandes mercedes, que nunca se nos podríe olvidar mientra que bivamos.

(12) »El tu muy gran término de que te tú llamavas señora, los fuegos lo han quemado, e á tí llegan los grandes fumos.

»Por el tu gran término, digo yo en el mi corazón por la muy buena fama de la grandeza del puebro de Valencia e por el gran saber que en ella era, que siempre se sabíe defender con sabiduría e con poder, á todos aquellos que contra el puebro de Valencia veníen.

(13) »A la tu gran enfermedad non le pueden fallar maleçina, e los físicos son ya desesperados de te nunca poder sanar.

»E, por ende, á la tu gran enfermedad non pueden fallar melezina de guarimiento, e los físicos te han ya desamparada aquellos que solíen guardar, ca agora non pueden.

(14) »Valencia!... Valencia!... Todas estas cosas que te he dichas de tí, con gran quebranto que yo tengo en el mi corazón, las dixe e las razoné» (1).

Y ¿quién es el autor de la composición? En la General se lee: en un punto, «el que fiziera e trovara las razones en razón de Valencia, avíe nombre Al Faraxí»; en otro, «fué el que fizo los versos un alcaide que avíe nombre Al Hugí»; en otro, al comienzo de la interpretación de la elegía, «palabras de Al Hágib Al Faquí», y, por último, en otro, «estos versos que fizo el Bataxí.»

Tenemos, pues, que, siendo uno mismo el autor, aparece con tres nombres diferentes: *Faraxí*, *Bataxí* y *Hugí*. Todos tres, dada la inseguridad con que ama-

(1) Crónica General, ff. 329, 329 v. y 330.—Hemos puesto á continuación de cada frase de la elegía, la explicación que de la metáfora da el propio autor.

nuenses poco cuidadosos pudieron alterar los nombres arábigos al traducirlos al castellano, pueden reducirse á uno solo, al último: Bataxí. La escritura de este nombre es muy fácil confundirla con la de Guacaxí. En este caso, resultaría que su patria era Guacax, aldea de Toledo. Era, además, *faquí* notable y *alcaide* nombrado por el Cid.

En ad Dabí se habla de un faquí sobresaliente en materias lingüísticas, Hixem ben Áhmed el Quinení Abu 'l Gualid el *Guacaxí*, que murió el año 489 (dic. 1095-96). De él dice Aben Pascual, que «era el hombre más universal de su tiempo, uno de los más sabios gramáticos, entendido en materias de lengua, en el sentido de los versos, arte métrica, y en la elocuencia; y á la actividad de orador ilustre, reunía la de buen versificador.» Abú Bahr el Asadí, originario de Murviedro, dice que «era hombre de conocimientos tan vastos, que, como si supiera todas las cosas en su realidad, respondía sobre cualquier punto de que se le preguntara.» Atic ben Abdelhamid, mocrí de Denia, señala el año de su nacimiento y precisa el día de su muerte: nació el año 408 (mayo 1017-18) y murió el 27 de chumada último de 489 (23 junio 1096). Y en Yácut se lee que escribió un opúsculo, *La derecha vía*, *Inversión del orden del rango*, *El orden adecuado de los sobrenombres*, *Las asambleas* y una obra especial sobre la Providencia. «Estaba en Valencia cuando se apoderaron de ella los cristianos, y vino á ocupar la alcaldía de los musulmanes en ese tiempo.» Al Maccarí le llama *filósofo alcalde*, y recuerda, entre sus discípulos, al mencionado Alic ben Abdelhamid, rector de la mez-

quita al jama de Denia; á los individuos de la noble familia valenciana los Beni Abdeláziz; á Ben Jairón y Ben Junus, alcaides de Murviedro; á los Jarifes de Jérica; á Ben Jaravia, rector de la jama de Valencia; á Ben Almohalem, rector de la mezquita Rabhat al Cadi, cuando el Cid convirtió en catedral la aljama, y á algunos otros.

«Es de presumir, escribe el autor de quien tomamos estas investigaciones (1), que fuese el personaje de más talla y que más consideración merecía en Valencia por su sabiduría, por su edad, trato cortesano y genio conciliador y transigente, algo tocadillo de aires cristianos, filosóficos y hasta libre-pensadores, que le habilitaban para atraerse el afecto y confianza del Cid, al par que el respeto de los musulmanes por su carácter sacerdotal: es decir, el hombre necesario de aquel tiempo, del que se aprovechó la sagacidad de Rodrigo al elegirle alcalde.»

Cree el mismo autor que no es otro que el respetado faquí Al Guatan, que intervino como mediador en las turbulencias interiores, á la vez que de mensajero cerca del Cid (2).

Contemporáneo de Hixem ben Áhmed el Quinení Abu 'l Gualid el Guacaxí, fué Abdallah ben Jaian, ó sea el Mahómad Abenhayen Alaronja de la Crónica General, uno de los faquíes de Valencia. Nació el año 409 (mayo 1018-19) y murió en el 487 (en. 1094-95). Fué autor de algunas biografías y tuvo gran afán por la adquisición de libros (3).

(1) D. Julián Ribera.
(2) *El Archivo*, I, 380-396.
(3) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, 46, nota. «Abu Muhámad ben ayyen ben Farhon ben Ilm ben Abdallah ben Musa ben Malc ben Hamdon en Fayyen al Ansarí al Aruxa, habitante de Valencia, escuchó por mucho

Político de talla no vulgar Aben Gehaf, natural era que no perdiese la oportunidad que le brindaba el malestar de Valencia, para ver de derribar de la presidencia de la república á sus rivales. Contemplaba con gozo el quebranto que padecía la ciudad, y se prometía que disminuiría la parcialidad de sus enemigos. Para dar calor á los descontentos, decía que él no podía meterse á dar consejo si no se le pedía; que si se hubiera seguido su parecer, Valencia no hubiera padecido la calamidad que sobre ella pesaba, que el mal estuvo en dejarse guiar por los Beni Guáchib, que «eran de poco recado, e nin eran mañosos, nin sabios, para estar bien con ninguno, nin en lo que oviesen de fazer.» Esto lo murmuraba en su casa al oído de cuantos iban á visitarle; y, al esparcirse fuera las especies que soltaba, todos, grandes y pequeños, decían que era verdad cuanto hablaba.

Seguía en tanto la ciudad padeciendo vigorosos ataques de los cristianos, y el hambre hacía sentir en ella sus estragos. La estrechez que padecían sus moradores contribuyó á que se apartasen de la familia encumbrada en el mando, á la cual atribuían el quebranto que experimentaban. Voluble el pueblo y obedeciendo á las sugestiones de los Beni Gehaf, pidió

---

tiempo las lecciones de Abu Omar Abdelbarr, y asimismo las de Ostman ben Abi Béquer el de Sífacos, Abu'l Quésim al Afilí, Abu'l Fadl al Bagdadí y otros. Tenía gran solicitud en lo tocante á adquirir libros y reunirlos en biblioteca, allegando de ellos gran número. Murió á mediados de xawal del año 487 de la hegira (últimos de sept. de 1094). De él hace mención Abu Muhámad ar Roseti Abdallah ben Muhámad ben Áhmed el Arabí el Moáferí, natural de Sevilla (Fernández y González, *Los mudejares de Castilla*, pág. 150, nota 2, nos da la traducción ésta, que va precedida del texto árabe).

perdón al cadi, rogóle que le diera consejo y buscase salida á la deplorable situación en que se hallaba.

Aben Gehaf, para más avivar el empeño de tales manifestaciones, replicó que no quería abandonar la vida privada; que tampoco él estaba libre de los males que afligían á los demás, y que no podía dar consejo á hombres desavenidos. Sin embargo, encarecíales la unión y que todos se decidiesen por estas dos cosas: ó apartárse de los Beni Guáchib, ó que estuviesen dispuestos á hacer lo que él ordenase, que cuando él viese esto, buscaría la manera de que renaciese la paz; que recordasen cuán bien les fué cuando él ocupó la presidencia, y que confiaba en Dios hacer desaparecer la guerra con el Cid y no tenerla con otro ninguno. Todos contestaron á una voz que le obedecerían y creerían y que no saldrían de lo que él mandase, porque siempre que siguieron su consejo tuvieron bienandanza.

Y á pesar de los buenos deseos, no era empresa fácil llevar á cabo la resolución; porque el bando enemigo, aunque desprestigiado y malquisto en fuerza de las circunstancias, todavía era numeroso; pero Aben Gehaf no vaciló en alzar bandera de rebelión. No quiso dar el paso sin antes tener seguridad de que no habían de abandonarle sus adeptos. Pidió que se extendiese un documento obligándose á ello los principales de los que le estimulaban á tomar el mando de la república.

Logrado esto, Aben Gehaf trató con el Cid el medio de expulsar de la ciudad á los Beni Guáchib y á sus parciales. Convinieron en que Rodrigo se acer-

caria al muro y diría que mientras los Beni Guáchib estuviesen dentro de Valencia él no tendría paz con sus habitantes: por tanto, que los expulsaran y proclamasen de nuevo presidente á Aben Gehaf. Hízolo así el Cid, y después de hacer esa declaración, añadió que sentía la tribulación en que estaban los moros, pues los amaba; que los protegería como en tiempos de Al Mamún y de Yahya, «e que parasen mientes en su facienda, e non se dejasen así perder.»

Las maquinaciones de Aben Gehaf tuvieron el resultado que él apetecía: los de su familia y algunos otros más le proclamaron presidente de la república. Exigiéronle que lograra la paz con el Cid, según él había prometido; mas excusóse con que, á menos que de la ciudad no se lanzara á los Beni Guáchib, el Cid no la concedería. Mala impresión causó en el pueblo la condición que Rodrigo ponía, tanto, que murmuraban que antes que cometer tamaña ruindad, preferían la muerte. Así pasaron unos días, mostrándose el pueblo rehacio á las aspiraciones de Aben Gehaf.

No era el cadi hombre que se detuviera á mitad del camino que estaba decidido á recorrer. Viendo que no podía valerse del pueblo para deshacerse de sus enemigos, se entendió secretamente con el Cid y con los caballeros y parciales suyos, acerca del modo de apoderarse de los Beni Guáchib, y se acordó este expediente: uno de los notables del bando de Aben Gehaf, llamado At Tetoín, según la General, y At Tecorní, como quiere Dozy (1), y uno de cuyos

(1) *El Cid*, P. 1.ª, II.

antepasados, Abú Ahmer ben At Tecorní, fué ministro del régulo de Valencia Abdeláziz, el hijo de Almanzor (1); acompañado de hombres armados de á caballo y de á pie, fué á reducir á prisión á los Beni Guáchib. Se habían amparado en casa de un faquí que gozaba de alta reputación entre los moros, casa que estaba bien fortificada y cercada de adarbes. Los perseguidos, aunque no contaban allí sinó con un puñado de valientes, trataron de defenderse hasta tanto que por la ciudad cundiese la voz de la revuelta, pues contaban con que tendrían valedores.

Los que iban á las órdenes de At Tecorní prendieron fuego á las puertas del adarbe, y entonces acudió mucha gente menuda, de esa que obra sin conciencia y al impulso del más audaz ó afortunado. Se refugiaron los Beni Guáchib en el patio y bajo el alero de un tejado; pero sus perseguidores treparon á lo alto y comenzaron á lanzar tejas, penetraron otros por fuerza en la casa, que fué saqueada, y los Beni Guáchib fueron reducidos á prisión. Cuando se supo lo inesperado de aquel ataque, ya todo había acabado. No quedó ninguno de la familia vencida que no fuera preso. Túvoselos encarcelados aquel día, y en la noche fueron trasladados á la Alcudia, donde estaba el Cid, á quien fueron entregados. «E quando fué otro día mañana, fué gran roydo en el puebro de la villa, e ovieron todos muy gran pesar por aquel fecho tan malo e tan feo» (2).

---

(1) Dozy, l. c., y Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, III.
(2) Crónica General, fol. 330, 330 v. y 331.

Fundado el escritor holandés en que los «fijos de Aboégib, ó Aboegid, no podían ser otros que los Beni Táhir, se vale de Abu 'l Hasán para precisar la fecha de la revuelta acabada de narrar. Aun cuando las razones arriba apuntadas nos hayan obligado á tomar por los «fijos» en cuestión, á los Beni Guáchib, es indudable que los Beni Táhir siguieron el bando enemigo á los Beni Gehaf, y también la suerte de aquéllos.

Dice Abú 'l Hasan que Abderrahmán ben Táhir, el ex-emir de Murcia, vivió tantos años, que pudo contemplar la caída de las pequeñas dinastías, de los reyes de taifas, y que presenció la calamidad que á Valencia causó el Campeador. Desde ella escribió á sus parientes una carta en la cual decía: «Escribo al mediar la luna de sáfar (de 487, ó sea, el 6 de marzo de 1094); he sido reducido á prisión por causas que no se han visto en los tiempos pasados. Si vieseis á Valencia ¡dirija Dios sobre ella su mirada y aumente en ella sus antorchas! y lo que los tiempos han hecho de ella y de sus moradores, de seguro que os doleríais y lloraríais por ella: porque el infortunio la ha dañado en los cimientos de sus casas y en sus gentes, y ha eclipsado sus lunas y sus estrellas. Mas no me preguntéis qué es lo que por mí pasa, con mis contrariedades y mis desesperaciones; ahora necesito rescatarme después de haber presenciado la dureza con que ha sido derramada la sangre de muchas gentes; no me resta sinó la bondad de Dios, á la cual nos ha acostumbrado, y su munificencia, que nos ha enseñado. He departido con vos como departen los amigos sinceros, porque estoy cierto de vuestra nobleza y de vuestra cuidadosa

solicitud, y para demandar de vuestra parte una ferviente oración, porque ella puede ser la causa de que me encuentre con alegría y en libertad, si á Dios le place: ¡á Él, cuya gloria va siempre en aumento, que engrandece las plegarias de los que le ruegan! ¡No deje nunca vuestra residencia, y gocéis en ella de sus bendiciones!» (1).

(1) Malo de Molina, apéndice XX.

CAPÍTULO VII

PERÍODO REPUBLICANO

(*Conclusión*).

(marzo-junio 1094).

Entrevista de Aben Gehaf con el Cid en la Villanueva.—Condiciones de paz que impone Rodrigo.—Niégase el cadí á entregar en rehenes su hijo.—Protección que el Cid dispensa al bando opuesto al cadí.—Renuévase el sitio.—Despotismo de Aben Gehaf.—Triste situación de los sitiados.—Máquina de guerra empleada por los cristianos.—Hambre desoladora en los muslimes.—Testimonio de escritores árabes.—Petición de socorro hecha al emir de Zaragoza, al rey de Castilla y al jefe de los almoravides.—Revuelta en la ciudad.—Queda sofocado el alboroto.—Miserable situación á que se ven reducidos los sitiados.—Ataque de los cristianos á la Puerta de la Culebra (Valldigna).—Peligro que corre el Cid.—Crueldad á que son sometidos los cautivos.—La tropa *Ad Dunar*.—Aben Habel y al Vattah.—Aben Abdús.—Condiciones de rendición.—Mensajes á Zaragoza y Murcia.—Fecha de la rendición de Valencia al Cid.—La guarnición muzárabe.

HABÍA logrado el cadí anular á sus contrarios, único fin de su política, y poco ó nada le importaban las censuras del pueblo, por merecidas que fuesen. Para avistarse con el Cid, que estaba en la Villanueva (San Juan de la Ribera), salió «á la glera, cabe la puerta» del puente, derrumbaderos ó cascajares de la muralla. Le recibió el obispo de Albarracín, á quien acompañaban sus caballeros. Allí acudieron también los capitanes de la hueste cristiana, y deshaciéndose en obsequios y honras á Aben Gehaf, «cuidando que les darie algo.» También Rodrigo confiaba en que no saldría con las manos vacías, prometiéndose le diera algo del tesoro arrebatado á Yahya al Cádir.

Aben Gehaf y el obispo, seguidos de los caballeros que á éste acompañaron, cruzaron el río y pasaron á la huerta de la Villanueva. Rodrigo salió á recibir al

cadí á la entrada de la huerta, y al bajar del caballo hizo ademán de tenerle el estribo, y le abrazó, halagó y honró sobremanera. Le instó á que se quitara el tailesán, capirote ó montera distintivo de los cadíes «e que vestiese vestiduras de rey, ca rey era.»

Pasóse largo rato sin que la conversación recayera sobre el asunto que mayor interés tenía para Rodrigo. Viendo, pues, que no había regalos ni algo que afianzase su dominio sobre la ciudad, le habló de condiciones sin las cuales la amistad no sería duradera. Era una de ellas que la mitad de las rentas de Valencia, así en la ciudad como en el territorio de su jurisdicción, había de ser para el Cid, y que, para el cobro de ellas, nombraría un almojarife, que residiría en la capital. Esta condición fué aceptada de buen grado.

No así una segunda condición, como los hechos declararon, por más que entonces el cadí mostrase también estar conforme. Para seguridad del contrato había de entregar en rehenes su hijo, á quien el Cid retendría en el Puig. Convinieron en que al día siguiente, 8 de marzo, habían de reunirse en el mismo sitio y se extendería documento de aquellos pactos.

Aben Gehaf entró en Valencia con el corazón oprimido de pena: era padre. «Estonces vió cuánto mal seso ficiera en echar los almoravides de la tierra e en segurarse en omes de otra ley: e tóvose estonces por desesperado de todos los bienes del mundo, e por muy engañado, por su mal seso» (1).

---

(1) **Estas palabras, que son de la Crónica General (fol. 331), las traduce Dozy (El Cid de la realidad, VII) y dice que las toma del autor árabe á quien**

Llegado el nuevo día, impaciente Rodrigo con la tardanza en la salida de Aben Gehaf, pasóle aviso para que acudiese á suscribir el pacto antes convenido. El infeliz cadí, decidido á no poner en peligro la vida de su hijo, contestó resueltamente que, así le cortara la cabeza, no estaba en disposición de entregarle. Grande fué el enojo que la respuesta causó en el Cid: en carta amenazadora hízole saber que, pues había faltado á su palabra, ya nunca estaría con él en amistad ni jamás daría crédito á sus promesas. Como primera medida de venganza ordenó al moro Al Tecoronní, el mismo á quien confiara la custodia de los Beni Guáchib, que saliese de la villa (1) y se retirase al castillo de Alcalá (2). El moro obedeció al momento la orden de Rodrigo.

La habilidad de que á fines del siglo XV dieron muestra los Reyes Católicos fomentando por medio de Boabdil y de su tío el Zagal la discordia en Granada, púsola mucho antes en práctica Rodrigo, tan astuto político como experto é intrépido caudillo. Honró en gran manera á los Beni Guáchib y á sus parientes; hizo que se les facilitase cuanto hubiesen de menester, dióles vestidos y prometióles ayuda. Por este lado disminuyó la satisfacción que Aben Gehaf pudo experimentar con el fallecimiento que por entonces ocurrió de tres hombres principales de la ciudad, «los más

sigue. En Ben Besaam se lee que del cadí se separó la pequeña y escogida partida de almoravides que le servía de sostén.

(1) Valencia, según Dozy; al Cudia, según Malo de Molina.

(2) Probablemente, Carlet.

acabados e los más sesudos que y avie», con lo cual quedaba el cadí sin nadie que le contradijese.

El Cid renovó sus ataques, menudearon las escaramuzas, y el círculo de hierro que oprimía á la ciudad hacíase cada día más estrecho: el hambre dejó sentir sus horrores (1). En tanto, Aben Gehaf, atento sólo á la satisfacción de mando, «desdenaba mucho los omes, e quando algunos le venien á querellar e demandar, maltraieles e denostávalos. E él estava apartado así como rey: e estavan antél los cobradores, e los visitadores, e los maestros de azotes departiendo quál diría mejor, estando en grandes solazes.» En medio de las críticas circunstancias en que se hallaba, no quería renunciar al placer muy en boga entonces entre los régulos moros: saborear los dichos agudos de los literatos y celebrar las improvisaciones de los poetas.

A los males del hambre, de la peste y de la guerra, tenían sus míseros vasallos que añadir las arbitrariedades de un déspota sólo cuidadoso de acaparar riquezas. Devorado por la más sórdida avaricia, no respetaba ni las tumbas ni lo sagrado del hogar doméstico. A los que morían de hambre, arrancábales de sus propias casas cuanto en ellas se encontraba. A los buenos como á los malos, á todos aplicaba igual medida, á todos, con mil pretextos, sometíalos á inicuo despojo; y si se oponían, se los prendía y azotaba: «e non avie vergüeña ninguna á pariente nin á conos-

---

(1) Valían: cahiz de trigo, 40 maravedís; de cebada, 30; de panizo, 25; de legumbres, 25; quintal de higos, 13; arroba de algarrobas, 13; quintal de [illegible], 16; arroba de queso, 14; terrazo (medida) de aceite, 13; arroba de cebollas, 3, y carne de bestia, 1. (Crónica General, f. 331 v.)

çiente: e todos passavan por una regra: de guisa, que non despreçiava nada robar nin otras cosas». Y, como los artículos de primera necesidad alcanzaban un precio exorbitante (1), faltos de ahorros, pues los apuró el cadí con sus medidas tiránicas para hacerse con dinero con que comprar comestibles, había muchos vendedores de bienes de fortuna y ningún comprador.

A todos estos males agregóse el resistir á las continuas acometidas de los sitiadores. Tanto se aproximaron éstos al muro, que á mano lanzaban piedras dentro de la ciudad, y las saetas disparadas cruzaban del un extremo al otro. Hizo el Cid construir un manganel y le plantó frente á una de las puertas. Viendo los moros el daño que causaba, montaron dos máquinas, y con ellas inutilizaron el *ingenio* de los cristianos.

Y ¿qué hacía Aben Gehaf? Mostrarse sordo á los lamentos, empeñarse en prolongar una resistencia cuyo pronto y aciago término podía calcularse. Como el precio de los comestibles se elevara hasta el punto de ser sólo accesibles á los de posición muy desahogada, la mortandad en los pobres era aterradora. «Tornáronse á comer los perros, e los gatos e *los mures;* e abríen las tristrigas e los caños (albañales) de la villa, e sacavan, ende, el borujo de las uvas, e laválvanlo e comíenlo; e los omes que avíen algo, comíen

(1) Precios: cahiz de trigo, 90 m; de cebada, 61; de legumbres, 60; arroba de higos, 7; de miel, 20; de queso, 18; de algarrobas, 16; jarro de aceite, 20; arroba de cebollas, 12; carne de bestias ni de otra clase no se encontraba. (Crónica General, f. 331, v.).

las bestias (1).» Esto mismo se lee en autores árabes: «Después de haber contrariado (el Cid) en todo este tiempo (veinte meses) á sus habitantes, de tal manera que no se veía uno que no hubiese sufrido el hambre ó las privaciones, hasta el punto de venderse *los ratones* por dinero, hizo su entrada en ella (Valencia) el año 487 (enero 1094-95)» (2).

Número considerable de hombres, mujeres y niños acechaban la ocasión de abrirse las puertas, para huir de la ciudad, sin temor á caer en manos de los sitiadores, que mataban á unos, y á otros los vendían á los moros de la Alcudia. Por un pan ó por un jarro de vino se compraba á uno de aquellos desdichados. Mercaderes que de todas partes acudían allí por mar, compraban para esclavos á los más ricos, como menos ajados por el hambre. Los que imprudentemente la saciaban, caían muertos.

«Si vieseis á Valencia, exclamaba Abderrahmán ben Táhir, (dirija Dios sobre ella su mirada y aumente en ella sus antorchas) y lo que los tiempos han hecho de ella y de sus moradores, de seguro que os doleríais y lloraríais por ella; porque el infortunio la ha dañado en los cimientos de sus casas y en sus gentes y ha eclipsado sus lunas y sus estrellas» (3).

A este concierto de voces lastimeras no podía faltar la del autor de la elegía dicha desde la torre más alta de Valencia: «Si fuese á diestro, matarme ha el aguaducho; e si fuese á siniestro, matarme ha el león; e si

(1) Crónica General, f. 331 v.

(2) Malo de Molina, apéndice XXI.

(3) Malo de Molina, apéndice XX.

fuese adelante, moriré en el mar, e si quisiere tornar atrás, quemarme ha el fuego.» Lo cual quiere decir: si nos queremos guiar por nuestra ley, nos acabará el gran poder de nuestros enemigos, que está sobre nosotros; si seguimos la de nuestros enemigos, incurriremos en la ira de Mahoma, por apartarnos del camino que nos señaló hasta su muerte, y será contra nosotros fortísimo león; si no abandonamos la senda por donde vamos, moriremos sufriendo sobremanera, pues con ningún socorro contamos; y si queremos persistir sufriendo ante nuestros enemigos é ir contra nuestra ley, seremos escarnio á las gentes, por habernos desviado de la línea que seguíamos y por haber renegado de nuestra religión. «¡Ay, pueblo de Valencia! Todo esto digo aquí porque no nos podemos librar del poder del Cid, que nos ha de entregar en poder de cristianos; y hemos de quedar en sus manos nosotros y tú, Valencia, por nuestro pecado y por nuestra mala ventura» (1).

Por más que en la Dzajra de Ben Bessaam se lea que «Abu Ájmed, aunque recordaba el lazo en que había caído, no facilitaba ni abría puerta alguna», es lo cierto que procuró salir de aquel trance recurriendo á los príncipes vecinos, como allí mismo se insinúa (2).

El primero á quien acudió en demanda de auxilio, pintándole con los colores más vivos la crítica situación en que Valencia se hallaba, fué el emir de Zaragoza. Buscó un hombre que llevase una carta á Mos-

(1) Crónica general, f. 332.
(2) Malo de Molina, l. c.

tahín, recomendó al portador la mayor reserva, y le aseguró que en cuanto el Emir viese la carta le regalaría un vestido y le daría, para el regreso, un caballo y un mulo. Aben Gehaf, además, le halagó con la promesa de que mientras viviese «le faría mucho algo.»

Son, en verdad, dignos de ser conocidos los pormenores relativos á esta comisión. ¿Qué tratamiento se daría á Mostahín? Se consultó con los «omes buenos» de la ciudad el caso, y, después de gastados tres días en buscarle solución, se acordó, para que no demorase la venida, escribirle «á Vos, Señor», esto es, reconociéndosele vasallo, decisión que fué poco del agrado del cadí; pero, apremiado de las circunstancias, hizo de la necesidad virtud y se acomodó al consejo de los notables. La miseria seguía entretanto causando estragos en la ciudad, y el trigo se vendía, no por cahíces, sinó por onzas y, á lo más, por libras (1).

Llegado que hubo el mensajero á Zaragoza, estuvo por espacio de tres semanas aguardando día tras día contestación, y ni ésta se le daba ni el Emir volvía siquiera la cabeza para mirarle; ni aun agua para beber se le ofreció. Por miedo á que asesinos pagados por Mostahín le salteasen en el camino y á que el mismo Aben Gehaf le quitase la vida si volvía sin respuesta, el pobre mensajero comenzó á lanzar ayes lastimeros junto al palacio del Emir. Cansados los oficiales de palacio, rogaron á Mostahín pusiera término á tantas

---

(1) Valían: libra de trigo, 1 $^{1}/_{2}$ m.; de cebada, 1 $^{1}/_{8}$; de panizo, 1 $^{3}/_{4}$; de [l]umbres, 1; onza de queso, 3 m. de plata; onza de ajos, 1 dinero; libra de [...]as, 5 d. de plata; de carne de bestias, 6 m.; libra de cuero de vaca, 5 dine[ros] de plata, y de algarrobas, 1 m. (Crónica General, f. 332 v.)

importunidades. Hízolo así el Emir, pero la contestación se redujo á una evasiva: le dijo que, á menos que Alfonso VI no le enviase un buen golpe de caballeros, no se atrevía á condescender con la petición del cadí; que resistiese algún tiempo más, que se defendiera del mejor modo posible y que no dejase de comunicarle la situación en que se hallaba. «E tornóse el mandadero con la carta, muy lazerado e con gran miedo, de guisa que non cuidó de llegar á Valencia vivo. E venie él muy mal andante, porque ninguna cosa de quanto 'l dezie Aben Jaf non le dieron, *e todo aquello que el rey embiara dezir Aben Jaf, todo era prolongamiento de non fazer ninguna cosa.*»

Igual resultado dieron las gestiones cerca de Yúsuf: «Imploró los socorros del Emir al Moslemín y de los vecinos que rodeaban sus cercanías. Mas, como aquél estaba lejos, demoró su venida; y, como algunas veces pudo dejarse oir, el cadí se conmovió de él; y otras veces no pudo lograrlo, y no alcanzaron hasta él sus quejas. Sin embargo: en el corazón del Emir al Moslemín había piedad, y se condolía de sus males prestándole oído; mas fué tardo en prestarle socorro, porque se encontraba muy lejos de la ciudad, y sin poder para otra cosa. ¡Cuando Dios dispone un suceso, abre sus puertas y allana sus obstáculos (1)! «Lo cierto es que nadie se atrevía á arrancar de las garras de aquel lobo rabioso» la presa.

Valencia ofrecía escenas las más desgarradoras. Los hombres caían muertos de hambre por las calles. Si

(1) Malo de Molina, apéndice XX.

cuidarse para nada de los males del cautiverio ó de la muerte misma, abandonaban la ciudad y se entregaban á los cristianos. El cadí en persona registraba las casas en busca de víveres, y no permitía los tuviesen para más allá de quince días. Cuando las gentes se quejaban «por esta desmesura e por este mal que les fazie», diciéndole «este mal ¿por qué nos lo facedes?» él contestaba que no se alborotasen, porque ya venía el rey de Zaragoza, cuyo retardo obedecía á la impedimenta de las muchas viandas que conducía. A nadie consentía comprar más de lo necesario al día. De lo que él se apoderaba, á unos pagaba, y á otros, no. De ahí que, para librarse de sus rapiñas, los que aún conservaban trigo, le ocultaban bajo de tierra: por manera que ni caro ni con sobreprecio se le pudo ya encontrar. Los ricos comían hierbas, cueros, nervios y hasta los lectuarios de los drogueros, comprado á gran precio; los pobres se alimentaban con la carne de los muertos... (1).

No contento el cadí con solicitar repetidas veces de Mostahín auxilio, para lo cual cada noche le enviaba hombres con cartas, siempre contestadas alentando en la defensa, bien que de un modo vago, acudió con idéntico objeto al rey de Castilla. Alfonso VI anunció que al frente de numerosa caballería enviaba á García Ordóñez, en pos del cual acudiría él en persona. Dentro de la carta puso el monarca un billete escrito de su propia mano, para que los nobles de la ciudad le viesen y leyesen en secreto. A la vez que daba las n yores seguridades de acudir en breve á libertarlos,

Crónica General, f. 332 v.

mostrábase apenado de la angustiosa estrechez á que estaban reducidos. Ansioso Aben Gehaf de escudriñar las intenciones del político Alfonso, no cesaba de preguntar á los ministros, uno de los cuales hízole saber, con natural ó fingida cautela, que el monarca pensaba alzar una torre de vigía en la Alcudia. Picado de mayor curiosidad preguntó el cadí «en qué logar ferie aquella torre», y el privado de Alfonso no fué más explícito, quizá por no pecar de indiscreto.

A Mostahín no le era indiferente la suerte de los muslimes valencianos, por más que para librarlos de las molestias del Cid nada hubiese hecho en el terreno de las armas. Con ese fin empleó los recursos que las circunstancias le permitían. Envió á Rodrigo dos mensajeros en súplica de que suavizara el trato á los sitiados; y, para ablandarle, le hizo un presente de ricas joyas. Otro fin se perseguía, además, con el mensaje: entrar en relaciones con Aben Gehaf, para lo cual habían los embajadores de tener una entrevista secreta con él; mas no lo consiguieron, por el recelo que inspiraron al Campeador. Sin embargo, aún pudieron hacer que llegase á manos del cadí una carta, y en ella se leía: «Sepades que yo envio rogar al Cid que vos non apremie tanto; e, por que lo fagà, embíole yo mis joyas e muy gran presente: e tengo que el mío ruego será habido, e que fará lo que le yo embío rogar; e que non se muestre contra vos e que avenga convusco. E si esto non quisiere fazer, catad que luégo vo embiaré gran hueste que lo saque de toda la tierra, folgaredes dél.» Esto, como apunta la Crónica, no ei

sinó «palabra encobierta.» (1) ¿Qué perdía Mostahín con tener en Rodrigo tan fuerte antemural contra los almoravides? ¿qué iba á ganar Alfonso con inutilizar la espada del Cid?

Viendo Rodrigo que la resistencia se prolongaba más allá de lo que él calculara, procuró encender de nuevo la guerra civil en la ciudad. Estimuló al más caracterizado de los Beni Guáchib (2) á que se alzase contra Aben Gehaf y le defendería por señor de Valencia y del territorio que se extiende hasta Denia. Tuvo Aben Guáchib sus inteligencias con sus parciales, y se mostraron dispuestos á secundarle; mas, aunque fueron llevadas con el mayor secreto, Aben Gehaf tuvo noticia de la conspiración, se apoderó de sus fautores y á todos los puso á buen recaudo.

Confió la custodia á dos hombres de su mayor confianza; pero toda la entereza y lealtad de los guardianes cayó á los golpes de un ariete irresistible. Prometiéronles favores con largueza los reclusos, y no tuvieron inconveniente los hombres de la confianza del cadí en cooperar al plan de los facciosos. El grito de sedición «real del rey de Zaragoza somos» se había de dar en el alcázar, y se prometían que el pueblo en

---

(1) Crónica General, f. 333.

(2) Dozy quiere que sea Aben M chich, cuando claramente le llama la Crónica General « quel que dezíen Aboeg d»; y, si, según él, antes eran los Beni Tahir, también deberían serlo ahora; no siendo obstáculo que hubieran sido reducidos á prisión, porque desde el momento en que Aben Gehaf se gó á dar en rehenes á su hijo, Rodrigo mandó á Tecoronni se retirase á alá y trató con consideraciones á los rivales de Aben Gehaf. Hizo entonces lrigo lo que los Reyes Católicos cuando soltaron á Boabdil después de erle prisionero.

masa se agolparía en torno de la bandera de rebelión y que á la primera embestida darían con el cadí en la cárcel. Los sucesos no respondieron al plan ni á las esperanzas.

Dígase lo que se quiera, Aben Gehaf era algo más que una medianía como político, en lo cual acierta Boix, que no en todo ha de errar. El Cid le venció, más por la astucia que por la violencia de las armas. A los enemigos interiores, con ser tantos y tan poderosos, los tuvo siempre á raya. Cometió violencias: las que practica todo hombre investido con la dictadura; y la dictadura en circunstancias excepcionales, cuando la patria peligra, como entonces, es un recurso legítimo y supremo. A pesar de la mala voluntad que siempre tuvo Abderrahmán ben Táhir al cadí; rindiendo culto á la justicia, haciéndose superior en un momento al estrecho espíritu de partido, acaba por reconocer y confesar el mérito nada común de Aben Gehaf. El pueblo musulmán español le atribuyó habilidad y valor, santidad y patriotismo.

Fueron los amotinados una noche al alcázar, sonaron los atambores, y el muedín anunció desde la torre de la mezquita el grito convenido. Ese ruido á altas horas de la noche causó en los primeros momentos sorpresa y miedo; interpretado luego, no lo que era, sinó ataque de los sitiadores, mientras los unos se aprestaron á la defensa en sus propias casas, los más corrieron á coronar muros y torres. La indecisión se apoderó de los mismos que estaban en expectativa de la asonada y dispuestos á apoyarla. Aben Gehaf, sin atinar de pronto la causa de aquel movimiento, depone

el temor, pregunta á cuantos á las puertas de sus casas asoman curiosos y asustados las cabezas y, seguido de algunos peones y caballos, cada vez más numerosos, corre al alcázar á sofocar el alzamiento.

Un grupo de hombres en medio de los cuales aparece Aben Guáchib, ocupa la entrada del palacio. Esperaba, aunque en vano, que la ciudad corriese á su lado. Acomételos con brío toda la tropa leal al cadí, y, sin oponer seria resistencia los contrarios, pues juzgan, y no mal, abortada la sedición, se dispersan, hecha excepción del caudillo, que nunca abandonó el lugar del peligro. Él y otros cuatro más son empujados á la casa de Aben Gehaf. Éste fué generoso con su rival, pues le perdonó la vida; no fué indulgente con los demás, que fueron decapitados. Las cárceles se llenaron de aquellos sobre quienes recayó sospecha de estar comprometidos; los bienes de los más fueron aplicados al fisco.

Aprovechó el cadí este motín, para dar patentes de sumisión al emir de Zaragoza. De los pocos caballeros que aún conservaban sus corceles, envió unos cuantos á que entregasen á Mostahín, aquél que intentaba arrebatarle el dominio que tenía sobre Valencia. A la vez que de conducir á Aben Guáchib, tuvieron encargo de averiguar las intenciones del Emir, acerca de lo cual escribirían á Valencia; y, en el supuesto probable de que viniese á libertarla, le acompañarían en la marcha.

Grande era la impaciencia que por esto dominaba al cadí. La resistencia se había llevado hasta un límite rayano en heroísmo: «estava ya todo el puebro en las

ondas de la muerte.» Los víveres escaseaban hasta el punto de que para los más podían considerarse agotados. Los hombres caían muertos en las calles. La plaza del alcázar estaba llena de fosas en toda la extensión del muro, y ninguna contenía menos de diez cadáveres (1).

Como no pocos se sustraían á ese género de muerte abandonando la ciudad y entregándose cautivos á los sitiadores, presumió el Cid fuese, más que recurso para conservar la vida, medio de disminuir consumidores, haciendo, así, que la resistencia fuese más duradera y más largo el plazo durante el cual viniera socorro de los almoravides. Cuando esto pensaba, sentíase abrumado de pena; pero al oir de labios de los moros principales que la situación de Valencia era insostenible de todo punto y que bastaría, para rendirse, el más ligero ataque, la esperanza en el próximo triunfo llenábale de alegría.

Pudo haber recta intención en quienes hicieron tan halagüeñas manifestaciones, pero el resultado de utilizar las armas no fué el que Rodrigo se prometía. Los cristianos «fizieron una espolonada á la parte que dizen Belsahanes, que quiere dezir Puerta de la Culebra,» ó de Valldigna. Grandísimo tropel de moros acudió á la defensa, una nube de saetas y de piedras salía por la puerta, no menor era el número de las que se disparaban desde lo alto del muro, *y ninguna cayó en vacío.* El Cid y los suyos tuvieron que guarecerse en un bañ

(1) Valían: libra de trigo, 3 m.; de legumbres, 2; onza de queso, 1; d higos, 2 dineros de plata; libra de berzas, 1 m. (Crónica General, f. 333 v.

situado cerca del muro (1). Salieron entonces Aben Gehaf y sus soldados, y acometieron al paraje en que Rodrigo y sus compañeros se habían metido. La permanencia allí era peligrosa, y, no pudiendo salir por la puerta, abrieron un portillo en la pared opuesta, y pudieron escapar, aunque no sin pérdidas considerables.

Comprendió Rodrigo que no había otro recurso para apoderarse de Valencia que rendirla por hambre. Mandó echar pregón, que fuese oído de los que coronaban el muro, diciendo que cuantos habían abandonado la ciudad serían forzados á entrar en ella, y que á cuantos se hallara de los que estaban en este caso, como también á los que en adelante saliesen, los mandaría quemar. Dieciocho infelices que menospreciaron la orden del Cid perecieron de ese modo frente al muro en un solo día. Otros eran despedazados por perros de presa. Ignorándolo el Cid se descolgaban no pocos por el muro, y eran acogidos por sus tropas. Muchos fueron vendidos en calidad de cautivos. De éstos, los más eran jóvenes de buenas familias; que de los otros ningún caso se hacía. Se retuvo á muchas solteras, «mozas vírgenes,» cuyos padres podían pagar rescate. Sometíanlas á tormento, se las colgaba de las torres de las mezquitas situadas fuera de la ciudad, y eran apedreadas. Cuando los moros veían esto, las rescataban, y quedaban ellas viviendo entre los de la Alcudia (2).

La conformidad de este relato con el de un autor

1) En el libro del repartimiento, se citan quince baños (*El Archivo*, III, p-220).
2) Crónica General, fol. 333 v. y 334.

árabe, no puede ser más exacta. «Durante este tiempo, se reunieron al Campeador y á los suyos todos los más malos de los muslimes, y los malvados, y los sin vergüenza, y los viciosos de los mismos y, además, muchas gentes de las comarcas de los cristianos, quienes tomaron el nombre de *Ad Dauar*. Sostuvieron contra los muslimes muchas algaras, y violaron sus haremes, y mataron sus hombres, y forzaron mujeres y niños, abjurando muchos de ellos el Islam, y despreciaron la religión del Profeta (la paz de Dios sea con él), hasta el punto de vender un muslim cautivo por un pan, ó por un vaso de vino, ó por una libra de pescado; y al que no se rescataba él mismo, le cortaban la lengua, ó le sacaban los ojos, ó le echaban perros de presa» (1).

«Rodrigo, escribe otro autor árabe, redobló su deseo de tomar á Valencia, y la persiguió como se persigue á un deudor, y la estimó con la estimación que los amantes tienen á los vestigios de sus amores. Le cortó los víveres, mató á sus defensores, puso en juego toda clase de tentativas y se presentó sobre ella de todas maneras. ¡Cuántos soberbios y elevados lugares cuya posesión había sido envidiada por tantas gentes y que las lunas y los soles habían desesperado de alcanzar tanta belleza como ellos, ocupó este tirano y profanó sus misterios cuando se posesionó de ella! ¡Cuántas jóvenes de cuyos rostros manaba sangre al lavarse con la leche y que causaban envidia al sol y á la luna y daban celos al coral y á las perlas, amanecieron en las puntas de sus lanzas como hojas marchitadas por las pisadas de sus envilecidos y bárbaros soldados! Llevó la miseria y el hambre á sus habitantes, en términos que consideraron lícita la prohibición de comer los animales inmundos» (2).

---

(1) Malo de Molina, apéndice XXI.

(2) Malo de Molina, apéndice XX.

El P. Risco, no obstante la conformidad entre la General y los mencionados autores árabes, tiene por exagerada la pintura de los males causados con el hambre. «La Crónica General y la particular del Cid (son sus palabras) cuentan á este propósito cosas muy individuales y maravillosas, que creo haberse fingido por los romanceros, no menos que otros sucesos que refieren las mismas historias inventados para hacer más prodigioso al héroe que celebraban. Tal es lo que refieren del punto á que subió la carestía de bastimentos cuando la ciudad estaba en el mayor aprieto. «E en este día, dicen, pujó mucho la vianda más que non era antes; e en toda la villa non habia más de una mula de Abenjaf e un caballo de un moro que vendió á los carniceros por trecientas y ochenta doblas en oro, e que le diesen diez libras de carne dél. E valía la libra pequeña diez maravedís al comienzo, e después á doce maravedís, e valía la cabeza veinte doblas de oro» (1).

Ya en Valencia no quedaban, según la General, sinó dos caballos, uno de ellos del hijo del cadí; un mulo, de un moro, y una mula, de Aben Gehaf. Contados eran ya los que tenían fuerzas para subir al muro. Hasta los más tenaces en continuar la defensa, como los parientes y parciales del cadí, se convencieron de que, abandonados, como estaban, del emir de Zaragoza y de los almoravides, era vano empeño el proseguir la lucha: «antes querían pasar la muerte que p[asar] aquella lazería.» Era preciso suspender las hos-

(1) *La Castilla y el más famoso castellano*, XI.

tilidades y entrar en negociaciones de paz con Rodrigo (1).

Había que doblegar el ánimo de Aben Gehaf á esta solución. ¿Quién se atrevería á proponerla? Un tal Aben Habet y algunos otros buscaron al faquí Al Watthán, «que era ome bueno e honrrado,» y le dijeron: «Veis nuestra miseria y sabéis también que en vano hemos procurado ser socorridos, bien fuese por el rey de Zaragoza, bien por los almoravides. Os rogamos que habléis con Aben Gehaf y hagáis de modo que tenga término nuestro sufrimiento.» Admitió el venerable faquí la comisión que se le confiaba, no sin marcada complacencia al ver el aprecio general en que se le tenía. Contra lo que se esperaba, en la larga entrevista entre el faquí y el cadí, éste se mostró propicio «á fazer aquello que el puebro tuviese por bien», y resignó el mando de aquel desgobernado gobierno en Al Watthán.

Para que viniesen á un acomodo la ciudad y el Cid, comenzó por verse con Aben Abdús, el almojarife, persona á quien tenían en igual estima Valencia y Rodrigo. La paz se concertó bajo estas bases: 1.ª Los valencianos enviarían mensajeros á Mostahín y á Aben Aixa, á la sazón en Murcia, para que los socorriesen en el plazo de quince días; y si el auxilio no se recibía, entregarían la ciudad á Rodrigo. 2.ª Llegado este caso, el cadí conservaría su alta dignidad, y ni él, ni sus hijos ni sus mujeres padecerían daño en sus personas ni menoscabo en sus bienes. 3.ª Aben Abdús sería el ins-

(1) Crónica General, fol. 334.

pector de impuestos. 4.ª Muza, el mismo que fué gobernador de Valencia durante el reinado de Yahya, sería el wazir de la ciudad. 5.ª El Cid tendría su residencia en el Puig. Y 6.ª Se respetarían la religión, costumbres y monedas de los moros.

Con arreglo á la primera condición, salieron al día siguiente cinco mensajeros al emir de Zaragoza, y otros á Murcia. Se había tratado que ninguno llevase más de cincuenta maravedís, los necesarios para el viaje, y que los enviados á Murcia irían por mar hasta Denia en nave de cristianos. Rodrigo avisó al capitán de la nave que no abandonara el puerto sin que antes registrase el Cid á los mensajeros. Hízolo así; y, como llevaban un gran tesoro, de ellos y de algunos mercaderes, dejó á cada uno los cincuenta maravedís y se retuvo lo demás. Hasta el dinero justamente retenido entonces por el Cid, fué luego devuelto.

En tanto, gozaban los valencianos de relativo bienestar, por haber cesado los ataques y por el pronto auxilio que se prometían de Mostahín y de los almoravides. Sin embargo, el hambre seguía causando estragos (1). Entonces ocurrió la venta del caballo por el precio y condiciones que tan exagerados parecieron al P. Risco.

Transcurridos los quince días, ni hubo socorro, ni volvieron los mensajeros. Quiso Aben Gehaf que los moros esperaran tres días más, pero ellos le contes-

---

(1) Valían: libra de trigo, 3 m.; cebada, $1^{1}/_{2}$; panizo, $2^{3}/_{4}$; onza de queso, 3 dineros; de cañamones, 4; libra de berzas, 1 m. y 2 d. de plata; de cuerno vacuno, 1 (Crónica General, f. 335 v.)

taron que ni querían ni podían. El Cid manifestó que, terminado el plazo, si retrasaban un solo momento la rendición, se consideraría desligado de cumplir las condiciones estipuladas. Como transcurriese un día más, el Campeador dijo que no venía obligado á nada. Llenos de mansedumbre, exclamaron que se querían entregar á discreción, y que obrase según le pluguiese. Tanta humildad desarmó el justo enojo del Cid, y el pacto fué respetado.

Al día siguiente salió el cadí, se confirmó el convenio, y le suscribieron los más notables cristianos y muslimes. Entró Aben Gehaf en Valencia, y fueron abiertas las puertas á las doce del día. Se agolparon á ellas los moros, y sus rostros estaban tan demudados, que semejaban cadáveres que salían de las tumbas, como dicen que abandonarán sus sepulturas todos los muertos el día del juicio final (1).

En cuanto á la fecha de ese famoso acontecimiento, es, salvo muy raras excepciones, común la que señalan los historiadores. La Historia Leonesa, los Anales Toledanos y una memoria muy antigua que cita Sandoval en su historia de Alfonso VII, convienen en la era 1132, equivalente al año 1094 de la Encarnación. Ese mismo año aparece en Casiri y en Conde, tomado de autores árabes. Conde llega á señalar el mes, giumada 1.ª, Ben al Abbar precisa el día del mes y de la semana: el último jueves del mes indicado en Conde. Ahora bien: como el año de la Hegira 487, comenzó en sábado y en 21 de enero, el último jueves de giu-

(1) Crónica General, f. 335 v.

mada 1.ª fué, como dice Dozy, el 15 de junio. Y esa misma fecha fué la que debió tener á la vista el autor de la Crónica General. «E esto fué, dice, en día de jueves el postrimero día de junio después de la fiesta de Sant Juan á que los moros dicen Alhazaro.» O, lo que es lo mismo: el último jueves del mes árabe terminado en junio, ó sea el mes de San Juan, después de Pascua de Pentecostés, del 28 de mayo (1).

¿Había muzárabes en Valencia, ó no los había? En un interesante estudio hecho por diligente escritor de nuestros días, leemos: «En una de las capitulaciones del Cid con los de Valencia, se convinieron en que la guarnición de ésta, hasta la entrega definitiva, se compondría de cristianos *escogidos entre los muzárabes que habitaban la ciudad y arrabales.*» El escritor á quien aludimos concluye con estas palabras: «¡Lástima que el autor que nos da la noticia, no acote su procedencia!» No está, sin embargo, equivocado al presumir que se ha tomado de la Crónica General de Ocampo (2). Malo de Molina é, igualmente, Dozy, han bebido la noticia en dicha Crónica, pero el catedrático holandés, además de señalar la procedencia, reproduce fielmente el texto de la Crónica: «La guarnición se compondría de cristianos sacados de los muzárabes que vivían entre los musulmanes (3).» Véanse ahora las palabras de la Crónica: «E que fuese alguacil de la villa un moro que avíe nombre Muza. E este Muza avíe de ver todas sus cosas en tiempo del rey de Valencia.

(1) **Malo de Molina, 124-125, nota.**
(2) ***El Archivo*, V, 10.**
(3) ***El Cid de la Realidad*, VIII.**

E después que el rey fué muerto, nunca se quitó del Cid, e feciéralo alcaide de un castiello, e fallólo siempre leal. Por esto querien que toviese éste las puertas de la cibdad e que fuese guarda con almocadenes e con peones christianos de los almoçáraves *que eran criados en tierra de moros*» (1). Resulta, pues, que el señor Malo de Molina, de quien son las palabras «escogidos entre los mozárabes *que habitaban la ciudad y sus arrabales*» (2), no ha expresado bien el sentido de la Crónica. ¿Había muzárabes fuera de la ciudad, en el resto del reino? Al hablar de la expedición de Alfonso I de Aragón, el Batallador, á Andalucía, en los años 1125 y 1126, tendremos ocasión de convencernos de esa verdad. El mismo nombre de *villas de Alcanicia* que aparece en la donación hecha por Rodrigo en 1.º de julio de 1098 á favor de la catedral de Valencia y de su obispo don Jerónimo, lo confirma.

(1) Folio 335.
(2) *Rodrigo el Campeador*, III.

CAPÍTULO VIII

EL CID

(1094-1095)

Rodrigo Díaz de Vivar.—Lugar y fecha de su nacimiento.—Sus padres.—Importancia de Rodrigo antes de la batalla de Llantada.—Golpejar.—El Campeador en Zamora.—Su casamiento con la sobrina de Alfonso VI.—Aprecio en que hasta 1076 le tuvo el rey.—Rompimiento de Alfonso con Rodrigo.—Destierro de Rodrigo.—Pasa á ofrecer sus servicios á los condes de Barcelona.—Le sorprende en Zaragoza la muerte de al Moctádir.—Rendición de Valencia al Cid.—Entrada de los cristianos.—Entrada del Cid.—Primer discurso del Cid á los moros de Valencia.—Batalla de Cuart.—Traslación de moros á la Alcudia.—Segundo discurso.—Consejo de Aben Abdús.—Prisión y muerte de Aben Gehaf.—Fija el Cid en Valencia su morada.—Alabanzas de Aben Táhir al cadi.—Tercer discurso.—El Cid Campeador.



o pecará de inoportuno el que demos á conocer á Rodrigo Díaz de Vivar hasta que se destaca su interesante figura en el cuadro de los sucesos políticos de Valencia durante el reinado de Yahya al Cádir: sólo así se tendrá concepto cabal del personaje típico del valor, caballerosidad, lealtad é hidalguía española.

La historia y la poesía llegaron en este caso concreto á compenetrarse de tal modo, que no ha de causar extrañeza el que algunos historiadores, tales como Viardot, Quintana y Masdéu (1), faltos de suficientes medios y voluntad para distinguir entre lo ficticio y lo

---

(1) De éste dice Dozy que, no obstante su carácter de sacerdote y discípulo de San Ignacio de Loyola, estaba inoculado del virus volteriano de la época. No desperdicia ocasión de dar salida á su mal comprimido despecho sectario.

reàl, salieran de la dificultad condenando la memoria del Cid cual si fuese engendro de la fantasía. Documentos que no fueron vistos, autores árabes que fueron ignorados, han venido, con su peso, á disipar la ligereza y atrevimiento de negar hasta la existencia del célebre castellano.

Todavía quedan sombras que ahuyentar, y no son las menos espesas las que envuelven la cuna de Rodrigo. ¿Dónde nació? «El apellido *de Vivar* dió ocasión á los autores de cantares y romances antiguos, para decir que este famoso castellano nació en la aldea de aquel nombre y que fué de gente humilde; no faltando quien dijese que su padre fué molinero. Este cuento y otros semejantes, que se inventaron para exagerar más la fortuna á que fué elevado Rodrigo Díaz, deben despreciarse como contrarios á los más autorizados documentos que nos dan conocimiento de su familia, la que estuvo avecindada en Burgos y fué de las más ilustres de España. Su casa se ha conservado con el nombre de las *Casas del Cid*, heredadas por el monasterio de Cardeña y cedidas por el mismo á la ciudad de Burgos por un corto censo anual y con la condición de mantener en ellas las armas del Cid, para memoria del que tanto esclareció á su patria» (1).

De la opinión del continuador de la obra del padre M. Enrique Flórez disiente el Sr. Malo de Molina: «Creemos que la denominación de *el de Vivar* la debió Rodrigo á haber tenido su nacimiento en esta aldea, si bien su educación y primeros años los pasara en Bur-

(1) Risco, *Historia de Rodrigo Díaz*, I.

gos, donde habitaba su padre... La exención de tributos que acordó á esta villa D. Alfonso VI en 1075, cuyo privilegio dice Berganza se conserva en ella, fué por respeto á Rodrigo; y todo esto nos confirma en la idea de que Vivar fué el lugar del nacimiento del famoso castellano de Risco. Y comprueba de un modo indudable esta nuestra opinión la Crónica rimada, documento antiquísimo y apreciable:

«El Rey con la melanconía por el corazón quería quebrar; demandó por Rodrigo, *el que nació en Bivar...*» (1).

Igual incertidumbre hay acerca de la fecha del nacimiento. Aunque ha llegado á particularizarse como tal el 18 de octubre de 1026, es lo más probable que no viese la luz del día hasta el periodo comprendido entre los años 1040 y 1050 (2). Respecto de su ilustre genealogía y noble prosapia hay testimonio auténtico, el cual, conocido, ha causado la más perfecta uniformidad de pareceres. Fué su padre, Diego Láinez, descendiente de don Diego Porcelós, poblador de Burgos, y de Laín Calvo, juez de Castilla. Su madre fué doña Teresa Rodríguez, hija de don Rodrigo Álvarez, conde y gobernador de Asturias (3).

Al mencionar la expedición de Fernando I á Valencia, dijimos que murió poco después, en diciembre de 1065. Algo antes, en un diploma del mismo rey, ya aparece, por primera vez, el nombre de Rodrigo. Dicha circunstancia explica la importancia de sus

(1) *Rodrigo el Campeador*, I.
(2) Risco, Hist. de Rodrigo Díaz, I.—Malo de Molina, l. c.
(3) Risco y Malo, l. c.

estados y los buenos servicios que su padre prestó al rey en la guerra con su hermano don García de Navarra. Antes, pues, de la partición de los estados de Fernando I, ya Rodrigo tenía edad para intervenir en los negocios del Estado, lo cual desmiente el dicho de que su tierna edad al faltar su padre, impulsó á Sancho II á llevarle á su palacio y perfeccionar la educación que su padre, Diego Láinez, le diera en su casa.

En la guerra civil que se produjo á la muerte de doña Sancha, la esposa de Fernando I, se hace figurar á Rodrigo desempeñando papel importante. El primer choque entre los hermanos Alfonso VI, rey de León, y Sancho II, de Castilla, se tuvo el 19 de julio de 1068, en Llantada, riberas del Pisuerga. Si, como quiere Dozy, llevado siempre del poco noble propósito de hacer odiosa la memoria de una de nuestras más preciadas glorias, se comprometieron los dos monarcas en fiar al éxito de una sola batalla el decidir en cuál de las dos cabezas habían de quedar ambas coronas, Alfonso VI, que fué el derrotado, no debió dar ocasión al consejo atribuído al Cid.

Tres años más tarde encendióse otra vez la guerra entre castellanos y leoneses. En los últimos días de diciembre de 1071, ó en los primeros de enero de 1072, se renovó la lucha, que tuvo trances muy diversos. El teatro de aquellos tristes sucesos fué Golpejar, pueblo de la comarca de Carrión. Primero fueron vencidos los leoneses; en otro combate fueron deshechas las tropas castellanas, y á la postre, seguido el consejo de Rodrigo, fué Alfonso derrotado y cayó

prisionero de Sancho II. Sandoval confunde en una sola acción las tres diversas de Golpejar, y con la de Llantada. Ello ha bastado para que Dozy haya dirigido á Rodrigo los más duros calificativos. En esa misma equivocación se funda Lafuente para tratar de no mejor modo al nobilísimo caudillo (1).

«Debemos observar, dice el traductor español de las Investigaciones, que el autor exacerba sus censuras en ocasiones sin motivo bastante: así, por ejemplo, le acusa de pérfido por aconsejar á su soberano Sancho que caiga sobre las descuidadas huestes de Alfonso, bajo pretexto de que aquél no respetó el pacto que supone celebrado entre ambos hermanos de ceder su reino el que perdiese la batalla. Pero es lo cierto que ni comprueba la existencia de tal pacto, ni Sancho se creyó vencido, ni el Cid hizo otra cosa que dar un consejo á su soberano, dictado por el amor á la independencia del suelo en que naciera; y, por último, á ser cierto todo lo que cuenta el señor Dozy, la nota de perfidia recaería sobre Sancho, nunca sobre Rodrigo, que ni lo celebró ni era hombre de tratos semejantes» (2).

Durante el sitio de Zamora, ya Rodrigo es el hombre de confianza del monarca de Castilla. «El rey Sancho amaba con entrañable afecto á Rodrigo Díaz, por lo que le constituyó en caudillo de sus huestes. Era fortísimo guerrero y el Campeador (Campidoctus) en la corte del rey. En las guerras que don Sancho sostuvo con don Alfonso, en las batallas de Llantada y Golpejar, de que resultó vencido el rey de León, Rodrigo tuvo la enseña real. Habiendo Sancho sitiado á Zamora, fué el Campeador sorprendido por quince

(1) Dozy, 2.ª P., *El Cid de la realidad*, I.—Lafuente, II, 1.º
(2) Prólogo.

caballeros enemigos: mató á uno de ellos é hirió y derribó á otros dos; los demás apelaron á la fuga.»

Los que, como Lafuente, atribuyen á la intervención de Rodrigo en la jura de Santa Gadea la ojeriza con que siempre le miró Alfonso VI, no están en lo cierto. «Después de la muerte del rey D. Sancho, que tanta protección y amor dispensó á Rodrigo, Alfonso le recibió por su vasallo, le trató con señalada honra y le distinguió con muestras de estimación. Le dió por esposa á su sobrina doña Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo» (1). De la carta de arras se sabe que el casamiento se celebró el 19 de julio de 1074. Testifican del casamiento, el rey, sus dos hermanas Urraca y Elvira, y la principal nobleza del reino (2).

En marzo de 1075 aún seguía Alfonso VI distinguiendo con su predilección al famoso castellano. Por entonces acompañó al rey y á su hermana doña Urraca en la visita que hicieron á las reliquias de la catedral de Oviedo. En el mismo año le concedió Alfonso un privilegio confirmándole en la posesión de su patrimonio y declarando libre y exenta de tributos la villa de Vivar. Á los tres años y cuatro meses después de la muerte de Sancho II, esto es, en febrero de 1076, hace el rey una donación en favor del abad Licinio, pariente de

(1) Hist. Leonesa.

(2) En ellas se ve que Rodrigo tenía posesiones en estos lugares de Castilla: Cavia, Mazuelo, Villaizán de Candemunio, Madrigal, Villasauce, Escobar, Grijalva, Judego, Quintanilla de Morales, Boada, Manciles, Villagato, Villaizán de Treviño, Villamayor, Villahernando, Vallecillo, Melgosa, Alcedo, Fuenterevilla, Santa Cecilia, Espinosa, Villanuez, Nuez, Quintana-Láinez, Villanueva, Cerdiños, Vivar, Quintanahortuño, Ruseras, Pesquerino, Ubierna, Quintanamontana, Moradillo y Laimbistia (Risco, apéndice III).

Rodrigo, y aún prodiga á éste frases del más puro afecto. En este mismo año acontecieron las supuestas ida de Rodrigo á la corte de Sevilla y batalla de Cabra, hechos ambos calificados de fabulosos por Malo de Molina; y, sin embargo, en ellos se basan los calificativos de avaro y traidor que le dirige Dozy, que equivocadamente atribuye á tal causa la expulsión de Rodrigo de los estados de Castilla. Otra fué la causa.

Estando el rey pacificando tierra de moros que se le había rebelado, quedó Rodrigo en Castilla á causa de quebranto en la salud. Por entonces hicieron una entrada los infieles y se apoderaron del castillo de Gormaz. Cuando el Cid tuvo noticia de la irrupción, dijo lleno de enojo: «perseguiré á esos ladronzuelos, y quizá los haga prisioneros.» Penetró con su hueste en tierra de Toledo, causó en ella gran devastación, recogió mucho botín é hizo 7.000 cautivos, entre hombres y mujeres. La envidia de que era objeto por parte de algunos consejeros del rey, se manifestó murmurando al oído del monarca, que Rodrigo se había propuesto con su correría concitar el odio de los infieles y, por este medio, que pereciesen Alfonso y los demás cristianos que se habían internado en Andalucía. El rey se irritó contra su más leal vasallo, y le desterró de Castilla (1).

Malo de Molina niega la realidad del viaje á Sevilla y el hecho de San Esteban de Gormaz: «Desde el casamiento (19 julio de 1074) hasta el destierro, nada hallamos en los autores más dignos de fe que pueda

(1) Hist. Leonesa.

ser verosímil ni, menos, verdadero. Muchas hazañas se atribuyen á Rodrigo, ya con motivo de un supuesto viaje á Sevilla y Granada para recibir las parias que los reyes moros de aquellas ciudades debían al rey de Castilla, ya á causa de las correrías que los árabes aragoneses hicieron por San Esteban de Gormaz cuando don Alfonso tomaba parte en la guerra civil, que los muslimes andaluces sostenían, con el fin de apaciguarlos. Si, en efecto, estas excursiones se hubiesen hecho y nuestro héroe hubiera tomado parte en ellas, hallaríamos algún recuerdo, ya que no una descripción formal, en las memorias árabes que tan clara y minuciosamente nos hablan de las guerras entre los Beni Abed de Sevilla y Beni Dzin-Nun de Toledo; pero, lejos de esto, no se encuentra la menor indicación en los autores árabes de las derrotas sufridas por el rey de Granada, ni de las causadas por el Cid en San Esteban de Gormaz..... Si el Campeador hubiera tomado parte en estas empresas y causado los daños que se le atribuyen, su nombre se vería en las memorias árabes, como se ve más adelante en los anales de Aragón, Murcia y Lorca; y atendida esta falta de conformidad en documentos que la guardan absoluta en otros puntos no menos interesantes, no vacilamos en calificar de fábulas cuanto hace relación á los hechos atribuídos al Cid, desde que contrajo matrimonio el año 1074, hasta el 1081, en que salió desterrado del reino por don Alfonso» (1). En la primera de esas fábulas se apoya Dozy para descolgarse con que Rodrigo fué

(1) *Rodrigo el Campeador*, I.

acusado, *con razón ó sin ella*, de haberse apropiado gran parte de los regalos destinados al Emperador.

Dejando sumidos en el mayor desconsuelo á sus amigos, marchó, en un principio, á Barcelona, donde reinaban á la vez desde 27 de mayo de 1076, época en que murió Ramón Berenguer I, sus dos hijos Ramón Berenguer II, apodado *Cap d' Estopa*, por lo blondo y blanco de su cabello, y Berenguer Ramón II, llamado *el Fratricida*, á causa de la muerte que hizo dar á su hermano gemelo Ramón Berenguer II en 6 de diciembre de 1081. Poco antes salía de Barcelona para Zaragoza el héroe castellano, pues que en Zaragoza le sorprendió la muerte de al Moctádir, ocurrida en giumada 1.ª del año 474 (oct.-nov. de 1081) (1).

Al llegar á este punto exclama el traductor de las *Investigaciones:* «También censura Dozy al Cid el haber entrado al servicio de los reyes árabes de Zaragoza, sin observar que esto no ocurrió hasta que D. Alfonso, que jamás le perdonó ni la pérdida de sus reinos ni el juramento de Santa Gadea, lo desterró malamente de sus estados movido por las pérfidas insinuaciones de García Ordóñez, que combatía á las órdenes del rey moro de Granada contra Mutamín de Sevilla, tributario de D. Alfonso. Rodrigo sólo entró al servicio de los árabes cuando le fué imposible vivir entre los suyos, cuando fué desatendido por el conde Berenguer; jamás combatió contra su rey, y, como decía con razón, las luchas intestinas de los árabes en que tomó parte, fueron favorables á Castilla. Procuró muchas veces

1 Hist. Leonesa.—Conde, III, 8.

volver á la amistad de su rey, que siempre le tuvo ojeriza y le hizo cuanto daño pudo; viviendo siempre entre enemigos, gente pérfida comúnmente» (1).

Atinadas son las reflexiones que acerca de las alianzas entre cristianos y muslimes hace un historiador: «Menester es confesar, por más que nos sea doloroso, que esas alianzas con los mahometanos que nuestra severidad histórica nos obliga á condenar, eran tan frecuentes en aquellos tiempos, que debemos creer se miraban como sucesos ordinarios, ó, por lo menos, no se consideraban como crímenes graves contra la patria, puesto que magnates, caudillos, príncipes los más ilustres y gloriosos, monarcas como los Sanchos, los Fernandos, los Alfonsos, se aliaban frecuentemente con los musulmanes contra otros cristianos, cuando la necesidad ó la conveniencia se lo aconsejaban; lamentable necesidad y triste conveniencia, pero que no, por eso, deja de constituir uno de los caracteres y una parte de las costumbres de aquellos calamitosos siglos» (2).

Narrados ya los sucesos posteriores que tienen relación con la marcha política de nuestro reino, saltaremos, para reanudar la relación en el punto en que la dejamos interrumpida, al día 15 de junio de 1094, fecha de la rendición de Valencia á las armas del Cid.

El último jueves de giumada 1.ª de 487 (15 junio de 1094), firmada la capitulación para la entrega de Valencia, á las doce en punto se abrieron sus puertas.

---

(1) **Prólogo.**
(2) **Lafuente, II, 6.**

Á la parte de adentro estaba Aben Gehaf, con fuerza armada de su mesnada y también de la hueste de la ciudad, formando un ejército regular. Á medida que los cristianos entraban subían á ocupar los muros y torres, sin cuidarse de que el cadí les advertía que aquello era infringir el pacto. Acudieron con pan y habas los vendedores de la Alcudia, y, sin esperar á tanto, salían de la ciudad los moros á dicho arrabal, y cada uno compraba cuanto permitían los recursos de que disponía. Los más pobres, no contando con dinero para adquirir comestibles, se alimentaban de hierbas. Todo el mundo entraba en la ciudad y con entera libertad salía de ella. La mortandad, sin embargo, no disminuyó, y todos los campos se llenaron de sepulturas: pues, si bien los más avisados se abstuvieron de comer cuanto el hambre pedía, los más, como que á la carestía propia de los días del sitio había sucedido la abundancia, se alimentaron con exceso, y los víctimas de la voracidad fueron numerosas.

Al día siguiente al en que los cristianos se apoderaron de la ciudad (16 junio), entró en ella el Cid seguido de fuerzas considerables. Subió á la torre de Alí Bufat ó del Temple, la más alta del muro, y desde allí estuvo contemplando su preciada conquista. Acudían allí los moros, le besaban la mano y le daban la bienvenida; él correspondía á tales atenciones prodigándoles toda suerte de honras. Para captarse más la voluntad de los valencianos, mandó tapiar de los muros y torres las ventanas que tenían vistas á la ciudad, evitando, así, las miradas indiscretas de los cristianos dirigidas á las casas de los moros. Agradecieron

éstos sobremanera la moderación del vencedor, llegando al colmo su júbilo cuando el Cid mandó á los suyos que guardasen la mayor consideración á los moros, significándola con saludarlos y cederles el paso. Decían: «que nunca tan buen ome vieran, nin tan honrrado, é que tan mandada gente troxiese.»

También Aben Gehaf trató de ganarse la voluntad del Campeador. Recordaba la saña que del Cid se apoderó cuando fué á visitarle á la Villanueva y no le llevó ningún presente ni donativo. Tomó para borrar aquel enojo una gran cantidad de dinero de los que vendieron caro el pan durante el cerco de la ciudad y la llevó al Cid. De aquellos comerciantes á quienes arrebató el dinero, había algunos de las Baleares. El Cid no quiso recibir el presente, por más que se mostró agradecido al cadí. Por qué obró así, no tardó Rodrigo en manifestarlo. Por medio de un heraldo convocó á todos «los omes honrrados é los cavalleros» á una reunión que había de celebrarse en la huerta de la Villanueva (San Juan de la Ribera), «do morava estonçes el Cid.»

Á pesar de que muchos muslimes que tenían recursos para morar lejos de los incircuncisos abandonaron la ciudad al entrar en ella los cristianos, trasladándose, con especialidad muchos nobles y doctores, á Liria, Murcia y Jaén, aún acudieron en gran número á la Villanueva. Cuando ya estuvieron reunidos, salió el Cid á un sitio preparado con tapetes y con esteras, hízolos sentar, y comenzó á hablarles en esta forma y sobre cosas diversas (1):

(1) Dozy se ha valido de la traducción que Mr. de Circourt (*Hist. des Mores Mudejares et des Morisques*, t. I) ha hecho de este discurso y de otros

«Yo só ome que nunca ove reynado, nin ome de mi linaje non lo ovo. E el día que ví esta villa, paguéme mucho della, e cobdiciéla e rogué á Nuestro Señor Dios que me la diese. E ved cuál es el poder de Dios, que el día que yo posé sobre Jubala (Cebolla ó el Puig), non avie más de quatro panes; é fízome Dios merçed que gane á Valencia, é só apoderado della. Pues si yo derecho fiziere en ella e enderezare las sus cosas, dejármela ha Dios; é si yo mal y fago, ó tuerto, ó soberbia, bien sé que me la toldrá.—E de oy más, váyase cada uno á sus heredades é áyalo así como solíe aver: é el que fallare su viña, ó su tierra, ó su huerta, vazía, éntrela luégo; é el que fallare su heredad labrada, de aquel que la labró páguele la costa que fizo, é tómela su dueño, así como lo manda la ley de los moros. E, otrosí, mando á los que han de tomar derechos de la villa, que non tomen más del diezmo, así como manda la costumbre de los moros.—E yo tengo que he de ver vuestras faciendas dos días

dos que pronunció el Cid. Malo de Molina hace la versión al castellano moderno, «poniéndolo todo lo más parecido al estilo que en la *Crónica general* se guarda». A nosotros nos ha parecido más conveniente transcribir *ad pedem litteræ* tales discursos, porque, á pesar del tiempo transcurrido desde Alfonso el Sabio, resultan las voces y giros del castellano de entonces bastante inteligibles. Si alguna palabra ofrece sentido oscuro, el contexto le aclara. Ese castellano y el de la época del Cid han de guardar poca ó ninguna diferencia, por el poco tiempo transcurrido. Dos siglos van pasados, valga por ejemplo, desde que escribió el P. Feijóo, y el castellano suyo es casi idéntico al de nuestros días. Resulta, pues, que el castellano de la General es el que realmente habría empleado Rodrigo en sus discursos si es que los pronunció. Es vergonzoso y ridículo que, teniendo nosotros á mano el original, hayamos venido dando tumbos del castellano antiguo al francés escrito por un alemán, y del francés al castellano moderno por medio de traducciones no siempre recomendables. Hay, además, otra razón para que hayamos copiado textualmente los discursos y aun otras palabras, frases y períodos de la Crónica de Alfonso X: para nosotros es más dulce, suave y armonioso el castellano de los siglos medios que el de nuestros días. Estamos, en esta parte, de perfecto acuerdo con Dozy, y hacemos, por tanto, nuestras las palabras que siguen: «La Crónica tendría derecho á nuestra estimación, aun cuando no fuese más que por el solo mérito de haber creado la prosa castellana, no la prosa descolorida de hoy, falta de carácter y de individualidad, que con frecuencia no es más

en la semana, el lunes é el jueves; é si algunos preytos viéredes que son presurados, venid quando quisiéredes á mi, ca yo os oyré: ca yo non me aparto con mujeres á cantar nin á beber, como fazen los vuestros señores, que los non podedes ver; e yo, por mí quiero ver las vuestras cosas todas; é servos he así como compañero, é guardarvos he así como amigo á amigo, e pariente á pariente. E yo quiero ser alcalde é algualzil; é cada que alguna querella oviéredes unos de otros, yo lo faré luégo emendar.»

Y añadió: «Dijéronme que Aben Jaf que fizo tuerto á alguno de vosotros: que vos tomó los averes para presentar á mí, é que vos los tomó por razón que vendiérades el pan muy caro; é yo non le quis tomar tal aver nin tal presente, é quando yo de tal aver quisiera, yo lo tomaré, ca non lo demandaré á él nin á otro ninguno; mas ¡non mande Dios que yo cosa de mala parte tomase á ninguno é sin razón! E quantos alguna cosa ganaron é vendieron de lo suyo bien, Dios les ponga y en ello cobro; é á cuantos alguna cosa tomó, vayan á él, que yo ge lo mandaré tornar todo.»

Y, por último, dijo: «¿Vistes el aver que tomé de los man-

---

que francés traducido palabra por palabra, sinó la verdadera prosa castellana, la de los buenos tiempos, aquella prosa vigorosa, rica, grave, noble y sencilla á un tiempo, pero que expresa tan fácilmente el carácter español; y esto en una época en que los demás pueblos de Europa, inclusa Italia, estaban bien lejos de producir una obra en prosa que se recomendase por su estilo. Pero hay más aún: al tiempo en que hemos llegado, gracias á Dios, en el cual hemos vuelto á los severos juicios clásicos; en el que se estudian con ardor los magníficos monumentos de la Edad Media; en el que se busca con avidez lo que aún queda de las poesías que encantaban á nuestros padres; en un tiempo en que la Historia de la Edad Media no debe ni puede limitarse á citar fechas, á relatar guerras y sitios, á analizar leyes, sinó que, por el contrario, se estudia en toda clase de monumentos levantados por el genio levantado del pueblo ó de los grandes maestros; en un tiempo en que no se satisface la curiosidad con indicaciones parciales, sinó que se quiere conocer la Edad Media con todo lo que ha producido de bello, de grandioso y de sublime; sería un espectáculo gracioso, si no fuera menos triste, ver á los historiadores citar el libro en el cual se han conservado las muestras de una multitud de poemas épicos que nos serían desconocidos, si en él no se hallasen sólo para deprimirlo y contrariarlo: libro tan admirable y que tan alta idea nos da del movimiento literario en la Península».

daderos que yvan á Murcia? Mío era por derecho, ca ge lo tomé en guerra, porque falsaron el preyto que posieron comigo; empero que por derecho que lo tomé, quiero ge lo tornar todo fasta el postrimero dinero, que non pierdan dello ninguna cosa.— E quiero que me fagades preyto é omenaje de las cosas que vos yo diré, é que vos non tiredes dellas, é que obedezcades mi mandado, é que me non salgades de postura ninguna que pongades comigo, é quanto yo dixiere é feziere, que sea tenido, ca yo amo á vos, é quiero tornar sobre vos, é he pesar de vos, é duélome de vos é de quanto mal é quanta lazería levastes de gran fanbre é mucha mortandad. E si lo que agora fezistes oviérades fecho antes, non llegárades á lo que llegastes, nin comprárades el trigo por mill maravedís.—Pues sed en vuestra tierra muy segurados é bien sosegados, ca yo he defendido á mis omes que non entren en vuestra villa á mercar nin vender, ca yo les he mandado que merquen en el Alcudia quanto ovieren de mercar. E esto fago yo por vos non fazer enojo.—E mando que non metan cativo ninguno en la villa; é si lo metieren, tomalde el cativo é soltalde, é matad aquel que lo llevase ó y metiere, sin caloña ninguna.— Yo non vos quiero entrar en vuestra villa nin morar en ella, mas quiero fazer sobre la puente de Alcántara un logar en que deporte á lás vezes, é que la tenga presta si menester me fuere para quequier que acaezca»

Esto último estaba muy puesto en razón, por cuanto, sin tener asegurado el paso del río, ni él, en un momento dado, podría sostener el dominio sobre la capital, ni impedir que un enemigo temible, como los almoravides, corriese fácilmente hasta el mismo campamento cristiano. En octubre de 1088 hubo una gran inundación que devastó á Valencia y destruyó el borg al Kantara, ó torre del puente (1). En el libro del Repartimiento sólo se habla de un puente de ma-

(1) Malo de Molina, apéndice XXI.

dera, con dos torres y barbacanas á la cabeza; nada se dice de puente de piedra. Resulta que de esta clase no le habia en tiempo de moros. No habiéndole en los sitios que ahora ocupan los del Real y del Mar, para pasar el río era necesario seguir por las orillas del río hasta junto al Grao. En 1250 concedió Jaime I á Valencia que hiciese un puente de madera ó de piedra cerca de la Villanueva; y en 16 de abril de 1274 se la autorizó para recoger ciertos derechos durante dos años, con destino á las obras del puente nuevo de piedra, que es el de la Trinidad (1).

Así como por junio de 1099, poco antes de morir el Cid, se hizo general la orden de que se trasladasen á la Alcudia los moros á quienes alcanzó en 1095 el privilegio de morar dentro de la ciudad, disposición hija del peligro que á la conservación de Valencia ofrecía la permanencia de los muslimes en ella (2), la traslación parcial de 1095 (3) debió obedecer á igual causa: la batalla de Cuart de Poblet se dió en la era 1132 (4), ó sea, á raiz de la entrada del Cid (5). Comenzaremos, pues, por relatar dicha batalla.

Los escritores árabes y los cronistas cristianos están contestes en que Yúsuf ben Texufín tomó á empeño recobrar la ciudad perdida. «Cuando el Emir al Moslemín supo esta grave noticia y se apercibió de tan gran desdicha (la de haberse perdido Valencia), hizo

---

(1) *El Archivo*, IV, 270-271.
(2) Crón. General, f. 359.
(3) Dozy, *Investigaciones*.
(4) Hist. Leonesa.
(5) Crón. General, l. c.

todos sus esfuerzos, porque Valencia era para él una mota en su ojo; y reunió sus medios y puso en movimiento sus manos y su lengua. Despachó contra la ciudad gentes y dineros, y mandó á ella los hombres más intrépidos. La guerra entonces ofreció diferentes suertes: á veces se decidía por los enemigos, á veces por los del Emir al Moslemín» (1).

Yúsuf ben Texufín, sabedor de que Valencia había sido tomada por el Cid, se irritó y entristeció sobremanera. Tenido consejo con los suyos, designó por caudillo de España á un hijo de su hermana llamado Muhámad. El cual, seguido de infinita muchedumbre de bárbaros, almoravides y muslimes españoles, fué enviado á sitiar á Valencia y á apoderarse de Rodrigo, que, cargado de cadenas, había de ser conducido á la presencia de Yúsuf. El ejército musulmán llegó á acampar en Cuart de Poblet, distante de Valencia cuatro mil pasos. El entusiasmo que la presencia del ejército despertó en los habitantes de la comarca de Valencia, se evidenció con la prontitud con que de todas partes acudieron á abastecerle de víveres, dados graciosamente en parte, y también en parte vendidos.

El número de combatientes se aproximaba á 150.000, de los cuales había 30.000 de á pie. Al ver Rodrigo cuán numeroso era el ejército que vino á combatirle, tuvo algún cuidado. Los almoravides permanecieron diez días con sus noches en las inmediaciones de Valencia. Todos los días daban vueltas en torno de la ciudad dando aullidos, y á la vez dispara-

(1) Malo de Molina, apéndice XX.

ban sus arcos sobre las tiendas del campamento de Rodrigo, como apremiándole á combatir. El Cid, sin perder su serenidad y valor acostumbrados, animaba á los suyos y rogaba sin cesar á Nuestro Señor Jesucristo le asistiese con su auxilio.

Cierto día en que los mahometanos iban, como de costumbre, en torno de la ciudad dando gritos, creyendo que no tardaría en caer en sus manos, Rodrigo, el invencible guerrero, confiando ciegamente en la clemencia del Señor, se lanzó bruscamente contra el enemigo. Después de un combate encarnizado, alcanzó, por mediación del cielo, la más completa victoria. Los almoravides, volviendo la espalda, encomendaron á la fuga su salvación, lo cual no les libró de que las espadas cristianas se cebaran en ellos.

Fueron muchos los que, con sus mujeres é hijos, cayeron prisioneros, y fueron conducidos al campamento de Rodrigo. El botín que en el campamento de los vencidos se halló fué inmenso, en oro, plata, vestidos preciosos y toda suerte de riquezas. Esta victoria se alcanzó el año 1094, según la Historia Leonesa.

De esa misma batalla habla la General. Dice que vino contra Valencia el rey Búcar, quien asentó su campo en Cuart, «ques una legua de Valencia.» Los almoravides eran 30.000. Un moro de Alcira llamado Jimén, fué enviado por Búcar para que hablase con el Cid. El caudillo mahometano era hermano de Junes, rey de Marruecos. Rodrigo triunfó en la batalla (1).

(1) Fol. 344-345.

Ahora se comprenderá con cuánta prudencia obró el Cid al poner guarnición cristiana en Valencia y por qué obligó á que la abandonasen aquellos moros que al Campeador no inspiraban confianza. De otro modo, el entusiasmo que las tropas de Sir ben Abu Becr, que recibió el mando de todos los almoravides á su segunda venida á España, ó de Muhámad ben Aixa, despertaron en toda la comarca, le hubieran sentido los moradores de Valencia, y hubiera sido ilusorio el señorío del Cid sobre la misma.

Fueron después los moros á recobrar sus heredades; pero los cristianos que las tenían, fundándose, unos, en que las habían recibido por un año á cambio de sus pagas no satisfechas, y otros, en que las habían dado en arriendo y aún no había transcurrido el plazo de compromiso, se negaron á restituirlas á sus dueños. No es de sorprender que impensadamente tropezase el Cid con semejante dificultad, cuando siglo y medio después Jaime I se encontró con que había dado más tierra que la que había disponible y cortó el nudo reduciendo la medida. Contrariados los moros, esperaron la llegada del jueves próximo, para exponer al Cid las causas que impedían fuesen sus órdenes cumplidas.

Llegado el día, no tardó Rodrigo en presentarse en el jardín de la Villanueva. Tomó asiento en su estrado y comenzó á presentarles unos ejemplos y á divagar de modo que sus palabras no guardaban concordancia con las razones que seis días antes les expuso. Su situación era comprometida: hallábase entre su palabra públicamente empeñada y la necesidad de no

enajenarse los brazos sin los cuales su posición era insostenible.

«Si yo fincase, les dijo á los moros, sin los míos omes, serie á tal como el que ha perdido el brazo diestro, ó como los lidiadores que non han espadas nin lanças; pues la primera cosa que yo he ver é adereçar en este preyto de mis omes, es fazer las cosas que sean más apuestas é más complidas con que yo é ellos seamos mejor guardados. Ca, pues Dios tovo por bien que yo fuese apoderado en la cibdad de Valencia, non quiero que haya otro señor sinón yo. Pero digo que si vos comigo bien queredes é que vos siempre faga merçed, guisad como metades Aben Jaf en mi poder, ca bien sabedes todos la gran trayçión que él fizo al rey de Valencia su señor, é el gran lazerio que le fizo pasar é á vos todos mientra que vos tove çercados.»

Cuanto fué el júbilo que los moros tuvieron á causa del razonamiento anterior, fué terrible el desencanto que padecieron ahora. No podían explicarse aquel cambio en tan pocos días. Contestaron que deliberarían acerca de la grave proposición que les acababa de hacer y que le darían noticia del acuerdo que tomasen. Treinta de los más notables se dirigieron al almojarife Aben Abdús, y le dijeron: «Pedimoste merçed que nos consejes del más leal é mejor consejo que en ti oviere; ca, pues de nuestra ley eres, tenemos debes ser más tenido de lo fazer. E la razón de que te consejo pedimos, es ésta: el Cid nos prometió la otra vez muchas cosas, é vemos agora que no nos dize nada de todo aquéllo, é que nos mueve otras razones. E tú sabes más las sus costumbres, ca nos fiziestes saber la su voluntad; ca, aunque nos ál quisiésemos fazer, non estamos en tiempo de fazer sinón lo que él quisiere.»

Aben Abdús les habló así: «Omes buenos, este consejo ráhez es de fazer, ca bien vedes que Aben Jaf fizo gran trayçión contra su señor; é guisad agora cómo lo metades á él en poder del Cid, é non vos reçeledes nin catedes en ál fazer: ca yo bien sé que después nunca cosa demandaredes que vos la él non otorgue.» Mostráronse dispuestos á seguir el consejo del almojarife, y manifestaron al Cid que se pondría en ejecución lo que él había propuesto.

Tomaron luégo muchos hombres armados y entraron en la ciudad; fueron á las *casas de Aben Gehaf* (1), rompieron las puertas y entraron dentro; prendiéronle á él y á los suyos, y los llevaron á la presencia del Cid. Enseguida mandó Rodrigo que el cadi y cuantos tomaron parte en el asesinato del emir Yahya fuesen encarcelados.

Hecho esto, el Cid dijo á los notables moros: «Pues que agora vos avedes fecho lo que vos yo mandé, vos demandad lo que queredes que vos yo cumpra agora guisado, é yo comprir vos lo he; pero en tal manera que la mi morada sea en la villa, en el alcázar, é que los míos cristianos tengan las fortalezas todas de la cibdad.» Cuando los moros oyeron esto, dijeron: «Señor Cid, tú ordena lo que tovieres por bien: é nos lo otorgamos.» Rodrigo les contestó que, por lo que hacía relación á las costumbres de ellos, pidiesen lo que quisieran; y en cuanto al señorío, si

(1) Había, con efecto, según se ve en las notas para el libro del Repartimiento, una calle del nombre de Aben Gehaf, calificada, unas veces, de *çucac*, y, otras, de *vicus*, títulos que significan menos importancia que *carraria* (*El Archivo*, III, 218).

bien le quería tener completo, no quería sinó el diezmo de los frutos que cogiesen en sus heredades. Mucho les plugo este nuevo razonamiento, y pidiéronle que les pusiese alguacil, rogando, además, se les nombrara para alcaide Al Hugí: «é éste fué el que fizo los versos, según que lo ha contado la estoria.»

Un mes se gastó en ultimar estas diligencias entre vencidos y vencedores. Ya acabadas, montado á caballo penetró en la ciudad seguido de su hueste muy bien ataviada y precedido de su bandera, dándose estruendosos vivas. Bajó al llegar al alcázar, y él y los suyos tomaron habitaciones muy buenas junto al palacio. Mandó poner, por último, su bandera en la torre más alta del alcázar. No sólo Valencia, sinó todas las fortalezas que eran del señorío de la ciudad, reconocieron al nuevo señor. Quedó Rodrigo tranquilo en la posesión de los nuevos dominios, y él y los suyos celebraron con grandes festejos el acontecimiento.

«E luégo, otro día, mandó el Cid llevar Aben Jaf á Jubala (el Puig), é diéronle muy grandes penas, hasta que llegó çerca de morir; é toviéronle en Jubala dos días. E des y tornáronlo á Valencia, é toviéronle en la huerta del Cid en prisión. E mandól que escriviese una carta por su mano de quantas cosas avíe. E él ízol así: é escrivió en aquella carta las sartas, é las sortijas, é los paños preçiados, é las ropas nobles que avíe, é otras cosas muchas preçiadas de casa, é de las debdas que teníe. E esto le mandara el Cid fazer, por ver si averíe en lo suyo tanto como en lo que en aquello que fuera del rey de Valencia. E quando esta carta leyeron ante el Cid, mandó que veniesen los moros que eran omes buenos é honrrados, é que jurase ante ellos que non avíe más de aquéllo: é él fízol así» (1).

(1) Crónica General, fol. 337 v.

La conformidad entre la General y la relación de Abu'l Hassán no puede ser más exacta: «Á la entrada del Cid el cadi se hizo obediente á sus órdenes y reconoció la dignidad que le daba la posesión de la ciudad, y contrató con él pactos que, en su concepto, debían guardarse por Rodrigo; pero que no tuvieron larga duración. Ben Gehaf permaneció con el Campeador poco tiempo; y, como á éste le disgustaba su compañía, buscaba el medio de deshacerse de él, hasta que pudo lograrlo, dícese que á causa de un tesoro considerable, de los que habían pertenecido á Ben Dzin-Nun.—Sucedió que Rodrigo en los primeros días de su conquista preguntó á Ben Gehaf por el tal tesoro, y le tomó juramento en presencia de varias gentes de las dos religiones, acerca de que no lo poseía. Respondió jurando por Dios y testificando solemnemente de su inocencia, sin cuidarse de los males que debía esperar de su ligereza. Exigió Rodrigo al cadi que se extendiese un contrato con anuencia de los dos partidos, y firmado por los más influyentes de las dos religiones, en el cual se convino que si Rodrigo encontraba ó averiguaba el paradero del tal tesoro, retiraría su protección á la familia del cadi y podría derramar tu sangre» (1).

Y después, al otro jueves, mandó que acudiesen al alcázar los moros y él se sentó en un rico estrado, haciendo lo mismo en su presencia los convocados. Mandó que se trajese allí á Aben Gehaf y á los demás que con él estaban presos. Preguntó al faquí y alcaide

(1) Malo, apéndice XX.

Al Huxí y á los notables qué género de castigo debía, según la ley de los moros, aplicarse á los que asesinaron al emir Yahya al Cádir su señor, y ellos, sin vacilar, contestaron: «Señor, segund la nuestra ley, deven ser apedreados.» Y el Cid mandó que la ley fuese cumplida. Y eran los que estaban con Aben Gehaf, 330. Nada más dice la Crónica General (1).

Según un autor árabe, el Cid «encerró después en una cárcel al cadi y á su familia y parientes y comenzó á pedirles los tesoros de Ben Dzin Nun sin cesar de quitarles cuanto poseían, ya por medio de azotes, ya por malos tratamientos, y ya por suplicios crueles. Luégo mandó encender una gran hoguera, que abrasaba el rostro de los que pasaban cerca de ella, y llevó al cadi Abu Áhmed sujeto con grillos y rodeado de su familia y de sus hijos, y ordenó que todos fueran quemados. Los cristianos y los musulmanes empezaron á gritar, y se reunieron para esto, y quisieron que se librase á los esclavos y á los hijos, y lo consiguieron después de gran resistencia. Se cavó una fosa en la parte más baja de la huerta de Valencia, y se le metió en ella hasta el pescuezo, y se apisonó la tierra de su alrededor, y se le aproximó la lumbre. Cuando la tuvo cerca y se quemaba su cara dijo: «en el nombre de Dios clemente y misericordioso», y cogió los tizones ardiendo y se los aproximó á su cuerpo para acelerar su muerte: en su consecuencia, se quemó. ¡Tenga Dios de él compasión! Sucedió esto en giumada al aüel del año 488 (9 may.-7 jun. 1095); y el jueves, al

(1) Fol. 337 v.

finalizar el mismo giumada al aüel del año precedente, fué la entrada del referido Campeador en Valencia» (1).

El género de muerte que padeció el cadi le atrajo las simpatías de los muslimes, que antes le juzgaban monstruo de iniquidad. Entre los escritores de aquel tiempo, es digno de que se transcriban los encontrados juicios, antes y después de la muerte de Aben Gehaf, del ex-gobernador de Murcia Aben Táhir.

«¡Oh tú, el que tienes un ojo azul y otro negro: vete despacio, porque has cometido un grave crimen! Has asesinado al rey Yahya, y te has vestido su túnica. Llegará el día de darte tu merecido, sin que tengas poder bastante para impedirlo» (2).

El mismo Abderrahmán ben Táhir escribía después de la muerte del cadi á un primo de éste: «La desgracia ha permitido ¡quiera Dios librarte de sus males y defenderte de sus asechanzas!, que el faquí, el cadi Abu Áhmed ¡perdónele Dios sus pecados! se vea abatido y muerto y destituído de su dignidad. Por mi vida que las estrellas de la gloria se han oscurecido con su ruína, y los cielos de la nobleza han derramado lágrimas á su muerte y á su desaparición. Ciertamente que por la belleza de su carácter y por los socorros que prestaba á los desgraciados, era como la lluvia en un año estéril, como la leche en los tiempos de preñez. No era de carácter duro; perdonaba los errores; era afable con sus vecinos; amigo de sus amigos; se atraía los corazones por sus buenos modales,

(1) Malo de Molina, apéndice XX.—La relación de Conde (III, 22) es exactamente igual á la que acabamos de transcribir de Aben al Abbar.

(2) Malo, l. c.

y subyugaba á los hombres libres, por su bondad. ¡Por cierto que el mundo lleva luto desde que él no existe! Cuando se acercaba á su infortunio dobló su altivo cuello para gobernar bien á Valencia, humillando de tal modo á sus enemigos. Así ella derrama lágrimas por él semejantes á la lluvia de la primavera y le encomia por todas partes. Mas ¡ay! que la muerte le ha arrebatado bien pronto, cuando por su causa vivían entre vosotros los placeres, cuando os había ceñido el magnífico collar de gloria y elevado vuestro poder sobre todos los poderes. Mas somos criaturas de Dios, y volveremos á él, por muy grande que sea nuestra desgracia; y á Dios pediremos por él, pues que era noble de origen y de principios: era una montaña inaccesible y un asilo en la altura» (1).

Las versiones acerca del género de muerte que padeció Aben Gehaf, abren ancho campo á dudas, no fáciles de desvanecer en nuestro concepto. Un testigo presencial, el autor árabe á quien, según los más competentes arabistas, tuvo á la vista Alfonso el Sabio al escribir la cuarta parte de su Crónica, dice, con gran laconismo, que el cadi, cumpliéndose la ley de los moros, fué por ellos condenado á lapidación, y que ellos mismos ejecutaron la sentencia. Nuestro Aben al Abbar, ministro que fué del walí Çeid y del emir Zaén, copia á un autor también contemporáneo con aquellos sucesos, y nos da la relación del horripilante fin que se dice tuvo el cadi. ¿Á cuál de los dos historiadores daremos fe?

(1) Malo, l. c.

Dozy, cuya parcialidad en más de una ocasión hemos podido apreciar, con el empeño de hacer antipática la más alta figura del pueblo español, se desentiende de la Crónica General, cuya autenticidad él más que nadie ha hecho resplandecer, y se esfuerza por que prevalezca la versión que más perjudica al nombre de Rodrigo. «El autor (á quien siguió Alfonso X) *parece* haber escrito la historia de su tiempo hasta el momento en que Aben Gehaf fué arrojado en prisión, y *creo* que no pudo continuarla porque fué uno de aquellos á quienes el Cid hizo quemar á fines de mayo ó principios de junio del año 1095, juntamente con Aben Gehaf.—En efecto, el relato es exacto hasta la época en que éste fué puesto en prisión; pero su muerte se cuenta de un modo singular. El Cid lo hizo juzgar por el faquí que había nombrado el cadi y por los patricios de Valencia, los cuales decidieron que, puesto que había matado á su rey, merecía, según la ley musulmana, ser muerto á pedradas. Á este relato pueden hacerse dos objeciones: primera, que están en contradicción con el testimonio de Aben-Bassân, autor contemporáneo, y con el de Aben al Abbar, historiador muy exacto y, además, valenciano; segunda, que no hay ley musulmana, *al menos que sepamos*, que diga tal cosa.»

La primera objeción acusa, á nuestro entender, lógica que se presta á fácil redargución: porque si en Aben Bassân se lee lo contrario que en la General, puede también deducirse que será falso lo que aquel autor dice, por cuanto tiene en contra suya el testimonio de la General. Es, además, cierto que nuestro Aben al Abbar fué tan excelente historiador como político

acomodaticio, pero escribió como siglo y medio después de los sucesos que relata, y pudo tener como fuente de información autor ó autores cuya parcialidad y fanatismo religioso les hiciesen falsear la verdad. En cuanto á la segunda objeción, se nota en el lenguaje de Dozy, que no sabe á ciencia cierta si la pena de lapidación estaba ó no admitida en el código mahometano.

Véase ahora con cuánta razón escribe el traductor español de la obra *Recherches ó Investigaciones* del profesor de la universidad de Leiden: «El señor Dozy, fundado en textos árabes las más veces, cuando no cristianos y de enemigos del Cid, infama á éste con un simple *se supone* ó *se cree*, como lo hace en más de una ocasión.» El *parece* y el *creo* aparecen, pues, en el caso presente.

Intencionado Dozy, pero con intención que no debe anidar en cabeza de quien busca de buena fe la verdad, pretende deshacer la observación de que Alfonso, no obstante ser cristiano, fué enemigo del Cid, y, como tal, tocado de igual parcialidad que los autores árabes: «¿Supondremos, acaso, que Alfonso alterase la narración del suplicio de Aben Gehaf porque presentaba al Cid bajo un aspecto muy desfavorable? No lo creemos; Alfonso no pudo tener este motivo, toda vez que no ha disimulado otros hechos en que el Cid se manifestaba más cruel todavía que en estas circunstancias» (1).

(1) Ignoramos que autores árabes ni cristianos apunten acto más cruel que el de la muerte dada á Aben Gehaf. Se trata de presentarnos, no el Cid de la realidad, sinó el Cid de una poesía al estilo de la que gasta Dozy.

Y de premisas tan falsas, deduce esta consecuencia: «Preciso es, pues, admitir que la crónica árabe (de que se valió el Sabio) no contaba el suplicio de Aben Gehaf; que Alfonso lo tomó de una obra cristiana y, especialmente, de la leyenda de Cardeña, y, por último, que el cronista musulmán se vió obligado, *por un accidente cualquiera*, á interrumpir bruscamente su trabajo.» Es decir: el amor de los monjes de Cardeña al Cid los llevó al extremo de mentir presentándole en el caso en cuestión bajo el aspecto más favorable; y, ¿por qué el desamor, más bien, el odio que con frecuentes maldiciones se expresa, de los autores árabes no los obligó á desfigurar los hechos, para presentarnos un ¡Rodrigo monstruo de crueldad?

De suposición en suposición, Dozy viene á explicarnos *el accidente cualquiera* que interrumpió bruscamente el trabajo del autor árabe á quien siguió Alfonso el Sabio: «Ahora está fuera de duda que el Cid hizo quemar vivos en 1095, no sólo á Aben Gehaf y sus parientes (1), sinó á otros muchos: entre estos desdichados se encontraba un hombre de letras que había desempeñado el empleo de secretario cerca de un visir, y se llamaba Abu Djafar Battí, es decir, originario de

(1) Esto no es cierto, según los mismos autores árabes. Aben Besaam, en su ad-Dzajira, dice: «También pensó Rodrigo, al que Dios maldiga, en quemar á su mujer y á sus hijas; pero le habló por ellas uno de sus parciales, y, después de algunas dificultades, no desoyó su consejo, y las libró de las manos de su fatal destino.» Y en el manuscrito de Aben al Abbar se lee: «Quisieron (los cristianos y los musulmanes) que se librase á los esclavos y á los hijos, y lo consiguieron después de gran resistencia.»

Batta, uno de los pueblos situados en los alrededores de Valencia (1). ¿No podría *suponerse* (2) que este escritor es el autor del relato traducido en la Crónica? Admitido esto (3), naturalmente se explicaría por qué este relato se interrumpe tan bruscamente y por qué no se hace mención en él del suplicio de Aben Gehaf» (4). Quedamos igualmente convencidos de las dos consecuencias que deduce Dozy, del género de muerte aplicado al cadi según algunos autores árabes, y de quién fuera aquel á quien copió Alfonso el Sabio: es decir, que no lo estamos, porque no podemos, ni de lo uno ni de lo otro.

Tampoco fueron los tesoros de Yahya la causa del fin trágico del cadi. La General asegura que antes de

(1) Examinado el índice de pueblos, alquerías y aldeas enclavados en la jurisdicción de Valencia (publicado en *El Archivo*, III, 74-98), no aparece *Batta* ú otro nombre que se le parezca. Malo de Molina piensa si será *Bétera*, inmediato á Liria. Y dice que ad Dhabbí, en su *Diccionario biográfico*, escrito á fines del siglo XII, trae un artículo concebido en estos términos: «Ajmet ben G'Abd el Ualí al Battí Abu D'yagfar, nombrado así de Batta, uno de los pueblos de la comarca de Valencia; caátib, poeta y hombre de gran inteligencia, fué quemado por el Cambitor ¡maldígalo Dios!, cuando se apoderó de Valencia: sucedió la quema en el año 488. Habla de él ar Rischathí en su libro».—En el *Diccionario biográfico de los gramáticos y lexicógrafos*, por as Soiutí, se encuentra el artículo siguiente: «Ajmed ben G'Abd el Ualí, el Balensí el Battí, Abu D'yagfar: Dice G'Abd el Mélic que había estudiado las bellas letras, y escrito libros de gramática, y un diccionario y poesías; que era caátib y poeta, y que fué secretario de algunos watsires; y que le quemó el Cambitor ¡maldígalo Dios! luégo que se apoderó de Valencia en el año 88, y hay quien dice que en el 90 (Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, III, nota).»

(2) Caben hipótesis hasta de lo más absurdo.

(3) Aunque sea con fundamento tan deleznable como el presente.

(4) Sí se hace mención, mas no de que fuese quemado, sí de que fué apedreado y con arreglo á la ley de los moros, que Rodrigo había de respetar según la capitulación para la entrega de la ciudad.

la muerte de al Cádir fueron trasladados al castillo *Benaecab, Castillo del Águila* (1), y luégo la Historia Leonesa confirma que fueron encontrados en dicho castillo, ó de *Olocdu* (2). ¿Cómo esta circunstancia, no ignorada del Cid, pudo servir de pretexto para la muerte de Aben Gehaf?

Que los tesoros públicos obraban en poder del cadi, está confirmado por la General, por Casiri y los otros autores de que va hecha mención. ¿Pudo el cadi ser castigado como defraudador de los caudales públicos? Sí; pero su muerte obedeció al crimen de regicidio, que en ninguna nación ha dejado de tener su castigo, y las circunstancias agravantes del asesinato del emir de Valencia y la participación muy directa que en él tuvo el que en primer término venía obligado á amparar y defender al primer magistrado de la nación, merecían un castigo ejemplar.

Ya expiado el asesinato de Yahya con el castigo impuesto á los que causaron su muerte, Rodrigo mandó que al día siguiente acudiesen ante él los moros de Valencia para establecer definitivamente las relaciones que entre señor y vasallos habían de mediar. Ya reunidos en el alcázar y en torno del Cid, que ocupaba un estrado, les habló así:

«Omes buenos de la aljama de Valencia: vos sabedes quánto yo serví é ayudé al rey de Valencia, é quánto lazerio pasé en

---

(1) Fol. 324 v.

(2) «Cepit Rodericus castrum qui dicitur Olokabet, in qus quidem multum thesaurum qui fuit regis al Cádir invenit; quem cum suis bona fide divisit.»

ganarla. E agora, quando Dios tovo por bien que yo fuesse señor della, quiérola para mí é para aquellos que me la ayudaron á ganar, salvo el señorío de mío señor, el rey don Alonso. E vos todos en mío poder sodes, para fazer de vos lo que quisiere é por bien toviere: e podríe vos tomar quanto en el mundo avedes, é los cuerpos, é las mujeres, é los fijos; mas yo non quiero así, é tengo por bien é mando que los omes honrrados de vos que fuestes siempre leales, que moredes en Valencia en las vuestras casas con las vuestras compañas; é que ninguno de vos non tenga más de una bestia, e que sea mula, é un ome que vos sierva; e que non usedes de armas nin las tengades, sinón quando fuere menester é yo mandare. E toda la otra gente, que me vaziedes de la cibdad; e que moredes fuera en el Alcudia, onde yo solía estar. E que ayades vuestras mezquitas en Valencia é fuera en el Alcudia; e que ayades vuestros alfaquíes; e que usedes de vuestra ley; é que ayades vuestro alcayde é vuestro alguazil, e así los he puestos; e que ayades vuestras heredades; é que me dedes á mí el señorío de todas las rentas; é la justizia que sea mía; é yo, que me mande fazer mi moneda. E los que quisieren fincar comigo en este señorío, fincad; é los que non quisiéredes fincar, yd en buena ventura con los cuerpos solamente, é yo vos mandaré poner en salvo.»

Cuando los moros oyeron estas razones quedaron muy tristes y abatidos; mas no tuvieron otro remedio que el de acomodarse á las circunstancias. Al momento comenzaron á salir de la ciudad todos aquellos que no reunían las condiciones señaladas para poder permanecer en ella. A medida que desalojaban sus moradas, ocupábanlas los cristianos que hasta entonces vivian en Alcudia. Dícese que fueron tantos los moros salidos de Valencia, que estuvieron dos dias desfilando por sus puertas. El Cid y los suyos celebraron con demostraciones de gozo este acontecimiento. «E duró assí esto bien dos meses», dice la General. Y añade:

«E de allí adelante fué llamado el *Cid*, MIO CID CAMPEADOR, SEÑOR DE VALENCIA.»

Desde ese momento comenzó Rodrigo á ser llamado CID, que es el *Seid*, ó *Çeid*, equivalente á SEÑOR, tratamiento que se le dió por los valencianos al ser súbditos suyos.

El título de CAMPEADOR, ó *Campidoctus*, según la Historia Leonesa, le tuvo desde los primeros tiempos conocidos de su vida política. En documentos antiguos se escribe *Campiddtor* y *Campeiador*. Los árabes le llamaron también *Canbithor*, efecto de la índole especial de su alfabeto. El estudio más acabado acerca de la significación y etimología de dicha palabra es debido á Dozy. «Inútil es decir, escribe, que *Campeador* nada tiene que ver con la palabra latina *campus*, pues se deriva de la teutónica *champf*, que responde á las voces *duellum* y *pugna;* el verbo *kampjan* corresponde á *prœliari*, y el sustantivo *kamfo* ó *kamfjo*, á las palabras *gladiador*, *atleta*, *tiro*, *pugil*, *pugilldtor*, *agonista*, *vendtor*, *miles*, encontrándose estos términos en los más antiguos documentos de la lengua alemana» (1). El título de *Campeador* cuadra con Rodrigo, puesto que ejercitó su brazo en defensa de la Religión, de la Patria y del Rey (2).

(1) *Investigaciones*, «Las fuentes» III.
(2) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, I.

CAPÍTULO IX

EL CID

(1095-1099)

(*Conclusión*).

Don Jerónimo en Valencia: purificación de mezquitas y consagración de ellas al culto católico.—Venida de doña Jimena.—Conquista de los castillos Olocáu y Serra.—Alianza de Pedro I de Aragón y el Cid.—Entrevista en Burriana.—Expedición á Benicadell y batalla de Bairén.—Conquista de Almenara y rendición de Murviedro.—Célebre documento de dotación á la catedral y obispo de Valencia: Picasent, Alcanicia, el Puig, Farnals, Almenara y Burriana.—Derrota de Álvar Fáñez en Cuenca, y de un cuerpo de ejército del Cid en Alcira.—Muerte del Cid.—Fecha de la misma.—Injusticia con que se le ha tratado por historiadores extranjeros: Viardot y Dozy.—Proceso de beatificación del Cid y Felipe II.—Vindicación.—El Cid de la realidad.—Valencia debe perpetuar con un monumento la memoria de Rodrigo Díaz de Vivar.

YA se dijo que el obispo don Jerónimo y los cristianos que con él estaban en Valencia viviendo el emir Yahya al Cádir, la abandonaron cuando los almoravides se aproximaban á dicha ciudad (1). Á ella volvió el prelado cuando supo que el Cid era señor de la misma. Rodrigo fué á visitarle lleno de alegría. Convinieron en que al día siguiente las mezquitas serían purificadas y convertidas en iglesias. Que las iglesias fuesen nueve, como asegura la General, ó que fuesen más ó menos, no lo disputaremos; pero iglesias habían de tener los cristianos. El Cid las dotó, é, igualmente, señaló rentas al obispo y á los clérigos. Dícese que la principal de las

(1) *Crón.*, f. 323 v.

iglesias fué dedicada á San Pedro. Claro es que en la escritura de dotación que luégo se verá se nombra al príncipe de los Apóstoles; pero, según en ella se dice, la consagración de la iglesia lo fué á la Bienaventurada siempre Virgen María, y no enseguida, sinó después de ganado Murviedro (1).

También vemos en Valencia á doña Jimena muerto su marido. Cuándo llegó, con sus dos hijas, la General lo refiere. Se hallaban en el monasterio de San Pedro de Cardeña, y Rodrigo envió á Álvar Fáñez Minaya y á Martín Antolínez, de Burgos, para que, con licencia de Alfonso VI, ellas viniesen acompañadas de dichos caudillos. Encontraron en Palencia al rey de Castilla, y, entre otras razones, habláronle éstas: «Señor, después que de Vos se partió el Cid la postrimera vez, rompió tres faciendas capdales que ovo con moros, é ganó estos castiellos: Xérica, Onda é Peña Cadiella; e, con éstos, la nobre cibdad de Valencia; é hala fecha obispado; é de las ganancias que él fizo, embíavos çien cavallos, como á su señor natural.» Alfonso correspondió á la fineza del Cid consintiendo la marcha á doña Jimena y á sus hijas, y ordenando que se las honrase y custodiase mientras cruzaran tierra de Castilla. Y dijo: «Entrégole yo á Valencia é todo lo al que fasta oy ha ganado; e lo que de aquí adelante ganare, que se llame dello señor, e que á otro, señorío non faga, sinón á mí, que só su señor natural» (2). Doña Jimena fué recibida en Valencia por su

(1) *Crón.*, f. 338.
(2) *Crón.*, l. c.

marido y por el obispo don Jerónimo, con gran alegría de moros y de cristianos (1). Lo más regular es que doña Jimena acudiera á Valencia así que Alfonso VI le dió libertad para volver á la compañía de Rodrigo (2).

Sosegado el Cid con la posesión y arreglo de Valencia, llevó sus armas á los dominios de Abu Merwán Abdelmélic II Hosamo-d-Daulah, señor de Albarracín. El castillo de Olocáu (Olokábet), al nordeste de Liria, fué el primero en ser combatido, y allí encontró un gran tesoro, el que fué del rey al Cádir, y le repartió con equidad entre los suyos. Corrióse por la misma cordillera hacia levante, y rindió el castillo de Serra, al norte y á poca distancia de Náquera, en la hoy denominada sierra de Portacœli. Ambos castillos eran como las llaves de Murviedro, cuya posesión ambicionaba al Cid (3).

En este mismo año, 1096, murió Sancho Ramírez, rey de Aragón de buena memoria, que vivió cincuenta y dos años y fué sepultado en el monasterio de San Juan de la Peña. Después fué elevado al trono su hijo Pedro I. Desde 1094 combatía á Huesca el rey Sancho. En una salida que hicieron los sitiados, no sólo destruyeron las máquinas de los cristianos, sinó que el mismo monarca fué herido de una saeta. Antes de morir exigió á sus hijos que no abandonarían el sitio

(1) *Crónica del Cid*, CCXVII.

(2) *Hist. Leonesa.*

(3) *Hist. Leonesa.*—También en la General (fol. 324) se lee: «E embiaron otrosí (Yahya y sus consejeros) otras muchas cargas (de riquezas) á un castiello que dizen *Benaecab*, que quiere decir el *Castiello del Águila.*»

hasta que la ciudad cayera en sus manos. Áhmed al Mostahín ben Yúsuf, emir de Zaragoza, á quien pertenecía Huesca, al ver el apuro en que se hallaban los muslimes, salió de la ciudad, y para obligar á los cristianos á que alzasen el cerco, allegó muchas gentes y pidió auxilio á los emires de Albarracín y de Játiba y Denia. Esto prueba que á Solimán ben al Mondhir aún quedaban estados en la Península. También pidió Mostahín refuerzos á Alfonso VI, y el rey de Castilla le envió un cuerpo de tropas al mando de García Ordóñez, conde de Nájera. Los cristianos salieron al encuentro del ejército de los aliados, y alcanzaron sobre él en Alcoraz un señalado triunfo el 18 de noviembre de 1096. Ocho días después, el día 25, martes, Huesca se entregó á Pedro I (1).

Reunidos los principales nobles de Aragón, dijeron al rey: «Ínclito monarca, unánimes te suplicamos que te dignes oir nuestro consejo: es á saber, creemos ha de serte útil y de provecho que tengas paz y amistad con Rodrigo el Campeador; y de acuerdo con nuestro consejo está, indudablemente, la opinión general.» Agradó sobremanera al rey la petición, y envió al Cid embajadores pidiéndole la alianza. Dijeron á Rodrigo: «Nos envía á tí nuestro señor el rey de Aragón, para que te unas con él y establezcas con el mismo paz y amistad perpetua; para que estéis unidos contra vuestros enemigos y contra cualquiera de ellos.» También á Rodrigo pareció bien lo de la alianza, y manifestó que así se haría.

(1) Dozy, *Investigaciones*, t. 2.º, V.—Conde, III, 18.—*Hist. Leonesa*.—Chabás, *Historia de Denia*, P. 2.ª, VI.

Sentados estos preliminares, Pedro I bajó al castillo de Montornés, en la costa del Mediterráneo y próximo á Castellón de la Plana. De la importancia que dicho castillo tenía en 1364 es testimonio el uso que de él hizo contra Pedro I de Castilla Pedro IV de Aragón, utilizándole, en combinación con el cimborio de la catedral de Valencia, para anunciar los movimientos de la poderosa armada castellana (1). Pedro I de Aragón continuó la marcha hasta Burriana, punto en el cual se encontró con el Cid, que desde Valencia había salido á esperarle. Allí pactaron, con ánimo bueno y sincero, ayudarse mutuamente contra todos sus enemigos. Pedro I volvió á su tierra, y Rodrigo, á Valencia. Con arreglo á este convenio, á mediados de 1097 vino el de Aragón con su ejército á Valencia para auxiliar contra los almoravides al Cid, y fué recibido por el invicto burgalés con las mayores honras. Reunidas las huestes aragonesa y castellana, sus intrépidos caudillos tomaron el camino del castillo de Benicadell al objeto de dejarle bien abastecido. La importancia que en aquellos tiempos le concedió el Cid y la que dos siglos y medio después le daba el Conquistador, prueban que aquella fortaleza no era despreciable.

Pero ¿dónde estuvo situado el castillo de Benicadell? Malo de Molina y Dozy, engañados con una orientación que no es la rigorosamente científica, le colocan entre Játiba y Cullera, dando lugar á confusas ideas la lectura de la Historia Leonesa. Chabret

---

(1) *Hist. de Cullera*, XVI.

está más acertado al fijar su situación entre Játiba y Cocentaina. Nadie como el inteligente arabista y docto catedrático de la universidad de Zaragoza don Julián Ribera ha precisado el punto en que se alzó la célebre fortaleza. Justo es, pues, que transcribamos sus palabras sobre tan interesante materia.

«En los límites meridionales de la provincia de Valencia y separando los hermosos valles de Albaida y Cocentaina alza erguido su cima el picacho de Benicadeli. Su altiva cumbre domina orgullosa los montes vecinos, que no le ocultan las llanuras valencianas hasta la misma capital. Notable como es por su altura y buena posición, frescos manantiales y hermosas vistas, tiene para mí el mayor atractivo en los venerandos recuerdos que ofrece de tiempos pasados. Sus más gloriosos timbres, sin embargo, han permanecido desconocidos ú olvidados.

»Sábese que Ruy Díaz de Vivar, vuelto de una excursión por Andalucía, reedificó un castillo que los moros habían destruído hasta sus cimientos, rodeándole de muros y baluartes hasta convertirle en vasta é inexpugnable fortificación que habitó por bastante tiempo. De allí salía en constantes algaras y excursiones atrevidas, para volver cargado del botín que pillaba en las comarcas vecinas, teniendo en continuo sobresalto y amenaza á los de Játiba y Cullera. Llamábase de Pinnacatel ó Peña Cadiella (1).

»Los historiadores, como leían en la Crónica Latina, que de este castillo se iba á Bairén (2), en dirección al mediodía, *versus meridiem*, cayeron en la cuenta de que debía hallarse en las riberas del Júcar. Malo de Molina, que pasa como autoridad en esta materia, al hablar sobre este punto se expresa así: «Indudablemente debería encontrarse muy cerca del Júcar, entre Játiba y Valencia, ya porque así lo exige que estuviera el camino que el Cid hizo desde Úbeda para ocuparlo antes de llegar á Valen-

(1) Debía ser esto en 1092, antes de conquistar el Cid á Valencia y, seguramente, con ánimo de hacer de Pinnacatel el centro de sus operaciones.

(2) Castillo al lado de Gandía.

cia (1), ya también por lo que se lee en los versos 1157 y 1174 del «Poema»; y confiesa que la fortaleza «desapareció y no dejó rastro ni aun de la posición que ocupaba» (2).

»Al pronto juzgué falaz la semejanza exterior de los nombres Pinnacatel y Benicadell, creyendo imposible tan grande error geográfico; pero al fin me convencí, yendo en averiguación de la cosa, de que no sólo había similitud en los sonidos, sinó también identidad en el objeto. Los mismos textos me lo probaban:

Daban sus corredores è facíen las trasnochadas.
Legan à Guyera è legan à Xativa:
Aun más ayuso, à Deina la casa.
Cabo del mar, tierra de moros firme la quebranta.
Ganaron Peña Cadiella, *las exidas è las entradas*.

»¿Cómo puede buenamente suponerse que el castillo viniese á estar entre Játiba y Valencia, si las palabras *aun más ayuso* (de Játiba, lo contradicen? Sin embargo, no hubiese hecho caso de la indicación del Poema, si no hubiese encontrado un clarísimo texto de la Crónica Leonesa, casi itinerario.....

»Ella nos cuenta que don Pedro I de Aragón, para auxiliar á su amigo Rodrigo, vino á Valencia, en donde se unieron los ejércitos de ambos. Al dirigirse hacia Pinnacatel y pasar por las cercanías de Játiba, Mahómet, sobrino del rey Yúsuf, salióles con innumerable ejército en ademán de pelear; pero, felizmente, aquel día no quisieron trabar batalla, contentándose con gritar y alborotar desde las montañas vecinas durante todo el día. Aprovechándose de esta actitud don Pedro y el Campeador, escogieron el botín que á mano se les presentaba y ganaron atrevidamente el camino del castillo cuyo amparo iban á buscar.

»Y me parece indudable que si Pinnacatel se encontrase á cuatro leguas antes de llegar á Játiba, como suponen, no se hubieran encontrado en las inmediaciones de esta ciudad yendo en dirección á aquel castillo, ni se hubiese celebrado su valor por haber logrado entrar en él ejército y botín. El encuentro no

(1) Como si entre esas dos ciudades no mediase más que el Júcar.
(2) Dozy acepta la conjetura de Malo.

sólo es regular, sinó hasta necesario, para llegar á la sierra de Benicadell, donde tengo por seguro que reedificó el Cid su fortaleza.

»Dos únicos caminos hubiese podido tomar que conducen de las llanuras valencianas á estos sitios: el de Játiba y el de Gandía por Cullera.

Cuando el Cid Campeador ovo Peña Cadiella,
Males pesa en Xativa è dentro en Guyera.

Y éstas son

.....las exidas è las entradas

que con feliz expresión recuerda el Poema.

»El Cid debió probar fortuna por la más importante, y atrevidamente se dirigió por Játiba para tomar posiciones que le aseguraran la vuelta al llano; y, al ver que las tenían ocupadas los almoravides, no fué pequeña la hazaña que llevó á feliz término atravesando los desfiladeros que conducen al valle de Albaida y, por consiguiente, á Benicadell. Una vez allí, debió apresurarse á ocupar la otra salida, la de Gandía; pero, comprendiendo los almoravides que poco habían de lograr si, al guarecerse aquél en su nido de águilas metido entre los montes, adonde aún hoy sólo estrechas sendas conducen, le dejaban libre y fácil acceso á las llanuras, fueron á darle la batalla en los alrededores del castillo de Bairén é impedirle que estuviese sobre Valencia.

»Otros pasajes hay en las crónicas que se refieren á tiempos anteriores á los que nos ocupan, que señalan claramente su afición á estos lugares:

«En pos desto fué el Cid guerrear al señor de Denia é de Xátiva: é tovo y el invierno cerca de Denia é de Xátiva: é embiava cada día sus algaras á correr tierra; é fizoles mucho mal é muchos quebrantos, de guisa que *dende Origüela fasta en Xátiva*, non fincó pared en fiesta de puebra ninguna, que todo non lo astragó; é tenía muy gran robo ayuntado de cativos é de vacas, etc.» (1).

(1) Crón. Gral., f. 321 v.

»Punto central entre Denia, Játiba y Orihuela es nuestro Benicadell.

»Pero hay en el citado texto latino una afirmación que contradice gravemente mi conjetura, si han de entenderse materialmente y en su acepción común las palabras *Egredientes inde versus meridiem, ad marítima loca, páriter descendérunt, et contra Béyrem castra sua fixerunt* (1). Pero, teniendo en cuenta que las crónicas en esta parte siguieron la escrita por Aben Alcama (2), que se supone traducido por Alfonso el Sabio, pude fácilmente resolver la dificultad que ha hecho tropezar á nuestros historiadores.

»Los árabes, en nuestro país, y especialmente en el reino de Valencia, estaban equivocados en la orientación, hasta punto tal, que parece inverosímil. Benallabbar, historiador muy ilustrado y discreto, que no solía creer de ligero cualquier viento de palabras y gustaba de cerciorarse personalmente, en lo que podía, de la verdad de las cosas, al nombrar á Paterna, pueblo inmediato á Valencia, imposible que dejase de saber dónde se hallaba, dice que está al oriente de la ciudad (3), cuando, en realidad, está al N. O. De igual conformidad declara de Silla y Cullera, que se encuentran al occidente (4), cuando están al mediodía, la última con inclinación á oriente. Este error no puede ser juzgado como exclusivo de persona tan sabia, y sí inducido por las especiales ideas geográficas de aquel tiempo. En el apreciable geógrafo Edrisí aparece la misma desviación: Bocairente supone que está el ocaso de Játiba, y se encuentra hacia el sud; Valencia, para él, se halla al poniente de Murviedro. Y aun hoy día los marinos de las playas valencianas, habiéndolo recibido de los árabes, que nos dejaron la palabra, señalan el *vent agarbí* en dirección S. E.

»Sin duda alguna, al decir *versus meridiem*, no significaron otra dirección que la correspondiente á la dicción *quiblí*: y,

(1) Saliendo de allí *hacia el sud*, hacia la costa, bajaron juntos y sentaron sus reales frente á Bairén.

(2) Crónica de la conquista de Valencia por el Cid. Algunos fragmentos pasaron traducidos á la Crónica General en su 4.ª parte.

(3) Bi-xarqui Valensia.

(4) Bi-garbi Valensia.

entendiéndolo de esta manera, viene exactamente á coincidir con el punto fijado; dejando sin contradicción los textos que vienen á esclarecer la materia. Para que no quedase duda alguna en este asunto, nos recuerda Benallabbar el pueblo de Rugat, indicando su posición geográfica al mediodía del *tosal* ó *cabezo* (1), en la misma dirección en que se halla el camino de Bairén.

»Colocado en Benicadell el Cid, estaba en sitio por demás estratégico para la índole de sus hazañas, y, cual otro Omar ben Hafsún, amenaza seriamente la dominación musulmana desde su fuerte é inexpugnable castillo.....

».....¿Cómo ha venido á convertirse en el moderno Benicadell el *Peñacadiel* de don Jaime, que en Berganza se llama *Peña Cadiella*, lo mismo que en las Crónicas y en el Poema del Cid, y que la Crónica Leonesa apellida *Pinnacatel?* Toda la dificultad está en la primera parte del nombre, que es la que ha mudado. Pues bien: cerca de Benicadell está Penáguila; y de esta población y castillo hallamos (2), que al tiempo de la reconquista se le llama, unas veces, *Pennáguila* y, otras, *Beniaguila*. La misma razón hay para que *Pennacatell* se convierta en *Benicadell*.

»¿Qué es en la actualidad de castillo de tan sólidas construcciones, recuerdo de nuestro más insigne guerrero? ¡Ah! si fuéramos á buscar por las orillas del Júcar, seguramente diríamos: «desapareció sin dejar rastro de la posición que ocupaba»; pero allá en las faldas del *Tosal de mich-día* (3), en la *umbría* de Benicadell, no lejos de Beniatjar, Otos y Carrícola, aún se guardan las derruídas murallas de argamasa granítica, secos algibes y deshechos baluartes del fuerte de la Carbonera (4), que promete completa ruína dentro de poco, si no paran de cultivar y destruir lo poquísimo que queda..... (5).

(1) Quibli al fach. Al mediodia del picacho de Benicadell.

(2) Repartimiento de Valencia, p. 346.

(3) Como se le conoce en el valle de Albaida.

(4) Ya se llamaba asi al tiempo de la Reconquista.

(5) *El Archivo*, I, 97-102.—A continuación de lo que va copiado, se lee: «Á últimos del siglo pasado, ó principios del presente, existia aún un baluarte ú obra avanzada de dicho castillo en una pequeña eminencia que domina á Beniatjar, cuyas obras fueron arrancadas por el procurador del duque de Villa-hermosa, señor del pueblo, para emplazar allí el calvario, que aún existe. Personas ancianas del mismo aseguran que habia en dicho punto fosos subterráneos, algibes y otras obras. En

Hecha esta digresión, que disipa errores patrocinados por autores que gozan de subida y merecida fama, reanudemos el hilo de la interrumpida relación histórica. Desde Valencia tomaron el camino de Játiba los cristianos, y cruzaron, en dirección siempre al mediodía, aquellos desfiladeros, sin que Muhámad, sobrino de Yúsuf ben Texufín, que capitaneaba 30.000 soldados, les disputara el paso, contentándose los mahometanos con lanzar desde los montes, terribles y continuos aullidos. Impertérritos Pedro y el Cid, llegaron á Benicadell, y en su castillo dejaron abundantes provisiones. Debieron los africanos dejar á los cruzados libre el paso, creyendo así dejarlos imposibilitados, encerrados en aquel laberinto de sierras, de franquear el paso hacia Valencia (1). Provisto ya de

---

este punto había un lienzo de muralla, del cual apenas quedan vestigios á través de campos cultivados, que va, precisamente, en dirección al *Castellet*, en donde presumo que se hallaría el fuerte principal.—La fortaleza, como puede juzgarse por las cortas noticias que me he podido proporcionar, debidas, principalmente, á la atención del Sr. Gil, de Albaida, debió consistir en una extensa línea de fortificación apoyada por defensas varias construidas á trechos; pero, para poderla reconstruir y aproximarse á la inteligencia de lo que fué, sería preciso recorrer paso á paso el camino trazado por las ruinas, sin fiarse de relaciones de personas imperitas.—Además: muchas de las huellas están borradas, por haberse reducido á cultivo los terrenos y porque la mano del hombre, más destructora que el tiempo, no ha tenido inconveniente en arruinar las obras más grandes, para aprovechar los escombros.—En términos de Otos y Beniatjar (en el término divisorio está el *Castellet*) se encuentran muchas ruinas, de donde se han extraído barros y otros objetos, que señalan el sitio de poblaciones desaparecidas...»

Acerca de la etimología de Benicadell, se lee en *El Archivo*, II, 71: «La palabra *pena* no la conocieron los antiguos latinos, y pertenece al bajo latín, hallándola citada en una carta de 781 con el significado de *peña*. Du Cange dice que aún hoy día llaman los bretones *pen* á los remates de los montes, y que esta voz, de donde tomó el nombre el monte Apenino, viene de los antiguos galos. Los Benedictinos tienen por española la palabra *penna* (transcripción latina de la forma española *peña*), y le dan el significado de peñasco, collado. Carpentier disminuye este significado, atribuyéndolo á una roca y hasta á castillo roquero. No hay duda, pues, que Penacadell es el castillo que se llamó Benicadell, y que, por su significado, debía estar sobre monte roquero. —En cuanto á la segunda parte, el nombre es clásico, pues *castellus* fué usado por Cicerón con significado de *cachorro*. Si, pues, *Penacadell* es, por consiguiente, *Peña cachorra*, la peña *madre* será *Mariola*... En S. Isidoro (lib. 19 de sus Orígenes, cap. 31), encontramos la especie de que en su tiempo se decían *catellæ* los montes que formaban lo que ahora llamamos sierras, cordilleras, etc., es decir, montes escalonados y unidos como por cadena...»

(1) El historiador de Sagunto (XIV) dice que el caudillo almoravide era

víveres Benicadell, Rodrigo y Pedro, para burlar al enemigo si esperaba en los desfiladeros de Játiba, buscaron nuevo camino por donde volviesen á Valencia.

Siguieron, pues, por el valle de Albaida á desembocar en el de Bairén. Á pesar de la rapidez con que los cristianos practicaron aquella evolución, para que el enemigo desconociera el itinerario de la marcha de regreso, Muhámad, que vigilaba atentamente á los expedicionarios, se corrió por el Fandech, valle de Mariñén ó de Aguas Vivas, á cortarles el paso (Vall-digna), y sentó sus reales junto á un monte grande cuya longitud era, al parecer, de cuarenta estadios. Ese monte era el llamado, con igual significación, *Gebalcobra*, distinto del *Gebal aç Çogra* (monte pequeño), ambos cerrando parte del valle.

Del mismo, limitado por el sud hacia el mar con la Conca de Zafor ó de Bairén, y por el norte con el término de Cullera, hizo donación Jaime II en 15 de marzo de 1297 á los Bernardos, para que fundasen un monasterio; y mandó se llamase de *Vall-digna*. El valle de Mariñén, así llamado en tiempo da la Reconquista, está situado entre las vertientes septentrionales del Mondúber y las agrestes prolongaciones de la sierra de las Agujas, que miran hacia el mar. Sobre la enhiesta punta de un cerro que asoma por los barrancos de la Umbría, descansaba un ruinoso castillo (al Calat), denominado de *al Fandech*, ó sea, *del Barranco*. Al pie de los montes, *grande* y *pequeño*, que

Aben Aixa y que tenía á sus órdenes 9.000 hombres, lo cual está en desacuerdo con la Historia Leonesa.

dominaban el castillo, debieron encontrarse las alquerías moras *Eyrb* AL COBRA y *Egip* AÇ ÇOGRA, tantas veces nombradas en los apuntes ó notas para el libro del Repartimiento. Del nombre del castillo principal, se llamó el valle, de *al Fandech*. En él sentarían los almoravides sus reales, para salir hacia el llano de Jaraco, por donde forzosamente habían de pasar los cruzados.

Muhámad concibió bien el plan: los expedicionarios habían de seguir el mismo camino que á la ida, y entre aquellos riscos y desfiladeros podrían con facilidad ser destrozados, ó tomarían el camino de la costa, entre ásperas sierras, en lugares pantanosos y junto á la costa, vigilada por numerosa escuadra mahometana. Nunca el Cid pudo luchar en circunstancias más difíciles.

Cuando los cristianos, ya en el valle de Bairén (cerca de Gandía), vieron que los soldados almoravides ocupaban las montañas y que en el mar había una numerosa escuadra enemiga, por lo que de uno y otro punto les podían alcanzar las armas arrojadizas, se llenaron de espanto (1). Comprende el Cid lo

(1) La distancia entre el mar y el *mons magnus*, ó *chébal cobra*, es bastante grande, para que los cristianos no tuvieran suficiente espacio por donde pasar sin que les alcanzaran las armas arrojadizas del enemigo. No es despreciable la explicación que salva la dificultad, suponiendo la existencia de un lago paralelo á la costa (pues allí aún existen largos trechos de aguas estancadas), en el cual los moros colocarían ligeros barquichuelos desde los cuales pudieran ofender á los cristianos.

La escuadra que atacó á los cristianos pudo ser la enviada en este tiempo por Syr ben Abi *Becr*, el *Búcar* de la General, para apoderarse de las Baleares (Conde, III, 22). ¿Será esa misma la batalla en que, según la Crónica (fol. 341), fué herido el rey Junes, venido de Marruecos, y se refugió en el

terrible de aquellos momentos, monta á caballo y recorre y electriza con su presencia las filas de sus tropas, y las arenga en esta forma: «Mis muy amados y dulcísimos compañeros: permaneced firmes y poderosos en el combate, sed valientes, no os acobardéis, ni os intimide la muchedumbre de enemigos; que Jesucristo Nuestro Señor los pondrá hoy en nuestras manos y en nuestro poder.»

Eran las doce del día, y Pedro I y Rodrigo, seguidos de todo el ejército cristiano, cayeron sobre los almoravides arrostrando el peligro de las armas arrojadizas que lanzaban desde el monte y desde las naves. Los musulmanes no pudieron resistir el empuje de aquella valerosa acometida, y, gracias á la protección divina, que se mostró clara y patente, los almoravides, vencidos, abandonaron el campo. Parte de ellos fueron pasados á cuchillo, y otros cayeron en el río; pero los más se entraron en el mar, en el cual murieron ahogados.

El botín que allí dejaron los vencidos, en oro, plata, caballos, mulas, armas riquísimas y otras cosas, fué cuantioso. Dieron alabanzas, con todo su ejército, al Señor los dos ilustres caudillos, y sin dificultad ninguna pudieron volver á Valencia (1). No descan-

castillo llamado *Curquera* (*Corbera*, ó Chébal *Cobra*), hasta el cual duró el alcance? De ser esa la etimología de Corbera, tiene fácil explicación la del monte en cuyas faldas descansa Cullera, llamado de las *Zorras*, *ac Çogra*, ó *pequeño*, como lo es comparado con la sierra de Corbera. Conde fija entre los años 488 y 493 (en. 1095-nov. 1100) la expedición á las Baleares; y la de Pedro I y del Cid á Benicadell debió ocurrir en la segunda mitad de 1097, puesto que aprovisionaron el castillo con los víveres adquiridos en la Ribera.

(1) Es muy interesante el artículo que acerca de esta expedición publicó en *El Archivo* (II, 258-261) el distinguido arabista don Julián Ribera.

saron en ella muchos días. Juntos fueron á poner sitio al castillo de Montornés, que, enclavado en los estados de Pedro I, se le había rebelado: no tardó en rendirse. El rey de Aragón volvió gozoso á su reino, y Rodrigo, á Valencia.

Cierto día en que Rodrigo salió á descubrir y reconocer el paraje por donde andaban sus incansables enemigos los almoravides, vió que Abu 'l Fatáh, gobernador de Játiba, salió de este castillo y se entró en Murviedro. Esto era á fines de 1097. Y es que los de Murviedro, temerosos de que las armas del Cid reanudaran por allí sus operaciones de conquista en los dominios de Aben Razín, ó que anhelaran que los almoravides reforzasen su guarnición, es lo cierto que el gobernador de Játiba se entró en Murviedro. Rodrigo le persiguió hasta que le obligó á entrarse en Almenara. Le puso sitio y le combatió por espacio de tres meses, probablemente, los primeros de 1098. Al cabo de ellos, se apoderó por fuerza de armas. A pesar de esta circunstancia, permitió que marchasen libres todos aquellos que estaban dentro. Mandó que allí se edificase en honor de la Beatísima Virgen María una iglesia y un altar.

Dadas gracias á Dios por tan favorable suceso, salió de Almenara seguido de su hueste diciendo y fingiendo que quería ir á Valencia, cuando en su corazón estaba resuelto á cercar y combatir el castillo de Murviedro. Con las manos extendidas hacia el cielo, oró al Señor diciendo: «Dios eterno, tú, que sabes todas las cosas antes que sucedan y á quien nada hay oculto; tú sabes, Señor, que no querría entrar en

Valencia, sin antes sitiar á Murviedro y combatirle, y, una vez ganado por fuerza de armas, con auxilio de tu poder, y entrado en posesión del mismo, hacer que en él se celebrase en honor tuyo el más augusto sacrificio.»

Acabada la oración, al momento le sitió y combatió con toda suerte de máquinas, y prohibió que nadie entrase en el castillo ni saliese de él. Los defensores y los habitantes, al verse atacados por todas partes y en tan grande aflicción, decíanse los unos á los otros: «¿Qué vamos á hacer, miserables? Este tirano Rodrigo de ningún modo ha de permitirnos que vivamos ó habitemos aquí: hará con nosotros lo que hizo con los moradores de Valencia y de Almenara, que no pudieron resistirle. Veamos, pues, qué vamos á hacer. ¡Nosotros, y nuestras mujeres, y nuestros hijos y nuestras hijas, moriremos de hambre; nadie habrá que pueda librarnos de sus manos!»

No ignoraba Rodrigo la apurada situación á que los sitiados estaban reducidos: y, de ahí, que los ataques menudeasen, y los constriñó al apuro más grave. Al verse puestos en tanta amargura, clamaron á Rodrigo. diciendo: «¿Por qué nos causas tantos y tan grandes males? ¿Por qué nos matas con lanzas, saetas y cuchillos? Suaviza y mitiga tu corazón, y compadécete de nosotros. Todos te suplicamos que, movido á piedad, nos otorgues treguas de algunos días. Entretanto enviaremos mensajeros al Emir y á nuestros señores, para que vengan á socorrernos. Si durante cierto tiempo nadie puede librarnos de tus manos, seremos tuyos, y te serviremos. Y sabe que si no nos concedes esas treguas, preferiremos morir á ser tuyos.

No has de conseguirlo, sin que nos destruyas á nosotros y á nuestras cosas.»

Comprendiendo Rodrigo que el recurso de la tregua de nada les había de servir, la dió de un mes. Acudieron á Yúsuf ben Texufín, y á los almoravides, á Alfonso VI, á Mostahín el emir de Zaragoza, al señor de Albarracín y al conde de Barcelona, diciéndoles que no dejaran de socorrerlos durante aquellos treinta días; porque, de otro modo, no tendrían más remedio que entregarse á Rodrigo. El rey de Castilla les contestó: «Creedme, en verdad, que no os socorreré, porque más quiero que el castillo de Murviedro esté en poder de Rodrigo, que no en el de cualquier rey sarraceno.» Al Mostahín dió esta respuesta: «Id y defendeos cuanto podáis, que Rodrigo es duro de cerviz y peleador fortísimo é invencible, y no quiero tener guerra con él.» Ya el emir de Zaragoza estaba prevenido del Cid, que le había dicho: «Sabe, al Mostahín, que si intentares venir con tu ejército contra mí y trabares conmigo combate, tú y tus nobles, ó muertos ó cautivos no habéis de escapar de mis manos.» Mostahín, poseído de miedo, no se atrevió á venir. El señor de Albarracín dijo: «Permaneced firmes lo más que podáis y resistidle, que yo no puedo socorreros.» Los almoravides contestaron: «Si Yúsuf nuestro emir quisiere venir, todos iremos con él, y gustosos os socorreremos; no siendo guiados por él, no nos atrevemos á guerrear con el Cid.» Y el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, á pesar de que habían los mensajeros procurado ganarle pagando un enorme tributo, dijo: «Sabed que no me atrevo á pelear con Rodrigo, pero iré pronto

á sitiar el castillo de Oropesa; y mientras él viene á combatir conmigo, podréis vosotros entrar en vuestro castillo los víveres necesarios.» El Conde cumplió lo que prometió. Al saberlo Rodrigo, no quiso ir en auxilio de su castillo, sinó que, despreciando al Conde, envió á éste un falso espía y le dijo que sabía por cierto que el Cid le iba á combatir. Sin pararse á averiguar la verdad del caso, el Conde alzó el sitio y, poseído de miedo, huyó á su tierra. Si esto del temor que á todos inspiraba la espada del Cid no estuviera confirmado por los mismos cronistas árabes, podría calificarse de manifiesta exageración; pero es preciso darle asenso, cuando en escritos de sus enemigos se lee: «El poder de este tirano creció hasta el punto de ser gravoso á los lugares más elevados y á los más cercanos del mar, y de llenar de miedo á los nobles y á los pecheros» (1).

Transcurridos los treinta días de treguas, Rodrigo dijo á los sitiados: «¿Por qué tardáis en entregarme la población?» Y ellos, mintiendo, contestaron: «Aún no han vuelto los mensajeros, por lo que esperamos de tu nobleza alargues la tregua.» Por más que Rodrigo no ignoraba que le hablaban en falso, les dijo: «Para que conste á todo el mundo que no tengo miedo á ninguno de vuestros reyes, para que ninguna excusa tengan de no venir á socorreros, alargo las treguas doce días más. Pasados ellos, os aseguro que, si no me entregáis enseguida el castillo, á cuantos de vosotros pueda apresar, he de atormentarle, y, ó le que–

(1) Malo de Molina, ap. XX.

maré, ó le degollaré.» Transcurrieron los doce días, y Rodrigo preguntó á los sitiados: «¿Por qué retrasáis tanto hacerme entrega del castillo?» Y ellos respondieron: «He aquí que vuestra Pascua de Pentecostés está próxima (14 mayo de 1098); en este día haremos la entrega, pues nuestros reyes no nos quieren socorrer. Y tú, con los tuyos, podréis entrar siempre que á ti te plazca.» Él, seguro de que la presa no se le había de escapar, añadió: «No entraré en el castillo en el día de Pentecostés, sinó que os doy treguas hasta el día de San Juan. Durante ese tiempo, tomad á vuestras mujeres, y á vuestros hijos é hijas, y todos vuestros bienes, y con todo ello id á donde mejor os pareciere. Y yo, Dios mediante, tomaré posesión del castillo el día de San Juan.» Los sarracenos no dejaron de mostrarse agradecidos á tan señaladas muestras de un corazón tan compasivo y generoso.

El 24 de junio de 1098 mandó el Cid á sus soldados que subiesen al castillo. Después entró él y mandó que allí se celebrase una misa y que se diesen ofrendas. Ordenó que allí se alzase un hermoso templo dedicado á San Juan; y á sus tropas, que custodiasen con solicitud las puertas, los muros, el castillo y cuantos lugares fuertes había en la ciudad. En el castillo encontraron muchas riquezas. Desentendiéndose del aviso que el Cid dió á los habitantes de Murviedro de que dentro de cierto plazo abandonasen la población, quedaron algunos; pasados tres días, Rodrigo les dijo: «Ahora os mando que cuanto quitasteis á vuestros compañeros y lo que, en daño mío, disteis á los almoravides, me lo entreguéis á mí;

si así no lo hiciereis, no dudéis que os haré entrar en las cárceles y que se os cargue de cadenas.» No pudiendo ellos cumplir lo ordenado por el Cid, fueron despojados de sus bienes, y, por mandato del mismo, conducidos atados á Valencia (1).

Después de esto, Rodrigo se trasladó á Valencia, y la mezquita mayor fué con magníficas obras convertida en Iglesia, que fué dedicada á la Virgen María, madre de nuestro Redentor. Hizo donación á la misma de un cáliz riquísimo y de vestiduras preciosas. Una semana después de la rendición de Murviedro, el 1.º de julio de 1098, dotaba espléndidamente á dicha catedral y á su obispo y clérigos (2).

---

(1) El P. Risco traduce así el pasaje de la Historia Leonesa: «Aunque á los vecinos de Murviedro dió el Campeador licencia de sacar consigo los bienes que poseían, con todo eso se hallaron dentro de la ciudad muchas y ricas alhajas. Pero sucedió que algunos sarracenos que permanecieron en Murviedro, robaron varias cosas y dieron otras con gran perjuicio del Conquistador á los almoravides. Mandóles el Campeador que las restituyesen por entero, amenazándoles que, si no lo ejecutaban, los encarcelaría y cargaría de prisiones. No cumplieron, como debían, el mandamiento; y, en castigo de su culpa, fueron despojados, y llevados á Valencia en la forma que Rodrigo les había dicho (Hist. de Rodrigo Díaz, XIII).» El texto latino da, en verdad, lugar á confusión. Dice así: *Post triduum vero capiti Rodericus ait illis: Nunc vobis omnibus modis præcipio, ut cuncta, quæ in eis hominibus abstulitis, et ea, quæ contra me, et ad meum dedecus, et meum damnum Moabitit contulistis, mihi reddatis: quod si facere nolueritis, vos in carcerem intrudi, es vinculis ferreis dire illaquear i, nequaquam dubitetis. Illi vero quæsita reddere non valentes, divitiis suis omnino nudati, et vinculis vincti ad Valentiam protinus Roderici mandato sunt directi.*

(2) Rodericus Didaci, Valentia sarracenis erepta, ecclesiam et episcopalem sedem restituit et dotat. Anno 1098.—Cum divinam præsentiam catholicorum nullus ambigat, ubique potentialiter adesse, quædam tamen præ cæteris loca ad propiciandum fidelibus sibi legitur Omnipotens elegisse: israelitico namque populo legalibus ceremoniis obumbrato, et tabernaculo Silo, ubi Deus habitaverat in hominibus, ex filiorum Heli nequitia reprobato,

Es un documento notable. Desde luego hay que rectificar la fecha, pues fácilmente se comprende que Rodrigo no habría sin condición dado rentas de poblaciones que aún estaban en poder de mahometanos; y

---

in monte Sion domum orationis cunctis gentibus instituit, in cujus templi dedicatione ad robóranda sim[illegible]m corda, Domini gloria in nebula patenter apparuit, et Deo imperium, q[illegible]e meditatus hoc fuerat, in æternum pro munere constituit; ut autem accedente plenitudine temporis, de terra orta est veritas, et mentita est sibi judeorum iniquitas, atque in Sponsi et Redemptoris sui thalamum ingressa, et redempta plenitudo gentium, profecto claruit, quod scilicet sæpius per Malachiæ prædixerat vaticinium: á solis ortu usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda. Repulsaque primum, ut oportuit, judea perfidia, apostolicæ sonitus prædicationis ab orientali Sion in fines orbis exiens, totam sub occiduo replevit Hispaniam; quæ firmiter ad Dei cultum eruditissimis informata doctoribus, abjectis superstitionibus, extirpatis erroribus, nemine resistente, nonnullis in pace quievit temporibus. At ubi prorsus ex Dei dono abscessit adversitas, et ad votum cuncta successit prosperitas, refriguit charitas, abundavit iniquitas, et sectando otium horrendum Dei oblita judicium, repentinum est perpessa exterminium, et crudeli filiorum Agar gladio sæcularis dignitas funditus corruit pariter cum sanctuario; et qui liber servisse noluit Domino dominorum, jure cogitur fieri servus naturalium servorum. Itaque annorum ferme CCCC. in hac calamitate labente curriculo, tandem dignatus clementissimus Pater suo misereri populo, invictissimum principem Rodericum Campidoctorem, oprobrii servorum suorum suscitavit ultorem, et christianæ religionis propagatorem; qui post multiplices, et eximias, quas divinitus assequutus est, præliorum victorias, divitiarum gloria, et hominum copia, opulentissimam urbem cepit Valentiam, necnon et innumerabili moabitarum, et totius Hispaniæ barbarorum exercitu superato, velut in momento, ultra quam credi potest, sine sui detrimento, ipsam meschitam, quæ apud agarenos domus orationis habebatur, Deo in ecclesiam dicavit, et venerabili Hieronymo, presbytero, concordi et canonica acclamatione, et electione per romani pontificis manus in episcopum consecrato, et specialis privilegii libertate sublimato, prælibatam ecclesiam ex suis facultatibus tali dote ditavit. Anno siquidem Incarnationis Dominicæ LXXXVIII. post millessimum: Ego, Rudericus Campidoctor, et principes, ac populos, quos Deus, quaediu ei placuerit, meæ potestati commissit, donamus ipsi Redemptori nostro, qui solus dominatur in regno hominum, et cuicumque voluerit, dat illud, et Matri Nostræ Ecclesiæ sedi videlicet Valentinæ, et venerabili pastori nostro Hieronymo pontifici, villam quæ dicitur Pigacen, cum villis, et terris, et vineis cultis,

da Picasent, las Alcanicias del reino, las munias ó huerto de Sabalek, el que estaba junto á la catedral y otro del Puig, la villa de Farnals, en término del Puig, y posesiones en Murviedro, Almenara y Burriana,

---

vel incultis, et cum diversi generis arboribus, et cum cunctis ad eam quocumque modo pertinentibus. Similiter quoque villas de Alcanitia, omnibus cum molendinis, et aquæ ductibus, et cum cunctis sibi pertinentibus. Munitionem etiam quam dicunt Almunia de Sabaleckem, cum suis molendinis, et aquæ ductibus, et quodam campo ad meridiem sito, et cum cunctis ad eam quoquo modo pertinentibus. Donamus quoque præscriptae sedi atque pontifici aliam Almuniam quæ est juxta ecclesiam Beatæ Mariæ extra murum præfatæ urbis. Post mortem meam concedimus Almuniam quæ est infra terminum castri quod vocatur Cepolla, de qua nostra excellentia domino Hieronymo, pontifici, quamdam partem tradiderat antequam ad pontificatus honorem ascenderet, eo adveniente de Susanna. Placuit insuper sublimitati nostræ, cunctisque principibus nostris, augere villam quæ dicitur Frenales, cum omnibus suis adjacentiis, infra terminum ejusdem castri Cepollæ sitam, et duodecim parriliatus infra terminum Muri-veteris, et alias duodecim infra terminum castri quod vocatur Almanar. Simili modo, in pago Burrianæ parriliatus duodecim. Concessimus etiam quod quicumque fidelium pro remedio animæ suæ, vel parentorum suorum, dare ex his quæ ex hæreditario jure, vel ex dono nostro, sive cualibet justa acquisitione adeptus est, Matri nostræ Ecclesiæ, vel pontifici, voluerit, liberam dimittendi facultatem habeat. Hæc autem omnia superius pertaxata, Domino Deo et Ecclesiæ Valentinæ in honorem Beatæ et Gloriosæ semper Virginis Genitricis Dei Mariæ consecratæ, liberè, et absolutè, remota omnium posteriorum nostrorum, totiusque successionis nostræ callida argumentatione, obstrusa omnium perversorum voce, compilataque iniquorum machinatione, sopita omni contradictione, donamus in manu pastoris nostri Hieronymi ab Urbano papa secundo canonicè ordinati, et à Deo, ut credimus, ad restaurandam eamdem ecclesiam, prædestinati, quatenus piissimus Dominus à vinculis peccatorum nostrorum immunes officiat, simulque potenter ab hostium nostrorum, tam visibilium, quam invisibilium, insidiis clementer expediat. Quod si quis diabolico instinctu, vel aliquid contra hæc nostra dona, vel instituta, venire ad disrumpendum tentaverit, mille libras auri cogantur solvere pontifici vel ecclesiæ, et ut, qui tentaverint, se posse minime adimplere confidant, præcamur episcopum, quatenus eos gladio anathematis feriat, et animadversionis ultimæ jaculo districte confodiat. Ego vero Hieronymus, Valentinæ ecclesiæ episcopus, cum omnibus presbyteris mihi subditis, exigente justitia, et piis precibus nostri Principis, optimatumque illius, auctoritate Dei Patris Omnipotentis, et Filii, et Spiritus Sancti, et Beatæ Mariæ semper Vir-

porque, como cosas propias, puede disponer de ellas. Y, como estas conquistas no las terminó hasta junio de 1098, la fecha del documento es posterior á dicho mes. Es de advertir que *Al Canicia* es vocablo arábigo que en la España musulmana se usaba para significar templo cristiano ó iglesia. Los moros empleaban esa dicción á modo de denuesto, con arreglo á sus ideas, de igual modo que nosotros entendemos por Sinagoga el lugar en que se falta á la verdad, á la virtud y á la religión, ó, aun, en peor sentido (1). Es, según ese testimonio, indudable la existencia de muzárabes fuera de la capital; lo cual quedará comprobado al tratar de la famosa expedición de Alfonso el Batallador en 1125.

Esta escritura de dotación y la que en 21 de mayo de 1101 otorgó doña Jimena, se cree que fueron sacadas de Valencia al abandonar esta ciudad los cristianos, y que fueron llevadas á Salamanca, en cuyo

ginis, et Beatorum Apostolorum Petri et Pauli, potestate à Deo divinitus nobis per eos, eorumque successores collata, excommunicamus, et anathematizamus, et separamus à sinu Matris nostræ Ecclesiæ, et ab omni consortio christianorum, et jurgimus diabolo et satelitibus ejus omnes homines utriusque sexus, qui res, vel hæc dona ecclesiæ nostræ auferre, disrumpere, vel alienare præsumpserint, donec resipiscant, et canonice episcopo et clericis nostræ sedis satisfaciant. Ego Ruderico, simul cum conjuge mea, affirmo hoc quod superius scriptum est. Martinus, qui hoc scripsit die et anno quo supra cum litteris superius rasis in vigessima secunda linea. Ranimirus rob. Munio rob. Ruderico rob. Martinus conf. Fredinando conf. Didaco conf. Petro test. Fredinando test. Joannes test. Martinus scripsit. (Risco, *Historia de Rodrigo Diaz*, apéndices, IV.—Berganza, *Antig. de España*, parte 2.ª, ap. sec. 3.ª, cap. XIV).

(1) *El Archivo*, II, 60.—Según Pons y Boigues (D. Francisco), *Apuntes sobre las escrituras mozárabes toledanas que se conservan en el Archivo Histórico Nacional*, pág. 27, nota 2, la metátesis *Cansia* por *Canisa*, es muy frecuente. Con efecto; en la escritura de la pág. 192, aparece la palabra *Canisa*, y en el documento de la pág. 248, está repetido el vocablo *Cansia*.

archivo fueron depositadas por D. Jerónimo, obispo que fué de la misma (1).

En la crónica á la cual hemos seguido principalmente en este capítulo, se dice que si se fueran á escribir todos los hechos de armas y conquistas de poblaciones realizados por el Cid, resultaría un trabajo muy extenso, y pesado, por consiguiente, al lector; y que se ha limitado á consignar lo que se tiene admitido como verdad certísima. «Venció á cuantos desafiaron sus armas, y él no fué vencido por nadie» (2).

Las tropas del Cid sufrieron un contratiempo; y, aunque no iban guiadas por él, el disgusto que por ello padeciera influyó en su salud y le causó la muerte.

«El emir de los creyentes, dice un autor árabe, tomó la dirección contra los enemigos, y desde luégo dirigió hacia Cuenca lo más escogido de su ejército. Precedióle Muhámad ben Aixa, y trabó batalla con Alvar Fáñez ¡maldígale Dios! Puso en huída á sus delanteros y ocupó sus reales, quedando regocijados y contentos los muslimes con la victoria. Enseguida se dirigió hacia Gezira Xúcar (Alcira) contra el enemigo, y se le dijo que éste la codiciaba. Hallóse con la flor de las huestes del Campeador, y le atacó, y le causó muchos muertos, sin que escapasen sinó muy pocos de esta escogida gente. Luégo que los que escaparon llegaron hasta él (el Campeador), murió de pena. ¡Que Dios no le tenga compasión!» (3).

---

(1) Risco, *Historia de Rodrigo Diaz*, XV.

(2) Historia Leonesa. No están mal empleados los versos escritos en el sepulcro que en 1272 hizo labrar Alfonso el Sabio: *Belliger invictus, famosus Marte triumphis,—Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus.* Y donde más campea el sentimiento de nacionalidad es en los siguientes: *Quantum Roma potens bellicis extollitur actis,—Vivax Arthurus fit gloria quanta Britannis,—Nobilis è Carolo quantum gaudet Francia Magno,* TANTUM IBERIA DURIS CID INVICTUS CLARET.

(3) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, III.

Que falleció de muerte natural, confírmalo Abu'l Hassán: «El poder de este tirano (Rodrigo) creció hasta el punto de ser gravoso á los lugares más elevados y á los más cercanos del mar, y de llenar de miedo á los nobles y á los pecheros. Y me contó uno haberle oído decir cuando su imaginación estaba exaltada y su avidez era extremada: «En el reinado de Rodrigo se conquistó esta Península, y otro Rodrigo la libertará» (1): palabras que llenaron de espanto los corazones y que infundieron en ellos la certeza de que estaban próximos los sucesos que tanto habían temido. Con todo, esta calamidad de su época, por la gran suspicacia, por la firmeza de su carácter y por su heróico ánimo, era uno de los milagros de su Dios, precipitándolo aquellas cualidades á su muerte natural, que sufrió á poco en Valencia» (2).

Conozcamos ahora los últimos momentos de Rodrigo tal y como los relata la General. El Cid conoció que su existencia había de prolongarse poco, y un mes antes de que terminara, se despidió de sus caballeros anunciándoles su próxima muerte. Fué á la catedral y ante numeroso concurso de fieles hizo su última confesión al obispo don Jerónimo. «Dessi espidióse de todas las otras gentes. É, llorando mucho de sus ojos, fuése para el alcázar é echóse en su cama, é nunca se ende más levantó. É cada día enfraqueçió

(1) Aunque no en forma tan altanera, esa misma expresión dirigida á su señor se halla en el romance: «No soy tan mal vasallo, dijo á Alfonso: pues si hubiera otros muchos como yo, se conseguiría recuperar en breve lo que el rey godo perdió.»

(2) Malo de Molina, apéndice XX.

más, fasta que non fincó del prazo más de siete días.» Por último se despidió de su esposa, y ordenó su testamento, mandando, entre otras cosas, que su cuerpo fuera sepultado en San Pedro de Cardeña, «do agora yaze.»

Las últimas palabras puestas en su boca son éstas: «Señor Jesucristo, cuyo es el poder é cuyos son los reynos: Tú eres sobre todos los reynos, é Tú eres sobre todas las gentes, é todas las cosas son á tu mandado: pues, por esto, Señor, pídote por merçed que la mi alma sea en la fin que non ha fin.» Y cuando esto hubo dicho Ruy Díaz, «el nobre varón, dió á Dios la su alma sin manziella» (1).

Respecto del año, mes y día en que murió, reina la mayor discordancia. La General dice que fué en la Era 1132. El Cronicón Burgense, los Anales Compostelanos y los Toledanos, señalan la Era 1137, de perfecto acuerdo con la Historia Leonesa, según la cual «Rodrigo murió en Valencia en la Era 1137 (1099), en el mes de julio» (2). Es indudable que la General confunde el año de la muerte del Cid, con el de su entrada en Valencia. En cuanto al mes y día, la General apunta el mes de mayo, lo mismo que el Poema del Cid, pero en el día no están de acuerdo, puesto que respectivamente señalan el día 15 y el 29, día éste en que cayó la Pascua de Pentecostés el año 1099. La

(1) Fol. 360 y 361.

(2) En el *Cronicón Burgense*, se lee: «Era MCXXXVII, obijt Rodericus Campidoctor»; en los *Anales Compostelanos*, «Era MCXXXVII, Rodericus Campiductor», y en los *Toledanos primeros*, «Murió Mio Cid el Campiador en Valencia, Era MXXXVII.» En estos últimos falta la letra C.

Crónica impresa del Cid coincide con la Historia Leonesa en el año y en el mes, y llega hasta á determinar el día, 10 de julio de 1099.

¿Fué el Cid digno de ser venerado en los altares, como pretendió uno de nuestros reyes, ó un mónstruo de crueldad, según opinión de casi todos los extranjeros y de algunos nacionales?

Viardot le califica de *digno jefe de una banda de mercenarios*, y dice que fué *duro, avaro, vengativo, atrevido en sus palabras como en sus acciones, lleno de un orgullo salvaje, poco preciado de justicia y de lealtad* (1). A este autor, que incurre, al referir la conquista de Valencia en 1094, en errores y omisiones de consideración, contestan cumplidamente los Sres. Boix y Lafuente.

Algo más acreedor á que se tomen en consideración sus acusaciones, es Dozy, porque no se limita á formularlas, sinó que aduce las razones en que se funda. Ya hemos tenido ocasión de rebatir algunas. Vamos ahora á hacernos cargo de otras.

Cuando al Mostahín fué á apoderarse de Segorbe, «fué engañado por su aliado, el Cid, que se había dejado corromper por los magníficos regalos que Cádir le había hecho sin que lo supiese Mostahín.» En el *Quitab al Ictifá* no se particulariza ni que el Cid estimulara á Mostahín á apoderarse de Valencia, ni que se dejara corromper de Yahya. En la General aparece el arráez Aben Canón, no el Cid, dando aquel consejo; y si bien allí se dice que «el rey de Valencia pusiera su amor con el Cid é enviárale sus dones é

(1) *Historia de los árabes y de los moros de España.*

[illegible]

«Tuvo Alfonso VI que deplorar la devastacion de una de sus propias provincias, devastacion que fué completa, pues el Cid, cuando se ponia á saquear y quemar, no hacia las cosas á medias.» El señor directo é inmediato de aquella provincia era el eterno enemigo de Rodrigo, el conde García Ordóñez, cuyo consejo impulsó á Alfonso VI á sitiar á Valencia, auxiliado de Génova y de Pisa, y sin respeto al compromiso contraido por el rey de Castilla de amparar á Yahya en la posesion del reino de Valencia.

«La carrera de Rodrigo tocaba á su fin; acaso él mismo lo conocia; así, al menos, nos inclinamos á creerlo, cuando le vemos ocupado en edificar iglesias, él, que habia quemado tantas cuando vivia de augurios y servia bajo la bandera de un príncipe muslemin.» ¿Quién acusa al Cid de quemador de iglesias y de vivir de augurios? Pues nada menos que un conde conocido por el *Fratricida* y en guerra con Rodrigo. Berenguer Ramon II era quien, despues de haber experimentado la generosidad del Cid, le apostrofaba diciendo: «Vemos tambien y sabemos que los montes, los cuervos, las cornejas, los gavilanes, las águilas y casi toda suerte de aves, son tus dioses, pues mas que en Dios confías en los augurios de ellas. Y Dios vengará sus iglesias, por tí violadas y destruidas» (1).

Dispuesto Dozy á no respetar al Cid en vida, tampoco habia de guardarle consideraciones bajado al sepulcro; y de paso ofende como por incidencia la memoria del monarca que tuvo el defecto capital de haberse con demasía identificado con el sentimiento de su pueblo. De ahí que, así como los historiadores musulmanes se desatan en maldiciones contra el Cid y Álvar Fáñez, pesados martillos contra el Islamismo,

(1) Hist. Leonesa.

Felipe II, martillo contra la herejía, mereció de todos los heterodoxos el pueril é injusto título de *demonio del mediodía.* «Á medida que pasaban días, escribe Dozy, el Cid iba ganando opinión de santo en la conciencia popular; los soldados se procuraban pedazos de su ataúd, creyéndolos preservativos contra los peligros de la guerra. Faltábale sólo la canonización en forma, y ésta la reclamó Felipe II. Los acontecimientos de la época obligaron al embajador español á abandonar á Roma de improviso, y las negociaciones quedaron interrumpidas. Es, sin embargo, digno de llamar la atención que fuera el sombrío y austero Felipe II quien pidiese que se colocara al Cid en el catálogo de los santos: al Cid, más musulmán que católico y que, aun en su tumba, llevaba un vestido árabe; al Cid, á quien el poderoso monarca hubiese hecho quemar por sus iniquidades como herético y sacrílego, si hubiera vivido bajo su reinado; al Cid, á quien la nación idolatraba por considerarlo el campeón de la libertad, de esa libertad que Felipe supo ahogar en España.» Dozy, á pesar de ser un buen arabista, desconoce á Felipe II, ó afecta desconocerle, aparte de que á nada conduce detenernos en vindicar al monarca más grande que España tuvo. Si la guerra con los infieles, tanto como las virtudes personales, elevaron á la categoría de santos á Fernando III y á Luis IX, no hubo desacierto al promover ó activar el proceso de beatificación de aquel cuya vida pública fué continuo batallar con los mahometanos teniendo á raya en las comarcas de levante á los almoravides, y cuyas costumbres privadas no consta fuesen merecedoras de

censuras. «Si fué cruel el Cid, dice el traductor de Dozy, lo fué como Napoleon y César, quienes no por serlo, dejan de ser hombres verdaderamente grandes. Lo que se trata de saber en el Cid, es, no si quemó á dos literatos más ó menos el Cid, como Rodrigo Diaz, nada nos importa; nos importa en tanto que es representación del sentimiento nacional: razon por la que nos explicamos que Felipe II, mas español que católico, no tuviera reparo en canonizarlo, quemara ó no quemara iglesias y vistiera ó no vistiera de moro.»

Hacemos, pues, nuestras las palabras del Sr. Malo de Molina: «Creemos habernos acercado al verdadero tipo del Cid de la historia: al hombre que, criado y educado al lado de los monarcas, aprendió á respetarlos y á hacer la guerra con todo el ardor que había visto en los reyes D. Fernando y D. Sancho de Castilla: al súbdito leal, que, á pesar de que sus inclinaciones le conducian á obrar en beneficio del pueblo, cuyo origen recordaba haber sido el de sus progenitores, no se excedia en sus peticiones: al patricio que, anteponiendo el interés de este mismo pueblo al particular de los reyes, representaba con entereza las necesidades de las clases menos elevadas, sin hollar la dignidad de su soberano: al guerrero que no podia dejar pasar mucho tiempo sin que su brazo blandiese la lanza ó la espada: al cristiano de la Edad Media que, poseído del celo religioso de aquellos tiempos, no concedía descanso á los enemigos de su fe: al político de su siglo, que no miraba como ignominioso el hacer alianzas con un enemigo, siempre que tuvieran por objeto la destrucción de otro mayor; pero al político

que desde que pudo obrar por su cuenta, fué perseverante en su propósito, cruzándose en mil empresas diversas, si bien todas vienen á descubrir un fin, la posesión de Valencia y de su reino, como la joya más codiciada de los régulos del Islam. Le hemos visto respetuoso siempre hacia su rey D. Alfonso, á pesar de los sufrimientos que este monarca le infirió más de una vez; y, lo que es más de admirar aún: teniéndose y proclamándose por su vasallo, cuando, radiante de poder y atacado por toda la morisma valenciana, podía haber competido con los demás reyes sus vecinos y haberse igualado á ellos, si la ambición hubiera sido el móvil de sus conquistas. Pudo proclamarse rey de Valencia y proporcionar grandes disgustos á la corona de Castilla; y, al abstenerse de hacerlo, contrajo un mérito, á nuestro pobre juicio, tan grande, que esto solo, puede borrar las ligeras manchas que se notan en su vida» (1).

Conocedores del mérito excepcional del Cid y del reconocimiento á que su vida le hace acreedor, algunos valencianos trataron no ha mucho de elevarle una estatua en la ciudad ilustrada con sus más legendarias proezas. Á la bondad de ese pensamiento no ha faltado quien haya puesto reparos, dificultando, tal vez, la realización de un acto que nosotros juzgamos de perfecta justicia.

«Otra estatua tenemos en puerta: la del *Cid Campeador*. Que nos perdonen los iniciadores del pensamiento lo que vamos á decirles. El Cid es héroe *bur-*

(1) *Rodrigo el Campeador*, III.

galés, no valenciano. Sus hechos sobre Valencia tienen mucho que depurar para hacérnoslos aceptables: comenzando por sus talas, que eran robos en gran escala, y acabando por el asesinato de Aben Gehaf, el moro más importante de aquellos tiempos. Y, además: el Cid ¿qué ha dejado en Valencia que le recuerde? Nada. No así D. Jaime, quien, si bien no nacido en Valencia, se identificó con nosotros en religión, patria y letras. El Conquistador destruyó aquí el Islamismo y estableció el culto católico: pobló y dió fueros al suelo valenciano, y, por fin, nos dió lengua y hasta monumentos escritos de su mano» (1).

Sentimos no estar de acuerdo con el autor de este párrafo. Si el Cid es héroe burgalés, el Conquistador ¿no fué provenzal? Si las talas de Rodrigo fueron robos en gran escala, ¿qué fueron las correrías de D. Jaime á Burriana, Valencia, Cullera y Játiba? Si fué asesinato el suplicio de Aben Gehaf, ¿no le atenúa nada la rudeza de aquellos tiempos y el modo de tratar entonces á los musulmanes? ¿Cuánto más horrible no fué mandar cortar la lengua al obispo de Gerona? Dejó el Cid en Valencia lo que hubiera dejado D. Jaime si, en vez de sobrevivir á su conquista treinta y ocho años, sólo hubiese vivido después cinco y siempre rodeado de almoravides. No pudo el Cid ser legislador, pero fué lo que las circunstancias le permitieron ser: «campeador famoso, paladín ilustre, capitán invencible, súbdito leal; y si no se conservó Valencia para el cristianismo después de su muerte, ya no pudo ser culpa

(1) *El Archivo*, IV, 41-42.

suya; serialo de las circunstancias, ó serialo de Alfonso, que la destruyó y abandonó» (1). Cierto es que don Jaime nos dió su lengua; pero, ¡lástima que no nos diese la de Aragón, más á propósito, como más semejante á la de Castilla, que se habla hoy en casi toda España, para constituir nuevo y poderoso vínculo de unión con el resto de la Península!

Hay, después de todo, entre esas dos grandes figuras muchos puntos de semejanza. Hasta en los últimos días de su existencia resulta grandísimo parecido. El Conquistador enfermó en Alcira y murió en Valencia; falleció el Cid en Valencia á causa del disgusto que experimentó por la rota de sus huestes en Alcira. Una revolución cosmopolita y extraña en su origen á nuestra tierra, alteró también el reposo que los restos de los dos héroes tenían en Poblet y en Cardeña. Valencia no guarda las cenizas de ninguno de los dos: tienen esa gloria la catedral de Tarragona y la capilla del ayuntamiento de Burgos. Pero Valencia ha suplido en parte esa falta: se ha honrado alzando una estatua á Jaime I. Debe completar la obra elevando otro monumento igual al Cid Campeador. Además, que «fasta que ganó á Valencia el rey don Jaymes, siempre fué llamada VALENÇIA LA DEL CID» (2).

---

(1) Lafuente, II, 7.

(2) Crónica General, fol. 362. La edición que hemos tenido á la vista se titula: «Las quatro partes enteras de la Crónica de España que mandó componer el Serenísimo rey don Alonso llamado el Sabio. Donde se contienen los acontesçimientos y hazañas mayores y más señaladas que suçedieron en España; desde su primera poblaçión, hasta casi los tiempos del dicho señor rey.—Vista y emendada mucha parte de su impresión por el maestro Florián Docampo, cronista del emperador é rey nuestro señor.—Zamora, 1541.»

CAPÍTULO X

DOÑA JIMENA

(1099-1102)

Empeño de Yusuf ben Texufin en recobrar á Valencia.—Syr ben Abi Becr y Álvar Fañez.—Concordancia entre la General, Conde y la Historia Leonesa.—Episodio trágico árabe.—Confirma doña Jimena la donación de su marido á la catedral de Valencia y á su obispo.—Abu Mohammed Mazdalí.—Último sitio puesto por los almoravides á Valencia.—El obispo don Jerónimo acude á Alfonso VI en demanda de auxilio.—Los cristianos abandonan á Valencia y la incendian.—Traslaciones del sepulcro del Cid.—Doña Jimena.—Don Jerónimo.—Las hijas del Cid.—Álvar Fáñez.

DOÑA Jimena Diaz habia de probar que era digna esposa del invicto Campeador y madre del joven que á manos de los moros acaudillados por al Mondhir murió cerca de Consuegra, cuando la atrevida correria del emir de Denia hasta Medina del Campo. Aunque aislada Valencia en medio de la inundación general de almoravides, no, por el duro contratiempo de la muerte de Rodrigo, pensó su esposa abandonarla; sinó que, siguiendo los consejos del obispo don Jerónimo y apoyada por Álvar Fáñez y otros notables caudillos, se mantuvo en ella hasta fines de abril de 1102, esto es, cerca de tres años.

La ilustre viuda residia junto á su marido desde la batalla de Cuart, época en que, al parecer, juntamente con sus dos hijas doña Elvira y doña Sol, ó doña Cristina y doña Maria, vino á Valencia (1);

(1) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, IV.

sin embargo, es lo más probable que se trasladase á dicho punto tan luégo como Alfonso VI le dió libertad para volver á la compañía de Rodrigo (1).

Que Álvar Fáñez cargó con el peso de la defensa de la ciudad, dícelo el testimonio de un autor árabe: «Luégo que vió el emir Syr ben Abi Becr lo que podía esperar del amor del enemigo y que no había más que desgracias en el país, dispuso su partida y salió en busca de Álvar Fáñez, y le batió juntamente con su ejército, y Dios rompió su poder: por lo cual tuvieron miedo los cristianos y conocieron que la sumisión á los almoravides no estaba lejana» (2).

«Yúsuf ben Texufín hizo todos los esfuerzos imaginables por recobrar á Valencia, pues la posesión de ella por los cristianos era para él una mota en el ojo. Contra ella envió los hombres más intrépidos, y la guerra ofreció diferentes suertes, decidiéndose á veces por los cristianos, y á veces por los almoravides» (3).

Ese mismo caudillo Syr ben Abi Békir, con una buena armada se había apoderado de las Islas Baleares, las cuales desde el año 440 (jun. 1048-49) estaban en poder de los Beni Xuheid, ilustres jekes de Murcia que las tenían por los emires de Valencia y de Denia y las gobernaban en paz y justicia. «Acabada la expedición á las Islas, con aviso que hubo Syr ben Abi Békir de la entrada de los cristianos en Valencia, que le comunicó el gobernador de Almería, hijo de Áhmed ben Gehaf, el quemado por el Cambitor, envió toda su armada de naves y saetías, con mucha gente de

(1) Risco, *Historia de Rodrigo Díaz*, XVII.
(2) Malo de Molina, apéndice XXI.
(3) Ibidem, XX.

desembarco y gran ballestería de alárabes, de moros de Lamtuna y masamudes, y vino sobre la ciudad de Valencia; y los cristianos y los muslimes sus aliados, viendo que no la podían mantener y que no esperaban socorro, la abandonaron después de largo cerco, en que hubo sangrientas batallas y reñidas escaramuzas» (1).

«Después de la muerte del Cid, su esposa se mantuvo en Valencia al frente de numerosa guarnición de caballeros é infantes. Sabida la muerte del Cid, todos los sarracenos que habitaban en las costas, reunido un crecido ejército, al momento acudieron sobre Valencia» (2). Nueve días después que el hijo del rey Búcar plantó sus reales junto á la ciudad, saliendo los cristianos una noche por la puerta de Troteros (Roteros), atacaron de improviso al campamento enemigo, y Búcar (Becr ó Békir) experimentó una derrota espantosa, teniendo que refugiarse más que de prisa en sus naves (3).

Vista la harmonía que guardan ciertos hechos considerados hasta hoy como fabulosos con otros tomados de los cronistas árabes y calificados de ciertos, ¿quién será capaz de precisar en ellos la línea divisoria entre lo llamado ficticio y lo que es real?

Parece que los régulos españoles musulmanes, visto el incremento que tomaban los almoravides, depondrían su actitud de continua revuelta y se fijarían en el peligro que á todos amenazaba. Mas no fué así: por los días en que los africanos procuraban derrocar

(1) Conde, III, 22.
(2) *Hist. Leonesa.*
(3) *Crónica General*, fol. 631-632.

el baluarte alzado por el potente brazo del Cid, el señor de Murviedro y un yerno suyo ofrecían al mundo un espectáculo nada edificante.

Poco antes de morir Abú Merwán, señor de Santa María de Albarracín, el mismo á quien cedió sus estados Abú Isá ben Lebún, estuvo á pique de perder la vida á manos de Obeidallah, cuñado suyo y señor de Alarcón (Adzcón). Era Abú Merwán muy amado de sus gentes: el fuego de la hospitalidad ardía noche y día en su casa, trataba con la mayor afabilidad al pueblo, era su más seguro amparo en las necesidades. Reunía, además, otras prendas no menos recomendables en un buen muslim: era en la guerra animoso, valiente y audaz, amaba al soldado y se confundía con él en el traje, en la montura y en ocupar el sitio de mayor peligro: era, pues, el sér predilecto de aquellos á quienes acaudillaba en el campo de batalla.

En sáfar de 493 (última quincena de 1099 y primera de 1100), Obeidallah, su cuñado, de acuerdo con Abú Isá ben Lebún y con otros muchos, se propuso heredar, de grado ó por fuerza, al señor de Albarracín; y, al efecto, le invitó á una entrevista. Acompañado de su hijo, que estaba para casar con una hija de Abú Merwán, y seguido de la taifa de los suyos, visitó al cuñado: hízole tan extrañas peticiones y demandas, para que le designara por heredero de sus estados y le sirviera con tropas y dinero, que Abú Merwán, no pudiendo sufrir por más tiempo tantas y tales importunidades, hubo de reprenderle con aspereza; y Obeidallah le replicó con otras razones no menos duras.

Ya en semejante trance, padre é hijo, acalorados los ánimos, esgrimieron los aceros y acometieron contra Abú Merwán. Comenzó á lanzar gritos pidiendo socorro una hermana, ó una hija, esposa del de Alarcón, ó prometida de su hijo, y al momento acudieron la familia y gente de Abú Merwán. Se lanzaron sobre los agresores, y hubieran acabado con padre é hijo, á no haberlos contenido el señor de Albarracín, cubierto de heridas. A Obeidallah se le clavó en una cruz, sacados los ojos y cortados pies y manos; y al hijo se le condenó á perpétua reclusión, según unos, ó se le dió libertad, amputado un pie, según otros.

No es fácil que Abú Isá ben Lebún lo pasara bien si paró en manos de Abú Merwán, el *Humanitario*. Quizá pereciera en la refriega, puesto que de él ya no vuelve á hacerse mención. Abú Merwán murió poco después; y al heredar Yahya, su hijo, los estados, quedaron dependientes de Valencia, de la cual eran ya dueños los almoravides (1). En 1170 los cedió Aben Sad á D. Pedro Ruiz de Azagra.

No obstante el cuidado en que á doña Jimena había de poner el tenaz empeño de los almoravides por recobrar á Valencia, no menos religiosa la ilustre viuda que su marido, dotaba, en 21 de mayo de 1101, á la iglesia catedral, consagrada «á la bienaventurada siempre Virgen María,» y no á San Pedro, como sin fundamento se ha venido diciendo. Es más: ni ella ni el obispo dan señales de querer abandonar á Valencia; y, sin embargo, á contar de la fecha de esa donación

(1) Conde, l. c.—Chabret, *Sagunto*, XIV.

hasta que Mazdalí se puso sobre la ciudad con ánimo de hacerse dueño de ella, no transcurrieron sinó cuatro meses. Doña Jimena no hizo al otorgar su carta más que confirmar lo que su marido hiciera en 1.º de julio de 1098; pues ya en aquella fecha señaló dotación á la misma iglesia catedral, dotación aceptada por su obispo don Jerónimo (1).

Al caudillo Abu Muhámad Mazdalí, «punta de lanza y cordón de que Yúsuf ben Texufín se servía para ensartar sus perlas,» cupo la gloria de recobrar para el Islam la ciudad de Valencia. Habiendo durado

---

(1) Principium scripti muncatur sub nomine Christi. Ego denique Eximena Didaz, inspirante me divina clementia, nullius cogentis imperio, neque suadentis artículo, sed propria atque spontanea mea voluntate, una cum cunctis filiis atque filiabus, necnon et meis bonis hominibus, facio hunc titulum scriptionis et donationis ad honorem Dei et Beatæ semper Virginis valentinæ sedis. Concedimus Deo et gloriosæ Dei genitricis prædictæ atque patri nostro domino Hieronimo, pontifici, ejusque successoribus, per remedium animæ domini et viri mei Ruderici Campidatoris, sive per remedium animæ meæ, vel filiis atque filiabus, et nepotibus meis, non solum illis decimis quæ prædictus dominus et vir meus donavit, sed remota omni occasione, adimpleta decimas omnium rerum quæ adquisierat per totum meum honorem, quem modo et à filiis vel filiabus et nepotibus meis habemus, vel deinceps per terra, sive per mare, auxiliante Deo, adquisituri sumus. Imprimis de pane, et vino, oleo, vel fructus de hortis et arboribus, vel omnia quæ tellus fructifera profert, adhuc etiam de molendinis, et balneis detentis, vel cabernis, de alfondicis, vel de domibus, de furnis, sive de illas maximas et minimas alcabalas, insuper et quinta pars quam usum visumque est accipere de meis hominibus, vel etiam de omnibus rebus, tam de foris, quam de intrinsecis meis urbibus, vel castris maximis et minimis acquisituri sumus; damus Deo et prædictæ Dei genitrici, et omnibus sanctis ejus, et patri nostro reverendissimo Hierónimo, episcopo, ejusque successoribus, donanda concedimus. Ideo, ego, præfata Eximena, hæc omnia, libenti animo, do; et juro filiis, filiabusque et nepotibus meis jurare atque firmare præcipio, ut quandiu vita vixero et honorem tenuero, ita adinplebo in omnibus, sicut promissi Deo et matri nostræ Ecclesiæ. Quando autem eis istum honorem dimissero ipsis meis filiis et filiabus, hoc totum per scriptum adimpleant quemadmodum

el sitio siete meses, que terminaron al mediar récheb del año 495 (5 mayo de 1102), comenzó Valencia á ser combatida por los almoravides, en los primeros días de octubre de 1101. Al verse doña Jimena, la viuda de tan esclarecido marido cual fué el Cid, en situación tan angustiosa, y no hallando á su infelicidad remedio por ningún lado, envió el obispo de la ciudad á Alfonso VI, para que la amparase en aquella extrema necesidad. Apenas el rey oyó el mensaje, se puso al frente de su ejército y corrió á Valencia. La desgraciada doña Jimena mostró su gratitud al rey

---

Deo juravimus et promissimus; et non tantum modo ego, et filiis vel filiabus meis ista donaria Deo concedimus, sed et nostris principibus, quanto jure sunt constituta, simili modo illud quod ex nobis tenentur, in eodem hæreditario decimis Deo promittant atque concedant; nos autem, non solum hanc paginam firmamus, sed et aliis privilegiis quos dominus et vir meus Rudericus donavit atque firmavit, et nosmet ipsas paginas firmavimus, et filiis, et filiabus et principibus nostris firmare præcipimus; et, ut firmæ permaneant, propriis nostris muneribus præsignavimus. Quod si quis, diabolico instinctu vel aliqua contra hæc nostra dona venire ad dirumpendum tentaverit, centum libras auri cogantur persolvere pontifici vel Ecclesiæ; et ut quæ tentaverint, se posse minime adimplere confidant. Precamur episcopum quatenus eos gladio anathematis feriat et animadversionis ultimæ jugulo districte confodiat.—Ego, Hieronimus, Ecclesiæ episcopus, cum omnibus clericis mihi subditis, authoritate Dei Patris omnipotentis, et Filii et Spiritus Sancti, et B. Mariæ semper Virginis, et beatorum apostolorum Petri et Pauli, à Deo divinitus nobis per eos, eorumque succesores potestate collata, excomunicamus, et anathematizamus et separamus à sinu matris nostræ Ecclesiæ, et ab omni consortio christianorum sequestramus, et jungimus diabolo et satellitibus ejus omnes homines utriusque sexus, qui iis sacris institutis rebelles vel inobedientes obstiterint, donec resipiscant et digne Deo, et Sanctæ Ecclesiæ, et nobis, vel successoribus nostris satisfaciant. Facta carta hujus donationis duodecimo kalendas junii, era 1139, anno Domini Nostri Jesu Christi, 1101. Ego, Eximena prædicta, qui hanc paginam fieri jussi, manu mea firmavi.—Ramirus, roboravit.—Munio, rob.—Fredinando, rob.—Petrus, confirmas.—Rudericus, conf.—Santius, conf.—Pelagio, testis.—Didaco, t.—Nuno, t.—Martinus, scripsit. (Risco, ap. V.—Chabás, *Mon. hist. de Val. y su Reino*, II, 1-2).

besándole llena de júbilo los pies, y le suplicó que á ella y á los cristianos que con ella estaban los socorriese. Se procuró, de pronto, conservar la ciudad, mas no se halló á nadie que pudiera defenderla de los sarracenos, por caer demasiado apartada de Castilla. Se resolvió, pues, tomar el partido de abandonarla y de que doña Jimena, con los restos de su marido, con los cristianos que allí estaban y con sus bienes y riquezas, se trasladase á Castilla. Y ésa fué también la disposición que en sus últimos momentos dejó Rodrigo:

«Pues que todos fueron llegados en uno, enderesçaron su camino para Castiella, assí como el Cid les mandara. E albergaron aquella noche en una aldea que dezíen Siete-aguas, que es á nueve leguas de Valencia, contra Castiella. Dize la Estoria, que quando la compaña del Cid se partieron de Siete-aguas, enderesçaron su camino faciendo sus jornadas muy pequeñas, que llegaron á Salvacañete.»

Una vez ya salidos todos de la ciudad, lo cual no fué difícil, pues los almoravides habían alzado el sitio y huído al aproximarse Alfonso VI, éste mandó que se la prendiera fuego, y libertados y libertadores, sin que nadie se atreviera á estorbarles el paso, llegaron á Toledo (1).

Los almoravides, luégo que los cristianos salieron, entraron en Valencia, aunque incendiada, y «ya nunca la perdieron», dice la Historia Leonesa. Los moros de la Alcudia fueron los primeros en entrar, no sin pre-

(1) Esto sucedió en mayo de 1102, según se lee en los *Anales Toledanos:* «El Rey D. Alfonso dexó deserta á Valencia en el mes de mayo, Era MCXL.» El año aparece confirmado en las *Memorias antiguas de Cardeña:* «Era de MCXL. perdieron los cristianos á Valencia.»

cauciones, por temor de caer en alguna celada. Los moros fueron dueños de Valencia «fasta que la ganó el rey don Jaymes de Aragón. E non ovo tan poco tiempo que la tovieron los moros, según cuentan las estorias: que non ha bien çiento é sesenta años; pero, que la ganó el rey don Jaymes, siempre fué llamada VALENCIA LA DEL CID.»

No paró en Toledo la comitiva que acompañaba á D.ª Jimena. Ésta, con sus caballeros, trasladó el cuerpo de Rodrigo al monasterio de San Pedro de Cardeña; y allí, celebrados solemnes funerales en sufragio de su alma, se le dió honrosa sepultura (1).

No será de sobra hacer constar lo que se sabe acerca del cadáver del Cid y de los que fueron sus compañeros en las gloriosas proezas que llevó á cabo. Pareciendo á Alfonso el Sabio sobrado modesto el primer sepulcro en que estuvo el cuerpo del Cid, en 1272 hizo construir uno nuevo, con dos piedras grandes, y le colocó al lado izquierdo del altar mayor. En 1447, al reconstruir la iglesia, fueron los restos del Campeador colocados en otro sepulcro, sobre cuatro leones y al frente de la sacristía. En 14 de enero de 1541 fueron trasladados á la pared del lado del Evangelio, y en octubre de aquel mismo año hizo Carlos V que se colocasen en el centro de la capilla mayor (2).

---

(1) *Historia Leonesa.*—*Crónica General*, f. 362.—Malo de Molina, apéndice XX.

(2) Es digno de conocerse el decreto por el cual se colocó el sepulcro en medio de la capilla mayor á fin de octubre de 1541.—Dice así:

EL REY.

Venerable Abad, Monges y Convento de San Pedro de Cardeña. Ya sabéis como Nos mandamos dar, y dimos una nuestra Cédula para vosotros, del

En 1835 desaparecieron preciosos monumentos de nuestra gran importancia religiosa y política en los siglos medios. Ni las cenizas del Cid ni las de Jaime I fueron respetadas. Las del héroe castellano fueron trasladadas en 1842 á Burgos, y se las depositó en la capilla de las Casas Consistoriales, donde se las guarda

tenor siguiente: El Rey.—Concejo, Justicia, y Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y homes buenos de la ciudad de Burgos, ha sido hecha relación, que bien sabíamos, y á todos es notorio, la fama, nobleza, é hazañas del Cid, de cuyo valor á toda España redundó honra, en especial á aquella ciudad onde fué vecino, y tuvo origen y naturaleza; y que así los naturales de estos Reynos como los Extranjeros de ellos, que pasan por la dicha ciudad, de las principales cosas que quieren ver en ella, es su sepulcro, y lugar donde él y sus parientes están enterrados, por su grandeza é antigüedad; é que había treinta, ó quarenta días, que vosotros, no teniendo consideración á lo susodicho, ni mirando á que el Cid es nuestro progenitor, y los bienes que dexó á esta casa, y la autoridad que de estar él ahí enterrado se sigue al dicho Monasterio, habéis desechado y quitado su sepultura de en medio de la Capilla Mayor, donde ha más de 400 años que estaba, y le habéis puesto cerca de una escalera y lugar no decente, y muy diverso en autoridad, y honra del lugar, y honra, que es fama. También habéis quitado de con él á doña Ximena Díaz su muger, y puéstola en la Calostra del dicho Monasterio, muy diferente de como estaba. Lo qual aquella ciudad, así por lo que toca á nuestro servicio, como por la honra de ella, ha sentido mucho: y que como quiera que luégo que se supo, fueron á ese Monasterio el Corregidor é tres Regidores de ella, á procurar con vosotros que restituyésedes los dichos cuerpos al lugar en que solían estar, no lo habéis querido hacer; y que si esto así pasase, la dicha ciudad se tenía por muy agraviada: allende de que es cosa de mal exemplo para Monasterios, é Religiosos, que viendo la facilidad con que se muda la sepultura de una tan famosa persona, tomarán el atrevimiento de alterar y mudar qualesquier sepulturas, y memorias, de que se seguirá mucho daño á nuestros Reynos: Suplicándonos y pidiéndonos por merced, fuésemos servidos de mandar que restituyésedes los cuerpos del Cid y su muger en la sepultura, lugar, é forma, que antes estaban. É porque habiendo sido el Cid persona tan señalada, como está dicho, y de quien la Corona Real de Castilla recibió tan grandes y notables servicios, como es notorio, estamos maravillados de cómo habéis hecho esta mudanza en sus sepulturas, vos mandamos que si es así que los dichos cuerpos, ó sus enterramientos, están mudados, luégo que ésta recibáis, los volváis al lugar, y de la

cual tesoro de inmensa valía (1). Junto al sepulcro del Cid está el de su esposa, que murió el año 1104.

Don Jerónimo fué consagrado obispo de Valencia por el papa Urbano II (1088-1099). Apenas llegado á Toledo fué nombrado obispo de Salamanca y de Zamora: Raimundo de Borgoña y su esposa doña Urraca le hicieron donación de las iglesias y clérigos de aquella diócesis en 22 de junio de 1102. Murió en 30 de igual mes de 1120 (2).

Tuvo el Cid dos hijas, llamadas, en la General, doña Elvira y doña Sol, de las cuales dice que casaron con los infantes de Carrión. Hoy está probado que

---

forma, y manera que estaban; y en caso que no estuvieren mudados, no los mudéis, ni toquéis en ellos, agora, ni en ningún tiempo: y habiendo cumplido primero con lo susodicho, si alguna causa, ó razón tenéis para hacer la dicha mudanza, enviárnoseis relación de ello, y de como volvisteis los dichos cuerpos, y sepulturas á su primero lugar dentro de quarenta días, para que lo mandemos ver, y proveer en ello lo que más convenga: Fecha en Madrid á ocho días del mes de Julio de mil quinientos y quarenta y un años. Joannes Cardinalis. Por mandado de su Magestad, el Gobernador en su nombre. Pedro de Cobos. (Risco, *Historia de Rodrigo Díaz*, XVI).

(1) Malo de Molina, apéndice XX.—*Hist. Leonesa.*—*Crónica General*, 361-362.

(2) Risco, *Historia de Rodrigo Díaz*, XVII y XVIII.—Por lo que escribe Sandoval (*Chrónica del inclito Emperador de España don Alonso VII*, cap. XIV), aún vivía en la Era 1164 (1126): «Se le dió la silla (de Salamanca) á don Gerónymo, obispo de Valencia, quando se perdió por muerte del Cid, que fué después de la Era 1139 (1101), como, por papel original de doña Ximena Díaz, muger de Rodrigo Díaz el Cid, he visto que lo tiene la santa Yglesia de Salamanca; y dél saqué un tanto, que tengo... Y en este año de la Era 1164 (1126), queriendo el rey don Alonso conservar y aumentar lo que su padre avía començado, en Salamanca, á treze de Abril, estando en esta ciudad, dió su carta, en que dize: que, assí como sus padres honraron y heredaron la santa Yglesia de Salamanca, quando poblaron la ciudad, assí él, por el remedio de su alma, le haze gracia y merced á la dicha Yglesia y á su obispo don Gerónymo, de todas las Yglesias y Clérigos, assí de la dicha ciudad como de toda su Diecesi, para que siempre las tenga en su poder y señorío...»

sus verdaderos nombres eran doña Cristina y doña María. La primera casó con don Ramiro, infante de Navarra, el cual murió en la Era 1148 (1110), de cuyo matrimonio nació García Ramírez, el restaurador de dicho reino á la muerte de Alfonso el Batallador; y doña María, con Ramón Berenguer III el Grande, conde de Barcelona. Estas bodas se concertaron en Valencia (1).

De Álvar Fáñez, el Albarhanis de los cronistas árabes, se halla mención en el relato de la triste batalla de Uclés, en que pereció el príncipe don Sancho, único heredero varón de Alfonso VI. A la venida de Ali ben Yúsuf en 1107, dió á su hermano Temim, walí que había sido del Magreb, el gobierno de Valencia. Deseoso Temim de realizar alguna empresa de importancia, se propuso tomar el castillo y ciudad de Uclés. Para ahuyentar á los almoravides, Alfonso envió, con un buen ejército, á su hijo, niño de once

(1) «Este mío Cid el Campiador ovo por mugier á dona Ximena, nieta del rey don Alfonso, filla del conde don Diago de Asturias, et ovo della un fillo et dos fillas; et el fillo ovo nombre Diago Royz, et matáronlo en Consuegra los moros; de las fillas la una ovo nombre dona Christina, la otra, dona María; casó dona Christina con el infant don Ramiro, casó dona María con el cont de Barcelona; el infant don Ramiro ovo en dona Christina fillo al rey don García de Navarra, al que dixieron Garci Ramírez; el rey don García tomó por mugier á la reina dona Magelina, et ovo della fillo al rey don Sancho de Navarra; este rey don Sancho tomó por mugier la filla del Emperador de Espanna, et ovo della fillo al rey don Sancho que agora es rey de Navarra (Genealogía de Rodrigo Díaz escrita en tiempo del santo rey don Fernando.—Malo de Molina, ap. II).—*Crón. General*, fol. 346.—En una historia portuguesa á que se remite Sandoval (Hist. de los Reyes de Castilla y de León, *Doña Urraca*), dice del rey don García, el que murió en Atapuerca: «Este Rey Don García ouvo dous fillos, Don Sancho, et Don Ramiro, que casou despois con á filla do Cide.»

años. Fueron los de Castilla derrotados, y pereció el tierno infante (1108). Álvar Fáñez fué uno de los nobles que, al verlo todo perdido, corrieron al lado del abatido monarca, que murió al año siguiente (30 junio 1109).

Pocos años alcanzó del turbulento reinado de doña Urraca. Al asomar las escandalosas discusiones entre ella y su marido en segundas nupcias Alfonso I de Aragón, logró, entre ellos, establecer momentánea concordia (1). Mediado enero de 1111, estando los monarcas en Oña, Álvar Fáñez confirma la donación hecha por ellos á favor del monasterio de la expresada villa (2). Encendida ya la guerra civil en Castilla, siguió de pronto el bando aragonés. El día 19 de abril, después de las famosas rotas que los castellanos experimentaron en Cantespino (Segovia) y en Viadangos, fué jurado rey de Castilla en Toledo el monarca de Aragón, «siendo mucha parte Álvar Fáñez, que tenía algunos castillos del reino». Poco después, reunió un buen ejército, fué sobre Cuenca y la tomó por fuerza en el mes de julio (3).

Una de las páginas más gloriosas de su brillante historia constitúyela el buen uso que hizo de alcaide de Toledo, cargo con que le había investido el rey de Aragón. Así lo demostró en la defensa que de aquella

(1) Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, V.

(2) Sandoval, *Hist. de los Reyes de Castilla y de León*, Doña Urraca.

(3) Sandoval, O. C.—En el cap. IV de las Adiciones y Tabla de la *Chrónica del inclito Emperador de España don Alfonso VII*, del propio autor, se lee: «Álvar Fáñez prisó Cuenca de Moros en el mes de julio, Era 1149».

ciudad hizo contra los almoravides, capitaneados primero por Mazdalí y luego por el mismo Alí.

En el año 507 de la Hegira (jun. 1113-14), el caudillo Mazdalí corrió la comarca de Toledo, hizo espantosas algaras, taló campos, quemó alquerías y llegó á combatir durante ocho días la ciudad. Cuando Álvar Fáñez tuvo noticia de tales estragos, llegó con poderosa hueste en socorro de Toledo. Mazdalí levantó el campo, mostró salir al encuentro del caudillo castellano, pero aprovechó la oscuridad de una noche y se retiró hacia Córdoba, adonde llegó cargado de despojos (1).

Alguna mayor importancia tuvo otra expedición de los almoravides contra la ciudad de los Concilios. Alí ben Yúsuf, aprovechando el desorden que á la muerte de Alfonso VI había en España, desembarcó, acompañado de Texufín su hijo, en Sevilla, seguido de algunos miles de caballos, ballesteros y peones. En pocos días se trasladó á Córdoba, y allí se le incorporaron los soldados muslimes de España. El ejército de Alí cruzó por tierras de Álvar Fáñez Minaya, tomó castillos fuertes y ciudades, parte de los cuales fueron destruídos y parte fortificados. Llegados á Toledo los mahometanos, destruyeron también los castillos de San Servando y de Azeca. Se aproximaron á la ciudad y con máquinas lanzaron á ella toda suerte de armas

(1) Conde, III, 25.—En Sandoval, *La Reina D.ª Urraca*, se lee: «Y en el año siguiente Era 1151, conforme á unas memorias, cercaron á Álvar Fáñez, no dice si Moros ó Christianos, en Montsant.» Y en otro punto: «Dice una memoria, Era 1151, el rey moro Hazmaldali prisó Oreja, y hubo un temblor en la tierra al anochecer martes.»

arrojadizas. Pero estaba dentro el esforzado capitán Álvar Fáñez al frente de una guarnición tan numerosa como decidida. Ésta contestó al ataque de los enemigos sembrando en ellos la muerte. Despechado Ali, hizo por la noche arrimar haces de leña á una torre muy alta situada á la cabeza del puente, frente á San Servando. Disparaban los sitiadores saetas con las puntas recubiertas de alquitrán encendido, para prender fuego al combustible hacinado al pie de la torre; los cristianos le apagaron vertiendo gran cantidad de vinagre. Rodeaban á Álvar Fáñez personas encanecidas y muy diestras en tan difíciles circunstancias. Terco Ali, al ver que los medios hasta allí empleados de nada le habían aprovechado, ordenó que á la mañana siguiente sus tropas, comenzando los zenetas, tras los cuales seguirían los moros españoles, y después de éstos los almoravides, colocasen las máquinas de guerra al pie de los muros. Los cristianos opusieron otras, de modo que jugando unas y otras por espacio de siete días, nada padeció la ciudad. Al séptimo, salieron guerreros cristianos por las puertas de poniente y pusieron fuego á las máquinas enemigas, obligando antes á huir á los zenetas y á los muslimes de España. Con la ayuda de Dios, la ciudad quedó ilesa. Ali se retiró de Toledo y causó daños en Madrid, Talavera y otras poblaciones; volvió á Córdoba, y, después de encomendar las cosas de España á Texufín, en Sevilla se embarcó para Marruecos (1).

Poco después murió en Segovia Álvar Fáñez.

(1) *Chron. Adef. Imp.*

Fué, dicen, su fin aciago, y se atribuye á diversas causas. Lafuente asegura que se afilió al bando aragonés, y en una expedición que hizo á aquella ciudad le asesinaron los parciales de Castilla durante la octava de Pascua de la Era 1152 (29 mar. -5 abr. 1114) (1). Además de que no fué durante dicha semana, sinó después, resulta, de escritura de donación hecha por doña Urraca á favor del monasterio de San Isidro de Dueñas, que Álvar Fáñez suscribe con la reina aquel documento, que lleva la fecha de 18 de enero de 1114: luego estaba afiliado á la causa castellana, y no á la parcialidad aragonesa (2).

El obispo Fr. Prudencio de Sandoval, copiando las memorias sacadas del Tumbo Negro de la catedral de Santiago, escritas en tiempo de Alfonso el Sabio, deja consignado, entre otras cosas: «No sabemos por qué razón matavan los de Segovia un caballero tan valiente y señalado». Dice esta mesma relación (la del Tumbo), de la ciudad de Segovia: «La ciudad de Segovia fué muchos tiempos yerma, et después pobláronla, Era 1126 (1088)». Y, según esto, los vecinos de Segovia eran nuevos moradores y de diversas gentes, como de ordinario lo son los que de nuevo pueblan algún lugar; y, así, seria gente arriscada para motines y sediciones, como los burgeses de Seagún y otras partes. Queria Álvar Fáñez reformar sus costumbres, ó no les pudo dar contento: y, así, le quita-

(1) Lafuente, II, 4.
(2) Sandoval O. C., VII; dato tomado del libro llamado Becerro de la catedral de Astorga, f. 169.

ron la vida, aviéndola él siempre empleado en defensa del Reyno.»

Colmenares, el historiador de Segovia, se esfuerza por borrar esa mancha que empaña la brillantez de los gloriosos anales de aquella ciudad. Al efecto, escribe: «En unas memorias que publicó por antiguas don Frai Prudencio de Sandoval, en la historia de nuestro rey don Ramón y de doña Urraca, su madre, dice: «Los de Segovia, después de las otavas de Pascua mayor mataron á Álvar Fáñez, Era 1152.» Es año 1114, en que va nuestra historia. Discurre Sandoval que le matarían porque, como á gente advenediza y bulliciosa, les quería corregir. En el hecho de que fuese muerto por nuestros segovianos, hay mucha duda, por la poca autoridad de aquellas memorias y la mucha variedad de opiniones que hay sobre el lugar donde este cavallero está sepultado. Pero, cuando la muerte sea verdadera, dejamos bien probado que los pobladores de nuestra ciudad fueron los mismos ciudadanos que poco antes habían huido del poder de Almanzor: y, así, presumimos que la muerte fuese sobre repartimiento de los términos, queriendo nuestros segovianos retener los heredamientos cuyo dominio no se podía juzgar de cierto» (1).

En medio de tanta incertidumbre y variedad de hipótesis, lo único firme que queda es que á comienzos de 1114 aún vivía y permanecía leal á su reina aquel que acompañó, por encargo de su rey, al emir Yahya desde Toledo hasta Valencia, donde estuvo hasta

(1) Colmenares, *Hist. de Segovia*, XIII, § X.

que en Zalaca peleó al lado de su monarca. Desde el año 1114 ya no hallamos hecho en que aparezca quien, desde sus tiempos hasta nuestros días, ha sido llamado «insigne capitán, el más famoso de los guerreros castellanos de la época de Alfonso VI, si se exceptúa el Cid» (1).

Con ser caballero modelo de lealtad el caudillo de este nombre y capitán á cuya espada ninguna superó

(1) Lafuente, l. c.—Cerrando la *Chron. Adef. Imp.* hay unos versos, «de estilo duro y áspero, como de poeta bárbaro y de boca de hierro», según don Nicolás Antonio, mal llamados *Prefacio*, en los cuales, comenzando á cantar las hazañas de un nieto de Álvar Fáñez, se expresa también el alto y merecido concepto en que al último tuvo el autor:

Alvarus ecce venit Roderici filius alti,
Intulit hic læthum, multis tenuitque Toletum,
E pater innato laudatur natus, et ipse,
Fortis at ille fuit, nec nati gloria cedit,
Pater patri magnus, natus sed pollet avo plus,
Cognitus est omnibus est avus Alvarus Aix probitatis
Nec minus hostibus extitit impius urbis bonitatis,
Audio sic dici, quod est Alvarus ille Fanici,
Hismaelitarum gentes domuit, nec earum
Oppida vel turres, potuerunt stare fortes.
Fortia frangebat, sic fortis ille premebat.
Tempore Roldani si tertius Alvarus esset
Post Oliverum fateor sine crimine rerum.
Subjuga Francorum fuerat gens Agarenorum,
Nec socii chari jacuissent morte perempti,
Nullaque sub cœlo melior fuit hasta sereno,
Ipse Rodericus, mio Cid semper vocatus,
De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatus,
Qui domuit Mauros, Comites domuit quoque nostros
Hunc extollebat se laude minore ferebat,
Sed fateor virum quod tollet nulla dierum,
Meo Cidi primus fuit; ALVARUS ATQUE SECUNDUS (1).

(1) Se ha tenido á la vista la edición de 1600 de la *Chrónica del inclito Emperador* de Sandoval, la *Chron. Adeph. Imp. de la España Sagrada* y de Berganza, y la edición de 1792 de la *Historia de los Reyes de Castilla y de León*, también de Sandoval.

en buen temple sinó la de su contemporáneo el Cid, como se canta en aquel verso del mal llamado *Prefacio de Almería*

Meo Cid *primus* fuit, Alvarus atque *secundus*,

nadie, que sepamos, de entre los modernos ha intentado devolver á su envidiable fama el brillo de que el descuido, más bien que la malicia, la despojara.

Lafuente, Zamora y, tal vez, algún otro, no han hecho sinó reproducir una de las opiniones que acerca del problemático fin de sus días sustentaron ya los antiguos. Tal proceder de nuestros más conspicuos historiadores generales, reconoce como causa la desproporción entre la magnitud de la empresa que acometieron y la falta de materiales adecuados que para llevarla á cabo tuvieron á mano. Faltos de acabados estudios de interés local, de monografías de sucesos aislados, de biografías completas de los personajes más salientes de esos hechos, ó, lo que es lo mismo, por no disponer de tiempo ó de ocasión para recoger la última palabra pronunciada acerca de ellos, la cual sólo puede formularse cuando se han agotado las fuentes de información, dejaron correr como verdades innegables especies de dudosa certeza ó de falsedad notoria.

Así merece calificarse lo que acerca del caso concreto que ahora estudiamos escribe Zamora, convertido las más de las veces en repetición más ó menos consciente de las inexactitudes y prejuicios admitidos por alguien que dista mucho de merecer la ciega confianza que comúnmente se le otorga.

En prueba de esto, léase de Zamora el pasaje siguiente:

«Este ilustre capitán (Álvar Fáñez), á quien *un moderno historiador* llama el más insigne y famoso de los guerreros castellanos de la época de Alfonso VI, si se exceptúa el Cid, después de haber realizado tantas y tan gloriosas hazañas contra los enemigos de su Patria y de su Fé, murió desastrosamente víctima de las contiendas civiles que desgarraban el seno de Castilla.»

Presumirán, sin duda, nuestros lectores, que *el historiador moderno* á quien alude Zamora sea alguno de los escritores de nuestros días: y, con efecto, lo es Lafuente; mas, en prueba de la ninguna originalidad que en esta parte hay en él, esas mismas palabras pueden verse en Berganza, que dice:

«En este año (1114), nuestro Álvar Fáñez, heredero del valor y del gobierno en Toledo del héroe Rodrigo Díaz el Campeador, fué muerto por los segovianos después de la Octava de Resurrección. A *un escritor moderno* pasó por la imaginación que los segovianos, leales á la Reina, quitaron la vida á Álvar Fáñez, porque pasó á persuadirles á que siguiesen el partido del rey de Aragón.»

Y eso mismo repite Zamora al escribir

«Contábase entre los partidarios de Alfonso el Batallador; y, habiendo hecho una expedición á Segovia, fué asesinado por los parciales de doña Urraca, el mismo año 1114, en que tan bravamente rechazó de Toledo á los almoravides.»

Resulta, pues, que el autor de quien Zamora recogió la noticia del asesinato, no sólo resucitó una especie vieja, y, por falsa, ya en descrédito, sinó que la de ser sólo inferior al Cid la supuesta víctima, nueva también atribuída á *un moderno historiador*, alcanza, nada

menos, que al promedio del siglo XII, época en que se compuso el verso latino que al principio queda transcrito.

El primero en lanzarse, en alas de la fantasía, á inquirir la causa de la muerte de Álvar Fáñez, fué fray Pedro de Sandoval, obispo de Pamplona; y el fundamento que tuvo para aventurarse con tan atrevida y ofensiva suposición, fueron estas dos lacónicas indicaciones de los *Anales Toledanos:*

«La Ciudad de Segovia fué muchos tiempos hierma, é despues poblaronla, Era MCXXVI.—Los de Segovia despues de las Octavas de Pasqua mayor mataron á Albar Hannez, Era MCLII.»

Al ínclito Colmenares, tan diligente investigador como admirador entusiasta de las glorias de su patria, sonáronle mal el fundamento de la noticia y lo aventurado y ofensivo de la hipótesis. Por lo que opuso á ésta el oportuno reparo de que va hecho mérito.

Dicho sea con todo el respeto debido á Colmenares, después de hacer resaltar lo aventurado y ofensivo de la suposición de Sandoval y lo absurdo que es admitir que Segovia estuviese despoblada cerca de un siglo, parécenos que tampoco debió él formular nueva hipótesis ni presentar como razón la duda que en su tiempo había acerca del paradero de los restos mortales de Álvar Fáñez; ulteriores investigaciones podrían arrojar bastante luz hasta dejar esclarecido este último punto.

De todos modos, la defensa de Colmenares hizo variar de rumbo á los que se arriesgaron á navegar por el inseguro piélago de las suposiciones. Y tampoco fueron afortunados en el nuevo derrotero. Entonces,

brotó la nueva hipótesis de que la muerte obedecería al empeño en imponer á los segovianos el bando aragonés. Salióles Berganza al encuentro, y la fantástica nave fué á pique; pero ha salido á flote en nuestros tiempos, merced á descuidos de nuestros historiadores coetáneos.

Con gran oportunidad observa Berganza:

«Lo que se imagina por factible y conjeturable en Historia, se ha de comprobar con razones; parece que el nuevo autor no las tuvo, pues no las alega.»

Esto mismo puede echárseles en cara á Zamora y á su guía en esta parte, Lafuente, quienes dan carácter de realidad á lo que sólo presenta aspecto de hipótesis no razonable. Y añade Berganza:

«Más factible es que Álvar Fáñez, como persona tan principal del Reyno y como governador de Toledo, fué uno de los señores que salieron por fiadores en los pactos que se otorgaron entre el Rey de Aragón y la Reyna; y que cumplió con el juramento de entregar la ciudad de Toledo, que estaba á su cargo, por aver faltado el Rey á su palabra. Conócese que entregó la Ciudad á la Reyna, pues queda visto que en el año 1113 se dezia que reynaba en Toledo.»

Lamentable fuera que hubiese coronado con una infamia su vida de heroísmo el caudillo compañero de alfonso VI en los casos prósperos y en los trances adversos; que con fidelidad y eficacia secundó las órdenes de su soberano; que, llegado éste á la vejez, aquél economiza prudentemente las energías, para salvar á la patria, puesta al borde del precipicio; que, bajado al sepulcro el anciano y lloroso monarca, así como antes fiara al Cid la noble tarea de contener el

avance de los almoravides en las comarcas de Levante, él defiende de las bárbaras acometidas del feroz africano á la inmortal Toledo, hasta que por la parte de Aragón asoma Alfonso el Batallador y en Castilla preludia sus gloriosas hazañas el ínclito emperador hijo de doña Urraca.

Mas no: el que en 25 de mayo, domingo, de 1085 entraba con su amado rey en Toledo; el que acepta el compromiso, y admirablemente le realiza, de sentar y sostener en el trono de Valencia, rebelde á Castilla, al último emir de la ciudad del Tajo; el que en los momentos de mayor peligro vuela al lado de Alfonso y con él comparte, el 23 de octubre de 1086, la triste suerte de Zalaca, no vacilando en ese tremendo día probar su lealtad luchando con el mismo emir á quien poco antes sentara en un trono y le defendiera contra todos sus enemigos; el que en 1092 sostuvo reñida batalla con los africanos, orgullosos por su famoso triunfo alcanzado seis años antes; el que á la muerte del tierno infante D. Sancho, en Uclés, 29 de mayo de 1108, renuncia al bello morir, por no abandonar en el desamparo al acongojado y decrépito monarca; el que, vacío el trono de Castilla, cuyo seno desgarraba la guerra civil, es respetado en el gobierno de Toledo por Alfonso I de Aragón, fineza á la cual corresponde reparando con la conquista de Cuenca la derrota que doce años antes, en 1099, padeciera junto á ella, y salvando á la misma Toledo del furor desbordado de Alí ben Yúsuf, el emperador de Marruecos; el que tres años más tarde, en posesión ya de la ciudad de los concilios la calumniada D.ª Urraca, resiste con

valentía la última acometida formal de los africanos, á quienes mandaba el hasta entonces invicto Mazdalí, la aguja de que se valía el emir al Muminín para engarzar las perdidas perlas del Andalos: el que fué salvación de España, no podía morir traidor á su patria; el que tan buenos servicios prestara á Alfonso VI y á los regios consortes doña Urraca y Alfonso el Batallador, no podía cerrar su brillantísima historia coronándola con la infamia de la deslealtad para con su reina.

Y esa mancha no enturbia, en verdad, el esplendor de su gloriosa existencia. Pocos días antes de las *Octavas de Pascua Mayor* de que hacen mención los Anales Toledanos, estando ya separados doña Urraca y el Batallador y en Peñafiel la reina, en escritura de donación que ella otorga, *en 15 de febrero de 1114*, á favor de D. Gonzalo Díaz y de su mujer, suscribe el documento *Álvar Fáñez de Zorita*. Con su ya temblorosa mano, pues ya en 1085 era experto general, confirma su lealtad al rey, el que siempre empleó su potente brazo, ó en la reconquista, ó en la salvación de España.

No va desatinado el eximio Colmenares al dudar de la certeza en las indicaciones de los repetidos Anales, las que han dado margen á suposiciones tan absurdas como ofensivas al buen nombre del caudillo cuyas hazañas acabamos de bosquejar, y al de Segovia, en la cual hubo, no la supuesta plebe díscola é insubordinada, sinó què de ella salieron las aguerridas huestes que, ó sucumbían con gloria entre la morisma infiel, ó coronadas de inmarcesibles laureles tornaban á sus lares. Hay en esos Anales apuntamientos que tienen

subido valer, y son los más; los hay inciertos, y tampoco faltan los notoriamente falsos. Frente á la noticia, dada en ellos, de la muerte violenta de Álvar Fáñez, está la que suministran las *Memorias Antiguas de Cardeña*, ya que en éstas se lee:

ERA DE MCLII, FINÓ ALVAR FÁNNEZ MINAYA, E YACE...

Confirmase su fallecimiento en 1114; mas no que fuera matado por los segovianos.

Aunque no se completa en las referidas Memorias la noticia del paradero de su cadáver, descorre el velo un privilegio de Enrique IV, de 10 de enero de 1473, donde se dice que en el monasterio de Cardeña «*yace sepultado D. Álvar Fáñez Minaya*, el que ganó á Cuenca de Huete de los Moros.» En el año 1566, el abad fray Antonio Hurtado colocó en el lado izquierdo del crucero de la iglesia del monasterio, entre el sepulcro de Gonzalo Núñez, nieto del conde Fernán González, y el de Pedro Bermúdez, sobrino del Cid, el de «*Don Álvar Fáñez Minaya:* tiene por armas cinco roeles de oro en campo de sangre.»

Como frente á frente estaba la capilla de los Santos Mártires, víctimas de la saña mahometana, á esos atletas de la Religión y al legendario Álvar Fáñez son aplicables aquellos versos que en el archivo de Cardeña estuvieron:

«Toda tu gente es de guerra:
Magüer que si guerrearon,
Unos vencieron moriendo
Otros vencieron matando.»

CAPÍTULO XI

ALMORAVIDES

(1101-1144)

Entrada de los almoravides en Valencia.—El poeta alcireño Aben Jafacha.—Carta de Abderrahmán ben Táhir.—Fecha de la entrada de los almoravides.—Movimiento literario.—Gobierno de Temim. De Muhámad ben Alhag.—Mostahín, emir de Zaragoza y su hijo Imado d' Dolah.—Conquista de Morella.—Rendición de Zaragoza á Alfonso I.—Escuela de Abu Alí en Játiba.—Cotanda.—Buñol y Segorbe tributarios de Aragón.—Entrada de Alfonso el Batallador hasta Játiba.—Sitios de Valencia, Alcira y Denia, y toma de Benicadell.—Movimiento literario.—Saif ad Dolah.—Aben Gania, walí de Valencia, en Fraga y en Toledo.—El poeta alcireño Abu Talib Abd el Gewar.



CON breves palabras confirma la Historia Leonesa que los cristianos prendieron fuego al abandonarla, y añade que ya nunca los almoravides la perdieron (1). Éste es también el argumento de unos versos del poeta alcireño Abu Ishac ben Jafacha, nacido en la isla del Júcar el año 1058 y cuya muerte acaeció en el 1139:

«Las puntas de las espadas se han esgrimido en tus patios, ¡oh palacio!; y han destruído tus preciosidades la miseria y el fuego.

»Cuando viene uno á mirar tus contornos, largo rato reflexiona; y llora sobre tí ¡oh ciudad infortunada!

---

(1) Egressis autem omnibus ab urbe, totam urbem igne cremari rex præcepit, et cum his omnibus Toletum pervenit. Sarraceni, autem, qui, propter adventum regis, fugerant et urbem obsessam reliquerant, post regis recessum, mox, urbem, quamvis arsam, intraverunt; et eam, cum omnibus ejus finibus, habitaverunt; et nunquam eam ulterius perdiderunt.

»Tus habitantes han sido el juguete de los desastres; y las turbas han recorrido tus desiertas calles.

«La mano de la desgracia ha escrito sobre tus atrios: «tú no eres tú, y tus casas no son ya casas!»

Y añade: «cuando el Emir al Moslemín supo esta grave noticia y se apercibió de tan gran desdicha, hizo todos sus esfuerzos, porque Valencia era para él una mota en su ojo, y reunió sus medios y puso en movimiento sus manos y su lengua. Despachó contra la ciudad gentes y dinero, y mandó á ella los hombres más intrépidos. La guerra entonces ofreció diferentes suertes: á veces se decidía por los enemigos, á veces por el Emir al Moslemín, hasta que éste oscureció la vergüenza que sobre Valencia pesaba, y lavó sus ultrajes. El último de los generales que envió allí á la cabeza de un ejército numeroso, fué el emir Abu Muhámad Mazdalí, la punta de su lanza y el cordón de que se servía para ensartar sus perlas. Dios le concedió que la ganase y permitió que ella le debiese la libertad en el mes de ramadhán del año 95 (19 jun.-18 jul. 1102) (1). ¡Señale Dios al Emir un puesto en el séptimo cielo, y recompense su celo y sus combates en la guerra santa y acuérdele los beneficios reservados á los virtuosos» (2).

---

(1) Esta fecha no es exacta, por no haber interpretado bien la de la carta de Aben Táhir.

(2) Malo de Molina, apéndice XX.—Dozy, *Investigaciones;* «El Cid», 1.ª parte; Fuentes históricas, I.—Este último autor dice que Aben Besaam, Aben Jacán y Aben Jalicán, han consagrado artículos al poeta alcireño. Su Diwan se halla en la biblioteca del Escorial, núm. 376; en la del Museo Asiático, en San Petersburgo; en la de Copenhague; en la de Cid Hammuda, en Constantina y, por fin, en la Imperial.

El ilustre anciano Abu Abdallah ben Tâhir, dispuesto siempre á patentizar su fecundo estro poético, no había de despreciar la ocasión que para pulsar su bien templada lira le ofrecía el recobro de Valencia. En carta dirigida al wisir Abu Abdelmélic ben Abdeláziz, le decía: «Te escribo al mediar el bendito mes (ramadhán; 3 jul. 1102). Hemos conseguido la victoria con la toma de Valencia. Purifíquela Dios después de la vergüenza que la cubría! El enemigo ha incendiado la mayor parte de los hogares y la ha dejado con señales evidentes de devastación y de llanto. Se ha tejido vestidos tan negros como los hierros con que él la vistió; su mirada está todavía oscura, y de su corazón salen suspiros, porque se agita sobre ascuas encendidas; pero aún le queda su esbelto cuerpo, sus feraces tierras, semejantes al musgo oloroso y al oro rojo, sus magníficos jardines, poblados de árboles, y su limpio río. Mas, por la buena estrella del Emir al Moslemín y de los cuidados que le dispensará, se disiparán sus tinieblas y recobrará sus elegantes vestidos y sus collares de perlas, y se levantará por la mañana, y se presentará como el Sol en el primer signo del Zodíaco (Aries, al comienzo de la primavera). ¡Alabanzas á Dios, rey del universo, que la libró de los que dan socios á su Dios (aludiendo al misterio de la Trinidad). Y con su restitución al Islam, gozamos un placer y un consuelo, á causa de los males que había alcanzado, por la fuerza del destino y de la voluntad de Dios!» (1).

(1) Dozy y Malo de Molina, l. c.

Conde, siguiendo á Aben al Abbar, señala con exactitud el mes de la entrada de los almoravides en Valencia: «Por la constancia de los almoravides, Dios la restituyó venturosamente al Islam en la luna de régeb del año 495 (21 abr.-20 may. 1102)» (1). Los Anales Toledanos (I) determinan el mes nuestro, pues dicen: «El rey don Alfonso dexó deserta á Valencia en el mes de mayo, Era 1140 (1102).» Aben al Jatib precisa el dia del citado mes. Por lo que da también á conocer las cualidades del afortunado caudillo y sus hechos más notables, transcribimos el texto del mencionado autor:

«Fué el emir Mazdali (2) el sostenedor más firme de la dinastía Lamtuni de Yúsuf ben Texufin y de sus parientes. Los dos (Mazdali y Yúsuf) pelearon valerosamente con Tarkut, cabeza de esta dinastía, y le igualó y le honró, y le hizo admirable. Fué jeke de la dinastía Lamtuni y jefe de las cohortes, Sanajad'yies, esforzado, perseverante, valiente entre los valientes, sin presunción, de gran firmeza, célebre en sus narraciones, original en sus pensamientos, y de gran experiencia. Fué larga su vida, y glorificó sus combates, y prolongó las algaras, y fueron numerosos sus encuentros con el enemigo, y siempre obedeció las órdenes de su sultán. *Ganó á los cristianos por su ingenio la ciudad de Valencia*, y la restituyó al Islam, para su mayor honra y gloria, *al mediar régeb del año 495* (5 de mayo

(1) Conde, III, 22.—Dozy, l. c.

(2) Era berberisco, como lo revela su nombre completo: Mazdalí ben Beni Lantun, ben Jasán, ben Mohámed, ben Tarkut, ben Uria bithín, ben Mansur, ben Noskalo, ben Omeia, ben Uaiatín es Shanajad'yí el Lamtuní.

de 1102). Entró en Granada; fué walí de Córdoba y de Granada y sus cercanías, después de Yúsuf ben Texufín, en el año 505 (jul. 1111-jun. 1112).» Dice Ben es Sherfí: «murió en la noche del martes 17 de xawal del año 508 (13 febrero de 1115) (1) peleando en las cercanías de Hisn Cosantaina (no la villa de Alicante), y se le llevó á Córdoba, llegando allí en día de miércoles, segundo después de su muerte; y rogó por él y sus restos en la oración del Haṣhar (tres de la tarde) el faquí cadi de Córdoba Abu'l Cásim ben Jamdín, y se le enterró junto á su padre, y se construyó allí un jardín hermosísimo. Dios le concedió el privilegio sin igual de perseverar en la amistad del Emir de Muslemín Yúsuf» (2).

La predicción de Abderrahmán ben Táhir de que á Yúsuf ben Texufín cabría la gloria de restaurar á Valencia, tuvo, según nuestros cronistas, exacto cumplimiento. Es cierto que acompañado de sus hijos Temim y Alí, vino por cuarta vez desde el Magreb á España el año 496 (oct. 1102-1103), ó sea, cuando los dominios musulmanes en ella estaban pacificados, y «recorrió todas las provincias» (3). Según Escolano, al encontrar á Valencia arruinada de los trastornos

(1) Esa misma fecha, con muy pequeña diferencia, aparece en las adiciones y tabla del libro de Sandoval titulado *Chrónica del ínclito Emperador don Alonso* VII: «Era 1153 (1115) se hizo otra arrancada (que es una gran matanza y destrozo) sobre los almoravides, y mataron á Al Mazdalí, é murieron muchos de los almoravides *en el mes de enero...*» Los meses xawal y enero se dan la mano en el año 508 de la Hegira, 1153 de la Era de España y 1115 de la Era de Cristo.—Es de advertir llama con frecuencia memorias antiguas á los Anales Toledanos, como sucede en este caso.

(2) Malo de Molina, l. c.

(3) Conde, III, 23.

pasados, muy de propósito la mandó engrandecer y reedificar (1). Diago refiere que Yúsuf engrandeció á Valencia con sus obras y la reparó de muchas cosas que estaban mal puestas de las pasadas guerras (2). Boix atribuye al anciano Yúsuf el derribo de las murallas y el ensanche de la ciudad, encerrada hasta entonces en el estrecho recinto que ya tenía en tiempo de romanos (3).

Malo de Molina, fundándose en que los años que mediaron desde la conquista del Cid hasta la de Jaime I no fueron bastantes para variar por completo la posición de Valencia; en que los recursos disponibles durante ese período de 136 años no alcanzaban á cubrir los gastos de abatir murallas y construir otras nuevas; en que el sosiego de que entonces disfrutaron los muslimes no les permitía dedicarse á obras de tamaña importancia, y en que, lo que tiene más fuerza, los cronistas de los régulos que dominaron á Valencia nada dicen de tal obra, cuando tienen muy buen cuidado en hablar de las mejoras que realizaron en las ciudades; asegura, sin temor de equivocarse, dice, que las murallas de Valencia en tiempo del Cid contenían el mismo ámbito que en los de don Jaime (4). Con el ensanche de 1356, obra de Pedro IV, apareció un trozo de la muralla que rodeaba á Valencia en 1238, encontrado en un derribo de la plaza de Serranos, y «es un resto del segundo recinto amura-

(1) Esçolano, III, 1.
(2) Diago, VI, f. 254.
(3) *Hist. de la Ciudad etc.*, lib. II.
(4) Apéndice, XXIII.

llado construído por los moros para el ensanche de la ciudad romana;» pero fué uno mismo el muro «que lograron traspasar primero el Cid y después el rey don Jaime» (1). En apoyo de esa opinión está el testimonio innegable de la obra de los valladares, que rodeaban los muros de la ciudad. Su construcción se debió, sin duda, á los Omeyas Abderramán III y Al Háquem II, en los años de 300 á 366 (913-977) (2). Documentos fehacientes patentizan que el tiempo de la reconquista había dos clases de muralla, una antigua y otra nueva: Béuter, que atribuye nada menos que á Gneo Escipión (218-212 a. J. C.) la fábrica del muro viejo, dice que estaba formado de cal y canto; á diferencia del nuevo, que, según él, estaba compuesto de dos paredes paralelas, con espesor de medio ladrillo cada una, y con el espacio intermedio relleno de tierra apisonada (3).

Al entrar los almoravides en Valencia volvieron á ella muchos nobles y doctores que la abandonaron, marchando á Liria, Murcia y Jaén, cuando los cristianos la ocuparon. Es digno de mención, entre aquellos sabios y prohombres, Muhámad ben Bahr ben Aasi, el Ansarí, natural de Liria y jeke de su patria, que huyó á Jaén y allí estuvo como siete años. Con Abu Hegag al Kefiz y Merwán Aben Zerag, se dedicó á las letras. Al regreso á Valencia, fué lector ó mocrí de la mezquita mayor, ó sea, la catedral que los cristianos habían consagrado á la bienaventurada siempre Virgen

(1) *El Archivo*, V, 411.
(2) Malo de Molina, l. c.
(3) Chabás, *Mon. Hist.*, I, 3.

María. Escribió sobre las variantes del Corán una obra muy crítica, y después se retiró á su patria, Liria, donde murió, á los 74 años de su edad, á la hora del alba del domingo 6 de xawal de 547 (4 enero de 1153), cuando ya era emir de Valencia el famoso Aben Sad, abuelo de Zaén. El mocrí fué enterrado en la macbora llamada Beni Zenún (Benisanó), é hizo por él la oración fúnebre su hermano Abu Muhámad (1).

En el mismo año de la venida de Yúsuf murió Abdelmélic Abu Merwán, señor de Albarracín; le sucedió su hijo Yahya, pero como dependiente del gobierno de Valencia (2). Dos años después murió Yúsuf ben Texufín, á la salida de muhárram del año 500 (1.º octubre de 1106), á la avanzada edad de cien años y tras un reinado que duró cerca de cuarenta. Antes de morir, estando aún en España, hizo se jurase por sucesor suyo al más joven de sus dos hijos mayores, Abu'l Hassán Ali, de madre cristiana, nacido en Ceuta el año 1084. El primero en prestarle juramento fué su hermano mayor, Abú Táhir Temim, príncipe de nobles prendas que poco después tuvo el gobierno de Valencia (3).

(1) Conde III, 22.—Para apreciar la exactitud de estos datos biográficos, no hay más que compararlos con los que proporciona el célebre historiador valenciano Aben al Abbar: «Mojámed ben Yagía ben Mojámed ben Abi Ysjak ben G'Amrú ben el G'Ashi el Anshaarí, de las gentes de Liria, gobierno de Valencia, conocido por Abu Abdallah, fué discípulo de jekes de su país. Luégo abandonó éste en la alfatena (escisión) del año 488 (1095-96), después de haber ganado los cristianos á Valencia. Permaneció en Jaén cerca de 7 años, y aprendió en ella las bellas letras de Abu'l Jad'yad'ye el Calif, y aprendió la elocuencia de Abu Merwán ben Sirad'ye y de otros. Después se volvió á Valencia el año de su conquista, que fué en récheb del año 495.» (Malo de Molina, pág. 132).

(2) Conde, l. c.

(3) Conde, III, 23.

Muerto sin hijos en 28 de septiembre de 1104 Pedro I de Aragón, ocupó el trono su hermano Alfonso I, con justicia llamado *el Batallador*. Acababa éste de ganar á los moros muchos lugares y castillos, y, apenas tuvo noticia del fallecimiento de Yúsuf, se corrió hacia Valencia y le puso muy apretado sitio. Los de la ciudad, viendo que de todas partes se le rendían, vinieron en acomodo con él y le pagaron parias. Pronto se negaron al cumplimiento de esta obligación. Como los cristianos andaban revueltos entre sí, convidaron á Ali ben Yúsuf para que se aprovechase de la discordia entre los cristianos. Vino á España el mismo año 500 (1106-7), y su presencia bastó para que las ciudades y reinos tributarios de los mismos, uno de los cuales, como va dicho, era Valencia, se les rebelasen (1).

Al año siguiente, 501 (ag. 1107-8), vino Ali segunda vez á la Península, habiendo antes enviado á ella, confiándole el gobierno de Valencia, á su hermano Abu Táhir Temim, al cual reemplazó en el de Magreb el walí Abu Abdallah ben Alhag, gobernador también de Valencia poco después.

Uno de los primeros cuidados de Temim fué contener las correrías de los dos Alfonsos, el I de Aragón y el VI de Castilla. Se propuso apoderarse de Uclés, de triste celebridad, por lo que ahora se dirá, y por la muerte que allí tuvo más tarde Aben Ayadh, uno de los emires de Valencia. Logró Temim hacerse dueño de la ciudad, mas no de la ciudadela, en la cual se había

(1) Escolano, l. c.

refugiado la guarnición castellana. Para sacar á los cristianos del apurado extremo á que se hallaban reducidos, Alfonso VI, no pudiendo él ir en persona á libertarlos, confió el mando del ejército á su único hijo varón don Sancho, niño de once años. Temim logró un triunfo completo el 10 de junio de 1108, y el tierno infante quedó muerto en el campo de batalla. Oprimido de dolor, bajó al sepulcro un año después el anciano monarca de Castilla (1).

La guerra civil se encendió en dicho reino, y Alfonso el Batallador, casado con doña Urraca, la viuda de Raimundo de Borgoña, tomó parte en esa desastrosa lucha, distrayendo su atención de la noble empresa de la reconquista. No en absoluto se desentendió de ella, como lo prueba el hecho de que en el año 502 (ag. 1108-jul. 1109), para repeler los estragos que Áhmed al Mostahín ben Yúsuf, emir de Zaragoza, le causaba en sus estados, entró por la ribera del Ebro hasta las puertas de la misma Zaragoza. Con pretexto de ayudar al citado emir, mas, en realidad, con intención de que ese príncipe tuviese por los almoravides sus estados, ordenó Temim á Muhámad ben Alhag, ya gobernador de Valencia, que partiese de esta ciudad hacia la capital de los dominios de Mostahín. La orden fué cumplida, y la ida no pudo ser más próspera: al aproximarse el caudillo almoravide á Zaragoza, los cristianos levantaron el sitio, y Aben Alhag entró en la ciudad. No fué tan afortunado á la vuelta: en su

---

(1) Conde, III, 24.—Gebhardt, III, 23.—En los Anales Toledanos se señala otra fecha á aquella batalla: «Mataron al Infante Don Sancho, é al Conde Don García cerca de Velés, iii. día Kal. de junio, Era MCXLVI.»

terrible excursión á tierras de Cataluña, le sorprendió Ramón Berenguer III, el hijo de *Cap d' Estopa*, y en las fragosidades de los montes quedaron casi todos los soldados muslimes, pudiendo á duras penas librarse de la muerte el walí de Valencia (1). Para vengar la derrota, envió Ali contra la ciudad condal á Abu Becr ben Ibrahim ben Tafelut, walí de Murcia. Pasando por Valencia, Tortosa y Fraga, pudo llegar sin quebranto al campo de Barcelona; pero también en la retirada, hacia Zaragoza, estuvo desgraciado: salióle al encuentro el terrible Alfonso I, y 700 muslimes alcanzaron la corona del martirio (2).

Viendo Ali el mal sesgo que para el Islam tomaban los asuntos de España, quiso intervenir directamente en la marcha de los sucesos: al efecto, vino desde Ceuta el 15 de muhárram de 503 (14 ag. de 1109). «Deste Ali ben Jusef cuenta el coronista moro Cásim, en la descripción de Játiva, que labró de nuevo su gran castillo, que avía quedado asolado de las guerras pasadas» (3). No cejaba Alfonso I en su tenaz empeño de reconquistar para la cruz las posesiones del emir de Zaragoza. Quiso Mostahín acudir en auxilio de Tudela, sitiada por los cristianos. Trabóse reñido combate, y de una lanzada voló el alma del emir á gozar de las inefables delicias del paraíso (24 enero

(1) Así lo dice Gebhardt (III, 24), mientras Conde (III, 24) asegura que el walí pereció con casi todos los caballeros lamtunes. Parece más puesto en razón lo dicho por el primero, puesto que más tarde, tres años después, le veremos tomar parte en la empresa de despojar de sus estados al emir de Zaragoza.

(2) Conde, l. c.

(3) Escolano, l. c.—Boix, *Xátiva*, IV.

1110) (1). Escolano confunde con la muerte del emir de Zaragoza la de Ali ben Yúsuf: «entonces el rey Ali, acompañado de todos los caudillos y reyes moros de Andalucía, fué en busca del rey don Alonso, y le dió batalla, en la cual fué el Miramamolin (corrupción de Emir al Mumenin) muerto, y con él mas de 30.000 moros. Y, como en África se entendió su rota y desastrada muerte, al punto saludaron por rey á su hijo Brahim ben Ali... Mas los caudillos moros á quien su padre Ali habia dejado encomendadas las ciudades y reinos de España, se alzaron con ellos, y se hicieron llamar reyes» (2). A continuación habla del emirato de Aben Sad.

El hijo y sucesor de Ali ben Yúsuf lo fué Texufin ben Ali, y éste no comenzó á reinar hasta el año 539 (jul. 1144-jun. 1145), como, aparte las crónicas árabes, lo declaran las monedas de Ali, entre ellas, los dinares acuñados en las zecas de Murcia, Denia y Valencia (3).

Si alguna duda queda, desvanécela un autor, que, además, relaciona la muerte de Mostahin con la conquista que de la primera plaza de nuestro reino hizo el vencedor.

En el mismo año 1110 revolvió contra el reino de Valencia sus armas el infatigable Alfonso I. Impetró y alcanzó del pontífice Pascual II el privilegio de la Cru-

---

(1) Conde, III, 25.—Dozy, *Investigaciones*, «Relato de Abú'l Hassán.»—En los Anales Toledanos se lee: «Murió el Rey Almoztayen en Valencia. Era MCXLVIII.» No fué en Valencia, sino en Valtierra.

(2) Escolano, l. c.

(3) Codera, sección V, 1.

zada. «Apoderándose de la sierra (de Zaragoza), escribe Zurita, y convocando los ricos-hombres y caballeros de sus reinos, propuso de poner cerco sobre Zaragoza y proseguir hasta sacar aquella ciudad del yugo y servidumbre de los infieles; y, según algunas memorias antiguas, parece que en el año 1110 fué por él vencido en batalla Abu Calen, rey de Zaragoza, junto á Valtierra. Y ganó entonces á Morella; y de la toma de este lugar, que está en el reino de Valencia, en los confines de Aragón, se hace mención en los anales antiguos de Castilla, en que se dice haberse tomado en 1114. Aunque muchos destos lugares hallamos que quedaron en poder de moros reconociéndose tributarios» (1).

Por este tiempo murieron algunos muslimes notables. En el año 507 (jun. 1113-14), falleció en Sevilla el caudillo Syr ben Abi Békir, el llamado en la General, como también en el Poema y en el Romance del Cid, *el rey Búcar* (2). También murió en el mismo

(1) Zurita, I, 41.—En Sandoval (Hist. de los Reyes de Castilla y de León, *Doña Urraca)*, tomándolo de esas memorias antiguas, escribe: «Hicieron este año (Era 1153=1115) los Christianos una gran entrada y matanza, que la lengua antigua llama *arrancada*, contra los almoravides por el mes de Enero, y les tomaron la villa de Moriella.»—De conformidad con esto, escribe Escolano (III, 1), que sigue á Mármol, (II, 32): «Bolvióse Ali á Berbería; y el año siguiente de 1114, rebolvió con mayor armada, y, hallando á nuestros príncipes discordes y abrasados en guerras, tuvo licencia de talar buena parte de España. Entendió el rey don Alonso de Aragón que se apercibía el Moro para venir á sitiar la ciudad de Toledo por segunda vez, en el año 1115; y habiéndole concedido el papa Pascual, segundo deste nombre (1099-1118), la Cruzada, juntó un poderoso ejército; y, por divertirle de aquella empresa, se le entró por el reyno de Valencia, y se puso sobre la villa de Morella, y la ganó por fuerza de armas.»—Los anales antiguos de Castilla á que se refiere Zurita, no son otros que los Toledanos, que dicen: «Fué presa Moriella de Christianos Era MCLIII »

(2) Conde, III, 25.

año, en Mallorca, después de haber permanecido algún tiempo en Almería, el ilustre literato Aben al Labbana, nacido en Denia. Es notable la correspondencia que sostuvo con Motámid, el infortunado emir de Sevilla, cuando éste, en su destierro de Agmat, se vió, con sus queridas hijas y mujeres, reducido á la más extremada miseria (1).

En el año siguiente, 508 (jun. 1114-may. 1115), murió en Murcia el wazir Abu Abderrahmán ben Táhir. No obstante haber pretextado sus muchos años para no asistir á las bodas de Mostahín, hijo del emir de Zaragoza, con una hija del que lo era de Valencia, Abu Becr ben Abdeláziz (1086), toma parte activa en el agitado periodo del gobierno de Aben Gehaf. En elogio de Aben Táhir decía en 1095 Abu'l Hassán: «Abu Abderrahmán ha compuesto tantas obras excelentes y sus acciones son tan bellas, que sus hechos no cabe referirlos aquí, ni tampoco desenvolver toda la nobleza de su carácter; pero yo he copiado la mayor parte de sus composiciones en un libro aparte, al que he puesto el título de *Hilo de Perlas*, sobre las cartas de Aben Táhir. En este momento vive en Valencia, y, aunque tiene cerca de 80 años, ha conservado el uso completo de sus facultades, tiene buen oído, aún vierte sobre el papel ideas que roban todo su brillo á los collares de perlas, y en comparación de

---

(1) **Además de numerosos versos, compuso: 1.—Rocío de perlas y amontonamiento de flores de la poesía de los Beni Abbed. 2.—El apoyo sobre la historia de la misma dinastía. 3.—El libro de los caminos de la guerra civil. Y 4.—Libro de la serie de perlas sobre exhortaciones á los reyes (Pons, biografía núm. 138).**

las cuales las noches iluminadas por la hermosa luna son oscuras. Y lo que hemos escrito debe bastar: porque ¿qué hombre podrá agotar todo lo que hay que decir sobre el asunto?» (1). Desde la muerte del cadi vivía retirado en Murcia (2).

En el año 509 (mayo 1115-16) dejó de existir Aben al Kama, quien, como poeta y prosista distinguido, alcanzó entre sus coetáneos gran celebridad. Nació en Valencia el año 428 (oct. 1036-37), donde hizo sus estudios, y de ella escribió una historia que versaba sobre la toma de los cristianos antes del año 500 (sept. 1106-oct. 1107), acontecimiento sólo aplicable á la entrada del Cid (3).

Y por el año 510 (mayo 1116-17) murió en Murviedro, cuyo cadiazgo desempeñaba, Abu Muhámad Abdallah ben Abderrahmán ben Abdallah ben Yunus, el Codai, de Onda, más conocido por Aben Fairó. Le nombró para el expresado cargo el entonces cadi de Valencia Abu'l Hassán Muhámad ben Guáchib, «uno de los hombres más queridos y populares en dicha ciudad y que gozaba fama bien merecida, por su carácter generoso y liberal y por la escrupulosa honradez en el ejercicio de sus cargos.» Tenía, como cadi de Valencia, atribuciones para nombrar los de Alcira, Murviedro, etc.; y murió en el año 519 (feb. 1125-enero 1126) (4). También el de Murviedro gozaba

(1) Dozy, l. c.
(2) Conde, l. c. y 22.
(3) Tenía por título *Descripción clara sobre el accidente desgraciado ó infausto.* (Pons, biogr. n.º 140).
(4) *El Archivo,* IV, 87.

de envidiable reputación como jurisconsulto, humanista, orador y poeta (1).

Para bien de la España cristiana, pudo Alfonso I en 1113 entregarse con ardor á la guerra con los infieles. En 1114 puso sitio á Zaragoza, dispuesto á no alzarle, á menos que no se le rindiera. Para estorbarlo, vino desde Granada á Valencia, con buen número de tropas de caballería, Abu Muhámad Abdallah ben Mazdalí. Después de haber descansado algún tiempo en Valencia, ya entrado el año 510 (mayo 1116-17) pasó á Zaragoza, puesta por el de Aragón en grandísimo apuro. Después de recios combates, Alfonso se vió obligado á alzar el cerco. Libre ya del peligro el emir, se retiró á Rueda. Comprendiendo que tenía necesidad de un aliado, optó por la amistad con el Batallador.

Ocupaba el trono vacío por la muerte de Mostahín, su hijo Abdelmélic ben Áhmed, apellidado Imado-d-Daulah (columna del Estado). Negáronse sus súbditos á reconocerle por emir, á menos que no despidiese de su ejército á los soldados cristianos sus auxiliares. Acceder á la pretensión, equivalía á entregar su reino á los almoravides: negóse, pues, á la exigencia. Los descontentos anduvieron en tratos con Ali para que se apoderase de Zaragoza. Consultó el príncipe africano el caso con los faquíes de Marruecos, y unánimes contestaron que debía admitirse el ruego. Ali ordenó al gobernador de Valencia que fuese á apoderarse de Zaragoza. Huyó el Emir y suplicó á Ali cumpliese la

---

(1) Chabret, *Sagunto*, apéndices, «Época árabe».

última voluntad de Yúsuf, según la cual había de respetarse á los Beni Hud de Zaragoza. Se envió contraorden al gobernador de Valencia; pero, según se dice, llegó tarde. Con posterioridad á esa fecha, aún vemos al hijo de Mostahín dueño de Zaragoza (1).

Los muslimes de esta ciudad no se contentaron con demandar auxilio al califa Alí. Apelaron á otro recurso para sacudir el yugo de Abdelmélic.

Disgustados de la alianza los de Zaragoza, escribieron al caudillo lamtuní Muhámad ben Alhag, walí de Valencia, por quien, apenas llegado á aquella ciudad, se declararon todos. En batalla que dió á los cristianos el 4 de ramadhán de 512 (19 dic. 1118) (2), vencieron los muslimes. Alfonso I, que había concebido grandes esperanzas de su amistad con el emir de Zaragoza, allegó un numeroso ejército, derrotó al enemigo cerca de dicha ciudad, y Lérida, con todo el norte de aquella tierra, cayó en su poder. Aben Hud entró en Zaragoza, puesto bajo la protección de Alfonso.

Desentendiéndose ya Alfonso de todo compromiso con el emir de Zaragoza, se abalanzó sobre tan codiciada presa, no sin que antes pidiese á Imado-d-Daulah su entrega pacífica; y, como el Aben Hud se negara á ello, el monarca cristiano acumuló por mayo de 1118, sobre la ciudad, tantos y tan poderosos medios de ataque, que, al fin, cayó en poder de Alfonso el día 18 de diciembre del mismo año. Muchos nobles muslimes abandonaron á Zaragoza y fijaron en Valen-

(1) Conde, III, 23 y 30.—Dozy, *Hist.* t. IV.—Gebhardt, III, 24.

(2) También los Anales Toledanos señalan por año de la rendición de Zaragoza, no el 1118, sinó el 1119.

cia y Murcia su nueva residencia. Imado-d-Daulah se retiró en absoluto á Rueda (1).

Purificada la mezquita aljama de Zaragoza, el dia 6 de enero de 1119 fué consagrada al culto católico. Don Pedro de Librana, ya electo obispo de la ciudad antes de ser ganada, fué después su primer prelado, y recibió la confirmación del papa Gelasio II (1118-1119). A Gastón, vizconde de Bearne, se le donó el barrio de los muzárabes, y á Rotrón, conde de Alperche, otro barrio comprendido entre la catedral y la iglesia de San Nicolás. A fines del siglo XVI aún conservaba el nombre de *Barrio del Conde de Alperche*. Hallándose el Batallador embarazado con las guerras de Castilla, hicieron en sus estados varias incursiones los muslimes, y, para tenerlos á raya, llamó en su auxilio á Rotrón. Vinieron con el conde los francos, que confirmaron una vez más la fama que gozaban de valerosos. Esto fué el año 1110. No tuvieron el pago que les prometiera Alfonso y al cual se habian hecho acreedores. Despechados, volvieron á Francia. Con su ausencia reprodújose la osadía de los infieles, y de nuevo reclamaron su venida á España los aragoneses. Rotrón dió al olvido los pasados agravios, vino á la Península y escarmentó á los infieles. Debió ser esto el año 1113, lo más tarde, ya que aún estaba Toledo

(1) Sandoval (Historia de los Reyes de Castilla y de León, *Doña Urraca)*, dice: «En este año de la Era 1156 (1118) ponen la toma de Zaragoza, miércoles, día de Nuestra Señora de la O.» Sigue á Garibay, XXIII, 7.—Zurita, I, 44.—Según el historiador aragonés, Temim trató de hacer levantar el sitio; mas, después de haber sentado sus reales en la ribera del Güerba, retiróse sin atreverse á medir sus armas con los cristianos.

en obediencia del rey de Aragón. En agosto de 1114, Rotrón se apoderó de Tudela, y le fué dada en feudo. Con dicha empresa facilitó la conquista de Zaragoza (1). De propósito nos, hemos detenido en dar á conocer á don Pedro de Librana, á Gastón de Bearne y á Rotrón de Alperche, porque ellos fueron los que en el verano de 1122 se corrieron atrevidamente hasta Benicadell, y por emularlos hizo Alfonso el Batallador su famosa excursión en los años 1125 y 1126 hasta las playas de Andalucía.

La pérdida de Zaragoza puso en conmoción á todos los muslimes. El mismo Ali se preparó á volver á España. Dispuso que su hermano Temim, que seguía con el gobierno de la Ajarquia, reuniese un poderoso ejército y fuera á socorrer á los muslimes de las fronteras de Afranc. En Valencia se congregaron, con Temim, su pariente Abu Yahya ben Texufín, gobernador de Córdoba, Muhámad ben Alhag, que aún lo era de Valencia, muchos nobles jeques de Lamtuna, los caballeros almoravides, que, con arreglo á las últimas disposiciones de Yúsuf, debían ser 4.000 en la España oriental, y otra mucha gente de guerra. Fué en tierra de Lérida el encuentro de este ejército con el de Alfonso; estuvieron tan desgraciadas las tropas de Temim, que éste hubo de suspender la jornada, retirándose á Valencia con poco más de 10.000 combatientes.

Las circunstancias que concurren en esta batalla, le dan visos de no ser otra que la famosa de Cutanda.

(1) Crónica de Olderico Vital, 1-3.—Zurita, I, 41-46.

Procuró Alfonso sacar de su famosa conquista el mayor partido posible. Trató Temim de contener el avance del rey de Aragón, y no hizo sinó proporcionarle nuevos laureles; 20.000 muslimes mordieron el polvo en Cutanda, y el resto del ejército desbaratado huyó á Valencia. En esta batalla, dada, según las mayores probabilidades, el día 19 de rabié 1.ª de 514 (18 junio 1120) (1), selló con su sangre el testimonio de su fe religiosa el faquí valenciano Áhmed ben Ibrahim Abu Ali aç Çadafi, que forma época en el movimiento literario de nuestro país.

Por el año 444 (1052-53) nació en Zaragoza. No contento, en su noble afán de saber, con frecuentar las escuelas de Valencia y de Murcia, se trasladó á la Meca al objeto de recoger en su más pura fuente la ciencia oriental. Vuelto á España, vivió en Murcia, Játiba, Valencia y Denia, y en todas ellas se consagró al ministerio de la enseñanza. Rehusó, ó desempeñó breve tiempo, el oficio de cadi, que en más de una ocasión le fué ofrecido.

Su genio activo, lo vasto de su ilustración, su probidad acrisolada, su humildad y mansedumbre, captáronle las simpatías generales; todos se disputaban el honor de recoger sus palabras y de profesar su doctrina. Es, sin disputa, uno de los que más honraron el Islamismo en España. No debe sorprender que los

(1) Según Zurita, la batalla de Cutanda precedió á la rendición de Zaragoza. Dice que ya entrado diciembre de 1118, Temim envió, con objeto de hacer levantar el sitio, á un sobrino suyo (tal vez Abu Yahya ben Texúfín, el gobernador de Córdoba), y que Alfonso le hizo sufrir la más espantosa derrota, quedando el mismo hijo de Ali tendido en el campo de batalla.

más eximios escritores árabes le hayan consagrado trabajos encomiásticos (1).

Abu Ali se hallaba en Játiba de paso para Cutanda en el mes de sáfer del año 514 (2–30 mayo 1120). La ciudad contenía en su seno multitud de combatientes que iban á campaña contra los cristianos. Lo extraordinario de las circunstancias no sirvió de obstáculo para que en torno suyo se apiñase la juventud setabense, ávida de que entre ellos resonara la autorizada palabra del insigne maestro.

Entre sus discípulos de Játiba se cuenta una pléyade gloriosa de literatos, tales como Áhmed é Ibrahim al Moaferí, hermanos, Ibrahim ben Yonaca, Táhir y Muhámad ben. Haidara, también hermanos, los Beni Abi Talid, familia de noble estirpe, Muhámad an Nafzí, Muhámad as Salamí, Aben Moncaral, Muhámad al Yahssabí, Aben Barca y algunos otros de quienes ya se tratará.

Debieron ser en semejantes conferencias los temas obligados, la unión entre los muslimes, la necesidad de acudir al campo de batalla, el premio en la otra vida. Y, acompañando á la palabra la obra, exhaló en Cutanda su último aliento, admirado por sus correligionarios, que le otorgan sitio distinguido en el libro de sus mártires (2).

---

(1) Aben Pascual, *Assilah*, biogr. 327; ad Dhabbi, *Deseo del que busca la historia de los varones del pueblo español*, biogr. 625; al Makkari, I, 520; Aben al Abbar, *El Moacham*, exclusivamente consagrado á Abu Ali y á sus discípulos.

(2) *El Archivo*, II, 2-5.—Pons, biogr. núm. 143.—Conde, l. c.—Los Anales Toledanos siguen, al mencionar la rendición de Zaragoza y la batalla

Las armas aragonesas tardaron poco en correrse hacia nuestro reino. La antigua Bílbilis, Calatayud, se rindió á las armas de Alfonso el Batallador seis días después, el 24 de junio. Fué poblado con gente de guerra, como frontera contra el reino de Valencia y para contener las algaras que en tierras de Aragón hacían los moros de las serranías de Cuenca y de Molina. Una de las importantes poblaciones que cayeron bajo las vencedoras armas cristianas, fué Daroca, en la ribera del Jiloca: así que el poco antes tan reducido reino de Aragón, debido á los esfuerzos del Batallador, que había reducido el emirato de Zaragoza á microscópica representación, se extendía hasta las fronteras de Castilla y Valencia (1).

No sólo para estar á la defensiva fortificaba aquella línea Alfonso. Desde ella corría y talaba las tierras de los muslimes (2). Daroca, lugar fortísimo entonces, circunstancia por la cual, además de su situación, se consideraba como llave para la conquista de Valencia, fué objeto preferente de los cuidados del monarca. Cerca de allí edificó el castillo de Monreal y puso de guarnición á los ya famosos caballeros templarios.

Estas son las palabras de Zurita: «Considerando que desde Daroca hasta la ciudad de Valencia, por las continuas entradas y guerras todos los lugares estaban

---

de Cutanda el mismo orden, pero difieren en las fechas respectivas; «el rey de Aragón, con ayuda de Dios è de sus Christianos, en el mes de mayo prisó á Zaragoza de Moros, Era MCLVII.»—«Fué la batalla de Cotanda, Era MCLIX.»

(1) Gebhardt, III, 24.—Fernández y González, *Los Mudéjares de Castilla*, apéndice I.

(2) Conde, l. c.

deshabitados é yermos, y no se labraba y culturaba la tierra, y todo se dejaba desamparado y desierto, mandó (el rey) poblar aquel lugar (los Ojos) y que se llamase la ciudad de Monreal, que ahora se dice del mismo nombre, en la que la nueva milicia, dedicada al servicio y aumento de nuestra Fe, tuviese su principal morada y convento, y fuese cierta guarida para todos los cristianos circunvecinos, y se asegurasen desde allí los caminos y pasos, y la conquista contra los moros de los reinos de Valencia y Murcia se prosiguiese y se facilitase con aquella comodidad. Para sustentar este convento, á honra de Nuestro Señor y de aquella santa milicia, le señaló el rey ciertas rentas de muchos lugares principales que aún estaban en poder de los moros que eran sus tributarios, á donde llevaba la mitad de sus rentas, que eran Segorbe, Buñol (1), Cuenca, Molina y uno que llaman Burbaca (Bubierca), y de otros lugares que había desde el puerto de Cariñena hasta Monreal» (2).

Al comienzo de este libro se dijo que Teodomiro, por más que él y sus súbditos pagaran tributo á los califas, creó y conservó un reino independiente: «La forma del tributo pagado á los califas por Teodomiro y sus súbditos, tuvo casos análogos entre los señores

(1) El término general de Buñol, en cuya jurisdicción estaban Sieteaguas, Hiatava, Montrotón (desaparecido y situado en lo que aún se llaman los Castillejos), Amacasta y Alboraig, se daba la mano con el de Cuenca, en el cual estaba comprendido Requena, y con el del castillo de Al Calat (Carlet), del que formaban parte, en su extremo occidental, Turís y Serra (queda parte de su castillo), separados del término privativo de Alboraig por el arroyo denominado Zaida ó Seda.

(2) *Anales de Aragón*, I, 45.

de Valencia para con los reyes cristianos; y nadie negará que los almoravides, en el año 1122, período al cual nos referimos, no fuesen dueños de la ciudad del Turia» (1). Dueños de Buñol, Cuenca y Segorbe, eran en 1122 los almoravides, y, sin embargo, la mitad de sus rentas percibíala Alfonso I, que así pudo cederla á los caballeros del Temple. En prueba de que no se da interpretación inexacta á las palabras de Zurita, ahí está el testimonio de quien ha hecho de los mudejares un estudio detenido: «Conquistadas Tudela, Zaragoza, Calatayud, Daroca, Tarazona y Medinaceli, pagaban tributo al monarca aragonés las comarcas de Lérida, Segorbe y Buñol. Para acelerar la conquista del reino de Valencia, mandó el de Aragón poblar la ciudad de Monreal, donde estableció un convento de la orden del Temple, concediéndole la mitad de los tributos de aquellos pueblos, que, estando todavía gobernados por moros, eran sus tributarios» (2).

Durante el mismo año 1122, Alfonso I penetró, con un buen ejército, en la Gascuña francesa y sitió á Bayona. Mientras el autor anónimo de la Crónica de Alfonso VII dice que el Batallador volvió sin honor á Aragón, esto es, sin haber logrado apoderarse de aquella ciudad, en otro punto se lee que el conde Cástulo de Bigorra se le declaró vasallo (3); y esto mismo parece confirmado por el anónimo, ya que entre los caballeros que acompañaron al rey en su expedición á

(1) P. I, c. 1.
(2) Fernández y González, obra y l. c.
(3) Gebhardt, l. c.

Andalucía, cita á dicho conde. La ausencia del rey nó fué obstáculo á que gentes suyas entraran á correr la tierra de Valencia y de Játiba, hasta la Serranía, por más que no se escribe que hicieran cosa de importancia (1). Las circunstancias eran favorables para que el Batallador abrillantase su título con empresas más patrióticas que las á que brindaba Castilla. Valencia estaba falta de un buen caudillo que antes había desempeñado su gobierno. Abu Táhir Temim, el valeroso é inteligente hermano de Alí, había pasado á África á luchar con los fanáticos almohades, y allí estaba en octubre de 1122 (2).

Dice Escolano que aunque Alfonso el Batallador estaba en 1122 ocupado en empresa cuyo teatro estaba situado allende el Pirineo, gentes suyas entraron á correr la tierra de Valencia y Játiba y llegaron hasta la Serranía, y esto es cierto; mas yerra al añadir que no realizaron hecho de importancia, á no ser que para ello fuera necesario que se hubiese realizado alguna batalla ó conquista de excepcional importancia.

Rotrón de Alperche, con los francos, Gastón de Bearne, con los gascones, y don Pedro Librana, obispo de Zaragoza, con los caballeros templarios, entraron, á mediados del año 1122, por el reino de Valencia y llegaron hasta Benicadell, fuerte en el cual había dos torres inexpugnables; se apoderaron de él, y allí permanecieron por espacio de seis semanas. Se corrieron luégo hacia las inmediaciones de Játiba, y salió á su

(1) Mariana, X, 12.—Escolano, l. c.
(2) Conde, III, 27.

encuentro Meruán, walí de Valencia, pero huyó antes que se llegara á las manos. Los valerosos caudillos cristianos, confiada á sesenta de los suyos la conservación de Benicadell, volvieron á Aragón.

Obedeciendo órdenes de Alí ben Yúsuf, soldados almoravides y muslimes de España pusieron sitio á Benicadell. Duró el cerco los días 12, 13 y 14 de agosto. Cuando los sitiados se juzgaron faltos de todo humano auxilio, buscaron la protección del cielo. Durante aquellos tres días hicieron penitencia y practicaron el ayuno. Al amanecer del día 15, invocando el nombre de Dios, se lanzaron contra el enemigo. Bregaron todo el día, y á la caída de la tarde se declaró por los cristianos la victoria. Dispersos los muslimes, aprovecharon la oscuridad de la noche para perderse por extraviadas sendas, por las cuales no pudieron los vencedores seguirles el alcance (1).

Tres años más tarde, Benicadell, que había vuelto á perderse, fué reconquistado por Alfonso el Batalla-

(1) Para prueba de cuán adulterados aparecen en la Crónica de Olderico Vidal los nombres de personas y lugares que intervienen en estos hechos, nos permitimos transcribir el párrafo relativo á los mismos: «Tunc Rotro, comes *Moritoniæ*, cum francis, et episcopus cæsaraugustanus, cum fratribus de *Palmis*, et *Guazso de Biara*, cum gasconibus, Penecadel, ubi sunt duæ turres inexpugnabiles, munierunt, et sex septimanis tenuerunt. Tandem, pugnantes contra *Amorgan*, regem Valentiæ, per *Satinam* urbem convenerunt; sed pagani, antequam ferirentur, fugerunt. Relictis autem in munitione Penecadel LX satellitibus, redierunt. Sed *amoravii* et andeluciani de Africa missi à rege *Alis*, filio *Insled*, eis obviaverunt, triduoque in castro *Serraliis* obsederunt. Christiani vero his tribus diebus peccatorum suorum pœnitentiam egerunt; jejunaverunt et, Deum invocantes, XVIII Kal. Septembris pugnaverunt et, adminiculante cœlesti virtute, post diurnum certamen, cum sol occumberet, vicerunt; sed, fugientes paganos, nocturna formidantes pericula, per incognita itinera diu persequi non ausi fuerunt (Ord. Vit., 3).»

dor, según lo declaran aquellas palabras de los Anales Toledanos: «Fué presa Peña-Cadiella, Era MCLXIII» (1).

Los almoravides seguían dejando sentir su férreo yugo, lo mismo sobre los muzárabes que sobre los muslimes de España. Unos y otros suspiraban por sacudirle. Los primeros, sabedores de los prodigiosos hechos realizados por el Batallador, á él acudieron para que rompiese la cadena de su esclavitud. Los muslimes españoles acabaron por derribar el edificio almoravide, ya cuarteado á causa de las sacudidas que le dió otra secta africana no menos cruel é intolerante.

«Bajo el reinado de los almoravides, cuando las armas del rey Aben Radmir, enemigo de Dios, eran todavía victoriosas, los aliados cristianos de esta provincia concibieron la esperanza de saciar su odio y de erigirse en dueños del país. Dirigiéronse, pues, á Aben Radmir; le enviaron carta sobre carta y mensajero tras mensajero, para suplicarle que se aprestase al combate y que viniese á Granada. Al verle vacilar, le presentaron una lista con los nombres de 12.000 de sus mejores guerreros, en la cual no había inscrito ningún viejo ni celibatario. Trataron también de excitar su codicia describiéndole todas las excelencias de Granada, que

(1) No cabe confundir la excursión de 1122 con la de 1125. La distinción entre ellas márcala bien otro texto de la crónica citada, como vamos á ver: «Anno ab Incarnatione Domini MCXXV postquam Rotro comes cum suis satellitibus et auxiliariis in Galiam remeavit, aragonensis rex, visis insignibus gestis quæ Franci sine illo super Paganos in Hispania fecerant, invidit; laudisque cupidus, ingentem suæ gentis exercitum arroganter adunavit. Remotas quoque regiones usque ad Cordubam peragravit (Ord. Vit., 6).» La 1.ª expedición se hizo en 1122; la 2.ª en 1125: en aquélla, no estuvo Alfonso; en la última, sí. El error en haberlas confundido el autor del artículo inserto en *El Archivo*, II, 249-251, no reconoce otra causa que el haber seguido ciegamente á Dozy, á quien se cita; de ahí que aparezcan nombres y dignidades barajados.

hacían de esta ciudad el más bello país del mundo. En resumen: se dieron tan buenas trazas, que consiguieron su objeto» (1).

Comenzó Alfonso por allegar sus gentes, y escogió 4.000 caballeros que, seguidos de sus gentes de armas, se juramentaron de seguir el pendón real, no volver nunca la espalda al enemigo, y, en una palabra, vencer ó morir. A principios de jabán de 519 (primeros de septiembre de 1125), fué el rey á Zaragoza, y en ella permaneció hasta el día último de mes (2).

Mientras esa tormenta se formaba, perdía Valencia uno de sus hijos más ilustres. El 11 de jabán (12 septiembre) bajó al sepulcro Abu Becr Muhámad Aben Fathún, hijo de Jalaf ben Suleimán ben Fathún, nacidos ambos en Orihuela. Uno y otro escucharon las sabias explicaciones de Abu Ali, el que murió en Cutanda. Desempeñó el padre los cadiazgos de Játiba, Orihuela y Denia; se retiró á la vida privada, y murió el año 505 (jul. 1111-jun. 1112). No menos modesto que el padre su hijo, negóse á admitir el cadiazgo de Denia; y, como se le apremiara á que aceptase el

(1) Dozy, *Investigaciones*, t. II, c. VII, n.º XIV.

(2) Dice Zurita (I, 47): «Hallamos haber ido con él á esta empresa, Gastón, vizconde de Bearne, don Pedro, obispo de Zaragoza, y don Esteban, obispo de Huesca; y es verisímil que no cabía faltar ninguno de cuenta en cosa tan señalada, de los que podían poner las manos en ella.» Esto mismo se lee en la *Chronica Adefonsi Imperatoris:* «Congregavit exercitum magnum de terra sua et de Gasconia, et consilio habito cum optimatibus suæ regionis, ad augendam vim suam junxit sibi viros fortissimos et potentes, in quibus fuit episcopus de Lascar, cui nomen erat Guido, et episcopus de Jacca Donao, episcopus de Sancto Vincentio de Rhodas, et abbas de Sancto Indriano, et Gaston de Bearne, et Centul de Bigorra, et alii fortes viri auxiliarii Francorum et multi alienigenarum. Movitque exercitum suum et abiit in Cæsaraugustam, civitatem magnam, et aliis civitatibus et castellis quæ ipse tulerat sarracenis.»

cargo, se ocultó hasta que desapareció lo que él juzgaba grandísimo peligro. Fué, como su padre, sabio jurisconsulto, poseedor del Corán y tradicionero: estaba dotado de feliz memoria y de clara inteligencia (1).

El día último de jabán (y también de septiembre) Alfonso I salió de Zaragoza ocultando su marcha á los muslimes, y no se detuvo en parte alguna hasta llegar junto á Valencia (2). La combatió durante algunos días, aunque sin provecho, por la buena defensa de la guarnición almoravide hábilmente dirigida por el walí de la ciudad, el jeke Abú Muhámad ben Bedr ben Warca. Durante las operaciones del sitio, se incorporaron al ejército expedicionario numerosos voluntarios muzárabes naturales del país (3). El concurso de estos esforzados cristianos, que comprendieron cuál era su obligación, aunque debieran haberla cumplido cinco siglos antes, fué de grandísima utilidad á la expedición: porque, muy conocedores de la región, sirvieron de excelentes guías y señalaban las poblaciones en que convenía tocar ó no. El juntársele á Alfonso estos

(1) Se citan como producciones suyas:—1. Compañeros del Profeta.—2. Opiniones sobre el mismo libro.—Y 3. Continuación del Mocham de Aben Kania (Pons, biogr. n.° 145.—*El Archivo*, II, 5-7).

(2) Según El Edrisí «de medina Valensia hasta Sarcusta (se cuentan) nueve jornadas.» Por tanto, los valerosos cruzados pudieron contemplar el bellísimo panorama que ofrece la no menos hermosa ciudad del Turia, al terminar la primera decena de Octubre.

(3) Esto explica la donación de *Canicias* de esta comarca hecha por el Cid y confirmada por su esposa doña Jimena, á favor de la ex-mezquita aljama de Valencia y de su esclarecido obispo don Jerónimo.—Seguimos en esto la opinión de Dozy, y no la de Conde, según el cual los muzárabes se agregaron después.

muhahidines, fué cosa que le animó á pasar adelante, dice Conde.

Los cristianos alzaron el campo y corrieron hasta Alcira (Gezira Xúcar). También la combatieron por espacio de algunos días, é, igualmente, sin resultado, como no fuese el perder allí numerosos cruzados. Debieron seguir el curso del río, pasarle por Cullera, seguir la costa del Mediterráneo, tocando el valle de Al Fandech (Valldigna) y cruzando el de Bairén ó Conca de Zafor (Gandía), y en la noche del rompimiento del ayuno, 1.º de xawal (31 de octubre), pararon junto á Denia. Aquella misma noche fué la capital objeto de un ataque. Después de algunos inútiles rebatos y acometidas, se alejaron de Denia y fueron á sentar el campo junto á un castillo, ya célebre en los tiempos del geógrafo moro Rasis (887-955), famoso en los de Rodrigo Díaz de Vivar y de reconocida importancia estratégica en los del glorioso Jaime I de Aragón. Reconocida siempre la necesidad de poseerle, so pena de exponer á gran riesgo el ejército, Alfonso I, á quien no debieron ser extraños los hechos de su hermano Pedro I, compañero del Cid en la comprometida batalla del Fandech, ó de Bairén, combatió también la fortaleza de Benicadell; allí fué más afortunado: «*en la Era 1163* (1125) dize la relación que *fué presa Peña cadiela*» (1).

Sin la toma de ese castillo, la expedición no hubiera pasado adelante, porque ya Castilla había

(1) Sandoval, Adiciones y tabla de la *Chrónica del ínclito Emperador don Alfonso VII* (cap. XII del índice ó tabla), edición del año 1600.—La relación á que se refiere Sandoval no es otra que los Anales Toledanos.

escapado al dominio del Batallador (1). Asegurado el paso difícil de aquel laberinto de sierras, tranquilos recorrieron los expedicionarios la costa, haciendo pequeñas jornadas y correrías en todos los distritos que encontraban al paso. Por el desfiladero (fax) de Játiba, al cual se llega por el valle de Albaida, se internaron, á los últimos de noviembre, en el reino de Murcia (2).

Mientras los valerosos cruzados se cubren de gloria en los campos de Andalucía poniendo en gravísimo apuro el poderío musulmán, esto es, mientras no reaparecen en nuestro territorio, volvamos la vista á Valencia para apreciar su movimiento literario en el promedio de la dominación almoravide.

«El viernes, último día de xawal del año 519 (29 diciembre de 1125), veríase salir por la puerta Boatella (calle de San Vicente, por junto á San Martín) el féretro del hombre ilustre, de provecta edad, zaragozano, envidia de oradores y retóricos, docto tradicionista Aben Alaufar, á quien el entonces alcadi de Valencia, Abu'l Hassan ben Guáchib, había distinguido nombrándole muftí, consejero del gobierno de la ciudad y reino, etcétera, etc. Por el camino de Ruzafa le conducirían al vasto cementerio de la puerta Boatella, donde le depositaron al lado de su paisano y amigo Aben Mantiel. Su entierro fué concurridísimo,

---

(1) Antes de la muerte de doña Urraca (7 diciembre de 1126), ya Alfonso VII estaba en tranquila posesión de sus dominios.—En dichos Anales se lee: «Alfonso Raymondo entró en Toledo, é regnó en XVI. días Kal. de Decembre, Era MCLV.»

(2) Del modo de hacer entonces la guerra, da clara idea el anónimo de la *Chronica Adefonsi Imperatoris:* «Deprædatusque est (rex Aragonensium) totam terram Valentiæ et Murciæ, et totam Granadam; et prædatoriæ cohortes ejus fuerunt in terra Almariæ, et fecerunt magnan cædem, et magnam captivatisnem, et cremaverunt totam illam terram.»

como merecía su probada virtud, su celosa piedad, su valor mostrado en defensa de la religión musulmana, su carácter afable y suave trato. Procedente de Zaragoza, donde había ejercido elevados cargos, vino á Valencia cuando los cristianos conquistaron aquella ciudad (1118)» (1).

Antes del año 520 (27 enero 1126) murió Abu Abdallah Muhámad ben Áhmed ben Abdallah ben Hisn, el Ansarí, oriundo de Jérica y descendiente de Sad ben Obada, uno de los compañeros más ilustres de Mahoma. Discípulo y amigo íntimo de el Bataxí, á quien se atribuye la famosa elegía sobre Valencia durante el sitio puesto por el Cid, permaneció á su lado desde el año 481 (mar. 1088-89) hasta el 484 (feb. 1091-92) (2).

En el 520, restando tres días de giumada postrera (20 junio 1126), murió en Córdoba, su patria, Çofián ben Alaci, más conocido por Abu Bahr el Asadi. Nació el año 444 (1052-53). Era originario de Murviedro. Adquirió en Valencia su instrucción, aunque tuvo en la capital del antiguo califato su ordinaria residencia. Es juzgado como sabio de los más ilustres y de los mejores literatos de España (3).

Nacido el mismo año que el anterior, murió el 521 (en 1127-28) Aben as Sid, que, si bien vió por vez primera la luz del día en Badajoz, vivió algún tiempo en Valencia (4).

Diez años depués que Aben as Sid, nació en Valencia Abu Zaid ben aç Çahar. Con su padre se

(1) *El Archivo*, I, 209-219.
(2) Chabret, *Sagunto*, Apéndices, época árabe.
(3) Chabret, l. c.—Pons, biogr. núm. 147: compuso un Fihrist.
(4) Pons, biogr. núm. 151.

trasladó á Almería, donde, bajo la dirección de Abu Bahr Çofián ben Alaci, hizo sus estudios, que perfeccionó en Granada, Málaga, Córdoba, Sevilla, Ceuta y Fez. En esta ciudad se dedicó al tráfico de libros. Compendió algunas obras de historia, entre ellas la de Abu Giafar at Thabarí. Por último, se estableció en Marruecos, y allí le alcanzó la muerte (1).

Algunos años después, en el de 529, el día 10 de muhárram (último de octubre de 1134), bajó al sepulcro Omeya ben Abdeláziz, nacido en Denia el año 460 (1067-68). Abrazó conocimientos los más variados, y fué notable en medicina, filosofía, matemáticas, astronomía, música y poesía. Se trasladó á Egipto el año 489 (1095-96). Fué reducido á prisión, y escribió su *Risala* hacia 505 (1111-12). Obligado á abandonar á Alejandría, se estableció en el Magreb, en Mahadia. El soberano, Alí ben Yahya ben Temim, le otorgó benévola acogida y colmóle de honores (2).

Al llegar aquí al apogeo la cultura del pueblo musulmán, no podía la amena poesía quedar sin cultivadores, ya que el bárbaro al Corán tuviese proscritas otras bellas artes. Aquí, donde un cielo incomparable, un suelo alfombrado de flores, humedecido con numerosos manantiales, abundantes arroyos y caudalosos ríos; donde la naturaleza ostenta sus más ricas galas, contribuyendo, cada una de por sí, y todas, en conjunto, á despertar, alimentar y exaltar la imaginación; no contando otro medio de salida al entusiasmo del alma que

(1) Pons, biogr. núm. 152.
(2) Pons, biogr. núm. 159.

la poesía, no podían faltar poetas en el suelo valenciano. Brillaron, pues, en ese tiempo: los valencianos Abu Abdallah Muhámad Abderrahmán al Háquem, que hizo sus estudios en Murcia, y en Denia acabó sus días; Abu'l Awas Áhmed ben Muhámad ben Alborax, el Tochibí, oriundo de Algecira; Abu Omar ben Kalil, el Afadita; Abú Muhámad Abdallah ben Al Kalaf; Aben al Kama, as Sadfí; el dianense Abu'l Hokm Giafar ben Yahya, y el cordobés Abu'l Hassán Muhámad ben Alobaid ben Alasbag, vecino de Játiba (1).

Parando atención otra vez al ruido de las armas, asistamos al término de la generosa y titánica empresa llevada á cabo por Alfonso el Batallador, cuyo relato dejamos interrumpido. Le perdimos de vista al desfilar por el fax de Játiba para internarse en Murcia. Ocho días gastó en cruzar la capital de ese reino, pasar el río Almanzora, tocar en Vera, próximo al mar, Purchena y el río Tíjola. Atacó inútilmente á Baza, y después á Guadix, el último viernes de dilcada (4 diciembre); abandonó el sitio el lunes siguiente (día 7); el martes (día 8) preparó emboscadas á los del territorio de Senet, al norte de la sierra, entre Guadix y Granada, y, por último, el miércoles (día 9) se paró en Graena (al oeste de Guadix, á corta distancia), á donde á miles acudían los muzárabes granadinos á engrosar las filas de aquellos intrépidos cruzados y libertadores.

Comprendiendo el ex-gobernador de Valencia Abu Táhir Temim ben Yúsuf el gran peligro que Andalu-

(1) Casiri, *Poetarum aliquot ex eodem opere excerptorum index*, núms. 1, 3, 5, 9, 10 y 17.

cía corría, vino de África al tiempo que Alfonso se dirigía, al frente de 50.000 combatientes, hacia Granada, circunstancia que puso en tal consternación á los muslimes de la ciudad, que rezaron la azalá del temor el día de la fiesta del sacrificio (10 de dilagia-7 enero de 1126). Errado el golpe de tomar por sorpresa á Granada, á causa de que lluvias torrenciales obligaron al ejército cristiano á permanecer inactivo hasta el 25 de dilagia (22 enero), se alzó el campo en medio de las muchas recriminaciones que muzárabes y aragoneses se dirigían.

Había fracasado el objeto capital de la empresa: constituir allí un reino independiente. Ya no cabía otro resultado que el de quebrantar las fuerzas almoravides: el día 9 de marzo experimentó Temim un serio descalabro en Lucena (1). Por la inclemencia del tiempo, á causa de tantas y tan penosas marchas y contramarchas y obrando sus naturales efectos la escasa é irregular alimentación, la peste se cebó en los expedicionarios, que, además, tuvieron, al retirarse, que tener siempre á raya á los almoravides, de quienes incesantemente se vieron acosados. Siguiendo el mismo itinerario que á la ida, volvieron por Guadix y Murcia; y por Játiba, donde dejaron de venir á los alcances los africanos, entraron en nuestro reino.

Si la expedición duró quince meses, habiendo comenzado en septiembre de 1125, debió acabar á fines del año siguiente. Mal se compagina con tanta dura-

(1) En los Anales Toledanos se lee: «Entró el Rey de Aragón con grand huest en tierra de Moros, é lidió, é venció á XI. Reyes de Moros en Aranzuel, Era MCLXI.»

ción el hecho que apunta Zurita de que el rey estaba ya en Alfaro por junio de 1126 (1).

Alfonso tuvo, de su atrevida correría, la satisfacción de que le siguieran 10.000 muzárabes, que prefirieron, á los intereses materiales que dejaron en su país natal, la tranquilidad con que en comarcas cristianas podrían entregarse al libre ejercicio de su religión. El Batallador procuró aliviar la aflictiva situación á que quedaron reducidos aquellos consecuentes cristianos. «De las entradas que hizo en tierras de moros, sacó de su poder gran número de cristianos que vivían debajo de su servidumbre, y los llamaban mozárabes. Estando en la villa de Alfaro, por el mes de junio de 1126, dió á los mozárabes grandes exenciones y franquezas, considerando que por servicio de Nuestro Señor y por su respeto dejaban los heredamientos y haciendas que tenían en diversas ciudades sujetas á los moros; y se ordenó que ellos, y sus hijos y descendientes, en las tierras que les señalaban, gozasen de toda exempción, y fuesen juzgados por sus jueces y dellos tuviesen recurso al rey: y, así, hubo algunos que conservaron el nombre por linajes, y se llamaron mozárabis» (2).

---

(1) Dozy, *Investigaciones*, I, sobre la expedición de Alfonso el Batallador. —Conde, III, 29.—*Anales de Aragón*, I, 47. Téngase en cuenta que el historiador aragonés trae muy equivocadas las fechas de la expedición del Batallador.

(2) Zurita, l. c.—En la crónica de Olderico Vital hay detalles respecto al modo como los muzárabes andaluces se unieron á Alfonso para trasladar á tierras de cristianos su residencia: «Nos, inquiunt, et patres nostri hactenus inter gentiles educati sumus et baptizati; christianam legem libenter tenemus, sed perfectum divæ Religionis dogma numquam ediscere potuimus. Nam neque nos, pro subjectione infidelium, à quibus jamdiu oppressi sumus, romanos seu gallos expetere doctores ausi sumus, neque ipsi ad nos venerunt,

Bien claro se dice aquí que los muzárabes fronterizos, sin ninguna excepción, y en este caso se hallaban comprendidos los valencianos, fueron internados en Andalucía, y que aquellos que coadyuvaron á la expedición (y fueron en gran número los que de esta comarca acudieron á engrosar las filas de Alfonso cuando combatía á Valencia), fuesen transportados á África; puede muy bien asegurarse que los muzárabes valencianos desaparecieron, si no por completo, casi todos á raíz de la famosa excursión de Alfonso. De ahí qué de las Canicias de que hace mérito general el Cid en su donación, sólo queda al tiempo de la reconquista, un siglo después, reminiscencia en la de Alcira, en la de Benifairó de Valldigna, en la del castillo de Pop, en la comprendida entre Trullás y Torre de Romaní, y, tal vez, en Turís. Los habitantes que en tiempo de Jaime I las abandonaron, con seguridad que no serían muzárabes.

Se ha dicho que Alí ben Yúsuf, hijo del fundador de la dinastía de los almoravides, extremó su amor y protección á los cristianos de España, y que también los distinguieron con su aprecio los monarcas del imperio fundado por el Mahdi: «lo que hay de verdad, se concluye diciendo, en el asunto de la traslación de los

---

se aproximaban á cien mil, no quedaban vivos sinó la cuarta parte; «Murieron, señaladamente, muchos del término de Játiva, de Cofrentes, de la sierra de Espadán, de las tierras del río de Mijares, de Carlet, de Segorbe, de la valle de Uxó, de la valle de Segó, y de Buñol. Quedan muy pocos de Gestalgar, de Pedralva, Bogarra, de Villamarchante, de Olocáu, de Náquera, de Chilet, Petrez y de Albaida. No hay rastro de los principales de Bétera, Benaguazil, Benizanón ni de los de Chiva.» (Fonseca, *Relación de la expulsión de los moriscos del reino de Valencia*, XIII.)

mozárabes á África, ha sido el aprecio con que miraron las milicias cristianas los príncipes de la dinastía de Yúsuf ben Texufin y de la fundada por Abdelmumen» (1). En esto hay confusión de ideas: cierto es que almoravides y almohades se valieron de los servicios de milicias cristianas de España y de Sicilia; mas ello no desvirtúa el concepto del rigor con que, según los mismos autores árabes, fueron tratados los muzárabes españoles (2): bien leídos los textos en que se funda la opinión de la supuesta tolerancia, no otra cosa dicen (3). Agradecido Abdelmumen al servicio que la

(1) *El Archivo*, V, 29.

(2) Dozy, *Recherches*..., t. I, p. 343.—Conde, III, 29.

(3) Siendo Álvar Fáñez alcaide de Toledo, intentó Alí apoderarse de dicha ciudad; y, no consiguiéndolo, entregó el gobierno de España á su hijo Texufín y se trasladó á Marruecos arrastrando consigo á todos los cristianos que había hecho cautivos en sus correrías por España, y, además, «omnes captivos quos potuit invenire in totam terram agarenorum viros et mulieres.» En esta última parte parece se hallan comprendidos también los *muzárabes*. De todos esos cautivos se habla lo siguiente, ocurrido en el reinado de doña Urraca: «Tempore autem illo dedit Deus gratiam captivis qui erant in curia regali regis Hali, domini sui; et versum est cor ejus ut benefaceret christianis, et dilexit eos super omnes homines orientalis gentis suæ. Nam quosdam fecit cubicularios secreti sui; quosdam vero millenarios, et quingenarios et centenarios qui præerant militiæ regni sui; constituit autem illis aurum et argentum, civitates et castella munitissima, cum quibus possent habere supplementum at facienda prælia contra muzmotos et regem assyriorum nomine Abdelmomen, qui expugnabat partes ejus sine intermissione.» Texufín, por no ser menos, hizo lo propio en 1137: «Rex Texufinus abiit trans mare, in civitatem quæ dicitur Marrocos, in domum patris sui regis Hali, et transtulit secum multos christianos quos vocant muzarabes, qui habitabant ab annis antiquis in terra agarenorum, et item tulit secum omnes captivos quos invenit in omnem terram quæ erat sub dominio ejus, et posuit eos in urbibus et in castellis cum ceteris christianis à facie illarum gentium quos vocant muzmotos, qui debellabant omnem terram moabitarum (*Chronica Adefonsi Imperatoris*).—Prueba del carácter del servicio nada voluntario de aquellas milicias, es el hecho de que muerto Reverter, su valeroso caudillo, y al ver que los almohades apretaban

milicia cristiana le había prestado facilitándole la entrada en Marruecos, engrosó con ella sus ejércitos; sin embargo, el trato que los más de aquellos soldados cristianos recibieron, los obligó á recogerse durante el mismo año á Castilla, y á Castilla se retiraron la mayor parte de los muzárabes andaluces huyendo del comportamiento brutal de los bárbaros almohades (1). Un autor árabe asegura que los pocos muzárabes que quedaron en Granada después de la expulsión de 1126, se aumentaron en gran manera merced á la protección que les dispensaban ciertos príncipes, tal vez los mismos almoravides, que á todo recurrieron al verse perdidos; pero que en una batalla que se dió en 1164, quizá una de las que perdió Aben Sad (pues la diferencia de fecha es insignificante), fueron casi todos exterminados. Y añade: «hoy (mitad del siglo XII) no queda sinó una pequeña porción, acostumbrada há tiempo á la humillación y al desprecio» (2). Es de presumir que la correría de Ramón V, ó sea Alfonso II, en 1172, también hasta Andalucía, se hizo en connivencia con

---

en el sitio puesto á Marruecos, se entendieron con los sitiadores, y la ciudad fué entregada el 18 de xawal de 541 (23 mar. 1147) (Conde, III, 40). No tardó en obligárseles á que huyeran á España.

(1) Eodem vero anno (1147) quo supradicta victoria Cordubæ á Deo facta est, gentes quas vulgo vocant muzmotos, venerunt ex Africa et transierunt mare Mediterraneum, et facto magno ingenio, impetu bellando, præocupaverunt Sibilliam, et alias civitates munitas, et oppida, in circuitu et á longe, et habitaverunt in eis; et occiderunt nobiles ejus, et christianos quos vocabant muzarabes, et judeos, qui ibi erant ex antiquis temporibus, et acceperunt uxores eorum, et domos et divitias. Quo tempore multa millia militum et peditum christianorum cum suo episcopo, et cum magna parte clericorum qui fuerant de domo regis Hali et filii ejus Texufini, transierunt mare et venerunt Toletum (*Chronica Adefonsi Imperatoris*).

(2) Dozy, l. c.

los pocos muzárabes que aún quedaban en este reino. Medio siglo después intenta Jaime I una excursión semejante, y sólo pudo llegar hasta Cullera: los campos estaban más deslindados» (1). En conclusión: fueron tolerantes con los muzárabes los mahometanos, mientras no pudieron dejar de serlo, esto es, mientras los hubieron de menester; cuando les fué permitido acabar con ellos, los exterminaron; de otro modo, los de Valencia, como los de otros puntos, hubieran dado señales de vida á la entrada de Jaime I en la ciudad del Turia.

Muerta doña Urraca, la madre de Alfonso VII, en 7 de diciembre de 1126 (2), estuvo el Batallador como dos años distraído de la guerra con los infieles. Luégo, desentendiéndose de los asuntos de Castilla, reanudó sus campañas contra los moros, y sujetó las comarcas de Molina y de Cuenca. En el mismo año 520 (en 1126-27) murió en Granada Abu Táhir Temim, el hermano de Alí ben Yúsuf, en quien el emir había descargado el gobierno de España desde antes de la expedición del Batallador. Vino en lugar de Temim, Texufín, el hijo de Alí. Poco después, año 522 (1128), los cristianos entraron con poderosa hueste hacia los montes de Alcaraz, y Texufín salió á su encuentro. Entonces entró al servicio de Aben al Arabí, que se dirigía en ademán de guerra á las comarcas valencianas, un personaje de la ilustre familia de los Beni Guáchib. Abu'l Kattab, hijo de Omar y nieto de

(1) *El Archivo*, V, 10-11.
(2) Según Zurita (I, 49), fué su muerte el día 10 de marzo.

Abu 'l Hassán Muhámad, el cadi puesto por los almoravides á su entrada en Valencia, año 1102. Abu 'l Kattab fué, en recompensa, nombrado cadi de Orihuela y de Elche; en uso de las facultades que le fueron concedidas, nombró á su vez, cádi de Elche á su hermano Abu 'l Hassán (1).

Desentendiéndose ya el Batallador de los asuntos de Castilla, en 1129 empleó su actividad sujetando las comarcas de Cuenca y de Molina; reunió un buen ejército y, cruzando el Pirineo, entró en la Gascuña y sitió á Bayona, de la cual se hizo dueño en 1131 (2). Ocupado andaba también entonces el conde Ramón Berenguer III en la conquista de Mallorca. Aprovecharon la ausencia de los soberanos de Aragon y de Cataluña los walíes de Valencia, Tortosa y Lérida, quemaron la tierra del Principado y sitiaron á Barcelona. Volvió el conde, dió batalla á los moros y los venció é hizo tributarios. Repasó al mismo tiempo Alfonso el Pirineo, y los escudos de Aragón volvieron á reflejar en las aguas del Ebro, del Cinca y del Segre.

Así como á Valencia vino á parar el último emir de Toledo, también se sentó en su trono el que abandonó los estados de Zaragoza. En jabán de 524 (julio-agosto 1130) murió en Rot al Yehud (Rueda de los Judíos) Abu Meruán Abdelmélic, apellidado Amad

---

(1) Conde, III, 30.—*El Archivo*, IV, 87.

(2) Sin embargo, la *Chronica Adefonsi Imperatoris* dice que no lo pudo conseguir: «Oppugnavit civitatem illam, et non potuit eam capere. Reversus est inde in terram suam sine honore». Pero el autor va en esto equivocado, siendo manifiesto el desorden y confusión que en hechos y orden cronológico padece en este punto.—Zurita dice que se apoderó de Bayona en octubre.

Dolah. Vivía en aquel retiro como despreciado de sus mismos vasallos, á causa de su amistad con el joven rey de Castilla, llamado el Sultanito; de quien recibía protección en sus empresas contra los almoravides. Heredóle su hijo Seif ó Saif ad Daulah (Espada del Estado), ó sea Áhmed Abu Giafar ben Abdelmélic, que tomó, además, los retumbantes títulos al Mostançir Billah y al Moçtahín Billah (el Protegido del Señor); «pero no quiso Dios ayudarle ni favorecerle, por sus torpes alianzas con los cristianos» (1). El rey *Zafadola*, como le llama la crónica latina, el cual pertenecía á una de las más gloriosas familias de España, la de los Beni Hûd, cuando tuvo noticia de los hechos de armas de Alfonso VII contra el rey de Aragón, y al ver, por otro lado, que el Batallador, en vez de restaurarle en el dominio de sus estados, según juramento, érale perjuro; reunió sus hijos, mujeres, wazires, cadíes y personajes más ilustres entre los suyos, y les habló así: «¿Conocéis los hechos de Alfonso, el rey de León, contra el de Aragón y sus rebeldes?».—«Los conocemos», le contestaron.—Y añadió: «¿Qué vamos á hacer? ¿Hasta cuándo estaremos encerrados aquí?» Allí estaban en aquella miseria y estrechez, por miedo á los almoravides, que de todos los estados musulmanes del Andalos se habían apoderado. «Escuchad mi consejo, continuó: Vayamos al rey de León y reconozcámosle por soberano, señor y amigo nuestro, porque, según entiendo, logrará dominar los países musulmanes, pues el Dios del cielo ha sido su

(1) Conde, III, 33.

libertador y está en su ayuda Dios excelso, y sé que, con su auxilio, recobraremos yo y mis hijos mayor prosperidad, aquella de que á mí, á mis padres y á mis gentes nos despojaron los almoravides.» Todos á una contestaron: «Excelente es tu consejo, y tu razonamiento, inmejorable nos parece á todos.»

No era fácil la salida de Rueda, á menos que fuerzas cristianas se encargasen de ahuyentar á los almoravides. «Envíame algunos de tus mejores capitanes, á fin de que pueda con seguridad llegar á tu corte», dijo el emir á Alfonso. Alegróse sobremanera del mensaje el rey, y al momento envió á Rueda al conde Rodrigo Martín y á Gutierre Fernández. Los recibió Áhmed otorgándoles grandes honores y colmándolos de regalos. Con ellos se trasladó á la corte de Castilla. Alfonso le recibió cual se debía á un monarca, compartió con él el solio y mandó que se le proporcionase cuanto hubiera de menester. Viendo esto los magnates del emir, se llenaron de admiración y unos á otros se decían: «¿Qué rey podrá igualarse con el de León?.»

Al ver Safadola la sabiduría que resplandecía en los actos de Alfonso, sus riquezas, la tranquilidad que había en su palacio y la paz de que en todo su reino se disfrutaba, no pudiendo contenerse, exclamó dirigiéndose al rey: «Lo que pregonaba la fama acerca de tu sabiduría y nobleza de corazón, y de la paz y abundancia en tus estados, es cierto; bienaventurados los magnates que moran junto á ti y dichosos tus vasallos y cuantos en tu reino viven.» Alfonso le dió valiosos regalos, entre los cuales se contaban preciosísimas joyas; armólos caballeros á él y á sus hijos, prome-

tiendo ellos estar al servicio del joven monarca mientras viviesen. Dió Safadola el castillo de Rueda al rey, y éste dió al emir castillos y ciudades en tierra de Toledo, en Extremadura y en la ribera del Duero, á donde se trasladó y sirvió al rey (1).

«El astuto Alfúns ben Remund, escribe Conde, logró, con malos tratos, que al Mostánsir ben Hud, Saif Dola, rey de la España oriental, cediese la fortaleza Rot al Yehud y otras muy importantes que tenía, dándole, en cambio, muchas posesiones en Toledo y la mitad de aquella ciudad. Estos conciertos se hicieron en dilcada de aquel año de 527 (3 septiembre-2 octubre 1133) (2). Movióse á esto Saif Dola porque temía que sus mismos vasallos entregasen sus fortalezas á los caudillos almoravides, porque aborrecían sus tratos y alianzas con el rey Alfonso ben Remund, y, por otra parte, no confiaba mucho poderlas mantener si este tirano se apartaba de su alianza, como le amenazaba muchas veces.»

Según otro autor, la proposición de cambio de estados partió de Alfonso VII. Manifestó á Aben Hud la conveniencia que á éste resultaría con trocar sus dominios por otros más próximos á aquellos en que aún no dominaban los cristianos, y que, poniéndole

---

(1) Que el libro de donde copiamos tan particulares detalles se escribió durante el reinado de Alfonso VII, declárallo estas palabras de la *Chronica Adefonsi Imperatoris:* «Qua (Rota) Rex accepta, dedit eam filio suo Regi Domino Sanctio Castellano, et populata est à christianis, et cœperunt invocare ibi nomen Sanctæ Trinitatis, et gratiam Sancti Spiritus. *Hoc autem nemo novit viventium quod in Rota esset invocatum nomen Domini publice, nisi modo.*

(2) En una nota del autor se lee: «Así Abdel Halim; aunque Alcodai dice que estos conciertos fueron año 534 (ag. 1139-40); pero entonces ya no vivía Alfonso ben Remund.» Con efecto, Aben al Abbar escribe: «Y permaneció en Rueda hasta que la desocupó al tirano Adhefonx ben Remond, el conocido por el Sultanito, á quien la dió trocándola por la mitad de la ciudad de Tolétula en el mes de dzulcaada del año 534. (Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, 63, núm. 2).» Se equivoca Conde al decir que Alfonso ben Remund, ó sea Alfonso VII, murió en el año 1139-40: es indudable que le confunde con el Batallador ó Aben Radmir, como se ve al darnos el relato de la batalla de Fraga (1134), en que murió el de Aragón. El emperador no falleció hasta el 21 de agosto de 1157.

al frente de tropas castellanas, estaría en condiciones de luchar con ventaja con los almorávides, recobrar el poderío de sus mayores y erigirse en emir de todos los musulmanes de España (1). No va descaminado el autor de *Los Mudejares* al sentar esta conclusión: «Puede colegirse, con probabilidad de acierto, que Seifadola obtuvo de D. Alfonso el puesto de alguacil de los mudejares, Sahb al Medina, ó presidente de la aljama ó comunidad toledana.»

En el año séptimo del reinado de Alfonso VII, ó sea en el de nuestra era 1133, trató el rey de vengar agravios recibidos de Texufín, que había hecho algunas entradas en tierra de Toledo, haciendo gran devastación y efusión de sangre y muchos cautivos. Tomó consejo de Saifadola, y éste con el rey entraron por Puerta Real en Andalucía. Junto al castillo sarraceno llamado Gallel se les unió el otro cuerpo de ejército que iba á las órdenes del conde Rodrigo González. Las campiñas de Córdoba, Carmona y Sevilla sufrieron la devastación más horrorosa (2). La venganza se acentuó al cruzar el Guadalquivir.

(1) *Kitab al Ictifá.*

(2) Para los que se escandalizan del modo de guerrear empleado por el Cid, no será de sobra conozcan cómo procedía Alfonso VII, no obstante ir en su compañía Saifadola: «Quotidie exibant de castris magnæ turbæ militum, quod nostra lingua dicimus algaras, et ibant à dextris et à sinistris, et prædaverunt totam terram Sibiliæ, et Cordubæ, et Carmonæ, et miserunt ignem in totam illam terram, et in civitates et castella, quorum multa inveniebantur absque viris; omnes enim fugerant, et captivationis quam fecerunt virorum et mulierum, non est numerus. Sed et prædationis equorum et equarum, camellorum, et asinorum, boum quoque et ovium, et caprarum non est numerus; frumenti, vini, et olei abundantiam in castra ferebant. Sed et omnes sinagogæ eorum quas inveniebant, destructæ sunt. Sacerdotes vero, et legis suæ

Los caudillos musulmanes andaluces enviaron mensajes á Saifadola y le decían: «Habla con el rey de los cristianos, y con su auxilio líbranos de las manos de los almoravides, y satisfaremos al rey de León los tributos reales, y hasta mayores que los pagados por nuestros padres á los del rey; contigo le serviremos con fidelidad, y tú y tus hijos reinaréis sobre nosotros.» Áhmed, obrando con aprobación de Alfonso y con consejo de sus ministros, contestó á los mensajeros: «Id y decid á mis hermanos los príncipes de los muslimes españoles: apoderaos de algunos castillos de los más fuertes, haced lo mismo con los castillos de las principales ciudades, y moved guerra por todo lugar; que yo y el rey de León acudiremos al momento en vuestro auxilio.». Los expedicionarios volvieron por Talavera, muy contentos de la venganza tomada en los infieles (1).

Tampoco el Batallador, aunque en desacuerdo con Castilla, dejaba de ejercitar su potente brazo en los muslimes de la España oriental. En junio del mismo año 1133 se apoderó de Mequinenza, y un mes más tarde ponía sitio á Fraga, cerca de la confluencia de los ríos Cinca y Segre, plaza importante por su posición y por los abundantes medios de defensa que en ella se habían acumulado. Contra la bien sostenida defensa

doctores, quoscumque inveniebant, gladio trucidabant; sed et libri legis suæ in sinagogis igne combusti sunt (*Chronica Adefonsi Imperatoris*).» Hay que apreciar los hechos, no según nuestras costumbres, sinó á través del prisma del tiempo en que se realizan.

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*—También de esta entrada hay mención en los Anales Toledanos: «Entró el Emperador con el Rey Zefudoba en tierra de Moros, Era MCLXXI.»

de los muslimes eran inútiles todos los esfuerzos del rey de Aragón; así que el sitio se alargó hasta el verano del año siguiente.

Tenía entonces el gobierno de la región de Levante, ó sean los reinos de Valencia y Murcia, el ya famoso caudillo almoravide Abu Zacaría Yahya ben Ali Aben Gania (1). Reunió este general muchos almoravides y moros españoles, y fué al auxilio de Fraga, pero el Batallador le venció por dos veces, y huyendo Aben Gania, dejó muchos despojos á los cristianos. Estos descalabros no desanimaron al almoravide. Pidió más refuerzos á África, y de allí acudieron nuevos almoravides y otros moros africanos, los cuales, unidos á las huestes de Córdoba, Sevilla, Granada, Valencia, Lérida y á «todas las gentes de esta parte del mar», formaban un ejército muy crecido, con el que Aben Gania fué otra vez á libertar á Fraga. Como centro de operaciones tenían los muslimes á Lérida; pero Aben Gania, escarmentado ya con las derrotas que había sufrido, estaba á la expectativa y, á lo más, limitábase á correr la tierra y á estorbar que llegasen provisiones al campo enemigo.

Zurita, al contrario de lo que escribe el anónimo de la crónica latina, señala como derrotas para el Batallador los encuentros que tuvo con Aben Gania antes de la batalla de Fraga. Dice que, puesto el sitio á dicha villa en julio de 1133, un mes después de la rendición de Mequinenza, Alfonso acudió en agosto al campo

(1) «Magnus princeps Valentiæ et Murciæ», como le llama la *Chronica Adefonsi Imperatoris*.

sitiador, y tuvo que retirarse ante la bien sostenida defensa de la plaza. Reanudó las operaciones del sitio, que sostuvo durante los meses febrero, marzo y parte de abril de 1134, y, derrotado, tuvo que levantar segunda vez el campo. El día de Santa Justa y de Santa Rufina (19 de julio) vinieron á las manos Aben Gania y Alfonso junto á Fraga, y el de Aragón experimentó segunda derrota (1).

Los muslimes, envalentonados, estragaban la comarca de Monzón, y Alfonso salió con 400 caballos á castigarlos, si bien dió á fuerzas mayores orden de que se le unieran. Estaban los escuadrones que seguían al rey bastante apartados del grueso de su ejército. Súpolo Aben Gania y atacó con fuerzas muy superiores á la reducida avanzada en que iba Alfonso. Á pesar de la notable desigualdad de fuerzas, se trabó encarnizada pelea, pero á la postre triunfó el número. En esa triste jornada del 7 de septiembre (2) sucumbió el

(1) Sandoval considera esta batalla como definitiva. En las adiciones y tabla, al cap. XXVII, dice: «Viene puntualmente esta memoria con lo que dize el capítulo del día en que fué la desdichada muerte del valeroso rey don Alonso de Aragón. Dize así: «Fué la batalla de Fraga, que fizo el rey Daragón con Aben Gama, día de santa Justa è Rufina; é fué vencido el rey Daragón, é perdióse allí.» (Anales Toledanos).

(2) *Anales de Aragón*, I, 52.—Esa misma fecha da Sandoval en el texto, por más que en las adiciones y tabla señala el 19 de julio. El autor castellano y el aragonés se remiten á una memoria antigua de Castilla, y nuestros historiadores generales han adoptado la fecha 7 de septiembre.—A Sandoval no se le escapó la diferencia que hay entre esa fecha y el día de las santas Justa y Rufina, por lo que en otro lugar (*El Emperador Don Alonso el VII*) escribe: «El tumbo negro dice asimesmo la muerte del Rey Don Alonso de Aragón en este año, aunque no dice el día, ni mes, *Era 1172, fuit interfectio christianorum in Fraga*. No sé si entonces se celebraba la fiesta de Santa Justa y Rufina á 7 de Septiembre, que agora celebramos á 19 de Julio.»

Batallador y, con él, murieron otros muchos, entre ellos Centulio de Bearne, Aimerich de Narbona, don Gómez de Luna y Lope Cajal (1).

En lo de que Alfonso peleó tan sólo acompañado de parte de su ejército, están conformes Zurita y Conde. Según éste, «el rey Alfonso, viendo aquel tropel de caballeros (que seguían á Aben Gania) que venían á toda rienda á herir en los suyos, sacó parte de su batalla y les salió á encontrar; pero no fueron poderosos para contener el ímpetu de la caballería de Aben Gania. Aquellos valientes almoravides rompieron y atropellaron á los cristianos, que huyeron vencidos después de horrible matanza, que pocos escaparon de la muerte, y entre ellos y de los primeros murió el rey Alfonso, cruel enemigo de los muslimes.»

Y ese mismo detalle se consigna en la crónica latina: «Al amanecer del 17 de julio, los centinelas cristianos que custodiaban el campamento, descubrieron innumerables escuadrones sarracenos, y corriendo fueron á avisar esta novedad al rey. Alfonso mandó á los prelados, caudillos, caballeros é infantes, que estuviesen en el campamento á punto y armados. Hubo muchos nobles aragoneses y otros muchos caballeros que con permiso del rey habían ido á sus casas y ya volvían á incorporarse al ejército, mas no llegaron á tiempo de tomar parte en la batalla.»

(1) Según la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, murieron los obispos de Jaca y de Rhodes, el abad de San Adrián y los caudillos Garzón de Gavescam, Beltrán de Lanuza, Fortún de Folch, Obgel de Marimón, Ramón de Talar, Calvet de Sua, Gastón de Bearne, Centulio de Bigorra, Aimerich de Narbona, no pocos caballeros de Francia y otros muchos extranjeros, todos los de Aragón y 700 valerosos infantes que formaban la escolta real.

En lo de que el campamento cristiano cayó en poder del enemigo, están conformes la citada crónica y el autor árabe á quien sigue Conde. Se lee en aquélla: «Los almoravides y demás muslimes cercaron el campamento y comenzaron á pelear y lanzar toda clase de armas arrojadizas, con las cuales dieron muerte á considerable número de personas y de caballos. Viendo esto los caudillos, los que podían empuñar las armas y los prelados que no podían defenderse dentro del campamento, salieron fuera y se trabó reñido combate; pero, estando en la lucha, tropas que estaban escondidas, se apoderaron del campamento, y el obispo de Lascar (?), los sacerdotes y demás clero, con cuantos estaban en las tiendas, fueron hechos cautivos.» «Los muslimes, dice Conde, robaron el campo de los cristianos, en donde hallaron muchas riquezas, y persiguieron las miserables reliquias de sus vencidas gentes. Entonces Aben Gania escribió esta gloriosa victoria y venturoso suceso de sus armas al emir Taxfín, que holgó mucho de ello; y fué famoso el día de Fraga, que no le olvidarán los cristianos. Fué esta gran batalla año 528 (nov. 1133-oct. 1134)» (1).

(1) En la crónica se dice que Alfonso, al verlo todo perdido, escapó seguido de solos diez caballeros, uno de los cuales era García Ramírez, que luégo restauró el reino de Navarra; pasó por Zaragoza, mas no se detuvo en ella, sinó que se encaminó al monasterio de San Juan de la Peña; cayó enfermo de tristeza y murió á los pocos días, en el 25 de enero de 1134 (?), sin disponer quién le sucediese en el trono.—Escolano (III, 1), que presenta como rey de Almería, Jaén y Granada á Aben Gania en 1125, cuando la correría del Batallador, ahora da ya como emir de Valencia á Aben Sad, el rey Lobo. Estas son sus palabras: «Andando ya en los años 1137, el rey moro Aben Gumeda hizo liga con otros reyes moros de España; y con el ejército de la liga y ayuda de los almoravides africanos que su rey Brahim les había embiado,

El tratamiento que á los cautivos se daba en Valencia era el que podía prometerse de tiempos en que tan enardecidos estaban los ánimos de muslimes y cristianos: así, al obispo Guido le afligieron con muchos tormentos á fin de que renegase del bautismo y de aquel que por nosotros padeció muerte de cruz; le circuncidaron, según la ley mahometana, y sólo pudo escapar á tanta persecución rescatándose por treinta mil morabatines de oro, con lo cual pudo volver á su sede episcopal (1).

El gobierno de Valencia estuvo confiado algunos años al vencedor de Fraga, cosa rara en los tiempos

---

entró sujetando las tierras que obedecían al rey don Alonso. Era una de ellas Valencia, por la amistad que su rey Aben Lobo mantuvo siempre con los cristianos aragoneses. Pero los moros sus vasallos, como vieron el poderoso ejército de su secta, les abrieron las puertas y metieron dentro. Defendiéronse los del alcázar, que, sin duda, serían el rey y sus valedores; y, al cabo de algunos combates, fueron entrados y muertos, y el rey Lobo debió escaparse, pues años adelante le hallamos otra vez rey de Valencia. De allí se pasó Aben Gumeda á socorrer la villa de Fraga, que era del rey moro de Lérida, uno de los confederados y la tenía cercada el rey don Alonso. Llegados á vista los dos campos, se presentaron la batalla á 17 de julio de 1137, en que fueron los cristianos vencidos, y el rey, muerto. Así lo siente Luis Mármol; pero que acaeciese su muerte en el dicho año, no da lugar á creerlo un privilegio otorgado por el rey don Alonso (VII) su entenado, que es el postrero de sus privilegios en Zaragoza y está guardado en el archivo della, cuya fecha dize que pasó en la era 1162 y en el mesmo año que le mataron, que viene á ser en el de 1034 de Cristo Nuestro Señor (Escolano, l. c.).» En la Era se ha impreso sesenta por setenta, y al restar las centenas se ha prescindido de las del minuendo.—Lafuente, siguiendo á Zurita, escribe que Aben Gania era walí de Lérida, contra lo que repetidas veces se lee en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, llamándole «principem Valentiæ», «magnus princeps Valentiæ et Murciæ», «princeps militiæ Valentiæ» y «regem Valentiæ».—Conde, sin decir de dónde fuese walí, sólo dice que estaba en Lérida cuando entendió lo que pasaba en el cerco de Fraga, ó sean las reñidas escaramuzas que se trababan entre sitiados y sitiadores.

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*

de la dominación sarracena. Poco después de esa triste jornada, en octubre del mismo año 1134, se despidió de Alfonso VII el alcaide de Toledo conde Rodrigo González, que se indispuso con el rey, no obstante los buenos servicios que le había prestado en correrías contra los infieles. Pasó á Jerusalén y se distinguió como valeroso cruzado. Después de entregar á los caballeros del Temple una fortaleza que alzó frente á Ascalón, volvió á España, mas no á Castilla, sino á la corte de Ramón Berenguer, conde de Barcelona, y á la de García, el rey de Navarra. Se amparó en Valencia, junto á su walí Aben Gania, con quien estuvo algunos días. Diéronle los moros una bebida, y se llenó de lepra. Volvió á Jerusalén, y allí acabó sus días (1).

Corriendo aún el año 1134, marchó Alfonso VII á la Rioja y recobró, sin necesidad de apelar á las armas, todo el territorio de que durante su minoridad se había apoderado el Batallador. García Ramírez, el de Navarra, se le declaró feudatario. Sabedor el de Castilla del temor que dominaba á los aragoneses por la muerte de su rey, dijo á sus caudillos: «Vayamos á Aragón, establezcamos paz con nuestro hermano el rey Ramiro (el Monge) y démosle consejo y auxilio.» Se le recibió de paz en Zaragoza, donde dejó una buena guarnición de caballeros é infantes para que guardasen la ciudad. Del feudo y homenaje que desde este tiempo prestaron los monarcas de Aragón á los de Castilla, fueron relevados cuarenta y tres años después, ó sea cuando Alfonso II el Casto concurrió,

---

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*

en auxilio de Alfonso VIII el de las Navas, á la rendición de Cuenca (21 sept. 1177). Tenía Alfonso VII á su devoción todos los príncipes cristianos de España, la Gascuña, el Langüedoc y parte de la Provenza, y aun de los musulmanes al futuro emir de Valencia, á Saifadola: sus dominios se extendían desde el Atlántico hasta el Ródano. Quiso tomar el título de Emperador, y como tal fué coronado en León el 2 de junio del año siguiente, ó sea el día de Pascua de Pentecostés (1). A 11 de agosto de 1137 se concertó en Barbastro el casamiento de Ramón Berenguer IV el Santo, con doña Petronila, hija de Ramiro II el Monge (2).

Aún seguía en el cargo de walí de Valencia en abril de 1139 el famoso caudillo almoravide Abu Zaçaría Yahya ben Alí Aben Gania, según se comprueba con el hecho siguiente. En paz el emperador con todos los príncipes cristianos al llegar al décimotercio año de su reinado, trató de castigar en los muslimes algunas entradas que habían hecho en sus dominios. Antes de que Texufín, hijo del emir Alí, pasase á África, llamado por su padre, corrió la tierra de Huete y Alarcón y entró en Cuenca, cuyos moradores se le habían rebelado (1137) (3). Las algaras continuaron en tierra de Toledo aún después de ido Texufín á África á mejorar el estado de las cosas

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*—Dozy (*Hist. Abbadidarum*, II, 144) dice que hay equivocación en esta fecha, porque Alfonso no entró en Rueda hasta 534 (ag. 1139-40); la equivocación no es de la citada crónica, sinó de Aben al Abbar, como ya se vió arriba.

(2) Zurita, I, 46.

(3) Conde, l. c.

almoravides. Constituían verdadera calamidad y continua desazón para la ciudad del Tajo, los almoravides y demás muslimes de la guarnición de Oreja, castillo que se alzaba en la margen izquierda de aquel río, á unos doce kilómetros y al oriente de Aranjuez. Poseíanle los mahometanos desde los revueltos tiempos de doña Urraca. Propúsose, pues, su hijo, el emperador, acabar con aquel nido de aves de rapiña.

Oído el parecer de sus consejeros, mandó á los hermanos Gutierre y Rodrigo Fernández, que cada uno, seguido de su respectiva hueste, aumentadas con la guarnición de Toledo y con las milicias de la Extremadura de entonces (1), pusiesen cerco á aquel castillo. Se estableció en el mes de abril, y á poco acudió el emperador con un grueso ejército formado de gentes de Galicia, León y Castilla. Menester era todo aquel aparato de fuerza, porque el castillo, además de ocupar una posición excelente, realzada con el auxilio de sus altos muros y torres, encerraba una guarnición numerosa y decidida, á cuyo frente estaba el intrépido Ali, gobernador de quien recuerdos harto tristes guardaban los toledanos. El emperador hizo construir máquinas de combate, que incesantemente jugaban contra la fortaleza, é hizo que fuertes destacamentos

---

(1) Aún ostenta Segovia en su escudo una cabeza, alusiva al *Caput Extremaduræ*, título que en los tiempos de Alfonso tenía aquella antiquísima ciudad.—En documento de la catedral de Valladolid, de 21 de noviembre de 1122 se nombra á Extremadura, y Sandoval *(El Emperador Don Alonso VII)* dice que eran las riberas extremas del río Duero á la parte del mediodía, «donde entran las tierras de Osma, Segovia, Ávila, Salamanca, Zamora y Ciudad-Rodrigo.»

custodiasen la orilla del río, para impedir que los sitiados continuaran surtiéndose de sus aguas.

Supieron con turbación y tristeza el apuro en que estaban los de Oreja, Aben Gania, caudillo de los muslimes de Valencia, Azuel, gobernador de Córdoba, y Aben Zeid, que lo era de Sevilla. Trataron de salvar á los sitiados, y, al efecto, convocaron á todos los walíes de la Península y de sus islas; reunieron así un poderoso ejército, que fué reforzado con otro enviado de África por Texufín, del que formaba parte una gran muchedumbre de zenetas, á quienes seguían interminables recuas de camellos cargados de harina y de otros comestibles.

Movióse el ejército musulmán desde Córdoba, contándose en él, aparte la turba innumerable de peones, 30.000 caballos. Siguió el camino real de Toledo y fúé á sentar sus reales en los Pozos de Algodor, nombre del río que desemboca en el Tajo y junto á la población así llamada. Prepararon una emboscada contra el emperador, haciendo que en paraje á propósito se ocultara con su hueste el walí de Valencia, á quien dijeron: «Si el emperador traba combate con nosotros, saldrás tú durante la lucha, subirás al campamento cristiano, pasarás á degüello á cuantos allí encuentres y prenderás fuego á las tiendas; proveerás de soldados al castillo, de armas y de cuantos víveres y agua les sean necesarios, tomados de los que llevan los camellos; y después te unirás á nosotros, que iremos á Toledo, donde confiamos luchar con el emperador.

Con efecto: la mayor parte del ejército musulmán

se corrió á Toledo; pero Alfonso, que supo por los espías, el plan del enemigo y había dejado á doña Berenguela con buena guarnición en aquella ciudad, no dió lugar á otro día de luto como el de Fraga, que hubiera sido fatal á la causa cristiana. Se combatió el castillo de San Servando, sin otro resultado que la destrucción de una torre, en que murieron cuatro de sus defensores; los mahometanos desahogaron en las viñas y arbolado su rabia y despecho.

Subió éste de punto, cuando la emperatriz, confiada en el valor de la guarnición, que tenía bien defendidas las puertas y coronados de guerreros los muros y torres, envió este mensaje á los caudillos almoravides: «¿Qué honor vais á reportar de pelear conmigo, con una mujer? Si, en verdad, os sentís animados del deseo de cruzar vuestras espadas, á bien poca costa lo conseguiréis, sólo con trasladaros á Oreja, donde el Emperador os aguarda con las huestes preparadas.»

Alzaron al alcázar su vista Aben Gania y los demás caudillos, y observaron, con sorpresa, que la emperatriz, engalanada con las mejores preseas y joyas, estaba sentada en un trono, y que en derredor suyo estaban sus damas; y amenizando aquella ostentación de serenidad, doncellas cantaban con acompañamiento de cítaras y campanas, címbalos y salterios. Entre suspensos y avergonzados, los caudillos moros inclinaron, á guisa de saludo á la egregia dama, sus cabezas, se alejaron de allí, y, sin causar otros daños en aquella tierra, volvieron «sin honor y sin victoria» á la suya, ó sea, sin haber medido sus armas ni

libertado el castillo. Éste se rindió por capitulación en octubre, y sus defensores, á quienes los toledanos querían dar muerte, fueron custodiados, é ilesos, hasta Calatrava (1).

En el año 537 (jul. 1142-43) sucedió á Ali ben Yúsuf ben Texufín, su hijo Texufín ben Ali ben Yúsuf, que sólo reinó hasta 539 (jul. 1144-jun. 1145). Supo Texufín que los asuntos de España iban de mal en peor. Convocó á los jefes de los cristianos que estaban á su servicio y á los de los almoravides y de los demás sarracenos, y les preguntó: «¿Qué consejo me dais? qué haré de España, que está sin gobernador?» Y todos le contestaron: «Aquí está Aben Gania, tu fiel amigo: en ninguna parte hallarás otro mejor.» Le nombró walí de Córdoba, Carmona, Sevilla y Granada, y de toda la tierra de España, y le dijo: «Toma de mis tesoros dinero en abundancia, ve á tierra de cristianos y toma venganza de los walíes nuestros hermanos que han sido muertos (marzo de 1143): no perdone tu cuchillo comarca alguna, y pon bajo mi yugo y bajo el tuyo toda ciudad y todo castillo que ofrezca resistencia» (2). En uso de los amplios poderes que le fueron otorgados, Aben Gania debió nombrar gobernador de Valencia á su sobrino Abu Muhámad Abdallah, hijo de su hermano Muhámad ben Ali Aben Gania, puesto que allí estaba en el desempeño de aquel cargo cuando estalló la sublevación

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*—Según los Anales Toledanos fué la rendición en septiembre: «Prisieron á Oreja los Christianos de Moros en el mes de Septiembre, Era MCLXXVII.»

(2) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*

contra los almoravides el 24 de dilagia de 538 (30 junio de 1144).

Comenzóse este capítulo transcribiendo unos versos de Aben Jafacha, ilustre vate alcireño. Vamos á cerrarle con los de otro poeta, hijo también de la isla del Júcar, Àbu Talib Abdel Gewar, con los cuales elogiaba á los almoravides, en general, y, muy en particular, al príncipe Texufín, cuando su poderío, así en África como en España, estaba amenazado de muerte:

Cuando Allah, eterno y poderoso, quiso
Que su divina ley fuese ensalzada,
Los ánimos unió de los mortales,
Para elegir un adalid valiente
Que acaudillase del Islam las tropas.
Éste fué de Taxfin noble pimpollo,
De tan insigne planta procedido;
Al mundo pareció cual clara aurora
Que á la tiniebla de la noche sigue,
Puro y resplandeciente como el agua
De clara fuente, que aura matutina
Orea y esclarece y nunca admite
Mancilla en sí que su cristal enturbie.
Abú Jacub fué tal, y su venida
Fué de águila caudal; su presto vuelo
Hacia Zalaca encaminó; la espada
Allí esgrimió la diestra vencedora.
Día feliz y campo venturoso,
Lo que nos diste tú, ¿quién nos ha dado?
Vuelve otra vez, Señor, tan fausto día.
¡Oh célebre giuma, día dichoso!
Cuando la santa ley, atropellada
Del arrogante infiel, con victoriosas
Armas se levantó, y á los infieles

Día de juicio fué y allí quedaron
Como viles y míseros terrones.
No te valió aquel día tu potencia,
Soberbio Alfonso, pues allí cumplióse
Lo que grabado en tablas de diamante
La eterna voluntad de Dios tenía,
Y protegió con su divina sombra
La gente fiel, y el rayo de la guerra
Abrasó á los infieles como fuego;
Aseguró el Islam cual otras veces,
En los antiguos tiempos venturosos,
Y en todas partes libres y seguros,
A la alba, á medio día y á la noche,
Y en su tiniebla oscura sin temores
Andaban por doquiera los muslimes.
Despues tomó las riendas del estado
El hijo de Jusef, el animoso
Aly, sabio, prudente y justiciero;
El cual, siguiendo las paternas huellas,
Alcanzó su virtud, no su fortuna.
Hubo después las riendas del imperio
Su hijo Taxifín el esforzado,
Como bravo león, león rabioso
Cercado de crueles cazadores:
Tiranos ambiciosos, á porfía
Sus estados invaden; los rebeldes
Su señorío usurpan; tantos males
Y sin justicia, violencia y robo,
De vos, potente Allah, remedio esperan (1).

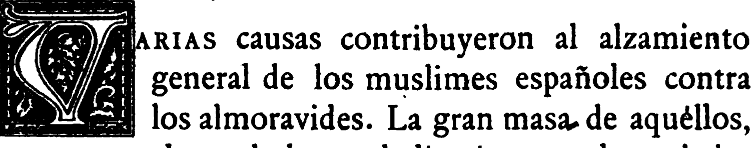
(1) Conde, l. c.

CAPÍTULO XII

INTERREGNO ALMORAVIDE-ALMOHADE
(1145-1172).

MERWÁN, SAIFADOLA Y ABEN AYADH
(abr. 1145-ag. 1147).

Revolución contra los almoravides.—El sobrino de Aben Gania abandona á Valencia y se hace fuerte en Játiba.—Proclamación de Merwán.—Muerte de Abu'l Kattab (de los Beni Guáchib), en Orihuela.—Duración del sitio de Játiba: interrupciones que sufre el auxilio de Aben Giafar al emir de Valencia.—Rendición de Játiba y solemne entrada de Merwán en Valencia.—Destronamiento de Aben Táhir y de Merwán.—El castillo de Montroy.—Saifadola, emir de Murcia y de Valencia.—Su ingratitud y muerte.—Movimiento literario.—Muerte del arráez de Cuenca, Abdallah ben Faraig.—Breve reinado de Aben Ayadh en Murcia y en Valencia.—Obispo de Denia á mitad del siglo XII.



VARIAS causas contribuyeron al alzamiento general de los muslimes españoles contra los almoravides. La gran masa de aquéllos, como procedente de los muladíes ó renegados cristianos, era refractaria á quienes ni un momento desmintieron la justa fama de bárbaros é incultos. Así los pintan árabes y cristianos. Causaban todo género de agravios á los andaluces: les robaban sus bienes, les estragaban sus jardines, entraban en sus casas y forzaban á sus hijas y mujeres: eso se lee en los autores árabes; y eso mismo repiten nuestras crónicas (1). La suerte de los almoravides era poco halagüeña en África, donde los almohades ó unitarios tomaban cada día mayor incremento. Una nueva secta mahometana había

(1) Conde, III, 1.—De la *Chronica Adefonsi Imperatoris*: «Moavitæ medullas terræ comedunt; et possessiones nostras, aurum et argentum nobis tollunt; uxores nostras et filios nostros opprimunt.»

asomado la cabeza en el Algarbe ú occidente de España. Los manejos de Saifadola tenía enardecidos los ánimos y dispuestos á romper con los odiados africanos. En septiembre de 1144 entró Alfonso VII con un gran ejército en Andalucía y repitió en ella los estragos de once años antes, quedando destruída la región comprendida entre Almería y Calatrava (1). Las huestes de Toledo, Segovia, Ávila, Salamanca y de otras ciudades, habían impresionado de tal modo á los muslimes de España, que, reunidos en sus mezquitas, dirigían fervorosas súplicas á Mahoma, para que les ayudase en su empresa, y estimulaban á Saifadola y á los descendientes de los reyezuelos de taifas para que se lanzasen á la lucha contra los almoravides.

El combustible estaba hacinado. Una sola chispa que prendiera, se produciría un incendio, quedando reducido á cenizas el imperio de los almoravides en España. Á la hora del alba del 12 de sáfer de 539 (14 ag. de 1144) se sublevó Aben Cosai en el Algarbe. Cundió el movimiento de sedición en Sevilla, y á sofocarle acudió, al frente de numerosas tropas, el ya célebre Aben Gania. Alcanzó el caudillo almoravide á los rebeldes más allá del Guadiana, y los escarmentó. Cansados

---

(1) Destruxeruntque omnes vineas, et oliveta, et ficulneas, et omnia pomaria inciderunt, et combusserunt igne, et dederunt ignem in civitatibus eorum, et in villis, et in viculis; et multa castella eorum flamma combusserunt, ceperuntque viros, et mulieres, et parvulos eorum, et magnam prædam equorum et equarum, et camelorum, et mulorum, et asinorum, boum et vaccarum, et omnia pecora; aurum et argentum, et omnia pretiosa quæ in domibus eorum erant, et cuncta supellectili, et quidquid habere poterant.—En los Anales Toledanos se lee esta lacónica indicación: «Entró el Emperador con su Huest en tierra de Moros, è atravesó toda Andaluz, Era MCLXXXII.»

estaban sus soldados del sitio de tres meses puesto á Xilbe y disgustados de la inclemencia del invierno, cuando supieron que también Córdoba se había rebelado. Se apoderó de la ciudad Abu Giafar Hamdain. Á esta noticia, Aben Gania levantó el campo, que tenía puesto sobre Niebla, y por Sevilla se encaminó hacia Córdoba.

Saifadola era el alma de la sublevación; y ésta se extendió á Valencia y Murcia, á Lérida y Tortosa, y á Jaén, Úbeda, Baeza, Andújar, Sevilla, Granada y Almería: en todas estas revueltas corrió abundantemente la sangre de los almoravides, aunque vendieron caras sus vidas. La plebe de Córdoba depuso á los catorce días del gobierno al walí Hamdain, faquí de la ciudad, que contaba muchas riquezas (1). Ese cambio fué obra de la trama y liberalidades del bando que allí se suscitó á favor de Saifadola, que estaba en la frontera de Toledo favorecido por los cristianos. Se proclamó emir á Aben Hud, llamándole al Mostánsir Billah. Saifadola entró en Córdoba enmedio de las aclamaciones del pueblo. Poco después le fué forzoso salir huyendo, porque el pueblo se cansó de las violencias que él y sus auxiliares cristianos cometían (2). Aben Hamdain había llamado á Faraig, de Calatrava, y á todos sus parientes y amigos, y propuso se diera muerte á Saifadola para ocupar su puesto.

---

(1) In illo tempore erat quidam sacerdos in Corduba secundum legem Mahometi et de semine agarenorum, et nomen ejus Abefandi, et erat dives super omnes homines qui morabantur in Corduba (*Chronica Adefonsi Imperatoris*).

(2) Conde, l. c.

Súpolo el ex-emir de Zaragoza y, llamando á su lado á los cristianos, sus auxiliares, salió de Córdoba con ellos y con el de Calatrava. Á éste dijo el emir: «Puesto que te has empeñado en causarme daño, yo haré que tu resolución no prevalezca.» Enseguida mandó á los cristianos que le matasen. Hamdain y los cordobeses, indignados, quisieron acabar con Aben Hud y le persiguieron; mas pudo escapar y se retiró á Jaén. Hamdain volvió á ser proclamado caudillo de Córdoba (1).

Mientras Aben Gania acudía del Algarbe hacia Córdoba para sofocar la sedición, supo que también Valencia se había sublevado. Era wali de ella su sobrino Abu Muhámad Abdallah, hijo de su hermano Muhámad ben Ali. Trató el gobernador de Valencia de acallar los gritos de los amotinados utilizando el ascendiente que sobre la ciudad tenía su sabio cadí Merwán ben Abdallah ben Merwán ben Kattab, nacido en la capital el año 505 (1111-12) y puesto en el cargo por Texufín ben Ali como un año antes, el 24 de dilagia de 538 (28 jun. 1144). Era el cadí muy celebrado por su ilustre cuna, por su reconocido valor y por su ciencia nada común.

Teníale en cuidado la revolución de Córdoba, cuya aljama había proclamado emir de España al faquí Abu'l

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*—En los Anales Toledanos se refiere del siguiente modo la entrada, permanencia y salida de Saifadola: «Fuè Çahedola, en el mes de Janero à Çordova; è mató à Farach Adalil, è fuxó à Granada; è pues que fuxó Çahedola, levantaron á Aben Hamdin, Rey en Cordova, en el mes de marcio, Era MCLXXXIII.»—Conde fija la muerte de Faraig en jueves 5 de ramadhán (4 abr. 1145) y la salida de Córdoba de Saifadola en 26 de abril.

Giafar ben Hamdain; estaba bien lejos de recelar el cadi que el movimiento de sedición se extendiese también á Valencia. Obedeciendo á las indicaciones del walí y esforzándose por que no se le juzgase comprometido en el motín, fué á la mezquita, subió á la tribuna y exhortó á su numeroso auditorio á que depusiese la actitud rebelde á los almoravides. Recordó los grandes servicios que habían prestado á la causa del Islam salvando á España cuando ya toda ella la tenían esclavizada los cristianos, acudiendo con oportunidad en auxilio de Alcira y arrancando á los infieles la misma Valencia, aherrojada por el Cid. Pero ni el respeto debido al cadi, ni la elocuencia arrebatadora de su palabra, fueron parte á desviar al tumultuoso pueblo de la senda que había emprendido.

El vulgo, amigo de novedades, por peligrosas que sean, y más inclinado al desorden que á la paz, prorrumpió en gritos de guerra contra los africanos; y la ciudad se llenó de terror y espanto. Esto sucedía el miércoles 18 de ramadhán de 539 (17 abr. 1145). Viendo el sobrino de Aben Gania que no contaba con elementos suficientes para sofocar el alzamiento, llegada la noche abandonó, con su familia, la ciudad, y á uña de caballo corrió á refugiarse en Játiba, adonde llegó al amanecer del jueves.

No todos los soldados del walí almoravide pudieron seguirle en su precipitada fuga, y en ellos se cebó el furor del populacho. El cadi veía con malos ojos aquellos excesos, y para que no se le juzgara en connivencia con los amotinados, se ocultó. Como el walí hiciera con sus algaras desde Játiba grandes estragos

en los amenos campos y huertas de Valencia, acudieron sus naturales al cadi rogándole los amparase y defendiera. Receloso él de la inconstancia del pueblo y temeroso, además, de que los almoravides le contaran en el número de los rebeldes, con sus numerosos parciales abandonó la ciudad, sentó su campo en Loxa (¿la Llosa, junto á Játiba?) y quedó bajo la protección del sobrino de Aben Gania.

Los ruegos de Abdallah ben Mardónix, que se había hecho dueño de Almería, y del suegro de éste, Aben Ayadh, le movieron á abrazar el partido nacional, á ponerse al frente de los valencianos y á repeler las correrías del wali acantonado en Játiba. Sacrificando su comodidad y regalo en aras del bien público, siguió el consejo de aquellos dos caudillos. Volvió á Valencia, y fué proclamado su emir el 3 de xawal (2 mayo). Una de sus primeras disposiciones consistió en confiar la conservación del país y el cuidado de las fronteras á Aben Ayadh, quien, además de asegurar las suyas propias, se encargó de hacer lo mismo respecto de las de su yerno y contra los lamtuníes, que reclutaban gentes en tierras de Albacete y ocupaban sus fortalezas.

La sublevación se había extendido á la vez á Murcia, donde Hamdain, el de Córdoba, fué también proclamado. Desde el 17 de ramadhán (16 de abril), un día antes de la sublevación de Valencia, estaban los murcianos divididos con motivo de la elección de su adelantado. El pueblo señalaba para el cargo, á Muhámad ben Abderrahmán ben Táhir el Kaisí, de la nobleza de Todmir, á Abu Muhámad ben Alhag, de

Lorca, y á Abderrahmán ben Giafar ben Ibrahim. El nombramiento recayó á favor del último, debido á que, pasando por junto á Murcia el alcaide de Cuenca, Abdallah ben Fetâh, el Thogray, que iba á incorporarse con Hamdain, supo la división de ánimos que reinaba en la ciudad del Segura y decidió la elección según se ha dicho.

No contento Aben Giafar con el cargo que debía al alcaide de Cuenca, aspiró al mando supremo, y, al efecto, el martes, 15 de xawal del año 539 (14 mayo), promovió un alboroto contra los almoravides. Los que de éstos habían entrado bajo palabra de seguro en Orihuela, fueron alevosamente asesinados. Víctima de esa matanza fué el cadi Abu 'l Kattab, hijo de Omar, que, á su vez, lo fué del cadi puesto en Valencia por los almoravides á su entrada en dicha ciudad. Cuando en són de guerra se dirigía hacia la misma en 522 (1128) Aben al Arabí, se pasó á su servicio, y en recompensa, se le dió el cadiazgo de Orihuela con facultad para nombrar al que le desempeñase en Elche. En uso de semejante atribución, nombró para él á su hermano Abu'l Hassán, de cuyo remate no se tiene noticia. Más hábil un tercer hermano, ó, mejor dicho, menos consecuente que sus hermanos, padre y abuelo, los famosos Beni Guáchib; Abu Becr, que así se llamaba, se acomodó á las circunstancias, y fué cadi de uno de los distritos de nuestra provincia. Cuando con el triunfo de los almohades cayó el partido nacional, fué del consejo de Valencia y teniente del cadi Abu Temim Maimón ben Chobair, por los años 568-581 (1172-84). Era Abu Becr muy com-

petente en asuntos administrativos (1). Abu Giafar ben Abi Giafar hizo que entrase en Murcia la gente de su huerta y aldeas, y fué proclamado emir, so pretexto de hacer esto á nombre de Hamdain, el emir de Córdoba. Ocupó el alcázar y se apellidó an Násir Ledinallah. Conservó al Thogray en el cargo de alcaide de la caballería.

Para combatir á los almoravides de Játiba, que robaban y quemaban las alquerías de Valencia y cautivaban á las mujeres, formó hueste en dicha ciudad su emir. El 28 de xawal (27 mayo) se puso sobre Játiba y pidió socorros al nuevo emir de Murcia. Al día siguiente, postrero de xawal, formalizó el sitio, pero el sobrino de Aben Gania y sus almoravides se defendían con valor.

Nuevos disturbios ocurridos en Murcia impidieron á su emir acudir en auxilio del de Valencia. El Thogray y Aben Táhir alborotaron al pueblo y proclamaron á Saifadola el mismo día 28. Triunfó Aben Giafar; Aben Táhir y Aben Alhag pudieron escapar; el Thogray quedó preso y encarcelado, y la alcaidía de la caballería se dió á Zaonún, de Orihuela. En lo que restaba del año y hasta el 22 de agosto, acabó Abu Giafar de hacerse dueño de la tierra de Todmir. Voló al campamento del emir de Valencia. Apenas sus soldados tomaron parte en los combates contra los almoravides de Játiba, supo que Aben Táhir había sacado de la cárcel al Thogray, y que ambos conmovían á la plebe. Abu Giafar acudió con su caballería á Murcia y sosegó el

(1) *El Archivo*, IV, 87-88.

alboroto. El Thogray pudo escapar, pero ardiendo en deseos de venganza (1).

Segunda vez acudió Abu Giafar al cerco de Játiba, y los almoravides, que hasta entonces se habían defendido en la plaza, se retiraron al castillo. En auxilio del emir de Valencia acudió también Aben Ayadh, el alcaide de las fronteras. Decayó entonces el ánimo de los sitiados, pactaron honrosas condiciones de rendición y abandonaron á Játiba aquellos valerosos soldados. Entró Merwán, fortificó la ciudad, colmó de regalos á sus auxiliares, á quienes despidió, y volvió á Valencia.

Era ya entrado el mes sáfer de 540 (24 jul.-22 ag. 1145). Hizo su entrada en Valencia montado sobre hermoso dromedario, empuñando lucientes armas y vestido con preciosas ropas. Los jeques y nobles caballeros le rodeaban, y aclamábale la muchedumbre, ebria de gozo. Aquél fué un día de gloria para el emir de Valencia, el más feliz, el único dichoso de que disfrutó en un reinado de tres meses... La jurisdicción de Alicante quedó entonces agregada á la provincia de Játiba, y ésta á Valencia.

Al mes siguiente murió en un encuentro con los almoravides, que abandonaron la alcazaba de Granada, el emir de Murcia. Los restos de su ejército que pudieron volver á Murcia, proclamaron emir á Abderrahmán ben Táhir al remate de rabié 1.ª (20 septiembre). Muy aficionado éste á la familia que durante

(1) Todos estos cambios de Murcia están confirmados en el apéndice número 11 de la obra del Sr. Codera que venimos citando.

largos años tuvo el gobierno del Sarcosta ó España oriental, cedió el emirato á Saifadola y se reservó el título de naib en Murcia. Prevaleciendo esta parcialidad, que contaba con la protección de Alfonso VII, la de Hamdain, que aspiraba á la independencia absoluta, juzgó traición el traspaso que de la corona de Murcia había hecho Aben Táhir. Quiso éste ganarse el apoyo de Aben Ayadh, mas éste se valió del alcaide de la caballería, Zaonún el de Orihuela, el cual fué á Murcia y proclamó emir al mismo Aben Ayadh. Aben Táhir se retiró al alcázar pequeño, y en el grande se instaló el nuevo emir. Esto fué el 10 de giumada 1.ª de 540 (29 octubre). Efímero fué el reinado de Aben Táhir: sólo duró cincuenta días. Por más que ya no quiso intervenir en los asuntos políticos, sus émulos procuraron, en diversas ocasiones, que Aben Ayadh le diese muerte. Jamás consintió en ello el nuevo emir de Murcia. Lo más que hizo fué prenderle y enviarle cargado de cadenas al castillo Maternis, ó Motronios, hoy llamado Montroy. El mismo paradero acabará por tener el emir de Valencia.

Inconstantes también los de esta ciudad en sus entusiasmos, ó, mejor dicho, huyendo, como los murcianos, del protectorado del monarca de Castilla, comenzaron á murmurar de su poco antes ensalzado emir. Los prohombres de Valencia y los alcaides de Murviedro, Liria, Alcira y Alicante, escribieron á Aben Ayadh para que acudiese á tomar las riendas de un estado que estaba como sin cabeza y en el mayor desconcierto.

Tales maquinaciones no se llevaron tan ocultas

que las desconociera Merwán ben Abdallah ben Merwán ben Kattab; y no las hubiese pasado sin imponer el debido correctivo, á no ser tan general el descontento y tan pronunciado el deseo de nuevo emir. Juzgó preferible disimular y estar en acecho de oportunidad para sustraerse á las iras de un pueblo tan inconstante como las olas del mar. Se adivinaron sus intenciones, y estalló grandísimo alboroto. Sigilosamente abandonó el cuitado emir su palacio y se refugió en la casa de un amigo.

Todas sus precauciones acabarían por ser inútiles ante el persistente empeño de sus injustos enemigos en averiguar su escondite. Aprovechando las sombras de obscura noche, la del 25 al 26 de giumada 1.ª (14 al 15 de noviembre), se descolgó por el muro y, disfrazado, se trasladó á Cullera. Creyó, equivocadamente, que ya se habría extinguido el furor popular, y volvió á Valencia. Pensó, como Aben Táhir, que encerrado en su casa y no tomando participación en los negocios públicos, se le respetaría; mas no pudo disfrutar del gran placer por que suspiraba.

Pronto salió del error. Buscado con exquisita diligencia, tuvo que abandonar, también en secreto y disfrazado, por segunda vez á Valencia. Huyó por Murcia á Sevilla; pero fué conocido. Se le cargó de cadenas y fué trasladado al fuerte castillo de Montroy, «en el reino de Valencia.» Allí estaba también Aben Táhir, el ex-emir de Murcia. Á éste le ocasionaron el más acerbo disgusto privándole de sus amados libros. De poco habían de servirle allí, ya que á los nobles caudillos se los sepultó en prisión tan obscura, que ni aún

distinguían de la noche el día. Por fin, lograron los egregios reclusos salir de aquella mazmorra. Uno y otro pagaron un fuerte rescate: trescientas mil doblas ó monedas de oro cada uno (1).

Juzgando Merwán que la ciudad de Marruecos sería para él lugar seguro, pues todo en España era guerra y confusión, en ella se refugió y allí acabó tranquilamente sus días el año 578 (may. 1182-abr. 1183). Tuvo allí por compañeros á Aben Táhir y á otros señores del Andalos. Favorecidos por el wisir Aben Atia, se reunían todas las noches en su casa, y consumían las veladas relatando apacibles cuentos y recitando elegantes poesías (2). Aquel que amó á Valencia como soberano y como buen patricio, «amor que no pudo apagar el hielo de su vejez, personaje de noble prosapia, digno por su valor y famoso por la ciencia», murió á los setenta y tres años

(1) Casiri, II, 30.—Conde, III, 37.—De tres puntos llamados *Montroy* vemos hecha mención que se hallaran en la comarca de levante: *Montroy*, junto á Villaricos (*El Archivo*, IV, 104); *Montroy*, alquería en término de Denia en 1348 (*El Archivo*, IV, 324), y *Montroy*, castillo y villa, entre Monserrat y Alcalá en el valle de este nombre (*El Archivo*, III, 91).

(2) Conde, III, 41.—En una novela histórica cuyo argumento es la vida del emir Merwán, léese que pasó los últimos años entregado al cultivo de la poesía, ocupación que le servía de lenitivo á los pesares, que nunca le abandonaron. Así se describen los últimos momentos de Merwán: «Corría el año 1182, cuando el ex-rey Abdeláziz bajó al sepulcro en la ciudad de Mequínez, rodeado de muchos y respetables personajes de gran distinción, por haber desempeñado altos puestos en el ejército y en la política y prestado brillantes servicios al Estado. Los más de ellos eran hijos de Valencia, y los restantes, naturales de Murcia, y todos, servidores de Abdeláziz ó adictos á su dinastía. —Rodeábanle en su lecho de muerte, para recoger de sus labios el nombre del heredero á quien legase sus derechos de monarca, al cual apoyarían todos los personajes allí reunidos ayudándole á recobrar su perdido trono de Va-

de edad, pues nació en 505 de la Hegira (1111-12) (1). Con el destronamiento del ilustre príncipe coincide el nacimiento del célebre geógrafo é historiador Aben Chobair, oriundo de Játiba, donde hizo sus estudios (2).

Cuando en Valencia se tuvo conocimiento de la fuga de Merwán, se proclamó emir á Abu Muhámad Abdallah ben Sad Aben Mardónix, que era naib de Aben Ayadh en la comarca de dicha ciudad, y fué aposentado en el alcázar. Estando Aben Ayadh de camino para Valencia, supo lo de la proclamación de Aben Sad. Llegó á ella el día último de giumada 1.ª de 540 (18 noviembre), y se detuvo algún tiempo cuidando del gobierno y seguridad de las fronteras. Luégo volvió á Murcia y dejó en ella por naib á su suegro Abu Muhámad ben Sad, tío de Abu Abdallah ben Sad, conocido por el de Albacete, á causa de lo que ya se dirá (3).

Aben Ayadh preparó la proclamación de Saifadola al Mostánçir Billah (4), tanto en Murcia como en Valencia. Dijimos que Aben Hud, ayudado de los de

lencia. Oponíase Abdelázíz á nombrar sucesor, pues no podía olvidar el venerable anciano las grandes penalidades que había sufrido al descender de aquel trono que nunca codiciara y que tan adverso le había sido.—«Los derechos que puedo legar, dijo, no son los que están reservados á los monarcas, sinó á los príncipes proscritos, cuya vida es siempre más azarosa y llena de penalidades que la reservada á los mendigos y á los desheredados de la fortuna. Dejad, añadió, que mis hijos vivan felices en la oscuridad y no me obliguéis á arrojarlos en los abismos de sus desdichas.» (Biblioteca Enciclopédica-Popular-Española.—Tradiciones de Valencia, p. 215).

(1) Casiri, II, 30.

(2) Pons, biogr. núm. 225.

(3) Conde, III, 37.

(4) Ese mismo título se le dá en moneda de que trata el Sr. Codera, sec. V., c. II, núm. 6.

su bando, que cada día se le juntaban, marchó á Jaén y ganó el ánimo de su alcaide. Juntos, llegaron á Granada, cuyo cadi, para más honrarle, salió á pie á recibirle, le saludó como emir de la ciudad y les dió á él y á su hijo Amad-Dollah (Columna del Estado), espléndido hospedaje. Eran dueños de la alcazaba los almoravides, y en un combate que con ellos sostuvieron los de Aben Hud, pereció el hijo de éste. Comprendiendo el padre cuántas desgracias ocasionaba su permanencia en aquella ciudad, después de estar allí un mes, levantó el campo una noche y se retiró á Jaén (1).

Llegaron mensajeros de Murcia dándole obediencia á nombre de aquel reino y rogándole que sin dilación fuese á tomar posesión del mismo. Anunció á Aben Ayadh el día en que llegaría á Murcia, y le llamaba amigo, honroso título que bien merecía, pues que había granjeado con sus gestiones é inteligencias el emirato de toda la Ajarquia ó comarca de levante. Seguido Aben Hud de numerosos caballeros, hizo su entrada en Murcia el viernes 18 de récheb de 540 (4 en. 1146). Aben Ayadh, con su hijo Abu Becr y con la caballería de la ciudad, salió á recibirle. El pueblo le vitoreó enmedio de los mayores transportes de júbilo.

Igual manifestación se repetía poco después en Valencia. Denia siguió el ejemplo de Valencia y Murcia, y se aposentó en el alcázar. Volvió á Murcia y se alojó en el palacio grande (Alcázar quibir), al paso que

(1) Conde, III, 37.

Aben Ayadh, con arreglo á cuyas disposiciones se dirigía todo el gobierno, se aposentó en el palacio pequeño (Alcázar ságuir).

Dice muy bien un autor: «Pasó (Aben Hud) de allí (Córdoba) á Jaén y á Granada, poblaciones que, como las del reino de Valencia, reconocieron por el momento su imperio, si bien fué su adquisición más importante la del reino de Murcia, que le recibió por rey voluntariamente. Eran éstos los últimos triunfos del capitán ilustre, que de abatido régulo de una ciudad pequeña, y de gobernador mudejar de Toledo, había pasado á constituirse, bajo los auspicios del Emperador, en vengador de los agravios de la raza árabe y fundador de una extensa monarquía» (1).

El buen éxito en todas estas empresas era debido, por modo principal, á la protección de Alfonso VII. Con tropas castellanas había el Emir entrado en Murcia y en Valencia, y con ellas se hizo dueño de Jaén, Úbeda y Baeza. Cuando Hamdain le obligó á huir de Córdoba, envió mensajeros al Emperador diciéndole: «La tierra de Úbeda y la de Baeza, y sus castillos, ni á mí quieren obedecerme, ni á tí pagarte tributo.» El Emperador llamó á los condes Manrique, Armengol, Ponce y Martín Fernández, y les dijo: «Id y subyugad para mí y para el rey Saifadola, á Baeza, Úbeda y Jaén, y á todos los rebeldes, y no perdone vuestra espada á ninguno de ellos.» Ellos fueron con un gran ejército y destruyeron toda la tierra rebelde.

(1) Fernández y González (D. Francisco), *Los Mudejares de Castilla*, parte I, capítulo V.

Al verse los muslimes en tan duro aprieto, enviaron una embajada á Saifadola rogándole que los librase de las manos de los cristianos, y le servirían sumisos. Recogió numerosas huestes y salió al encuentro de los condes. Fué de paz al campamento de éstos, y les dijo: «Devolvedme los cautivos y el botín que habéis recogido; iré con vosotros al Emperador y haré cuanto él me mandare.» Los condes contestaron: «De ningún modo haremos lo que tú quieres. Tú mismo enviaste á decir al Emperador: «Los súbditos de Úbeda se nos han rebelado á mí y á ti; envía un ejército que los destruya á ellos y á su tierra.» Y el Emperador nos ha mandado que hiciéramos lo que tú solicitaste.» Replicó Saifadola: «Si no me entregáis los cautivos y el botín, al momento seré en batalla con vosotros.» Y ellos dijeron: «Nunca mejor ocasión.»

Al momento prepararon unos y otros sus huestes, y se trabó una batalla muy sangrienta. Á la postre volvieron la espalda los muslimes: fueron vencidos, y el mismo Saifadola quedó prisionero. Al conducirle á las tiendas de los condes, se acercaron unos caballeros llamados los Pardos, y, al conocerle, diéronle muerte. Cuando los condes vieron esto, se entristecieron sobremanera. Enviaron mensajeros al Emperador, que estaba en León, y le dieron minuciosos detalles sobre aquella inesperada batalla. Por último, le dijeron: «Tu amigo el rey Saifadola ha muerto.» Alfonso se entristeció y exclamó: «Limpio estoy de la sangre de mi amigo Saifadola.» Y todos los cristianos y sarracenos, desde la Arabia hasta el Atlántico, conocieron que

ninguna parte tuvo Alfonso en la muerte del rey Saifadola (1).

Esta es la versión cristiana sobre el fin del emir. Algo diferente es lo que acerca de ello escribió nuestro Aben al Abbar, á quien sigue Conde.

Parecióle al emir que podia prescindir ya de la tutela del Emperador, mal vista, como es natural, por los musulmanes. Encendióse en justo enojo Alfonso al ver con cuánta facilidad Saifadola rompia unos lazos que el rey cristiano juzgaba inquebrantables, y envió un ejército contra aquel que se apartaba de su vasallaje.

No bien llegados á Murcia Aben Hud y Aben Ayadh su wazir, supieron que el alcaide de Cuenca corría las tierras de Játiba, al mismo tiempo que los cristianos, poco antes sus auxiliares, talaban y estragaban aquellos hermosos campos. Pocos días después, Abdallah Aben Sad, el naib de Valencia, escribía al emir y á su ministro, que las huestes del Thogray y de su aliado el rey de Castilla tenían puesto sitio á Játiba. Al punto avisaron al naib para que con la gente de Valencia saliese contra los enemigos. El emir recogió la caballería de Murcia, Lorca y Alicante, y fué á unirse á las tropas salidas de Valencia.

Comprendiendo los cristianos el apuro en que se verían si luchaban con aquel núcleo de fuerzas enemigas, procuraron medir antes sus armas con la división de Murcia, la más temible; prometíanse destrozarla; y logrado esto, revolverían contra la de Valencia. Alzaron el sitio puesto á Játiba, mas no llegaron á

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*

tiempo de impedir que formasen un solo cuerpo de ejército aquellas dos huestes. Se reunieron el jueves, 19 de jabán (4 febrero), merced á la diligencia de los valencianos.

En la vasta llanura de Albacete, en las inmediaciones de Chinchilla, en el campo llamado de Lûg, vinieron á las manos, el día 5, moros y cristianos. Tanta era en ambos campos la impaciencia por pelear, que al apuntar el alba se inició la batalla, cruel y sangrienta ya en los primeros momentos. Con tal furor se luchaba, que más que hombres, los combatientes semejaban fieras sedientas de sangre. Allí estaban los más diestros y esforzados campeadores muslimes y cristianos, el odio en unos y en otros era implacable, y en valor y constancia rivalizaban los más aguerridos soldados.

El esforzado emir de Valencia, que bregaba en el sitio de mayor peligro, recibió un terrible golpe de lanza: por la profunda herida del pecho salió con la sangre su noble alma. También murió luchando como león bravo en las primeras filas, el naib de Valencia, sobrino de Muhámad ben Sad ben Mardónix, naib de Murcia. Con la muerte de estos dos ínclitos caudillos, decayó el ánimo de los guerreros valencianos y murcianos: así que, á pesar de los esfuerzos de Aben Ayadh, abandonaron el campo. Las sombras de la noche pusieron tregua á la matanza y favorecieron la retirada de los vencidos (1).

(1) Conde, III, 38.—Aunque con la concisión que les es propia, los Anales Toledanos convienen con las crónicas árabes en la clase y época de la muerte de Saif-adola: «Lidió Çahedola con Christianos, è mataronlo en el mes de Febrero, Era MCLXXXIV.»

Victima de la guerra que agitaba á todos los paises musulmanes de España, fué este año un hijo ilustre de Alcira. Llamábase Muhámad ben Massud ben Khalassat. Hizo sus estudios y floreció en Córdoba y Granada. Fué notable en todas las ciencias: se distinguió como orador y poeta sobresaliente, filósofo, teólogo, jurisconsulto y aventajado historiador. Asi se desprende de sus escritos, aunque sólo quedan, por desgracia, algunos fragmentos de Retórica y Poética. Nació el año 465 (sept. 1072-73), y fué muerto por los almoravides el sábado, 12 de dilagia de 540 (26 mayo), en el camino Faraónico de Córdoba, no lejos del campo Alabana, junto á la puerta de Abdelgebar (1). Los almoravides eran dueños del alcázar, desde el cual hacian frecuentes salidas.

Lleno de consideraciones murió en tierra apartada, al año siguiente (jun. 1146-47), el célebre viajero valenciano apodado *el Chino*. Sad el Jair visitó el apartado imperio de la China, adelantándose á las embajadas de Inocencio IV al kan de Tartaria, y á Marco Polo. Ávido de saber, estuvo en Bagdad, floreciente á la sazón en toda clase de estudios. Fijó su residencia en Ispahán, contrajo matrimonio y tuvo á Fátima, que heredó del padre su saber extraordinario. Volvió á Bagdad y alli murió. En prueba del alto aprecio en que alli se le tenia, están las circunstancias de haberse encargado de la oración fúnebre el jeque predicador de la mezquita del alcázar, y de haber presidido el gran cadi de la ciudad el entierro (2).

(1) Casiri, II, núm. 1668.

(2) *El Archivo*, I, 139-140.

Abdallah ben Ayadh, cuya parte en la proclamación de Merwán y de Aben Hud ya conocemos, tuvo el triste honor de retirar las reliquias del ejército vencido en Chinchilla. Respirando venganza recorría su tierra y allegaba gentes que oponer á sus ensoberbecidos contrarios. Supo que el alcaide de Cuenca había entrado en Murcia después de vencer en sus inmediaciones á su naib Muhámad ben Sad, que pudo escapar en un buen caballo y ampararse, con parte de los suyos, en Alicante. Contando Aben Ayadh con que dentro de Murcia tendría por auxiliares á sus mismos habitantes, descontentos del Thogray, por su amistad con los cristianos, sus aliados y compañeros, recogió numerosas tropas en Valencia, Alicante y Lorca, y se dirigió á Murcia.

Apenas llegó junto á la ciudad, todo el pueblo se alzó en armas contra el arráez Abdallah ben Faraig (1). Estaba el Thogray sin saber á dónde acudir, si al muro, contra Aben Ayadh, ó á sofocar el motín de los sublevados. Él, que estaba luchando como bueno contra las tropas enemigas recién llegadas, al notar el alboroto en la ciudad y la confusión en los suyos, no vió otro recurso que el de apelar á la fuga. Estuvo, sin embargo, tan poco afortunado, que, al salir, por la puerta de África, recibió su caballo en la cabeza una piedra lanzada desde el muro. El caballo cayó atolondrado en el Segura arrastrando al jinete.

Más atentos sus soldados á la salvación propia

(1) De la entrada y señorío de Murcia por el Thogray es testimonio una moneda de que se hace mención en la citada obra del Sr. Codera, cap. XI.

que á la de su jefe, le abandonaron en su precipitada fuga. Se apoderó del Thogray un tal Aben Feda, le acabó de matar y presentó la cabeza á Aben Ayadh, que recompensó con largueza el obsequio. El vengador de Saifadola entró en Murcia el 7 de récheb de 541 (13 dic. de 1146). Hizo decapitar á los prisioneros cristianos, perdonó á los muslimes de la parcialidad contraria y colmó de honores á los de su bando. Por segunda vez fué proclamado emir de Murcia y de toda la Ajarquia (1).

Poco sobrevivió al triunfo el nuevo emir de Valencia. Anduvo algún tiempo persiguiendo á los vencidos y conteniendo á los cristianos, que no cesaban de hacer entradas en tierra de Murcia. Para ampararla de las algaras de los enemigos y de los rebeldes Beni Giomail, penetró con buena hueste de caballería hacia Cuenca. Cierta noche cruzaba un desfiladero, próximo á Uclés y dominado por una gran altura. Apostados en ella los enemigos, lanzaban contra el emir y su ejército toda suerte de armas arrojadizas. De tal gravedad hirió una de ellas á Aben Ayadh, que al día siguiente, viernes, 22 de rabié 1.ª de 542 (21 ag. 1147), pasó á la misericordia de Dios.

No quedó á los suyos otro consuelo que el de vengar su muerte. Embalsamado su cuerpo y encerrado en preciosa caja, fué llevado á Valencia. Toda la ciudad hizo por él gran llanto, se derramaron abundantes lágrimas y se hizo con señalada pompa su

(1) Es sorprendente la conformidad del libro de Conde con la obra del Sr. Codera, apéndices IX y XI.

entierro: su mérito excepcional reclamaba de justicia aquel extraordinario tributo, pues, además de excelente caudillo, como lo probó en la defensa de las fronteras, fué en extremo liberal y generoso.

Cumpliendo los de Valencia lo que Aben Ayadh dispuso en sus últimos momentos, proclamaron enseguida emir á Abu Abdallah Muhámad ben Sad Aben Mardónix, el náib de Murcia. Su largo reinado, pues duró, cuando menos, hasta el año 566 (sept. 1170-71), según confirma la Numismática (1), y los muchos é importantes sucesos que durante él ocurrieron, reclaman capítulo aparte.

Por los años en que se realizaron los hechos acabados de apuntar, aún se halla rastro de un obispo de Denia, que bien pudo serlo sin el carácter de *in partibus*. En las deportaciones anteriores de muzárabes no todos fueron transportados al África. Las palabras de autor árabe «hoy (mitad del siglo XII) no queda sino una pequeña porción acostumbrada ha tiempo al desprecio y humillación», claramente lo indican (2). Poco antes de la muerte de Ali ben Júsuf ben Texufin (enero de 1144), al pasar á Marruecos su hijo Texufin, se llevó, además de la flor de la caballería almoravide

(1) Codera, apéndices IX, X y XI.—Conde, III, 40.

(2) Dozy, *Recherches*, etc., I, p. 343.—Sus costumbres, habida consideración al medio en que vivían, dejaban bastante que desear: «En este tiempo (1106), escribe Sandoval (*Cuatro Reyes, XXIV*), había muchos mozárabes malos cristianos, tan estragados y peores que los moros en los lugares fronteros, donde más convenía haber cristianos fieles, seguros á su Dios y á su rey. Teniendo, pues, el rey (Alfonso VI) aviso de lo poco que en los tales hay que fiar, los echó de Málaga y de las demás fronteras donde estaban, y los hizo pasar á África.» Eran los muzárabes para los países cristianos, lo que los mudejares y moriscos para los africanos.

que había en España, cuatro mil mancebos cristianos, muy diestros en las armas, los cuales servían en la caballería de la guardia del príncipe (1). Los almohades trataron con saña á estos muzárabes y de igual modo á los de España en 1147 (2). Esos pocos muzárabes que quedaron á mediados del siglo XII no pudieron ser maltratados en tiempo de Saifadola ni de Aben Sad, porque uno y otro se sostuvieron con la protección de Alfonso VII y Alfonso VIII de Castilla y de Alfonso II de Aragón.

No son, sin embargo, despreciables las razones aducidas en pro del carácter de *in partibus* que pudo tener ese obispo de quien hay rastro. La concesión hecha por los emires de Denia Mugéhid y Ali en favor del obispo de Barcelona y la actitud de los prelados de la Tarraconense, reunidos con motivo de la dedicación de la iglesia de Santa Cruz y de Santa Eulalia, no podían ser del agrado de la provincia eclesiástica de Toledo, á la cual perteneció en tiempo de los visigodos la diócesis de Denia. Es lo más probable que, en contraposición á las pretensiones del obispo

---

(1) Conde, III, 36.—Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, P. 1.ª, c. I.

(2) Eodem vero anno quo supradicta victoria Cordubæ à Deo facta est, gentes quas vulgo vocant muzmotos, venerunt ex Africa, et transierunt mare Mediterraneum, et facto magno ingenio, impetu bellando præoccupaverunt Sibilliam, et alias civitates munitas, et oppida in circuitu, et à longe, et habitaverunt in eis, et occiderunt nobiles ejus, et christianos quos vocabant muzarabes, et judeos, qui ibi erant ex antiquis temporibus, et acceperunt sibi uxores eorum, et domos, et divitias. Quo tempore multa millia militum et peditum christianorum cum suo episcopo, et cum magna parte clericorum, qui fuerant de domo regis Hali et filii ejus Texufini, transierunt mare, et venerunt Toletum (*Chronica Adefonsi Imperatoris*).

de Barcelona en lo de Denia, habría un obispo de ésta, con residencia en Toledo, el cual hasta cabe se entendiera con los pocos muzárabes que en Denia y en su jurisdicción quedasen. Y que ese obispo de Denia residía en Toledo, pruébanlo sus posesiones enclavadas no lejos de la ciudad del Tajo. La rivalidad entre los arzobispos de Toledo y de Tarragona acerca de á cuál de las dos provincias había de pertenecer Valencia, se hizo muy patente al ser conquistada por los cristianos (1).

(1) *El Archivo*, V, 20.—VII, 140.

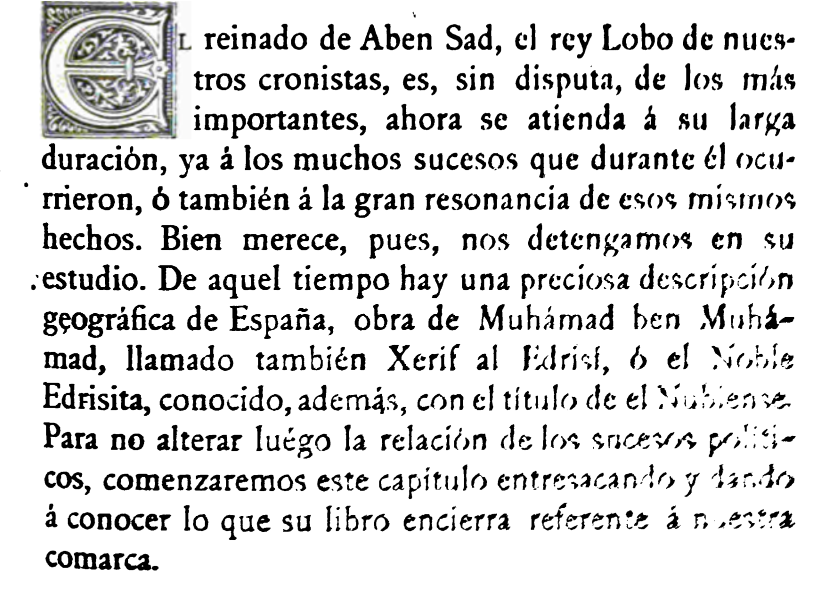
CAPÍTULO XIII

INTERREGNO ALMORAVIDE-ALMOHADE
(1145-1172)

(Conclusión)

ABEN SAD
1147-1172

El reino de Valencia según el Nubiense.—Verdadero nombre de Aben Sad y duración de su reinado.—Extensión de sus dominios.—Su proclamación en Valencia y en Murcia.—Hechos de Aben Gania, antiguo walí de Valencia.—Conquista de Almería.—Remate de Aben Gania.—Ramón Berenguer IV conquista las plazas de Cataluña fronterizas con Valencia.—Donación de Peñíscola.—Aben Sad, vasallo de Castilla y de Aragón.—Movimiento literario durante su reinado.—El emir de Valencia se apodera de Granada.—Donación de Cullera ó Cervera á los hospitalarios.—Convenio de partición de conquistas entre Aragón y Castilla.—Batallas de as Sabica, Úbeda y al Gelab.—Defección de Hamusec.—Á la muerte de Ramón Berenguer IV, deja Aben Sad de pagar las parias á Aragón.—Donación, de Chivert y Oropesa á los templarios.—Entrevista de Alfonso VIII y Alfonso II en Tarazona.—Albarracín.—Rebelión de Alcira.—Idem de Valencia.—Incertidumbre acerca del año y punto en que murió Aben Sad.—Los almohades dueños de Valencia.



El reinado de Aben Sad, el rey Lobo de nuestros cronistas, es, sin disputa, de los más importantes, ahora se atienda á su larga duración, ya á los muchos sucesos que durante él ocurrieron, ó también á la gran resonancia de esos mismos hechos. Bien merece, pues, nos detengamos en su estudio. De aquel tiempo hay una preciosa descripción geográfica de España, obra de Muhámad ben Muhámad, llamado también Xerif al Edrisí, ó el Noble Edrisita, conocido, además, con el título de el Nubiense. Para no alterar luégo la relación de los sucesos políticos, comenzaremos este capítulo entresacando y dando á conocer lo que su libro encierra referente á nuestra comarca.

Huyendo de la persecución de Mahadí el Fatimita, se refugió el año 548 (mar. 1153-54) en la corte de Roger I el Conquistador (1130-1154), rey de Sicilia. Para corresponder, en parte, á la benévola acogida del monarca, le dedicó un libro titulado «Recreación del deseo, de la división de las regiones», y con otro nombre, «Libro de Roger». Hacíase en él la explicación de una esfera terrestre de plata que el príncipe había mandado construir (1).

Al Edrisí escribió su geografía por el estilo de Estrabón, añadiendo á cada uno de los climas su tabla de longitudes. Solían los geógrafos antiguos hacer la descripción del mundo dividiéndole en siete climas, y cada uno en secciones. El geógrafo árabe comienza á hablar de España en la primera sección del cuarto clima. Fija la situación del Andalos, ó España, en el extremo occidental, y dice que le bañan el mar Tenebroso (Atlántico) y el de Xam ó de Siria (Mediterráneo), que emana de aquél. Llámase así el mar de Siria, por los árabes que con Balg fijaron su asiento en la región de Todmir ó Murcia.

En la costa del mar de Xam, después del clima Elbira (Granada), síguese el país de Todmir, en el cual se alzan las ciudades Mursia, Auriola, Cartghena, Lurca, Mula y Chinchilla. Dice que este país linda con

(1) El primero en dar una versión latina fué el P. M. Enrique Flórez, en la *España Sagrada*, VIII, 54.—Conde le tradujo directamente del árabe, y publicó la traducción, con el texto original, en 1799.—Dozy et Goege han publicado otra versión en su *Description de l' Afrique et de l' Espagne*.—También se ha ocupado detenidamente de ese libro nuestro malogrado amigo D. Francisco Pons y Boigues en la importante obra que con frecuencia se ha venido citando.

el de Cuenca, donde están Auriola, ya nombrada antes, Elx, Lecant, Cuneca y Segura. Sigue el clima Argira ó Erguira (1), donde se alzan Xateba, Xucra (Alcira) y Denia, habiendo en él muchos castillos. Pasa luégo al clima Murbéter, donde se encuentran Valensia, Murbéter y Burriana, con muchas fortalezas. Dirigiéndose á lo interior ó hacia el norte (2), sigue el clima de Cásim, y en él están Alpont y Santa María de Aben Razim (3).

Desde el país más septentrional, ó sea desde la caída del nahr Ebra hasta Rabeta Castaly, al occidente, hay 16 millas, y desde ella hasta el castillo de Peñíscola (hisn Beniskela), 6 millas. Es Peñíscola castillo fuerte, desde el cual se cuentan 7 millas hasta cumbre Abixat (¿Chivert?); y hasta medina Burriana, al occidente, 25 millas. Desde Burriana hasta Murviedro se cuentan 20 millas. Hay en Murviedro, cercano al mar, muchas alquerías, edificios, arboledas bien cuidadas y aguas no mal repartidas.

Desde Murviedro hasta Valencia, al occidente, 12 millas. Medina Valencia es metrópoli de las de España. Está sobre río corriente, cuyas aguas se aprovechan en el riego de sembrados, en sus jardines y en la frescura de sus huertas y casas de campo. Está edificada en un llano y bien habitada. Viven allí muchos comerciantes y agricultores. Hay mercados, y es lugar de partida

---

(1) Dozy sospecha sea [illegible], y no [illegible].

(2) Los árabes [illegible], según ha evidenciado [illegible] (Véase la pág. 374).

(3) Conde traduce: «[illegible], y en [illegible] veledes Alcaniz y Santa María [illegible] de Aben [illegible].» (Pág. [illegible]).

y llegada de las naves. Está situada á tres millas del mar, al cual se llega siguiendo el curso del rio. Desde Valencia hasta Sarcusta (Zaragoza), 9 jornadas sobre Kenteda; desde Kenteda hasta hisn ar Riahin, 2 jornadas, y desde hisn ar Riahin hasta Alcanit, 2 dias.

Desde Valencia hasta Gezira Xúcar, 18 millas. Alcira está sobre el rio y tiene muchos árboles frutales. Desde Alcira hasta medina Xáteba, 12 millas. Játiba es ciudad hermosa, tiene alcazaba, se bate en ella mitkal hermosa y acendrada (1), y se fabrica papel que no le había más precioso: por lo que se manda á oriente y occidente (2). Desde Játiba hasta Denia, hay 25 millas; desde Játiba hasta Valencia, 32; desde Valencia hasta Denia, por la costa, 65; desde Valencia hasta hisn Colira, 25, y desde Cullera hasta Denia, 40. El castillo de Cullera está cercado del mar. Es castillo inaccesible, sobre la caida de nahr Xúcar.

Al mediodía del castillo hay un gran monte redondo, llamado Gebal Káum (mons Caon, el Mongó), desde el cual se descubre Gebal Yebisat (Ibiza). Desde Cuenca hasta Calaça (Jalance), 3 días. Este último lugar está fortificado y construído sobre las laderas de montes abundantes en pinos. Cortada la madera, se la lleva, por conducción fluvial, hasta Denia y Valencia. Por el

---

(1) Según Codera, O. C., sección V, también entonces se acuñaban en Valencia, Denia y Murcia dinares con caracteres muy elegantes.

(2) Hasta que Jaime I se apoderó de Játiba, se usó, para nuestros documentos, el pergamino. Después, aún continuó mucho tiempo la importancia papelera de Játiba. Era su papel muy grueso y lustroso, por lo que se conserva muy bien después de 600 años. El registro de las donaciones de Valencia, concluído en 1249, se escribió en papel, y es el primero que se encuentra en el archivo de Barcelona (*El Archivo*, I, 373, nota).

río de Jalancè (Júcar), va á Alcira, y desde allí, hasta el castillo de Cullera, por donde baja al mar. Se la embarca para Denia, donde se emplea en la fabricación de buques, ó para Valencia, para la construcción de casas (1).

Denia es hermosa ciudad marítima, con un arrabal bien poblado. Está cercada de altas murallas, que se prolongan con mucho arte é inteligencia por la parte de oriente hasta el mar. Está defendida por fuerte alcazaba. Rodéanla abundantes viñas é higuerales. Es puerto de mar muy frecuentado, y tiene astillero, donde se

(1) Es indudable que el Júcar fué navegable en la antigüedad. Se cree que la vuelta que hace rodeando á Alcira, es artificial, y así aparece de reconocimiento pericial en 1505. En la trova 193 de mosén Fevrer se ve que desde Cullera subían las naves hasta las inmediaciones de Játiba. Las presas para el riego y molinos han inutilizado en su mayor parte la navegación por el río. A 16 de junio de 1255 se concedió á Alcira que pudiese aprovechar el agua del río de los Ojos, ó sean las acequias de Alasquer y Masalavés; sin embargo, en 16 de febrero de 1271 se decretó lo necesario para que la navegación se conservase, esto es, que en cada presa hubiese un portillo, con su compuerta, de 25 palmos. En 1315 hubo necesidad de que Jaime II hiciese guardar las prescripciones de su abuelo. Cuando Pedro el Ceremonioso, en guerra con Pedro el Cruel, tuvo consejo, estando en Cullera, acerca del plan de campaña que debía seguirse, el parecer del infante D. Pedro fué que el rey debía levantar el campamento de Cullera y que el vizconde de Cardona, con las 17 galeras, podía remontar el curso del Júcar y detenerse en Alcira (20 mayo de 1364). De un privilegio de Fernando el Católico, expedido en Écija el 4 de diciembre de 1501, se deduce que la navegación fluvial había cesado. En 15 de noviembre de 1393 Juan I concedió á Valencia autorización para tomar en Tous agua del Júcar; en 16 de enero de 1404 la otorgó Martín el Humano á la misma ciudad para que utilizase la acequia real de Alcira prolongándola desde Guadasuar, por Alginet, Sollana, Trullás, Alcaicia, Torre de Romaní, Almusafes, Benifayó, Espioca, Silla, Picasent, Alcácer, Beniparrell y Albal, hasta Catarroja. El privilegio para sacar aguas del Júcar, le alcanzó Cullera en 15 de junio de 1415, otorgado por Fernando el de Antequera; Sueca, en 2 de abril de 1484; Escalona, en 1593; y Carcagente, en 1654 (*Historia de Cullera*, XVIII.—*El Archivo*, VII, 306-313).

fabrican embarcaciones. Desde allí parten naves hasta las regiones más remotas de Oriente, y la flota, en tiempo de guerra.

Desde Játiba hasta Bocairente (Bekirén), al occidente, 40 millas, y desde Denia hasta Alcant, por el mar, y al occidente, 70 millas. Alicante es ciudad pequeña, pero bastante poblada. Tiene un mercado y dos mezquitas (1), una mayor ó principal. El suelo produce abundantes frutas, y, con especialidad, legumbres, higos y uva. El esparto que allí crece se exporta á todos los países marítimos. El castillo que defiende á esta ciudad es muy fuerte, y su ascensión, muy penosa. Es Alicante, no obstante su pequeñez, sitio en que se construyen buques para el comercio y barcas. En sus inmediaciones está la isla llamada Eblanesa (isla Plana). Dista de la costa una milla, enfrente del río, y es puerto excelente y ensenada en que las naves tienen muy buen abrigo.

Desde la punta an Nedhur hasta Alicante, 10 millas. Desde Alicante hasta medina Elche, por tierra, una jornada corta. Desde Alicante hasta las embocaduras Belx, 57 millas; y Belx, desde principios de sus bocas entran en él muchos ríos y naves. Y de Belx á Gezirath al Firén, una milla.

Segura es como ciudad edificada por sus moradores sobre la cumbre de un monte inaccesible; y es de fábrica buena y hermosa. De las laderas del monte salen dos ríos, uno de ellos es el de Córdoba, llamado

(1) De una de ellas se hace mención en la Crónica de Jaime el Conquistador (Traducción de Flotats y Bofarull, capítulo CCLVIII).

nahr al Kibir (el rio grande), y el otro, cuyo nombre es nahr al Abiad (el rio Blanco), va de la fuente del mediodia á Hosain al Fered, luégo á hisn Mula, después á Murcia, capital del país de Todmir, en una llanura, á orillas del rio Blanco, y por último, después de pasar por Auriola, desemboca, por al Modwar, en el mar.

Hecha esta reseña geográfica, comencemos por averiguar la duración del reinado de Aben Sad y cuál fué su verdadero nombre. La Numismática confirma lo que dicen los autores árabes á quienes sigue Conde, ó sea que comenzó su emirato en 1147 y acabó en 1172 (1), y que se llamó Abú Abdallah Muhámad ben Sad (2). Reconoció por Imam á Abú Abdallah Muhámad el Muktafa, de los Abasidas (3). También cuenta entre sus antepasados á un Mardanis, Mardenis ó Merdénix. Lo cual ha dado lugar á la siguiente conjetura, no desprovista de fundamento: «Desconocemos si realmente era cristiano bautizado, aunque es muy probable que lo fuese, el famoso rey don

(1) Del año 542 (jun. 1147-may. 1148) aún aparecen monedas de Abuñ Ayadh como emir de Murcia; y de Aben Sad, emir de Valencia y de Murcia, las hay desde el mismo 542 hasta 566 (sept. 1170-71) (Codera, ap. núm. 9).

(2) En un dinar suyo del año 553 (1158-59), en excelente estado de conservación, se lee en la 1.ª área: «No hay Dios sinó Allah;—Mahoma es mensajero de Allah.—Se adhiere á la cuerda de Allah, el amir Abu Abdallah—Muhámad ben Çaad, ayúdele Allah.» En la 2.ª: «El imam—Abu Abdallah—Muhámad al Muktafí liamri—Allah, amir—de los creyentes, al Abbasí.» Y en la leyenda circular: «En el nombre de Allah, el clemente, el misericordioso, fué acuñado este dinar en Murcia, año 3 y 50 y 5 (O. C., sección V).» —Conde, en el último párr. c. 40, p. III. Dos veces repite este mismo nombre.

(3) Así se ve por monedas suyas desde 548 (1153-54), hasta 564 (1168-69). (O. C., ap. núms. 1 y 2).

Lupo de la España, llamado Abo-Abdillah, hijo de Saad Aben Merdénix ó Aben Mardenis, general de los ejércitos de los hijos del emperador Alfonso VII, y que hasta su muerte, en 1172, conservó buena parte de los estados de Valencia y Murcia con independencia de los almohades; pero no es dudoso que pertenecía á una antigua familia española, ora se interprete su apellido, según pretende Aben Jalicán, por una voz latina de significado soez, ora por Aben Martinus, que es la explicación adoptada por D'Slare» (1). Se le conoce, igualmente, por Aben Lebón, Lupón, Lobo y Lope. Por más que uno de nuestros cronistas asegure que «á este rey Mahómad llamaron los cristianos el rey Lobo ó Lupón, aunque la causa dello no la den nuestros historiadores» (2), uno de éstos, posterior á aquel cronista, dice que es «en razón de su carácter emprendedor y valiente» (3).

El historiador que da esta etimología, evidencia, con un documento sacado de los archivos de Génova, que en el año 1149, dos después de la toma de Almería, Abu Aballah Muhámad ben Said ben Mordanisch, llamado Boabdil en aquel documento, «había llegado á ser rey de Valencia por una serie de vicisitudes cuya

(1) *El Archivo*, V, 29.—De esta misma opinión del Sr. Fernández y González es el Sr. Simonet, según el cual, Abu Abdallah Muhámad ben Sad ben Muhámad ben Áhmed ben *Mardanix* ó *Mardonix*, cuyo apellido equivale al español *Martínez*, era de origen cristiano, y «aunque, sin abjurar de la ley de Mahoma, en que había sido educado, conservaba el espíritu nacional heredado de sus mayores, estrechando relaciones con los príncipes cristianos, coadyuvaba eficazmente á la restauración de España» (*El Archivo*, VI, 173).

(2) Escolano, III, 1.ª

(3) Gebhardt, t. III, p. 355.

explicación no nos ha conservado la historia» (1). En el último capítulo se vió qué parte tuvo en el alzamiento general contra los almoravides y en los breves reinados de Merwán, Saifadola y Aben Ayadh, y cómo vino á suceder á éste. Aun en los tiempos de su decadencia, «pasaba lo más del tiempo en Valencia, y desde allí recorría sus estados y las ciudades de su señorío, que eran todas las de la costa del mar Mediterráneo desde Tarragona hasta Cartagena al Halfe, y las fortalezas de Murbiter, Júcar (Alcira), Játiba, Denia, Lecant, Segura, Lorca y la ciudad de Murcia, con todas sus comarcas, y muchas villas en las fronteras» (2). ¿Cómo, en medio de almoravides y de almohades, entre las pretensiones al emirato general por parte de Aben Hamdain y el avance de los reyes de Castilla y de Aragón, pudo conservar tantos estados y por tan largo tiempo? La protección que esos monarcas le dispensaron hízole sostener en situación tan comprometida; cuando le faltó ese apoyo, se conjuraron contra él miembros ingratos de su propia familia, sus mismos súbditos y los almohades, que sólo así hicieron venir al suelo la arriesgada obra del abuelo del último emir de Valencia.

Á la muerte de Aben Ayadh, ocurrida, como ya se dijo, en día de giuma (viernes), 22 de rabié 1.º de 542 (21 ag. de 1147), los de Valencia, cumpliendo la última voluntad del difunto, proclamaron por emir al

(1) Gebhardt, III, 347-348.

(2) Conde, III, 43.—También el Sr. Simonet escribe (l. c.) que el rey Lupo reinaba por el año 1162 en Murcia, Valencia y otras ciudades de la Península.

caudillo Aben Sad (1). En Murcia, donde quedó investido con el cargo de walí el naib de la misma Ali ben Obeidallah Abúl Hassán, así que llegó el nuevo emir proclamado en Valencia, dicho walí le saludó con estas palabras: «Ya sabes, señor, que por tí entré en esta ciudad y por tí la he tenido: tuya es.» Aquel mismo día fué proclamado con gran solemnidad en Murcia el rey Lobo. Uno de los que le visitaron fué su suegro Aben Hamusek, señor de Segura. Era su naib en Valencia y le dejó por walí de Murcia, por tener en él gran confianza el Emir. Acabadas las fiestas de la proclamación, que fueron muy ruidosas, volvió á Valencia. Fué la proclamación de Aben Sad en Murcia el primer día de giumada 1.ª de 542 (29 sept. 1147 (2).

---

(1) Así describe Escolano el comienzo de su reinado: «Como en África se entendió la rota y desastrada muerte de Ali ben Yúsuf, al punto saludaron por rey á su hijo Brahim ben Ali, que, por la misma razón, comenzó á serlo de Valencia en dicho año de 1115; mas los caudillos moros á quien su padre Ali había dejado encomendados los reinos y ciudades de España, se alzaron con ellos y se hicieron llamar reyes. Estaba por adelantado en Murcia un valiente moro por nombre Mahamete Aben Zahat, que había servido á los reyes almoravides padre y agüelo de Abrahim con mucho valor y fidelidad en las guerras del reino de Valencia, y, con la mudanza de nuevo rey, la hizo él de su condición y costumbres, y se alzó con los dos reinos de Valencia y Murcia el año 1117, ó, lo más largo, 1118 (Escolano, III, 1 y 2).» Si á dichas fechas se añade treinta, se acierta en los años de la muerte de Ali y de la proclamación de Aben Sad. Ibrahim fué hijo y sucesor, no de Ali, sinó de Texufín, su hijo. Durante su reinado fué, con efecto, la sublevación de los muslimes de España, que procuraron restablecer, y en parte lograron, los llamados reinos de taifas. Como se ha visto, Aben Sad era, con efecto, adelantado ó naib de Murcia. En 1140 se acuñaron ya monedas suyas en Murcia.

(2) Conde, III, 40.—El señor de Segura, que también lo era de Jaén, Úbeda y Baeza, tenía por nombre Ibrahim ben Áhmed ben Mofrig, y por apellido Aben Hamusek, ó Hamuxco. Era capitán muy valeroso y, aunque de origen cristiano, nacido en el Islamismo. Estuvo durante mucho tiempo á las órdenes de Aben Sad (Simonet, l. c.).

Por entonces daba pruebas de gran valor y astucia política el que fué gobernador almoravide de Valencia desde 1134 hasta 1139, cuando menos. Aben Gania, tío del walí que cedió el puesto á Merwán, estaba empeñado en derribar del poder al emir Hamdain, émulo que había sido de Saifadola. No pudiendo Hamdain sostenerse en Córdoba contra Aben Gania, él y los suyos se recogieron á Andújar. Persiguiólos el caudillo almoravide y puso en gran aprieto la ciudad en que se habían refugiado. Cuando Hamdain se vió perdido, envió mensajeros al Emperador, diciéndole: «Aben Gania y su ejército me tienen cercado; compadécete de mí según tu gran misericordia y acude á libertarme, que yo y mis parciales te serviremos con lealtad.» Alfonso llamó á uno de sus mejores capitanes, y le dijo: «Escoge de entre mis soldados aquellos que mejor te parecieren, y corre á Andújar; conservad esta ciudad tú y Hamdain, que yo iré en pos de tí.» Un lucido ejército castellano fué á Andújar, y fuera de ella sostuvo con Aben Gania muchos encuentros, en los que de uno y otro campo perecieron no pocos (1).

Esto fué en la Era 1184 (1146). Como el Emperador prometiera, entró en Andalucía. Era tan poderoso su ejército, que no pudiendo Aben Gania resistirle, tuvo que entregar las llaves de Córdoba el día último de jabán (12 febrero) (2). Saquearon los cris-

---

(1) El autor á quien sigue Conde (III, 40), confunde el auxilio prestado á Hamdain, diciendo que se dió á Aben Gania.

(2) También en el año ha de haber equivocación al señalar el 541, pues resultaría la entrega de Córdoba en 3 de febrero de 1147, cuando hay documentos fehacientes que acreditan fué en 1146. Así, Castro escribe en la *Cró-*

tianos una parte de la ciudad y su mezquita mayor. Quería Alfonso quedarse con aquella capital; pero Aben Gania le convenció de que le convenía más la ciudad de Baeza, por caer más cerca de las fronteras de Toledo (1). Aceptó el Emperador este partido, porque, venidos á España los almohades en muhárram de 540 (jun.-jul. 1146), y dueños de Jerez, Medina-Sidonia y Sevilla, en la cual habían entrado en 12 de jabán (6 enero), acordó retirarse para allegar gentes y oponerse con todo su poder á los almohades (2).

Con la muerte de Ibrahim (24 marzo), Aben Gania se entregó en brazos del Emperador y le sirvió con lealtad. Era entonces Almería albergue de piratas, cuyas depredaciones se hacían sentir en las costas de

---

nica del Rey de Castilla Don Sancho el Deseado, c. V: «Este exercito que formaua el Emperador, era para conquistar la ciudad de Coria, que la ganó en este año, y después las de Baeza y Cordoua, donde auia estado tantos siglos la corte de los sarrazenos, que desde aquí la passaron á Granada. Estas dos ciudades fueron ganadas en este año, antes del mes de Agosto, como consta en un privilegio del mesmo Emperador, su fecha en Toledo en la Infraoctaua de la Assumpción de nuestra Señora, donde dize que le otorgó poco después que ganó á Cordoua, y hizo su vasallo á Abingania, Príncipe de los Moabitas. El siguiente año de 1147 ganó el Emperador la ciudad de Almería....»—Y en carta de donación expedida en 19 de agosto de 1150 en el monasterio de Eslonza, se lee: «Post redditum fossati quo prænominatus Imperator principem maurorum Abinganiam sibi vasallum fecit et quandam partem Cordubæ deprædavit cum mezquita maiori... (Sandoval, *Chrónica del inclito Emperador*, etc., LV.)»

(1) Conde, l. c.—Sobre la conquista de Baeza, dice don Rodrigo: «Mauri incolæ quia resistere non valuerunt, eius dominio se dederunt, et ei urbis præsidium dederunt, quod ipse incontinenti replevit bellatoribus et incolis christianis; et remanserunt mauri sub tributo (Parte VII, cap, XI).»—Zurita, II, 6.

(2) Conde, l. c.—En los Anales Toledanos Primeros, se refiere de este modo la entrada de Aben Gania en Córdoba y su sumisión al Emperador: «El Rey Abengama sacó al Rey Aben Hamdín de Cordova en el mes de Febrero: después en el mes de Mayo prisó el Emperador á Córdova, è después dióla à Abengama, Era MCLXXXIV.»

Siria, del Imperio Bizantino, Sicilia, Génova, Pisa, Francia, Cataluña, Portugal, Galicia y Asturias. El Emperador envió el obispo de Oviedo, Arnaldo, al conde de Barcelona y á Guillermo, señor de Mompeller, rogándoles que para salvación de sus almas, acudiesen el día 1.º de agosto á destruir aquel nido de piratas. Prometieron, con la república de Génova, que no harían falta en aquella empresa (1).

En mayo comenzaron á moverse las huestes de las diferentes comarcas sometidas á Alfonso, á cuyo frente iban los más ilustres capitanes. A engrosar aquel ejército acudió el rey de Navarra, García V. Vino de Francia, entre otros, el conde Guillermo VIII de Mompeller. Las naves de Barcelona, Génova y Pisa, mandadas por Ramón Berenguer IV, fueron á completar por el mar el cerco. Aben Gania, con sus almoravides y los descontentos de Murcia, entraron, en unión con el Emperador, en Andalucía, talaron los campos, robaron los ganados y se pusieron sobre Almería. «Venía por caudillo el Embalatur Aladfuns con infinita chusma de caballería y de infantería que cubría montes y llanos, y no les bastaba para bebida toda el agua de fuentes y ríos, y para mantenimiento las yerbas y plantas de aquella tierra: temblaban y retumbaban los montes debajo de sus pies... Cercaron la ciudad por mar y tierra, que no podían entrar en ella sinó águilas» (2).

(1) *Chronica Adefonsi Imperatoris.*

(2) Conde, III, 41.—Algo más lejos van en la hipérbole los versos con que el autor de la *Chronica Adefonsi Imperatoris* da término á su precioso trabajo. Sólo de las huestes de la Extremadura de entonces, canta:

Si cœli stelas, turbati vel maris undas,
Si pluviæ guttas, camporum necnon et herbas,

¿Quién era el que en Almería desafiaba las iras de aquella coalición? No eran almoravides, que, con Aben Gania, estaban en el campo sitiador; tampoco los almohades, ni menos los vasallos de Hamdain. Era Yahya Aben Hud, familia que en España pretendía, á despecho de muslimes y cristianos, conservar el lustre de sus antepasados, y con igual objeto ponía en África en gran aprieto al califa Abdelmumen. Almería después de un cerco de tres meses, se rindió por avenencia á Alfonso el día 17 de octubre de 1147 (1), cuando ya había perdido en las salidas la flor de su caballería y cuando no quedaba en la ciudad quien la defendiese. En África, Muhámad Aben Hud, hijo de Abdallah Aben Hud, después de haber reducido los dominios de Adelmumen á solas las ciudades Marruecos y Fez, pereció en la batalla que sostuvo poco después del primer día de dilcada de 542 (24 abril 1148) (2).

Ordine quis nosset, populum numerare valeret.
Vina bibens multa largo cum pane suffulta,
Ferre valet pondus, æstatis despicit æstus.
Opperit hoc terram velut innumerata locusta,
Cœlum sive mare non sufficit hoc satiare,
Disrumpunt montes, exsiccant ordine fontes,
Quando consurgunt, cœlorum lumina tollunt
Gens fera, gens fortis, metuens non pecula mortis.

(1) Esta es la fecha que da Sandoval, en el cap. LII de la *Chrónica del inclito Emperador don Alfonso VII*. Si el sitio comenzó en 1.º de agosto, según se lee en la crónica latina, y duró el sitio tres meses, como se ve en Conde, Almería se rindió en 1.º de noviembre, fecha poco diferente de la consignada en el texto. Pero Conde, que consigna la duración del sitio, dice que terminó en fin del año 542 (21 mayo de 1148), lo cual mal se acomoda con aquella fecha.—Zurita, l. c.—En los Anales Toledanos sólo se lee: «Prisieron Christianos Genueses Almería en el mes de Octubre, Era MCLXXXV.»

(2) Conde, III, 41.—Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, V.

Aún siguió Aben Gania corriendo la tierra y sojuzgando pueblos, para lo cual no vacilaba en respetar en sus empleos á los alcaides del bando de Hamdain. Todo era menester para contener á los almohades, que llegaron á establecer sitio sobre Córdoba. Se defendió con admirable tesón Aben Gania, pero tuvo que abandonar la capital, que no tardó en rendirse. Imploró el caudillo almoravide el auxilio de Alfonso VII, y el rey de Castilla le envió alguna caballería con el conde D. Manrique (1).

Relacionado con esto se lee en las adiciones y tabla del libro de Sandoval (2): «Deste año de la Era 1186 (1148) no hay otra memoria en este libro mas que de un notable peligro en que se vió el Emperador, por traycíón que Abengami, aquel valiente moro de Córdoba, le armó, deseando, por este medio, matar á tan señalado principe, ya que por otro no era poderoso. Dize esta memoria: «dixo Abengama al Emperador que fué con él, é quel darie Jaén, e quísolo prender á trayzón. E fué con el conde don Manrich, é prisieron lo allá, e otros ricos-omes muchos con él á trayzón; mas después murió Abengama, é los que los guardavan, dieron los de mano al conde, é á todos los otros, Era 1186 (1148)...» (3).

Receloso Aben Gania del Emperador, imploró el auxilio de los almohades, los cuales le persuadieron á

(1) Conde, III, 41 y 42.

(2) Cap. LIV.

(3) Y continúa Sandoval: «Con tanta brevedad dize un caso tan notable; ni hallo qué dezir, más de lo que cada uno puede imaginar de lo que en esta maraña del moro de Córdova huvo. Y lo que saco della, que fué su merecida muerte.»

que les cediera Córdoba, á cambio del señorío de Jaén. Débil para la resistencia Aben Gania, apeló á la astucia. Prometió al Emperador entregarle la alcazaba de la capital. No pudo apoderarse de Alfonso mediante aquella traición, de la cual fueron víctimas el conde don Manrique y muchos otros ricos hombres. Se vieron libres de la prisión después de muerto aquel mismo año, cuando intentaba la alianza del almoravide Al Maymún con los almohades (1).

No había Ramón Berenguer IV descansado aún de la empresa de Almería, acabada con tanta prosperidad, y ya se preparaba para otra. Volvió el conde con la armada genovesa á la playa de Barcelona, y, como era tiempo de invierno, se detuvieron allí la mayor parte de los genoveses, y su armada pasó á Italia á prevenirse para el verano siguiente. Quería el esposo de doña Petronila ensanchar sus estados á costa de los muslimes y destruir otra guarida de los corsarios de occidente. El 29 de junio se hizo á la vela la armada de los aliados, desde Barcelona, y el 1.º de julio llegó á la boca del Ebro. Por mar y por tierra se puso sitio á Tortosa. Prodigios de valor hicieron los sitiados; pero se vieron precisados á soli-

(1) Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, P. I, c. V.—Esta explicación desvanece las dudas que se manifiestan en las adiciones y tabla del libro de Sandoval; que en el índice, cap. LVI, escribe: «La muerte deste Abengami fué, según la memoria referida, en la Era 1186 (1148), quando urdió aquella trayción en Jaén; si no es que se anticipó á dezirla, pudiendo aver sido la trayción aquel año, y la muerte del traydor, en éste; ó que, después de él muerto, el Emperador fué con su exército á tomarle la tierra y vengar la ofensa hecha á sus cavalleros; y, así, sucedió la batalla con los muzmitas.» Esta presunción está confirmada por los autores á quienes sigue Conde.

citar una tregua de cuarenta días al fin de los cuales, si no les acudía el socorro que esperaban del emir de Valencia, rendirían la plaza, como así lo hicieron el día último del año 1148. Lérida y Fraga se entregaron el 24 de octubre de 1149; y á Mequinenza le cupo igual suerte en el mismo año (1).

No entraba en el plan del príncipe de Barcelona terminar ahí su obra, cuando en dicho año 1149 premió á don Guillén Ramón de Moncada sus buenos servicios haciéndole merced de Peñíscola. «Puede presumirse que la había ya conquistado, porque en la escritura de donación no se usa la fórmula de costumbre indicando que el beneficio se otorgaba para cuando el objeto donado saliese del poder de los moros. En este caso, necesario será advertir que dicho castillo volvió más tarde al poder de los sarracenos» (2).

En este mismo año, el emir de Valencia se declaró vasallo de Ramón Berenguer IV, y, en reconocimiento de feudo y homenaje, le daba todos los años cierta cantidad en oro (3). Bien necesitaba Aben Sad el auxilio de dos vecinos tan poderosos como los reyes de Aragón y de Castilla; porque, de otro modo, imposible le hubiera sido resistir el empuje de los almoravides, quienes al valor de la barbarie unían el ardor del fanatismo. Ni el uno ni el otro abando-

---

(1) Zurita, *Anales de Aragón*, II, 8 y 9.—De estos hechos de Ramón Berenguer IV, se habla en los Anales Toledanos: «Fue presa Tortosa, Era MCLXXXVI.—Fue presa Fraga e Lérida, e Miquenza, Era MCLXXXVII.»

(2) *Historia de Castellón*, p. 4[illegible].

(3) Zurita, *Anales de Aragón*, II, 17

naron al emir de Valencia, que de tanto provecho les era en aquellas circunstancias.

«Entrado el año 545 (abr. 1151-52), el rey Aladfuns de Toledo partió en ayuda de Aben Gania y de sus almoravides; y, aunque ya sabía su muerte, se declaró amparador de los de su bando, y no paró hasta que vino á los campos de Córdoba y cercó la ciudad; sus campeadores talaban la comarca y quemaban los pueblos, y robaban los ganados y mataban á los infelices moradores de Andalucía» (1).

Dice Sandoval que el Emperador entró con poderoso ejército en Andalucía y llegó hasta Córdoba, á la cual puso sitio, durante el cual murió el obispo de Burgos, día de San Juan (24 de junio). Dice más: «que el 23 de julio pelearon en batalla campal junto á Córdoba los cristianos contra 30.000 almohades y otros moros andaluces, y que éstos fueron vencidos y rotos» (2).

El avance simultáneo de los monarcas de Castilla y de Aragón podría algún día ocasionar disensiones entre ambos reinos, las cuales convenía prevenir y evitar. Este fué uno de los puntos que trataron Alfonso VII y Ramón Berenguer IV en la entrevista que tuvieron en Tudelín, cerca de Aguas Caldas, en Navarra, el 27 de enero de 1151. Además de convenir en el modo de hacer la guerra al rey de Navarra y en el repartimiento de los despojos, resolvieron que de las tierras que aún quedaban en poder de infieles, tocarían al príncipe de Aragón: Valencia, con toda

(1) Conde, III, 42.—Fué el año 1150, según los Anales Toledanos: «Cercó el Emperador Cordova, Era MCLXXXVIII.»

(2) *Chrónica del inclito Emperador don Alfonso VII*, c. LV.

la tierra que hay desde el Júcar hasta los límites del reino de Tortosa, y Denia y su señorío, con el mismo reconocimiento y homenaje que Sancho Ramírez y Pedro I hicieron por el rey de Navarra á Alfonso VI; y, además, la ciudad de Murcia y su reino, con excepción de los castillos Lorca y Vera, con sus términos, con condición de que el Emperador le ayudaría á la conquista y que el príncipe de Aragón y los suyos tuviesen á Murcia y su reino de la manera que tenían por Alfonso VII la ciudad de Zaragoza y su reino; pero si Ramón Berenguer conquistaba á Murcia sin auxilio del Emperador, la tendría con igual pacto que á Valencia (1).

Influyera ó no este acto en el ánimo de Aben Sad, es lo cierto que al año siguiente, en fin de 1152, aparece ya el emir de Valencia como vasallo del rey de Aragón. Á estos tiempos atribuye la tradición un suceso que tiene por comienzo unas negociaciones de paz entabladas por Aben Sad con el conde de Barcelona (2). Lo cierto es que, en testimonio de autores.

(1) Zurita, II, 10.—Diago, VI, 20.—Sandoval (c. LVIII) escribe que el convenio se celebró en fin de enero de la Era 1190 (1152). El tino con que los dos primeros proceden, nos hace adoptar como verdadera la fecha que ellos señalan.—En cambio, en la *Historia de don Jaime*, traducción de Flotats y Bofarull, pág. 301-302, nota, se hace constar que el convenio se celebró seis días antes de las calendas de febrero *del año* ***1150***.—Téngase en cuenta que las fechas de los documentos comprendidos entre los días 25 de diciembre y 24 de marzo, se prestan á la mayor anfibología.

(2) Lobo, rey moro de Valencia, llamó un día á Áhmed, hijo segundo del arráez de Carlet, y le encargó que fuese á ajustar un armisticio con Ramón Berenguer IV. Áhmed, seguido de cuatro caballeros, penetró en Cataluña. Al cruzar un espeso bosque, le sorprendió una tempestad. Á pesar del viento huracanado y del continuo retumbar del trueno y de una lluvia torrencial, llega á sus oídos el rumor de un canto harmonioso. Aprovechando la des-

cristianos y árabes, poco después obraba Aben Sad secundando los planes de los monarcas de Aragón y de Castilla, declarado vasallo de Alfonso VII y de Ramón Berenguer IV.

Por carta de donación que de unas casas del emir Aben Razín hizo Alfonso VII, se ve que el día 11 de julio de 1151 estaban el Emperador y sus hijos Sancho y Fernando en Jaén esperando que las naves

lumbradora é instantánea luz del relámpago, aquellas voces le atraen como el imán al hierro. Cuando menos lo esperaban los monjes de Poblet, sorpréndeles la presencia de Áhmed. Conviértele el abad á la religión del Crucificado, y poco después, Bernardo, el que antes se llamara Áhmed, edificaba con su vida austera y santidad de costumbres á sus mismos compañeros de claustro. Muchas fueron las conversiones de los moros de la comarca, debidas al celo evangélico del nuevo apóstol de Cristo. Es pródigo de limosnas, y, sin embargo, los bienes de la comunidad van en aumento. Sus compañeros le aman, los pobres le bendicen, los que detestáron los errores del falso Profeta le miran como ángel de salvación, todos le admiran. El que con los extraños se porta como hermano, no había de tener en olvido ni podía mirar con indiferencia la suerte eterna de sus hermanos. Anuncia al abad su propósito de visitar la casa paterna para anunciar allí el Evangelio, y el abad le predice su próxima muerte. Durante el tiempo que Bernardo estuvo ausente de su casa, su padre había bajado al sepulcro, y el primogénito había heredado la cuantiosa fortuna de sus mayores. Las dos hermanas, Zaida y Zoraida, reciben como los campos sedientos la lluvia, la celestial doctrina que su buen hermano les anuncia. Almanzor, en cambio, persiste tenaz en sus errores. Brama de coraje en presencia del cambio de fe de sus hermanos, y ellos, antes que ser víctimas de las amenazas que profiere Almanzor, abandonan el hogar paterno, pretenden ganar el Júcar, entrar en una barquilla, surcarle y vivir tranquilos profesando la nueva religión en los estados de Ramón Berenguer. Fué mayor que su fortuna la diligencia de Almanzor en alcanzarlos: degüella á María y Gracia, y Bernardo muere murmurando palabras de perdón con la frente atravesada por un clavo. (Víctor Balaguer, *Contes espagnols*, ed. París, 1889, páginas 145-149).—Hay que leer con prevención cuanto escriben los más de los novelistas históricos, que de ordinario tienen poco respeto á la verdad; y no es el escritor catalán quien menos peca de este mal.—Poco importa que en esta parte vaya de acuerdo con algunos de nuestros cronistas, afanosos de milagrerías, que tanto daño causan á la Religión.

de Cataluña llegasen á Sevilla; y en el mismo documento se confirma la victoria que aquel mismo año alcanzó de los almohades junto á Córdoba (1).

Tampoco entonces faltó á su deber Ramón Berenguer IV. En marzo de 1152 había vuelto á Zaragoza, después de haber ido, con su ejército, en socorro del rey de Valencia, que era su vasallo, contra los almohades, moros muy poderosos enemigos de Lobo (2).

En el año 546 (abr. 1151-52) vino á España Abu Hafs, y con él, Cid Abu Said, hijo del emir Abdelmumen, con propósito de rescatar de manos de cristianos á Almería. Sitiáronla por mar y por tierra. Para impedir la salida á los sitiados y evitar, á la vez, que les llegase auxilio, Cid Abu Said mandó alzar una cerca en torno de los muros. Alfonso VII y su cuñado Ramón Berenguer no habían de dejar que fácilmente se perdiera una plaza que tantos esfuerzos les había costado conquistar. El primero envió en auxilio de la plaza á su vasallo Aben Sad con otros capitanes, y alzaron otra cerca con que dejaron encerrados á los mismos almohades. Todos los días se trababan sangrientas escaramuzas, en que los de la plaza, los almo-

(1) Facta carta quando Imperator iacebat super Jaen expectante nau..... Francorum, quæ debebant venire ad Siviliam. Era M.C.LXXXIIIj. quinto Idus Julii. Et eodem anno quo Imperator pugnavit in illis Muzmitis super Cordubam et divicit eos. (*Los Mudejares de Castilla*, p. 302).—Por los Anales Toledanos se ve que Alfonso VII estaba en Jaén el año 1151, y en Guadix, el 1152.

(2) Zurita, *Anales de Aragón*, II, 11.—El vasallaje con Ramón Berenguer IV y con Alfonso VII le tuvo Aben Sad hasta la muerte de aquellos monarcas. En escritura otorgada en Palencia en 1156, confirman con título *vasalli Imperatoris*, entre otros, REX MURCIÆ (España Sagrada, XXII).

hades y las tropas que acaudillaba el emir de Valencia realizaban insignes proezas. Los de Aben Sad se convencieron de que el hijo de Abdelmumen no alzaba el sitio, y se retiraron (1).

En otro libro se lee que Aben Sad, «dotado de actividad infatigable, restituyó á la obediencia la ciudad de Almería, que se había perdido en 1152, poniéndola bajo la autoridad de un sobrino suyo» (2). Según esto, Almería, ganada en 1147, se perdió en 1152; se ganó poco después, y volvió á perderse en 1157. Del sobrino á quien confió la custodia de Almería, dice más adelante el mismo autor, que engañó á Aben Sad; lo cual, unido á la traición de Amusek, el suegro, y á la falta de apoyo de Aragón, causó la caída del famoso emir de Valencia.

Aprovechando el descanso en que, al parecer, quedaron por espacio de algunos años las armas de Aben Sad, daremos una ojeada al movimiento literario de nuestro país en aquel tiempo.

El año 543 (may. 1148–49) murió en Marruecos un hijo de la culta Játiba, nacido el 464 (septiembre 1071–72). Abbad ben Sarhán, que así se llamaba, estudió en su país natal, siendo aleccionado por los Mofawaz y otros. Pasó á Oriente, residiendo algún tiempo en la Meca y en Bagdad, y, al regreso, fijó su asiento en Córdoba. Se dedicó á la enseñanza y sacó discípulo tan aprovechado como Aben Pascual, á quien autorizó para difundir sus lecciones (3).

(1) Conde, III, 43.

(2) Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, VI.

(3) Se le atribuye un Fihrist y algunos otros libros (Pons, biogr. núm. 173).

No podía Denia dejar de tener representación en período de tanto florecimiento literario. Omeya ben Abdeláziz, nacido el año 1067, fué médico notable, filósofo, matemático, astrónomo, poeta y hasta músico, ya que tocaba con admirable destreza el laúd. Fué preso en Egipto, á donde se había trasladado en 1095, y en la cárcel, por el año 1111, escribió su *Risala*. Obligado á abandonar la capital, Alejandría, se estableció en Mahadia (Magreb), y el soberano, Ali ben Yahya ben Temim, le acogió con benevolencia, y hasta su muerte, ocurrida en 1151, le colmó de honores (1).

Falleció por entonces, año 546 (abr. 1151–52), Aben ad Dabag. En su país ejerció por algún tiempo el ministerio de la predicación. Vivió en Murcia, y fué considerado como el «término y coronamiento de los tradicioneros de España» (2).

El día 4 de enero de 1153 murió en Liria, su patria, Muhámad ben Bahr ben Aasi el Ansarí, á los 84 años. Fué jeke de Liria, y á la entrada del Cid en Valencia, huyó á Jaén; donde permaneció por espacio de siete años. Se dedicó, bajo la dirección de Abu Hegag al Kefiz y de Merwán Aben Zerag, á las letras. Volvió á Valencia en 1102, ó sea cuando la recobraron los almoravides, y fué en ella mocrí ó lector de la mezquita mayor ó aljama. Se retiró á Liria, donde murió á la hora del alba del domingo y se le enterró

(1) Pons, biogr. núm. 159.

(2) Entre las producciones que se le atribuyen merecen citarse: un Fihrist; «Obscuridades y vaguedades»; «Clases de tradicioneros»; «Clases de los principales jurisconsultos» y «Nombres de los Hafices» (Pons, biogr. núm. 176).

en aquella población, en la macbora de Beni Zenún (Benisanó) (1).

Son dignos de mención dos poetas notables: Abu Giafar Áhmed ben Ibrahim ben Salam, el Mohaferí, de Játiba, que murió el año 550 (mar. 1155-feb. 1156), y Abu Muhámad Abdallah ben Obaid ar Rhomán ben Higiarf, también Mohaferí, de Valencia, que falleció el 551 (feb. 1156-57) (2).

Hijo de Abdeláziz y nieto de Abu'l Hassán Muhámad, el cadi puesto en 1102 en Valencia por los almoravides, fué Muhámad, que, por su virtud y saber, gozó envidiable fama en su tiempo. Fué cadi de Cocentaina y de algunas otras poblaciones, y murió en Bairén (junto á Gandía) el año 553 (feb. 1158-en. 1159) (3).

Tuvo un hijo del mismo nombre, y su extremada hombría de bien le hacía mirar con horror el desempeño de todo cargo público. Su instrucción nada común en las ciencias coránicas, le elevó á maestro de la mezquita de Hisn Balá, en Valencia. Consagraba los ratos de ocio á trabajos caligráficos y al dorado de libros, ocupaciones de mucha estima entre los árabes y en las cuales sobresalió (4).

Omar, otro hijo del cadi de Valencia en 1102, fué sabio jurisconsulto, mufti de gran autoridad, honrado, modesto y exacto en el cumplimiento de sus deberes religiosos; y tan amigo del retiro, que huía, no sólo de

---

(1) Escribió una obra muy crítica sobre las variantes del Corán (Conde, III, 22.—Malo de Molina, p. 132, nota 2).

(2) Casiri, *Poetarum...*, núms. 20 y 21.

(3) *El Archivo*, IV, 87-88.

(4) *El Archivo*, l. c.

las vanidades de la corte; sino también del trato de las gentes. Fué uno de los primeros magistrados de Valencia y desempeñó el cadiazgo de Denia. Nacido el 476 (may. 1083-84), murió en 557 (diciembre 1161-62) (1).

Y ya que de los Beni Guáchib tratamos, aun cuando sea saliendo del período que historiamos, mencionaremos á otros dos individuos de esa famosa familia. El uno, conocido sólo por Guáchib, fué cadi de algunos distritos de Valencia, y el otro, Áhmed Abu 'l Kattab, es muchas veces citado, y con respeto, por Aben al Abbar, el célebre ministro y gloria de historiadores, discípulo del uno y del otro (2).

Muhámad ben Abdallah, oriundo de Cuenca, vivió en Játiba y se distinguió por su competencia en historia. Fué su muerte en el año 558 (dic. 1162-nov. 1163) (3).

Al año siguiente, 559 (nov. 1163-64), Aben al Kazaz acabó sus días en Valencia. Durante algún tiempo residió en Liria, y en sus últimos años fué cadi de Segorbe (4).

En el mismo año falleció Abu Amir, insigne y erudito historiador, el cual permaneció largo tiempo en Murcia (5).

---

(1) Ibídem.

(2) Ibídem.

(3) Escribió una «Compilación sobre los sabios españoles,» continuación de la obra de Aben Pascual (Pons, biogr. núm. 184).

(4) Pons, pág. 406.

(5) Sus producciones fueron: 1. Margaritas de los collares y esplendores de las utilidades.—2. Libro de las perlas ordenadas y de los brazaletes sellados.—Y 3. La curación ó el remedio (Pons, biogr. núm. 187).

Por último, Aben an Nimat murió en ramadhán del año 567 (abr.-may. 1172). Aunque nacido en Almería, habitó casi siempre en Valencia. Sobresalió en la ciencia del derecho, en la interpretación del Corán, en gramática y en la biografía de musulmanes más notables. Fué considerado como el más aventajado sabio de la región de levante (1).

Bien lejos de ceder Aben Sad al empuje de los almohades, no se contentaba con tenerlos á raya, sinó que, aprovechando sus descuidos, procuraba ensanchar por Andalucía sus estados de Valencia y Murcia. El ejército de los almohades corrió á tierra de Granada, y Ali, príncipe de los almoravides, huyó de ella y se refugió en Almuñécar. Se entregó por avenencia el año 551 (feb. 1156-57). Apenas habían salido las tropas, alborotado el populacho, merced á las instigaciones del emir de Valencia, degolló parte de la guarnición con su walí. Aben Sad se hizo dueño de Granada con auxilio de los cristianos de su suegro Aben Hamuseck, señor de Segura y walí de Murcia (2).

Abdelmumen tomó á empeño recobrar á Granada, y así lo significó á su hijo Cid Abu Said. Éste, venido el año 552 (feb. 1157-58), apretó tanto el cerco á aquella ciudad, que la obligó á rendirse, si bien asegurando á los cristianos que la guarnecían el paso á sus tierras. El ejército almohade, reforzado con el de

(1) Son sus obras: 1. Una exposición del Corán, en varios tomos.—2. Comentario á una obra del Nisaí, en diez tomos.—Y 3. Un Barnamech, ó catálogo de las biografías de sus maestros (Pons, biogr. núm. 192).

(2) En *Los Mudejares* se dice «que arrojó á los almohades de Jaén y facilitó la entrada de su suegro Aben Homoxq en Granada (P. I, c. VI).»

Cid Yúsuf, otro hijo de Abdelmumen, y el del caudillo Otmán, había entrado en la vega de Granada. También del Algarbe habían acudido más tropas á reforzar las huestes africanas, y se puso cerco á la ciudad. Aben Sad, Hamusek y los auxiliares castellanos se defendieron bastante tiempo; y después de muchos combates y continuos asaltos, fué entrada por fuerza, muriendo los cristianos y el conde que los acaudillaba. El emir de Valencia y su suegro escaparon á uña de caballo, librándose así de una muerte segura. Los pocos almoravides que aún quedaban en Andalucía, al verlo todo perdido, se pasaron á las Baleares, de las cuales eran dueños (1).

Con arreglo al convenio de repartición de tierras convenido en 1151 entre los monarcas de Castilla y de Aragón, Ramón Berenguer IV y doña Petronila, su esposa, podían disponer del castillo de Cullera. Por esto, no degenerando de sus antepasados en religiosidad, daban en 1157 á Dios Todopoderoso, á la orden de San Juan del Hospital de Jerusalén y á su reverendo maestre, entre otras cosas, el castillo de Cullera ó el de Cervera, con todos sus territorios y pertenencias, tan pronto como cayesen en poder de dichos monarcas ó de sus sucesores. Y, como la intención que presidía á esta liberalidad no podía ser más santa, puesto que se hacía para mayor honra y gloria de Dios, en sufragio de las almas de sus progenitores, para exaltación de la Iglesia, propagación de la fe y devoción de la Trinidad Beatísima, confusión

(1) Conde, III, 44.

y destrucción de los infieles, invocaban la ira del cielo contra toda persona, eclesiástica ó seglar, que en poco ó en mucho intentase anular la donación, la cual persona habría de quedar fuera de la comunión cristiana mientras condignamente no satisficiera. Este acto se celebró en el castillo de Estopañán (1). El príncipe de Aragón había ganado en 24 de agosto de 1153 el castillo de Miravet, frontero con nuestro reino (2).

Para contener á los almohades entró el Emperador en Andalucía acompañado de su hijo don Sancho. Sintióse enfermo Alfonso, y al volver á sus estados, después de confiar al hijo el cuidado de la guerra, le asaltó la muerte el 21 de agosto de 1157. La confederación de Tudelín y el repartimiento de tierras de la conquista se había renovado el año antes, todo ello confirmado por Sancho y Fernando, hijos de Alfonso, en abril del mismo año 1157. Cuando murió Alfonso, su hijo don Sancho, que había quedado en guarda de Baeza, Andújar y Quesada, estaba poniendo sitio á Murcia, sin que se sepa la causa. En febrero de 1158 se renovó la confederación entre Sancho el Deseado y Ramón Berenguer IV. De ahí que el príncipe de Aragón acudiera en auxilio de Sancho el Deseado recién muerto su padre. En 1159, Lobo, el rey moro de Murcia, se declaró vasallo del conde de Barcelona, y, en reconocimiento de señorío, le daba cada año cierta cantidad de maravedises mayores en oro. El poderío de Ramón Berenguer IV había llegado

---

(1) *Hist. de Cullera*, IX.
(2) Zurita, II, 14.

á ser tan grande, que no sólo Aben Sad, sinó que también otros reyes moros sus comarcanos le eran tributarios. Mientras el emir de Valencia contó con la protección de los príncipes cristianos, pudo sostenerse contra los almohades. Yendo el príncipe de Aragón hacia Turín, murió en la aldea de San Dalmacio el 6 de agosto de 1162. En manos de dos niños los cetros de Aragón y de Castilla, Aben Sad rompió el vasallaje que con el primero tenía, dejando desde entonces de pagar á Alfonso II las parias que á su padre daba; y la antes feliz estrella del emir de Valencia se eclipsa. Así lo prueban las batallas de As Sabica, Úbeda y Agelab que contra los almohades sostuvo (1).

Se propuso recobrar á Granada. Con numerosas fuerzas de caballería é infantería recogidas en Jaén, Guadix, Almuñécar y las Alpujarras, acaudilladas por su suegro Ibrahim ben Áhmed Hamusek, señor de Segura y de Jaén, por un hijo de éste, Abu Ishak, y por Áhmed Abu Giafar, hijo de Abderrahmán el Oskí, esforzado alcaide éste y walí que había sido de las fronteras de Murcia, Granada y Jaén, se acercó Aben Sad á Granada. Los almohades le salieron al encuentro. Ordenadas con la mayor destreza las haces de uno y de otro campo, dióse una de las batallas más sangrientas que se registran en los anales de la historia. La caballería del emir de Valencia realizó prodigios de valor, pero los más de sus soldados no lograron

(1) Zurita, 17 y 19.—Castro, *Corónica del Rey de Castilla Don Sancho el Deseado*, c. XV.

otro resultado que sucumbir con gloria. Tampoco, sin pérdidas numerosas y sensibles, alcanzaron el triunfo los almohades. Tantos fueron los muertos de uno y otro ejército, que verdaderos arroyos de sangre brotaban de los montones de cadáveres: por lo que aquella funesta jornada para el Islam, fué bautizada con el título de *As Sabicat*, ó de *la efusión de Sangre*. Fugitivas, mermadas y en desorden, se refugiaron en las sierras aquella tristísima noche del jueves, 28 de régeb de 557 (13 julio de 1162), las tropas de Aben Sad. Hamusek huyó á Jaén, mas no se detuvo allí, sinó que, dejando confiada la custodia de esta ciudad, bien fortificada, al caudillo Áhmed Abu Giafar, se retiró á Murcia, cuyo gobierno desempeñaba.

Poco diferente de esta relación es la de otro autor. Aben Sad se puso de acuerdo con los muzárabes y judíos de Granada, igualmente descontentos de los almohades. Para atacar á la guarnición africana, refugiada en la Alcazaba Cadina, ó Antigua, situada al lado opuesto del río Darro, Aben Sad, con numerosa hueste de castellanos, navarros, catalanes y moros, ocupó las alturas llamadas entonces de la *Xarea*, situadas sobre la parte superior de dicha Alcazaba y del Albaicín. Por la circunstancia de haber ocupado dicha loma el emir valenciano, se llamó hasta el siglo XII *Alcudia de Aben Sad*, y con más frecuencia de *Aben Mardánix*. Hoy se llama *Cerro de San Cristóbal*. El valeroso caudillo muladí Aben Hamusek, señor de Jaén, Úbeda y Baeza, se había fortificado y acampaba en la Alcazaba Alhamrá ó Roja, y en la vecina explanada y loma de la Sabica, con 2.000 caballeros cristianos y

muchos peones moros. Distinguíanse entre los caballeros cristianos un nieto de Álvar Fáñez llamado Álvar Rodríguez, célebre ya en la toma de Almería en 1147, Armengol, conde de Urgel, y su hermano Galcerán.

Mientras Hamusek disparaba desde la Alhamrá sus catapultas ó almajaneques contra los almohades refugiados en la Alcázaba opuesta, Aben Sad los acosaba desde el cerro de San Cristóbal. Sobrevino entonces el ejército venido de África en auxilio de los apurados almohades, y en el campo de la Sabica se decidió al rayar el alba del 13 de julio la suerte de esta empresa.

Se cogió de sorpresa á los caballeros cristianos, y á muchos de ellos los precipitaron los almohades en el río Darro, cuyo cauce es profundo al pie de aquellas alturas. Entre los que así perecieron, se nombra al nieto de Álvar Fáñez y á otro castellano notable llamado Pedro García. Aben Sad y Aben Hamusek huyeron con el resto de sus escuadrones. Los almohades se juzgaron vengados de una terrible derrota que pocos días antes les había hecho experimentar Hamusek en la vega de Granada.

Este fué el último esfuerzo que el espíritu nacional inspiró á los muzárabes y muslimes andaluces de aquellos tiempos (1).

Quisieron los vencidos tomar el desquite, y su-

(1) Dozy, *Recherches*, 3.ª edición, I, 365-367 y 375; *Hist. des mus. d'Espagne*, l. II, c. 12.—*El Archivo*, VI, 167-176.—En los Anales Toledanos se lee: «Lidió el Rey Lop con los revellados en Granada, e mataron á Pedro García la Lacian, Era MCC.»

frieron un nuevo y mayor descalabro. Para salir Aben Sad airoso en la empresa, dirigió un llamamiento á sus partidarios. De las Alpujarras acudió mucha gente á la campiña de Córdoba y llanos de Úbeda; lo propio hicieron muchos caballeros de Guadix y de otras ciudades. Se pidió, como de costumbre, auxilio de cristianos, y no les hizo falta. Tampoco se descuidaron en prevenirse los almohades. Al encontrarse los dos ejércitos enemigos, se lanzaron como tigres y rabiosos leones á la pelea. Aben Sad y los cristianos sus auxiliares fueron rotos con grave matanza. Dióse la batalla el domingo, 12 de xawal de 557 (24 sept. de 1162).

Pocos meses más tarde (14 mayo 1163) murió en África el emir Abdelmumen, después de haber puesto bajo su dominio á Almería, Ébora, Béjar, Baeza, Badajoz, Córdoba, Granada y Jaén. Esta última, después del triunfo último alcanzado sobre Aben Sad y sus aliados. Le sucedió en el imperio su hijo Yúsuf Abu Jacûb, cuyo reinado se prolongó seis años después de la muerte de Aben Sad.

Dos años tardó aún Yúsuf en ser proclamado emir al Muminín, y en ese tiempo permanecieron en sosiego las armas del emir de Valencia y de Murcia. A otra causa que al advenimiento de nuevo emir en África se atribuye el reposo en que por ese tiempo quedaron las armas de Aben Sad. Dice una llamada tradición que el emir de Valencia tenía de su esposa Sobeiha (Aurora), hija de Hamusek, una niña de singular hermosura, llamada Zaida (Dichosa). El caudillo almohade Cid Abu Said tuvo noticia de la belleza de Zaida; y, aunque sólo contaba diez años, quedó,

por lo que de sus gracias pregonaba la fama, altamente prendado el hijo de Abdelmumen. Anduvo con Ibrahim, el suegro de Aben Sad, en tratos de acomodo mediante su casamiento con la princesa valenciana. El señor de Segura y walí de Murcia, previendo el desenlace fatal de aquella guerra, entabló negociaciones de paz con aquellos á quienes sonreía la fortuna. Dormido en esta esperanza, no puso el cuidado necesario para conservar las plazas fronterizas ni en disputar el paso al enemigo, que con toda impunidad logró correrse hasta las inmediaciones de Murcia (1).

Aben Sad, que siempre se negó al casamiento de su hija con el africano Cid Abu Said, voló al socorro del suegro, que aún seguía embobado con el acariciado matrimonio de su nieta Zaida. Pidió el emir de Valencia auxilio á los cristianos, y 13.000 de ellos acudieron á engrosar sus filas. Al apuntar el alba del sábado 8 de dilagia del año 560 (15 oct. 1165), avistáronse los dos ejércitos en un espacioso y ameno campo de las inmediaciones de Murcia donde cada año se celebraban concurridas ferias: de ahí que la batalla que vamos narrando se llamase de *al Gelab*. Venidos á las manos, era tal el horrísono estruendo de voces y alaridos que los combatientes lanzaban, que á algunas leguas de distancia percibíase el rumor de la pelea. Quedaron cubiertos de cadáveres la llanura teatro del reñido combate y los campos vecinos. También los de Aben Sad fueron vencidos, y pocos

(1) Bibl. Enciclop. Popular Ilustr.—*Tradiciones de Valencia*, p. 192.

de sus auxiliares escaparon al furor de las armas enemigas. El afortunado caudillo de los almohades, Cid Abu Said, se apresuró á escribir á su hermano el emir Yúsuf Abu Yacûb, esta memorable batalla. «Es fama que algunos días después de la pelea, se oían en aquel campo alaridos y estruendo de batalla, y por esta razón se llamó desde entonces Fohios Agelab» (1).

En prueba de la enemistad que había entonces entre Aben Sad y Alfonso II, cuando apenas había éste empuñado las riendas del poder, está el hecho elocuente de que tropas catalanas tomaron parte á favor de los almohades en la batalla que se acaba de referir. Escribe Zurita: «En este mismo año (1165) parece en memorias antiguas, que fué muerto un capitán principal catalán, y muchos cavalleros con él, por los moros, en una entrada que hicieron por el reyno de Murcia, y llamábase Guillén Despugnolo: y fué la batalla á quinze del mes de Octubre» (2).

Atribuyó el emir de Valencia á flojedad en el suegro la derrota, y no pudiendo contener el enojo, para con más intensidad herir al suegro en la fibra más sensible del corazón, le devolvió Zobeiha, «como hija de un caudillo cobarde.» Trató, además, muy mal al Oski, que se retiró á Málaga, y de allí á Marruecos para con más libertad seguir el bando almohade. También Hamusek, como no podía menos, se apartó de la obediencia al yerno. Ya fuese que la razón de Estado entrara en los cálculos de Aben Sad, ya que

(1) Conde, III, 47.
(2) Zurita, II, 25.

renaciera el tierno amor que en todo tiempo sintió hacia su esposa, volvió á recibirla, trató de renovar la amistad con Hamusek y hasta escribió al Oskí ofreciéndole los más altos cargos. Estrechó su alianza con Alfonso VIII, y de castellanos era la guarnición que en Valencia tenía.

La presencia de los cristianos en Valencia era causa de gran disgusto en los muslimes, quienes, por no estar en contacto con los castellanos, salíanse á morar en los campos y pueblos circunvecinos. Esto ocurrió entre los años 561 y 564 (nov. 1165-oct. 1168) (1).

La protección que mútuamente se prestaban en determinadas ocasiones muslimes y cristianos tendía más bien á salvar dificultades del momento, la propia conservación cuando estaba amenazada de peligro real ó imaginario, que crear un estado de cosas contrario al fin último que unos y otros perseguían. Aben Sad se amparaba de los cristianos, porque, en otro caso, su ruina hubiera sido tan cierta como inmediata. El auxilio que los cristianos le dispensaron tuvo por único objeto entorpecer, si no impedir, el avance de los

(1) Conde, III, 47 y 48.—En esa llamada tradición, que más bien reviste los caracteres de novela del género histórico, se lee: «Aquel pueblo, voluble como ninguno, sentíase aherrojado por la mano del rey, dispuesto siempre á salir al encuentro de los almohades, cuya dominación apetecían las masas, para librarse de la presencia de las tropas castellanas auxiliares de Aben Sad, sin las cuales fuérale imposible resistir la invasión africana, acaudillada por el príncipe Said, obstinado en penetrar en los estados de Valencia.» En estas apreciaciones acerca de los hechos en cuestión, la tradición supuesta tiene, en este caso concreto, más de historia que de novela.—De la buena amistad que el emir de Valencia mantenía con Alfonso VIII, dan también testimonio los Anales Toledanos, pues dicen: «Entró el Rey Lop en Toledo, Era MCCV (1167).»

almohades, que, pujantes, como sesenta años antes los almoravides, amenazaban reducir á la nada la obra iniciada en las venerandas crestas del Pirineo. De ahí que los príncipes cristianos de España, cuando el trono de Aben Sad se bamboleaba, no obstante la innegable utilidad que de él habían reportado, en vez de acudir á sostenerle, afirmarle y cimentarle, no parece sinó que les faltaba tiempo para repartirse los despojos de un manto pronto á rasgarse. Perfecto derecho les asistía á recoger una herencia que se perdió en 711, porque á Dios, para castigo de la corrupción española, así le plugo.

Alfonso II de Aragón, llamado el Casto, por la severidad de sus costumbres, cuando apenas contaba 19 años de edad y estaría sentado en el trono unos 7, ó sea desde la muerte de su padre, Ramón Berenguer IV, ocurrida en 6 de agosto de 1162; dió en 1169 á los caballeros del Temple los castillos Chivert y Oropesa (Castellón), para cuando él ó sus sucesores los ganasen á los moros. Fué admitida la donación por el procurador de la orden, frey Jofré de Folcalquer y por frey Arnaldo de Torroja, ministro de los templarios en la Provenza y en España (1).

Aben Sad, aprovechando los pocos años que tenía el rey de Aragón á la muerte de su padre, había dejado de pagarle el tributo que, en reconocimiento de feudo y homenaje se había obligado á dar á Ramón Berenguer IV y á sus sucesores. La buena harmonía que hubo entre los monarcas cuñados, rompióse así

(1) Diago, VI, 22.

que murió el último conde privativo de Barcelona. Castilla favoreció á Aben Sad en perjuicio de Aragón, y Aragón prestó auxilio á los almohades con daño del emir de Valencia. La Iglesia, siempre protectora de la reconquista española, logró que ese común daño que recibían, que padecía la España cristiana con la disensión entre sus monarcas, se atajase, en la entrevista que en septiembre de 1170 tuvieron en Tarazona los jóvenes monarcas Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón (1).

Quejábase el Casto, de que Lobo, rey de Murcia, no había pagado las parias y tributos que solía dar, desde la última ida de Ramón Berenguer (1162) á la Provenza, y se había confederado con Alfonso VIII para hacer guerra al de Aragón. El de Castilla se comprometió á que Lobo cumpliría lo que estaba estipulado y pagaría el tributo como lo declarasen Guillén Ramón de Moncada y Guillén de Jorba, que le recibían en tiempo de Ramón Berenguer IV; y que en cuanto á otras quejas que el de Aragón tenía de Lobo, estaría á lo que determinasen el conde de Urgel y los condes don Nuño, don Gómez y don Pedro, ó á lo que la mayoría resolviera. Prometió Alfonso II que, cumpliéndolo así, guardaría á Lobo la paz que su padre, Ramón Berenguer IV, tuvo con

(1) Entrado el año 1170 fué Alfonso II á Sahagún á ver á Alfonso VIII. Desde allí pasaron los dos á Zaragoza, de donde se trasladaron á Tarazona, para recibir á doña Leonor de Inglaterra, futura esposa del de Castilla. Fué padrino el de Aragón, y las bodas se celebraron en septiembre. Estando dichos monarcas en Zaragoza se confederaron contra todos los príncipes excepto el de Inglaterra (Castro, *Corónica del Rey de Castilla Don Alonso Octavo*, XII).

él y no daría favor á los almohades, enemigos del emir de Valencia. Juraron esto, de parte del rey de Aragón, Ramón Folch, Ramón de Moncada y Guillén de San Martín; y, por el de Castilla, los condes Armengol, don Nuño y don Lope (1).

Ya fuese que los buenos oficios de Alfonso VIII no diesen el resultado que él se prometía, ya que en Aragón quedaran aún algunos muslimes no sujetos al dominio de Aben Sad, es lo cierto que, después del anterior pacto, Alfonso II entró en són de guerra por las riberas del Alhambra y del Guadalaviar. Por octubre de este año, 1171, edificó en la del Guadalaviar una fortaleza contra los moros de Valencia. Dió el feudo de Teruel, que así se llamó la nueva población, á un rico-hombre de Aragón llamado don Berenguer de Entenza; y concedió á sus nuevos pobladores el fuero que á Sepúlveda otorgaron los condes Fernán González y Garci Fernández y el rey don Sancho, y confirmaron Alfonso VI, Alfonso el Batallador y su esposa doña Urraca (2).

Uno de los caballeros cristianos que estuvieron al servicio de Aben Sad, fué el castellano don Pedro Ruiz de Azagra, hijo de Rodrigo, señor de Estella, y feudo del rey de Navarra (3). Agradecido á sus buenos ofi-

(1) Zurita, II, 28.

(2) Zurita, II, 29.—Castro, *Corónica del Rey de Castilla Don Alonso Octavo*, XIII.

(3) Don Rodrigo de Azagra, padre del primer señor de Albarracín, acompañó á Alfonso VII en la entrada que en 1147 hizo este rey en Andalucía, siguiendo al rey de Navarra. Era Don Rodrigo caballero muy principal de este reino y se señaló mucho en aquella campaña, que tuvo por resultado el vasallaje de Aben Gania, la rendición de Baeza y la toma de Almería (Zurita, II, 6).

cios en lo de Murcia el emir de Valencia, le recompensó con el señorío de Albarracín. Don Pedro contaba con la protección del rey de Castilla. Por los leales servicios que había prestado á Alfonso VIII, este monarca le hizo merced, estando en Toledo á mediado noviembre de 1167, de la aldea de Mazagán, en territorio de aquella ciudad, y de unas casas en la misma Toledo.

En el año 1171, estando en España el cardenal Jacinto, legado de la Santa Sede, dió licencia á don Pedro, para que fuese catedral la iglesia de Santa María de Albarracín, y fué su primer obispo D. Martín. Ya se recordará la intervención de un obispo de Albarracín en las negociaciones entre el Cid y el cadi de Valencia. Dícese que en 1171 se restauró el obispado de Segorbe y que, como esta ciudad aún estaba en poder de infieles, se colocó provisionalmente la silla en Albarracín. Don Martín dió en 1176 llamarse *obispo arcobricense*, de Arcobriga; mas, por sentencia que en Toledo dió el metropolitano, se declaró que el territorio de Albarracín, más Segorbe, con el suyo, constituían lo que en tiempo de los godos se llamó *Segobriga:* por lo que el nuevo obispo había de titularse *segobricense*, y de ningún modo *arcobricense*. Por letras apostólicas de Inocencio IV y de Alejandro IV, fué agregado Segorbe á Albarracín. Susténtase la opinión de que, si bien la nueva diócesis se llamó *segobricense*, á causa de estar en ella comprendido Segorbe, creóse en 1171 un nuevo obispado distinto del que en tiempo de los godos se llamó segobricense.

La situación de Albarracín y el proceder de don

Pedro Ruiz de Azagra pudo ser causa de disensión entre Aragón y Castilla. Estaba Albarracín en el reino de Aragón y en confines de Castilla. Viéndose don Pedro señor absoluto de aquella ciudad, esto es, que la poseía de los moros y sin dependencia del rey de Aragón, se quiso tratar como soberano, no reconociendo vasallaje á don Alfonso el Casto, y se intituló «vasallo de la Santísima Virgen y señor de Albarracín.» No le sentó bien al de Aragón que dentro de su reino, como él decía, hubiese un «vasallo y señor», ó, más bien dicho, un vasallo exento de toda sujeción: algarabía que sólo la ceguedad de la ambición podía entenderla, y, si no entenderla, á lo menos sólo ella podía ejecutarla.» En la entrevista que tuvieron los dos Alfonsos el año anterior, resolvieron castigar el orgullo de aquel reyezuelo, y convinieron en que Albarracín fuese de Aragón, y de Castilla los demás pueblos. Sea por lo que quiera, don Pedro conservó sus estados, y en el sitio que á la capital de sus dominios tenía puesto en 19 de julio de 1220 Jaime I, probó que sabía y tenía valor para conservarlos.

La causa por qué don Pedro se salió con la suya, apúntala á guisa de conjetura el historiador don Alonso Núñez de Castro.

«Zurita, Carrillo, Mariana y otros dicen que, hallándose el rey de Aragón falto de medios para reducir á su obediencia á don Pedro Ruiz de Azagra, pidió favor al de Castilla; y, conseguido, le obligó á que le diese vasallaje.» No les niego su autoridad á tan graves historiadores; pero le toca á la del rey don Alonso, cuya historia escribo, el que no prescriba en la lisura de su

trato este borrón; que, aunque no se suele tener por mancha en las púrpuras el quebrar los fueros de la amistad, el rey don Alonso de Castilla, como debió desde la cuna á los leales la corona, fué muy leal con los leales, nó tomándose licencia de señor para ajar la correspondencia. Don Pedro de Azagra sirvió siempre con tanta fineza al rey de Castilla, que no hubo empresa en que pudiese contarse entre los más leales vasallos por segundo, y en muchas anduvo tan bizarro, que le cuentan los anales por primero. Pues ¿cómo de un rey tan agradecido se pueden presumir semejantes correspondencias? Antes es lo más verosímil que el rey de Aragón no se atrevía á romper con don Pedro de Azagra, por cuerda presunción de que le haria sombra el rey de Castilla: porque, de otra suerte, ¿qué ejército, qué defensa de muros incontrastables tenía don Pedro para resistir á la potencia de un rey de Aragón?.....El constar llanamente que este mismo año de 1172, en que estos autores desavienen á don Pedro con el rey don Alonso de Castilla, se halla á su lado firmando los privilegios..... Lo que parece más conforme á razón es que el rey don Alonso de Castilla le propusiese á don Pedro las dificultades de mantener señorío en el distrito de un rey poderoso y enojado, y que era fuerza que por fuerza obrase presto sin mérito, lo que hecho luégo espontáneamente, era nueva obligación para el Rey.... Conoció la razón don Pedro, y cedió el título de señor soberano: con lo que el rey de Aragón consiguió su intento, y el de Castilla no faltó á las leyes de rey amigo favoreciendo al contrario; antes, hizo la acción más estimable de ayudar á

tiempo con un consejo, que suele importar más que las armas y el dinero» (1).

Firme Alfonso II en el propósito de conquistar á Valencia; para facilitarla hizo nuevas donaciones á los caballeros de la orden militar de San Juan del Hospital de Jerusalén. Aunque su padre no les había dado en 1157 más que uno solo de estos dos castillos, el de Cullera ó el de Cervera, Alfonso II les cedió los dos en abril de 1171, por carta entregada en Gerona al reverendo Guido de Mahú, preceptor de la orden (2).

Ya se dijo algo acerca el malestar que en Valencia se sentía á causa de la guarnición cristiana que Aben Sad tenía en ella. Los personajes más notables del reino fraguaron una conspiración para dar entrada á los almohades. El primer chispazo de rebelión asomó en Alcira. Áhmed ben Muhámad ben Giafar ben Sofían, el Makzumí, varón preclaro por la progenie, ciencia y virtud, que tenía un hermoso palacio en la isla del Júcar, viendo, de un lado, que disminuían las fuerzas del emir Abu Abdallah ben Muhámad Aben Sad y, temiendo, además, que le atropellase, escribió á los almohades prometiéndoles obediencia si le acogían bajo su protección y amparo. Veíase que en la

(1) Castro, *Corónica del rey de Castilla Don Alonso Octavo*, VII, VIII, XIII, XIV y XV.—Zurita, II, 29.—Diago, VI, 23.—Escolano, VIII, 12.—El Ch. de Tourtoulón (I, 5) escribe que desde entonces se llamó *Santa María de Albarracín* la capital de los dominios de don Pedro. Ya antes del año de la Hegira 404 (jul. 1013-14) llamábase *Santa María de Oriente*, para distinguirla de otra que había en Occidente. Fundó dicha ciudad el eslavo *Aslao ben Razin*, por lo que aquélla se llamó *Santa María de Aben Razin*, ó de *Albarracín*. Vide, c. I de esta 2.ª parte.

(2) *Hist. Cullera*, l. c.

lucha con los africanos, había la fortuna abandonado al Emir. Los mismos caudillos que con él habían compartido los azares de la guerra, se le apartaban con cualquier pretexto: volvían la espalda á un astro pronto á hundirse en la inmensidad del Océano. Sus propios vasallos le negaban la sumisión echándole en cara que su gobierno había sido una serie no interrumpida de calamidades para el Estado.

El Makzumí se fortificó en Alcira, llevó á ella á muchos de sus parciales, entre ellos, al austero y valiente Abu'l Awas Áhmed ben Maad, de Uclés, y á otros arrayaces de su confianza. Depuso públicamente á Aben Sad y llamóle mal muslim y amigo de infieles. Por entonces era también cuando Ibrahim ben Hamusek se retiró de Murcia ofendido, se alzó con su ciudad de Segura y fortificó contra el yerno algunos castillos.

Aben Sad envió contra el walí de Alcira á su hijo Abu'l Hegiag Yúsuf (1), caudillo de la caballería, con encargo de que ocupase las tierras del rebelde y le sitiase en Alcira. Fué el hijo al frente de muchas tropas, y estableció tan riguroso cerco, que desde mediada luna de xawal (17 junio 1171) hasta mitad de dilagia de 566 (16 agosto), no pudieron sinó las águilas entrar en la isla. Ya un mes antes, mitad de mayo, la tierra había sido talada y estragada.

El hambre comenzó á dejar sentir sus efectos, y públicamente se murmuraba de quien en mal hora

(1) En monedas de Aben Sad acuñadas en Murcia el año 566 (sept. 1170-71), aparece su hijo como príncipe heredero (Codera, *Numismática Arábigo-Española*, ap. n.º 10).

tiempo con un consejo, que suele importar más que las armas y el dinero» (1).

Firme Alfonso II en el propósito de conquistar á Valencia; para facilitarla hizo nuevas donaciones á los caballeros de la orden militar de San Juan del Hospital de Jerusalén. Aunque su padre no les había dado en 1157 más que uno solo de estos dos castillos, el de Cullera ó el de Cervera, Alfonso II les cedió los dos en abril de 1171, por carta entregada en Gerona al reverendo Guido de Mahú, preceptor de la orden (2).

Ya se dijo algo acerca el malestar que en Valencia se sentía á causa de la guarnición cristiana que Aben Sad tenía en ella. Los personajes más notables del reino fraguaron una conspiración para dar entrada á los almohades. El primer chispazo de rebelión asomó en Alcira. Áhmed ben Muhámad ben Giafar ben Sofían, el Makzumí, varón preclaro por la progenie, ciencia y virtud, que tenía un hermoso palacio en la isla del Júcar, viendo, de un lado, que disminuían las fuerzas del emir Abu Abdallah ben Muhámad Aben Sad y, temiendo, además, que le atropellase, escribi á los almohades prometiéndoles obediencia si le a[illegible] gían bajo su protección y amparo. Veíase que en

(1) Castro, *Corónica del rey de Castilla Don Alonso Octavo*, VII, VIII, XIV y XV.—Zurita, II, 29.—Diago, VI, 23.—Escolano, VIII, 12.—El Tourtoulón (I, 5) escribe que desde entonces se llamó *Santa María d*[illegible] *rracín* la capital de los dominios de don Pedro. Ya antes del año de la 404 (jul. 1013-14) llamábase *Santa M*[illegible] *Oriente*, para distinguirl[illegible] que había en Occidente. Fundó di[illegible] *Aslao ben R*[illegible] lo que aquélla se llamó *Santa María* [illegible] de esta 2.ª parte.

(2) *Hist. Cullera*, l. c.

lucha con los africanos, había la fortuna [illegible] al Emir. Los mismos caudillos que con él [illegible] compartido los azares de la guerra, se le [illegible] con cualquier pretexto: volvían la espalda [illegible] pronto á hundirse en la inmensidad del [illegible] propios vasallos le negaban la sumisión [illegible] cara que su gobierno había sido una serie [illegible] rrumpida de calamidades para el Estado.

El Makzumi se fortificó en [illegible] á muchos de sus parciales, entre ellos [illegible] valiente Abu'l Awas Áhmed ben [illegible] otros arrayaces de su confianza. [illegible] á Aben Sad y llamóle mal muslim [illegible] les. Por entonces era también [illegible] Hamusek se retiró de Murcia [illegible] su ciudad de Segura y fortificó [illegible] nos castillos.

Aben Sad envió [illegible] Abu'l Hegag Yusuf (1) [illegible] encargo de que ocupase [illegible] sitiase en Alcira. Fué [illegible] tropas, y estableció [illegible] mediada luna de [illegible] de dilagia de 5[illegible] águilas [illegible] de mayo, [illegible]

El [illegible] públicamente [illegible]

había provocado la sedición. El respetable Abu Ayab ben Hilel se puso de acuerdo con los alcireños más importantes para entregar la fortaleza. Persuadióles de que, no obstante la natural defensa de Alcira, era imposible prolongar la resistencia. Con efecto: por falta de provisiones, los mejores soldados apenas podían sostener el peso de las armas, y hombres los más robustos quedaron inútiles el resto de su vida. Del Makzumí dice Casiri que aún se conservaba en su tiempo el códice que contenía varios y muy elegantes versos suyos con los que pedía auxilio y ponderaba las calamidades que padecieron los sitiados. Descendiente suyo fué el notable historiador Aben Amira, que viene á cerrar la gloriosa pléyade de atildados escritores que tuvo Alcira (1). Como á la reducción de ésta había contribuído Aben Hilel, Aben Sad le llevó consigo á Murcia y le tuvo en gran estimación, y dió á un hermano suyo el cuidado de aquella frontera.

Logró el hijo de Aben Sad entrar en Alcira, y pudo escapar el Mukzumí y refugiarse entre los almohades. No cesó en sus manejos para derrocar al abuelo del último emir de Valencia. Aprovechando el general descontento que contra Aben Sad se sentía en ella, logró, por su industria y secretas inteligencias, que la capital de sus dominios siguiese el ejemplo de Alcira. Aben Sad envió contra Valencia al que había reducido aquella población, hermano de Modef y de la hermosa Zaida, futura esposa del califa. Puso sitio

(1) Pons, biogr. n.º 250.—Casiri, II, 30.

á Valencia por mar y tierra durante tres meses; pero tuvo que alzarle, por acudir contra Alfonso II, que amenazaba anexionarse la parte del reino confinante con Cataluña, Favara, Maella, Maçaleón, Val de Tormo, la Fresneda, Val de Robres, Beceite, Monroy, Peñarroja y Caspe, cayeron en su poder (1). Abu'l Hegiag quedó al frente de las fuerzas de tierra y se colocó entre Tortosa y Tarragona. Mientras tanto venció Aben Cásim por mar á los cristianos, quemó muchas naves, echó á pique no pocas y apresó algunas (2).

Al abandonar la escena política el rey Lobo, sucédenos algo semejante á lo que ya notamos en él antes de entrar en ella. ¿Dónde murió? ¿cuándo murió? Opiniones las más encontradas se sustentan acerca de esos dos enigmas. Acerca de esto escribe un autor: «Engañado (Aben Sad) por su sobrino y vendido por Aben Homoxq (Hamusek), llovieron sobre él calamidades é infortunios, viendo al par sitiadas las dos capitales que le permanecían fieles; y, con todo, se resistió en Murcia heroicamente, hasta que, sabida la rendición de Valencia á los sectarios de Al Mahdí, vencido del dolor, murió de pena antes de entregarse. Tuvo lugar este acontecimiento el año 1172» (3). Su muerte, según esto, ocurrió en Murcia el año que

(1) Zurita, *Anales de Aragón*, II, 25.

(2) Conde, III, 48.

(3) Fernández y González, *Los Mudéjares de Castilla*, IV.—Y en una nota escribe el propio autor. «Los *Anales Toledanos*, no desconformes con nuestras crónicas, que llaman á Aben Merdenix don Lup ó don Lobo, dicen: «Murió el rey don Lop Era MCCX.»

va dicho. En otro autor se lee que el emir Yúsuf Abu Yacub vino á España y que hizo en su Axarkia ó región de levante expediciones muy venturosas, sojuzgando muchos pueblos, unos de grado y otros por fuerza: en donde asoma algo de la resistencia de Murcia mientras vivió Aben Sad. Pero léase lo que á continuación escribe el mismo autor: «En 567 (sept. 1171-ag. 1172) falleció en Mallorca el emir de España oriental Abu Abdallah Muhámad ben Sad; otros dicen que murió el año 569 (ag. 1173-74), y otros, que el 571 (jul. 1175-76), en que le sucedió Abu'l Hegiag Jusef ben Muhámad ben Sad ben Mardenis en toda España oriental» (1).

La avenencia entre los Beni Sad y los almohades dió término á la guerra, por más que el emir de éstos comenzara á titularse rey de Valencia: «Los valencianos, muerto su rey Lotho, entraron en grandes bandos y disensiones, en razón de que unos querían por rey á un hijo del muerto, y otros á Aben Jacob, hijo heredero del Miramamolín; y, prevaleciendo esta parte, comenzó Aben Jacob á llamarse rey de Valencia en el año 1172» (2). Conforme con esto, pero añadiendo el medio que se empleó para acabar la guerra, está lo que sigue: «Dice Abu'l Feda que después de la muerte del emir Aben Sad ben Mardenis, señor de España oriental, de Valencia y de Murcia, y de otras muchas ciudades, que entonces sus hijos se acogieron al rey Juzef Abu Jacub de África, y le entregaron todas sus

(1) Conde, III, 49.
(2) Escolano, III, 2.

tierras, recelando ellos que no las podían mantener, porque de una parte les hacían cruda guerra los cristianos (aragoneses), y los almohades africanos los incomodaban por otra: de suerte que tomaron este partido, y pusieron en manos de Abu Jacub todos sus estados; y la fortuna le dió de grado, lo que no esperaba ya conseguir por fuerza. Dió á los Aben Sades nuevos títulos y estados, y casó con una hermana de dichos príncipes: esto acaeció después de la muerte de Aben Sad.» Cuándo sucedió el casamiento que puso término á la guerra, también lo expresa el mismo autor: «En el año de 570 (ag. 1174-jul. 1175), deseoso el rey Juzef Abu Jacub de asegurar la paz y tranquilidad de los muslimes de España, casó amir Amuminín Juzef Abu Jacub con la hermosa hija de Aben Sad ben Mardenis, hermana del señor de Denia y Játiva, y de gran parte de España oriental; y, para recibirla y obsequiarla, hizo labrar una miherghâna magnífica, que no hay lengua que pueda describir su preciosidad y grandeza... Se detuvo cuatro años y diez meses en Andalucía, y se tornó á Marruecos en jabán bendito del año 571 (feb.-mar. 1176» (1).

(1) Conde III, 49.—«El emperador Yúçuf recibió con tanta pompa y ostentación á la princesa valenciana, y con tal pasión se prendó de ella, que mandó construir, para su mansión y recreo, un suntuoso palacio que eclipsase las riquezas y esplendor de la Zaidía, donde la sultana no echase de menos aquella mansión de su infancia.» Zaida, añade la tradición, no era feliz en Marruecos. Enfermó de tristeza, y, por consejo de los médicos, la trajo el Emir á Valencia, y ambos se instalaron en el palacio de la Zaidía. En él murió y fué sepultada la infortunada hija de Aben Sad. Por indicación de Sobeiha, la esposa de éste, dicho palacio había sido regalado á Zaida, hermosa de cuerpo, bellísima de espíritu y tan desgraciada como graciosa y encantadora. Nuestros cronistas (Boix II; Escolano III, 1, que cita á Béuter) atribu-

En privilegio expedido por Jaime I desde Lérida á 10 de abril de 1255, concedió para siempre á doña Teresa Gil de Vidaura, su tercera esposa, el que fué palacio de los reyes moros Aben Sad y su nieto Zaén. Eran, al parecer, nueve casas, las cuales también pertenecieron á la madre de Çeid y al faquí Moahac (1). El documento en que tan preciosos datos se consignan, le vió el P. Teixidor en el archivo de la Zaidía, que fué también dada por don Jaime desde Lérida, á 5 de abril de 1260, á la misma doña Teresa (2).

Aún sonará el nombre de los Beni Sad cuando

yen á Aben Sad la fundación de otro palacio, comprendido en lo que es hoy casa del Marqués de Dosaguas, junto á la mezquita que luégo se convirtió en iglesia de San Martín.

(1) Dichas casas estaban en las inmediaciones de la catedral, *incircuitu Ecclesie Beate Marie*, y se las indica en el *Repartimiento* (p. 576 y 636) con estas palabras: «Corpus domini Regis: domus Zahen III, et alias matris Çeyt Aboceyt nomine, et alia Aceyt Abeyubron et Rex Lupus I, juxta in Alcaçar, ubi stabat Guillem de Vic, Cayt Abolabez et Çeyt Abdellaziz, et cameras alias que fuerunt de Mohac alfaqui Almezano, ubi sunt lavanderas VIII.» Al diligente investigador Chabás pareció que dichas casas del rey Lobo estarían en la manzana donde hoy se abra el palacio arzobispal; mas luégo, después de probar que tampoco estuvieron en el sitio del actual Almudín, según pretende el P. Teixidor, sospecha estuviesen en la manzana comprendida entre dicho edificio y la plaza de la Almoina (Chabás, *El Archivo*, VI, 25.—*Monum. Hist. de Valencia y su Reino*, t. II, pág. 172-177, 198-200.

(2) Escolano (lib. 5, col. 943, núm. 12) escribe: «Llamóse la Zaydía esta casa, por ser jardín y casa de campo de un moro llamado Zaydi, tan principal, que Proaza le hace rey.» El P. Teixidor dice que todo eso está escrito sin fundamento; y después de recordar que ya la *Zaidia* existía en tiempo de Zaén, como se ve en el ofrecimiento hecho por dicho emir para alejar de la conquista á don Jaime, acepta la etimología de Covarrubias Orozco, que dice: «Voz arábiga derivada de *Çaida*, i vale tanto como *Dama*, *Señora*, *Princesa*, como *Çayd*, *Señor*, que corruptamente llamamos *Cid*: de aquí se dijo *Çaydia* al monasterio de religiosas Bernardas de Valencia, casa de Señoras principales, de donde tomó el nombre.» (Chabás, *El Archivo*, VI, 26.—*Mon. Hist.*, t. II, p. 138).

el pendón musulmán tremole por última vez sobre las torres y minaretes de la ciudad, reclinada junto al Guadalaviar y acariciada por las brisas del mar de Siria.

Siguiendo el plan de dar á conocer el remate de los personajes principales que toman parte en los sucesos reseñados en cada capítulo, cerramos el presente marcando el paradero de Aben Hamusek y del Oskí. Abu Ishac Ibrahim Aben Hamusek murió en Mekinez en la luna de sáfer de 572 (9 ag.–6 sept. 1176). Áhmed ben Abderrahmán el Oskí de Talavera vivió algunos años en Marruecos después de la desavenencia con Aben Sad; volvió á España y falleció en Málaga el año 574 (jun. 1178-79). Era tan buen poeta como valiente caballero, y sus admiradores le dieron sepultura con mucha pompa en la vega de dicha ciudad (1).

---

(1) Conde, l. c.

CAPÍTULO XIV

Almohades

(1172-1220)

Cid Abu Abdallah.—Pone sitio á Valencia Alfonso II.-Diezmos y primicias de la iglesia de San Vicente Mártir.—Auxiliado Alfonso del wali de Valencia, sitia á Játiba.—Se le declara tributario el señor de Murcia.—Quebrantamiento de paz.—Somete de nuevo Alfonso á Játiba y Valencia.—Donación de los diezmos y primicias de la iglesia de San Vicente al monasterio de San Juan de la Peña.—Entrégase Cuenca á los cristianos.—Arreglo entre los monarcas de Aragón y Castilla acerca de la conquista de Valencia y Murcia.—El convenio de Cazorla.—Movimiento literario.—Derrota de los cristianos junto á Requena.—Traslación del cuerpo de San Vicente Mártir desde el Promontorio Sacro á Lisboa.—Sitio de Santarén.—Última campaña de Alfonso II contra Valencia.—Nuevos convenios entre Pedro II y Alfonso VIII en orden á las conquistas de Valencia y Murcia.—Treguas con el emir de los almohades.—Movimiento literario.—Confirmación de donaciones á los sanjuanistas.—Reconquista de Ademuz.—Entrada de Alfonso VIII hasta Játiba.—Última donación de Pedro el Católico.—Inmoralidad en el gobierno de los almohades.—Otra derrota en Requena.

Pensamiento que siempre dominó á Alfonso II el Casto (1162-1196), hijo de Ramón Berenguer IV y de doña Petronila, fué el de someter á la Cruz el reino de Valencia. Cuando, para extinguir las guerras que durante los primeros años de su reinado hubo con Castilla en la menor edad de Alfonso VIII, fué á Sahagún á mitad de junio de 1170, vinieron juntos los dos jóvenes monarcas á Zaragoza y en ella permanecieron los meses de julio y agosto. Pasaron luégo á Tarazona, y en septiembre, Alfonso VIII se comprometió á que Aben Sad pagaría al de Aragón el tributo que, en reconocimiento de feudo y homenaje, daba á Ramón Berenguer IV, tributo que el emir dejó de pagar desde 1162, ó sea, desde la ida del príncipe catalán á la Provenza. En 1170 sojuzgó

Alfonso II á los moros de las comarcas bañadas por el Alhambra y el Guadalaviar, y en octubre de 1171 edificaba y poblaba en las riberas del último una muy principal fortaleza, llamada Teruel, adelantando así las fronteras contra los moros de Valencia. Ya se dijo que Teruel se dió en feudo y honor á don Berenguer de Entenza y que se concedió á los nuevos pobladores el que se rigiesen por el fuero de Sepúlveda (1).

Valencia, al entrar en ella los almohades (1172), se apartó del vasallaje que debía al rey de Aragón. Estando, por febrero del mismo año, Alfonso II en Zaragoza, propuso hacer guerra á los moros del reino de Valencia, con quienes desde el principio de su reinado había tenido treguas, por habérsele entonces declarado sus vasallos y tributarios. Con ocasión de la muerte de Aben Sad en aquel año, entró con muy poderoso campo hasta llegar á los muros de Valencia (2).

Asentaron los expedicionarios su campo contra la ciudad, «la más populosa y rica de la morisma», y talaron y quemaron su vega. Intimidado el walí, para

(1) Zurita, II, 31.

(2) Figuraban en dicho ejército: don Pedro, obispo de Zaragoza; don Esteban, de Huesca; don Bernardo, hermano del Rey; abad de Montaragón, obispo electo de Tarazona y que llegó á serlo efectivo de Lérida; Arnaldo Mir, conde de Pallás; Blasco Roméu, Jimeno de Artusella, alférez del Rey; Pedro de Castellezuelo, Jimeno Roméu, Pedro de Arazuri, Berenguer de Entenza, Blasco Maza, Jimeno de Urrea, Pedro Ortiz, Artal de Alagón, Galín Jiménez, Beltrán de Santa Cruz de Luesia, Pedro López de Luna, ex-maestre del Hospital de Jerusalén en Aragón y Cataluña y maestre de Amposta cuando la orden estaba en aumento; Gombal de Benavente, Sancho Garcés, justicia de Aragón; Sancho Íñiguez, Peregrín de Castellezuelo y Fortún de Estrada (Zurita, II, 32).

evitar mayores males, se obligó á pagar los gastos de aquella expedición, á ayudar contra los moros de Murcia y á dar en adelante doblado tributo. Aceptó Alfonso aquel partido, y le recibió por vasallo (1).

Otra condición estipulada para levantar el sitio, fué la de que por el rey de Aragón quedaría la iglesia de San Vicente mártir, con sus diezmos, primicias y demás derechos, de los cuales podría disponer con entera libertad. «Esto nos prueba, escribe un autor, que dicha iglesia nunca había dejado de estar abierta al culto católico, pues práctica constante de los mahometanos fué el no permitir nuevas edificaciones de iglesias á los cristianos» (2).

Al retirarse de Valencia Aben Sad, pasó á Murcia, y al morir en 567 (sept. 1171-72), le sucedió con todo lo que aún conservaba de la España oriental su hijo Abu'l Hegiag Yúsuf ben Muhámad. Hasta el año 570 (ag. 1174-jul. 1175), en que el emir almohade casó con la hermosa hija de Aben Sad ben Mardenis, hubo guerra entre éste y los almohades, pero era dueño de Denia, Játiba y gran parte de España oriental el hijo del rey Lobo. Son prueba de que Murcia continuaba siendo suya, y no de los almohades, el auxilio que éstos, dueños de Valencia, se comprometieron á dar contra el señor de aquélla al rey de Aragón, y el haber muerto entonces en tierra extraña los murcianos Abderrahmán ben Táhir y Al Oskí, enemigos de Aben Sad y amigos de los almohades (3).

(1) Zurita, l. c.
(2) *El Archivo*, V, 16.—Chabás, *Mon. hist. de Valencia y su Reino*, V, 4.
(3) Conde, III, 49.

Dispuesto como estaba Alfonso á hacer cruel guerra á los infieles, con el refuerzo del walí de Valencia siguió hacia el mediodía talando y destruyendo los pueblos que no se le rendían ó no le reconocían por señor. Por mayo de aquel año se puso sobre Játiba. Poco después tuvo que pactar treguas con los moros y contentarse con que el rey de Murcia le pagase el mismo tributo que acostumbró darle el rey Lobo. Sancho VI, rey de Navarra, creyendo que el de Aragón corría gran peligro por haberse internado tanto en tierra de moros, juntó la más gente de guerra que pudo é invadió los estados de Alfonso, á pesar de las treguas poco antes asentadas. El de Aragón tuvo que suspender la empresa contra los infieles; pero el daño que éstos habían de padecer le sufrieron los dominios de Sancho, en los cuales entró Alfonso destruyendo algunos lugares y castillos. Se apoderó de Arguedas y dejó fortificadas las fronteras; y en julio de 1173 se apoderó del castillo de Milagro y le asoló (1).

Era natural que las condiciones de paz impuestas por el Casto á los muslimes fuesen por éstos quebrantadas tan pronto como para ello se les ofreciera ocasión oportuna, y no tardaron en tenerla. En el año 568 (ag. 1172-73) entró el príncipe Cid Abu Becr en tierra de Toledo, mató y cautivó gentes, destruyó pueblos, quemó alquerías y aldeas, y destruyó un ejército castellano con muerte de su caudillo y de 36.000 de sus soldados. En el año siguiente, 569

(1) Zurita, l. c.—Castro, *Corónica del Rey de Castilla Don Alonso Octavo*, XVII.

(ag. 1173-74), el mismo emir Yúsuf Abu Jacob entró por la costa del Mediterráneo, conquistó la ciudad de Tarragona, y sus vencedoras tropas penetraron como espantosa tempestad de truenos y relámpagos, talaron y arrasaron á sangre y á fuego, mataron y cautivaron gentes, robaron ganados y estragaron frutos. Después de tan venturosa jornada volvió el Emir á Sevilla, casó al año siguiente, 570 (ag. 1174-jul. 1175), con la hermosa hija de Aben Sad ben Mardenis, hermana del señor de Denia, de Játiba y de gran parte de la España oriental; y en el 571 (jul. 1175-76) volvió á Marruecos (1).

Comprendieron Alfonso VIII y Alfonso II cuán necesaria les era la más estrecha unión. Poco después de la muerte de doña Petronila (13 oct. 1173), la viuda de Ramón Berenguer el Santo, despreciando el Casto el matrimonio que tenía comprometido con una hija de Manuel, emperador de Constantinopla, casó con doña Sancha, tía del rey de Castilla é hija de Alfonso VII (18 en. 1174). Prueba de que Tarragona no siguió en poder de infieles, es que, con otras ciudades, se dió en arras á doña Sancha. El cronista de Alfonso VIII dice que en consideración al nuevo parentesco con Alfonso II, le relevó del feudo y homenaje que desde 1135 tenía Aragón con Castilla (2). A otra causa obedeció la absoluta independencia de Aragón.

Deseaba «con deseo grande» el rey de Castilla,

(1) Conde, l. c.
(2) Castro, O. C., XIX-XXII.—Zurita, II, 32-33.

como se expresa en documento de 29 de noviembre de 1173, someter á los sarracenos de Huete y Cuenca, que tenían en continuo sobresalto á Toledo. Para el feliz éxito en su empresa, no descuidó Alfonso VIII ninguna diligencia: «avía echado los años antecedentes las líneas, prevenido los ricos-hombres, arzobispos y obispos de su reino y hecho llamamiento de los concejos, para ver lo que podía juntar, assí de gente, como de víveres y dinero para las pagas de los soldados; y, pareciéndole que para tan arduo empeño no bastavan sus fuerzas, pidió socorro al rey de Aragón: y le halló, no sólo ayudándole con soldados, sinó viniendo en persona á la conquista» (1).

Gastaron el año 1175 en hacer pagar al rey de Navarra el papel indigno de entenderse con los muslimes en perjuicio de aragoneses y castellanos. En este año daba el rey de Aragón, durante el mes de febrero, estando en Anglesola (Lérida), á los monjes de Poblet la villa y lugar del Puig, para cuando esta población fuese conquistada. Era la voluntad de Alfonso II que se fundara en el Puig un monasterio del orden del Cister y de la regla de San Benito para cien religiosos. Debería estar el nuevo monasterio sometido al de Poblet. Era la intención del rey que se le enterrase en el de Poblet, ó en el del Puig. Quince años más tarde manifestaba igual voluntad que Alfonso II su hijo el infante don Pedro, que seis años después heredó el trono (2).

---

(1) Castro, l. c.

(2) Chabás, *Monumentos históricos de Valencia y su Reino*, IV, 3.

Después de haber pasado Alfonso II parte del año 1176 en la Provenza y de dejar bien aseguradas sus fronteras con Navarra, reunió un buen ejército para ir en auxilio del rey de Castilla, que había de poner sitio á Cuenca (1). Juntos castellanos y aragoneses, pusieron cerco á Cuenca á fines de 1176. Es tal la situación de aquella plaza y era tan numerosa y aguerrida su guarnición, que más que á las armas hubo de recurrirse, para rendirla, al hambre. También á los sitiadores llegaron á escasear los víveres: tanto, que Alfonso de Castilla hubo de trasladarse á Burgos en busca de recursos. Mientras tanto quedó el de Aragón dirigiendo las operaciones del sitio: y de tal manera se vigilaron las entradas y salidas, para que ni entrasen víveres ni saliesen consumidores, y con tanto acierto jugaron las máquinas de combate, que los de Cuenca entraron en tratos de rendirse si, transcurrido cierto plazo, no recibían auxilio.

Ya en agosto había vuelto al campo sitiador el rey de Castilla, y agradecido al buen servicio del de Aragón y obrando con consejo de los prelados y ricos-hombres que allí había, se concertaron los dos monarcas en orden á valerse y ayudarse contra moros y cristianos, exceptuando á Fernando II, rey de León y tío del de Castilla, y respecto de que, anulados los compromisos anteriores, cada uno tuviese para sí y sus sucesores, con entera libertad, las villas y castillos

(1) Fueron con el rey de Aragón: don Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona; don Pedro, obispo de Zaragoza; Sancho Duerta, Fernando Ruiz de Azagra, señor de Daroca; Artal de Foces, Hugo de Mataplana, Ponce de Guardia, Guillén de Beranuy y otros ricos-hombres de Aragón y Cataluña.

que entonces poseían: entonces quedó Aragón exento del deudo que desde 1135 tenía con Castilla. Quedaba por resolver la cuestión del señorío de Molina, y la fiaron al fallo del conde don Manrique de Lara: la decidió adjudicándosele á sí mismo, puesto que Molina había sido antes patrimonio de sus mayores.

Cuenca, tras un sitio de nueve meses, se rindió á las armas cristianas el 21 de septiembre de 1177. Quiso Alfonso II dejar asegurados á sus vasallos moros de Murcia antes de volver á Aragón. Llegó hasta Lorca, y logró que el emir de aquella tierra le pagase el tributo de su conquista. Por el mes de octubre ya estaba en Teruel (1).

En un diploma se hace constar que en octubre de 1177 concedió Alfonso II, que estaba en Teruel, á Dodón, abad del convento de San Juan de la Peña, y á los monjes del mismo, la iglesia de San Vicente mártir de Valencia (2). Dando el rey la iglesia de San Vicente con diezmos y primicias, dice el citado abad Briz, supone que *habia actualmente fieles parroquianos de aquella iglesia*; «y hubiera podido añadir, continúa el P. Teixi-

(1) Zurita, II, 35.—Castro, l. c.—De la conquista de Cuenca hallamos otras tres fechas diferentes. Se lee: en el *Cronicón Burgense*, «Era MCCXV, fuit capta Conca;» en los *Anales Complutenses*, «Era MCCV, capta fuit Concha, et ibi Comes Nuni, III. Non. Aug.,» y en los *Anales Toledanos*, «En el mes de Octubre prisó el Rey D. Alfonso á Cuenca, Era MCCXVII. Escureció el Sol, Era MCCXV.» Esta Era es también la en que se tomó la ciudad.

(2) Placuit mihi, pro servitio quod mihi fecisti in illa hoste de Valentia, quod dono atque in perpetuum concedo Domino Deo, et jam dicto monasterio sancti Joannis de Pinna et fratribus ibidem Deo servientibus, præsentibus atque futuris, Ecclesiam S. Vincentii de Valentia, cum omnibus directis suis quæ modo habet, vel habere debet, et cum decimis et primitiis, ut sit semper libere et absolute, de jure sancti Joannis de Pinna (Briz, *Hist. de San Juan de la Peña*, *I*, 57).

don (1), que era entonces la iglesia matriz y como catedral, á cuyo prelado, que es el obispo, y á su cabildo, pertenecen los diezmos.» Todavía continuó algunos años, á lo menos hasta 1212, en posesión de dicha iglesia el monasterio de San Juan de la Peña. Por manera, que no es cierto el dicho de Aimonio, según el cual cuando á Valencia llegó Audaldo, el encargado de llevarse el cuerpo de San Vicente, se hospedó en uno de los arrabales, ya del todo abandonado de los cristianos, y cuya iglesia tenía casi arrasadas las paredes, si bien aún estaba intacto el sepulcro del Santo (2).

Por este tiempo bajaron al sepulcro algunos muslimes de nuestra región notables por su saber ó por los acontecimientos políticos ocurridos en ella de los cuales fueron protagonistas: en el año 569 (ag. 1173-74), Abu'l Ahwas Áhmed ben Abderrahmán, de Zaragoza, que vivió algún tiempo en Valencia y acabó sus días desempeñando el cadiazgo de Sevilla; en el 571 (jul. 1175-76), también en Sevilla, el valenciano Abu'l Hassán Ali ben Ibrahim ben Sad al Khair, y en 572 (jul. 1176-jun. 1177), en Málaga, Abu Abdallah Muhámad ben Galib, ar Raçifí, de la Ruzafa de Valencia (3). En el mismo año, un insigne literato granadino presentaba á la academia de su ciudad una

---

(1) *Antigüedades de Valencia*, Ms. t. II, p. 346.

(2) *El Archivo*, l. c.—En las págs. 60-62 reprodujimos un artículo del Sr. Martínez Aloy sobre el sepulcro existente en el Museo de Valencia. Son también dignos de leerse los trabajos que acerca del mismo asunto se publicaron en *El Archivo*, I, 321, 323, 404 y 409; II, 129 y 131, y *Mon. Hist.*, t, II, p. 441-452.

(3) Casiri, Poetarum, números 26, 28 y 31.

colección de preciosas poesías de alabanza, amatorias y morales, labor de Abu'l Rabi ben Abi Muhámad, también hijo de Valencia (1).

En la luna de sáfer del mismo año 572 (9 ag.-6 sept. 1176) murió en Mequinez el célebre Abu Ishac Ibrahim ben Hamusec, el suegro de Aben Sad, á quien tanto daño causara; y en el año 574 (jun. 1178-79), en Marruecos, Abderrahmán ben Táhir, el walí de Murcia, depuesto por Aben Ayadh. Escribía Aben Táhir muy buenos versos, y aún se conservan los morales que el Ziezaré leía en Valencia en sus pláticas y sermones (2).

Para cortar las diferencias que por causa del repartimiento de tierras que cada uno pretendía eran de su conquista se habían suscitado entre los reyes de Castilla y de Aragón, concertaron en 1178 verse al año siguiente en Cazorla. Llegado el año 1179, entró Alfonso II con poderoso ejército en el reino de Valencia y puso su campo sobre Murviedro. Desde allí fué atravesando hacia Andalucía, y en Cazorla, á 20 de marzo, se avistó con el rey de Castilla (3).

Convinieron en que todo el reino de Valencia

(1) Tenía por título: «Ramillete de Margaritas y Adorno del vestido elegante» (Casiri, t. I, p. 135).

(2) Conde, l. c.

(3) Colmenares (*Hist. de Segovia*, c. XVIII, § I) dice que las vistas se señalaron para el *20 de mayo*. En 15 de marzo estaba aún en Toledo el rey de Castilla con su esposa doña Leonor; y el mismo día 20 de marzo, (Era MCCXVII. 13 Kalendas Aprilis, anno tertio ex quo Serenissimus Rex Alphonsus Concham cepit) estaba en Huerta.—Acompañaban al de Aragón, don Pedro, obispo de Zaragoza, Arnaldo de Tarroja, maestre del Temple, Pedro de Castellezuelo, Blasco Roméu, Arnaldo de Pons, Artal de Alagón, alférez del rey, Sancho Duerta, mayordomo, Miguel de Santa Cruz, Berenguer de

fuese de la conquista y señorío de Aragón; lo mismo la ciudad de Játiba y Biar, con sus términos, hasta el puerto de Biar, y, además, la ciudad y reino de Denia: esto es, desde el río de la Cenia, al norte, hasta la sierra de Biar, al mediodía. Serían de la conquista de Castilla las ciudades y demás poblaciones situadas al sur de la expresada sierra, esto es, lo que formaba entonces el reino de Murcia (1).

Esta distribución era á todas luces perjudicial á Aragón, por lo que, apenas sentado Pedro II en el trono (16 mar. 1196), logró se modificara en términos más aceptables el arreglo de Cazorla. Entonces quedaron comprendidos en el reino de Valencia la ciudad de Alicante y algunos territorios que se detallan en la sentencia de 26 de febrero de 1305 pronunciada por el árbitro don Dionisio, rey de Portugal (1279-1325) (2).

Al año siguiente, 1180, por marzo, estando en Ariza el rey de Aragón, dió la villa de Alcañiz y sus términos á don Martín Ruiz de Azagra, maestre de Calatrava, para que, como lugar frontero de otros muchos de moros del reino de Valencia, hiciese guerra ó que se respetara la paz ó treguas que se

Entenza, Pedro de San Vicente, Fortún de Berga y García de Albero.—Y al de Castilla, Cerebruno, arzobispo de Toledo, Ramón, obispo de Palencia, Pedro, de Burgos, Rodrigo, de Nájera, Sancho, de Ávila, Gonzalo, de Segovia, Miguel, de Osma, los condes don Pedro, don Gómez y don Fernando, Pedro Ruiz de Azagra, Pedro de Arazuri, Diego Jiménez, Pedro García, Pedro Gutiérrez, Tello Pérez, Pedro Ruiz de Guzmán, Lope Díaz, mayordomo, Rodrigo Gutiérrez, mayordomo, Gómez García de Roa, alférez, García de Puértolas, Martín Ruiz de Azagra, Suer Pelayo y García, Muñoz (Zurita, II, 37.—Castro, XXVII).

(1) Zurita, l. c.

(2) Escolano, I, 22.

pactasen. Dueño ya de Olocáu, á tres leguas de Morella, hizo, en agosto del mismo año, merced á los caballeros de San Juan del Hospital de Jerusalén. Obedeciendo las órdenes militares á los altos fines de su institución y á los estímulos de los príncipes cristianos, hicieron los templarios varias entradas en tierra de infieles. Llegaron á apoderarse del fuerte castillo de Pulpis y su villa, próximos al mar y á corta distancia de Peñíscola (1). En enero de 1181 les dió Alfonso esta conquista. En noviembre del mismo año se ganó el castillo de Villel, último de los de Aragón colindantes con el reino de Valencia (2).

En una de estas entradas murió Yúsuf ben Abdallah, llamado también Abu Omar ben Ayadh. Nacido en Liria, hizo sus estudios en Valencia bajo la dirección de Aben Hudzeil, Abu'l Walid ben ad Dabag y otros muchos. Sábese por Aben al Abbar que fué curioso en tomar notas biográficas de sus maestros, así como en apuntar sus anécdotas y poesías. Con toda fidelidad transmitió también cuanto

(1) Diago, VI, 26.—Cavanilles marca con exactitud y minuciosos detalles la situación del castillo de Pulpis. «Entre la llanura de las Cuevas y el Mediterráneo hay quatro montes casi paralelos, que se extienden de norte á mediodía. El más oriental, cuyas raíces baña el mar, se llama Hirta, que empieza en las cercanías del sitio que ocupó Alcocéver, lugar hoy día destruído, y, elevándose á mayor altura que los otros, se prolonga hasta Peñíscola. Casi paralelo á éste corre otro llamado de Polpis y Chivert, por conservarse aún en la falda occidental los castillos que pertenecieron á dos pueblos de corto vecindario: tiene su principio en varias lomas que se desvanecen antes de llegar á Alcocéver, pero que aumentan considerablemente de volumen hácia el norte reuniéndose por aquella banda con el citado Hirta para formar el monte de San Antonio (Tomo I, pág. 42, n.º 59).»

(2) Zurita, II, 38.

había aprendido en las mejores fuentes históricas. Buen muslim, empuñó las armas y en su misma patria peleó con los cristianos. Murió cubierto de heridas en el año 575 (jun. 1179-may. 1180) (1).

Durante el mismo año murió en Egipto el Yasá el Gafiquí, nacido en Valencia, si bien su familia procedía de Jaén. Con su padre se trasladó á Almería, donde aprendió los rudimentos del saber mahometano. En Valencia tuvo por maestro al célebre Aben Jafacha, el famoso poeta de Alcira. Residió, en testimonio de Al Makkarí, algún tiempo en Málaga, y llegó hasta á desempeñar el alto cargo de cátib ó secretario de los emires de la España oriental. Emprendió el año 560 (1164-65) un viaje á Oriente, se estableció en Alejandría y pasó luégo á la corte de Saladino (1174-93), de quien recibió protección y toda suerte de obsequios, como escribe Aben al Abbar (2).

Siguiendo el orden cronológico en dar á conocer el fallecimiento de los escritores valencianos, nos vemos á cada paso en la imperiosa necesidad de suspender el relato de los sucesos políticos, testimonio elocuente del alto grado á que durante el siglo XII de nuestra era alcanzó la cultura muslímica valenciana.

El 30 de octubre de 1182 murió en Valencia Abu

(1) De sus producciones se citan:—1. Continuación de aç Çilah de Aben Pascual.—2. Clases de jurisconsultos desde Abd el Barr hasta su tiempo.—Y 3. Libro de lo suficiente acerca de las clases ú órdenes de tradiciones (Pons, biogr. n.º 195).

(2) Á ruegos de Saladino escribió un libro, cuyo título era: «El que habla claramente sobre la historia de las excelencias de la gente magrebina» (Pons, biogr. n.º 196).

Muhámad Abdallah ben Yahya el Hadrhamí, nacido en Palma, cerca de Gandía. Fué vecino de Játiba, y se distinguió como historiador, filólogo y poeta (1). También falleció en 578 (may. 1182-abr. 1183) otro hijo ilustre de Palma, distrito de Bairén. Çahib aç Çalat, que así se llamaba, murió en Valencia, pero sus restos mortales fueron trasladados al lugar de su nacimiento (2). Bajó entonces al sepulcro, como ya se dijo, Merwán, el emir de Valencia, depuesto en 6 de enero de 1146. Y en ramadhán del mismo año (dic. 1182-en. 1183) dejó de existir, en Córdoba, el célebre historiador Aben Pascual, oriundo de Sorrión, cerca de Játiba (3).

De dos hechos ruidosos, ocurridos casi al mismo tiempo, vamos á ocuparnos ahora: glorioso y afortunado el uno, y relacionado, según se dice, con los venerandos restos del invicto mártir de Valencia, San Vicente; no menos ruidoso el otro, pero de éxito nada favorable á las armas cristianas.

En el capítulo III de la primera parte escribimos, tomándolo del moro Rasis, «que cuando el primer Abderrahmán estuvo en Valencia en 760, huyeron de ella los cristianos con el cuerpo de San Vicente Mártir, y le colocaron en el *Promontorio Sacro* de Portugal, llamado en adelante, por esta razón, *Cabo de San Vicente.*» Y algo más adelante, siguiendo una llamada tradición, añadíamos que, dueño ya de Lisboa (1148)

(1) Casiri, *Poetarum*, n.° 37.—Pons, biogr. n.° 199.—Chabás, *Hist. de Denia*, I, 260.

(2) Pons, p. 407.

(3) Pons, biogr. núm. 200.—*El Archivo*, VII, 370.

Alfonso Enríquez, hizo por mar un paseo hasta el Promontorio Sacro, y, guiado por aquellos cristianos (que quedaron después de la horrorosa devastación del caudillo Abu'l Hassán en 1112), descubrió, bajo bóveda cubierta de escombros, el ansiado tesoro. En 1173 fué su traslado á la iglesia mayor de la capital del reino, y tres años después se le llevó á Braga.»

Según el cronista de Alfonso VIII, ocurrió este suceso, que tanta relación tiene con Valencia, diez años después. Estas son sus palabras:

«En este año (1183), escribe el P. Juan de Mariana fué la Translación del cuerpo de San Vicente Mártir, desde el Promontorio Sacro, á la ciudad de Lisboa, por el cuidado y devoción de el rey don Alonso de Portugal. Premióle Dios este buen zelo, con darle felizes sucesos, entrando triunfante por las tierras de la otra parte de el Tajo, que confinan con Guadiana; y consiguió grandes victorias de los moros, hasta dar vista á Sevilla, tomándoles á Ylipa, que es Niebla. Y, queriendo satisfacerse los moros, entraron en Portugal, hasta sitiar á Santarén; pero, saliéndoles al encuentro, por una parte el rey don Alfonso, y por otra su hijo don Sancho, fueron vencidos y desbaratados, y su caudillo Aben Jacob se ahogó en el río Tajo» (1).

Es admirable la concordancia que guarda esta relación con la de autor árabe á quien sigue Conde. Dice que venido el año 579 (abr. 1183-84) el emir Yúsuf Abu Jacob vino á España á su tercera jornada de santa guerra. Salió de Marruecos el sábado 25 de xawal (14 febr. 1184); de Salé, en jueves 30 de dilcada (16 marzo); de Fez, el 4 de muhárram de 580 (17

(1) Castro, *Corónica del Rey de Castilla Don Alonso Octavo*, XXXII.—Mariana (XI, 16) señala por fecha de la muerte del Emir el año 1184.

abril); de Ceuta, después del embarque de zenetas, masamudes, magaravas, zanhagas, owaras y otras tribus berberíes, y almohades, algazaces y ballesteros, el jueves 5 de sáfer (18 mayo). Entró en Sevilla después que pasó el jiuma ó viernes 23 de sáfer (5 junio), y con su hijo Cid Abu Ishac, seguidos de aquel numeroso ejército, caminaron á su gazua hacia medina Sant-Arén del Algarbe de España, frente á cuyos muros sentaron el campo el día 7 de rabié 1.° (18 junio).

Por espacio de medio mes se la cercó y combatió con diferentes máquinas é ingenios: de día y de noche se la daban continuos rebatos, de modo que se la estrechó y apuró mucho. Se le ocurrió al Emir mudar el campo al norte y poniente de la ciudad en la noche del 22 de aquel mes (3 julio). Mandó á su hijo que al hacerse de día hiciese con los muslimes españoles una cabalgada á Lisboa. Entendió Cid Abu Ishac que aquella misma noche partiese para Sevilla, y el diablo esparció en el ejército sitiador la voz de que se había mandado levantar el campo y marchar aquella noche. Taifa tras taifa fueron desfilando antes que amaneciera.

Al salir el sol el 4 de julio, el Emir, que había estado en su pabellón sin saber lo que pasaba, encontróse, frente á una plaza de guerra, sin más gente que unas pocas tropas andaluzas, la gran impedimenta de su bagaje y toda la chusma del campamento, que sólo sirve de estorbo. Desde los muros de Santarén y desde las atalayas descubrieron los cristianos aquel pequeño grupo de enemigos. Abrieron las puertas y se lanzaron con ímpetu sobre los muslimes: la guardia

fué acuchillada, se hizo trizas los paños y cortinas del pabellón del Emir, algunas doncellas de su harem fueron alanceadas, y él mismo quedó cubierto de heridas.

Acudieron tropas almohades y recobraron á grandísima costa los miserables restos y personas que quedaban de su campamento. Silenciosos y tristes, y sin darse cuenta de aquel terrible contratiempo, entraron en Sevilla. En el camino espiró desangrado el ínclito Yúsuf Abu Jacob. Dícese que murió en sábado 12 de rabié 2.ª (9 agosto 1184) cerca de Algeciras, según Matruc; ótros afirman que no murió hasta llegar á Marruecos, y, por último, «dice Yahye, que el rey Juzef murió al pasó del Tajo, levantado el campo de Sant-Arén» (1).

Si el triunfo enorme alcanzado por Alfonso I de Portugal fué, como cree Mariana, recompensa al servicio que hizo trasladando el cuerpo de San Vicente desde el Promontorio Sacro á Lisboa, grato recuerdo deben guardar del mártir valenciano los portugueses.

Y vamos á reseñar ahora el trágico suceso ocurrido en la misma frontera de nuestro reino. Armengol, conde de Urgel, cuñado de Alfonso II, por estar casado con una hermana, y que poseía gran estado, en Aragón y en Cataluña, y hasta en Castilla, pues era señor de Valladolid (2), queriendo distinguirse

(1) Conde, III, 50.

(2) De una donación, otorgada en Burgos, en noviembre de 1172, por doña María de Almenara, hija del conde Armengol de Urgel, casada con don Lope, hijo del conde del mismo nombre, resulta que los moros de Huete estaban entonces muy envalentonados. Lo cual explica el descalabro que ahora se apunta (Castro, *Corónica del Rey de Castilla don Alonso Octavo*, XVII).

en servició de la Religión, con su hermano Galcerán de Salas y con otros caballeros, esto es, con sus gentes particulares, hizo una entrada contra los moros del reino de Valencia, cautivó á muchos y recogió botín abundante. Al retirarse, cayó en una emboscada que junto á Requena le tenían preparada diversas compañías de zenetas y de los lugares circunvecinos y otra gente de guerra del reino de Valencia. Este lamentable suceso ocurrió el 11 de agosto de 1184. Allí murieron el Conde, su hermano y otros muchos expedicionarios.

Algunos cronistas afirman que su venida obedecía, más que á deseo de ejercitar las armas, al noble y santo propósito de rescatar á numerosos cristianos que en Valencia gemían en duro cautiverio y, además, á desempeñar cerca de su walí cierta comisión que le habia confiado Alfonso II. Dicen más: que el Conde y cuantos de los suyos murieron, no lo fueron á manos de moros, sinó á las de unos caballeros castellanos que por allí andaban retraídos. Tras acalorada disputa que el Conde y los suyos sostuvieron en defensa de sus reyes, apelaron á las armas, y ocurrió el trágico suceso (1).

«La pública voz y fama, escribe Mariana, fué que los moros le mataron, lo que parece más probable, y es más justo que se tenga por verdad» (2). Esto mismo sustenta otro autor: «No faltan algunos que quieren dezir le mataron castellanos; pero no tiene apariencia de verdad, porque el Conde en nada

(1) Zurita, II, 40.
(2) Mariana, l. c.

había deservido al rey de Castilla. Dejó un hijo, que el año siguiente le hallaremos mayordomo del rey don Fernando de León» (1). Treinta y cinco años después sufrieron en el mismo sitio las armas cristianas otro descalabro con circunstancias análogas á las que concurren en el presente.

Algo atrás, hicimos constar que Alfonso II donó en febrero de 1175 á los monges de Poblet la villa y lugar del Puig, para cuando fuesen conquistados; y lo mismo repetía en diciembre de 1190 su hijo el infante don Pedro, luégo Pedro II. Padre é hijo manifestaron su voluntad de ser enterrados en Poblet, siempre que no conquistasen á Valencia; que, si esto conseguían, fundarían un monasterio en *Cebolla*, ó el Puig, y en él deberían recibir sepultura (2).

Nuestros cronistas regionales atribuyen á Alfonso II una entrada en nuestro reino realizada en 1191. Según ellos, acompañado del rey de Castilla,

---

(1) Castro (*Corónica del rey de Castilla don Alonso Octavo,* XXXIII) dice que el conde Armengol había heredado su gran posición por ser biznieto del conde don Pedro Ansúrez, y que fué su muerte en 12 de agosto.

(2) El documento en que Alfonso II hace constar su voluntad acerca del lugar en que debía recibir sepultura, dice así: «In nomine Domini. Notum sit cunctis quod ego, Ildefonsus, Dei gratia rex Aragonum, comes Barchinonæ et marchio Provinciæ. Pro salute animæ meæ et in redemptione peccatorum meorum, dono et concédo me ipsum ad sepeliendum in monasterio Sanctæ Mariæ de Populeto. Hoc laudo et affirmo. Ita, tamen, quod, si Valentiam capere possem et de meo proprio facere monasterium in loco quod vocatur Cepolla, quod eidem monasterio donavi, retineo me ibi posse sepeliri, si vellem; et ratum et firmum habeatur: ita, ut de cetero nullam aliam possim eligere sepulturam, præter illam de Populeto, sive præter illam de Cepolla, ubi monasterium construendum deliberavi. Et ipsum, tamen, sit in subjeccione et ordinatione monasterio Populeti. Et hoc mando ita esse ubicumque vita decessero. Quod est actum mense februarii anno Domini M.°C.°LXX.°V.°,

se metieron por los reinos de Murcia y de Valencia, dañaron en gran manera á los moros y cargados de despojos volvieron á sus tierras (1). No han reparado en que á fines de 1190 se celebraron las bodas de Alfonso IX de León con doña Teresa, hija del rey de Portugal (2), y en que á principios del año siguiente, 1191, se realizó entre ellos y el de Aragón un tratado de alianza en daño de Alfonso VIII (3). La reconciliación entre Aragón y Castilla no se hizo hasta después de la muerte de Alfonso II, ocurrida en Perpiñán el 25 de abril de 1196. En su testamento dispuso se le diera sepultura en el monasterio de Poblet y que el convento tuviera, entre otros beneficios, el dominio sobre Vinaroz (4).

Dijimos que el arreglo de Cazorla fué poco satisfactorio á Aragón y que apenas sentado en el trono Pedro II, fué modificado en términos más aceptables (5). Para que ahora prevaleciera lo que era equi-

apud Anglerolam etc.» —En el mismo día había Alfonso II dado á Hugo, abad de Poblet, y á los frailes del mismo, la villa y lugar del Puig.—Este es el documento en que el infante don Pedro expresa su voluntad de ser enterrado en el monasterio del Puig: «In nomine Domini. Notum sit cunctis quod ego, Petrus, infans, Dei gratia filius domini Ildefonsi, regis Aragonum, pro salute animæ meæ (lo demás, como el doc. anterior, y termina:)... Quod est actum mense decembri anno Domini M.ºC.ºXC.º etc.» (Biblioteca provincial de Tarragona, Cartulario del Monasterio de Poblet, núms. 29 y 30).—A pesar de la donación del Puig á Poblet, éste no fué heredado en el Puig, si bien lo fué en Valencia, Cuart y otras partes.

(1) Diago, VI, 26.

(2) Flórez, *Reinas Católicas*, t. I.

(3) Zurita, II, 43 y 44.

(4) Lafuente, II, 11.—Tocertonlón (t. I, p. 52) pone la muerte del rey de Aragón en 5 de abril.

(5) Así lo expresa Mariana (l. c.): «En estas pláticas (de 1179), no sólo ganó el rey de Aragón (Alfonso II) loa de pacificador, sinó también de

tativo y justo, fué necesario que Alfonso VIII se hallase rodeado de circunstancias difíciles en extremo. La memorable é infausta jornada de Alarcos (miércoles, 19 de julio de 1195) (1), había amenguado por modo notable los bríos del monarca de Castilla. Sucesos posteriores é inmediatos pusiéronle en situación desesperada. Entrado el año 592 (dic. 1195-nov. 1196), el emir de los almohades repitió la correría del año anterior: tomó á Calatrava, Guadalajara y otras fortalezas próximas á Toledo, y aun esta misma ciudad, donde estaba Alfonso, estuvo sitiada por espacio de diez días. Pudo el monarca presenciar la devastación que en la vega del Tajo causaron los almohades. Triunfante, lleno de despojos y seguido de innumerables cautivos, volvió el Emir á Sevilla en sáfer de 593 (24 dic. 1196-21 en. 1197) (2). Sin tener en cuenta esas calamidades, confederáronse, después de la rota de Alarcos, los reyes de León y de Navarra é invadieron los estados del castellano. En momentos de tanta angustia para Alfonso VIII, pasó á Castilla el rey de Aragón é hizo entrar en razón

modestia, ca se contentó con lo que le señalaron para su conquista, que fué sola aquella comarca que desde Aragón llega hasta Valencia; dado que, por agraviarse el rey don Pedro, su hijo, que en esta confederación y concordia se le hizo sinrazón, alcanzó que los términos de la conquista de Aragón llegasen y se extendiesen hasta Alicante.»

(1) Castro (XLIX), sin precisar día ni mes, escribe: «Consta que aquesta guerra fué desde 18 de octubre hasta 23 de noviembre (de 1194).» Zurita (II, 46) dice que fué la batalla á 18 de julio de 1195. «Dióse la batalla junto á Alarcos (dice el P. Mariana, XI, 18), á 19 de julio, que fué miércoles, el año de 1195).» Fecha exactamente igual á la de Conde (III, 53), miércoles, 9 de xabán de 591; y á la de los *Anales Toledanos:* «Arrancada sobre el Rey Don Alfonso en Alarcos día Mercores, en XIX días de Julio, Era MCCXXXIII.»

(2) Conde, l. c.

á Alfonso IX y á Sancho VII, monarcas respectivos de León y de Navarra (1).

La confederación de 1196 se renovó en 30 de septiembre de 1200, en Ariza, adonde pasó Alfonso VIII y donde tuvo la entrevista con Pedro II. Poco antes, 1199, había el de Castilla pactado treguas de diez años con el emir Jacob ben Yúsuf. El príncipe mahometano necesitaba todas sus fuerzas para defenderse del rey don Sancho I de Portugal, y don Alfonso, para mover guerra contra el navarro. No le fué muy bien á éste. Por iniciativa de Pedro II se emprendieron negociaciones de acomodo. Insistió sobre ello su madre doña Sancha, y se logró en la entrevista que tuvieron en Alfaro los reyes de Castilla, León, Aragón y Navarra. Había tomado parte muy activa en esta red de desavenencias don Diego López de Haro, señor de Vizcaya. Primero quiso vengar los agravios que el rey de León infería á su madrastra, doña Urraca López, hermana de don Diego. Al reconciliarse los reyes de León y de Castilla, se amparó en Navarra. Cuando hubo concordia entre los cuatro reyes, tuvo que refugiarse entre los moros de Valencia, y comenzó á hacer guerra contra Aragón (2). Siguiendo ahora Aragón iguales alternativas que Castilla en virtud de la confederación que los tenía unidos, disfrutó los diez años de treguas pactadas con Al Mansur Yácub ben Yúsuf, emir de los almohades proclamado en 1184 (3).

(1) Zurita, II, 53.—Castro, XLIX.
(2) Zurita, l. c.
(3) Castro, *Corónica del Rey de Castilla don Alonso Octavo*, LI.

Utilicemos ese extraordinario descanso de las armas, para ocuparnos en el movimiento literario, no, por menos ruidoso, menos trascendental que la guerra en el progreso de la humanidad.

Aben Afiún, nacido en Játiba el año 518 (1124-25), aprendió en ella derecho y literatura, sobresaliendo en el ejercicio del primero. Ocurrió su muerte por el año 584 (1188-89) (1).

Aben Hobaix, lumbrera de la ciencia en su tiempo y *último de los tradicioneros del Magreb*, nació en Almería el año 504 (1110-11), pasó después 530 (1135-36) á Córdoba, donde permaneció tres años, y se restituyó á su patria. Estuvo en ella hasta el 17 de octubre de 1147, ó sea, hasta que Alfonso VII se apoderó de Almería. Salió para Murcia, y á los pocos días paró en Alcira. Dirigió en ella, por espacio de doce años, las preces públicas. Fué después mocrí y cadí en Murcia, y en el desempeño de tan importantes cargos, le sorprendió la muerte el 14 de sáfer de 584 (14 abril de 1188) (2).

Abdallah ben Muhámad ben Abdallah ben Sofián, llamado el Tochibí. Sus antepasados, y aún él mismo, procedían de Cuenca, pero él tuvo en Játiba su ordinaria residencia. Fué muy competente en escritos en

(1) Escribió: sobre el ejercicio de su profesión; acerca de las maravillas del mar; un libro con noticias de los varones ascetas y piadosos, y una colección de las poesías de Aben Chobair (Pons, biogr. n.º 204).

(2) Las producciones suyas de que se tiene conocimiento, son: 1. Libro de las expediciones bélicas.—2. Compilación de lachas ó sobrenombres.—Y 3. Varios escritos continuación de la *aç Çilah* de Aben Pascual (Pons, biogr. n.º 205).—Un hijo suyo, no menos ilustrado, dió testimonio de su fe religiosa muriendo en la batalla de las Navas.

prosa y en verso, desempeñó el cadiazgo de Lorca y murió en 590 (1193-94) (1).

Dejó de existir en el 592 (1195-96) Abu'l Hegiag Yúsuf ben Abdallah ben Ayub el Fahari, nacido en Denia y que vivió en Valencia (2).

Murió en el año 596 (1199-1200) Abu'l Cásim Muhámad ben Ali el Hamdainí, más conocido por Al Barrak. Sin que se sepa la causa, Muhámad ben Sad, señor de Guadix, de donde era natural este autor, le desterró á Murcia y á Valencia. Permaneció en esta ciudad hasta que murió su rey Lobo, y entonces volvió á Guadix, donde acabó sus días (3).

Al año siguiente (1200-1201) falleció Abu Muhámad Abdelmumen ben Muhámad, el Khazragí, cadi de Granada, nacido de familia nobilísima de Jérica, pequeña villa del reino de Valencia. En los anales arábigo-españoles, Jérica es conocida con el nombre de *castillo de los jerifes ó de los nobles*, por haberse establecido en ella una rama de los Beni Sad ben Obaida, noble y valeroso jefe de la tribu Khazrach. Ésta y la de Aus fueron las primeras que auxiliaron á Mahoma cuando era objeto de mofa y de persecución por los de su patria y hasta por su misma familia: por esto mismo fueron llamados *ansaries ó defensores del Profeta* los individuos de ambas tribus. Era llamado á ser el primer Califa el jeke de la tribu Khazrach contemporáneo del Profeta; pero quedó postergado á otros más atrevidos ó astutos. Sad ben Obaida ocultó su vergüenza en la

(1) Compuso una «Colectánea sobre sus maestros» (Pons, biogr. n.º 207).

(2) Casiri, *Poetarum*, n.º 45.

(3) Ibídem, n.º 46.—Pons, biog. n.º 209.

Siria. Sus descendientes se alejaron de Oriente. España se llenó de familias ansaríes. Era una de ellas la que se instaló en Jérica, y á la misma pertenecía nuestro biografiado (1).

Por el mismo tiempo floreció Abu Abdallah ben Muhámad ben Ibrahim, el Giminí (del Yemen), valenciano, más conocido por Aben as Schevasch (2); y también Abu'l Maali Maged ben Mahfuth, varón ilustre de Valencia (3).

En el año 597 (oct. 1200–1201), murió Muhámad ben Saïd, el Codaí, natural de Bairén (Gandía), en la jurisdicción de Denia (4).

Aben Ayad nació en Liria el año 544 (1149–50). Bajo la dirección de su padre (el que murió á consecuencia de las heridas que recibió en lucha con los cristianos) y aleccionado, además, por otros maestros, salió tan ilustrado, que llegó á dominar las ciencias musulmanas, aunque se dedicó, con preferencia, á las biografías y tradiciones. Murió en su país natal el año 603 (1206–1207) (5).

Célebre era entonces Muhámad ben Sad Rai Abdelhuahab Abu Báker, valenciano, de ilustre familia y famoso por su virtud y doctrina. Distinguióse en la guerra con los cristianos, á quienes venció en dos ocasiones y les arrancó en giumada de 587 (may-jun. 1191)

(1) Casiri, *Poetarum*, n.º 48.—*El Archivo*, II, 201-202.
(2) Casiri, *Poetarum*, n.º 51.
(3) Ibídem, n.º 56.
(4) Pons, pág. 407.
(5) Dejó un trabajo biográfico, en forma de diccionario, sobre los maestros de su padre, obra que Aben al Abbar utilizó para su *Tecmila* (Pons, biogr. n.º 214).

el castillo Al Fath, después de haber estado durante treinta y un años en poder de infieles. Con tal motivo escribió un poema. Cultivaron también con provecho la poesía una hermana suya y otro hermano que murió en 30 de julio de 1228 (1).

Son también escritores del siglo VI (1107-1203), Muhámad ben Abi Báker ben Ali, setabense, y el docto valenciano Abu'l Cásim Abdallah ben Muhámad ben Nakia (2).

Por este tiempo fundó Pedro II una nueva orden militar, la de San Jorge de Alfama, nombre que tomó del desierto así llamado, situado á seis leguas de Tortosa, cerca de Ampolla, entre el mar y Coll de Balaguer. De él hizo el Rey donación al primer maestre, frey don Juan de Almenara, en 24 de septiembre de 1201. Esta orden, que, como las demás militares, tanto se distinguió en las empresas contra los muslimes de nuestro reino, acabó por ser incorporada á la de Montesa, en 13 de abril de 1399 (3).

El 9 de septiembre de 1208, desde Huesca, confirmó Pedro II, á ruegos de doña Sancha, su madre, al maestre de la orden de San Juan del Hospital de Jerusalén, Fr. Jimeno de Lavata, todos los privilegios concedidos á dicha orden por sus antecesores, en consideración á las obras de caridad y misericordia, hospitalidad y fervor religioso con que florecía en la Tierra

(1) Casiri, II, 30.

(2) El primero es autor de un libro intitulado «Auxilio para la verdad», dividido en 25 capítulos, y discurre sobre el gobierno de la monarquía, las virtudes de los reyes, cualidades de sus ministros, etc.; y el segundo escribió un comentario sobre el Corán (Casiri, I, 230; II, 502).

(3) Samper, *Montesa Ilustrada*, 1.ª parte, división 2.ª

Santa y en España, y teniendo en cuenta, además, el solícito cuidado que siempre tuvo la orden en defender y propagar la fe cristiana, y en memoria del especial amor y buena voluntad con que la distinguieron sus gloriosos predecesores Ramón Berenguer IV y doña Petronila, sus abuelos, y Alfonso II, su padre (1).

Terminados los diez años de treguas pactadas con el emir de los almohades, Alfonso VIII, interesado como el que más en estar prevenido contra ellos y en vengar la rota de Alarcos, tuvo en Alfara sus vistas con los reyes de Aragón, León y Navarra. Delante de Mallén, en un campo, el día 4 de junio de 1209, se vieron Pedro II y Sancho VII, que eran los más enemistados. Concordadas sus diferencias, el de Navarra prestó, como muestra de amistad, al de Aragón, veinte mil monedas de oro, quedándole la devolución del dinero garantizada con los castillos y villas de Pina, Esco, Pitilla y Gallur. Fueron entregados á D. Jimeno de la Rada, quien los tendría en depósito hasta 25 de diciembre próximo, con condición de que si entonces no se había devuelto la cantidad, pasarían á poder del rey de Navarra hasta que se reintegrase de la suma prestada. Llama justamente la atención que, habiendo nacido el año antes (2 de febrero de 1208) Jaime I, ninguna mención hiciese de él su padre, cuando designaba por herederos de aquellos pueblos y castillos al conde de la Provenza y al infante don Fernando (2).

Á fines de marzo de 1210 ya estaba Pedro II en

(1) *Hist. de Cullera*, c. IX.
(2) Zurita, II, 59.

Monzón, punto prefijado para reunirse las huestes que habian de seguirle en la guerra con los moros de Valencia (1). Con fuerte campo invadió la parte de la actual provincia de Valencia comprendida entre las de Cuenca y Teruel, y ganó, por fuerza de armas, tres fortalezas importantes, Ademuz, Castielfabib y Sertella. Distinguióse, por su valor, en el sitio de Castielfabib, el señor de Quinto, don Atorella. Aquel dia hizo, á presencia del Rey y del obispo de Zaragoza, y en manos del maestre del Temple, voto de entrar en esta orden.

Mientras dichas fortalezas se rendian, otro cuerpo de ejército hacia por la frontera con gran furia la guerra, causando gran terror y espanto en los muslimes. Parece que en una de las algaras se aproximaron á Valencia y que el Rey estuvo en peligro de caer en manos de los infieles. En un combate que se dió á la ciudad, fué herido el caballo de don Pedro y quedó el cabalgador desmontado. Sucedió esto frente al paraje cuya defensa se habia encomendado á don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, llamado *el Bueno*. Y no desmintió tan honroso calificativo en esta ocasión: olvidando los agravios que todos los principes cristianos de España le habian inferido y pensando sólo en el gran peligro que corria el de Aragón, dió á don Pedro otro caballo, y con él se puso en salvo. Su noble

(1) Acompañaron al rey en esta campaña: don Ramón de Castellezuelo, obispo de Zaragoza; don García, de Huesca, don García, de Tarazona, don Jimeno Cornel, don García Roméu, don Artal de Alagón, don Blasco Roméu, Pedro Sesé, don Atho de Foces, don Guillén de Cervelló, don Guillén de Peralta, Arnaldo Palavicini, Arnaldo y Adán de Alascón, don Atorella, don Sancho de Antillón, don Guillén y don Guillén Ramón de Moncada, senescal éste de Cataluña.

acción despertó gran enojo en los moros de Valencia, mas él se excusó diciendo «que no quisiese Dios que él fuese causa, por aquella guisa, que el nieto del Emperador (1) fuese preso.» Recelando de los moros y para sincerarse de aquel acto, pasó á Marruecos y ante el emir Muhámad ben Jacub, apellidado Anásir, que ocupaba el trono desde la muerte de su padre, en 22 de enero de 1199, dió razón de sí y defendió por derecho y por las leyes su inocencia. Acabado el pleito y aplacado el enojo de sus enemigos, quedó rehabilitado á los ojos de Alfonso VIII, y se restituyó á Castilla (2).

El día 6 de septiembre de aquel año, 1210, ya estaba Pedro II de vuelta en Teruel, como lo declara la donación que de Burriana hizo en aquella fecha y lugar á los sanjuanistas, con prohibición de que á ninguna otra orden le fuera permitido alzar iglesia ú oratorio en aquella villa. Desde Villafeliz dió el día 19 la ciudad de Tortosa, con todos sus derechos, esto es, sin rete-

(1) Lo era de Alfonso VII por su madre doña Sancha.

(2) Con respecto á la fecha de este suceso escribe Zurita: «Por no declararse los tiempos, no se puede seguramente afirmar si esto fué antes que el rey de Navarra, viendo que no era poderoso á resistir á los reyes de León y Castilla, embió sus embajadores al Miramomelín de África y se passó con algunos ricos-hombres de su reyno (II, 53).»—Sancho VII, ó sea el llamado *rey de Bayona* por los autores árabes, estuvo en Sevilla hasta poco antes que de ella saliera hacia Salvatierra el emir an Násir, en 1.º de sáfer de 608 (15 jul. 1211) (Conde, III, 54 y 55).—Mariana (XI, 22) dice de don Diego López de Haro, que «volvió dende (de África) á Castilla el año, como yo pienso de 1209.»—Pero esto tiene en contra que ni el rey de Aragón tomó parte activa en la guerra con los moros, ni podía tomarla, por llamar atención los asuntos de la condesa Aurembiaix y de la Provenza.—Lo cierto que don Diego mandaba la vanguardia cristiana en la batalla de las Na (Mariana, XI, 24).

nerse más que el supremo dominio, al maestre del Temple, don Pedro de Montagudo, y á sus caballeros; por lo mucho que se habían distinguido en la anterior campaña, y en consideración á lo que Nuestro Señor era servido de aquella orden, al esfuerzo con que cooperaba á la reconquista y al valor con que defendía las posesiones cuya defensa le era encomendada (1). El día 22 otorgaba, desde Perpiñán, señaladas franquicias á los nuevos pobladores de Ademuz. En 5 de noviembre hizo donación de la Ruzafa de Valencia y de una torre situada junto á dicha alquería, á la milicia de San Juan del Hospital de Jerusalén. La donación de Ruzafa y de Burriana fué condicionada, ó sea, para cuando fuesen rescatadas del poder de infieles. En enero de 1211, Pedro II aún estaba en Mompeller (2).

En aquellos días tenían en movimiento á los muslimes de nuestro reino las armas de Alfonso VIII. Mientras se reunían las gentes que habían de formar la gran expedición, con deseo de poner espanto se corrió á la ribera del Júcar y ganó á los moros algunas plazas. Con el infante don Fernando, su hijo, y seguido sólo de las milicias de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés, penetró atrevidamente por la as Sarchia de Játiba, ú oriente de esta importante ciudad, y llegó

(1) Estaban en Villafeliz con el Rey: don García, obispo de Tarazona; don García Roméu, don Jimeno Cornel, don Miguel de Luesia, Jimeno de Eibar, naldo de Alascón, don Ladrón Aznar Pardo, mayordomo; Atho de Foces, aldo de Gúdar, Pedro de Creixell, Pedro de Falces y otros muchos caballeros.

(2) Zurita, II, 60.—Escolano, III, 3.—Diago, VI, 28 y 38.—Tourtoulón, I, 3.

hasta la playa del Mediterráneo por mayo de aquel año, 1211 (1).

En dicho mes ya estaba en Cuenca, que cae no muy distante de las tierras adonde se había hecho aquella correría, y allí se vió con el rey de Aragón, á quien comunicó sus grandes preparativos en orden á la guerra. ¡Hermoso espectáculo el de los príncipes cristianos en vísperas del glorioso triunfo de las Navas! (2).

En Marruecos estaba an Násir el año 605 (julio 1208-1209) cuando supo que el maldito Alfonso había vuelto á levantar cabeza, corría las tierras de los muslimes, talaba sus campos, estragaba sus frutos, quemaba los pueblos, ocupaba las fortalezas y cautivaba y mataba las gentes. Hizo el Emir llamamiento para la guerra santa y congregó un ejército innumerable como de langostas esparcidas en bandas que cubrían montes, campos, llanos y profundos valles. Salió de Marruecos el 19 de xabán de 607 (5 febr. 1211), desembarcó en Tarifa el 25 de dilcada (11 mayo) y el 17 de dilhagia (1.º junio) llegó á Sevilla. Salió de ella para Salvatierra, el 1.º de sáfer de 608 (15 julio). Se detuvo combatiendo esta fortaleza más de ocho meses. En la memorable jornada de las Navas (14 de sáfer de 609-16 julio 1212) (3), que todavía celebra la Iglesia con el título

---

(1) *Anales Toledanos:* «El Rey D. Alfonso, è su fillo el Infant D. Ferrando con las gientes de Madrit, è de Guadafajara, è de Huepte, è de Cuenca, è de Velès, è fueron Alaxarch, è à Xativa, è allegaron á la mar en el mes de M è tornaronse ende... Era MCCIL.»

(2) Zurita, II, 61.—Mariana, XI, 23.—Diago, VI, 29.

(3) Conde apunta que la batalla fué en *lunes, 15 de sáfer,* día de mes q corresponde á nuestro *17 de julio.* Mariana escribe que fué en *lunes, á 16*

de *El triunfo de la Santa Cruz*, acabó sus días un hijo ilustre de Játiba, Áhmed ben Harún el Nafcí. Nació en dicha ciudad el año 542 (1147-48). Tuvo varios maestros, entre ellos, á su propio padre, Aben Hobaix. Cumplió el precepto de la peregrinación á la Meca, y recogió, de paso, las enseñanzas de los más famosos sabios de Oriente. Fué literato de señalada competencia, de feliz memoria para las tradiciones y uno de los más notables jurisconsultos. Tenían los setabenses en tal estima su saber, que sostenían podía, como tradicionero, competir con el famoso Abu Omar ben Abd el Barr. El más elocuente testimonio de su fervor religioso es el haber perecido en la para los muslimes triste jornada del Ocab. Ni muerto ni vivo se le pudo encontrar (1).

Un año antes murió el poeta Abu'l Hassán Ali ben Áhmed ben Abi Cobat, el Azadí, de Denia (2).

Contemporáneo fué Muhámad ben Abderrahmán el Tochibí, nacido por los años 540 (1145-46) en Alicante *la pequeña*. Su padre residió en Orihuela. Comenzó el hijo sus estudios en Murcia y luégo pasó á Oriente. En Alejandría se detuvo mucho tiempo. Fué tan buen muslim como culto y laborioso. Por los años 574 (1178-79), visitó varias poblaciones de África,

---

julio. Y esta es la verdadera fecha: el año 609 comenzó en *domingo y á 3 de junio;* fueron, pues, *lunes* en julio, los días 2, 9, 16, 23 y 30; comenzó sáfer en *3 de julio y en martes:* luégo si la batalla fué en lunes, no pudo ser *el 15* de fer, sinó *el 14*.

(1) Escribió: el *Libro de Recreo*, reseña de los jekes del país, y el *Arraydn la respiración y quietud del espíritu*, sobre los jekes del Andalos. De sus .ras se aprovechó Aben al Abbar (Pons, biogr. n.º 218).

(2) Casiri, *Poetarum*, n.º 66.

Ceuta, entre ellas, y, por fin, fijó su residencia en Tremecén, donde murió el año 610 (1213-14) (1).

También murió durante el mismo año el poeta valenciano, oriundo de Zaragoza, Abu Abdallah Muhámad ben Muhámad ben Solimán, el Ansarí, llamado Abi al Baca (2).

En el transcurso de poco tiempo bajaron al sepulcro los protagonistas de la batalla de las Navas. «Se dice que de los reyes que asistieron á la batalla de Alacab y entraron en Úbeda, no quedó uno de ellos en aquel año, que todos murieron de mala muerte» (3). Con efecto: hecha excepción de Sancho VII, todos murieron en poco más de un año. Pedro II, con motivo llamado el Católico, ya que, aparte otros testimonios de su religiosidad, tales como confirmar en 1212 la donación que de la iglesia de San Vicente mártir, en Valencia, hizo en octubre de 1177 Alfonso el Casto al monasterio de San Juan de la Peña (4), en 2 de mayo de 1213 daba á la orden del Hospital el castillo de Culla, próximo á Villahermosa (Castellón), cuando fuese conquistado de los moros (5); murió el día 13

(1) Dejó escritas más de 130 obras de historia, siendo celebrado su *Mocham*, ó diccionario biográfico de sus maestros. Se sirvió también de ese libro para su *Tecmila* el valenciano Aben al Abbar cuando éste estuvo en Túnez el año 640 (1243-44). Escribió, además, dos *Bærnamech*, mayor y menor. Se citan, también, como suyos:—1. Elogio de la pobreza, amor de Dios y excelencia de la oración.—2. Excelencias de los meses régeb, xawán y ramadhán.—3. Panegírico de al Hassán y al Hosain, nietos de Mahoma.—Y 4. Libro de la excitación al gihed ó guerra santa (Pons, biogr. n.º 220).

(2) Casiri, *Poetarum*, n.º 70.

(3) Conde, III, 55.

(4) *El Archivo*, V, 16.—Chabás, *Mon. hist. de Valencia y su Reino*, I. (

(5) Diago, VI, 22.—Balbás (*El Archivo*, V, 81) dice que esta donación hizo al Temple el día 22.

de septiembre, no como hereje, sinó en defensa de los intereses políticos de vasallos suyos, aunque, por desgracia, albigenses (1). También falleció poco después, el 11 de jabán de 610 (26 de diciembre de 1213) el emir de los almohades an Násir, á causa de una bebida que se le dió (2). El día 6 de octubre de 1214 dejó de existir Alfonso VIII (3). Todos tres dejaron por sucesores á niños de corta edad: Pedro II, á Jaime I, que sólo tenía cinco años; an Násir, á Yúsuf al Mostánsir Billah, que contaba once, y Alfonso VIII, á Enrique I, de la misma edad que el príncipe almohade. Ello fué causa de alteración y revueltas en toda España.

Dícese que luégo que fué proclamado en Marruecos el joven Yúsuf al Mostánsir Billah, más conocido por Abu Jacub, vino á España por walí de Valencia su tío Cid Abu Muhámad Abdallah ben Almanzor; que éste tenía como suyas las ciudades de Játiba, Denia, Murcia y sus dependencias, y que en su nombre llevaba el peso de los negocios su naib el jeke Zaid ben Bargán, uno de los principales caudillos almohades (4). También Mariana escribe: «El rey Mahómad, por sobrenombre el Verde, después que perdió aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, acordó, para rehacerse de fuerzas, pasar en África. Entre los moros, más que entre otras gentes, ningún respeto se guardan de

———

1) Tourtoulón, I, 2, dice equivocadamente que fué el día 12.—Zu-, II, 63.

2) Conde, III, 55.

3) Mariana, XII, 3.

4) Conde, III, 56.

lealtad y parentesco. Zeit Abenzeit, su hermano, tomó ocasión de aquella ausencia, para apoderarse de la ciudad de Valencia y de Monviedro, con toda aquella comarca.» Y añade: «Lo mismo hizo un su primo, por nombre Mahómad Zeit, en las ciudades de Córdoba y de Baeza, que se alzó con ellas con color que era nieto de Abdelmón de parte de un hijo suyo llamado Abdalla, y por esta causa le pertenecian los reinos de África y España, que fueron de su abuelo» (1). Ya veremos que el walí de Baeza era, con efecto, no primo, sinó hermano del de Valencia, y los dos acabaron por declararse vasallos de Fernando el Santo.

No disputaremos que las ciudades de Játiba y Denia pasaran de los Beni Sad, dueños aún de ellas cuando la expedición de Alfonso II en 1172, á poder de los almohades, porque á ellos las arrancó Aben Hud en las postrimerías del gobierno de Çeid. Lo que no es cierto es que Cid Abu Muhámad Abdallah ben Almanzor, si así se quiere que se llamara el padre de Çeid, pasase por primera vez al waliato de Valencia ya entrado el año 1214. Además de que el joven emir respetó en sus cargos á los catibes, wizires y walíes que le dejó su padre an Násir (2), está puesto fuera de duda, por documento de 11 de diciembre de 1268, que el último gobernador almohade de Valencia, Çeid, tuvo por antecesor á su padre, *Cid Abu Abdallah, ben Cid Abu Hafs, ben Abdelmumen*, cuyo gobierno abarcó

(1) Mariana, l. c.
(2) Conde, l. c.

parte del reinado de Alfonso II, muerto en abril de 1196, todo el de Pedro II y aún parte del de Jaime I, ya que con los tres celebró tratados de paz (1). En la entrada que Alfonso II hizo en 1172 en el reino de Valencia, el walí de esta ciudad se le declaró su vasallo. Otro tanto resultó en 1177, á raíz de la rendición de Cuenca: en ambas ocasiones, ó en la última, al menos, pudo ser el convenio con el padre de Çeid. Pudo celebrarle con Pedro II, solidario de Alfonso VIII, al pactar las treguas de diez años que terminaron en 1209. Y para que le concertase con Jaime I, preciso es que aún estuviese al frente del gobierno de Valencia á fines de 1213. Cuando menos, pues, le estuvo desempeñando Cid Abu Abdallah ben Çid Abu Hafs ben Abdelmumen, desde 1177 hasta 1213 (2).

Pudo el padre de Çeid, y debió concurrir á la batalla de las Navas, como dicen, equivocadamente,

(1) Dice el documento en cuestión: «Per nos et nostros laudamus, concedimus et confirmamus tibi..., Mahometi Abderramint, xariqui nostro de Richa, et aliis fratribus... Mahometi, et vobis, Muça et Açmal, fratribus dicti Mahometi et filiis quondam de Abzeit Abderramint, patris ipsius Mahometi, omnes franquitates sive libertates et omnia privilegia quas et quæ fuerunt concessa ab illustrissimo domino Ildefonso, rege Aragonum, bonæ memoriæ, *avo nostro*, et ab inclito domino Petro, rege Aragonum, felicis recordationis, *patre nostro, et a nobis*, Mahometo prædicto et vobis, fratribus suis supradictis, ac etiam *patri et avo vestris*, ut ipsis privilegiis continetur. Unde nos, recipientes vos, sarracenos prædictos, ut nostros proprios et speciales xaricos, cum hereditatibus ac aliis bonis vestris, tam movilibus quam immovilibus, habitis et habendis, ut præfati antecessores vestri erant, mandamus... Dat. Calathajubo, III ydus decembris anno Domini MCCLXVIII» (*El Archivo*, V, 303).

(2) Aben al Abbar, nacido en Valencia el año 595 (1198-99), desempeñó el cadiazgo de la misma durante los gobiernos de Çeid y de su padre, Sid Abu Abdallah ben Sid Abu Hafs. Por muy joven que fuese el historiador, no contaría menos de veinte años al desempeñar cargo tan importante. De ser así, el gobierno del padre llegó, cuando menos, al año 1220.

del hijo algunos historiadores y cronistas (1). Muy propio era que en aquella guerra santa tomase parte Cid Abu Abdallah, cuando un simple musulmán, el ilustre setabense Áhmed ben Harún el Nafcí sacrificó su vida, como todos los voluntarios, que fueron exterminados.

Para evidenciar que el real ó supuesto Cid Abu Muhámad Abdallah ben Almanzor que vino de walí á Valencia á la muerte de an Násir, es de rama distinta que nuestro Çeid, el investigador que ha esclarecido este punto, ha dicho: «Mohámad Abdala, hermano de Almamún, era hijo de Jacub, nieto de Abu Yúsuf y biznieto del emir Abdelmumen. Nuestro Çeid era hijo de Abu Abdala, nieto de Abu Hafs y biznieto del emir Abdelmumen, como el otro, pero por otra rama» (2).

(1) «El rey moro (an Násir), escribe Mariana, por amonestación de Zeit, su hermano, se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza (XI, 24).» — «Hallóse Zeyte Abuzeyte, dice nuestro Escolano, según algunos, en la dicha batalla de las Navas, al lado del Miramamolín; y, como vió rotas ciertas cadenas, por los aragoneses, con que estaba atrincherado su real, juzgando que por allí había de ser vencido, como lo fué, hizo esfuerzo con el Miramamolín, que salvase su persona, y, para ello, le dió su caballo (III, 3).» En Conde, es un alárabe el salvador del Emir; si hubieran sido Çeid, ó su padre, bien se hubiese expresado:» Anásir se estaba sentado sobre su adarga enmedio de su pabellón diciendo «sólo Dios es veraz, y Satán es pérfido»; y cuando ya casi llegaban á él los cristianos y los que le defendían perecían peleando, tantos que, de los diez mil de su guardia, muy pocos quedaban, vino á él un alárabe con una yegua y le dijo: «¿Hasta cuándo te estarás sentado, ¡oh Amir! Ya está decidido el juicio de Dios, y cumplida su voluntad. Los muslimes acaban de ser vencidos.» Entonces Anásir se levantó y fué á cabalgar de presto en su caballo que allí tenía; y el alárabe le dijo: «monta en esta castiza, que no sabe dejar mal al que la cabalga, y quizá Dios te librará, que en vida consiste la seguridad de todos.» Y montó en ella Anásir y el alárabe su caballo, y huyeron envueltos en el tropel de la gente que huía, miserab reliquias de sus vencidas guardias (III, 55).»

(2) *El Archivo*, V, 144-145.

El mismo autor, cuyas investigaciones han puesto en claro lo que tan obscuro se presentaba en cuanto á los walíes de Valencia durante el período almohade, da un paso más para marcar con más aproximación la época de separación entre el gobierno de Çeid y el de su padre. Ya se ha visto que con posterioridad al año 1213 aún le tenía el último. Çeid murió entre los años 1263 y 1268, y puede calcularse su nacimiento á principios del siglo XIII, ó á últimos del anterior. Por tanto, debió comenzar su gobierno por cerca del año 1220. Ya á principios de 1223 se hace de él mención expresa. Incluiremos en el presente capítulo el relato del hecho siguiente, si bien con la incertidumbre de si fué Çeid ó su padre quien se hallaba entonces al frente del gobierno de Valencia.

Expondremos antes la pintura que de la administración almohade en España hacen los propios autores árabes. Siguiéndolos Conde, escribe:

«Cid Abu Abdallah mandaba en España como absoluto soberano, daba gobiernos, alcaidías y tenencias como quería y como sus wizires y consejeros le inspiraban, sin atender á la virtud y mérito de los que llevaban los empleos, sinó á las dádivas que le ofrecían.

»De aquí resultaron injusticias y vejaciones en los pueblos y general descontento en el común de las gentes. Los ricos y poderosos torcían á su sabor la balanza de la justicia, y con sus tesoros alcanzaban cuanto deseaban, y hasta la impunidad de sus delitos. No permanecía un alcaide ó cadi en su empleo, sinó mientras no se presentaba un pretendiente que pagase más la tenencia ó judicatura. Así no había en los pueblos defensores de justicia y mantenedores de la equidad, sinó mercenarios codiciosos y mercaderes avaros de la fortuna, gente toda violenta venal.....

»Los parientes de al Mostánsir se repartieron todas las provincias de África y de España, no con intención de gobernarlas y mantenerlas en justicia durante su menor edad, sinó para disfrutarlas y destruirlas con extrañas vejaciones que inventaba la codicia desmedida de los wazires y walíes; porque todos se cebaban en el general desorden y no trataban sinó de aprovechar la ocasión de enriquecerse y mantener con dádivas y presentes el inicuo mando que les confiaban.

»En tanto que su mal gobierno empobrecía las provincias, los cristianos corrían y talaban los campos, quemaban los pueblos, mataban y cautivaban á los infelices moradores de Andalucía, ocupaban las fortalezas y quedaban sin defensa las fronteras de los muslimes» (1).

Enmedio de las prosperidades de los cristianos, sufrieron éstos algunos quebrantos en el mediodía y levante durante el año 616 (mar. 1219-20). Pasando por alto la derrota que experimentaron junto á Cáceres, por no ser propio de este trabajo, copiaremos textualmente lo que relativo á nuestra región escribieron los árabes: «La misma suerte (que en Cáceres) tuvieron (los cristianos) en sus entradas en lo de Valencia; que después de haber talado los campos de Almanza y Requina, entraban cargados de despojos en tierra de Valencia; salieron contra ellos los fronteros y les dieron batalla en Canabat (2), y los rompieron y los destrozaron quitándoles toda la presa y cautivos, y haciendo en ellos cruel matanza» (3). De

(1) Conde, III, 56; IV, 1.

(2) De Canabat hay mención en dos ocasiones en las Adiciones de la *Crónica del inclito Emperador Don Alfonso VII*, de Sandoval (cap. 47 y 5[illegible] Sabido es que dicho autor no hace en tales indicaciones mas que copiar l[illegible] Anales Toledanos.

(3) Conde, III, 56.

este suceso, del que no hace mención en su historia el arzobispo don Rodrigo, silencio que también guarda el P. Mariana, da Zurita curiosos pormenores.

El arzobispo en cuestión predicó la santa cruzada contra los infieles, y reunió un ejército que no bajaba de 200.000 combatientes, entre caballeros é infantes. Por la parte de Aragón penetraron en tierra de moros el dia de San Mateo Evangelista (21 sept. de 1219) y se apoderaron de tres castillos: Sierra, Serrezuela y Mira. El día de San Miguel (29 septiembre) se puso sitio á Requena. Por espacio de seis semanas fueron combatidos sus muros con las máquinas llamadas almajaneques, algarradas y delibra. Aunque las torres y acitaras fueron desmanteladas, no pudieron entrar en la ciudad, y con pérdida de más de 2.000 soldados alzaron el sitio el dia de San Martín (11 noviembre) (1).

---

(1) Zurita, II, 73.—Este autor no ha hecho sinó transcribir la terminación de los primeros Anales Toledanos, sacados de una Copia que está en la *Biblioteca del Monasterio de San Martín* de Madrid. En ellos se lee: «El Arzobispo D. Rodrigo de Toledo fizo cruzada, e ayuntó entre peones e Cavalleros mas de ducentas vezes mil, e entró à tierra de Moros de part de Aragon dia de . Matheus Evangelista, e prisó tres Castiellos, Sierra, e Serrezuela, e Mira. ›spues cercó à Requena dia de S. Miguèl, e lidiaronla con almajanequis, e ›n algarradas, e con delibra, e derrivaron torres, e azitaras, e non la pudie›n prender, e murieron y mas de dos mil Christianos, e tornaronse el dia de . Martin. Era MCCLVII.»

CAPÍTULO XV

ALMOHADES

(Conclusión).

(1220-1232)

ÇEID ABU ÇEID.—Título y nombre del último walí almohade de Valencia: su ascendencia: sus dotes, carácter y cultura.—Médicos y naturalistas arábigo-valencianos.—Continúan los castellanos sus entradas en tierra de Valencia.—Çeid y Fernando III en Moya: declárase vasallo del rey de Castilla el príncipe almohade: general disgusto que en Aragón causa ese acto.—Guerra civil entre los muslimes de España á la muerte del emir Al Mostánsir: Al Adel Billah es proclamado en Murcia á despecho de Çeid.—Jaime I sitia por mar y tierra á Peñíscola.—Abandona Çeid su vasallaje á Castilla y se hace tributario de Aragón.—Guerra civil en Aragón por la entereza de Jaime I en que se cumplan las treguas pactadas con Çeid.—D. Blasco de Alagón en Valencia.—Conversión de Çeid al Cristianismo.—Proclamación de Al Motawaquil en Murcia: es reconocido en Játiba y Denia.—Levantamiento de Zaén. Çeid en Calatayud.—Correría de Zaén hasta Tortosa.—Recobra á Denia.—Término de la dominación almohade.—Movimiento literario.—Juicio sobre el valor y alcance de la cultura árabe en Valencia.



RECISAR con exactitud la fecha en que comenzó en Valencia el gobierno del llamado Çeid Abu Çeid, será imposible, á menos que nuevos descubrimientos vengan á descorrer el velo que oculta ese punto de nuestra historia. Lo que no admite duda es que su mando existía ya á la muerte del emir Al Mostánsir, ocurrida en Marruecos el 13 de dilhagia del año de la Egira 620 (8 diciembre de 1223). Acerca de esta verdad deponen de común acuerdo los historiadores árabes y cristianos.

Parécenos oportuno dar á conocer ahora su verdadero nombre, la significación del título con que vulgarmente se le conoce, su real prosapia y lo poco que acerca de sus prendas personales se ha consignado.

El título *Çeid Abu Çeid*, ó, lo que es igual, *Cid be*

Cid, ó, también, *Zeyte Abuzeyte*, no significa más que *Señor hijo del Señor*. *Cid* es el título del emir almohade y de sus descendientes; y, por ser esto último nuestro biografiado, también le lleva. Tiene el aditamento ***Abu Cid*, ó *hijo del Señor***, por referirse, en último término, á Abdelmumen, el inmediato sucesor del Mahdi, fundador de la secta almohade.

El verdadero nombre del referido príncipe, según se verá en documento que en lugar oportuno daremos á conocer, fué el de ABDERRAHMÁN. Llamóse su padre, de cuyo gobierno ya se trató en el capítulo anterior, *Cid Abu Abdallah*. Fué su abuelo, *Cid Abu Hafs*, y su bisabuelo, el califa y Amir al Muminín Abdelmumen (1).

Algunos mayores detalles nos es dado proporcionar acerca de Cid Abu Hafs, el abuelo de nuestro *Çeid*. Nació en jueves, el 3 de régeb de 533 (6 marzo de 1139). Aixa, su madre, era hija de Abu Amram, faquí y cadí de Tinmal. Era hermano mellizo de Abu Jacub, quien, á la muerte de su padre, Abdelmumen, fué jurado califa el miércoles, 11 de giumada 2.ª de 558 (17 mayo de 1163). El año 565 (sept. 1169-70) vino Cid Abu Hafs á España con 20.000 caballos almohades á correr las fronteras de cristianos, y sostuvo con éstos reñidas escaramuzas. Al año siguiente (septiembre 1170-71) mandó edificar Alcántara Tensifa, cuyas obras comenzaron el domingo 3 de sáfer (16 octubre). .n Marruecos murió de peste el año 571 (julio de 175-76) (2).

(1) *El Archivo*, IV, 298; V, 144.

(2) Conde, III, 46-49.

Dícese de Çeid, que «era hombre muy bien criado y comedido, humano y justo; alto de cuerpo, de aspecto real, ojos muy hermosos, rostro venerable y lleno de majestad; tenía el cabello largo, traía un bonete de seda en la cabeza y andaba siempre vestido de grana y acompañado de muchos cristianos y de sus hijos» (1). Tampoco falta quien le atribuya relevantes dotes de literato y naturalista (2).

Á pesar de que el autor del libro inédito *Ensayo bio-bibliográfico sobre los médicos y naturalistas arábigo-españoles* menciona unos veinte autores de esta clase propios del reino de Valencia, nada dice de Çeid considerado como naturalista; y no es extraño, porque si bien el título de dicho libro parece anunciar que ha de abarcar á los cultivadores de las tres ramas de la Historia Natural, del examen de la obra resulta que sólo trata de la Botánica en lo que tiene de aplicación á la Medicina, esto es, para la adquisición de drogas y confección de electuarios.

No obstante que el malogrado Pons nada diga de nuestro Çeid como naturalista, expondremos ahora, antes de emitir juicio sobre el valor de la cultura árabe en nuestro país, la lista de autores que sobresalieron aquí en el campo de la Medicina y de la rama de la Historia Natural más relacionada con aquella ciencia. De seguro que el número y calidad de ellos dejará poco satisfechos á nuestros lectores, decepción que también nosotros hemos padecido, acostumbr-

(1) Escolano, l. c.

(2) Jerónimo Paulo dice, en confirmación de esto, que escribió una *his ria de los animales*, obra que figuraba entre las del famoso Avicena (Escolan.

dos como estamos á oir ponderar la envidiable altura á que llegaron en España los árabes admiradores de Hipócrates y Galeno. Y este título bien les cuadra á nuestros médicos arábigos, porque en los libros griegos bebieron sus primeros conocimientos.

En primer término aparece Aben aç Caffar, que, después de haber estudiado en Toledo las Matemáticas y la Astronomía, habiendo sido su maestro Moslema de Madrid, se trasladó á Córdoba, y en ella permaneció hasta que la guerra civil acabó con el Califato. Se amparó entonces en la corte de Mugéhid. Tuvo en Denia muchos discípulos, y se le atribuyen un tratado del astrolabio y un compendio de las tablas astronómicas con arreglo al sistema del Sendhand. Hay dudas acerca de la parte que Aben aç Aaffar tuvo en el cultivo de la Medicina. Otro autor figura en el siglo XI: el médico ilustre Aben ads Dsahabi, que, además, estudió las ciencias filosóficas, y, con especialidad, la Alquimia. Murió en Valencia en giumada 2.ª de 456 (may.-jun. 1064) (1).

En el siglo XII tóca en el apogeo la ciencia que venimos estudiando, por lo que dice relación á los muslimes valencianos. Abdallah ben Yúsuf bèn Chauxan nació en Denia, pero residió la mayor parte de su vida en Játiba. En ésta, como también en Zaragoza y Córdoba, hizo sus estudios, llegando á adquirir grandes conocimientos, no sólo en Medicina, sinó también en T-adiciones, Lexicografía, Lengua Árabe, Poesía y en

Poñs, O. C., n.os 41 y 53.—El último autor dejó escrita una diser- ' t 'in cuyo título era «El agua no nutre, ó no es alimento».

la ciencia del Kalam. Murió antes de los cuarenta años de su edad, en el de 514 (abr. 1120-mar. 1121). De Muhámad ben Sad ben Zacaría, que aún vivía en el año 516 (mar. 1122–23), cuenta Aben al Abbar que era habitante de Denia y fué entendido en Medicina (1). Es fenómeno muy frecuente en los escritores árabes abarcar conocimientos de materias diversas, aun de aquellas en cuyo fondo ninguna analogía se descubre. Eso mismo se nota en Omeya ben Abdeláziz, de quien ya hemos hablado estudiándole como historiador (2). Tuvo su cuna en un lugar de la jurisdicción de Denia, en el año 460 (nov. 1067-oct. 1068). De tal modo entendió la Medicina, que llegó á abarcar cuantos conocimientos se tenían de ella en su tiempo. Fuéronle de igual modo familiares la Filosofía, las Matemáticas, la Astronomía, la Música y la Poesía. De los demás detalles de su interesante existencia ya se trató en el lugar indicado. De tránsito para España murió en Mahadia el 10 de muhárram de 529 (31 otc. 1134) (3). Al año siguiente, 530 (oct. 1135-sept. 1136), bajó también al sepulcro, un hijo de Picasent, muy experto, según Aben al Abbar, en Derecho Canónico, Matemáticas y Medicina. También se distinguió en esta ciencia Aben

(1) De su nombre, escribió un libro titulado «Saadia».

(2) Vide pág. 531. Se nota gran diferencia en la fecha de su muerte en las obras impresa é inédita.

(3) Se citan como obras suyas:—1. *Risalah*, ó epístola Egipcia.—2. El libro de los medicamentos simples.—3. El libro de la victoria de Honain ben Ishak, contra Aben Redwan, sobre el estudio de éste acerca de las cuestiones de Honain.—4. Jardín de la Literatura.—5. Sal del tiempo, sobre los p[illegible]as de España.—6. *Diwan*, ó colección de sus poesías.—7. *Risalah* acerca [illegible] la Música.—8. Un tratado de Geometría.—9. *Risalah* sobre el uso del astrol[illegible]. —Y 10. Otro tratado sobre Lógica.

al Chanan, uno de los grandes literatos, oradores y poetas de su tiempo. Era natural de Játiba, y murió en el año 539 (jul. 1144-jun. 1145). A mediados del siglo XII murió Aben Comparath, originario de Valencia, por más que vivió en Córdoba. Como prueba de su competencia en Medicina, baste citar el hecho de haber sido uno de los maestros del célebre Averroes. Aben al Abbar habla en la *Tecmila* y en el *Mochem* de un hijo célebre de Burriana: Abul Rebia. Después que hizo á la Meca la peregrinación legal, se estableció en Valencia, de donde luégo pasó á Córdoba. En el un punto y en el otro ejercitó la profesión médica. Después fijó su residencia en Elche, jurisdicción de Murcia, y hasta que murió, á los 70 años de su edad, en el de 550 (mar. 1155-febr. 1156), se consagró á la predicación en su mezquita. Del aprecio en que Aben Sad, ó el rey Lobo, tuvo á los médicos, es testimonio Aben al Barrak, natural de Guadix, á quien se le trajo á Valencia. Permaneció en ella hasta la muerte de su protector, en 567 (sept. 1171-ag. 1172), fecha en la cual volvió el sabio á su ciudad natal. Pocos años después, en el de 574 ó 575 (jun. 1178-may. 1180), bajó al sepulcro Aben al Hilad, también médico de la escuela valenciana (1).

Fué también médico de gran renombre el valenciano Abdeláziz ben Muhámad ben Abdeláziz ben Saadún, contemporáneo de Aben Chobair. Parece que murió en el año 605 (jul. 1208-1209). Médico de la gloriosa escuela valenciana fué Alí ben Muza ben

(1) Pons, O. C., biografías n.os 69, 70, 73, 74, 77, 106, 80, 92 y 85.

Muhámad ben Xaluth. Peregrinó á la Meca y estudió en algunas poblaciones del tránsito. También residió algún tiempo en Tremecén, y ganaba la vida ejerciendo la Medicina. Aben al Abbar le cita entre sus maestros. Murió cerca del año 610 (may. 1213-14). Fué otro de los maestros del famoso biógrafo, y amigo suyo, además, Muhámad ben Béquer el Fihri, natural de Valencia, médico y matemático distinguido y háfiz de tradiciones é historias. Aben al Abbar, en las breves líneas que en la *Tecmila* le dedica, se complace en llamarle su maestro y su amigo, y dice también que con él cotejó la obra de Abu Muhámad ben Masud titulada *Libro de las lámparas ó antorchas*, y que de sus labios escuchó narraciones históricas y poesías. Murió en 618 (febr. 1221-22). Al año siguiente, 619 (febr. 1222-23), falleció un famoso médico de Murviedro, de quien hablan, Aben al Abbar, en la *Tecmila*, y Aben Abi Ossaibia. Llamóse Abu'l Hachach Yúsuf. Después de haberse consagrado por algún tiempo á las tareas literarias, se dedicó con tanto entusiasmo al estudio de la Medicina, que logró ponerse á la cabeza de cuantos con él compartían el ejercicio de la profesión. En los servicios que prestó á reyes y magnates, percibió crecidos estipendios. No podía Alcira, tan célebre por otros conceptos durante la dominación sarracena, dejar de estar representada entre los que cultivaron tan importante ramo del saber. Aben Thomlús, ó Abu'l Hachach, nacido en la isla del Júcar, llegó á ser «un de los sabios y el último de los médicos del Levan de España.» De un comentario suyo, conservado

la biblioteca del Escorial, resulta que fué entusiasta peripatético; pero su devoción á las doctrinas de Aristóteles no le impidió atesorar conocimientos gramaticales nada comunes, así como también se distinguió por su piedad y afable carácter. Oyó las doctas explicaciones de Averroes y de otros sabios de su tiempo. Murió en el año 620 (febr. 1223-en. 1224). Fué también médico notable el dianense Abu Ishak Ibrahim, oriundo de Bugía. Se trasladó á Marruecos, y allí murió durante el reinado de Mostánçir ben an Náçir (1213-1223), habiendo tenido á su cuidado el hospital de aquella ciudad. Debió ser esto antes del 16 de julio de 1212, pues un hijo suyo, Abu Abdallah Muhámad, después de suceder al padre en el desempeño del referido cargo, murió en la batalla de las Navas. Fué sucesor del fervoroso musulmán, un hermano menor. Durante el período de la reconquista emprendida por don Jaime, floreció Abdallah ben Áhmed ben Abdallah, también hijo de Denia, el cual residió algún tiempo en Játiba. Hechos algunos estudios en su país, marchó al Oriente. Al paso por Alejandría, Damasco y Mosul, oyó de los sabios de sus celebradas escuelas excelente doctrina. No por la predilección que sintió por la Medicina, dejó de cultivar otras ciencias. Esto y sus recomendables dotes de carácter captáronle las simpatías de altos personajes. El mismo Aben al Abbar le llama su amigo, y iaestro, de quien hace este gran elogio: «Yo oí de él iucho, y él de mí poco.» En Túnez fueron compa:ros. Emprendió un segundo viaje á Oriente, y antes e que le acabara, le sorprendió la muerte, en el

Cairo, año 645 (may. 1247-abr. 1248). Había nacido en 590 (1193-94) (1).

Ya entrado el siglo VIII de la Hegira, cuyo principio coincide con el comienzo del XIV de nuestra era, aún aparece en la corte de Granada el famoso médico Abu'l Açbag ben Sada, natural de Valencia; y, con posterioridad á él, otro compatricio suyo, de quien no se sabe más sinó que contrajo amistad con el príncipe del Korasán, el cual, queriendo aprovechar los vastos conocimientos del sabio valenciano en el arte de curar, le retuvo en su corte (2).

Á la muerte de Al Mostánsir, la guerra civil dejó sentir sus horrores, lo mismo en África que en España. Estimulado Fernando III por su madre, doña Berenguela, aprovechó la discordia que entre los muslimes ardía, para acrecentar los dominios de Castilla.

Las milicias de Cuenca, Huete, Uclés, Moya, Alarcón y algunas otras de la comarca, conocedoras de la voluntad del Rey, entraron con poderoso ejército en tierra de Valencia, talaron campos, saquearon poblados, robaron la tierra y volvieron cargadas de botín á sus casas. Bien se ve que el fracaso del sitio puesto á Requena por el célebre arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez de la Rada, empresa de la cual no sacó otro provecho que el haber talado diferentes pueblos de la Mancha y reino de Murcia, en nada entibiaron el entusiasmo castellano por aumentar sus estados á expensas de los mahometanos. Es más: el buen éxito

(1) Pons, O. C., biogr. núms. 118, 119, 121, 122, 123, 138 y 128.
(2) Pons, O. C., biogr. núms. 167 y 184.

en la empresa del presente año (1224), alentó á Fernando el Santo á empuñar las armas contra el wali de Valencia, para lo cual reunió un crecido ejército en el que iban el arzobispo don Rodrigo y los maestres de las órdenes religiosas (1).

Pasado el invierno, resolvió Fernando III proseguir la campaña por el reino de Valencia. A la sola fama de la empresa, fueron innumerables los que acudieron á alistarse bajo sus banderas, con especialidad, de Moya, Huete, Alarcón, Cuenca y sus merindades, confinantes con Valencia. Por plaza de armas se eligió á Cuenca.

Çeid no olvidaba el daño que un año antes causaron los castellanos en su tierra. Poníale en gran cuidado la entrada que en ella hacía por entonces el joven monarca de Aragón. Tenía que defenderse de los secretos manejos de sus contrarios los Beni Sad. Había de arrostrar, á la vez, las iras de su pariente Al Adel, emir de Marruecos, cuya soberanía se negaba á reconocer. Falto de fuerzas para contrarrestar á tantos enemigos, acudió, por la vía pacífica, á desarmar á aquellos que más de cerca le amenazaban. Viendo el aparato de guerra que por la parte de Castilla asomaba, envió embajadores á Fernando III pidiéndole licencia para verse con él en Cuenca. Oyólo con agrado el Rey, condescendió con la súplica y le señaló día para la entrevista. Llegado el plazo, Fernando, acompañado de muchos caballeros y ricos hombres de su corte, salió á recibirle.

(1) Mariana, XII, 11.—Núñez de Castro, *Vida del Santo Rey Don Fernando*, cap. IV.

Fué el encuentro en Moya, adonde se había adelantado el príncipe almohade, y en mayo de 1125. En señal de amor y cariño á Çeid, Fernando le abrazó é hízole sentar junto á él en el solio. Tanta afabilidad en tanto poder, llenó de admiración al musulmán, que, rendido no menos que de las armas del agasajo, ofreció al cristiano vasallaje perpétuo y crecidas parías. Fernando le prometió, en cambio, su protección contra todos sus enemigos. Çeid besó la mano al Rey y á su madre, doña Berenguela, y dió alegre la vuelta á su reino (1).

Como el reino de Valencia pertenecía, con arreglo á anteriores pactos, á la conquista de Aragón, los de esta tierra, dolidos de la mencionada entrevista y de la tala que los castellanos habían hecho el año anterior, enviaron, á nombre de su rey don Jaime, embajadores en són de queja á Castilla; y, sin aguardar contestación, dióse orden para que diferentes compañías entrasen por la parte de Soria. No se pasó del amago, porque al de Aragón le distrajeron las discordias intestinas en que anduvo envuelto desde el fracasado sitio puesto á Peñíscola, hasta que se lanzó á la gloriosa conquista de las Baleares (2).

---

(1) De este importante suceso se habla en la *Crónica general*, fol. 405, y, además, en dos documentos, latino el uno y castellano el otro. En el *Bullarium ordinis Sancti Jacobi* (anno MCCXXV, script. I) hay una carta que termina así: «Facta carta apud Toletum XXVI die maii, Era MCCLX tertia, anno mei octavo, *eo,* videlicet, *quo Zeyt Abuzeyt, rex Valentiæ, accedens ad me apud Moyam, devenit vasallus meus, et osculatus est manus meas.* Et ego, prædictus rex Ferdinandus,.....» Y en documento de donación de 23 de mayo de 1125, se lee: «Esto fué el anno que el rey don Ferrando entró en tierra de moros, é ganó por vasallos al rey de Valencia é su hermano el rey de Baeza» (Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, ap. II, doc. justif., XIV).

(2) Mariana, XII, 11.

Poco después, el walí de Baeza, llamado Abu Muhámad, biznieto de Abdelmumen, siguió el ejemplo de su hermano Abu Çeid; viendo que tampoco podía oponerse á las armas de Fernando, en Guadalimar se ofreció á pagarle tributo y ayudarle en sus conquistas (1).

Dijimos que absorbía la atención de Çeid la guerra con su pariente Al Adel, emir de Marruecos, cuyo imperio se negaba á reconocer. Estragado con los placeres había muerto el 13 de dilhagia de 620 (8 dic. 1223), á los veintiún años de su edad, el emir Al Mostánsir, Yúsuf ben Muhámad. Como no dejó sucesión, se apoderó del trono su tío Abd el Wahid ben Yúsuf ben Abdelmumen. Fué proclamado, á la vez, en Murcia, el sabio y virtuoso Abdallah ben Yácub, al Adel Billah, el cual logró que sus parciales depusieran en Marruecos dos meses después, febrero de 1224, al emir Abdel Wahid. Sin embargo, la oposición de Çeid y de su hermano el Baecí á Al Adel, traían perturbados los dominios muslimes de España y favorecieron las empresas de Fernando III (2).

Las armas aragonesas dejaban también sentir sus efectos en el norte del reino de Valencia. Jaime I de Aragón, que sólo contaba de edad diecisiete años, había impetrado y obtenido del papa Honorio III el

---

(1) Núñez de Castro, *Vida del Santo Rey Don Fernando*, IV.—Este autor coloca en el año 1224 la sumisión de Çeid y de su hermano *el Baecí*; pues dice que acabaron ya entrado el otoño anterior á 1125. En ello va de acuerdo con Conde (III, 56), según el cual dichas empresas comenzaron ya entrado el año 621 y después del día 13 de sáfer (8 marzo de 1124).

(2) Conde, l. c.

privilegio de la Cruzada, y partió de Zaragoza, donde estaba el 14 de marzo de 1225, para Tortosa, punto en que se hallaba el 26 de abril, de paso á Horta, lugar del Temple, y todo esto después de establecida paz y tregua con sus reinos al objeto de hacer guerra á los infieles.

El día 30 de junio estaba en Lérida, y el 3 de septiembre, después de causar grandes daños en los lugares fronterizos, se hallaba frente á Peñíscola, á la cual tenía sitiada por mar y por tierra. Con el Rey estaban los próceres y prelados más distinguidos de sus dominios (1).

En consideración al daño que con aquella entrada habían padecido los pueblos de la comarca de Tortosa y á los gastos que para la guerra había hecho su obispo, don Jaime le concedió que su diócesis llegase hasta Almenara, á una legua de Murviedro y cinco de Valencia (2). Desde Barcelona expidió veinticinco años después, el 2 de noviembre de 1241, un privilegio de dotación á la catedral de Valencia, señalando á esta diócesis por límite septentrional la línea divisoria entre los términos de Almenara y Murviedro, y por el mediodía, á Biar, ó hasta donde llegase la conquista de Aragón (3). Ya antes había hecho donación á dicho

(1) De un documento expedido por don Jaime en 1.º de octubre de 1225, consta que con él estaban: los obispos de Zaragoza, Lérida y Barcelona, Guillén de Moncada, vizconde de Bearné, Ramón de Moncada, Ramón de Cervera, Guillén de Cervelló, Pedro Ahones, Atho de Foces, Atho Arella y Pedro Pérez, justicia de Aragón (Zurita, II, 80).

(2) Diago, VII, 3.

(3) Arch. de la Catedral de Valencia. Aguirre, *Collectio máxima conciliorum omnium Hispaniæ*, t. III, p. 497-498.

obispo, de los castillos Mirabet y Zufera, en la comarca de Cabanes, además de Fadrell y del territorio que se extiende hasta el rio de Burriana (1).

En cuanto al resultado del sitio puesto á Peñíscola, hay dos versiones distintas: mientras los autores á quienes sigue Conde afirman que «en la parte oriental de Andalucía, y en la de Valencia, había perdido el hermano del walí de Baeza, Mohamad, la fortaleza de Beniscola, y, temeroso de los reveses de fortuna, se había concertado con el rey Giacum de los cristianos» (2), nuestros cronistas sostienen que por entonces quedó Peñíscola en poder de mahometanos. Es de notar que don Jaime nada dice de esta empresa en su cronica, y hasta insinúa mas adelante que, no obstante su vehemente deseo de ver moros de guerra, no lo habia logrado. Lo cierto es que el 12 de noviembre ya estaba de vuelta en Daroca (3).

Deseaba don Jaime reanudar la campaña contra el reino de Valencia, y, al efecto, convocó para Teruel y dentro de tres semanas á los ricos-hombres de Aragón. Llegó el dia señalado de antemano, y solo acudieron don Blasco de Alagón, don Artal de Luna y don Atho de Foces. Durante aquellas tres semanas se agotaron los recursos que para la expedición proyectada suministró don Pascual Muñoz, uno de los ricos-hombres más principales y mejores de Teruel, y privado que había sido de Pedro II. Por fortuna para don Jaime, Çeid, al notar sus preparativos bélicos,

(1) Diago, l. c.
(2) Conde, III.
(3) *El Archivo*, VII, 240.

hizo con él lo que poco antes había hecho con Fernando III. Solicitó treguas, y le fueron otorgadas con la condición de que pagaría el quinto de las rentas de Valencia y Murcia. Esclavo de su palabra el Rey, castigó, como debía, en don Pedro Ahones, hermano del obispo de Zaragoza, no obstante haber ambos acudido al sitio de Peñíscola, el empeño en quebrantar la paz ajustada.

Acompañado de cincuenta ó sesenta caballeros iba el altivo aragonés, cuando acertó á encontrar á don Jaime en una aldea próxima á Calamocha. Sospechando el Rey cuál fuese el propósito de don Pedro, preguntóle que á dónde se encaminaba, y le fué contestado que á hacer con su hermano el obispo una entrada en Valencia. Rogóle don Jaime que desistiese de aquel pensamiento y que retrocediera con él para hablar de tal asunto. Contestó don Pedro que le era imposible suspender la marcha.—«Don Pedro, insistió el monarca: por ir con Nos una legua, no perderéis mucho tiempo; y hemos de advertiros que, al hablaros, querríamos fuese en presencia de ricos hombres de Aragón.» Cedió, por fin, el magnate, y juntos fueron á Burbáguena, lugar de los templarios puesto en término de Teruel.

Entrados en una casa donde estaban don Blasco y don Artal de Alagón, don Atho de Foces, don Asaldo de Gúdar, don Peregrín de Bolas y don Ladrón, dirigiéndose el Rey al de Ahones, le habló en esta forma: «Don Pedro, os hemos esperado en Teruel más de tres semanas á contar desde el plazo que habíamos señalado, pues ya sabéis que con vos y con los ricos

hombres de Aragón teníamos pensado hacer una buena cabalgada y la llamamos así «buena cabalgada», porque aún no hemos visto moros de guerra, que ¡ojalá los hubiésemos visto y aquí estuvieran! (1). Y, como vos faltasteis, aconsejónos todo el mundo que, con tan pocos caballeros como teníamos en Teruel, no entrásemos en tierra de infieles, donde, si Dios no nos ayudaba, podríamos hallar muy fácilmente nuestra vergüenza, si no nuestra muerte. Sobre tal asunto, nos hizo hablar Çeid Abuçeid diciendo que nos daría los quintos de Valencia y de Murcia, para que tuviéramos tregua con él, á lo que no hemos tenido dificultad en acceder. De consiguiente, Nos os pedimos y os mandamos, don Pedro Ahones, que sostengáis también esta tregua y que de ningún modo la rompáis.»

Replicó don Pedro que le costaban mucho los preparativos para aquella expedición, proyectada de acuerdo con su hermano el obispo, y que mirara bien el rey que no era justo viniese á perder lo que tanto le costaba. «Don Pedro Ahones, insistió el monarca: razón no tenéis en hablar así, pues la tregua que hicimos fué sólo por culpa vuestra, por no haber comparecido el día señalado; y eso nos hace extrañar digáis ahora que no dejaríais de emprender vuestra marcha, á pesar de nuestro mandato. Tened cuenta con lo que hacéis, don Pedro; pues, según veo, os desentendéis de nuestro señorío, cosa que no esperábamos. Y Nos quere-

(1) Es de notar que don Jaime nada diga del sitio puesto á Peñíscola y que ahora, no obstante haber visto «moros de guerra» en tal sitio, diga que no había tenido tal fortuna. No es éste el único hecho que en su Historia pasa en silencio, como son también frecuentes en ella los anacronismos.

mos saber ahora si necesitáis, para desistir de tal marcha, de nuestros ruegos ó de nuestros mandatos.»

Tenaz don Pedro, repuso que no desatendía ruegos ni mandatos, pero que no podía prescindir de hacer entrada en tierra de moros, con lo cual creía prestar buen servicio á su rey. «Mal servicio será, repuso don Jaime, si nos rompéis la tregua que hemos concedido. Sepamos, pues, ahora, de una vez, si queréis ó no obedecernos en esto.» Respondió con resolución el de Ahones, que no.—«¿No? dijo el Rey: pues, ya que romper nos queréis cosa tan estimable con es ésta, desde ahora os decimos, don Pedro, que os deis á prisión.»

No bien el Rey, joven de diecisiete años, acabó de pronunciar estas palabras, acometióle don Pedro, espada en mano, y luégo con la daga; pero la serenidad y fuerzas nada comunes de don Jaime impidieron que el soberbio magnate realizara su infame villanía. Sujetóle con las manos el Rey y le estorbó que hiciera uso de las armas. Y, á todo esto, presenciaban impasibles aquella escandalosa escena los ricos-hombres que en la casa estaban!! Es más: ni siquiera se opusieron á que los de la mesnada de don Pedro le desasieran de los brazos del monarca y con aquél se alejaron del sitio.

Vistióse el Rey el perpunte, tomó sus armas, montó el corcel de un caballero de Alagón y marchó en persecución de don Pedro. Ya se había adelantado, para esto mismo, á don Jaime, don Atho de Foces. Esperó á éste don Pedro, y sus compañeros hirieron á don Atho, sin que fuesen parte á impedirlo los que seguían al súbdito leal. Al tiempo que don Jaime se pasó á contemplar las heridas del de Foces, llegaron don

Blasco y don Artal de Alagon. Aprovechó estos momentos don Pedro, á quien acompañaban veinte caballeros, para ver de ganar el castillo de Cutanda, propiedad de su hermano el obispo. Seguíanle de cerca don Blasco y don Artal de Alagon, por lo que abandonó el caballo, ya cansado, y tomó el de don Jimeno Lopez. Pudo llegar á un cerro, desde el cual su comitiva procuró impedir, lanzando piedras, la subida de los que acompañaban al Rey.

Don Jaime descubrió una senda por donde se podía sin peligro ganar la cumbre, y se lanzó por ella seguido de don Asalido y don Domingo Lopez de Pomar. Continuaban defendiéndose don Pedro y los suyos; mas no pudieron evitar que el rey y su comitiva, á los gritos de ¡Aragón! ¡Aragón!, lanzados por el mismo don Jaime, ganasen la altura. Viose don Pedro abandonado de los suyos, y Sancho Martinez de Luna le sepultó el hierro de la lanza en el pecho. Abrazóse al cuello del caballo y cayó al suelo. Bajo del suyo el Rey, y tendiéndole los brazos le dijo: «En mal punto vinisteis á parar, don Pedro Ahones: valia más que hubieseis creido lo que Nos os aconsejábamos.» En aquellos críticos momentos llegó don Blasco de Alagon y dijo: «Ah, Señor, dejad á ese león para nosotros, que nos vengaremos de cuanto nos ha hecho.» Pero el Rey, tan generoso con el vencido como terrible con el soberbio, exclamó, dirigiéndose á don Blasco: «Dios os confunda por las palabras que habláis; y os digo ahora que antes que á don Pedro Ahones hiráis, tendréis que herirnos á Nos, y por Nos habréis de pasar si tal intentáis: os lo prohibo, pues, absolutamente.» Se colocó con el

mayor cuidado sobre una caballería al herido; mas todo cuidado fué inútil, porque murió antes de que se llegase á Burbáguena (1).

Todo Aragón, si se exceptúa Calatayud, se alzó en armas contra el Rey. Esta guerra, que terminó, por medio de un arbitraje, con la sumisión de la altiva nobleza, tuvo ocupado á don Jaime hasta el 1.º de abril de 1227 (2). Todavía figura junto al monarca, don Blasco de Alagón. Según este personaje, estuvo desterrado por el Rey más de dos años en Valencia (3). A raíz de la pacificación general del reino debió ser el destierro, puesto que en 20 de abril de 1229 ya aparece confirmando el convenio entre don Jaime y Çeid, celebrado en Calatayúd.

Al ser desterrados de Aragón don Blasco y don Artal de Aragón, se ampararon, con otros caballeros sus parciales, en la corte de Çeid, el walí almohade de Valencia (4). Prestáronle tan buen servicio, que sólo

(1) *Hist. del rey de Aragón don Jaime I el Conquistador*, XXIV, XXV, XXVI y XXVII.

(2) Tcurtoulón, *don Jaime I el Conquistador, rey de Aragón*, I, 6.

(3) *Hist. del Rey de Aragón don Jaime I el Conquistador*, CVII.

(4) *Hist. de don Jaime I de Aragón*, XXIV-XXXIII.—En este tiempo fijan nuestros cronistas el martirio de los Santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato. San Francisco de Asís envió al reino de Aragón á cuatro de sus discípulos. Dos se detuvieron en Lérida, y los otros, Fr. Juan, sacerdote, y Fr. Pedro, lego, que dieron muestras de santidad, pasaron á Teruel. Hízoles trasladarse á Valencia su ardiente celo por ganar almas á la luz del Evangelio. Con licencia de Çeid entraron en la ciudad, y fueron á hospedarse entre los muzárabes, cuya iglesia era la del Santo Sepulcro (a). Trabaron amistad con algunos caballeros cristianos, entre los cuales se contaban don Blasco y don Artal de Alagón. Éstos, por estar enemistados con don Jaime, vivían allí reti-

(a) La iglesia muzárabe fué, no la del Santo Sepulcro ó de San Bartolomé, como se ha venido diciendo, sinó la de San Vicente de la Roqueta, extramuros.

se sostuvo en el mando mientras le defendieron con sus espadas dichos caudillos. Por este tiempo se fija el martirio de los santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato. Se cuenta de ellos, que anunciaron á Çeid su conversión al Cristianismo. Poco después ocurrió, según se dice, el milagro de Caravaca, y á él se atribuye el cambio de creencias religiosas del príncipe almohade. Se asegura también que mantuvo por algún tiempo oculta su profesión cristiana. Lo cierto es que

---

rados (a). Al amparo de estos cristianos comenzaron á predicar el Evangelio á los infieles. Los faquíes se quejaron de tanta libertad á Çeid, que vivía en un palacio situado donde más tarde se alzó el convento de San Francisco (b). Çeid llamó á los dos religiosos, y, como ni ruegos ni amenazas los hiciesen callar, les mandó cortar la cabeza el mismo día de la degollación de San Juan Bautista (29 ag. 1226). Desde el lugar del suplicio anunciaron á Çeid, que moriría cristiano (c). Pasó después Çeid á visitar el reino de Murcia y llegó á Caravaca, asentada sobre unos montes ásperos. Tiene un castillo fuerte, y debajo muchas cuevas abiertas en peña viva, las cuales servían de mazmorras á cautivos cristianos. Vió algunos Çeid, y, movido á compasión, mandó que los sacaran de aquella prisión y que pudiera cada uno dedicarse al oficio en que antes se ejercitara. Había un sacerdote, y Çeid le preguntó cuál era su ocupación, y él contestó que la suya era superior en alteza á la de los mismos reyes. Revistióse el sacerdote los ornamentos sagrados, permaneció largo rato sin comenzar el sacrificio de la misa, y preguntándole Abderrahmán por qué no daba principio á su ocupación, repuso que por faltarle una cruz. Se abrió de improviso una piedra, aparecieron dos ángeles y depo-

(a) Es cierto que don Blasco y don Artal de Alagón, con sus deudos y amigos, se ampararon en la corte de Abderrahmán el año 1226, y permanecieron dos años en ella, ó sea, hasta que les llegó el perdón de don Jaime (*El Archivo*, V, 364).

(b) En la donación hecha á la orden de San Francisco, en 11 enero de 1239, no se hace mención de ningún palacio: «Noverint universi quod nos Jacobus, etc., per nos, etc., ob remedium animæ nostræ, etc., damus perpetuo, etc., vobis, fratribus ordinis Minorum in Valentia commorantibus et universis aliis permansuris, octuaginta quinque brachiatas terræ in longitudinem contiguas viæ publicæ quæ vadit ad Roçafam ex una partè et totidem ex altera, et quiuquaginta quinque in latitudinem ex omni parte in loco illo qui est ante portam de Boatella, prope cimiterium; quem locum habeatis ad opus edificandæ domus vestræ, teneatis, etc. Dat. Val. III idus jan. Era 1277.» Si no se nombra el palacio de Çeid es por que estaba en otra parte (*El Archivo*, IV, 216-217).—Padecieron el martirio en la llamada en 1383 Plaza de la Higuera, que trocó el nombre por el de Santa Tecla, y hoy se llamó de la Reina (*El Archivo*, V, 366).

(c) Al recibir Çeid las aguas del Bautismo se llamó Vicente.

en documento cuya fecha es de 22 de abril de 1236, se llama á sí mismo, VICENTE, *Rey de Valencia, nieto del Emir al Mumenín* (1).

El mayor desorden reinaba en tanto entre los almohades. Descontentos del gobierno del emir Al Adel, porque, no teniendo fuerzas para contener el avance de los cristianos auxiliados de Abu Muhámad, el Baezí, el hermano de Çeid, se había concertado con Fernando III; le trataron de mal muslim y le ahogaron (2). Proclamaron en 624 (dic. 1226–27) al Cid al Memón, hermano de Al Adel. Conocedor de los males del Estado, trató de poner correctivo á los mismos que le habían proclamado. Se le rebelaron y le depusieron; mas él los venció, contuvo á los castellanos en sus entradas, y el 22 de xawal (5 octubre 1227) se trasladó al África, y sometió y castigó

sitaron el signo de nuestra redención sobre el ara. Esto fué el 3 de mayo de 1227. Hasta aquí el cronista Escolano (a).

(1) *El Archivo*, V, 160-162.

(2) Indignados los moros de Córdoba por el comportamiento del Baezí, se levantaron contra él, le persiguieron hasta Almodóvar del Río y le asesinaron. Presentaron, para disculpa suya, la cabeza de Muhámad á Al Memón y le dijeron: «Este, Señor, era el que hospedaba y acogía á los cristianos y nos obligaba á recibirlos y darles provisiones.»

(a) En el archivo del santuario de Caravaca halló el académico don Quintín Bas Martinez la siguiente relación, que tiene visos de original y auténtica: «Como en el tiempo del Rey Cid Abuceite, siendo ala sazón poderoso Rey, en Caravaca: tenia captiuo un Clérigo de Missa, yun dia acaecia quistión entre el Rey y el Clérigo: de la ley de los cristianos y de la secta de los moros, esobre todo le preguntó el Rey, que le dixese qué cosa era Clérigo, ó por qué dezia Missa, y el Clérigo respondió al Rey éle dixo: Señor, debes saber que todo Clérigo, que es ordenado de Missa, después que es bestido con aquellas vestiduras Sagradas, y dize aquellas Sanctas palabras, que Jesucristo dixo por su boca el juebes de la cena: que deaquella Ostia, que alza, que haze Carne: y del Vino que está en el Cáliz, pura Sangre; y así haze el Clérigo el Cuerpo de Dios puro ebetdadero: y el Rey dixo, que no lo creía, mas que lo quería ber: y el Clérigo di(jo, Señor si tú) hazes traer todos los Ornamentos que son menester, p(ara dezir Mi)ssa, yo haré que lo beas: y luego el Rey mandó al Clérigo, que lo pusiese todo por memoria y Recepta, y el Clérigo hizolo assí, salvo la Cruz que se le olvido: y entonzes el Rey, embió su mensagero, y traido todos los Ornamentos, saluo la Cruz: y luego que el mensa-

duramente á los que traian revuelta aquella provincia (1).

No bien habia Al Memón puesto los pies en África, se levantó en España un poderoso partido contra los almohades. Abu Abdallah Muhámad ben Yúsuf ben Hud, al Motawaquil, árabe de linaje, y descendiente de los antiguos emires de Zaragoza, muy esforzado y virtuoso, aprovechando la oportunidad que se le ofrecia de recobrar los antiguos derechos de su familia, logró, con su elocuencia y liberalidad, reunir en torno suyo muchos y valerosos caballeros dispuestos á morir en su defensa.

Se hizo su proclamación y jura solemne en Murcia en fin de récheb de 625 (5 jul. 1228) (2). Puesto al frente del partido nacional, anunció que aspiraba á restituir la libertad á los pueblos oprimidos con injustas vejaciones, y que en la imposición de tributos y gabelas se atemperaría á la equidad y justicia. Predica-

---

gero vino, otro dia en la mañana, el Clérigo selebantó, Rezó sus Oras, y púsose con el Rey, en esta torre, que al presente en ella la Santa Reliquia, y el Clérigo se rebistió, y dicha la Confesión debotamente, se llegó áel Artar, para adorar la Cruz: y no halló ninguna, y en aquella ora, se entristeció el Clérigo, y se bolbió ácia el Rey, é le dijo: Seño(r) una de las megores cosas, que son menester para decir Missa, falta, y dijo el Rey, qué cosa es, y dijo el Clérigo, Señor, la Cruz, y es de esta manera: y señósela con sus ded(os: ento)nzes el Rey miró ácia el Altar: é bido la Sancta Vera Cruz (é dijo esesta?) que (está en el) Artar? y entonzes el Clérigo miró áci(a el Altar y tomó la Cruz que mi)lagrosamente le habiasido e(nviada é adoró la Cruz con grande)boción, y comenzó ade(cir Missa; é cuando alzó la hostia, el)Rey paró mientres, y vid(o en las manos del Clérigo una criatura)mui blanca, y hermosa: y(el Clérigo acabó su Missa, y el Rey vió) que era Sancta cosa la le(y de los cristianos; é aforró al Clérigo) y tornóse cristiano, el Re(y é sus vasallos, aquel'os que quisieron, é dió) toda su tierra á los Crist(ianos, é al Rey dieron la torre de Abuceite, que es cer)ca de Cuenca, en que se m(antuviese, é alli yace el su cuerpo enterrado; y es)ta es la primera istoria de(la Sancta Vera Cruz)» (*El Archivo*, II, 142).

(1) Conde, III, 56 y 57.—Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, VII.

(2) En *Los Mudejares etc.*, l. c., se lee que fué la proclamación en 4 de agosto. Esta fecha, equivalente al 1.º de ramadhán, la da también Conde, IV, 1.

ban, al mismo tiempo, los faquíes que las mezquitas habían sido profanadas, y las purificaban con lustraciones y públicas ceremonias. Plebeyos y nobles, y hasta el mismo emir Aben Hud, vistieron de luto. Es que la inmensa mayoría de los muslimes españoles, procedentes, como repetidas veces se ha dicho, de los *muladíes* ó cristianos renegados, aveníase mal con el exaltado fanatismo de los almohades; y, á imitación de lo que sucedió cuando la disolución del Califato y al declinar la estrella de los almoravides, se procuró, con especialidad en Valencia y Murcia, constituir estados autónomos cuyas leyes estuviesen en harmonía con el Islamismo híbrido que ellos profesaban.

Intentó Al Memón sitiarle en Murcia, pero, hallándose sin fuerzas para acallar el entusiasmo que por todas partes despertaba la causa de Aben Hud, pasó al África. No bien había salido de Sevilla, esta misma ciudad envió su reconocimiento al descendiente de los emires de Zaragoza. No contento con el dominio de Murcia, penetró en Játiba y Denia y avanzó en tierras de Granada. Volvió Al Memón, y entre almohades y muslimes españoles hubo el 6 de ramadhán de 626 (31 jul. 1229), una sangrienta batalla en Tarifa. Allí murió un poeta notable, valenciano de nacimiento, Ibrahim ben Edrís ben Abi Ishac ben Giame, walí que fué de Ceuta el año 621 (1224). Era pariente de Al Memón y hermano de Abu'l Hassán, gobernador de Andalucía, con quien estuvo en la famosa jornada. Los almohades vendieron cara la victoria. Aben Hud acabó

de arrojar de la Península á los africanos que vinieron en 1145 (1).

Apenas partió de España la primera vez el califa Al Memón, se levantó contra Çeid en Valencia un nieto de Aben Sad, llamado Abu Giomail Zeyán ben Mudafe al Giuzamí. Echó de la ciudad á Çeid, que no abandonó sus estados sinó dando algunas batallas, en que peleó valerosamente, aunque sin fortuna. Vióse abandonado de los más de los suyos, y se acogió al amparo de Jaime I, con quien estaba apazguado. «El tirano Gaimis, como enemigo mortal de los muslimes, aunque le recibió bien, no pensó en vengarle ni en restituirle en su estado, si bien se valió de este pretexto para hacer mal y daño en la tierra, entrando en ella como defensor del agraviado walí y ocupando en su nombre las fortalezas. Fué el levantamiento de Giomail en Valencia año 627 (nov. 1229-30)» (2).

Disputábanse la soberanía de las regiones orientales, en las cuales escasa trascendencia habían tenido

(1) Casiri, apud Aben al Abbar, núm. 11.—Conde, III, 47; IV, 1.—Dice la *Chronica de don Ferrando:* «En aquel tiempo era Aben Suc un moro que se levantara en Ricot, un castiello de Murçia, que se alçó contra los almohades, que apremiavan cruelmente los moros de aquen mar, é ellos, con la gran premia de los almohades, levantáronse con Aben Suc é resçibiéronle por señor en la tierra de Murçia, é en otros muchos lugares; é quantos almohades pudo aver, descabezólos todos; é tovo que las mezquitas eran ensuziadas dellos, é fizo esparcir agua sobre ellas é zafumarlas, bien como facen los christianos por las igresias quando reconcilian las que son violadas; é fizo las señales de sus armas, negras; é en poco tiempo ganó todo el Andalucía, é fué ende señor, fueras Valencia é su tierra, quel amparara Zahel (Zaén), que era de abolorio de reyes.»

(2) Conde, IV, 1. En otra parte (III, 57) dice que el levantamiento de Valencia fué en fin del año 629 (oct. 1231-32). Ninguna de las dos fechas es exacta.

las disensiones de la casa real de Marruecos, Jaime I y Zaén. El llamamiento de Aben Merdénix tuvo eco, porque Valencia había pasado del señorío de Castilla al de Aragón. Zaén aprovechó el descontento del aumento del quinto en los tributos, y sin resistencia se apoderó del reino de Valencia, hecha excepción de Segorbe (1).

Poco antes de embarcarse el Rey para la conquista de Mallorca, llegó Çeid, destronado, acompañado del célebre historiador de Valencia y cadi de la misma Aben al Abbar, á Calatayud, donde estaba Jaime I. El día 20 de abril de 1229, se confederó Çeid, por sí y por su hijo Abu Muhámad, con el monarca de Aragón y con su hijo Alfonso, bajo estos pactos (2): de todas

(1) Fernández y González, l. c.—Zurita (III, 2) dice respecto de esto: «Hallo en las chrónicas que compuso en latín un obispo de Burgos, que la principal causa por que Zeyt Abuzeyt fué echado del reyno, era porque embió muy secretamente sus embaxadores al Papa y al rey de Aragón, á offrecer que se quería bolver christiano y por la devoción que mostrava á nuestra Religión.»

(2) Manifestum sit omnibus, præsentibus et futuris, quods nos, Çeid Abuçeid, rex Valentiæ, per nos et per nostrum filium Çeid Abahomad, promittimus firma stipulatione et in bona fide vobis, dompno Jacobo, Dei gratia regi Aragonum, comiti Barchinonæ et domino Montispesulani, et Alphonso, filio vestro, quod de omnibus terris et locis, castris et villis quæ pertineant ad regnum Valentiæ et ad conquistam vestram sicut per antecessores vestros et regem Castellæ et inter vos et ipsum est ordinatum et continetur in cartis vestris, quod nos poterimus adquirere per nos ipsos, vel per potentiam aut ingenium nostrum, vel reddantur nobis gratis aut vi ab hac die in autea, dabimus vobis fideliter semper quartam partem libere sine vestra expensa et misione, omnium exituum, reddituum et proventuum qui inde gratis vel vi percipi potuerint et haberi. Præterea, laudamus et concedimus vobis, Jacobo, regi, et Alphonso, filio vestro, quod quæcumque loca, villas vel castra quæ pertineant vel pertinere habeant ad regnum Valentiæ et ad conquistam vestram capere ac adquirere poteritis per vos ipsos, vel per potentiam vestram aut ingenium vestrum, vel redderentur vobis gratis vel vi, ea libere perpetuo habeatis per proprium alodium vestrum et ad omnes vestras voluntates, cum

las tierras y lugares, castillos y villas que de grado ó por fuerza ganase Çeid, daría á don Jaime la cuarta parte; y el rey de Aragón se retendría por suyo lo que él conquistase ó se le quisiera rendir. Y, para el exacto cumplimiento de este contrato, daría en rehenes el almohade los castillos Peñíscola, Morella, Culla, Alpuente, Jérica y Segorbe; y don Jaime, para dar seguridad á su palabra de amparar y defender á Çeid y á su hijo contra sus enemigos, entregaría en garantía los castillos Ademuz y Castielfabib, conquistados por su padre, Pedro el Católico.

Uno de los testigos de este convenio es don Blasco de Alagón, lo cual prueba lo que ya se ha dicho, ó sea, que había vuelto á la gracia del Rey, y que, á

---

suis pertinentibus universis, sine nostra retentione aliqua quam non facimus ullo modo.—Et pro hiis fideliter attendendis promittimus ponere, et mittere ac tradere in manu fidelium qui sint de Aragonia generosi ac naturales vestri quos vos elegeritis, sex castra, videlicet, Peniscola, Morella, Cuillar, Alpont, Exericha et Segorb, qui ea teneant in fidelitate per nos et vos sub hac forma: quod si non compleverimus supra dicta, vel venerimus contra aliquid eorumdem, tradant ipsa castra vobis libere et sine aliquo contradicto, in pleno jure proprietatis ad vos deveniant et pertineant perpetuo possidenda cum suis pertinentibus universis sine aliqua nostra retentione, ad omnes vestras voluntates perpetuo faciendas. Dum vero prædicta castra in manu fidelium fuerint constituta, habeatis vos et percipiatis quartam partem omnium exituum et reddituum eorundem, levata primo custodia castrorum duabus vero aliis partibus nobis et nostro filio retinentibus.—Item: promittimus vobis quod quæcumque loca, villas vel castra ab hac die in antea per nos ipsos vel per potentiam aut ingenium nostrum capere vel adquirere poterimus, vel redderentur nobis aliquo modo, quæ sint de regno Valentiæ vel de conquista vestra, ponemus et mittemus in manu fidelium qui sint de Aragonia generosi et naturales vestri ad cognitionem quatuor nobilium de Aragonia quos vos eligatis et ad cognitionem duorum nobilium vestrorum quos nos eligamus qui teneant in fidelitate ea donec prædicta sex castra sint possita et tradita in manu fidelium ut superius dictum est: quibus traditis et possitis in manu fidelium alia omnia recuperemus et revertantur ad nos, salva semper vestra quarta parte omnium

partir de 1227, deben contarse los dos años que permaneció en Valencia sosteniendo el vacilante imperio de los almohades. También se celebró el contrato á presencia del cardenal obispo de Santa Sabina, legado de la Santa Sede, enviado á la corte de Aragón, para instruir el proceso y pronunciar sentencia de divorcio entre don Jaime y doña Leonor de Castilla, descendientes ambos de Alfonso VII.

Bien examinado el anterior pacto, descúbrese la sagacidad del rey de Aragón, cuando apenas contaba veintiún años. A punto de salir para la conquista de Mallorca, deja preparada la de Valencia. Para aquélla, pretexta ofensas recibidas; para ésta, además de agravios, toma el carácter de defensor de un soberano legítimo. Con aquélla halaga á Cataluña; á Aragón, con la de Valencia. Las dos grandes empresas de Jaime I, la catalana

---

exituum, reddituum et proventuum ut superius continetur.—Promittimus etiam in bona fide, quod si aliquid vel aliqua de jam dictis sex castris aut illorum duorum quæ vos ponere debetis in manus fidelium venirent in nostro posse, vel redderentur nobis, aut traderentur clam vel oculte, vel caperentur ab hominibus vestris (f. nostris) aliquo modo, illæ vel illa revertemur et ponemus sine aliquo contradicto in manus fidelium prædictorum.—Et si quis veniret contra conquistam vestram, vel vobis inde gerram faceret vel offensam, promittimus vobis illa deffendere et vos contra omnes homines, præsentes vel futuros, juvare bona fide fideliter nostro posse.—Hæc autem omnia supradicta et singula promittimus in bona fide attendere et complere vobis, prædicto Jacobo, regi Aragonum, et Alphonso, filio vestro. Pro quibus firmiter attendendis, facimus vobis homagium junctis manibus. Ita quod si forte contra aliquid prædictorum ullo tempore veniremus, possitis nos reptare ubique, nec possimus inde in curia, vel judicio, vel extra, armis vel lingua, nos salvare vel excusare.—Ad hæc, nos, Jacobus, rex prædictus, per nos et per nostrum filium Alphonsum, promittimus vobis, prædicto Çeid Abuçeid et Çeid Abahomad, filio vestro, quod juvabimus vos et defensabimus contra omnes homines et fæminas qui vobis facerent gerram vel molestiam super regno Valentiæ et super aliquo de conquista vestra. Et pro hiis firmiter atten-

y la aragonesa, se proyectaron sin otra diferencia de tiempo que la que media entre los días 23 de diciembre de 1228 y 20 de abril de 1229. No todo, sin embargo, fué efecto de la astucia; el estado desastroso en que á los muslimes tenían puestos sus discordias intestinas, favorecieron en mucho á los cristianos. El mismo califa Al Memón compraba poco antes la protección de Fernando el Santo mediante sacrificios no menos onerosos y depresivos que los que á Çeid imponía el Conquistador (1).

El pacto concertado entre Çeid y don Jaime surtió sus efectos. Mientras los catalanes se cubrían de gloria en las Baleares; estando de acuerdo el príncipe almohade, don Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, y don Blasco de Alagón, pusiéronse en campaña

dendis, ponimus et tradimus in manus fidelium qui sint de Aragonia generosi ac naturales nostri quos vos eligatis, duo, videlicet, castra: Castrum Fabib et Darmuz, qui ea teneant in fidelitate per nos et per vos, et hac conditione: quod quamcumque tria castra desuper dictis sex castris erunt posita et tradita in manu fidelium duo prædicta castra ponentur similiter et tradantur in manu fidelium qui sint de Aragonia generosi et naturales nostri et qui sint etiam vasalli vestri, Açeydi supradicti.—Promittimus etiam quod si aliquid vel aliqua de illis sex castris aut de duobus prædictis venirent in nostro posse, vel aliter redderentur nobis, vel traderentur aliquo modo, redderemus, et tornabimus ac ponemus in manu fidelium ut superius continetur.—Hæc omnia facta sunt apud Calatajubum, XII kalendas madii Era MCCLXVII, salvo in omnibus honore et auctoritate Romanæ Ecclesiæ de voluntate utriusque partis in præsentia domini Jacobi, Dei gratia Sabinensis episcopi, Apostolicæ Sedis legati, et dominorum S., Tarrachonensis archiepiscopi, et Bn., Ilerdensis, et G., Terasonensis, episcoporum, præsentibus, pro testibus fratre Campanius, tenente locum magistri Templi, fratre Eximino Cornelii, fratre Poncio Menescalco, fratre Arquimbaldo de Sayns, Blascho de Alagone, Alhone de Focibus, majori domo Aragoniæ, Petro Cornelii, Sancio Ferrandiz, Assalito de Gual, Garçia Periç de Miranda, ac dompno F., infante Aragoniæ.—Etc.

(1) Fernández y González, *Los Mudejares de Castilla*, VII.

las milicias de la ciudad de Teruel y algunos señores aragoneses. Comenzaron las operaciones por la parte en que algo conservaba el almohade. En carta que escribió al califa Al Memón, dábale cuenta de haber recobrado en la frontera de Valencia á Bejís, conquistado, al parecer, por don Pedro Fernández de Azagra (1). Cuestiones de puro interés local servían de motivo para pasarse de un bando á otro. Así, Uxó y Eslida, por cuestión de aguas, seguían partidos opuestos, de Zaén y de Abderrahmán respectivamente, á pesar de que Eslida había también seguido antes la parcialidad de Zaén (2).

En 1236 seguían en poder de Çeid, Arenós, Montán, Castielmontán (Montanejos), Cirat, Tormo, Ayódar, Fuentes de Ayódar, Villamalefa, Villamalur, Terdellas, Arcos, Bueynegro y Villamalea, y confiaba recobrar Onda, Nules, Uxó, Almenara, Segorbe, Alpuente, Cárdelhes, Andilla, Tuéjar, Domeño, Chulilla

---

(1) *El Archivo*, V, 145.

(2) Así consta en documento que lleva por fecha 12 noviembre de 1260. Acudieron ante don Jaime los moros de Eslida representando que teniendo ellos derecho al agua por compra que hicieron á los de Uxó, regaban éstos sin licencia de aquéllos. Los de Uxó dijeron que cuando Eslida se rebeló contra Zaén, este emir les quitó el agua y la cedió á Uxó. Replicaban los de Eslida que después de haberse rebelado contra Zaén, se avinieron con él y les devolvió el derecho que antes tenían. Y con arreglo á esta soberana disposición del nieto de Aben Sad, sentenció don Jaime en la fecha indicada (*El Archivo*, I, 262-263).—Son también notables la carta-puebla de Eslida, Ahín, Veho, Sengueir, Pelmes y Zuera (Fernández y González, O. C., p. 315-316), y la del Valle de Uxó (O. C., p. 322-324), en latín aquélla y en lemosín la otra, fecha la 1.ª en Artana el 29 de mayo de 1242, y la última «en lo mes *Jumet Alahir* (giumada 2.ª), segóns compte de moros, en lany de 648 (31 ag.-28 sept. 1250), conjunt lo dit kalendari en lo mes de Agost en lany 1250, segóns kalendari de christiáns.»

y Liria. En 1238 ya dispone de Alpuente, Tuéjar, Domeño, Azagra, rahal de Abdallah Aben Salvo, de la munia de la Xarea, de las heredades que en Cullera y Corbera tenía su padre, Cid Abu Abdallah ben Cid Abu Hafs ben Cid Abdelmumen, y de una casa de Valencia que tenía su madre. En 1239 figuran como suyos el castillo y villa de Ganalur, junto á Bueynegro, y una Aldaya próxima á Benaguacil. En 1245 trueca en su nombre don Jimén Pérez de Arenós con don Jaime, Cheste y Villamarchante á cambio de Castalla; si bien dos años más tarde aún aparecen en poder de Çeid aquellas dos villas y Castalla, con sus términos Ibi, Tibi y Onil (1). También contaba en 1251 algunas posesiones en Murcia. Por fin, en octubre de 1262 cedió, con ciertas condiciones, á Castalla. Un hijo suyo disponía en el mismo año, de la torre de Argelita y de Villamarchante (2). De todo esto resulta que muy poco pudo adelantar en su empresa de recobrar los dominios perdidos.

Dotado Zaén de actividad incansable, digno descendiente, por tanto, de su abuelo Aben Sad, no se limitaba á mantener á raya á Çeid y á sus valedores. «En la parte de oriente, Abu Giomail ben Zeyán, para vengar la derramada sangre de los muslimes, corrió la tierra de Aragón, talando los campos y quemando y destruyendo aldeas y lugares hasta llegar á hisn Amposta y Tortosa, y volvió de la cabalgada con muchas

(1) Además, Arenoso, la Muela, Montán, Tormo, Cirat, Toga, Espadilla, Bueynegro, Villamalefa, Villahermosa, Cortes de Arenoso, Villamalur, Ayódar, Villafaleva y Tortonisch, y en otra parte, Andilla.

(2) *El Archivo*, V, 160-164, 284-301 y 366-368.

riquezas y cautivos» (1). No negó en septiembre de 1238 el daño causado en esta correría. En una de las conferencias preliminares de la rendición de Valencia, celebradas entre el arráez Abdelmélic y don Jaime, lamentábase el embajador de Zaén, de que no habiendo su señor hecho nada que pudiera despertar el enojo del Conquistador, hubiese éste lanzado contra él sus huestes. «Respondímosle á esto», dijo don Jaime, «que no era cierto que nada hubiese hecho contra Nos; pues cuando fuimos á la conquista de Mallorca (5 septiembre 1229-28 oct. 1230), había corrido nuestra tierra, viniendo hasta Tortosa y Amposta, haciendo todo el mal que pudo, y lo mismo sus hombres, en nuestra gente y ganado, y, además, combatiendo á Ulldecona, que está dentro de nuestros dominios» (2).

No sólo contra Çeid y contra Jaime I daba muestras de valor Zaén; procuraba también ensanchar sus dominios á expensas del Aben Hud que se había hecho dueño del antiguo reino de Murcia y de parte del de Valencia. Abu Abdallah Muhámad ben Yúsuf ben Hud al Motawaquil logró apoderarse, como ya se dijo, de las ciudades Játiba y Denia en julio de 1228. Puso de gobernador en Játiba, á Áhmed ben Isá Abu'l Husein el Khazragí, y en Denia, á un hijo de éste, llamado Yahya Abu'l Husein. Pertenecía á una familia de Denia muy distinguida, rama de los jarifes de Jérica, los Beni Isa, trasladados á Denia, según se cree, á mediados del siglo v de la Hegira (por el

(1) Conde, IV, 3.
(2) *Historia del rey de Aragón don Jaime I el Conquistador*, CLXXXVI.

año 1050 de nuestra era). Benisa toma, probablemente, su nombre de esa rama de los «nobles defensores del Profeta» (1). Otra etimología da Escolano á Benisa. El gobernador de Denia estaba muy versado en la oratoria y en el arte de versificar, si bien escribió más en prosa (2).

Convencido Çeid de que no le era posible cumplir la promesa de su primer tratado con don Jaime, ó sea el de 20 de abril de 1229, celebrado en Calatayud, renunció, estando en Teruel, el 30 de enero de 1232, á favor de don Jaime todos los derechos que por aquel tratado se reservaba. Decía, pues, que en correspondencia á los continuos servicios que de don Jaime había venido recibiendo y recibía, cedía en beneficio del mismo lo que en la ciudad de Valencia y en su reino se retuvo en la avenencia de Calatayud, y que absolvía al Rey y á los suyos de aquella obligación, quedando á salvo las demás cláusulas favorables al almohade y á los suyos (3).

(1) *El Archivo*, II, 201-205.

(2) Casiri, II, 60.—Conde, IV, 1.

(3) «Sit omnibus manifestum quod ego, Çeyd Abuçeyd, rex Valentiæ, per me et per omnes filios ac successores meos, bona voluntate, et bono, libenti corde, propter multa et magna servitia quæ a vobis, domino Jacobo, rege Aragonum, suscepi et suscipio incessante, absolvo, remito, concedo et dono vobis, prædicto regi Aragonum, et vestris successoribus in æternum, totam illam partem exitum quam retinueram in Valentiæ civitate et suis terminis, in aliis, scilicet, cartis quæ sunt inter vos et me, quæ factæ fuerunt transactis temporibus apud Calatajubum: ita quod omne jus et rationem quam, ratione illarum cartarum et convenientiarum, vel alio ullo modo, habebam vel habere debebam in civitate Valentiæ, vel in exitibus ullo modo et in suis terminis, absolvo vobis et vestris, et dono et concedo per sæcula cuncta, per propriam hæreditatem vestram, ad omnes vestras voluntates et vestrorum faciendas perpetuo, sine aliqua mea et meorum retentione, sicut

No menos importante que el convenio de 30 de enero de 1232, es el acto realizado por don Jaime en 19 de marzo del mismo año á favor del monasterio de San Victorián, en Aragón. En el documento, expedido en Monzón, se lee que concede al Abad (Arnaldo) y á toda la comunidad, el lugar é iglesia de San Vicente de Valencia, con las posesiones y pertenencias suyas, para cuando fuese dueño de dicha ciudad (1). Lo cual viene en confirmación de lo que en el prólogo se dijo, esto es, que está probado «con documentos fehacientes y con argumentos irrecusables, que en nuestro suelo hubo cristianos, no sólo hasta bien entrada la dominación sarracena, sinó hasta en vísperas de la misma reconquista.» En fin de dilhagia de 659 (17 oct. 1232) ocurrió la muerte

melius dici potest ad vestrum commodum et vestrorum, salvis aliis convenientiis mei et meis quæ sunt et continentur in illis primis jam dictis cartis. Dat. apud Turolium, III. kal. februarii. Era MCCLXX. (Perg. de don Jaime I, n.º 480).

(1) «Manifestum sit omnibus quod Nos, Jacobus, Dei gratia rex Aragonum et regni Majoricarum, comes Barchinonæ ac dominus Montis pesulani, attendentes multa grata servitia quæ à vobis, dilectis nostris abbate et conventu Sancti Victoriani, recipimus continuè et meminimus recepisse; cognoscentes, etiam, voluntatem et devotionem quam geritis et habetis ad omnem nostrum servitium faciendum: ideirco, cum hac carta, cum cognoscamus Nos existere debitores monasterio Sancti Victoriani in omni honore et beneficio conferendis, per Nos et omnes successores nostros, donamus, concedimus et laudamus vobis, dilecto nostro A., abbati, et toti conventui monasterii Sancti Victoriani, et vestris successoribus, in æternum, per propriam hæreditatem, liberam et francham, locum illum, sive ecclesiam quæ est apud Valentiam, laudabilem civitatem, qui locus, sive ecclesia, vocatur et dicitur Sanctus Vincentius. Ita, quod statim quando Dominus dederit prædictam civitatem in nostro posse, gratis vel vi, aut placito vel alio ullo modo, habeatis et accipiatis, de concessione nostra et dono irrevocabili, prædictum locum et ecclesiam, cum... et possessionibus ac pertinentiis suis, et cum omnibus aliis quæ per

del califa Al Memón, y con ella puede decirse que acabó en España el imperio de los almohades (1).

Por más que Aben Hud fué investido desde Oriente en 631 (oct. 1233-sept. 1234) (2), tuvo que luchar con Aben al Áhmar, fundador de la dinastía naserita de Granada, y con el Begí, quienes, disputándole la soberanía de España, arrancaron á su poder Carmona, Córdoba y Sevilla. Y, como le disputasen, á la vez, la posesión de Andalucía los pretendientes al trono que había dejado vacante Al Memón, Zaén aprovechó estos cuidados, que distraían la atención de Aben Hud, para dilatar sus estados de Valencia.

Ocupó la ciudad de Denia, y puso de gobernador en ella á su primo Muhámad ben Sobaye ben Yúsuf al Gezamí, poeta de no escaso mérito, que murió en Túnez el 28 de rebiá 2.ª de 653 (6 jun. 1255) (3). El walí puesto por Aben Hud en Denia, al ser depuesto por Zaén, se retiró á Játiba junto á su padre, Áhmed ben Isa el Khazragí, walí de esta ciudad por

terram vel per mare pertinuerint unquam aliquo tempore, vel pertinent aut pertinere debent ad dictum locum sive ecclesiam, de consuetudine vel de jure; quæ omnia habeatis, teneatis, possideatis et expletetis perpetuo, francha et libera, ad dandum, concedendum, et collocandum ac statuendum, et ad omnes vestras voluntates perpetuo faciendas. Mandantes firmiter et districte nostrum locum tenentibus et subditis nostris universis, tam præsentibus quam futuris, quod hanc donationem et concessionem nostram, firmam habeant, et observent, et faciant firmiter observari, et non contraveniant in aliquo, si confidant de nostri gratia vel amore. Datis apud Monsonem, XIIIj.º kal. aprilis. Era M.ªCC.ªLXX.ª» (Chabás, *El Archivo*, IV, 292.—*Mon. hist.*, t. I, p. 406-407).

(1) Conde, l. c.

(2) Codera, *Numismática*, p. 281.

(3) Casiri, apud Aben al Abbar, n.º 13.

Al Motawaquil. Padre é hijo eran naturales de Denia. Las riquezas y servicios del primero y su parentesco con Abu Omar ben Ati, le alcanzaron el cargo que desempeñaba. El hijo recobró después de 1239, y con auxilio del padre, á Denia, cuyo gobierno, como también el de Játiba, que heredó por muerte del último, conservó hasta que de ambas se apoderaron los cristianos (1).

Y cerramos este capítulo, término de la segunda parte, dando una ojeada al movimiento literario y emitiendo nuestro juicio sobre el valor é influencia de la cultura mahometana en nuestro reino.

Aben Hauthallah, ó sea Abdallah ben Suleimán, nació de familia principal, en Onda, en muhárram de 548 (mar.-abr. 1153), ó en récheb de 549 (sept.-oct. 1154). Hizo sus estudios bajo la dirección de Averroes, Aben Pascual (2), Sohalí, Aben Hobaix y otros sabios notables, nacionales y extranjeros. Por sus recomendables dotes de piedad y saber, fué nombrado maestro de los hijos de Almanzor (Yúsuf Abu Jacub, hijo de Abdelmumen). Ejerció nuestro biografiado la judicatura en Sevilla, Córdoba, Murcia, Ceuta, Salé, Mallorca y Granada. Allí murió el 4 de rabié 1.ª de 612 (3 jul. 1215), y sus restos mortales fueron trasladados á Málaga, donde recibió honrosa sepul-

(1) Conde, IV, 2.

(2) Dijimos que Aben Pascual era oriundo de Sorrión, en Valencia. En Cavanilles (*Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, 1795, tomo I, pág. 223, n.º 171), se lee: «Con tal conjunto de aguas se da riego á los términos de Vallés, Rogla, Ayacór, pueblos de la Costera, y á los de *Sorió*, la Llosa, etc.»

tura el 18 de xabán (12 diciembre). Aben al Abbar le cita á menudo como fuente histórica (1).

En el año 614 (1217–18), murió en Valencia, cuyo cadiazgo había desempeñado, el natural de la misma, poeta distinguido, Abú'l Cásim Muhámad ben Muhámad ben Nuh, el Gafequi (2).

Aben Chobair, llamado el Kineni, por proceder de la tribu Kinena sus ascendientes, nació en Valencia en rabié 1.ª de 540 (ag.-sept. 1145). Sus padres eran originarios de Játiba, y en esta ciudad estudió con el suyo jurisprudencia, tradiciones, adab y poesía. Hizo tres viajes á Oriente, siendo la causa del primero digna de conocerse, por lo que evidencia cómo entendían los muslimes españoles la abstinencia de vino. Era el Kineni cátib ó secretario de Cid Abu Cid, hijo de Abdelmumen y gobernador de Granada. Sorprendió en cierta ocasión á su amo haciendo libaciones á Baco, y el secretario quedó maravillado. Al leer Cid en el rostro del cátib el escándalo que padecia, le instó á que siguiera su ejemplo; y, como se resistiera á beber una sola copa, le obligó á que apurase ésa y otras seis. Luégo le dió el wali tantas monedas de oro cuantas eran las que cabian siete veces en la copa. Aben Chobair quiso purificarse, y, acompañado de Áhmed ben Al Hasán el Codai, salió de Granada el 3 de

(1) Se le atribuyen los siguientes trabajos literarios: 1. Anales de Valencia.—2. Una biblioteca arábico-hispana.—3. Un *Barnamach*, ó un *Fihrist*.—Y 4. Sobre los tradicioneros Al Bojarí y Moslim, Abú Daud, An Nisaí y el Tirmidsí, obra no terminada, por haberle sorprendido la muerte (Pons, biogr. n.º 223).

(2) Casiri, *Poetarum*, n.º 74.

febrero de 1183 en peregrinación á la Meca. En Tarifa se embarcó para Ceuta, y desde ésta, en una nave genovesa, para Alejandría. Ocupado á la sazón por los cruzados el istmo de Suez, lengua de tierra que utilizaban los peregrinos para pasar á la Ciudad Santa, el nuestro remontó el curso del Nilo hasta Cus, de donde pasó á la Meca. Después de visitar á Cufa, Bagdad, Mosul, la Mesopotamia, Alepo y Damasco, se embarcó en San Juan de Acre con unos franceses, naufragó en el estrecho de Mesina y, pasando por mil contratiempos, como los que de Ulises canta Homero, desembarcó en Cartagena y pisó de nuevo á Granada el 25 de abril de 1185. Las dificultades del primer viaje debieran, al parecer, entibiar sus entusiasmos de peregrinación; mas no fué así. Al saber que Saladino había ocupado á Jerusalén, repitió el viaje á Oriente 585 (1189-90). Volvió también á Granada. Muerta su mujer en 614 (1217-18), emprendió su tercero y último viaje, pues, ya de regreso, murió en Alejandría con fama de santo. Los musulmanes supersticiosos veneraban su sepulcro y decían que eran muy gratas á Allah las oraciones sobre su tumba. Los sabios europeos tienen en gran estima la relación de sus viajes (1).

Son poetas dignos de mención, Abú'l Hagiag Yúsuf ben Muhámad ben Thalmo, de Alcira, que murió el año 620 (1223-24), y Abú'l Rabi Solimán

(1) Ha sido publicada por los ingleses. Sus principales obras son: 1.º Cordón de perlas sobre la acusación de los hermanos del tiempo.—Y 2.º Descripción de su primer viaje (Pons, biogr. n.º 225.—*El Archivo*, I, 139).

ben Áhmed ben Ali ben Galeb, el Abdari, escritor nacido en Denia y cadi de Málaga (1).

Dawud ben Suleimán Aben Hauthallah, hermano del Abdallah antes biografiado, y, como él, nacido en Onda, fué también una de las primeras figuras de su tiempo. Hizo los estudios bajo la dirección de su padre y de su hermano. Para oir á los más reputados doctores de su época, recorrió muchas ciudades españolas, Valencia, Játiba, Murcia, Córdoba, Granada, Málaga, Almuñécar y Sevilla, entre otras, y sostuvo, además, relaciones con varios sabios de Oriente. Fué cadi de Algeciras y de Valencia, y murió en Málaga en rabié 2.ª de 621 (abr.-may. 1224) (2).

Tampoco deben pasarse en olvido: Abu Ishac Ibrahim ben Isa ben Asbag el Azadita, cordobés y cadi de Denia, que murió en el año 627 (nov. 1229-30) (3); Obaidallah el Tochibí, valenciano, que en 626 (1228-29) escribió un «Viaje literario hispano-africano», con noticias bio-bibliográficas, fruto de sus excursiones científicas por las escuelas españolas y orientales (4); y Abu Temam Galeb ben Muhámad ben Ismail, el Ansarí, valenciano, que falleció el año 629 (octubre 1231-32) (5).

La circunstancia que se ha tenido en cuenta al dar á conocer las notabilidades científicas y literarias

---

(1) Casiri, *Poetarum*, n.os 79 y 80.

(2) Escribió notas biográficas de más de 200 de sus maestros, y de este trabajo se aprovechó Aben al Abbar para su *Tecmila* (Pons, biogr. n.o 229).

(3) Casiri, *Poetarum*, n.o 81.

(4) Pons, biogr. n.o 231.

(5) Casiri, *Poetarum*, n.o 84.

de nuestro reino, la fecha de su muerte, nos obligaría, por lo que toca á la reseña del movimiento intelectual, á guardar silencio hasta bien adelantado el período de la Reconquista; mas, como lo que queda por decir en esa materia es tan poco, y, como, además, con la presencia de un nuevo pueblo cambia por completo la decoración, éste juzgamos que es el lugar más á propósito para emitir nuestro voto acerca de la cultura del pueblo que va á abandonar la escena. Expondremos antes las biografías de otros tres sabios, dos de los cuales alcanzan talla de primera fila entre los más notables geógrafos é historiadores.

El primero, Aben Amira, más conocido por el Majzumí, por descender de Áhmed ben Muhámad el Majzumí, el que en 566 (1170-71) hizo entrega de Valencia á los almohades (1), nació en Alcira en ramadhán de 582 (nov.-dic. 1186). Muy joven aún, se dedicó al estudio de la Historia, é hizo en ella tan rápidos progresos, que sus conocimientos han sido comparados, por lo vastos y profundos, á lo anchuroso é insondable del Océano. Al apoderarse de Valencia los cristianos, se trasladó á Marruecos, donde entró al servicio de Abd el Wahid ar Raxid, undécimo sultán almohade, que le nombró su cátib. Tuvo los cadiazgos de Ailena, Salena y Micnesa az Zeitún. Cuando la guerra entre almohades y benimerines pasó á Ceuta, la caravana en que iba fué acometida y robada, y quedó reducido él á la mayor miseria. Súpolo el gobernador de Bugía; proporcionóle buen hospedaje

(1) Véase la pág. 552.

y le recomendó al sultán de Túnez, que le confió cargos muy lucrativos. Es muy incierta la fecha de su muerte: ocurrió, según unos, el año 648 (1250-51); en opinión de otros, el 656 (1258), y no faltan quienes digan que fué en 658 (1259-60) (1).

Como cerrando la serie de notables escritores valencianos del período de la dominación musulmana, aparece el tan celebrado Aben al Abbar. Su padre, buen literato y persona de valer, nació en Onda y murió el año 619 (1122-23). Desempeñó el cadiazgo de Valencia durante el gobierno de los príncipes almohades Cid Abu Abdallah ben Cid Abu Hafs y de su hijo Cid Abu Çeid, el llamado por nosotros *Çeid*. Cuando fué éste á Calatayud á la entrevista que tuvo con don Jaime el 20 de abril de 1229 para entenderse contra Zaén, que le había despojado del poder, llevó á Aben al Abbar en su compañía. La consecuencia política en tiempos de decadencia ó de ruina nacional es prenda rara, y la lealtad para con el príncipe caído, supone un valor rayano en heroísmo. Antes de que el príncipe almohade se declarase cristiano, accidente en que podría haber fundado su apartamiento un buen muslim, se pasó nuestro biografiado al bando de Zaén, el cual pagó la defección del sabio elevándole al cargo de cátib ó secretario suyo. Cuando los cristianos sitiaron á

(1) De las varias obras que escribió, se citan: 1. La historia de Mallorca.—2. Un compendio de la historia de los almohades.—3. Una colección de cartas, en prosa y en verso, á príncipes almohades y hafsidas.—4. Una colección de sermones á semejanza de los del Jauzí.—Y 5.—Una disertación sobre el conocimiento de la elocuencia (Pons, biogr. n.º 250).

Valencia fué á Túnez á solicitar auxilios de su emir, Abu Zakariya, comisión que surtió sus efectos, aunque no los que se prometían los muslimes. Volvió á Valencia y permaneció en ella hasta la entrada del rey don Jaime. Con su familia emigró después á Túnez, y Abu Zakariya Abu Hafç le confió el honroso oficio de poner la subscripción á los diplomas y cartas reales. Bien porque su habilidad caligráfica fuese inferior á la de algún otro cuya pericia llenara mejor las aspiraciones del Sultán, ó por otra cualquier causa, fué relevado del cargo. Sintióse tanto de la postergación, que se desató en improperios contra el bienhechor. Como consecuencia, fué relegado á la cárcel, y en ella, cual otro Cervantes, escribió la «Restitución de la gracia á los cátibs,» que á él le valió se la otorgara el Sultán, que le repuso en su anterior empleo. Al morir Abu Zakariya, el año 647 (1249-50), le sucedió Al Mostánçir. Siguió el ejemplo del padre, y nombró á Aben al Abbar su wazir. Diez años serían pasados, cuando se tramó contra Al Mostánçir una conspiración, y apareció, por documentos, complicado el escritor valenciano. Después de haberle sometido á flagelación, el 15 ó 20 de muhárram de 658 (1.° ó 6 enero de 1260) fué decapitado. Su cabeza colgada de una pértiga, quedó expuesta al público en una de las plazas, y, lo que es aún más sensible, los libros que de España llevó allá, fueron echados al fuego. De él se ha dicho: «Notable este último (Aben Pascual), y puede asegurarse el más completo y exacto de cuantos conocemos en los siglos V y VI, recibió como complemento una obra que lleva el nombre de

Tekmila, que tanto vale como continuación ó complemento, escrita por el Príncipe de los biógrafos españoles, el valenciano Ibn Alabar. Este docto escritor compuso, además, otras obras análogas, de las cuales su *Biografía* de los príncipes y nobles de España y África que se distinguieron por sus talentos poéticos, es la más conocida y estimada. Pocos trabajos, si algunos, podrán citarse de los andaluces, tan notables y acabados como éste del ilustre biógrafo. Su estilo rápido y nervioso, su juicio seguro, el instinto de las grandes cosas, la intención viva de los tiempos que narra y el conocimiento del carácter de su raza y de su manera de ver y sentir, todo le coloca á buena distancia de los biógrafos sus compatriotas, y, nos atreveremos á decirlo, al igual del más distinguido de los biógrafos orientales, el conocido Ibn-Jalicán» (1).

Aparece en último término el Abderí. Si no es que fué valenciano, poco más se sabe de él; sin embargo, se conoce lo más importante, que es su obra. Dos veces recorrió el camino desde Marruecos á la Meca, á la ida y á la vuelta: por tanto, cruzó el Magreb en su mayor extensión, esto es, desde el Atlántico hasta Alejandría

(1) Moreno Nieto (D. José), *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia el día 29 de mayo de 1864.*—Son obras de Aben al Abbar de autenticidad reconocida las siguientes: «—1. La capa ó túnica recamada de oro.—2. La *Tecmila*, complemento de la *az Zila*, de Aben Pascual.—3. El *Mocham*, ó diccionario sobre los discípulos de Abu Ali az Zadafí.—4. Restitución de la gracia á los cátibs.—5. Regalo al que llega.—6. Utilidad del mensaje.—7. Fulgor del relámpago, sobre los literatos de Oriente.—8. El manantial puro sobre las enseñanzas de Moawiya ben Galib.—9. Catálogo alfabético de sus maestros. —10. Ídem de los discípulos de Aben al Arabí.—Y 11. El libro de la mina (Pons, biogr. n.º 253).—Casiri publicó un extracto de interesantes noticias históricas que suministran las obras de este autor.

y en sentido contrario. De ahí que su producción esté consagrada, por modo principal, á describir el África (1).

Para apreciar de un solo golpe de vista el valor é influjo de la cultura árabe en nuestro país, nada más propio que condensar en breves párrafos el juicio que acerca de ella han emitido quienes para ello tienen probada competencia. Desde luégo que si para haber de fallar fuera motivo bastante el número de obras escritas, la sentencia, y sentencia favorable, no se tardaría á pronunciar; mas, si se ha de juzgar teniendo en cuenta el cuerdo consejo *non multa, sed múltum*, «no la cantidad, y sí la calidad,» mucho ha de bajar el nivel del entusiasmo que el número despertara. Pero es más: ese número tiene no poco de aparente, porque las más de las obras, según confesión de los inteligentes, ó se perdieron, ó no son más que compilaciones: por manera que, reducido el número á las debidas proporciones, á las que sean expresión de originalidad, viene á ser tan exiguo, que apenas se le descubre. El mismo Dozy, queriendo calmar el dolor que causa el recuerdo de tantos y tantos libros que se perdieron, exclama con frase feliz: «reunidos *veinte* volúmenes sobre una materia cualquiera, sin esfuerzo se produce el *vigésimo-primero*» (2).

Y aun hay que rebajar bastante del mérito de los pocos autores que quedan, hecho ya el debido espurgo. Pasando por alto lo que no hay derecho á exigir habida

(1) «Itinerario occidental» se titula el libro en que se relata el mencionado viaje, hecho durante el año 688 (en. 1289-1290). Pons. biogr. n.º 261.

(2) Pons, pág. 377.

consideración á los vuelos que entonces pudo alcanzar la ciencia histórica, por ejemplo; es decir, haciendo caso omiso de la falta de harmonía entre las partes y de la unidad en el plan, ha de tenerse en cuenta: de un lado, que, por regla general, se dió crédito á futilidades y supersticiones que hoy pugnan, no sólo con los más rudimentarios principios de las ciencias, sinó hasta con el mismo sentido común; y por otra parte, las composiciones tendían á agradar á una moral tan inmoral cual era la de unos príncipes entregados á la bebida y á los cantares, á la molicie y á ciertos placeres, criminales, desde el momento en que no están de acuerdo con la recta razón. Por algo se ponen en boca del Cid estas palabras: «yo non me aparto con mujeres á cantar nin á beber, como fazen los vuestros señores, que los non podedes ver.» Y si la literatura árabe está impregnada de ese sensualismo capaz de enervar y matar todas las energías corporales y del espíritu, en pasiones también nada recomendables está fundada la finalidad que los más de sus historiadores, por no decir todos, persiguieron. Pons ha retratado con pocas palabras la parcialísima imparcialidad de tales autores. Para ellos, la Historia es «el gran pebetero donde se quema la esencia de la verdad, para producir el perfume embriagador de la adulación y de la lisonja.»

No, porque esos autores dejen de remontar su vuelo hasta abarcar de una sola mirada el conjunto, no por que dejaran de filosofar sobre la Historia, en lo cual llevan ventaja á los que nos venden su propia filosofía en vez de la filosofía verdad, y no porque sacrificaran de ordinario la realidad en aras de la adulación, por

recabar del príncipe este favor ó el otro, dejan de ser muy interesantes sus trabajos; porque con sus minuciosas relaciones de nacimientos y muertes y de otros sucesos, el esmero que pusieron en determinar las fechas y lugares, han proporcionado unos materiales que, por regla general, no se descubren en los autores latinos. No es ello decir que puedan y deban admitirse sin desconfianza todos los datos cronológicos y geográficos que aquéllos suministran.

Pero ese mérito que en ellos se descubre, ¿es realmente suyo? Tampoco falta quien pretenda arrancárselo. «Al llegar á nuestro suelo el pueblo musulmán, traía, sin duda, grandes alientos para pelear y dominar por la fuerza; pocos, muy pocos estímulos para imponerse por la ciencia y por una superior cultura. Dos siglos transcurren, sin que logremos encontrar otras muestras de sus aficiones históricas, que los cantos bélicos y las relaciones en prosa con que las nuevas generaciones se animaban al combate recordando y celebrando las hazañas de los antiguos guerreros» (1).

---

(1) *Ensayo bio-bibliográfico sobre geógrafos é historiadores arábigo-españoles*, pág. 364.—Su autor, don Francisco Pons y Boigues, natural de Carcagente (Valencia), ha bajado, á la temprana edad de 38 años, al sepulcro el 6 de septiembre de 1899, cuando comenzaba á dar sazonados frutos de una ciencia arábiga tan general como profunda y exacta. Ha dejado escrito, aunque inédito, como ya se ha dicho, el *Ensayo bio-bibliográfico sobre los médicos y naturalistas arábigo-españoles.* Era su propósito formar una BIBLIOTECA BIO-BIBLIOGRÁFICA DE LA CIENCIA Y LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA, para lo cual, aparte las dos obras arriba indicadas, hubiera escrito otras dos, sobre filósofos y jurisconsultos y sobre matemáticos y astrónomos: estos copiosos frutos de la semilla que depositara el inmortal Casiri con su *Bibliotheca arabico-hispana Escurialensis*, hubiera sido, para el autor, preciadísimo timbre de gloria, y para España soberbio monumento nacional (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, año IV, págs. 496-512, 609-624).

Con frase inimitable, por lo expresiva y propia, ha dicho Aben Jaldún: «Es que los berberiscos eran tan cerriles y lanudos como sus dominadores los árabes» (1).

Éstos no empezaron en España hasta los tiempos de Abderrahmán I á fijar por escrito las narraciones históricas. La primera en que concurre esta circunstancia es de Abd el Mélic ben Habib, nacido el año 180 (mar. 796-97) y muerto en Córdoba el 4 de ramadhán de 238 (17 feb. 852) (2). Protegen las letras Al Háquem II y Al Mansur, el ministro de Hixem II. En tiempo de Abderrahmán III dejó el cultivo de las ciencias de ser patrimonio exclusivo de la aristocracia, comenzando entonces á entender en ella los *eslavos*. Los reyes de taifas, émulos del esplendor de los califas, rodeáronse de literatos que transmitiesen á la posteridad el recuerdo de sus más ó menos legítimas glorias. Los almoravides y almohades nada hicieron, efecto de su ruda barbarie, que no tuvo, por sus propias discordias y el avance de los cristianos, tiempo para tocar el límite á que habían llegado sus dominados. El mayor florecimiento literario mahometano en España, su apogeo en la carrera del progreso, abarca el período comprendido entre los siglos XI y XIII.

Pero también entonces había llegado á completarse la fusión de los heterogéneos elementos que constituían la sociedad arábigo-española. Cuando, según testimo-

(1) *El Archivo*, V, 229.

(2) Véase la pág. 99 de este tomo.

nio del propio Aben Jaldún, árabes y berberiscos estaban envueltos en la más crasa ignorancia, los españoles estaban muy adelantados en toda suerte de disciplinas. Los indígenas, hispano-romanos en su mayor parte, con el poderoso ascendiente de su literatura latina y de su civilización cristiana, llegaron á predominar sobre los árabes, cuyo número era muy exiguo, y sobre el más copioso de mauritanos y berberiscos. Entonces, como antes, se cumplió esa ley de la Historia, según la cual un pueblo más ilustrado, vencido en el terreno de la fuerza bruta, más pronto ó más tarde acaba por prevalecer en un orden más elevado (1). Los romanos fueron conquistadores de los griegos, pero la cultura helena se sobrepuso á la del Lacio; vencieron los godos á los hispano-romanos, mas la civilización romana ahuyentó la ignorancia visigoda; triunfaron Táric y Muza y, sin embargo, árabes y berberiscos, igualmente rudos, quedaron á merced de los mosalemas, muzárabes y muladíes. El ya citado Aben Jaldún, de Túnez, escribía á principios del siglo XV: «Un pueblo vecino de otro que le sobrepuja en cultura intelectual y al cual debe la mayor parte de la suya propia, no puede menos que copiarle y remedarle en todo. Esto pasa hoy mismo en los moros andaluces (españoles) por sus relaciones con los gallegos (cristianos castellanos): pues tú los verás cuánto se les asemejan en los trajes y atavíos, en usos y costumbres; llegando al extremo de poner imágenes y simulacros, tanto en lo exterior cuanto en lo más

(1) *El Archivo*, l. c.

retirado de sus alcázares y edificios. Quien observe esto con ojo de sabiduría, lo habrá de estimar como resultado forzoso de extranjera superioridad y predominio» (1).

El nombre ó apellido hispano-latino ó godo que llevan muchos autores árabes, revela su procedencia cristiana, como que la mayor parte de la nación estaba poblada de hispano-latinos ó godos. Éstos, después de apostatar de la religión de sus mayores, tomaron nombres musulmanes y se engalanaron con falso abolengo arábigo, pero siempre en su fondo conservaron, más ó menos atenuado, un espiritualismo que no tuvo su cuna en la Arabia ni procedía de los agrestes é incultos riscos del Atlas. En nada se revela tanto la influencia cristiana como en el carácter típico y muy especial de la mujer arábigo-española. «Mientras que allí (en Oriente), escribe el barón Adolfo Federico de Schak, con raras excepciones el amor se funda en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinación de las almas y ennoblece las relaciones entre ambos sexos.» Hijas de muzárabes fueron las mujeres que más sobresalieron en la España Árabe: vascongada era la princesa Çobh, esposa de al Háquem II y madre de Hixem II. De raza indígena era, probablemente, una dama que á mitad del siglo XI floreció en Valencia, la cual aprendió de su marido, el literato Abu'l Mothárif, gramática y lexicología árabe: sobresalió en la métrica,

(1) *El Archivo*, V, 269, nota.—A pesar de la declaración que Aben Jaldún hace de que los moros se asemejaban en sus trajes á los cristianos, Dozy dice del Cid que era más musulmán que católico, porque aun en su tumba llevaba vestido árabe (Véase la pág. 394 de este tomo).

y estuvo dotada de memoria tan feliz, que recitaba y explicaba las obras clásicas de al Mobárrad y del Calí. Y entrado el siglo XII, otra literata, natural de Valencia, hija de Abdeláziz ben Muza ben Tháhir, llamada por nombre *Tona*, ó Antonia, y por sobrenombre arábigo Habiba, la cual murió en 1112, es celebrada de Aben Pascual por su mucho saber, letra gallarda y, más aún, por su religiosidad y honradez (1).

El argumento con que procura evidenciar el señor Eguílaz la superioridad é influencia de la civilización cristiana, es concluyente. Los árabes, dice, conquistaron y dominaron simultáneamente el África y España: ¿por qué mientras las ciencias, las letras y las artes florecen en nuestro suelo, siguen nuestros vecinos sumidos en la barbarie? Convencido de la supremacía intelectual de los indígenas sobre sus dominadores el alemán Lübke, ha dicho: «Si el arte árabe se desarrolló en España con más perfección que en los otros países islamizados, se debe, sin duda alguna, á las relaciones íntimas de moros y cristianos, pues éstos comunicaron á aquéllos algo de lo noble, amable y caballeresco que resplandece en todos los ramos de su civilización, ciencias, artes y poesía» (2).

(1) *El Archivo*, V, 265-273.—En el discurso de don Víctor Balaguer ante la Academia de la Historia sospecha que «la poesía provenzal pudo nacer de la misma fuente que la española toda, es decir, de la poesía árabe;» pero contra esto dice Renán en su *Hist. des langues semitiques*: «Ni la poésie provenzale ni la chevalerie ne doivent rien aux musulmans; un abime separe la forme et l'esprit de la poésie romaine de la forme et de l'esprit de la poésie arabe.»

(2) *El Archivo*, V, 229-230.

Las pruebas concluyentes que sobre tal asunto ha presentado Simonet, han hecho confesar á Dozy paladinamente que padeció error al defender la pretendida superioridad de la cultura arábiga sobre la hispano-latina.

Resumiendo. En los comienzos dijimos que al principio del siglo VIII era general en España la corrupción de costumbres. Entraba, al parecer, en el plan de la Providencia que esta nación no muriese entonces. De ahí que si al primer soplo del huracán del desierto cae junto al lago de Janda, al momento asoma en las crestas del Pirineo convertida en gigante. Extiende sus ya vigorosos brazos, y Toledo y Zaragoza caen en poder de Alfonso VI de Castilla y de Alfonso I de Aragón. El eclipse que en Zalaca, Fraga y Alarcos sufren las armas cristianas, realza el brillo del triunfo que en las Navas alcanzan Alfonso VIII, Pedro II y Sancho VII. Con las perlas al Islam arrancadas en Mallorca, Valencia y Murcia, en Córdoba, Jaén y Sevilla, aumentan Jaime el Conquistador y Fernando el Santo el valor de sus coronas. El casamiento de los Reyes Católicos es prenda de la tan suspirada unidad nacional. España, unida, da cima á una regeneración de ocho siglos al clavar el lábaro santo de la Cruz en la alcazaba de Granada, postrer baluarte que al último rey moro de España quedaba. Y, por si tanto laurel y el brillo de tanto esplendor aquí no fuera posible encerrar, un Nuevo Mundo arranca á los mares Colón, y el laurel de España ciñe á la tierra y á todo el Mundo se extiende la gloria de España. Estaba moribunda, sanó y ejerció

el más sublime apostolado empuñando la antorcha de la civilización. La dominación agarena fué el instrumento de que la Providencia se valió para realizar tan estupendo prodigio.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

DESDE LA INVASIÓN HASTA LA DISOLUCIÓN DEL CALIFATO

(713-1038).

SEGUNDA PARTE

Desde la disolución del Califato hasta la Reconquista (1038-1232).

FE DE ERRATAS

DICE	LÉASE	Páginas.	Líneas.
vamos	vamos á	5	13
encantadores	encantadoras	13	24-25
y los	y á los	24	20
Guádix	Guadix	25	4
Çabema	Çalema	43	1
Somail	Samail	46	9
tropas hacer	tropas deseos de hacer	87	7
Auricla	Auriela	95	23
(en 866-867)	(en. 866-867)	109	4
cuanto	cuando	109	20
de	el	126	28
corteo	cortejo	130	3
Meruades	Meruanes	134	13
ladod el	lado del	185	18
Mondzir	Mondhir	193	2
Tamariz	Tamarite	194	8 y 18
Escarps	Escarpe	194	14
Cinea	Cinca	194	14
Rozy	Royz	197	30
se ó tituló	se tituló	238	28
por estas	por una de estas	305	8
Dunar	*Dawar*	310	13
Habel	Habet	310	13
Al	At	312	11
los	las	343	18
ízol	fízol	354	24
qus	quo	363	28
al	el	368	17
da	de	377	21
abstulitis	*abstulistis*	385	26
es	*et*	385	27
Plaenit	Placuit	387	15
hune	hunc	404	15
discusiones	disensiones	411	7

DICE	LÉASE	Páginas.	Lineas.
alfonso	Alfonso	420	25
1101	1102	424	3
Vidal	Vital	449	21
captivatisnem	captivationem	454	33
en	en.	455	24
muchas	mútuas	458	10
Multus	Multos	460	28
intermerunt	interruerunt	460	29
at	ad	463	26
en	en.	465	17
tenía	tenían	486	2
almoravides	almohades	525	25
rey	reino	527	4
esa	una	543	22
llamarse	en llamarse	547	17
abra	alza	556	22
Alfara	Alfaro	584	10



DICE	LÉASE	Páginas.	Lineas.
alfonso	Alfonso	420	25
1101	1102	424	3
Vidal	Vital	449	21
captivatisnem	captivationem	454	33
en	en.	455	24
muchas	mútuas	458	10
Multus	Multos	460	28
intermerunt	interruerunt	460	29
at	ad	463	26
en	en.	465	17
tenía	tenían	486	2
almoravides	almohades	525	25
rey	reino	527	4
esa	una	543	22
llamarse	en llamarse	547	17
abra	alza	556	22
Alfara	Alfaro	584	10

